UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CALVARIO
Y TABOR

V. RIVA
PALACIO

PQ7297
.R46
C32

108701

1020006248

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

108701

# CALVARIO Y TABOR.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL GRAL.V. RIVA PALACIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# CALVARIO Y TABOR.

NOVELA HISTORICA Y DE COSTUMBRES

POR EL

GENERAL RIVA PALACIO.

ILUSTRACIONES POR C. ESCALANTE.

MEXICO.

MANUEL C. DE VILLEGAS Y COMPAÑIA, EDITORES.

1868.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ7297
.R46
E32

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

La propiedad de ésta obra está asegurada conforme á la ley, y no podrá reimprimirse sin permiso de los editores.

## DOS PALABRAS.

*Cuatro años de espantosa agonía, en que la víctima ha acabado por humillar al verdugo: hé aquí el "Gólgota" del pueblo mexicano, de éste pueblo mártir sobre cuya cabeza han dejado caer los farisaicos reyes de Europa, su anatema y el poder de su fuerza brutal.*

*La Victoria! hé aquí el "Tabor" desde cuya altura, México, el atleta de las libertades americanas, se ha transfigurado delante del mundo, y muestra á sus enemigos* su rostro que resplandece como el sol.

*Este libro encierra la historia de esos dolores y de ese glorioso triunfo, revestida con las galas que la imaginacion de un poeta ha sabido prestar á sus heróicos recuerdos, que son tambien los de la Patria.*

*¡Soldado de la República, valiente hijo del pueblo, que luchaste sin descanso defendiendo la tierra de tus padres! Tú que ahora ves flamear tu orgullosa bandera mecida por el viento de la gloria, y quitas de ella la corona de laureles para colocarla como ofrenda*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*votiva en la tumba sagrada de los que murieron por la libertad; tú hombre de corazon que conoces la grandeza de los sacrificios de la Patria: abre y lee.*

*Ahí está tu propia historia; ahí está el libro de tu alma; ahí están las hojas dispersas que escribiera el dolor con sus lágrimas de fuego, y que ha recojido el tiempo en sus arcas de bronce para hacerlas leer á las generaciones futuras.*

*Abre y lee.... y cuando en las calladas horas de la noche, sentado junto al hogar, las recites á los hijos de tu amor.... orgullosos de tener tal padre, diles que ésta no es una fábula inventada para entretener el ocio; sino la verdad, aunque disfrazada con el atavío de la leyenda.*

*Y que la guarden en su memoria para que la evoquen cuando esté próxima á extinguirse en su corazon la llama del patriotismo.*

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

# LIBRO PRIMERO.

## LA FLOR DE LA COSTA.

### I.

### Alejandra.

Los que no han recorrido esa hermosa tierra de promision que se llama la costa del Pacífico, dificilmente podrán formarse idea de todo el encanto que encierra allí una tarde apacible del mes de Enero, cuando en otras partes un manto de nieve se estiende como una inmensa sábana que guarda el sueño de la naturaleza, y que vela el misterio de la vida que debe aparecer en la primavera; las aves no cantan, el sol no brilla; los árboles desnudos y sin verdura, oscilan tristemente al impulso de un viento que frio y perezoso, cruza algunas veces entre el esqueleto de su ramaje, y se arrastra despues, haciendo ondular la seca yerba de los prados, y barriendo en los bosques los muertos despojos de los robles ó de las encinas. La floresta es un inmenso cementerio, las llanuras un páramo, y el arroyo prisionero entre sus aguas congeladas, ni quiebra entre sus ondas

*votiva en la tumba sagrada de los que murieron por la libertad; tú hombre de corazon que conoces la grandeza de los sacrificios de la Patria: abre y lee.*

*Ahí está tu propia historia; ahí está el libro de tu alma; ahí están las hojas dispersas que escribiera el dolor con sus lágrimas de fuego, y que ha recojido el tiempo en sus arcas de bronce para hacerlas leer á las generaciones futuras.*

*Abre y lee.... y cuando en las calladas horas de la noche, sentado junto al hogar, las recites á los hijos de tu amor.... orgullosos de tener tal padre, diles que ésta no es una fábula inventada para entretener el ocio; sino la verdad, aunque disfrazada con el atavío de la leyenda.*

*Y que la guarden en su memoria para que la evoquen cuando esté próxima á extinguirse en su corazon la llama del patriotismo.*

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

# LIBRO PRIMERO.

## LA FLOR DE LA COSTA.

### I.

### Alejandra.

Los que no han recorrido esa hermosa tierra de promision que se llama la costa del Pacífico, dificilmente podrán formarse idea de todo el encanto que encierra allí una tarde apacible del mes de Enero, cuando en otras partes un manto de nieve se estiende como una inmensa sábana que guarda el sueño de la naturaleza, y que vela el misterio de la vida que debe aparecer en la primavera; las aves no cantan, el sol no brilla; los árboles desnudos y sin verdura, oscilan tristemente al impulso de un viento que frio y perezoso, cruza algunas veces entre el esqueleto de su ramaje, y se arrastra despues, haciendo ondular la seca yerba de los prados, y barriendo en los bosques los muertos despojos de los robles ó de las encinas. La floresta es un inmenso cementerio, las llanuras un páramo, y el arroyo prisionero entre sus aguas congeladas, ni quiebra entre sus ondas

puras los rayos del sol, ni deja percibir entre las flores su constante murmullo; silencio, muerte, soledad, hé aquí, lo que deja el invierno en donde alcanza con su mano seca y cubierta de escarcha, hé aquí cómo conocen á Enero los que no han visitado la tierra caliente, la verdadera zona tórrida.

Era una tarde de Enero: el sol se hundia lentamente tras esa inmensa masa de aguas que se llama el Pacífico, sus rayos habian perdido su fuerza, y entre la bruma transparente que se levantaba de las ondas, el astro que no permite ni la mirada del hombre, semejante á un globo de metal candente, parecia flotar sobre la superficie de los mares, ondulando á merced de las olas que se levantaban soberbias y gigantes en alta mar, para llegar á morir humildes y dulces en la playa, besando tristemente el muro de arena, convertidas en raudales de espuma blanca como los pétalos de una azucena y brillantes como las estrellas del cielo tropical.

La brisa acariciaba las altas y graciosas copas de los palmeros, y los mangles se inclinaban voluptuosamente hasta tocar las aguas tranquilas y puras del estero, que reflejaba como un espejo sus mil y mil arcos, formando infinitos y confusos laberintos, y entre los cuales pasaban de cuando en cuando tardos é indiferentes verdinegros caimanes.

Algunas chozas formadas de madera y cubiertas con ojas de cayaco, se miraban á la entrada del bosque y en donde venia á terminar la faja de arena que rodea al mar: pequeñas columnas de humo se escapaban de sus techos y se percibian algunas veces voces y cantos mezclados confusamente con las notas de una arpa.

En la costa todo el mundo canta: los tumbos del mar despiertan en el alma el deseo de la armonía: es imposible caminar en la playa, mirando ese eterno movimiento de las aguas, y escuchando ese eterno rumor de las olas, sin sentirse inclinado á mezclar su voz en aquel concierto que la inmensidad ofrece á



Dios; es imposible descansar sobre una roca en la orilla del mar sin producir un canto, y el alma ofrece siempre algun recuerdo del pasado que saborear ó que llorar, mezclado con las notas de alguna música que ha tomado ya cuerpo ó alma en aquel mismo recuerdo, en aquel acontecimiento, que se ha identificado con él, que es ya el mismo, como la cancion que cantaba nuestra madre en nuestro lecho de niño para llamar el sueño sobre nuestros ojos, ó las tiernas notas del aire favorito de la primera mujer que amamos en el mundo.

Por eso, sin duda, alegre y ligera, caminaba cantando por uno de los senderos del bosque y con direccion á una vertiente de agua purísima que se deslizaba entre la yerba, una jóven como de quince años. Era una morena esbelta y garbosa pero con ese garbo que es propio solo de las mujeres de las costas; sus ojos grandes, negros y brillantes, velados por largas y rizadas pestañas; sus dientes blanquísimos, y sus encias nacaradas y frescas, hacian el contraste mas delicioso con el óvalo perfecto de su rostro, al que sombreaba la mas encantadora mata de pelo negro que haya podido imaginar el alma reflexiva de un pintor, ó el calenturiento cerebro de un poeta.

Una camisa blanca y cuyas mangas y cuello estaban literalmente formados de encajes, de holanes y de esas mil curiosidades que inventa el sexo bello para soplar el fuego del amor ó del deseo, y una sencilla enagua azul, formaban todo su traje; pero en su garganta lucian hermosos collares de oro y de coral, y sus manos ostentaban con profusion sortijas y anillos de oro, con perlas, conchas y corales. Era sin duda la hija de una familia acomodada, rica tal vez; pero todas las mujeres en la costa trabajan, y por eso ésta caminaba ligera, llevando sobre su cabeza un cántaro que por un efecto de las leyes del equilibrio, se mantenia allí sin el auxilio de las manos de la jóven. Si un pintor hubiera podido verla, Rebeca hubiera nacido de su pincel, porque nada hay mas gracioso y pudiera decirse mas bíblico,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que esas niñas de la costa que van y vienen al arroyo, llevando, sin sujetarlos y en equilibrio sobre sus cabezas, grandes cántaros de agua, sin doblar la cerviz y sin perder por eso tampoco la gracia y la lijereza de sus movimientos.

La jóven seguia el camino del rio cantando alegremente una de esas lánguidas y melancólicas "malagueñas" que forman el encanto de aquellas gentes, y deteniéndose apenas, para contestar el respetuoso saludo de algunos jóvenes que volvian contentos de su trabajo, cubiertos con grandes sombreros de palma, y vestidos con un ancho calzon, y una camisa que flota á merced del viento del mar, pero llevando siempre pendiente del hombro izquierdo, con una correa de venado, el cortante machete cubierto con una vaina de cuero negro, y con una sencilla empuñadura de cuerno.

—Buenas tardes, Alejandra.

—Adios Pedro—contestaba la jóven graciosamente; y seguia cantando:

Corazon, pues tú quisiste
Querer á quién no te amó,
Que vivas ó mueras triste
¿Tengo yo la culpa? nó,
Corazon, pues tu quisiste.

Alejandra, con su sencillo vestido de la clase pobre de la costa, parecia una princesa: de seguro que sobre aquellos hombros descubiertos, tan torneados y mórvidos, hubiera podido sin rubor flotar una mantilla de blonda ó un schal de cachemira, y los mas aristocráticos borceguies se hubieran encontrado dichosos aprisionando aquellos libres y desnudos piés que se iban dibujando sobre la tibia arena del arroyo.

Una mujer ya anciana y que vestida con un traje semejante al de Alejandra, aunque sin llevar alhajas, llenaba su cántaro en el rio. La jóven se acercó familiarmente á ella y se inclinó á su lado para tomar tambien agua.

—Buenas tardes, tia Ursula; qué temprano ha venido vd. hoy por agua.



—Estamos á seis de Enero, hija, y necesito retirarme temprano para rezar mis oraciones á los Santos Reyes; ademas, debes recordar, Alejandra, que hoy hace seis años que murió Andrés mi marido, y el pobre viejo me encargó que nunca dejara de rezar por él.

La vieja se limpió con sus pobres enaguas, dos lágrimas que rodaban sobre sus secas y arrugadas mejillas.

—No llore vd., tia Ursula, ó me vá vd. á hacer llorar á mí tambien—dijo la jóven conteniéndose apenas.

—Vamos, no hay que afligirse; ello es, que ya pasó hace tanto tiempo, y Andrés estará gozando de Dios: ¡era tan bueno!

—Sí, tan bueno, como que me acuerdo el dia que aquel voga se cayó privado al mar cerca del morro grande, cómo se arrojó á salvarle; era yo tan niña y parece que le estoy mirando.

Las dos mujeres pusieron los cántaros sobre sus cabezas, y comenzaron á caminar hácia el grupo de casas que se divisaba á lo lejos.

—¡Ay, Alejandra! yo ya estoy muy vieja, pronto me llamará la tierra, pero ántes, en un dia de estos, tengo que contarte mil cosas, hija mia, cosas que te interesan mucho.....

—Pues ¿por qué no vá vd. á la casa, tia Ursula?

—Lo que tengo que referirte es á tí sola, y no debes decir nada á D. Plácido.

—¿A mi padre?

—Sí, tu padre D. Plácido debe ignorar todo, como lo has ignorado tú hasta hoy en que creo que ya me reclama el cementerio, y que no puedo morir sin decírtelo; mañana, cuando salgas á traer tu agua, me llamas al pasar por mi casa, y en nuestros viajes yo te contaré; ahora véte, estamos ya cerca de tu casa y yo en la mia.

—Adios, tia Ursula, hasta mañana.

—Adios, hija mia, hasta mañana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

## Don Plácido.

CASI á la entrada de aquella pequeña poblacion, se descubria la casa de D. Plácido el padre de Alejandra; era una especie de galera techada con esas magníficas hojas de la gigante palma que produce el cayaco llamado vulgarmente coco de aceite. Esta galera dividida por delgados tabiques, formados como las paredes de la casa, de tegidos de ramas llenos de lodo, construccion muy general que los costeños llaman de "bajareque," contenia tres piezas destinadas para los diversos usos de la familia, graneros, cocina y recámara de las mujeres, porque los hombres dormian en un gran corredor que se estendia delante de la casa, sostenido por delgados troncos de árbol y con un cobertizo igual al de la casa. En este corredor que los naturales de allí llaman "toro," se veian suspendidas cuatro ó cinco elegantes hamacas, que es lo que constituye el gran lujo de las habitaciones de la costa.

En una de estas hamacas se mecía perezosamente un hombre viejo, de elevada estatura, flaco, con una nariz aguileña como el pico de una ave de rapiña, y unos ojos pardos, redondos, chispeantes y vivos á pesar de la edad avanzada del individuo. Era una fisonomía que indicaba resolucion y astucia, pero habla algo de noble y de benévolo en aquella frente limpia, sobre la que caian algunos desordenados aunque escasos mechones de pelo blanco.



Aquel hombre vestia calzon ancho y la camisa de los naturales de la costa; pero no podia vérsele por un momento sin reconocer en él al viejo soldado, bien por su aire resuelto, ó por el arco atrevido de sus blancos bigotes; al traves de los sencillos vestidos del pescador, se adivinaba el uniforme del veterano. El que ha comido el pan de la campaña por algunos años, y sentido el fuego enemigo, nunca puede ocultar demasiado bien el continente militar; la vida de la guerra se adivina entre las costumbres de la paz, y entre la tranquila conversacion del hogar; sus hábitos y sus recuerdos son demasiado profundos para perderse, y si durante el dia se olvidan, los sueños de la noche llevan al espíritu las memorias de sus goces y de sus dolores, de sus esperanzas y de sus decepciones.

D. Plácido, pues era él, fumaba un enorme puro, y sumergido en una profunda meditacion, se mecia en la hamaca contemplando los blancos y azulados grupos de humo que se desprendian de su tabaco, y que se alejaban ó acercaban en los vaivenes de su flotante lecho. Mucho tiempo habia permanecido así indiferente, sin mirar siquiera á una vieja criada que hilaba sentada en el suelo á poca distancia, ni al magnífico mastin de pelo leonado que al pié de la hamaca seguia con su mirada inteligente los movimientos de su amo.

Nada interrumpia allí el silencio, sino la discorde voz de dos magníficas guacamayas, que se acariciaban en una percha horizontal colocada entre dos de los troncos que sostenian el cobertizo.

La voz de la jóven que se acercaba cantando, animó la escena; el viejo levantó pesadamente la cabeza, la anciana criada dejó caer con negligencia sus manos sobre su regazo para contemplar á la doncella, y el mastin se adelantó moviendo alegremente la cola, al encuentro de la muchacha.

Aquella niña era el alma y la vida de aquella familia; aquellas miradas tranquilas, eran la prueba de que ni una nube turbaba el cielo tranquilo de aquel hogar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alejandra llegó hasta el "toro," acarició al perro y llenó de agua una tinaja encarnada que estaba en la puerta de la casa, colocada sobre una rama de árbol que se clavaba en la tierra por el extremo grueso, y que recibia la tinaja sobre el otro extremo en que se dividia en tres brazos cortados á la misma altura; esta especie de mueble se llama por allí "churingo."

Cuando cesó el ruido del agua que caia de una á otra vasija, D. Plácido volvió la cabeza y dijo:

—Alejandra, ¿has concluido?

—Sí, padre, contestó la jóven.

—Bueno, ven á sentarte aquí que quiero hablarte; Juana irá por allá dentro á preparar la cena.

La vieja criada comprendió que aquello era una órden, recogió el algodon que estaba hilando, y se retiró sin decir una palabra.

—Aquí, Alejandra, dijo D. Plácido mostrándole una hamaca que estaba inmediata á la suya; siéntate aquí, y óyeme con atencion, porque voy á contarte una historia triste para los dos, pero no me interrumpas porque tal vez no tendria valor para concluir.

La jóven con una alegria infantil, besó la mano del viejo que se habia incorporado en su hamaca, y se sentó.

---

## III.

## El Delito de un Veterano.

POR algunos minutos reinó el mayor silencio: el viejo habia apoyado la frente sobre sus manos como para reunir sus lejanos recuerdos, ó para meditar sobre lo que iba á decir á la jóven, que por su parte le miraba con extrañeza y sin atreverse á interrumpirle.

La tarde iba muriendo, y el cielo habia tomado un color de naranja con bellos cambiantes rojos y de oro; las brisas seguian soplando suaves, cargadas con el perfume de los azahares que se desprenden mas vivos al morir el dia, y un mar apenas rizado se estendia á lo lejos.

El viejo alzó por fin la cabeza, Alejandra redobló su atencion.

—Hace catorce años, dijo D. Plácido, vivia yo en Acapulco. Acababa de pedir mi separacion del servicio, y como aun no me habia fijado en el nuevo género de vida que debia adoptar, pasaba el dia conversando con los amigos, y la noche jugando con alguno á las cartas, ó en los fandangos que se formaban en los barrios del puerto.

Desde muy niño habia yo seguido la carrera de las armas; la guerra de independencia me entusiasmó, seguí al Sr. Morelos, á Galeana, y despues á Guerrero, hasta que por fin, cansado y con unas divisas de comandante, cuando habia comenzado en la clase de soldado, volví despues de cuarenta años de aventu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ras á Acapulco, mi tierra natal, á buscar la tranquilidad y á esperar la muerte que no habia salido á encontrarme en la campaña.

A pesar de mi edad, á mi regreso al puerto de Acapulco, aun conservaba yo el genio de mi juventud, alegre, chancista, amigo de bromas y de juguetes; los hombres y las mujeres buscaban mi compañía, y los jóvenes se deleitaban oyéndome contar, ya los peligros de un combate, ya las travesuras de mi vida de campamento ó de guarnicion.

Mi existencia, pues, se pasaba tranquila, y para matar el tiempo, como decíamos, ya inventaba yo un viaje á una féria, ya un baile, ya un chasco ó una travesura.

Habia en Acapulco en aquel tiempo un pobre hombre á quien nosotros llamábamos Juan de Jarras, apodo que nunca pude averiguar qué orígen tenia; era un hombre como de treinta años, que vivia pacíficamente con el producto de una pequeña huerta, y que jamás se mezclaba en nuestros grupos ni en nuestras diversiones, á pesar de que mil veces le hicimos víctima de nuestras burlas.

Juan de Jarras era casado con una mulatita muy trabajadora, que no asomaba la cara por el pueblo para nada; vivia en la casita de su huerta, dedicada á sus trabajos domésticos y la educacion de una niña de cerca de dos años de edad, fruto de este honrado matrimonio.

Juan venia cada tercer dia al mercado, pero se retiraba temprano, y nunca le habiamos visto embriagarse.

Una noche que volvia de un fandango, llegando cerca de mi casa, descubrí, al incierto resplandor de la luna, á un hombre que caminaba vacilando y en un estado completo de embriaguez, hasta que vino á caer precisamente en la puerta por donde yo tenia que pasar.

Inclineme para verle, y reconocí á Juan de Jarras.

Era la noche del cumpleaños de uno de sus amigos: Juan, seducido, arrastrado por ese amigo, se habia detenido en su casa al volver del mercado, y el resultado era aquel.



Juan estaba borracho por la primera vez.

Entonces me asaltó una idea que me hizo sonreir; era lo que llamábamos un chasco.

Llamé á la puerta de mi casa.

Andrés, el marido de la tia Ursula, era el asistente que me habia acompañado durante algunos años, y que estaba aun á mi lado.

Andrés abrió la puerta.

—Andrés, le dije, ¿hay álguien despierto?

—Nadie, me contestó, todo el mundo duerme.

—Ayúdame á poner á este cristiano en mi cuarto.

Andrés, acostumbrado á obedecerme sin preguntar, dejó en el suelo la luz y tomó de los piés á Juan, mientras yo le levantaba por debajo de los brazos.

Al colocarle en el pavimento del cuarto, Andrés le conoció.

—¡Calla! el bueno de Juan, pues es curioso, nunca.....

—Silencio, le dije, ¿dónde encontrarémos una poca de sangre?

—¡Sangre!

—Sí, sangre de toro, de borrego, de pollo.

—¿Sangre?..... ¿sangre? pues no hay de dónde.

—Pues es preciso encontrarla.

—Solo que matemos un corderito de los que hay en el corral.

—Bien dicho, trae un cuchillo.

Andrés trajo el cuchillo, dejamos á Juan durmiendo, y armados con una gran bandeja, nos dirijimos al corral.

Matar al cordero fué obra de un momento, y poco tiempo despues, volvimos á donde estaba Juan, trayendo Andrés la vasija llena de sangre.

—Andrés, le dije, vierte esa sangre sobre Juan, principalmente en su brazo derecho.

Andrés comprendió que se trataba de una burla y obedeció.

—Muy bien, ahora ponle ese cuchillo con que hemos dado muerte al corderito, en la mano derecha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Bueno, dejémoslo.

Juan seguia durmiendo sin comprender lo que le pasaba, yo estaba alegre como un chico que logra hacer una diablura, Andrés se sonreia, como quien entiende poco, pero no pregunta por no pasar por tonto.

Encerramos á Juan, y yo y Andrés nos retiramos á descansar.

## IV.

## El Delito de un Veterano.

(CONTINUA).

ME fué imposible dormir aquella noche: el deseo de ver el resultado de aquella, para mí tan inocente chanza, no me dejó conciliar el sueño.

Muy temprano me levanté, tomé una luz y fuí á ver á Juan.

Dormia el pobre hombre profundamente, pero ya no era el sueño pesado de la embriaguez: su respiracion tranquila y su aire de felicidad en el sueño, estaban ya muy lejos de indicar el sopor estúpido del borracho.

Me acerqué á él y le llamé.

—¡Juan! ¡Juan!

—Margarita, ¿eres tú? dijo volviendo en sí y figurándose que estaba en su casa: ¿ya despertó la niña?

—No Juan, soy yo.

—¡Ah! D. Plácido, ¿pues adónde estoy? ¿yo no dormí en mi casa? ¡ay Dios mio! ¿qué dirá mi pobre Margarita? es la primera vez que me pasa esto.

—Juan, levántate con cuidado, pero pronto: ¡desgraciado! ¿no sabes lo que ha sucedido? ¿sabes tú lo que has hecho anoche?

—No, D. Plácido, me he dormido, me he emborachado, no sé lo que ha sido de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Infeliz, mira tu ropa, tus manos!

El desgraciado lanzó un grito de terror, su vestido estaba lleno de sangre, y aun tenia en la mano el cuchillo que yo le habia puesto.

—Pero ¡qué es esto, Dios mio! ¿me han herido, me han muerto?

—Peor que eso Juan, peor que eso; anoche has tomado mas de lo regular, has comenzado á escandalizar al pueblo, el prefecto en persona te ha reconvenido; tú, ciego con los humos del licor, has desconocido su autoridad, la cuestion se hizo acalorada, él ha querido llevarte preso, y tú con ese cuchillo, que tenias no sé dónde, le has clavado el corazon, tendiéndole muerto á tus piés.

Juan exhaló un gemido y se cubrió el rostro con ambas manos: habia seguido la relacion que yo le hacia, procurando tomar un aire compungido, con la mayor ansiedad; sus ojos parecian querer salir de sus órbitas; pálido, temblando, murmuraba por lo bajo mis mismas palabras, y gruesas gotas de sudor se desprendian del nacimiento de sus cabellos y rodaban sobre su desencajado rostro.

Cualquiera se habria compadecido de él, pero el demonio habia soplado en mi cerebro, y yo deseaba llevar hasta su fin aquella infernal comedia.

—El prefecto murió en el momento, continué yo, y tú, cubierto de sangre, echaste á huir hasta la puerta de esta casa, en donde caiste falto de fuerzas y privado de conocimiento, en los momentos en que yo llegaba, y sabiendo lo que habia pasado, mientras que te buscaba la justicia, yo te he ocultado en este cuarto.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuraba el desgraciado retorciéndose con desesperacion: ¡Dios mio, qué vá á ser de mi! ¡qué va á ser de mí!..... pero no, yo diré que lo hice sin saber lo que hacia..... yo lo negaré.



—Nada te valdrá: ¿crees que podrás negarlo, cuando mas de cien personas atraidas por el escándalo han presenciado el hecho? ¿crees que será disculpa el que hayas estado ébrio, cuando saben todos que tú jamás bebes? Ademas, eso de embriagarse, mas es delito que disculpa.

—Cierto, cierto, Sr. D. Plácido..... pero usted, usted que sabe tanto del mundo, dígame qué haré; aconséjeme, ilumíneme, solo usted podrá salvarme.

—Bien, escúchame, porque no me ocurre mas que un solo medio, pero lo creo seguro, eficaz.

—¡Dígamelo usted! dígamelo usted!

—Mira, es preciso que te vayas de aquí siquiera por algunos dias, pero lejos.....

—Señor, ¿y mi familia, y Margarita y mi hija?.....

—No te apures, yo diré á tu mujer que fuiste á un viaje imprevisto, y mientras tanto, nada les faltará, yo me encargo de ello.

—¡Ah, Sr. D. Plácido! ¡qué bueno es usted, qué bueno!

Y el pobre hombre me besaba las manos.

Tentado estuve de descubrirle todo, decirle que era solo una burla, pero el deseo de que mi aventura se supiese y se celebrase al otro dia, me contuvo; ademas, yo no temia ningun mal resultado para Juan, y estaba dispuesto á dar lo necesario y aun mas á su familia, en los pocos dias que durara su ausencia, que yo suponia muy corta.

—Y ¿cuándo deberé salir? me preguntó.

—Ahora mismo, y antes que acabe de amanecer.

—Pero, ¿y esta sangre? me dijo horrorizado, y esta sangre me venderá, me descubrirá, llamaré la atencion por todas partes, me haré sospechoso.....

—Cálmate, yo te daré otra ropa.

Me dirijí á mi caja, saqué unos calzones y una camisa, Juan se lavó la mano y el brazo que estaban cubiertos de sangre, se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mudó la ropa, tomó su zarape, una manta y un machete que yo le ofrecí, y luego lleno de resignacion me dijo:

—Ya estoy listo.

—Pues sígueme, le contesté.

Salimos á la calle sin hacer ruido: la luz de la mañana como un vapor luminoso y blanco se tendia ya por el cielo como una gasa; comenzaban á dibujarse las cumbres de los montes, y la mar como un espejo de plata líquida y movediza, comenzaba á distinguirse en el horizonte.

Yo caminaba por delante, Juan cabizbajo y pensativo me seguia, pero no revelaba su continente la inquietud del criminal, sino el decaimiento profundo del desgraciado.

Pocas gentes encontramos á nuestro paso, algunas mujeres que iban por agua á los arroyos, algunos pescadores cargados con sus redes y sus arpones que volvian de su paseo nocturno en el mar, llevando grandes sartas de pescados, pero todos apenas fijaban su atencion en nosotros: ni tenian por qué; dos hombres caminando á la madrugada, nada tienen por qué ser notables.

Llegamos hasta la salida del pueblo por el lado del camino de México; allí no habia quien nos viera.

—Ya estás en puerto de salvacion, dije á Juan, toma el camino que quieras, ¿para dónde vas?

—No sé, Dios me guiará. Adios, D. Plácido, nunca olvidaré lo que hace usted por mí; adios.

Me estrechó contra su corazon, besó mi mano, y comenzó á trepar ligero como un gamo por la montaña.

Mi primer impulso fué reirme del susto que llevaba el desgraciado, pero despues comencé á reflexionar sobre lo que habia hecho: alcé la cara, y allá á lo lejos, ya encumbrando la montaña, miré á Juan; se habia detenido, llevó la mano izquierda á su sombrero y se lo quitó; despues con el rostro vuelto á su casa, bendijo desde allí su pobre hogar, llevó la mano



á la boca, le envió un beso, y volvió á cubrirse con su sombrero.

Le ví entonces limpiarse los ojos con la manga de su camisa; lloraba, y seguia caminando.

En ese momento no sé lo que pasó por mí; el puñal de los remordimientos hirió mi corazon; me sentí un mónstruo y lloré tambien, grité á Juan con todas mis fuerzas, habria dado la mitad de mi vida porque nada de aquello hubiera pasado; como un loco, como un insensato, eché á correr en seguimiento de Juan, llamándole, buscándole desde todas las alturas, registrando todos los senderos, siguiendo todas las huellas; pero nada, la fatalidad me perseguia, Dios castigaba mi delito, no me fué posible encontrarle ni alcanzarle.

Toda la mañana caminé: apenas veia á lo lejos un hombre, me parecia Juan; corria, le alcanzaba, le veia, y no era.

El sol señalaba ya el medio dia, cuando ya rendido por la fatiga, y devorado por la sed, caí en la orilla de un arroyo; calmé en sus aguas el ardor de mi garganta, y me puse á llorar: la figura dulce y resignada de Juan aparecia en mi mente á cada momento, y yo, en mi remordimiento, no podia sino llorar.

La carne venció al espíritu y el cansancio al dolor, y me quedé dormido á la márgen del arroyo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

## El Delito de un Veterano.

(CONCLUYE.)

DON Plácido inclinó el rostro y quedó sumergido por algunos instantes en una profunda meditacion.

Alejandra habia seguido llena de ansiedad la relacion del viejo, y mas de una vez habia tenido que limpiar sus ojos empañados de lágrimas; aquella historia la afectaba profundamente.

—El viento de la tierra, continúo D. Plácido, refrescó mi frente y volví en mí. El dia habia avanzado, y eran ya las dos de la tarde; un sol ardiente derramaba torrentes de fuego sobre la costa, y solo de cuando en cuando, una ráfaga del *terrero* refrescaba la sofocante atmósfera que me rodeaba: tú sabes, hija mia, que á esa hora ni las aves se atreven á volar, y se adormecen entre las ramas de los ceibos ó de los cocoteros.

Al despertar nada recordaba: miré á mi derredor para coordinar mis ideas ofuscadas por el sueño, y entonces la melancólica figura de Juan, destacándose sobre nuestro cielo sereno y azul y saludando por la vez postrera á su casa, volvió á dibujarse en mi alma por la mano del remordimiento.



Me levanté violentamente y me dirijí, sin pasar por la poblacion, hácia la huerta de Juan, situada en el extremo contrario al en que yo me hallaba.

Mas de dos horas tardé en llegar y encontrarla; por fin, dí con ella.

En medio de un bosque de adelfas, de naranjos y de plataneros, y rodeado de flores y de verdura, se levantaba el pobre jacal en que vivia la familia de Juan.

Era una casita pobre y pequeña, pero sumamente aseada.

La mujer de Juan, Margarita, recargada en uno de los troncos que sostenian el "toro" de la casa, miraba triste y desolada para el camino; dos perritos blancos jugaban indiferentes á sus piés entre la yerba, y pendiente del techo de la casita, se mecia una cuna en donde dormia tranquila la hija de Juan.

Aquel espectáculo lastimó mi corazon: Margarita era una mujer graciosa y bonita; era ademas entre las muchachas pobres de Acapulco, el modelo de las esposas.

Casi temblando me acerqué á ella.

—Margarita, la dije, vengo á traerla un recado de Juan.

—¿De mi hombre? me preguntó.

—Sí; dice que va á hacer un viaje inesperado, pero que pronto dará la vuelta.

—¡Un viaje! y así, sin despedirse, sin llevar su bastimento, sin ver á su hijita? No, D. Plácido, usted me engaña; á Juan le ha sucedido algo, de otra manera no me tendria con tanto cuidado.

Y la muchacha se puso á sollozar.

—Margarita, Margarita, la dije, no llore usted; Juan está bueno, nada le ha sucedido; un amigo le ha proporcionado un quehacer, y esto es todo; de allí tomó lo que necesitaba para el viaje; ademas, yo estoy encargado por él, de dar á usted lo que necesiten mientras vuelve..... créame usted.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La hablaba yo con tanta firmeza, que la pobre comenzó á serenarse: me invitó á sentarme; la sed me devoraba, Margarita me dió una gran taza de coco llena de "tuba" que apuré con delicia.

Calmé por fin su ansiedad, y despues de haber acariciado á la niña y dejado algun dinero á Margarita, me retiré algo mas tranquilo.

Pasaban los dias, y ni la menor noticia de Juan: nadie le habia visto, nadie sabia tampoco la causa de su desaparicion, sino Andrés y yo, que nos guardamos bien de decirla.

Las mas absurdas consejas se formaron en el pueblo sobre esto: unos decian que Juan al bañarse en el mar, habia sido devorado por las tintoreras; otros, que habia caido en un precipicio.

La autoridad me interrogó: le conté lo mismo que á Margarita, y poco despues todo se habia olvidado.

—¿Pero nunca se ha vuelto á saber de él? preguntó Alejandra.

—Nunca, hija mia, nunca.

—¿Y Margarita, y su hija?

—Margarita desapareció tambien poco tiempo despues, dejándome una carta, en que me decia, que iba en busca de su esposo, y confiando á mi honor y mi amistad á su tierna hija que no vacilé en recojer.

—¿Y en dónde está, en dónde está? preguntó casi espantada Alejandra.

—Hija mia, hija mia, esa niña eres tú.

La jóven dió un grito y cayó desvanecida en los brazos del veterano.

## VI.

### Tio Lalo.

TIO Lalo era el herrero mas trabajador y mas inteligente del pueblo: no habia memoria de cuándo habia comenzado á ejercer su oficio, pero de seguro, que ningun vecino podria decir tampoco que algun dia, no siendo feriado, habia visto sola la fragua, ó habia dejado de escuchar el ruido del yunque.

Al salir el sol ya tio Lalo estaba en su obrador: cuatro columnas de madera sosteniendo un techo de palma, una fragua y un yunque, este era el taller.

Tio Lalo era como un retrato: jamás se notaba un cambio en su traje; calzones de pana azul, zapatos de vaqueta amarilla, una camisa siempre limpia y llena de randas y de labrados, pero siempre desabrochada del cuello, y un gran paliacate de cuadros colorados atado en la cabeza, constituian el vestido del tio Lalo, y si tenia que salir á la calle, un ancho sombrero negro de lana.

En otro país se hubiera llamado armero, porque no hacia mas que esos anchos machetes de exquisito temple, que no faltan jamás á los costeños, pero allí se llamaba sencillamente her-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La hablaba yo con tanta firmeza, que la pobre comenzó á serenarse: me invitó á sentarme; la sed me devoraba, Margarita me dió una gran taza de coco llena de "tuba" que apuré con delicia.

Calmé por fin su ansiedad, y despues de haber acariciado á la niña y dejado algun dinero á Margarita, me retiré algo mas tranquilo.

Pasaban los dias, y ni la menor noticia de Juan: nadie le habia visto, nadie sabia tampoco la causa de su desaparicion, sino Andrés y yo, que nos guardamos bien de decirla.

Las mas absurdas consejas se formaron en el pueblo sobre esto: unos decian que Juan al bañarse en el mar, habia sido devorado por las tintoreras; otros, que habia caido en un precipicio.

La autoridad me interrogó: le conté lo mismo que á Margarita, y poco despues todo se habia olvidado.

—¿Pero nunca se ha vuelto á saber de él? preguntó Alejandra.

—Nunca, hija mia, nunca.

—¿Y Margarita, y su hija?

—Margarita desapareció tambien poco tiempo despues, dejándome una carta, en que me decia, que iba en busca de su esposo, y confiando á mi honor y mi amistad á su tierna hija que no vacilé en recojer.

—¿Y en dónde está, en dónde está? preguntó casi espantada Alejandra.

—Hija mia, hija mia, esa niña eres tú.

La jóven dió un grito y cayó desvanecida en los brazos del veterano.

## VI.

### Tio Lalo.

Tio Lalo era el herrero mas trabajador y mas inteligente del pueblo: no habia memoria de cuándo habia comenzado á ejercer su oficio, pero de seguro, que ningun vecino podria decir tampoco que algun dia, no siendo feriado, habia visto sola la fragua, ó habia dejado de escuchar el ruido del yunque.

Al salir el sol ya tio Lalo estaba en su obrador: cuatro columnas de madera sosteniendo un techo de palma, una fragua y un yunque, este era el taller.

Tio Lalo era como un retrato: jamás se notaba un cambio en su traje; calzones de pana azul, zapatos de vaqueta amarilla, una camisa siempre limpia y llena de randas y de labrados, pero siempre desabrochada del cuello, y un gran paliacate de cuadros colorados atado en la cabeza, constituian el vestido del tio Lalo, y si tenia que salir á la calle, un ancho sombrero negro de lana.

En otro país se hubiera llamado armero, porque no hacia mas que esos anchos machetes de exquisito temple, que no faltan jamás á los costeños, pero allí se llamaba sencillamente her-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rero y nadie como él sacaba una hoja limpia y sin pelo, y nadie como él daba ese filo con el que puede un hombre razurarse; era una notabilidad, lo conocia, y con orgullo ponia en las hojas brillantes de los machetes, *Ladislao Pamplona*, y luego dos estrellas.

Desde muy lejos recibia cartas de marchantes solicitando sus artefactos, y el viajero costeño que hubiera pasado por su casa sin hacer una compra, se habria tenido por desgraciado.

La fragua del tio Lalo era ademas, el lugar de reunion de los ociosos del pueblo.

Hay una tendencia marcada en todos los ociosos de la tierra de ir á perder su tiempo contemplando á los que trabajan.

La ley de los contrastes.

En las grandes ciudades, los que nada hacen, se pasan los dias enteros en las puertas de las tiendas y de los almacenes mas concurridos, contemplando esa muchedumbre inquieta y trabajadora que circula en su derredor, como una colonia de abejas ó de hormigas.

En los pueblos mas cortos, la botica es el punto de reunion.

En las rancherías ó en los barrios, siempre hay un taller que se convierte en lonja, y mientras suda y trabaja el artesano, los tertulianos fuman y discuten, sin meterse quizá nunca á comparar su vida con la del hombre que los recibe en su casa.

Tal vez el artesano envidiaria la vida del perezoso, pero lo que sí es seguro, es que el perezoso envidia la del artesano.

Es un axioma, nadie tiene mas gana de trabajar que el flojo.

Cuando digo gana, se entiende deseo ardiente algunas veces, deseo que atormenta, que punza, pero nada mas deseo: nada mas.

¿Pues por qué no trabaja?

La contestacion es natural, pero nos encierra en un círculo vicioso; no trabaja, porque le sobra el deseo y le falta la resolucion, la fuerza de voluntad, la accion; en fin, porque es perezoso.



Tio Lalo golpeaba de lo lindo: su cara chata y cubierta con las cicatrices de las viruelas, estaba roja por la fatiga y por el reflejo del activo fogon que soplaba en la fragua un muchacho como de catorce años, ahijado del herrero, criado y casi nacido entre el carbon y el fuego del obrador.

El ruido del martillo y los bufidos del viento de los fuelles que moria sobre los hornillos, mezclados con la jadeante respiracion del tio Lalo, formaban un desapacible concierto, pero que no impedia seguir la alegre conversacion de tres ó cuatro hombres que fumaban sentados sobre las piedras ó los haces de leña y á la sombra del pequeño techo de la fragua.

—Tio Lalo, dijo uno de ellos, anoche hubo funcion en casa D. Plácido.

—¿Qué funcion, Perucho? preguntó el herrero.

—Yo no sé lo que seria, pero Colasa mi mujer dice que hasta muy noche oyó que lloraba Alejandra, y que su padre la consolaba.

—Andará ya en amorcillos la "Flor de la Costa," dijo otro de los ociosos, y á fé que ya es tiempo, la muchacha está linda como una perla, y antojadiza como una mantequilla: si á mi.....

—Vaya Epitacio, ni digas eso, tú que tienes una mujer tan buena y tan bonita....

—No, tio Lalo, pero si no es mas que un buen deseo.

—¿Buen deseo? ¡llamas á eso buen deseo! si te oyera tu mujer, á quien tú no mereces.....

—Sí, tio Lalo, pero.....

—No hay pero que valga, no la mereces tú, tan haragan, tan...

—Mas de cuatro conozco yo, interrumpió Perucho, que darian algo porque los quisiera la Florecita.

—¿Qué sabes tú, hablador? dijo el herrero poniendo en la fragua un gran trozo de metal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué sé yó? mucho que sé: mire usted tio Lalo, que no todo se puede decir, ni todo se puede callar, pero el españolito de la tienda de Santander, está que se las pela por ella.

—Bueno, pero para eso, ni caso.....

—Ni caso, pero él, erre que erre, y luego, luego..... ya usted me entiende, tio Lalo, dijo Perucho haciendo sobre su cabeza una seña como de cerquillo ó tonsura.

—¿Qué, qué?

—¿Cómo qué? el padre Bernal, que diera, como quien dice, los diezmos y primicias de todo este año, y que han estado buenas las cosechas, por darla siquiera un abrazo á Florecita.

—Cállate, hablador.

—Bueno, cállaré, pero eso nada tiene de malo, porque al fin, aquí que estamos en confianza, tanto tiene D. Bernal de padre como yo de obispo; no mas que como el señor cura es tan bueno, le ha protegido, pero así me coma un caiman, primero que yo me confesara con él.

—En mentando al ruin de Roma, luego asoma, dijo otro, mostrando á los demas un hombre que se acercaba por el camino en una magnífica mula prieta con cabezadas y arreos adornados de plata.

No era un jóven, pero aun estaba en la fuerza de la edad viril, grueso, mas blanco que moreno, completamente rasurado, su rostro, merced á su mirada incierta, tenia algo de repulsivo. vestia chaleco y pantalon negros, chaqueton blanco de lino, y llevaba un cuello de cuentas de chaquira blanca y azul, como distintivo de la clase sacerdotal: un ancho sombrero de lana amarilla, con adornos y ribete dorado completaba su equipo.

A todo el trote de su mula llegó aquel hombre, á quien habian designado los tertulianos de la herrería con el nombre de Padre Bernal, hasta la puerta de la casa, y haciendo detener violentamente su cabalgadura, se apeó sin hacer ninguna clase



de saludo, y entregó las riendas en manos de un hijo del tio Lalo que habia salido de la casa.

El muchacho se puso á pasear la mula, y mientras el recien llegado se quitaba las espuelas, el tio Lalo, dejando su trabajo, acudió en su auxilio con las mayores muestras de consideracion hasta que concluyó, y los dos se metieron á la casa sin que entre ellos hubiera mediado ni una palabra.

—Oye Cacomixtle, le dijo Perucho al muchacho que jalaba los fuelles, ¿qué negocio tiene tu patron con ese místico?

—Yo no sé, contestó el muchacho saliendo de la fragua, serán cosas de la misa,

—Oye taimado, oye, ¿adónde vas? gritó Perucho.

—A descansar un rato á la huerta, para eso que he jalado los fuelles desde que Dios amaneció, y son ya las horas de almuerzo.

—Buen pícaro eres tú, dijo otro.

Pero el Cacomixtle, como ellos le llamaban, ya no les oyó.

Apenas llegó al pequeño huerto que estaba á la espalda de la casa del tio Lalo, su fisonomía adquirió una viveza increible, y lijero como el animal cuyo nombre le daban las visitas de su patron, comenzó á trepar por un monton de escombros que estaban á la espalda de la casa, cubierto por un grupo de platanos y entre los cuales la exuberante vegetacion de los trópicos habia hecho brotar plantas y arbustos de diversas clases.

Apoyándose ya en una rama, ya en una piedra, pero trepando con increible ligereza, el muchacho llegó hasta la altura del desvan de la casa, y allí, como una serpiente, se deslizó debajo del cobertizo y se introdujo en el espacio que dejan esas casas de tejado entre las tablas que forman el techo de la habitacion y el techo de la casa: allí comenzó á caminar con tal precaucion, que ni una sola de las tablas crujió con su peso: paróse de repente y escuchó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las voces de dos hombres que hablaban bajo y como con reserva, subian de la habitacion del herrero.

El Cacomixtle se tendió sobre las tablas y aplicó primero un ojo por uno de los intersticios de la madera.

Tio Lalo y Bernal estaban literalmente debajo de él, y sostenian en voz baja una conversacion acalorada.

Cacomixtle se sonrió con satisfaccion, cambió la postura de la cabeza aplicando el oido al entarimado, y quedó sin moverse como si la vida le hubiera abandonando.

## VII.

### El testigo oculto.

—Ese plan, decia el tio Lalo, es completamente irrealizable: robarse á Alejandra de su casa, no conviene. Alejandra, apesar de que como le tengo á usted dicho, no se la conoce mas amor que Jorge, y ese anda ahora con la chinaca, es una muchacha muy querida y respetada de todos los mozos del pueblo, que serian capaces de armar un "mitote" por defenderla.

—Entonces ¿qué debemos hacer? yo estoy fastidiado, cansado de tener esperanzas hoy, para perderlas mañana.

—Un poco mas de paciencia, padre, dijo socarronamente Lalo, que al fin se trata de llevarse nada menos que á la Flor de la Costa, y esto sin haber contado con su voluntad.

—No he venido aquí para oir tus sermones: necesito tener en mi poder á esa muchacha, y tú te has comprometido á entregármela; pues bien, ¿qué te detiene? ¿qué te falta? ¿dinero? cuanto me pidas tendrás, y con el dinero todo se consigue.

—Sí, se consigue, pero no inmediatamente; vamos, no se impaciente usted, voy á mandar un esplorador, como si dijeramos, á la casa de D. Plácido, y segun lo que nos digan, veremos, porque Perucho me dijo que anoche habia habido allí *trifulca*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Bueno, pero que sea pronto—dijo el padre Bernal sacando un magnífico relox de oro—son las once, y á la una tengo que salir para SanGerónimo.

—De aquí á la una tiempo hay, pero voy á mandar.....

Cacomixtle oyó el ruido que hacia tio Lalo al levantarse, y se preparó á saltar á la huerta, por si el viejo se dirijia á la fragua, pero la voz entera del herrero se dejó oir, gritándole á su muger:

—Ramona, Ramona.

—Voy, hombre—contestó desde el otro cuarto una voz cascada y hueca—¿Qué quieres?

—El padre desea saludarte—y añadió en voz baja dirijiéndose al padre—es preciso que todo se haga con disimulo.

Cacomixtle habia recobrado su tranquilidad, y volvió á aplicar el ojo y luego el oido á las tablas del techo.

El herrero habia vuelto á sentarse. Ramona se habia presentado en la escena. De tanta edad como su marido, casi negra, con un paliacate de cuadros en la cabeza y unas enaguas formadas tambien de paliacates, la muger del herrero era una figura verdaderamente repugnante.

Saludó humildemente al padre y le besó la mano.

—Oye, Ramona, le dijo tio Lalo, vas á hacer este empeño, pero cuidado con una tontera, porque es cosa del padre, y si lo echas á perder ya verás,—y acompañó estas palabras con un movimiento de mano que indicaba nada menos que una paliza si la vieja salia mal de su comision.

—Pues bonita soy yo para quedar mal en lo que me encargan—contestó la vieja—acuérdate que siempre.....

—Cállate, navolena, y pon cuidado á lo que te voy á decir: te vas ahora mismo á la casa de D. Plácido y te haces aparecida, pero cuidado, que no vayan á maliciar que llevas plan.

—No, yo diré que voy á pedir un cántaro prestado á la chica, porque ayer Cacomixtle rompió el de acá.



—¡Cómo! ¿rompió el cántaro ese pícaro? dijo el herrero; ahora verá que tal le va.

—No hombre, si no es mas que el pretesto que voy á ponerles—contestó la vieja.

Cacomixtle se sonrió socarronamente desde su observatorio.

—Pues bien, continuó el tio Lalo, me vas á averiguar qué es lo que ha pasado en la casa de D. Plácido, por qué regañó anoche á la muchacha; en fin, todo, todo cuanto puedas averiguar, pero con cautela y pronto, porque el padre quiere irse.

—Está muy bien, ya verás qué razon te traigo.

La vieja salió de la habitacion y los dos interlocutores quedaron en silencio: el padre Bernal con los codos sobre las rodillas, apoyando la frente en sus anchas manos, y el herrero formando un gran cigarro de una hoja de tabaco que tomó de encima de una mesa en donde habia una imágen de la vírgen de los Dolores, y delante de la cual, en una copa de cristal rota ardia una mechita que nadaba en un lago de turbio aceite.

El Cacomixtle pudo desde su escondite, ver á Ramona que, fingiéndose mas vieja y mas vacilante en su andar, se diríjia para la casa de Alejandra; el muchacho la observó por un momento y volvió despues á su posicion anterior.

El silencio se prolongaba todavía; el tio Lalo y el padre Bernal permanecian como absortos en sus meditaciones.

Por fin, el segundo se atrevió á hablar.

—Tio Lalo, le dijo, es preciso que esa muchacha venga á dar á mi poder, cien veces te lo he repetido, cueste lo que costare.

—Y yo le he dicho á usted que aunque la cosa no es tan sencilla como parece, yo me comprometo, Dios mediante, á entregarle á usted esa criatura.

—Hace mucho tiempo que me prometes lo mismo, y hasta ahora nada hemos avanzado, y ya sabes que este negocio puede hacerte feliz si se logra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo no le sirvo á usted solo por interés, sino porque me ha confrontado su persona y me causa lástima verle tan apasionado de esa muchacha que se hace la remilgosa. Vaya, pues qué mas podia esperar; solo que quiera que venga por ella el Emperador; y luego, padre, que usted no sabe quién es D. Plácido, pues bonito él para que se la peguen; es mas avisado que un cuervo, y belicoso, que es capaz de armar campaña con su misma sombra. Pero usted no me hace caso, distraido, distraido siempre: tomarémos una copita de mescal.

El tio Lalo se levantó, llenó de mescal dos pequeños vasos aclarinados, y tomando uno presentó el otro al padre Bernal que no salia de su meditabundo silencio. Apuraron los dos hasta la última gota, y el padre, sin decir una palabra, se reclinó negligentemente en una cama formada con delgados otates y que habia en uno de los rincones del cuarto.

—Bueno, dijo el tio Lalo, repose usted un momento mientras vuelve Ramona; entretanto voy á la fragua á continuar mi trabajo.

Al decir esto cubrió la cama con el limpio pabellon de indiana, y se retiró entornando cuidadosamente la puerta.

Quizá no habia acabado esta operacion, cuando el Cacomixtle, lijero como un relámpago, estaba ya en la fragua dando vida al ya casi estinguido fuego.

## VIII.

### La vuelta del Esplorador.

POR mas de media hora los fuelles gimieron al impulso del Cacomixtle, los carbones encendidos recibieron su aliento, y el tio Lalo preludió, por decirlo así, la hoja de un curbo machete destinado tal vez á hacer un papel importante en alguno de esos escándalos que brotan casi siempre de los fandangos de Tierra Caliente.

La fragua estaba sola, los tertulianos habian ya desaparecido, y el herrero y el muchacho trabajaban sin cruzar una palabra.

Entre los dos formaban una máquina: el ciego motor de los fuelles, y el motor inteligente del martillo y de las tenazas.

Y sin embargo, en aquellas dos cabezas germinaba el mismo pensamiento; la misma ansiedad devoraba aquellos dos corazones.

De cuando en cuando el tio Lalo abandonaba el martillo y cubria con su mano derecha, como con una visera, sus penetrantes ojos, dirijiendo inquietas miradas por el camino que debia traer su muger.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Cacomixtle entonces, apoyándose en el cable que movia los fuelles, se empinaba sobre las puntas de los piés, y por encima de la cabeza del herrero, que le interceptaba la vista, esploraba curiosamente el horizonte.

Así se pasó un largo rato, y ya el tio Lalo comenzaba á dar algunas muestras de impaciencia, cuando se dejó ver á lo lejos la figura de Ramona, que caminaba mas aprisa que lo de costumbre.

Tio Lalo suspendió su trabajo, y pocos momentos despues la vieja habia llegado hasta la fragua.

—Mucho te has tardado, le dijo el herrero.

—Mucho, pero en cambio traigo noticias muy importantes: ¿ya se fué el padre?

—Qué se ha de ir, esperándote está; pero creo que se ha dormido. Vamos entrando y nada me digas hasta que estemos delante de él. Cacomixtle, vengo, y no me quemes mucho carbon mientras te quedas solo.

Cacomixtle no contestó.

La vieja y el herrero entraron en la casa, cerrando trás sí la puerta, y el Cacomixtle volvió rápidamente á su observatorio, abandonando la fragua.

El Estado de Guerrero es en nuestra república un país verdaderamente orijinal.

Allí no se conocen los ladrones: lo mismo puede dejar abandonados en una plaza ó en un camino el artesano los instrumentos de su trabajo, que el caminante su maleta de viaje ó un costal de polvo de oro. Nadie se atreverá á tocarlo.

El instinto del robo no entra para nada en el gran compuesto que forman las pasiones en el corazon de los hombres de aquellas tierras.

Impetuosos y ardientes en sus amores, belicosos y susceptibles en sus relaciones sociales, son capaces de hacerse matar por la mirada de una muger, ó por la picante sátira de un verso de la Malagueña; pero para ellos el respeto á la propiedad no es ni una virtud ni un sacrificio.



La policía no tiene parte en esto; y la razon es muy sencilla: la policía no ha existido ni existe en el Estado de Guerrero.

Sujeto, dominado por solo la voluntad de los Alvarez, durante muchos años, el Estado de Guerrero ha sido un cazicazgo, un patriarcado, en donde la única ley ha sido siempre la voluntad absoluta de los miembros de una familia á la cual el Gobierno General de la República, al través de leyendas y tradiciones fantásticas, ha visto con proporciones tan gigantescas, que no se ha atrevido nunca á destruir con solo una plumada, como hubiera podido hacerlo, aquella república de Andorra, aquel Paraguay que puede ser con el tiempo, y libre de los lazos que la oprimen, la perla de los Estados, la joya preciosa de la República, y el emporio de la agricultura, del comercio y de la minería.

Cubierto por magníficos bosques de maderas preciosas y de construccion, regado por caudalosos rios, cruzado do quiera por gruesas y robustas venas de todos los ricos metales; sembrado de criaderos, de esmeraldas, de granates, de ágatas, de rubíes, de topacios y de diamantes; poblados sus bosques por tigres y águilas; feraces sus tierras, con esa exhuberante vegetacion del mundo en los tiempos del Génesis, y teniendo en sus costas los mas hermosos puertos del Pacífico, el Estado de Guerrero solo espera la llegada de un Mesías que le diga como Cristo al paralítico: *levántate y anda....*

Pero los años pasan, y los cedros caen de vejez en los bosques, y los rios profundizan sus cauces, y los vientos de la mar arrojan sobre las azucenas de las playas desiertas, las arenas ardientes que sepultan: y las palabras divinas no resuenan aun sobre aquella tierra de promision.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

### El secreto de la tia Ursula.

ALEJANDRA no acudió á la cita que le habia dado la tia Ursula: en vano la buena vieja hizo mas viajes al arroyo de los que necesitaba, y acarreó tanta agua como si tratara de apagar el incendio de su casa.

La mañana se pasó sin haber visto á la muchacha, y llegó por fin la tarde de aquel dia, y la tia Ursula iba creyendo ya que no vendria Alejandra, cuando la vió cruzar delante de su casa.

La Flor de la Costa, como la llamaban los mozos del pueblo, no iba alegre y cantadora como la víspera; melancólica y distraida, caminaba como instintivamente, sin contestar un saludo, y sin volver siquiera la cara al jacal de la tia Ursula.

La vieja salió precipitadamente en su alcance, y á pocos momentos caminaba ya á su lado.

—Hija mia, toda la mañana te he esperado: te dije ayer que tenia que hablarte de una cosa importante, y anoche he soñado tanto, que antes de que saliera el sol ya no podia dormir; soñaba que me moria, que me llevaban al cementerio, y



que no podia decirte este secreto que puede importarte mucho. ¿Qué te ha sucedido? ¿qué tienes? ¿porqué no viniste hoy en la mañana? No me contestas.... estás distraida, ¿estás enferma?

—Sí, tia Ursula, contestó Alejandra, estoy enferma: apenas he dormido anoche; me duele la cabeza, me siento mal, muy mal.

—¡Ave María Purísima! serán las calenturas: es preciso curarte, curarte pronto; yo me iré esta noche á tu casa.

—No hay necesidad, tia Ursula, esto no ha de ser nada, nada: y creo que mañana ya estaré buena. ¿Sabe usted que mañana tenemos que salir?

—Salir, ¿y para donde?

—Tenemos que hacer un viaje á Morelia: mi padre dice que tiene allí un negocio importante.

—¿A Morelia? Hija, Dios lo dispone todo: ahora mas que nunca es necesario que yo te diga un secreto: siéntate aquí sobre este tronco.

—Pero tia Ursula, si me esperan en casa: no me puedo tardar, tal vez me regañan.

—No importa, el negocio de que tengo que hablarte, es el último encargo de Andrés; te lo diré muy pronto, y ahora mismo, porque el corazon me dice que tú te irás y no nos volveremos á ver nunca.

Alejandra se sentó maquinalmente sobre un tronco de palmera, y la vieja se colocó á su lado.

En aquel momento pasaba á corta distancia de ellas y caminando hácia el arroyo, la mujer del herrero.

¿Tú sabes, Alejandra, comenzó á decir la tia Ursula, quién era tu padre?

A una pregunta tan intempestiva y sobre una materia que en aquel momento tenía enteramente preocupado su espíritu, la jóven se sintió como sorprendida en el misterio de su pen-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

samiento, y contestó como respondiendo á sus propias reflexiones: todo lo sé.

—Pues bien, continuó la vieja, no hay que hablar de eso, no hay que hablar de eso ya. Andrés era un hombre de buen corazon, y la suerte de tu padre y la de Margarita y la tuya le afectaban sobremanera; no estaba en su mano remediar aquellas desgracias, pero él tenia un secreto que quiso dejarte como una herencia para remediár parte del mal, al que habia contribuido tan inocentemente.

—Tú sabes que mi marido sirvió en la guerra de la Independencia: pues bien, hubo una vez en que yo no sé cómo ni por dónde nuestras tropas fueron completamente derrotadas: Andrés andaba entonces en la escolta de la Comisaría del Sr. Morelos. Todo se habia perdido: Andrés y otro compañero suyo lograron sacar seis ú ocho mulas cargadas de dinero: eran costalillos llenos de onzas de oro, porque en aquel tiempo el dinero no andaba tan escaso como en éstos; caminaron todo el dia y toda la noche, porque los soldados del Rey hacian una persecucion muy activa y era necesario ponerse en salvo.

Así llegaron hasta la orilla del rio de las Balsas, pero les fué imposible pasar: el rio estaba crecido, y el temor de las tropas realistas impedia á los barqueros atravesarle.

Reconocieron el lugar en que se encontraban: era precisamente el balseadero que queda en la orilla opuesta del pueblo de Zirándaro.

Andrés y su compañero se pusieron á reflexionar: atravesar el rio era imposible, volver atrás era caer irremisiblemente en manos de las tropas españolas; y ¿cómo ocultarse en el monte, llevando aquellas mulas y sin tener un lugar seguro donde permanecer? Era, pues, preciso ocultar aquel dinero y conducir á las mulas tan léjos que no por ellas se pudiese entrar en sospechas.

Así determinaron hacerlo: caminaron entonces desde allí en la misma direccion de la corriente, y sin dejar la márgen derecha del rio, hasta cosa de media legua: allí encontraron una ziranda inmensa, y al pié de este árbol determinaron depositar su carga. A cada uno de los lados de aquella ziranda crecia una palma; creeríase que la naturaleza se habia empeñado en poner allí aquellas señales para volver á encontrar el depósito.



Con las espadas, con los cuchillos, con algunas estacas de árbol, Andrés y su compañero hicieron en muy poco tiempo una profunda escavacion, descargaron las mulas y colocaron allí dentro diez y siete sacos de dinero: volvieron á cubrir, y ya al retirarse, el otro soldado le dijo á mi marido:

—¿No te parece que seria bueno poner encima aquella piedra grande que está allí?

—No es necesario, contestó Andrés: aquí la yerba crecerá muy pronto, y esta piedra arrancada de su lugar puede llamar la atencion.

—No seas flojo, repitió el otro; bájate del caballo y ayúdame; y acompañando la accion á las palabras, se apeó del caballo y se dirijió á la piedra.

Andrés le imitó: la piedra no pesaba gran cosa, y con pocos esfuerzos comenzaba ya á moverse en su alveo, cuando el compañero de Andrés lanzó un grito y se puso horriblemente pálido, retiró las manos de la piedra y en la izquierda se mecia prendida una terrible víbora de cascabel.

Andrés, sin perder su sangre fria, y comprendiendo lo activo de aquella ponzoña, dió muerte á la víbora y propuso inmediatamente á su compañero cortarle la mano, remedio espantoso, pero el único eficaz en semejantes casos.

El hombre se resistia al principio, pero el frio glacial de la muerte comenzaba ya á apoderarse de su mano con dolores horribles y con una rapidez asombrosa; se armó entonces de resolucion, y le dijo á Andrés: corta, poniendo su brazo sobre la misma piedra que habian intentado mover.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Andrés sacó el machete y descargó un golpe sobre aquel brazo; pero el trabajo de la escavacion habia acabado el filo del machete, y la emocion y el cansancio habian agotado las fuerzas de Andrés; una ancha herida por donde brotó un manantial de sangre, fué el resultado de aquel primer golpe.

El hombre dió un grito, pero no retiró su brazo; córtame, córtame, decia, córtame pronto; la ponzoña sube, tengo unos dolores insoportables; si no cortas pronto, me muero.

Andrés vacilaba: el soldado, pálido, iba adquiriendo en su rostro sombrío, tintes azulados, su boca comenzaba á llenarse de espuma, y con acento desesperado y con voz ronca, córtame, decia, que me muero.

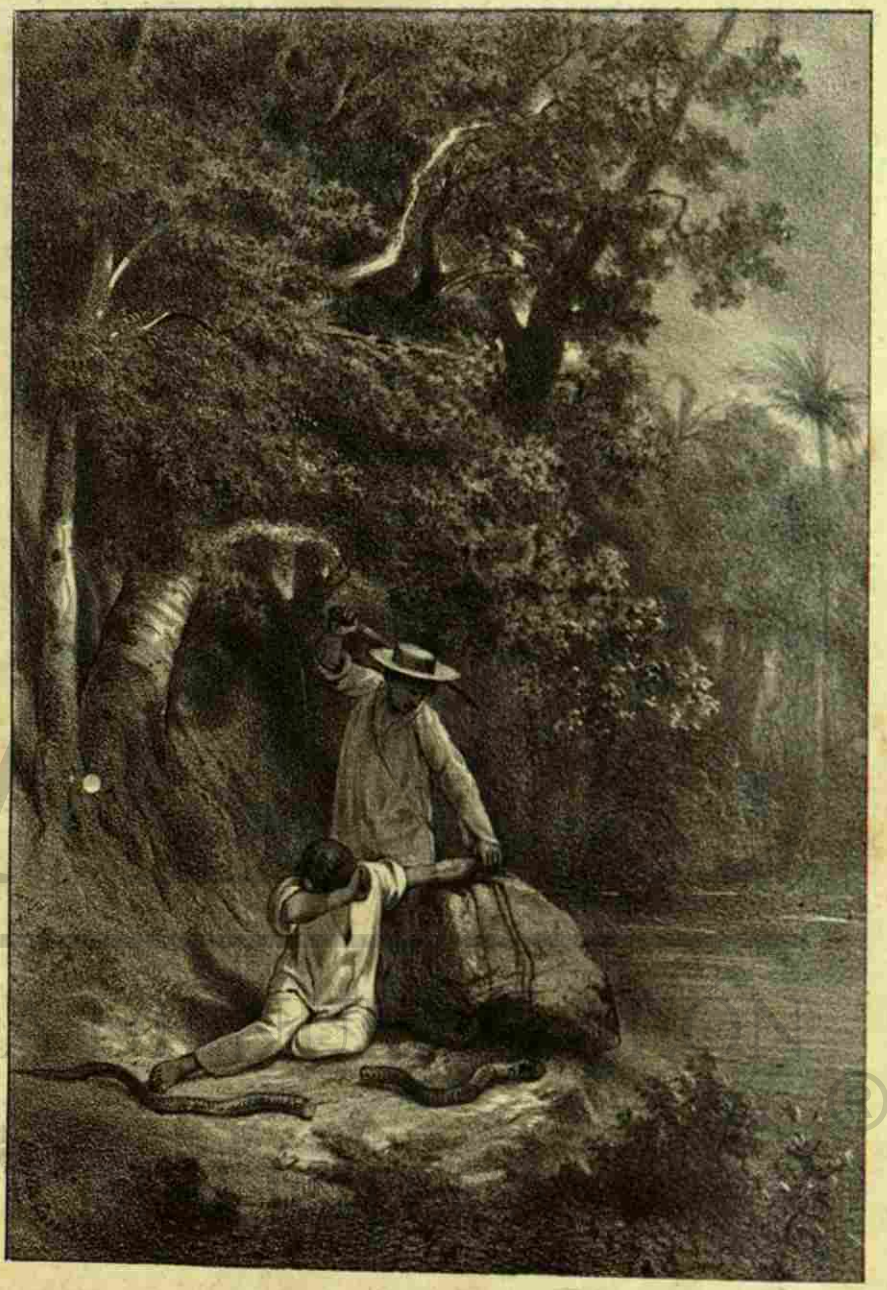
Andrés entonces se sintió como trastornado, levantó el machete y dió otro golpe y otros, hasta que la mano quedó separada del brazo; pero era ya inútil, en vano el herido habia soportado aquella bárbara operacion; el veneno habia circulado por su sangre, y pocos momentos despues espiró enmedio de una espantosa agonía.

Andrés nada podia hacer, no podia tampoco perder mucho tiempo; y dejando allí el cadáver de su pobre compañero y todas las mulas, volvió á tomar tristemente por la orilla derecha del rio, caminando entonces contra la corriente.

Despues de esto no le fué posible volver al lugar en que habia depositado el dinero: habló de ello á varios de sus gefes, pero nadie le hizo caso.

Poco antes de morir me dijo: cuando Alejandra sea ya grande, confiale este secreto y que haga ella con ese dinero su felicidad y la de sus hijos.

—Ya lo has oido, hija mia: á media legua del balseadero de Zirándaro, rio abajo una ziranda, entre dos palmas; no lo olvides: y ahora adios, abrázame, porque mañana te vas y no nos volveremos á ver.



La mordedura de la vivora.

—Adios, tia Ursula, rece usted mucho por mí que soy muy desgraciada.

Las dos mugeres se abrazaron llorando, y cada una tomó por su camino.

Poco tiempo despues la muger del tio Lalo llegaba á su casa repitiendo en voz baja—rio abajo una ziranda, dos palmas, ¿qué demonios querrá decir esto?—¿porqué no llegaria un poco antes? En fin, veremos si el padre Bernal puede entenderlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## X.

## El Viaje y el Encuentro.

MUY temprano, y al amanecer el dia siguiente, un movimiento inusitado se advertia en la casa de D. Plácido.

Dos criados cargaban fardos de equipaje sobre robustas mulas, mientras que otros tenian del ronzal algunas ensilladas, y entre las cuales se notaban dos que indudablemente debian ser de los amos.

La una era una poderosa mula prieta, con silla y bridas adornadas de plata, con un primoroso tapa-ojo bordado de chaquira que fingia deliciosas flores: tenia en el arzon un magnífico par de pistolas dragonas, y pendiente de la cabeza de la silla una espada con la empuñadura de plata y la vaina de cuero negro bordada de oro y plata. La otra mula era retinta, mas pequeña, pero mas bien formada, mas viva, por decirlo así; el arnes era semejante al de la primera, solo que no se veía ninguna clase de armas, y que sobre la silla cuidadosamente cubierta por ella, se ostentaba una manta de abrigo de encendidos colores; y una banda roja formaba una especie de columpio de la cabeza á la teja de la silla, colgando por el lado de montar.



Los criados terminaron su tarea, reconocieron la carga de las mulas, y poco despues D. Plácido y Alejandra salieron de la casa, seguidos de la criada que lloraba amargamente.

D. Plácido llevaba chaqueta y calzoneras; su sombrero no era ya el de palma, sino un elegante fieltro con toquillas de plata; y Alejandra tenia un sombrerito semejante: un saco de indiana abrigaba su cuerpo, y su rebozo, terciado del hombro á la cintura, hacia lucir su esbelto y gracioso talle.

Acercaron las mulas, D. Plácido ayudó á subir á Alejandra, que saltó lijera, y luego se colocó bizarramente sobre la suya.—Los criados montaron, haciendo caminar por delante á las béstias cargadas.

Todas las puertas de la vecindad estaban llenas de curiosos que salian para ver partir á los viajeros; D. Plácido y Alejandra contestaron á sus adioses mas ó menos sinceros, y pusieron al trote sus mulas.

Al principio, el camino seguia la misma direccion que el arroyo adonde ocurria Alejandra por la mañana y por la tarde. La tia Ursula, en la puerta de su casita, bendecia á los viajeros, murmurando en voz baja una oracion que se prolongaba todavía, cuando éstos habian ya desaparecido entre el espeso bosque que comenzaba al otro lado del arroyo.

D. Plácido caminaba por delante silencioso y meditabundo, dejándose guiar casi por el instinto de su mula: Alejandra le seguia tambien sin despegar los lábios, y contemplando unas veces la hermosura del paisaje que se estendia hasta tener la inmensidad del mar por horizonte, y reflexionando otras sobre la historia lastimosa de sus padres.

El camino comenzó á hacerse mas sombrío; los viajeros se internaban en el tupido bosque de mangles y de palmeros, bajo la bóveda espesa de verdura que formaba sus entrelazadas hojas; ni un débil rayo de sol penetraba nunca en aquellos desiertos senderos. El musgo cubria los troncos de los árboles; bandadas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hermosas y pintadas guacamayas lanzaban sobre la verde bóveda y entre el ramaje, alegres y destemplados gritos.

Algunas veces, enmedio de la yerba que se levantaba casi á la altura de un hombre, aparecian las gallardas encornaduras de los venados que huian ligeros á la aproximacion de la cabalgata; á medida que avanzaban en el bosque, se iban debilitando los ruidos que interrumpian el silencio de la selva en la costa, las bandadas de aves eran mas y mas raras, y llegaron por fin á faltar enteramente.

Nada turbaba entonces el solemne silencio del bosque, sino el eco sordo de las pisadas de las béstias.

Los viajeros iban enteramente preocupados con sus pensamientos, y solo algunas veces se oía la voz de algun criado regañando á las mulas de carga ó alentándolas con silbidos agudísimos.

De repente, en uno de los recodos del camino, la mula de D. Plácido se detuvo y retrocedió espantada; dos detonaciones seguidas de armas de fuego atronaron los ecos del bosque; el ginete vaciló en la silla y cayó pesadamente al suelo, en el momento en que cuatro hombres, montados en soberbios caballos, armados de mosquetes y cubierto el rostro con pañuelos de seda negros, se lanzaron sobre Alejandra que estaba á punto de desmayarse, y sobre los criados, que atónitos por la sorpresa, no habian pensado siquiera en hacer uso de sus armas.

# LIBRO SEGUNDO.

## EL NIDO DE LAS AGUILAS.

### I.

### Zitácuaro.

LA Libertad es como el sol.

Sus primeros rayos son para las montañas, sus últimos resplandores son tambien para ellas.

Ningun grito de Libertad se ha dado en las llanuras, como en ningun paisaje se ha iluminado primero el valle.

Los últimos defensores de un pueblo libre, han buscado siempre su asilo en las montañas.

Los últimos rayos del sol, brillan sobre los montes, cuando el valle comienza á hundirse en la oscuridad.

Por no desmentir este axioma, la Convencion Francesa en 93 tuvo su llanura y su montaña.

Zitácuaro está situado en una fragosa serranía del Estado de Michoacan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hermosas y pintadas guacamayas lanzaban sobre la verde bóveda y entre el ramaje, alegres y destemplados gritos.

Algunas veces, enmedio de la yerba que se levantaba casi á la altura de un hombre, aparecian las gallardas encornaduras de los venados que huian ligeros á la aproximacion de la cabalgata; á medida que avanzaban en el bosque, se iban debilitando los ruidos que interrumpian el silencio de la selva en la costa, las bandadas de aves eran mas y mas raras, y llegaron por fin á faltar enteramente.

Nada turbaba entonces el solemne silencio del bosque, sino el eco sordo de las pisadas de las béstias.

Los viajeros iban enteramente preocupados con sus pensamientos, y solo algunas veces se oía la voz de algun criado regañando á las mulas de carga ó alentándolas con silbidos agudísimos.

De repente, en uno de los recodos del camino, la mula de D. Plácido se detuvo y retrocedió espantada; dos detonaciones seguidas de armas de fuego atronaron los ecos del bosque; el ginete vaciló en la silla y cayó pesadamente al suelo, en el momento en que cuatro hombres, montados en soberbios caballos, armados de mosquetes y cubierto el rostro con pañuelos de seda negros, se lanzaron sobre Alejandra que estaba á punto de desmayarse, y sobre los criados, que atónitos por la sorpresa, no habian pensado siquiera en hacer uso de sus armas.

# LIBRO SEGUNDO.

## EL NIDO DE LAS AGUILAS.

### I.

### Zitácuaro.

LA Libertad es como el sol.

Sus primeros rayos son para las montañas, sus últimos resplandores son tambien para ellas.

Ningun grito de Libertad se ha dado en las llanuras, como en ningun paisaje se ha iluminado primero el valle.

Los últimos defensores de un pueblo libre, han buscado siempre su asilo en las montañas.

Los últimos rayos del sol, brillan sobre los montes, cuando el valle comienza á hundirse en la oscuridad.

Por no desmentir este axioma, la Convencion Francesa en 93 tuvo su llanura y su montaña.

Zitácuaro está situado en una fragosa serranía del Estado de Michoacan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era una graciosa ciudad de ocho mil habitantes.

Sus calles, rectas; sus casas, aunque no elegantes, limpias y bonitas.

Su comercio activo, y su agricultura floreciente.

Esta era Zitácuaro en 1863.

La República de México habia sido invadida por los franceses.

Los malos mejicanos se habian unido con ellos.

El Gobierno legítimo abandonó la Capital despues de esa gloriosa epopeya que se llamó el sitio de Puebla.

El ejército de Napoleon III ocupaba las ciudades y los pueblos sin resistencia.

Aquella era la marcha triunfal de la iniquidad.

El paseo militar de la fuerza que vence al derecho.

Pero el derecho debia tener sus representantes sobre la tierra, para protestar y combatir.

Debia tener sus mártires, y los tuvo.

Y los representantes del derecho y de la Libertad se refugiaron en las montañas para protestar y combatir.

Y los mártires encontraron en las montañas su Calvario.

Las tropas fieles de Toluca buscaron un asilo en Zitácuaro.

Al principio, es decir, antes de que comenzara esa larga série de sangrientos combates que con fuerzas tan desiguales sostuvieron los defensores de aquel heróico pueblo, la hospitalidad no fué de lo mas cordial.

Despues que el fuego enemigo los encontró juntos, todos fueron unos.

En las primeras invasiones, la poblacion emigraba en masa.

Así podía llegar la noticia de la venida del enemigo á la mitad del dia, como á la mitad de la noche; en una mañana serena ó en una tarde tempestuosa.

La alarma corria veloz como la electricidad y todo el mundo se ponía en movimiento, y la poblacion en masa emigraba



á los bosques, llevando cada una de aquellas familias lo poco que podia de sus muebles y de sus animales.

Era un espectáculo tierno y sublime.

Las madres cargando á sus hijos, los hombres llevando á cuestas á los enfermos, las ancianas conduciendo con los niños y pesadamente, los mansos bueyes y los corderos, las gallinas y los cerdos; todo en una inmensa confusion, pero sin gritos, sin sollozos, sin maldiciones; con la resignacion de los mártires, pero con la energía de los héroes.

Y esa desgraciada muchedumbre se ponia en marcha muchas veces de noche; enmedio del agua que caía á torrentes, y alumbrada apenas por hachas de brea, que la tormenta y el aire apagaban á cada momento.

Y así caminaban entre aquellos precipicios, como una procesion fantástica, resbalando en las lodosas pendientes, cayendo á cada instante, pisados, maltratados, estrujados, llenos de fango, hasta la orilla del bosque; en donde cada familia buscaba, no un abrigo, sino un lugar en que esperar la salida del sol, y los acontecimientos del otro dia.

Pero las invasiones y los combates se hacian mas y mas frecuentes.

Apenas se pasaba una semana sin que los ecos del orgulloso cerro del Cazique, en cuya falda se estendia la poblacion, repitiesen los gritos de "viva el imperio," y con las detonaciones de la fusilería.

Las familias comenzaban á cansarse, pero no transijian con el enemigo.

Poco á poco fueron dejando abandonada la ciudad y retirándose á los pueblos y ranchos de Tierra Caliente, adonde el enemigo no habia logrado aun penetrar.

Por fin, en la época en que vamos á tomar el hilo de nuestra novela, Zitácuaro era solo un campamento.

Es decir, estamos en Enero de 1865.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
1020006248

## II.

## El Alojamiento.

EN una de las casas de aquella ciudad, de que hemos dado una idea, aunque imperfecta, y en un cuarto que tenia una puerta para la calle, al derredor de una pequeña y derrengada mesa de pino, cenaban alegremente tres personas.

Eran tres oficiales de caballería, con blusas encarnadas de fino paño, quitado en un convoy á los franceses, y calzoneras de casimir mezclilla con botonaduras de plata; los tres estaban igualmente vestidos, sin mas diferencia que las hechuras y adornos de sus trajes.

Los tres cenaban sin quitarse los anchos y bordados sombreros, y sin desceñirse las espadas ni el revólver.

Servía la mesa un chinaco alto y fornido, de blusa y pantalon colorado, que tenia atravesado del hombro á la cintura el freno y las riendas del caballo de su gefe, precaucion de todo chinaco para que los caballos no lo revienten, y tenerlo mas listo á la hora de embridar.



El cuarto en que esto pasaba, era muy ámplio, pero sin ninguna especie de muebles.

El suelo lleno de paja, de pedazos de cuero y astillas de madera, indicaba que allí nadie se tomaba el trabajo de barrer.

En la pared habia algunas estacas clavadas, y destinadas á colgar armas, arneses de montar ó ropa.

Los convidados estaban sentados al rededor de la solitaria mesa, en adoves colocados unos sobre otros, y alumbrados por una vela de sebo á la que servia de candelero una botella rota.

Escusado es decir que ni habia platos, ni cubiertos, ni vasos, ni manteles.

Una cazuela llena de carne asada, una taza inválida con una salsa de chile colorado y un monton de tortillas en un viejo chiquihuite, esto era todo.

Pero cada uno de aquellos hombres comia con un apetito envidiable, partiendo la carne con el puñal que llevaba en la cintura.

En el fondo de aquel cuarto, á donde apenas alcanzaba la luz de la vela, reclinado sobre un trozo de madera y cubierto solo por su zarape, se agitaba calenturiento otro oficial herido hacia pocos dias.

Los independientes heridos, sobre la marcha se aliviaban ó se morian.

Algunos compañeros aficionados hacian de médicos ó de sepultureros.

—Gallo,—dijo uno de los que cenaban.

—Mande usted, mi comandante,—dijo saliendo el asistente.

—Trae un jarro de agua.

El asistente salió.

—Oye, oye—¿nó tienes por ahí algo de licor?

—Nada, mi comandante; hace quince dias que no hay sueldo: antes las tortillas me las fiaron.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Bueno, traé el agua.

—Vaya una pobreza!—dijo otro de los oficiales, no sé adónde vamos á parar.

—¿A dónde? replicó el comandante. A un palo, colgados del pescuezo y sacando la lengua, ó á México triunfantes y alegres.

—Larga veo la cosa;—¿no es verdad, Jorge?—replicó el otro, dirijiéndose al tercero que aun no habia hablado.

—Larga ó corta, dijo Jorge, para mí es igual; si no nos matan, de ganar tenemos, Murillo.

—Puede, pero esto se pone cada dia peor; y si se me sube lo Murillo á la cabeza, me largo á mi tierra y no vuelvo ni á ver para acá.

Jorge iba á replicar, cuando se abrió la puerta de la calle, y apareció un jóven, delgado, pálido, de poca barba, vestido con un pobrísimo uniforme de infanteria, llevando en el hombro un viejo pleyd.

—Buenas noches, señores.

—Hola, Carrillito, dijo el comandante, ¿qué anda usted haciendo?—venga usted á cenar: aquí hay troncha, tortillas y chile.

—Muchas gracias, me voy porque estoy de gefe de dia: apasar oí ruido, y como somos amigos, quise hablarles y pedirl les un puro; la noche está muy fria y no tengo ni que fumar.

—Pues de ese cuero es mi correa, dijo Murillo: no tengo ni un cigarro.

—Ni yo.

—Ni yo.

—¡Qué hemos de hacer! adelante, me voy, no vayan á dormirse, ya saben que hay alarma y es fuerza vigilar.

—¿Pero hay algo de nuevo, preguntó Murillo?

—Acaba de llegar un correo de Huetamo, dijo el jóven Carrillo, y trae malas nuevas: parece que se ha sublevado la division que estaba en Uruapam, desconociendo al general en gefe, y el coronel Romero tiene órden para marchar á Tacámbaro con todas las fuerzas que hay aquí.



—Eso está bueno para nosotros! esclamó el comándante; siquiera por allá habrá mas que comer que esta maldita carne asada, y los cigarros no estarán tan escasos.

—Siquiera eso—dijo Carrillo, buscando algun tabaco disperso en sus bolsillos.

—Yo, dijo Jorge, pienso al llegar por Tusantla, pedir una licencia al coronel, para dar una vuelta por mi tierra.

—Si la muchacha te estará tocando llamada de honor: Rita, ó ¿cómo nos has dicho?

—Alejandra—dijo Jorge suspirando: ¡pobrecita! ni con quien escribir: ¡va tan poca gente por allá!

—Ahí viene el coronel, dijo el asistente Gallo, entrando al cuarto.

El ruido de algunos caballos herrados que se detenian enfrente de la casa, se escuchó en la calle.

Los oficiales se pusieron en pié; la puerta se abrió, y el célebre Nicolás Romero penetró en la estancia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III.

## Nicolás.

El leon de la montaña, como le decian los franceses, era un hombre como de treinta y seis años, de una estatura regular, con una fisonomía completamente vulgar, sin ninguna barba, el pelo cortado casi hasta la raiz, vestido de negro, sin llevar espuelas, ni espada, ni pistolas: con su andar mesurado, su cabeza inclinada siempre, y sus respuestas cortas y lentas, parecia mas bien un pacífico tratante de azúcares ó de maiz, que el hombre que llenaba medio mundo con rasgos fabulosos de audacia, de valor y de sagacidad.

Y sin embargo, Nicolás Romero era para sus enemigos y para sus soldados, un semi-dios, una especie de mito. Jamas preguntó de sus contrarios ¿cuántos son? sino dónde están? y allí iba.

—¿Cómo les va? dijo sencillamente, apretando una á una las manos de aquellos oficiales.

—Mi coronel, dijo Carrillo quitándose el sombrero—estoy de dia y no hay novedad.



—Bueno,—siéntese usted.

El asistente habia servido la cena, lo mismo que á los oficiales, carne asada.

Romero llevaba á la boca el primer bocado, cuando se oyó el galope de un caballo y la voz de un hombre que preguntaba á los soldados apresuradamente:

—¿Dónde está el coronel?

—Carrillo, vea usted qué me quieren, dijo Romero.

Carrillo salió, y á poco volvió á entrar con una carta que entregó al coronel.

Rompió éste el sello, se acercó á la vela, y despues poniendo la carta sobre la mesa, dijo á Carrillo:

—Que salgan las fuerzas á formar á la plaza.

Y siguió cenando tranquilamente.

—¿Ponemos bridas? dijo el comandante.

—Sí.

—Mi coronel, gimió el herido desde un rincon, ¿hay novedad?

—Sí, me escriben de Tuxpan, que una columna francesa viene para acá: tardará todavía dos horas.

—Pues voy á prepararme.

—Monta, y vete poco á poco adelantando por el camino de Laureles.

—Bueno, mi coronel.

El herido se levantó penosamente, y apoyado en la pared salió vacilando del cuarto.

Romero siguió cenando solo, sin interrumpirse el silencio que reinaba mas que por las sordas pisadas de la infantería que pasaba por la calle, ó por el tropel de algunos ginetes que marchaban á incorporarse á sus cuerpos.

Así pasó un cuarto de hora.

—Todo está listo, mi coronel, dijo Carrillo presentándose en la puerta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vamos, contestó tranquilamente Romero levantándose.

Montó á caballo y se dirijió á la plaza, seguido de sus ayudantes que le habian esperado en la calle.

El aspecto de la plaza era imponente: en medio de la profunda oscuridad de la noche, y á la incierta y rojiza luz de algunos trozos de ocote que tenian encendidos varios oficiales, se adivinaban mas bien que se veían, los cuerpos de la division, silenciosos é inmóviles, como un ejército de fantasmas ó como algo mas densamente oscuro en medio de la oscuridad.

El coronel dió algunas órdenes en voz baja, y poco despues la columna, sin hacer ruido, como una serpiente que se deslizára sobre una alfombra, comenzó á desfilar perdiéndose en el fondo negro de las calles.

Romero caminaba el último, sin hablar, sin levantar siquiera la cabeza.

Media hora despues, Zitácuaro era una ciudad desierta, un inmenso cementerio: ni una luz, ni un ruido, ni nada que anunciara que de allí acababa de salir una division.

La ciudad vestia el luto para esperar á sus enemigos.

---

## IV.

## La Sorpresa.

ROMERO tenia órden de escaramucear y retirarse despues sin pérdida de tiempo para Tacámbaro.

Pero Romero era un valiente, y no se contentó con esto, sino que se batió un dia entero con los franceses y al otro emprendió su marcha.

Treinta leguas habia caminado la division en cuatro dias, y Romero determinó dar un dia de descanso á la fuerza.

Estaban en una pequeña ranchería que se llama Papasindan.

Esta es una cañada enmedio de montañas elevadas, pero montañas sin árboles, sin verdura, sin vegetacion. El ardiente sol de los trópicos calcina los peñascos que las cubren; la yerba que se atreve á brotar, muere como tostada por sus rayos, y apenas se descubren algunos arbustos raquíticos y sin hojas, retorciéndose á la viveza del fuego que parece circular en la atmósfera; ni aves ni cuadrúpedos, ni aun insectos.

Por eso la cañada de Papasindan forma un delicioso contraste: arroyos caudalosos, grandes y magestuosas zirandas y pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rotas, muchas aves, mucho ganado, y una grama verde y tupida. Es un oasis en aquel ardiente desierto.

El camino que habia traido la fuerza, y que era el mismo que debia llevar el enemigo en caso de una persecucion, era una vereda incómoda y endonde no cabian dos hombres de frente, escabrosa, y costeando la montaña: un ejército podia haberse descubierto desde una legua de distancia, que tardaría lo menos tres horas en atravesar, y con cien hombres podia cerrarse el paso á tres mil.

Romero, pues, podia estar tranquilo.

Pero la suerte de los hombres y de las naciones, depende de la Providencia.

Eran cerca de las diez de la mañana; la tropa descansaba bajo los árboles, los caballos desensillados pacian libremente, y los oficiales y los gefes departian alegres en grupos esparcidos acá y allá.

A la sombra de una hermosa ziranda, Jorge y Murillo, acostados sobre sus zarapes, se entregaban á sus tristes recuerdos.

—No lo dudes, decia Jorge, solo el cariño que tengo al coronel, me hizo no pedir licencia en Tusantla, pero estoy muy triste, no tengo ni la menor noticia de Alejandra, anoche la soñé y ante noche, y creo que siempre la sueño.

—Pero ¿por qué no pediste aunque fueran ocho dias? te veo muy preocupado.

—Mira, te voy á confesar una cosa, aunque te rias, pero al fin eres un amigo: anoche se espantó la caballada, ¿te acuerdas?

—Cómo que si me acuerdo, ¿pues no fué mi bayo el que nos hizo correr tanto para cojerle? y ¿qué con eso?

—Que siempre que la caballada dá estampida, es señal de desgracia: ¿te ries?

—No me rio, que bien experimentado lo tengo.

Hay otra cosa, dijo mas bajo Jorge, y acercándose á su amigo: la noche que dormimos en Tusantla, una mariposa negra



estuvo volando al derredor del Coronel, hasta que se le paró en el sombrero.

—¿Pero tú la viste?

—Yo, tan cierto como que deseo que no me salgan ciertos mis pronósticos, porque.....

—¿Oyes? dijo repentinamente Murillo, levantándose precipitadamente.

—El enemigo, dijo Jorge tomando el mosquete.

Se habian escuchado algunos tiros, luego un rumor extraño, y repentinamente los zuavos, seguidos de una caballería de imperialistas, invadió el campo republicano.

Nadie pensó en resistir; el pánico de la sorpresa se apoderó de todos, y el enemigo mataba y aprisionaba sin el menor embarazo.

La division de Nicolas Romero se deshizo como el humo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

### La Caza del Gallo.

JORGE y Murillo no pensaron en el momento sino en huir: el enemigo estaba sobre ellos, ó mas bien dicho, ellos se encontraban enmedio del enemigo.

Jorge sin soltar su mosqueton, tomó uno de los senderos que tenía al frente, y que estaba desierto, pero á pocos pasos oyó detras el galope de un caballo; un dragon con el sable levantado, estaba ya á corta distancia. Jorge quiso huir pero no era tiempo: sintió sobre su frente un golpe formidable, y un espantoso dolor como si la montaña se hubiera desplomado sobre su cabeza; cruzó ante su vista un relámpago rojo, sangriento, vertiginoso, y luego ya no supo mas.

Cuando volvió en sí, no podia recordar lo que habia pasado, ni en donde estaba; se sentia como despertando de un profundo sueño: le dolia la cabeza, llevó allí la mano y la retiró cubierta de sangre: entonces lo comprendió todo. El sable del dragon le habia causado una herida profunda, y habia caido privado de conocimiento entre la maleza que crecia profusamente á los lados del camino, y seguramente creyéndole muerto, no se habian ocupado ya de él.



Pero esto debia haber pasado hacia poco tiempo, porque la sangre aun estaba caliente.

El sentimiento de la propia conservacion le hizo reflexionar.

Era necesario ocultarse, por si el enemigo aun no se habia marchado.

Levantó cuidadosamente la cabeza, y á poca distancia oyó un toque de corneta.

Jorge habia hecho bastante tiempo la campaña, para no conocer que era un toque francés.

Varios zuavos pasaron entonces á su lado, pero sin parar la atencion en lo que ellos creian un cadaver.

Dos dragones venian despues, y al llegar en frente de él se detuvieron.

Era un momento supremo de agonía: Jorge contuvo la respiracion.

—Mira, dijo uno, á éste yo le maté.

—Puede que esté vivo, contestó el otro.

—Qué vivo, nadie se queda vivo cuando yo le doy un machetazo.

—Quien sabe, lo veremos.

—Déjale, yo respondo.

—¿Y si no está muerto?

—Pues tírale un tiro y vámonos.

Jorge oyó el ruido seco y nervioso que hace una arma de fuego al prepararse, apretó instintivamente los párpados y se estremeció.

Se escuchó una detonacion que fué repitiéndose hasta perderse en los ecos de la cañada, y Jorge sintió el proyectil que se enterraba en el tronco de un árbol muy cerca de él.

—Vamos, mata muertos, dijo una voz detrás de los soldados, á su cuerpo.

—Mi capitan, si estaba vivo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Qué vivo: á su cuerpo, yo les enseñare á gastar inútilmente el parque.

Jorge conoció por el ruido de las pisadas de los caballos, que los ginetes se alejaban.

Abrió los ojos: estaba solo.

Entonces arrastrándose, sufriendo atroces dolores, deteniéndose á cada instante y procurando no mover ni la maleza, comenzó á caminar entre la espesa yerba, y entre los tupidos arbustos que formaban allí un bosque, donde nádie podria penetrar si no era arrastrándose como él.

A cada momento sentía deslizarse bajo su mano, culebras, higuanas, lagartos, sabandijas de todas clases, que vivian entre los despojos de los árboles, y que por primera vez sentían turbado su reposo,

Jorge, horrorizado, se detenia, pero volvia á seguir caminando despues; por fin, desgarrado por las espinas, perdida su ropa y casi exánime, llegó hasta una pequeña eminencia.

No habia avanzado gran cosa; casi á sus piés estaba el campamento francés.

Pero cerca, muy cerca, podia escuchar sus risas y sus cantos de triunfo: afortunadamente el bosque, aunque de arbustos, era allí muy tupido, Jorge podia ver sin ser visto.

Los soldados preparaban su comida, y entre aquellos grupos habia uno que reía y palmoteaba á cada instante.

Jorge quiso descubrir qué motivaba aquella algazara, y vió un soldado francés que perseguía, sin lograr alcanzarle, á un hermoso gallo.

El animal tomó el camino del bosquecillo, y Jorge tembló: podia llegar hasta donde él estaba, y el soldado que le perseguía le descubria, y entonces estaba perdido.

El gallo corria mas y mas, estaba ya muy cerca, pero el soldado le arrojó su gorra de cuartel, y el animal, espantado, tomó otra direccion.



Jorge respiró, y sin embargo no estaba tranquilo, seguía con interés aquella caza, habia salvado una vez pero, ¿quién le aseguraba que no volverían por allí el perseguido y el persegidor?

Por fin el animal, acosado, llegó al pié de un árbol, y haciendo un esfuerzo supremo, voló á colocarse en las ramas.

El soldado alzó la cabeza y lanzó un grito.

Muchos lo oyeron, y un gran círculo de tropa se reunió en derredor.

Hablaban á lo alto.

Entonces sucedió una cosa estraña, en vez del gallo, un hombre descendía de lo alto de las ramas.

Jorge redobló su atencion, ansiaba saber quien era aquel desgraciado que caia entre sus enemigos.

El hombre tocaba ya á la tierra.

Jorge lanzó una esclamacion.

Aquel hombre era....., Nicolás Romero.



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VI.

### El Herido.

ROMERO desapareció entre la turba de los franceses que le rodeaban y que se alejaban perdiéndose en el pequeño grupo de casitas de Papazindan.

Jorge permaneció inmóvil mucho tiempo; la cabeza le pesaba como si fuera de bronce; la piel de su rostro, cubierta con la sangre cuajada, habia perdido su elasticidad y estaba casi insensible; solo en la herida, las picaduras de los moscos le hacian sentir nerviosos y rápidos estremecimientos.

Quiso levantarse y caminar, pero sus miembros se negaban á obedecer.

La sed le abrasaba, el sol llegaba á la mitad de su carrera, y el viento no movia ni la hoja de un árbol.

La naturaleza tenia una calma desesperante.



El herido oyó tocar llamada, vió formarse los cuerpos y ponerse en marcha la columna por el mismo camino que habia traido.

Solo que ahora llevaban entre sus filas, mártires y víctimas para el altar de la República.

Romero caminaba montado en uno de sus caballos, con la misma serenidad, con la misma indiferencia que siempre.

La columna trepó la montaña, los últimos soldados se perdieron entre las sinuosidades del camino, y volvió á reinar en la cañada un silencio profundo.

A no ser por algunos cadáveres esparcidos acá y allá, si álguien hubiera pasado en aquel momento, no habria adivinado que acababa allí de representarse la primera parte de aquel sangriento drama, cuyo desenlace tendria lugar en la Plazuela de Mixcalco de México.

Jorge respiró, estaba salvado; entonces le pareció como que sus músculos recobraban la fuerza, se apoyó en un árbol y se puso en pié.

Por un momento tuvo un vértigo tan horrible, que creyó caer, sintió nublarse el sol y vacilar la tierra, pero se apoyó en el árbol, y el vértigo pasó.

¿Qué camino, qué rumbo tomaría? El terreno era desconocido para él, los franceses se dirijian seguramente á Huetamo á batir las fuerzas que allí habia.

Jorge salió del bosquecillo; lo primero que necesitaba era calmar su sed.

Y á poca distancia brillaba como un pedazo del sol caido en el mundo, un arroyo que asomaba saltando entre la yerba.

El herido se dirijió á él vacilando. Estaba cerca, y sin embargo le parecia eterno el camino.

Al márgen del arroyo, Jorge vió un soldado con el cráneo abierto de un sablazo, adelante otro, otro mas allá. ¡Cuántos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muertos! exclamó; y el nombre de sus amigos vino á sus lábios cómo una pregunta que hacia á Dios.

Se inclinó sobre el riachuelo, bebió hasta calmar su sed, despues lavó su rostro con su pobre pañuelo, refrescó con agua su herida, y se cubrió con aquel mismo pañuelo empapado.

A pocos pasos habia un viejo sombrero de petate, le levantó y se le puso.

Entonces se sintió ya capaz de caminar, y apoyado en un baston improvisado, se puso en marcha.

Poco á poco logró subir á una de las lomas que cierran la cañada, y esploró el horizonte.

Por el Poniente nada; montañas áridas y desconocidas que se perdian en lontananza, con infinitas formas, con inexplicables contornos, con sombras incomprensibles pero desiertas, tristes, pavorosas; aquello era un océano tempestuoso, petrificado repentinamente por la voz de Dios.

Hácia el Sur, y allá á lo léjos, como una cinta negra sembrada de polvo de acero que reflejaba la luz del sol, distinguió la columna francesa que tomaba la direccion de Huetamo.

Jorge no se habia engañado.

Volvió la vista hácia el Oriente.

Destacándose en el azul purísimo del cielo, y dominando sobre las crestas de los montes que los rodeaban, dos inmensos y esbeltos trozos de granito, semejantes á dos minaretes árabes, parecian indicarle un camino.

Eran los picos de Cucha, esos caprichos gigantescos de la naturaleza, que llaman la atencion de los viajeros y que guardan los recuerdos del célebre Baron de Humbolt, que los bautizó con el nombre de "Las Torres de Cucha."

Cerca de esas torres estaba Tuzantla, Zitácuaro, es decir, un país de amigos, un refugio para curarse ó morir en paz.

Pero para llegar allá, ¡cuánto trabajo! y sobre todo, ¡qué precausiones para evitar el camino que recorrian entonces las tropas enemigas!



Y sin embargo, era preciso, y Jorge tenia esa resolucion indomable que caracterizaba á los hombres de la República, durante el paso de la patria por su época de prueba.

Procuró orientarse, cerró un momento los ojos como para fijar en su alma los detalles de los cerros y de las cañadas, y comenzó á caminar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

### Misterios de los Bosques.

QUIZA alguno, al leer estas relaciones de sufrimientos y abnegacion, piense que son las visiones de un sueño, de un cerebro calenturiento; pero nó; desgraciadamente nada hay en esto de exagerado; es quizá una sola de las espinas de esta punzante corona que ciñó el pueblo en los dias de su Calvario.

Aun hay mucho que referir, aun hay mucho que saber.

Jorge se habia internado resueltamente en los bosques: conservaba el revólver y el puñal, podia defenderse de las fieras; de los hombres nada tenia que temer, porque en el camino que habia elejido, era casi imposible encontrar uno solo.

Profundos torrentes atravesaban por donde quiera aquel terreno, llevando en el fondo sombreado por gigantescos árboles, cristalinas corrientes.



Los troncos y las ramas se entrelazaban formando mas que un muro, un sólido inmenso, y los bejucos y las lianas de todas clases, formaban redes y laberintos que hacian mas impenetrables aquellas regiones: parásitas desconocidas se alimentaban y crecian entre las ramas y en los troncos, y el musgo lo invadia todo, las peñas, la tierra, los troncos y las lianas.

Aves de todas clases volaban entre el follaje, y cantos y gritos extraños atronaban la selva.

Saltando unas veces sobre los picos de las rocas, arrastrándose otras, abriéndose paso con su puñal entre las ramas y los bejucos, trepando con el auxilio de las manos y de las rodillas, Jorge avanzó hasta que ya el sol comenzaba á ponerse.

Estaba fatigado, quiso descansar junto á un arroyo, y se sentó.

Las chicharras levantaban un concierto triste y monótono; sus mil cantos formaban una especie de rumor, de zumbido, que desvanecia, que ensordecia.

De repente oyó Jorge el grito que lanzan en su cólera las urracas, y que anuncia siempre la aproximacion de un hombre.

Las urracas vuelan de un árbol á otro, por delante de los caminantes, lanzando chillidos destemplados.

Jorge lo sabia: los gritos de los pájaros se percibian cada vez mas cerca, y las chicharras habian callado; era indudable que se acercaba un hombre: entonces se ocultó detrás de una peña.

La maleza se movia y crugia al otro lado del arroyo; las ramas se abrieron, y Jorge pudo ver á su amigo Murillo, que pálido, sin sombrero y con el vestido desgarrado, se arrojó anhelante en el suelo para beber del agua que corria á sus piés.

Jorge salió de su escondite; Murillo alzó la cara, y los dos amigos se arrojaron llorando el uno en los brazos del otro.

Habia una ternura inmensa en aquellas lágrimas.

Quizá serian las primeras que derramaban aquellos hombres, despues de sus llantos de niños.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Jorge, tu estás herido: ¿en dónde? ¿estás muy malo? dime, siéntate, te ayudaré, ven aquí, sobre esta piedra: ¿dónde está tu herida?

—Cálmate, Murillo; estoy herido, pero aun tengo fuerzas; caminarémos hasta encontrar algun rancho, y allí me curaré.

—Pero enséñame tu herida, no te habrás curado nada: pobrecito, á ver, ¿dónde es?

—Aquí, en la cabeza, dijo Jorge quitándose el sombrero y mostrando su cabeza, á la que se habia pegado el pañuelo con la sangre.

—¡Jesus! ¡pobrecito! ¡pobrecito!—decia Murillo, examinándole con la ternura de una madre—ven, acércate al arroyo, te lavaré, lavaré el pañuelo; esa sangre cuagulada puede dañarte, ¡hace tanto calor! ven, ven, hijo, agárrate, ¿te duele mucho? quéjate, quéjate, no me he de enfadar; pégame si te lastimo—y sus ojos se arrasaban de lágrimas, que limpiaba con su tosca mano á cada momento, porque nublaban su vista.

La operacion fué larga y dolorosa: era preciso arrancar el lienzo adherido á los hinchados lábios de la herida, apartar de allí los cabellos que habian formado con la sangre un cuerpo compacto y duro; Murillo lo hacia con tal cuidado, con tal ternura, que el herido no se atrevia ni á quejarse por no apenarle.

Cuando acabó de lavar el pañuelo y vendar la cabeza de Jorge, era ya de noche; los últimos resplandores del crepúsculo se habian extinguido, y la luna brillante y pura, se levantaba en un cielo sereno.

El hambre comenzaba á atormentar á los dos fugitivos, pero nada se decian.

Hay momentos en que la desgracia dá á los corazones mas duros, instintos sublimes de delicadeza.

Nada se decian, y sin embargo la necesidad era urgente.

—Murillo, ¿cómo escapaste?—dijo Jorge.



—Ni yo mismo lo sé: me interné en el bosque al separarnos, y no he dejado de caminar ni de pensar en tí, hasta que nos hemos encontrado. ¿Y tú?

—Lo mismo: un dragon me hirió y me creyeron muerto: despues, como Dios quiso, llegué hasta aquí, donde nos hemos encontrado.

—Y no ha sido mala fortuna: ¡qué demonio! ya juntos los dos, que vengan penas. Pero tú estarás muy cansado; duerme un rato, yo velaré. ¿Traes tu pistola?

—Sí.

—Yo tambien; estamos de buenas, acuéstate.

—Pero hombre.....

—No hay pero, duérmete, que yo velo: otra vez lo harás tú conmigo; con que ¡eh! ya no te contesto aunque me hables.

Jorge se reclinó y quedaron los dos en silencio.

La noche tiene en los bosques ruidos y armonías misteriosas y desconocidas.

Aves que cantan á las sombras, á las estrellas, á la luna.

Reptiles que silvan entre la yerba, insectos que zumban en la oscuridad.

Fieras que salen de sus guaridas á buscar su presa ó á calmar su sed.

La noche en un bosque tiene algo que revela los primeros dias del mundo.

Se sienten crecer los árboles y las plantas.

Se adivina brotar la yerba.

Parece que Dios pasea entonces su mirada sobre la tierra.

El corazon siente el misterio y el alma concibe la superstición.

Los ruidos ó el silencio, todo habla con Dios, todo conmueve al hombre.

El ateismo es imposible en el bosque durante la noche, como lo es en el mar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un movimiento fuerte entre la maleza hizo levantar la cabeza á los dos chinacos.

Un gallardo venado se acercaba confiado al agua á pocos pasos.

—¿Le tiro?—dijo Murillo muy bajo.

—Sí, contestó Jorge—apúntale bien—es nuestra cena.

Murillo sacó la pistola, apuntó detenidamente y salió el tiro.

A la luz de la luna pudo verse al venado, que dió un salto terrible y cayó entre la yerba.

—Moro al agua—gritó Murillo corriendo hácia aquel punto.

El venado se agitaba en las últimas convulsiones—Murillo le acabó de matar con el puñal.

Despues le arrastró hasta donde estaba Jorge, y mas listo que un carnicero, comenzó á quitarle la piel; á poco el animal estaba destazado. Jorge miraba silenciosamente á su compañero.

—Ahora la lumbre—dijo Murillo—y se levantó.

Reunió algunas varas delgadas, otras mas gruesas, y trajo despues un puñado de yerba seca.

Arrancó un pedazo de su camisa, que era de algodon, y envolvió con ella la punta del puñal, sacó despues de la bolsa un cápsul de fusil, introdujo esa punta dentro de él, y rascó un poco. El mixto del cápsul se inflamó y el pedazo de camisa quedó ardiendo como una mecha.

Colocó este fuego dentro del puñado de yerba seca que tomó en su mano, agitó el brazo violentamente varias veces, sopló con la boca, y la llama se levantó.

Un momento despues ardia una gran hoguera, y un trozo de venado daba vueltas en un asador de madera.

---

## VIII.

### Una antigua conocida.

Lo mas espero que venga la señora para marcharme—decia un negrillo jóven de veinticinco años, á una muchacha que cosia sentada á la puerta de un rancho situado en la falda occidental de los cerros de Cucha.

—Pues poco ha de tardar: aunque yo me figuro, Cármen, que te vas á volver como te fuiste.

—Nada—dijo Cármen, acabando de cargar una vieja escopeta de dos cañones—yo te aseguro, Dominga, que mañana á estas horas, si Dios es servido, ya se está secando aquí la pielecita del tigre.

—Djos lo haga, que ya se ha llevado de aquí dos borreguitos, y anoche, cuando salí á ver mis gallinas, por allí andaba *pujando*.

—Y ademas, que por el pellejo bien me darán cualesquiera dos pesos, amen de que mi compadre Diego, el que vive en el rincon de Taracatio, me ha ofrecido una gala si mato el animal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que el otro dia le ha desgraciado un potrillo, tan chulo que no mas. Mal ajo con el animalito, y qué dañero que ha salido.

—Pero dónde le vas á topar hora.

—Aquí no mas—allá me voy arroyo arriba, hasta aquellos cuirindales muy altos y muy verdes que están en la barranca del Tamarindo; que allí me dijo Señor Nicolás el caporal que baja el tigre al agua.

—¿Y no te llevas los cachorros?

—A la fuerza, vaya; pues cuando no.

—Ahí viene la Señora—dijo Dominga.

—Buenas tardes, Señora Margarita—dijo Cármen á una muger que se acercaba.

—Buenas tardes—¿adónde vas?—contestó aquella,—¿vas ya á ver al tigre?

—No mas á su mercé esperaba para llegar á mete sol al aguaje.

—Bueno, bueno; mucho cuidado, no te vaya á suceder algo.

—No se apure su mercé—vámonos Temeroso, Temeroso,—Paloma, Paloma, Paloma.

Dos perros pequeños y flacos salieron del rancho, y á poco apareció moviendo la cola otro mas chico.

—Ah, tú tambien quieres ir, Chupamirto; pues vámonos.

El negro se puso la escopeta en el hombro, y empezó á caminar entre sus perros, que saltaban alegremente.

La Señora Margarita, como nuestros lectores habrán sospechado, era nuestra antigua conocida, la madre de Alejandra.

¿Cómo habia venido á dar allí?

Nadie lo sabia: lo único que averiguaron los curiosos, porque tambien en los ranchos hay curiosos, era que un dia una mulatita muy pobre y muy cansada, vino á pedir posada en aquel rancho, que era de un matrimonio de viejos; que se enfermó allí, y fué quedándose y ganando el cariño de aquella pareja,



hasta que muriendo uno y despues otro, y no teniendo hijos, la habian dejado de única heredera.

Margarita, pues, era propietaria.

Margarita tendria treinta y dos años, y aun conservaba la gracia de la juventud, apesar del profundo tinte de melancolía que se descubria en sus facciones.

No habia una arruga en su rostro, ni una sola cana en sus cabellos.

Muchos rancheritos habian bebido por ella los vientos, pero ninguno podia gloriarse de haber obtenido ni una esperanza.

La tarde habia espirado.

Cármen caminaba seguido siempre de sus perros; no mas que como desde el rancho habian hecho ya una larga tirada, llevaban las orejas y la cola inclinadas.

El cazador estaba muy cerca ya del lugar del acecho.

Seguia distraido por toda la orilla del arroyo, como le habia dicho á Dominga, cuando á lo lejos escuchó enmedio del silencio un grito.

Era el grito de un pasajero extraviado. Los hombres de por allí, tienen para llamarse entre la selva, un grito particular, que no puede equivocarse con otro; y el que Cármen oyó, no pertenecia á esta especie; era, por decirlo así, un grito "forastero," como llaman ellos á todo el que no es de la tierra.

—¡Alabado sea Dios! dijo Cármen: algun forastero que se ha descaminado; le buscarémos. Vamos, Temeroso, vamos.

Los perros levantaron la cabeza, y tomaron decididamente un rumbo.

Otro grito se dejó oir.

—Pues será cosa de cuidado, pensó Juan, y animó á los perros.

Pero no era necesario; los tres comenzaron á hacer su marcha mas veloz, lanzando de cuando en cuando pequeños aullidos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cármen, acostumbrado á caminar por las montañas, los seguia, corriendo por el bosque.

De repente, al llegar á una pequeña planada, los perros se lanzaron á la carrera, ladrando, y de unas peñas se desprendió un enorme tigre, poniéndose en fuga.

Hay en el tigre una particularidad, la excesiva delicadeza de oido.

Cualquiera que no haya visto la caza de este animal, se supondrá, fundado en esos fantásticos cuadros y gravados que nos envian los franceses, que es necesario llevar soberbios lebreles, arrogantes caballos, espadas, fusiles, lanzas, y en fin, sostener terribles combates.

Nada menos que eso.

La astucia ha triunfado de la fuerza.

El tigre es valiente y fuerte; con un golpe solo de su pujante garra, es capaz de derribar un caballo.

Es lijero y ágil mas que un venado.

Pero en cambio, la delicadeza de su oido le pierde.

Los cazadores de tigres llevan dos ó tres perros pequeños, cuyo ladrido es agudísimo.

El tigre se siente tan penosamente afectado cuando estos perros le rodean y le ladran, que huye sacudiendo la cabeza y acobardado, hasta encontrar un punto en donde treparse.

Entonces está como dicen los cazadores, *encaramado*; allí seria una locura atacarle; pero rodeado de los perros, no se atreveria nunca á bajar, aunque viera á sus piés al hombre.

En esta situacion, el cazador mas torpe puede estar seguro de plantarle una bala en la cabeza ó en el corazon, y es negocio terminado.

Cármen se puso en seguimiento del tigre, con esa ansiedad de todos los cazadores cuando descubren la pieza, y no advirtió el grupo que á su derecha formaban dos hombres, sentado



el uno en tierra y como desmayado, y el otro sosteniéndole hincada una rodilla.

Eran Jorge y Murillo.

Jorge, casi loco, con la fiebre de la herida.

Murillo rendido: habia traido á su amigo hasta aquel lugar, y habian caminado dos dias en el monte.

Jorge estaba sin conocimiento: Murillo sintió entre las yerbas *pujar* un tigre, y se puso en guardia.

El animal apareció y comenzó á dar vueltas, *pujando* al derredor de los oficiales; de cuando en cuando se detenia á contemplarles, moviendo la cola, como un gato que está contento.

Murillo, en una de estas veces, le apuntó con la pistola, pero el tiro no salió; la terrible humedad del bosque habia perdido la carga.

El tigre hizo un movimiento para arrojarse sobre él; pero Murillo lanzó un grito agudo, y el animal se retiró. Este fué el primer grito que oyó Cármen.

Volvió Murillo á probar la pistola, y volvió á faltarle por segunda vez; y ya se creia perdido, cuando como enviados por Dios, salieron de entre las ramas los perros, y el tigre se puso en fuga.

Estaba reflexionando en aquella casualidad, á que debia la salvacion de su vida, cuando oyó un tiro, y luego otro: el tigre debia estar muerto, y el cazador estaria pronto allí, porque cerca de ellos habia dejado su sombrero, que se le cayó al comenzar la persecucion del tigre.

Así sucedió: Murillo esperó poco tiempo; Jorge algunas veces estaba insensible y silencioso, y otras deliraba.

Por fin Cármen apareció.

Los perros fueron los primeros que notaron la presencia de los oficiales, y comenzaron á ladrar, pero de una manera bien distinta de como lo habian hecho al ver al tigre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cármen vió á Jorge, y se dirijió á él sin alarmarse; por allí los hombres ni se desconfian ni se temen.

—Amigo; ¿qué anda haciendo por aquí á estas horas?—dijo el negro.

—Amigo, somos oficiales del coronel Romero, que hemos sido derrotados.....

—¡Derrotados!

—Sí, en Papazindan.

—¿Y el Coronel?

—Prisionero.

—Alabado sea Dios: y ¡qué pesadumbre para la señora cuando lo sepa! Pero ¿cómo fué eso?

—Ya se lo contaré despues; pero antes ayúdeme á llevar á este compañero, que le traigo muy mal herido.

—¡Mal haya! ¡pobrecito!—Amigo, dijo Cármen inclinándose.

—No puede ni hablar, observó Murillo; casi cargando le he traido por todo el camino y sin comer; estoy rendido, no sé qué hacer.

—Pues bonito apuro: le llevarémos á la casa de la señora.....

—¿Está cerca?.....

—Dos ó tres leguas.

—Pero él no puede andar, y yo ya no tengo fuerzas para cargarle.

—Para eso me dió Dios á mí buenos lomos: vaya, ¿le habia yo de dejar así? A ver, vámonos, que quiero ir por una mulita para llevarme el tigre, que de milagro no se los ha comido.

Murillo ayudó á levantar al herido; Cármen se le cargó con ayuda de su zarape, y echaron á andar, abriendo la marcha los perros que llevaban todavía erizado el pelo del lomo; indicio de su reciente cólera con el tigre.

# LIBRO TERCERO.

## EL LOBO Y EL PASTOR.

### I.

### El Fandango.

VAMOS á llevar á nuestro lector, al mismo pueblo de San Luis, donde comenzó á tener relaciones con los personajes de nuestra historia, ó hablando en términos mas cultos, donde tuvimos el honor de presentarle á Alejandra, y á quien suponemos que no habrá olvidado.

Como los acontecimientos están pasando por los mismos dias, suponemos tambien, que al decirle que es de noche, no habrá necesidad de agregarle que hay luna, pues tantas cosas ha visto ya á su luz en los alrededores de Zitácuaro.

En un espacioso palenque, que durante la tarde servia para los combates de gallos, y se convertia por las noches en salon de baile, un músico con una arpa y otro con una vihuela, preludiaban alegres malagueñas.

Poca gente habia aún en aquel sitio; hombres cubiertos con sus zarapes, á pesar del calor, muchachos que jugaban y alguna que otra muger que iban llegando poco á poco.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cármen vió á Jorge, y se dirijió á él sin alarmarse; por allí los hombres ni se desconfian ni se temen.

—Amigo; ¿qué anda haciendo por aquí á estas horas?—dijo el negro.

—Amigo, somos oficiales del coronel Romero, que hemos sido derrotados.....

—¡Derrotados!

—Sí, en Papazindan.

—¿Y el Coronel?

—Prisionero.

—Alabado sea Dios: y ¡qué pesadumbre para la señora cuando lo sepa! Pero ¿cómo fué eso?

—Ya se lo contaré despues; pero antes ayúdeme á llevar á este compañero, que le traigo muy mal herido.

—¡Mal haya! ¡pobrecito!—Amigo, dijo Cármen inclinándose.

—No puede ni hablar, observó Murillo; casi cargando le he traido por todo el camino y sin comer; estoy rendido, no sé qué hacer.

—Pues bonito apuro: le llevarémos á la casa de la señora.....

—¿Está cerca?.....

—Dos ó tres leguas.

—Pero él no puede andar, y yo ya no tengo fuerzas para cargarle.

—Para eso me dió Dios á mí buenos lomos: vaya, ¿le habia yo de dejar así? A ver, vámonos, que quiero ir por una mulita para llevarme el tigre, que de milagro no se los ha comido.

Murillo ayudó á levantar al herido; Cármen se le cargó con ayuda de su zarape, y echaron á andar, abriendo la marcha los perros que llevaban todavía erizado el pelo del lomo; indicio de su reciente cólera con el tigre.

# LIBRO TERCERO.

## EL LOBO Y EL PASTOR.

### I.

### El Fandango.

VAMOS á llevar á nuestro lector, al mismo pueblo de San Luis, donde comenzó á tener relaciones con los personajes de nuestra historia, ó hablando en términos mas cultos, donde tuvimos el honor de presentarle á Alejandra, y á quien suponemos que no habrá olvidado.

Como los acontecimientos están pasando por los mismos dias, suponemos tambien, que al decirle que es de noche, no habrá necesidad de agregarle que hay luna, pues tantas cosas ha visto ya á su luz en los alrededores de Zitácuaro.

En un espacioso palenque, que durante la tarde servia para los combates de gallos, y se convertia por las noches en salon de baile, un músico con una arpa y otro con una vihuela, preludiaban alegres malagueñas.

Poca gente habia aún en aquel sitio; hombres cubiertos con sus zarapes, á pesar del calor, muchachos que jugaban y alguna que otra muger que iban llegando poco á poco.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los músicos tocaban alegremente, descansaban un rato para fumar un cigarro ó tomar un trago, y volvian despues á su tarea.

De cuando en cuando un hombre se paraba en medio del palenque, y esforzando cuanto le era posible la voz, se ponia á gritar:

—Mugeres, mugeres, mugeres, mugeres.

Método sencillo, aunque raro y descortés, de llamar á la fiesta al bello sexo.

Por fin la plaza se llenó, y comenzaron los bailadores á lucir el garbo.

Jamás baila sino una pareja: allí no hay abrazos, ni apretones de manos, ni cortesías, ni contacto alguno entre el bailador y su pareja.

Uno frente á otro, sin mas espacio para mostrar su habilidad, que una tarima de dos varas de ancho, por cinco de largo, colocada sobre una escavacion que cierra herméticamente para darle la sonoridad de un tambor, aquel hombre y aquella muger zapatean y se mueven, se acercan, se separan y cambian de colocacion, sin llegar á tocarse, hasta que uno de ellos se cansa y se retira á su asiento, dejando á la pareja sin ninguna especie de ceremonia.

Entonces si hay quien le reemplaze, siguen bailando; y si nó, el que ha quedado continúa solo hasta que se cansa ó se enfada.

Los hombres allí no sacan á bailar á la muger; el que quiere se dirije á la tarima, se pone á zapatear, y si hay quien le acompañe, bien; si nó, le será indiferente.

Exactamente hacen lo mismo las mugeres.

Basta de digresiones, y vamos á nuestro relato.

El lector nos perdonará si le hacemos retroceder un poco en el hilo de los acontecimientos; será solo un dia.

Es decir, á la víspera del viaje desgraciado de D. Plácido.



Perucho nuestro conocido, se hacia rajas, como se dice por allá, bailando un zamba-rumbero, con una chica como un confite, y los aplausos eran repetidos.

El tio Lalo, envuelto en un zarape, fumaba sentado en un banco al lado de su vieja Ramona, y el Cacomixtle, hecho un obillo, estaba dormitando á sus piés.

De repente, tio Lalo sintió que le tocaban el hombro, y al volver, se encontró con la cara del padre Bernal.

—¿Puedes venir un momento?

—Sí señor.

—Pues anda.

Tio Lalo se levantó, pasó sobre el banco y siguió al padre, atravesando el círculo de curiosos que veían el fandango.

El herrero, siguiendo á su conductor, caminó hasta un lugar apartado, desde donde no se oía ni el rumor de la fiesta.

Allí se detuvieron.

Entre la ondulacion que causó en la gente la salida del tio Lalo, Cacomixtle se escurrió.

Un hombre seguia misteriosamente y como recatándose, al padre y al herrero.

Cacomixtle iba mas atrás.

En una de las esquinas de aquellos angostos callejones, el muchacho se adelantó hasta ver la cara al hombre.

—¿Es usted, D. Roque?

—¡Ah! ¿tú eres, Cacomixtle?

—Creía que se habia usted dormido.

—Quizá me duermo yo en un negocio del señor cura.

—Bueno, entonces usted sigue; y yo que no tengo aquí que hacer, voy en un brinco á ver al señor cura, antes que me extrañen tio Lalo y la vieja.

—Anda.

El muchacho apretó á correr por un lado, y el D. Roque siguió la direccion que llevaban el tio Lalo y el padre Bernal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se habian detenido estos á la espalda de un pobre jacal que no tenia por qué infundirles sospechas: el herrero, que conocia á palmos el pueblo, sabia que era de una mendiga infeliz, casi idiota, á la que todos conocian con el apodo de "Guacha," porque hacia muchos años que habia llegado del rumbo de México.

D. Roque se detuvo, y luego sin vacilar y evitando ser visto, dió un rodeo, y entró resueltamente en el jacal.

Una vieja calentaba en un fogon casi extinguido, una miserable cena.

Al ver á D. Roque, quiso hablar; él la hizo seña de que callara, llevando á sus lábios el dedo índice; y sin cuidarse mas de ella, se fué á colocar en el lugar correspondiente al que ocupaban fuera, Lalo y su compañero.

---

## II.

### El buen Pastor.

EL curato era la casa mas aseada del pueblo. La hermana del cura le tenia, al decir de todos, como una taza de China.

La Señora Joaquina era una anciana que valia la plata: tenia ademas tal semejanza con el cura, que ni los mas maldicientes se atrevieron jamas á dudar del parentesco.

La Señora Joaquina era mayor que su hermano diez años. El cura contaba cincuenta Juéves Santos; la señora contaba, y lo que es mas, confesaba sesenta.

Estaban de sobremesa: la Señora Joaquina en la cabecera y el cura á la derecha.

Dos golpecitos sonaron en la puerta.

—Tocan, dijo el cura.

—Voy á ver.

—Será alguna confesion.

La Señora Joaquina volvió á poco.

—Es ese muchacho que viene luego á buscarte.

—¿Cuál?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—El de la casa del herrero.

—Que entre, y ciérrame ahí para que nadie nos interrumpa.

El Cacomixtle entró, se adelantó hasta el cura y le besó la mano.

—Dios te haga un santo—dijo el cura, pasando cariñosamente la mano sobre la cabeza del muchacho.—¿Qué hay de nuevo?

—Acabo de dejar á D. Roque, al padre Bernal y al tio Lalo, porque estábamos en el fandango, y el padre fué á sacar al tio de la plaza y se fueron yendo los dos; pero yo vine á ver si usted me mandaba algo.

—A ver, repíteme lo que supiste hoy en la tarde, por si algo nuevo has recordado.

—Nada mas, señor cura, sino que la Señora Ramona llevó la razon de que D. Plácido salia con la muchacha Alejandra mañana muy temprano por el rumbo de Morelia, y entonces el tio le dijo al padre que era buena oportunidad de quitar á la muchacha, y que él se comprometia á dar el plan; pero que el padre buscara unos hombres que no fueran del pueblo para desempeñarlo, y no mas: el padre se fué.

—¿Pero nada dijo al irse?

—Ah, sí: que en la noche se verian, y que iba á ver si comprometia á unos arribeños que habian llegado á San Gerónimo.

—Está bien, véte para que no te extrañen, y mañana á la hora que acabe la misa, me ves.

Cacomixtle volvió á besarle la mano, y poco despues entraba al fandango.

La vieja Ramona conversaba con una comadre, y no habia notado su ausencia.

El herrero aun no habia vuelto.

—Dios sabe lo que tú traes entre manos, Antonio, dijo al cura la Señora Joaquina, entrando en la sala—te veo tan



preocupado como nunca:—perdóneme su divina Magestad, pero ese muchacho me dá mala espina.

—No formes esos juicios, hermana,—contestó dulcemente el cura—óyeme, porque ya sabes que para tí nunca tengo secretos. ¿Tú conoces al padre Bernal?

—Sí; y aunque me riñas porque me formo juicios temerarios, no me parece un hombre bueno.

—En esta vez solo, pero solo en esta vez, puede que tengas razon.

—¿Qué tal? y luego dices que son locuras mias; que es pecado, que es enfermedad, que es histérico, hipocondria.

—Bien: pero un solo caso no me dá motivo á pensar mal del prójimo—Oyeme y verás: ese chico que acaba de salir, me ha avisado que el padre Bernal formaba un plan con ese herrero á quien llaman tio Lalo.

—Con razon me parecia á mí que el dichoso herrero tenia cara de no hacer dos cosas buenas.....y luego dices.

—Vaya, vaya, Joaquina, volvemos á lo de siempre: óyeme hasta el fin. Pues como te iba diciendo, fraguaban un plan para robarse nada menos que á Alejandra, la hija de D. Plácido, la muchacha mas juiciosa de toda la feligresía.

—Sí, y la novia de nuestro Jorge: eso no dices tú, pero yo sé, porque ni un momento le olvido, que si mi hijo fuera, no le quisiera tanto: ¡pobrecito! ¡quién sabe lo que estará pasando ahora! Malvados franceses, Dios los castigue por esta guerra.

Y la Señora Joaquina lloraba.

—Cálmate, cálmate y ten fé, que Dios nos le ha de traer bueno y sano. Cuando nos le dieron en Tacubaya, que yo era vicario, y tan pobre, estaba él tan enfermo, que tu creias que se moria, y no teniamos ni para el médico; y Dios le salvó. Cuando le envié á estudiar á los Estados-Unidos, lloraste mucho; y Dios nos le trajo. Ahora será lo mismo. Con que no llores, y vamos á hablar de Alejandra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Se la querian robar? dijo serenándose la Señora Joaquina.

—Se la quieren robar mañana que sale D. Plácido para Morelia con ella; pero lo malo está en que no sé bien cómo han preparado el rapto, aunque ya tengo á Roque el sacristan siguiéndoles la pista, y él sabrá algo: no tarda en traernos razon.

—Pero ¿por qué no dás parte al alcalde?

—Por la simple denuncia de un muchacho, no haria caso, y ademas, tengo fé en evitarlo sin que demos un escándalo, y que ya sabes, porque te lo he dicho, que los cánones prohiben denunciar.....

—Tocan, dijo la Señora Joaquina.

—Abre, será Roque.

—El es.

—¿Qué hay? preguntó el cura con inquietud.

—Que es una cosa decidida: unos hombres deben salir mañana á D. Plácido en el camino, y quitarle á la muchacha, aun cuando haya que matarle; una muger esperará á cierta distancia, y bajo su cuidado están comprometidos esos hombres á llevarla hasta Cuernavaca.

—¿Pero por qué camino?

—Por el del manglar.

—Bien; ahora lo que importa es que veas á cuatro ó seis muchachos, que salgan antes que D. Plácido, y se vayan por todo el camino, explorando, para evitar una desgracia. Tú que sabes el interes que tenemos por Alejandra, ademas de la caridad, hazlo con empeño: la noche está avanzada, y es necesario no dormirse.

D. Roque salió, y algunos minutos despues sacaba á Perucho disimuladamente del fandango.

---

## III.

### Malas noticias.

A su parecer, el buen cura tomaba todas las precauciones para evitar una desgracia; pero como el lector habrá visto, de nada sirvieron, y el viejo insurgente cayó atravesado de un balazo en medio del camino, y los encubiertos se apoderaron de Alejandra.

El pobre cura no pudo dormir, y se paseó de arriba abajo en su salita, toda la noche. La Señora Joaquina quiso hacerle compañía, y se sentó en una silla; resistió un poco el sueño, pero como su espíritu no estaba tan agitado, á poco tiempo se reclinó sobre la mesa y comenzó á roncar.

A cosa de las tres llegó D. Roque.

—¿Qué sucede? dijo con impaciencia el cura.

—Todo está dispuesto: van á ensillar ya los muchachos, y salen luego; hemos perdido mucho tiempo buscando algunas armas, porque no tenian mas que sus machetes, pero ya están listos.

—¿No quedarán mal?

—Pierda usted cuidado, son de toda confianza.

—Bueno, retírate á descansar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Voy á dar una vuelta á casa de Perucho, para agitarle, y me voy á acostar.

El cura cerró la puerta, despertó á la Señora Joaquina, la envió á su cuarto, y él se tendió sobre una hamaca.

La inquietud le devoraba, y no pudo pegar ni un instante los ojos.

La luz de la mañana comenzó á deslizarse por las hendiduras de las puertas de la calle.

El cura se levantó.

Aquel dia dijo la misa mas temprano que de costumbre, y los feligreses advirtieron que se olvidó, aunque era domingo, de leer las amonestaciones de los matrimonios, despues del evangelio.

La Señora Joaquina levantó de la mesa casi intacto el enorme pocillo de chocolate y el cerro de marquesotes del desayuno.

Cerca de las doce del dia, un hombre, montado en una mula flaca, llegó á la puerta del curato, se apeó dejando su mula abandonada, y entró sin ceremonia.

El cura, en su hamaca, meditabundo pensaba: ¿qué habrá sucedido?

—Buenos dias dé Dios á usted, señor cura; ya estoy aquí, me ha ido muy mal, hemos tenido una desgracia muy grande.

El cura se paró como impulsado por un resorte, pero no se atrevió ni á preguntar.

Por la puerta de la calle asomaba el rostro espantado de D. Roque.

La Señora Joaquina aparecia pálida por la otra entrada del interior de la casa.

—Pues señor, ello es, que como Perucho habia dado sabana á los animales, y no estaban en la casa, tardamos en salir, y D. Plácido se adelantó; nosotros pica que pica para alcanzarlos, hasta que oimos dos tiros, y echamos á correr para divisar qué sucedia; á poco, zas, los mozos que volvian huyendo; les hicimos volver, y llegamos al recodo: D. Placido, tirado en el suelo, herido, su perro junto á él ahullando, ¡pobre animalillo, y qué fiel que es! y la muchacha ¡anda vete! ni su luz.



—¡Jesus nos valga! exclamó el cura, cubriéndose la cara con las manos. Pero ustedes ¿qué hicieron?—preguntó D. Roque, tomando parte en la conversacion.

—¡Toma! pues yo ir por unos hombres para traernos á D. Plácido en un tapestle de ramas que hicimos, como que hasta cerca del estero encontré su mula, que por mas señas habia perdido una pistola, y nó despues me hagan el cargo.....

—Bien, bien, ¿y los demas? dijo el cura.

—Los demas se fueron por todo el camino, recio, recio, porque todavía los otros los vimos léjos; pero Perucho dice que si no llevan muy buenas béstias, no se le escapan.

Un rumor se escuchó en la plaza.

Doña Joaquina se asomó.

—¿Qué traen ahí, que viene tanta gente?

—Ha de ser á D. Plácido, dijo el hombre que trajo la noticia, que yo les encargué á los muchachos que para acá se vinieran, porque ahora el pobre no tiene ni quien le cure, y la Señora Joaquina es tan buena.....

—Has hecho bien, muy bien—dijo la Señora Joaquina.

—Que entre, que entre.

D. Plácido, excesivamente pálido, y cubierto de polvo y de sangre, venia en una especie de camilla improvisada con ramas, casi desmayado.

La gente que le acompañaba, se detuvo respetuosamente en la puerta del curato, quitándose los hombres los sombreros: el herido entró, la puerta volvió á cerrarse, y el concurso se disolvió, haciendo cada uno diversos comentarios. Los que conducian la camilla se retiraron, y D. Plácido, acostado en la misma cama del cura, quedó solo rodeado de la Señora Joaquina, el cura y D. Roque.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin embargo, otra persona se habia deslizado por la puerta, y quedaba en uno de los rincones contemplando la escena con con una especie de curiosidad muda.

Era la "Guacha."

Nuestros lectores conocen ya á la "Guacha," á la propietaria del jacal adonde entró D. Roque para escuchar la conversacion del padre Bernal con el tio Lalo; pero ahora vamos á procurar describir su persona, y lo poco que se puede saber de sus antecedentes.

La "Guacha" era una muger alta, blanca y de una edad incierta: algunos rasgos de su fisonomía indicaban que aun no era una vieja; pero la miseria y los padecimientos habian encorvado su cuerpo, que demacrado y cubierto por harapos de indeciso color, habia tomado el aspecto de la ancianidad.

Un viejísimo rebozo era el complemento de su traje; la "Guacha" era la personificacion de la desgracia, de la miseria, del hambre, del abandono.

Las gentes de la costa llaman "Guachos" á los que van del interior del país: palabra despreciativa, que entre ellos significa advenedizo, como en el Diccionario la de expósito significa abandonado.

Hacia como seis años que una pordiosera habia aparecido en el pueblo, y venia del rumbo de México.

Su color, sus costumbres, su modo de hablar, indicaban á los vecinos que era de alguno de los Estados del centro; no tenia nombre, al menos ninguno lo sabia, y la bautizaron con el apodo de "Guacha."

El cura le dió por asilo un jacal abandonado, y allí le enviaba siempre algunas provisiones; la muger no tenia ya necesidad de salir, y se pasaban dos y tres meses sin que se la viera por la calle.

No iba ni aun á misa, pero sus enfermedades la disculpaban, y ni los mas timoratos se escandalizaban; por el contrario, las



limosnas eran cada dia mas abundantes, y la pobre muger vivia tranquila, sin salir ni ver á nadie.

Aquel dia, como una cosa notable, se la veía en las calles.

Habia entrado hasta la pieza en que estaba el herido; pero ni el cura ni los demas notaron su presencia: tan preocupados estaban con los acontecimientos.

La Señora Joaquina y D. Roque habian ya desnudado á D. Plácido y le habian metido entre las sábanas.

—Ya no tardará el barbero que viene á hacerle á usted la primera curacion; por ahora, estése usted muy quietecito.

—Sí, indicó el enfermo con la cabeza.

La puerta crujió, y la luz que penetraba por la ventana iluminó de lleno la cabeza del padre Bernal, que se destacó á la entrada del aposento.

—Lobo, murmuró la hermana del cura.

—¿Puedo pasar? dijo el padre Bernal, deteniendose en el umbral.

—Espéreme usted afuera un momento en la otra pieza, contestó el cura notablemente emocionado.

Bernal desapareció, y la puerta volvió á cerrarse.

El cura se acercó á la cama del herido, le miró como para cerciorarse de su estado, y luego se dirijió al cuarto en que Bernal le esperaba.

En el momento que llevaba la mano al pasador, sintió que le tomaban convulsivamente del brazo, y vió á la "Guacha" que trémula, con los ojos chispeantes y mas pálida que de costumbre, le decia con una voz conmovida y que no era la suya:

—Ese hombre no es sacerdote, ese hombre es un criminal, un malvado; cuídese usted, señor cura, porque es una serpiente.

—¡Pero cómo!—dijo asombrado el cura, por aquella repentina mutacion de la idiota.

—Despues le hablaré á usted; pero si duda, pregúntele usted á ese hombre si conoce á Celso Valdespino.

El cura vaciló un momento, y salió de la habitacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IV.

### Celso Valdespino.

—Con que parece—dijo descaradamente el padre Bernal—que ha habido su desgracia en el pueblo.

—En el pueblo precisamente nó, contestó el cura, procurando dar un aire de perfecta indiferencia á sus palabras:—en el camino, á cosa de cuatro ó cinco leguas.

—Dicen que está herida la muchacha, esa hija de D. Plácido.

—No: D. Plácido ha sido encontrado en el camino gravemente herido.

—¿Y la muchacha?

—Nada se sabe de ella: desapareció, y no hay noticia del paradero que haya tenido.

—¿Pero qué, no hay ningunos pormenores acerca del acontecimiento? ¿nada dice el herido? á los criados no les han interrogado?

—El herido está en un estado tal de postracion, que no ha podido hablar una sola palabra: en cuanto á los criados, huyeron al primer tiro, y nada pueden decir.



—Es extraño: ¿y ni aun acerca de la causa de la desgracia se dice algo? tal vez haya sido una tentativa de robo.

—No es probable: tiempo tuvieron los perpetradores del crímen para haberse llevado cuanto hubieran querido, y ni aun la mula que montaba D. Plácido se perdió.

—Entonces tal vez algunos trapicheos de la muchachilla: dicen que es bonita; yo apenas la conozco.

El cura sintió que la sangre le subia al rostro: aquel rasgo de impudencia le indignaba.

—Alejandra era la futura de Jorge, nuestro hijo adoptivo, y yo estoy seguro de que no tenia amores con nadie; el interes del muchacho me hacia vigilarla cuidadosamente.

—¡Ah! dijo Bernal contrariado.

—En el pueblo se hacen mil comentarios, que no son de lo mas favorables á personas que por su carácter debieran ser el modelo de la virtud.....

—En los pueblos pequeños siempre hay calumnias y chismes que los hombres de juicio y de educacion y pensadores, desprecian.

—Pero es que hay rumores que tienen tal gravedad....

—Señor cura, Señor cura—dijo Bernal con afectada calma—la calumnia no se detiene ni en las mismas gradas del altar.... Y á propósito, agregó ligeramente y con objeto de variar la conversacion, estoy convidado de hoy en ocho á cantar una misa en un pueblo de indios, cerca de Texca, y queria que usted me permitiera ir, porque aunque aquí no soy verdaderamente vicario de la parroquia, sin embargo, el respeto que debo á usted.....

Si el cura hubiera dudado de la participacion de Bernal en los atentados de la mañana, la turbacion de éste le habria convencido.

—Mire usted, padre, le dijo, en el mundo, sobre todo pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra nosotros los que somos pastores de los pueblos, no basta solo ser buenos: es preciso tambien parecerlo.

—¿Y á qué viene eso?

—Ya lo verá usted; el pueblo ha comenzado á murmurar, y hay quien se atreva á suponer á usted, ¡Dios me libre de creerlo! autor del rapto de Alejandra.

—¿Y quién se atreveria á suponer tal cosa? contestó Bernal, poniéndose densamente pálido.

—¿Quién? muchos, padre, muchos, y cualquiera que en este momento viera á usted tan pálido y descompuesto como si estuviera ante un tribunal.

—Pero eso es infame; y si yo me inmuto, es porque hay quien se atreva á lanzar esa mancha al rostro de un sacerdote, de un ministro del Señor.

—Es, continuó lenta y gravemente el cura, que tambien niegan que esté usted investido de tan sagrado carácter.

—¡Oh! eso es horrible: ¿y ustedes no los han desmentido? cuando yo les he mostrado mis licencias, cuando por su mano han llegado cartas de México dirijidas á mí.....

—Esas licencias y esas cartas son para el padre Bernal, y usted es.....

—¿Quién? dijo Bernal con los ojos inyectados de sangre, y apretando con violencia los puños.

—D. Celso Valdespino.

Bernal lanzó un grito salvaje, un rujido de tigre; su boca se llenó de espuma; volvió rapidamente la vista por todo el curato para ver si estaban solos, y entonces con voz ronca y entre cortada, dijo al cura:

—Tu sabes mis secretos; bueno: pero yo te cortaré la lengua, yo te impediré que lo digas. Ya verás, ya verás: y sacó de debajo de su chaleco una daga, é hizo un impulso como para precipitarse sobre el cura, que pálido pero sereno, le miraba sin perder uno solo de sus movimientos.



—Encomiéndate á Dios, miserable, porque te voy á hacer callar para siempre.

—¡Oh no! dijo una voz tranquila detrás del cura.

Bernal alzó la cara buscando á aquel nuevo enemigo, y el fornido D. Roque se asomó en la puerta apuntando á Bernal con un fusil.

—Yo, yo soy el que voy á matarte, tigre malvado, asesino, raptor, falso sacerdote; yo; pero cuidado, no te muevas, porque te despacho: á ver, llama ahora á tu tio Lalo, á tu herrero—¡Infame! ¡de rodillas!.... .

—Roque, Roque, en nombre del cielo, no tires, te lo suplico, te lo mando.

—Pero señor cura.....

—Te lo mando: salga usted de aquí, D. Celso, y póngase en marcha para México inmediatamente, si no quiere ser víctima de la indignacion pública.

Bernal, ó mas bien D. Celso, no replicó: guardó la daga, y salió lanzando feroces miradas al cura y á D. Roque.

Montó en su mula, que estaba en la puerta del curato y desapareció.

—¡Ah! señor cura, la excesiva bondad de usted nos ha de perder: le hubiera yo despachado al otro.....

—Nadie tiene derecho de quitar la vida á sus semejantes, contestó el cura, entrando al aposento del herido.

La "Guacha" se arrojó verdaderamente sobre sus manos, y las cubrió de besos, regándolas con su llanto.

—¿Sí? dijo Roque meditando un momento—¿sí?.....pues lo que es así no se queda.....ahora veremos.

Y echándose el fusil al hombro, salió ligeramente del curato.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

### La Persecucion.

Alejandra se vió rodeada por hombres: vió á D. Plácido moribundo y cubierto de sangre, y se creyó presa de una horrible pesadilla.

Quiso gritar y le faltó la voz; quiso resistir y le faltó la fuerza.

Uno de aquellos hombres tomó el ronzal de la mula, y comenzó á caminar en la misma direccion que debian llevar los viajeros, y otro por detrás arreaba al animal para hacerle trotar.

Los demas permanecieron en el lugar del atentado.

Alejandra caminó así como una hora, conducida por aquellos dos hombres, mudos y sombríos.

Entonces se incorporaron los que habian quedado atrás, y uno de ellos dijo secamente á los otros:

—Es preciso avanzar, porque nos persiguen.

Toda la caravana se puso al instante al galope.



A corta distancia encontraron un rancho abandonado á la orilla del camino; una vieja con un túnico color de café, un rebozo atravesado del hombro á la cintura, y un sombrero ancho muy maltratado, esperaba en la puerta. La marcha se detuvo un momento.

—¿Se logró el golpe? preguntó.

—Sí, pero monte usted pronto, y vámonos, porque nos vienen siguiendo.

La vieja, con una ligereza impropia de su edad y de su aspecto, desató un caballo que estaba amarrado á un árbol cerca del rancho, montó con tanta destreza como hubiera podido hacerlo el mejor ginete, y volvieron á emprender la marcha al galope.

Solo en las subidas ó en los descensos muy pendientes, caminaban al paso por no fatigar las cabalgaduras; pero apenas el terreno lo permitia, volvian á galopar.

Y sin embargo, en cada altura que dominaba el camino que dejaban atrás, uno de aquellos hombres hacia alto para explorar, y siempre volvia diciendo:

—Ahí vienen.

Alejandra sentia renacer su esperanza; eran sus salvadores los que venian. Volvian á caminar, y el desaliento se apoderaba de ella: ¿quién sabe si al fin los perseguidores se cansarian? Por otra parte: ¿quién podia, herido D. Plácido, interesarse por ella, pobre y desvalida huérfana?

—Ahí vienen, y muy cerca;—dijo uno.

En efecto, Alejandra volvió el rostro, y distinguió al otro lado de un pequeño barranco que acababan de atravesar, una nube de polvo, y entre el polvo el brillo de algunas armas y la figura de algunos hombres.

Entonces se le ocurrió dejarse caer de la mula: quizá por no detenerse la abandonarian, y se salvaba así de las manos de sus raptores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La ejecucion fué tan rápida como el pensamiento; pero Alejandra cayó tan mal, que su cabeza dió contra una piedra, y quedó sin sentido. Los hombres se detuvieron.

—Se ha caido esta maldita, dijo uno.

—Y está privada, observó la vieja; ¿qué hacemos?

—Es preciso detenerse, dijo el que hacia como de jefe. A ver, dos de ustedes conmigo á tirotear á esos que nos persiguen, para dar tiempo á que otro se eche en la silla á esa criatura, y con la señora se vayan adelantando lo mas que se pueda: nosotros los alcanzarémos.

En la energía con que este hombre tomó su resolucion y en la prontitud con que se puso en práctica, podia conocerse que estos personajes eran ó habian sido soldados.

Ya se distinguia perfectamente á los perseguidores, y se oían sus gritos. Perucho, nuestro antiguo conocido, venia á la cabeza del grupo, que se componia de diez hombres armados.

Los otros se adelantaron resueltamente á su encuentro, y se oyeron luego los disparos de los mosquetones.

Entonces sucedió lo que sucede siempre que el que vá en fuga, vuelve sobre el que le persigue: éste vacila.

Hay en el repentino valor del que huye amedrentado, algo de terrible y de imponente, porque no es el valor el que va á luchar, es la desesperacion del que quiere morir matando; y esta resolucion infunde siempre algo de espanto en el que se creía ya vencedor sin resistencia y sin peligro.

Hay en esta acometida algo de mas sombrío que en la ira encarnizada de la batalla.

El valor de la debilidad es mas terrible: no busca la victoria que comprende imposible; anhela la venganza á costa de la propia vida.

El ejército de Perucho se detuvo, se arremolinó, y comenzó á retroceder haciendo fuego.



Los tres hombres no avanzaron, y esto animó á Perucho y á sus compañeros: si los enemigos hubieran cargado, ellos sin duda se dispersan, pero se detuvieron y el combate volvió á animarse.

Cerca de un cuarto de hora duró aquella escaramuza, y aun no habia corrido la sangre.

De repente los tres hombres volvieron grupas, como dicen los soldados; apretaron las espuelas á sus caballos, y en un momento desaparecieron dejando tras sí una espesa nube de polvo.

Cuando esta se disipó, iban ya muy léjos.

Perucho volvió á su persecucion, pero con algunas mas precauciones: sabia ya que eran capaces de resistir, y no queria exponerse por una imprudencia; ademas, habia conocido á su tropa.

Lo que importaba era no perder la pista. En el primer pueblo del tránsito pediria auxilio, y el golpe era seguro.

Mirándose algunas veces, perdiéndose otras de vista, unos y otros caminaron hasta caer la tarde.

El camino, el bosque, el horizonte, se hundieron entre las sombras de la noche.

Los ginetes no habian comido en todo el dia; los caballos fatigados no habian tomado siquiera agua.

En medio de la oscuridad y muy cerca, se descubrieron desde una loma las luces de un pueblo, como un pedazo del firmamento que asoma entre las nubes en una noche tempestuosa.

—En llegando al pueblo estamos salvados, pensaron los de adelante.

—En llegando al pueblo están perdidos, dijeron para sí los de atrás.

Los ladridos de los perros llegaban ya entre los vientos de la noche; comenzaban á percibirse ya muy cerca las luces.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un momento despues, los vecinos pacíficos salian á sus ventanas atraidos por el ruido de las herraduras, y los tertulianos de las tiendas, apiñados en las puertas y en los portales, hacian comentarios sobre aquel grupo de viajeros.

## VI.

### El abandono.

Los hombres que conducian á Alejandra, atravesaron á trote largo siguiendo á su jefe, aquel pequeño pueblo; y cuando se alejaron un poco, que ya no encontraron casas ni vecinos retardados, tomaron á la izquierda saliéndose del camino y retrocediendo con precaucion hasta llegar á una de las casas de la orilla, pero casi por el mismo lado por donde habian entrado.

Echaron todos pié á tierra, bajando cuidadosamente á la muchacha, que habia ya vuelto en sí, pero que estaba como insensible.

Uno de los hombres, procurando no ser visto, llegó muy cerca del camino y vió pasar á sus perseguidores, que tambien á todo trote entraron á la poblacion preguntando por los que acababan de pasar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como último resultado de sus pesquisas, supieron que habian seguido de largo, y Perucho determinó hacer noche en el pueblo; los caballos estaban cansados, y él se habia avanzado mas de lo que pensaba.

Perucho con los suyos durmió en la misma poblacion, pero en el extremo opuesto.

Al dia siguiente, muy temprano, regresaban á dar malas cuentas de su mision al señor cura.

Nada de esto se escapó á los autores del rapto de Alejandra; y así es que con descanso, y ya bien claro el dia, volvieron á emprender su marcha, montando á la jóven en la mula que la vieja habia cuidado de traer.

El camino se hizo con menos precipitacion; hasta se permitieron detenerse un rato á comer en uno de los ranchos del tránsito.

Sin embargo, cuando pasaban por algun pueblo, notaban que la gente los miraba con mucha atencion, que algunos hombres corrian, y aun les pareció notar que en uno habian tocado la campana.

Pero como nada, fuera de esto, los inquietaba, pronto volvian á tranquilizarse.

Se iba pasando el dia, y ya en la tarde vieron venir á un hombre á pié que marchaba entretenido silbando y jugando con un perro.

—Seria bueno preguntarle á ese hombre qué hay; porque yo no sé por qué, pero estoy sobresaltada—dijo la vieja.

—Qué ha de haber, nada—contestó el gefe—los que nos seguian se han vuelto.

—Sí; pero he observado que los pueblos están alarmados.

—No hay nada, no tenga usted miedo.

—¿Pero qué se pierde en preguntar?

—Preguntaré no mas por darle gusto, pero ya verá como nada hay—¡Oiga, amigo, amigo!—dijo, dirijiéndose al hombre



que venia ya cerca—¿me hace favor de decirme si hay algo por ahí? ¿iremos seguros?

El hombre miró fijamente al que le interrogaba, y despues le contestó sonriendo:

—¿La verdad?.....no, mi sargento Capilla.

—¡Cómo! dijo éste asombrado—¿me conoces?

Los demas se habian agrupado en derredor de los interlocutores, y todos manifestaron su asombro al ver que Capilla era reconocido en donde menos se le esperaba.

—Vaya, dijo el hombre—¿pues no se acuerda que yo era de su misma compañía y salí herido en el ataque de Ixtlahuaca que dimos ahora un año con mi general Pueblita?

—¿Pues cómo te llamas?

—Cásares—¿no se acuerda, mi sargento?

—Ah! Cásares—cabal—y ¿cómo te va?

—Muy bien, mi sargento—ya no soy soldado—desde que me hirieron me vine á mi tierra, y ahora soy el auxiliar del alcalde de San Pedro.

—¿El auxiliar, eh? bueno; ¿y qué hay por acá? ¿por qué dices que no vamos seguros?

—Mi sargento, yo á usted no le he de negar nada que le perjudique, para que se cuide. Ha llegado á los pueblos una cordillera en que dicen que se persiga y se aprenda á cuatro arriveños, que creo serán sus mercedes, y á una vieja,—la vieja hizo un gesto muy feo—porque se han robado una muchacha y matado á su padre.

—¿Pero cómo puede haber llegado tan pronto la cordillera?

—Vaya, muy fácilmente: con hombres de á pié que saben la tierra y que van veredeando y cortando terreno; llegan á un pueblo, entregan la órden, la lee el alcalde, y sale otro hombre de refresco; y así en la hora llega la noticia: yo vengo de vuelta de haber llevado la cordillera, usted dirá.

—¿Pero qué dice?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues nada, que los prendan y los manden á San Luis, que allá debe estar preso el principal, que es un padre, ó quién sabe.

—¿Qué hacemos? dijo la vieja espantada.

—Segun parece, el padre ya no vendrá.

—Pues lo que sea que sea pronto, mi sargento, dijo Cásares que no tardan en comenzar á salir los auxilios al camino, y yo ya me voy, porque tengo tambien que salir; con que hasta mas ver, y que Dios los lleve con bien.

—Adios, Cásares, y muchas gracias, dijo Capilla.

—Dios se lo pague, agregó la vieja.

Cásares se alejó, y Capilla se puso á discutir con los compañeros el arbitrio que debia tomarse.

Alejandra, indiferente, permanecia separada del grupo; no habia escuchado á Cásares, y tenia, en consecuencia, perdida toda esperanza.

—Seria bueno dispersarnos—dijo uno.

Dios nos libre—exclamó la vieja—así cojerian mas fácilmente á alguno.

—Es verdad—agregó otro—pero unidos y con el estorbo de la chica.....

La chica estorba, es verdad: ademas, que preso el padre Bernal ¿para qué la llevamos?—dijo la vieja—al fin ya no nos puede dar nada.

—Dices bien, exclamó Capilla—caminarémos un poco, y por ahí la dejamos—pero será bueno llevarse la mula—¿no le parece?

—Sí, contestaron todos.

—Pues manos á la obra, y adelante.

Y se pusieron en marcha.

A cosa de un cuarto de legua, el camino estaba cercado de árboles, y á la derecha se divisaba una vereda que se internaba en el bosque.

Capilla se detuvo y se dirijió á Alejandra.



—Hágame usted el favor de bajarse, la dijo.

La jóven obedeció sin replicar: hacia dos dias que no tenia ya voluntad propia.

Capilla tomó la mula.

—Está usted libre, niña, agregó: puede usted irse por donde quiera, pero yo le aconsejo que tome usted por esa veredita, que ha de ir á dar á alguna parte; con que adios: vámonos.

Y echó á andar, y todos le imitaron, dejando á Alejandra sola y abandonada en la mitad del camino.

La jóven se espantó de encontrarse así en medio de un país desconocido, y ya cerca de la noche; pero la satisfaccion de verse libre de aquellos malvados, le dió aliento.

Alzó los ojos al cielo, é instintivamente tomó la vereda que le indicó Capilla.

Estaba muy cansada; todo el cuerpo le dolia horriblemente, pero queria á toda costa alejarse del camino; temia que aquellos infames volviesen: las facciones repugnantes de la vieja la perseguian como una pesadilla.

Anduvo mucho tiempo; la noche habia cerrado, y ni una luz que indicase una habitacion, aparecia entre los tupidos árboles del bosque.

Iba desmayando, las fuerzas le faltaban, cuando oyó cerca, muy cerca, el ladrido de un perro.

Solo el que se ha perdido de noche y en un bosque, comprende lo que se siente al escuchar la voz de ese amigo del hombre, en medio de aquella situacion desesperada.

Alejandra lanzó un grito de gozo; anduvo un poco mas, y al torcer un recodo del camino, se encontró en un pueblo.

Su primer impulso fué arrodillarse para dar gracias á Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

### Corazones de oro.

A la salida del pueblo, delante de una pobre casita y debajo del portal de zacate que formaba la entrada, comian alegremente, en torno de un velon colocado en una piedra, cuatro personas, dos hombres y dos mugeres.

Las mugeres sentadas en el suelo, y los hombres sobre unos bultos de equipajes.

Procurarémos dar á conocer á estos nuevos personajes.

La primera pareja se componia de un hombre de poca estatura, ya entrado en edad, delgado, con una gesticulacion rápida y extraña, y una muger tambien de bastante edad, gruesa, de cara alegre y expresiva, pelo muy negro pero en el cual campeaban no pocos mechones de canas.

La otra se formaba de una jóven morena, con unos ojos brillantes, un pelo negro y crespo que formaba graciòsas ondas sobre su frente, y una boca roja y provocativa.



El hombre era jóven tambien, alto, esbelto, con una musculacion perfectamente desarrollada, el pelo negro, muy largo y rizado, y un bigote espeso pero bien atusado; parecia por su color un hércules de bronce.

Cerca de la jóven dormia un niño como de dos años.

Como puede inferirse de la conversacion, los viejos eran los padres de la muchacha, el jóven era su marido, y el niño era su hijo.

Toda una familia.

—Dentro de cinco dias, decia el viejo, calculo que estarémos muy cerca de Cuernavaca.

—Caminando récio, contestó la jóven.

—Y eso sin detenernos á dar las funciones que tu quieres, agregó la anciana: ¿es verdad, Diego?

—Es verdad, madre, contestó el jóven á quien llamaron Diego: pero si se proporciona, es fuerza trabajar algo en el camino; ni usted ni Anita van muy bien de dinero.

—Por mí no te apures, hijo, contestó la muchacha; yo tengo algo, y economizaré, que mas quiero economía que verte trabajar en la reata; cada vez que haces el salto mortal ó la dama triste, siento que me muero.

—Qué tonta eres, Anita; hace tanto tiempo que trabajo..... y ¿á que no te acuerdas que me haya caido nunca? y eso era antes; ¿pues ahora? cada vez que trabajo me pongo á pensar en tí y en mi hijito, y me siento tan seguro, tan firme sobre la reata, con tanto valor, que te respondo de que no me caeria ni á empujones; ganas me dan á veces de largar el timon: ¿verdad, padre, que así se siente cuando se trabaja con gusto y por la familia?

—Es cierto, dijo el viejo; cuando yo me casé con Tula, estábamos muy pobres, y yo trabajaba mal; ninguno me contrataba, ni me llamaban en los pueblos; vamos, estaba perdido porque tambien me faltaba valor; pero nació Anita, y entonces,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡ah! entonces sí que fué otra cosa: comenzé á adelantar tanto y tejia tan bien en la reata y en el alambre.....

—Que te caiste un dia, interrumpió cariñosamente Tula, y te quebraste una pierna, y tuviste que guardar cama cuatro meses; y si no te hubiera dado Dios tan buena memoria y tanta gracia para payaso.....

—Barbera, dijo el viejo dándole un golpecito en la cara.

—Sí, la verdad; tanta gracia para payaso, no sé que hubiéramos hecho: confiesa, confiesa, Rito, que es muy mala vida esta de ser maromeros.

—¿Mala? ¿por qué, hija?

—¡Toma! siempre en riesgo, ganando poco, y luego, como que nos desprecia la gente: ahí vienen los "maromeros," y los "maromeros" por acá, y los "maromeros" por allá.

—¡Qué caso haces tú de eso, Tula! ganamos nuestra vida honradamente y sin perjudicar á nadie, y como dijo aquel cura en las fiestas de San Gerónimo: "mas vale que vayan los fieles á perder su tiempo en la maroma, que su dinero en el juego ó su pellejo en los fandangos."

—Dice bien mi padre, dijo Diego, yo estoy contento; la carrera dá para vivir, y estamos siempre alegres.

—Menos cuando te veo haciendo esas suertes tan peligrosas; lo único que me consuela es que mi padre siempre está allí pendiente.

—Como que el dia que se caiga, en el aire le cojo; parezco tan débil, pero ya sabes que soy capaz de cargar un buey.

—En fin, dijo Tula, acabó la cena; los hombres vayan á ver como están los animalitos, y mientras, alzamos nuestros trastos y disponemos las camas.

Los hombres se levantaron y salieron, y la anciana comenzó á tender en el suelo las pobres camas, y Anita á recojer y guardar los trastos que habian servido en la comida.



Aquella familia viajaba con todo su menaje: podia decir como el apóstol: "Omnia mea....." Todo lo mio va conmigo.

Rito y su yerno volvieron á presentarse, conduciendo á una muger.

—Tula, Tula, dijo el anciano; ven, mira á esta pobre criatura que nos hemos encontrado al ir á ver á nuestros animales; anda perdida, no es de aquí; mira, no ha comido, casi se desmaya de necesidad y de cansancio.

—¡Ave María Purísima! dijo Tula viendo á Alejandra; pues como es de suponerse, era ella. ¡Ave María Purísima! ¡pobrecita muchacha, qué descolorida está! ¡Jesus! toma, Anita, toma al niño, que me está estorbando.

Anita, enternecida tambien, tomó á su hijo de las manos de la abuelita, y ésta continuó:

—Venga usted, siéntese; ¿cómo se llama usted?

—Alejandra, balbuceó la jóven.

—Pues siéntese usted, Alejandra; ya cenamos, pero yo veré qué cosa le doy á usted: aquí sobre el equipaje: Anita, ¿qué no traes nada en el itacate?

—Sí, unos bizcochitos del niño, y un pedazo de queso que le habia guardado á Diego.

—Pues sácalo, hija, sácalo para esta pobrecita. Voy á traer el agua—dijo Rito—y tomando un jarro, salió precipitado.

—Tome usted, tome usted, hija—dijo Tula dando á Alejandra los bizcochos y el queso—es lo que hay ahora; ya traerá mi marido el agua; es mejor que no sea un alimento pesado, porque podria hacerle á usted mal.

Alejandra, en vez de tomar los bizcochos, asió las manos de la anciana, recargó su frente en ellas, y se puso á sollozar de ternura y de gratitud.

—Vamos, no llore usted, dijo Tula abrazándola: no sea usted tonta, se va á enfermar; ya está, ya está, coma usted sus bizcochitos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, cómalos usted—dijo Anita sentandose á su lado con el niño en los brazos—tranquilícese usted, que está con gentes de bien.

—¡Ay! señora, soy tan desgraciada y ustedes tan buenos—dijo Alejandra, besando al niño y dejándole en el rostro dos lágrimas como dos perlas, que nadie se atrevia á enjugar.

Diego miraba esta escena profundamente afectado, y sus ojos estaban preñados de llanto.

Aquella escena sencilla, quizá pueril, levantaba hasta el cielo entre el perfume de la caridad, aquellos corazones de oro.

—Pero ¿qué anda usted haciendo tan solita y á esta hora por estos caminos? preguntó Tula, pero sin impertinencia, con interes y curiosidad.

—Si es un secreto, no nos diga nada, señorita,—dijo Ana.

—No, no es secreto—contestó Alejandra—aunque sea muy brevemente, yo les contaré á ustedes lo que me ha pasado; han sido tan buenos conmigo.—Y les refirió en pocas palabras lo que habia pasado, aunque sin decir nada del padre Bernal, pues ella ignoraba su intervencion en el negocio.

A cada momento interrumpian su relacion, ya las frases de indignacion que brotaban de los lábios de los hombres, ya las de compasion ó de cariño que vertian las mugeres.

—Pues Alejandra, dijo Anita cuando ésta terminó, nosotros no somos mas que unos pobres maromeros que venimos de las fiestas de San Gerónimo, y que vamos para Cuernavaca; pero tendremos mucho gusto en servir á usted en los que podamos.

—¿No tiene usted parientes por México, por Cuernavaca?..... preguntó Rito.

—Por ninguna parte: soy sola en el mundo; mi único amparo era mi padre y le han matado.....y Alejandra se puso á sollozar ocultando el rostro entre las manos.

—¡Pobrecita! exclamaban aquellas buenas gentes, moviendo tristemente la cabeza y mirando á la jóven.



—Vamos, niña, dijo al fin Tula, vamos á descansar: dormirá usted con mi hija y conmigo; los hombres se acuestan afuera cerca de los animales para cuidarlos.....ya mañana temprano veremos lo que se hace.

Todos se levantaron: los hombres volvieron á salir, y Tula tendió las camas, y poco despues todo habia quedado en silencio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII.

### Nueva vida.

ANTES de amanecer, la familia estaba ya en movimiento, ensillados los caballos, que se reducian á dos, flacos y con malísimos atalajes, y listos dos burros, en los que iba el equipaje de la compañía, cuerdas, algunos lienzos de telon para los entremeses y la microscópica batería de cocina.

Quedó decidido en consejo pleno, que Alejandra seguiria con ellos, par ver en México si llegaba á encontrar un amparo en su orfandad: ¡la pobre niña habia quedado tan sola sobre la tierra!

Siquiera en San Luis habria tenido la casita de la tia Ursula; pero estaba tan lejos, era tan difícil volver.....

Llegó el momento de montar: los caballos de ordinario estaban destinados á Tula y á Anita; los hombres caminaban á pié, arreando á los burros; pero ese dia fué imposible obligar á Tula á que montase.

—No, y mil veces no—dijo con resolucion—Alejandra debe



estar muy estropeada, casi enferma, es fuerza que vaya en mi caballo; iré á pié, con Rito y con Diego muy contenta.

—Pero señora—replicó Alejandra.....

—No hay pero que valga: vaya, que porque me ven vieja, creen que no soy capaz de andar á pié; ya lo verán, ya lo verán; si no siempre hemos tenido caballos, tambien hemos sido muy pobres; vamos, suba usted, Alejandra, y no hablemos mas, así me dá usted gusto.

—Bueno, yo subiré—dijo Alejandra—pero con la condicion de que mas adelante, cuando la vea á usted cansada, vendrá usted á caballo.

—Está convenido, vamos.....

Montó Alejandra y comenzaron á caminar.

A la vanguardia los pollinos con las orejas agachadas y cargados con un verdadero promontorio de objetos lo mas heterógeneo posible.

Despues los de á pié, y luego Anita con su hijo en los brazos y Alejandra á caballo, con anchos sombreros y armadas las dos de largas varas para animar á sus cabalgaduras.

Alejandra iba mas tranquila; habia encontrado enmedio de la tormenta que la combatia, un amparo; quizá no era bastante, pero era ya mucho.

El náufrago que lucha con la muerte brazo á brazo y ya sin esperanza, se imagina salvado, cuando siente bajo sus piés la erizada frente de una roca: ¿qué hay mas allá en el tiempo y en la tierra? no lo sabe; pero de pronto ha sal vado la vida, es de cir, ha tomado el primer eslabon de la cadena del porvenir en el momento de romperse.

Aquella familia era para Alejandra, no solo el consuelo material y moral en la desgracia, sino el vínculo que la unia de nuevo á un mundo que tenia corazones tan nobles y tan hermosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Meditando sobre su situacion, hablando de sus desgracias con Anita y distrayendose algunas veces con los variados paisajes que se presentaban á cada paso, Alejandra caminó como cuatro horas; entonces empezó á notar que Tula no iba ya tan ligera, que se detenia de cuando en cuando y que el sudor anegaba su frente, por mas que procuraba disimularlo; se conocia que la pobre muger estaba muy cansada.

Alejandra se acercó á ella y se bajó ligera del caballo.

—Ahora le toca á usted—la dijo.

—No, siga usted, siga, si aun voy bien.....

—Está usted cansada, se le conoce; suba usted, iré á pié un rato.

—Si no estoy cansada.

—Pues bien, no monte usted, iremos las dos á pié.

—¿Pero para qué es eso?

—Anita, dígale usted á la señora que monte; voy muy mortificada.

—Monte usted, madre—dijo Anita—y despues volverá á subir Alejandra; por ahora yo tambien le haré compañía, y mi padre se vendrá un rato en mi caballo: tenga usted al niño.

Tula montó á caballo y tomó al niño en sus brazos: el viejo payaso subió tambien en el caballo de su hija, y las dos jóvenes se incorporaron con Diego, que se iba adelantando con los burros.

Al medio dia tomaron un ligero almuerzo, dieron agua á las béstias y siguieron adelante alternándose los hombres y las mugeres en los caballos.

A las cuatro de la tarde llegaron á un pueblo, donde se estaba celebrando una fiesta.

Las campanas repicaban á vuelo, todos los vecinos andaban por las calles muy limpios y con sus ropas del Domingo; el piso estaba regado y se notaban en él flores y hojas.



La torre y la iglesia estaban engalanadas por fuera con bandillas y gallardetes de colores; habia arcos de yerbas, de flores, de pañuelos, de bandas; en las ventanas y en las puertas de las casas habia colgadas sobrecamas de indiana y de damasco, recojidas en el centro por flores de mano, y con cuadritos y estampas de santos; ademas, entre la gente se veian algunos hombres llevando faroles colocados sobre gruesas astas, ostentando grandes escapularios y seguidos de muchachos con largos carrizos que se habian arrancado con todo y hojas, y en los que, á guisa de banderolas, se ostentaban paliacates de colores.

Diego se informó de lo que era, y supo por un vecino que era la fiesta titular del pueblo.

Rito dejó á la familia y se separó para conseguir posada.—En aquellos pueblos en donde no hay ni mesones, ni hoteles, ni paradores de ninguna especie, el viajero necesita siempre recurrir á la filantropía y á la hospitalidad de los vecinos para conseguir un abrigo en que guarecerse durante el tiempo que tenga que permanecer allí, y una casa en donde se le proporcionen los alimentos.

Y sea dicho para honor de aquellas gentes, que nunca se ha dado el caso de que un pasajero deje de encontrar lo que necesita: la hospitalidad es la gran virtud de los habitantes de la Tierra Caliente.

Bien fuera por el aspecto de la caravana que llegaba al pueblo, ó bien porque alguien hubiera conocido á alguna de las personas que la formaban, la multitud comenzó á rodear á los viajeros, agrupándose en su derredor y formando un círculo de curiosos, compuesto en su mayor parte de mugeres y de niños, que se estrechaba y engrosaba sus filas á cada momento.

La noticia de que unos maromeros habian llegado, y mas, siendo esto el dia de una fiesta, conmovió á la poblacion, corrió de boca en boca, y tomó las proporciones de un grande acontecimiento; los que podian abandonaban sus casas para ir á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

verlos, y los que nó, se contentaban con esperar en las puertas y ventanas el paso de aquellos personajes.

Diego y su familia, acostumbrados ya á esta clase de escenas, paseaban sus miradas indiferentes por la multitud. Alejandra por el contrario, creada en el recojimiento y casi en la soledad, se sentia avergonzada, llena de turbacion, de miedo, y sin saber la postura que debia tomar, sin atreverse á mirar á ninguna parte, porque por donde quiera encontraba ojos que se fijaban en ella.

—Están bonitas las muchachas, decia uno.

—A mí me gusta mas la china, decia el otro, refiriéndose á Anita.

—Pues yo escogeria á la otra.

—¿Y el moceton no te gusta? dijo una muger.

—Ese está bueno para tí, deslenguada, contestó el que habia hablado antes.

—¿Y qué, tambien esa mosquita sabrá bailar en el mecate? dijo una vieja.

—Ya lo veremos, le contestó uno que estaba cerca; y con el vestido de *Mérica*, estará de chuparse los dedos.

Alejandra escuchaba estos diálogos con una especie de terror: alzó los ojos para mirar á la muger de Diego, ésta la miró tambien, y se sonrió con cariñosa expresion.

Habia en aquella sonrisa, ternura, frases de esperanza y de consuelo, palabras de resignacion.

Anita estaba á caballo, y aunque con algun trabajo se acercó á la huérfana.

—No se mortifique usted, la dijo por lo bajo. Esas pobres gentes dicen todo eso sin intencion de ofendernos; para ellos, criados sin mas ley de educacion que la naturaleza, nosotras debemos estarles muy agradecidas; pero no hay ni la menor intencion de faltarnos: y si nó, mire usted á Diego, que seria capaz de lanzarse como un tigre sobre cualquiera que se atreviera á mirarnos mal siquiera, con qué tranquilidad platica con los que tiene á su lado.



En efecto, Diego contestaba festivamente á las preguntas que hombres, mugeres y niños le hacian por todas partes, y casi sin dejarlo tomar aliento.

Por una de las calles se vió aparecer un gran grupo: eran Rito y el alcalde del lugar, seguidos de una multitud de curiosos.

—Hijo, el señor alcalde nos dá posada en las Casas Consistoriales, pero quiere que esta noche demos una funcion: es la Titular del pueblo, y el señor cura, el Ayuntamiento y los principales vecinos, nos ruegan que demos una funcion: ¿qué dices?

Estas palabras de Rito, aunque pronunciadas á media voz, fueron oidas por muchos; y antes de que hubiera terminado, gritos y aplausos sonaron por todas partes, y comenzó á dispersarse el gentío para llevar cada uno á su casa la noticia de que iba á haber maroma.

Diego consultó con Anita y con Tula; se discutió el negocio un poco, y quedó acordado que se daria la funcion.

Despues, conducidos por el alcalde, que iba á pié, con su gran baston de puño de plata, con borlas, y seguidos por un gran concurso que marchaba casi lleno de entusiasmo, los viajeros entraron como en triunfo, á las Casas Consistoriales.

El cura y muchos de los principales de la poblacion, los vieron llegar, los saludaron tan amables como si fueran conocidos viejos, y se les dió posesion de su alojamiento.

El pueblo estaba de gala, pero la iglesia se podia ver.

Arcos y portadas inmensas formadas de tule, de corazon de maguey y de esas flores amarillas que tanto gustan á los indígenas, que se llama sempasuchil, ó mas propiamente zempoalxochitl, que en español quiere decir veinte flores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La estacion, como llaman á la carrera de la procesion, regada de flores y con grandes buembas ó vástagos de plátano, sembrados en ese dia de uno y otro lado, tenia el aspecto de una alegre calzada.

Y de trecho en trecho las posas, esto es, capillas improvisadas con lienzos ó enramadas, en donde debe detenerse la procesion y en donde se quema incesantemente esa goma olorosa que se llama copal.

Las campanas aturdian con su incesante clamoreo; y para dar mas animacion á la fiesta, entre los gritos de los jugadores de carcaman y loteria, se dejaba escuchar el estampido de las cámaras.

La funcion se contrató definitivamente en doce pesos, que se prorratearon entre el Ayuntamiento, el cura y algunos vecinos; se hizo la eleccion del local, y Rito y Diego, ayudados por algunos hombres que proporcionó el alcalde, comenzaron á trabajar en los preparativos.

## IX.

### Ya al caer...

DESDE la oracion de la noche, una tambora llamaba con sus ecos sordos á todos los vecinos, al lugar destinado para la maroma.

Era este un estenso corral, cercado por un lado con una pared de adoves, por el otro con las bardas de una casa, y por los demas con cercas de piedra amontonada, sin mezcla ni argamasa, que es lo que se llama "tecorral"

Algunas hogueras diseminadas alumbraban aquel rústico circo, en medio del cual, un cable sujeto por sus dos extremos á gruesos troncos clavados en la tierra, y elevado y templado por dos tijeras formadas de morillos, constituía el aparato en que tenian que lucir su habilidad los acróbatas.

Inútil es decir que con la escasa claridad de aquellas luminarias, era mas que valor atreverse á caminar, no se diga ya en la reata, sino en una senda por poco escabrosa que fuese.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rito y Diego se habian transfigurado en uno de los cuartos de las Casas Consistoriales, mientras en otro se vestia tambien Anita.

Rito tenia el rostro horriblemente pintado con harina, con bermellon y con ese negro vegetal que se llama vulgarmente "humo de ocote."

Llevaba un pantalon y una chaquetilla de remiendos de distintos colores, ajustados al cuerpo, adornados de cascabeles y lentejuelas, y cubria su cabeza un gran fieltro blanco con figura de cono, y con adornos semejantes á los del vestido.

Diego llevaba una camisa y unos calzones de punto color de carne, y unos borceguíes y una tunicela corta, rojos, con bordados y lentejuelas. En la cabeza tenia una elegante aunque vieja gorrita adornada con grandes plumas rojas y blancas; ademas, para evitar que el pelo cayese sobre los ojos, llevaba atada en la frente una cinta negra.

Diego, apesar de lo muy deteriorado de su trage, era un buen mozo.

Anita vestia como las bailarinas de los boleros en nuestros teatros, y en cualquiera parte hubiera causado sensacion al presentarse en aquel trage, que dejaba ver su pié pequeño, su pierna torneada, y sus formas graciosas y mórvidas; y si á esto se agregan sus magníficos ojos negros, su pelo crespo y su boca risueña, no habrá necesidad de decir que estaba hechicera.

Alejandra veia con cierta tristeza toda aquella hermosura, que iba á ser profanada por las miradas de la multitud: su pudor se alarmaba en la persona de su graciosa protectora, y al verla, entre su padre y su marido, presentarse enmedio del concurso, y al escuchar los murmullos de aprobacion del público, hubiera querido arrojar sobre ella un manto y librarla de tantas miradas investigadoras.

La funcion comenzó; sonó la música, una tambora, un violín y un clarinete; y Tula y Alejandra cerraron sus cuartos, y llevando al niño de Anita, se mezclaron entre la concurrencia.



Alejandra comenzó por no atender sino á las suertes de Diego y de Anita, y á los cuentos y relaciones del payaso: el cariño por sus nuevos amigos, le daba mayor atractivo á la fiesta.

Hubo un momento en que casi llegó á olvidar sus penas, pero al volver la cara para uno de los lados del espectáculo, observó un hombre que la miraba con mucha fijeza: apartó la vista de allí, pero sin querer, á poco volvió á mirar, y el hombre seguia observandola con tenacidad. Fijóse entonces ella, y reconoció al padre Bernal.

Un rayo de esperanza iluminó en el momento su alma.

El padre Bernal, segun ella, debia haber venido á pasear; tendria que volver á San Luis, podria llevarla con seguridad á su pueblo, y allí sabria ella de D. Plácido, que tal vez no habria muerto; y en último caso podia ir á vivir con la tia Ursula ó con la Señora Joaquina, que siempre le habian mostrado tanto cariño.

Alhagada con tan lisonjeros pensamientos, Alejandra, para comenzar á preparar el terreno, sonrió dulcemente al padre Bernal y le saludó con la cabeza.

Bernal, ó D. Celso, puesto que ya nosotros le conocemos, se puso encendido hasta en lo blanco de los ojos; no comprendió lo que pasaba, y buscó en su alrededor si habia otro á quien fuera dirijido aquel saludo, pero no habia nadie, era á él. Alejandra ignoraba, pues, la participacion que habia tenido en su rapto.

D. Celso quiso afrontar la situacion, y aunque con dificultad, logró llegar hasta el lado de Alejandra.

—¿Pues qué haces aquí, hija mia?—la dijo—¿dónde está D. Plácido?

—¡Ay! padre, contestó la muchacha llorando.—¿Qué, usted no sabe lo que ha pasado? Soy muy desgraciada, y no tengo mas esperanza de volver á San Luis, sino que usted me lleve.

Contóle en breves palabras cuanto sabia del rapto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Celso fingió un asombro que estaba muy lejos de sentir, y Tula miraba con desconfianza á aquel conocido de Alejandra.

—¡Pobre muchacha! dijo D. Celso: ¡cuánto habrás sufrido! pero esperamos en Dios que todo se remediará; tal vez D. Plácido no haya muerto y puedas volver á abrazarle; yo tengo aquí mi avio, porque vine solo á ver las fiestas, pero hoy mismo me vuelvo para S. Luis, aprovechando la luna y el fresco de la noche para caminar; con que si tu quieres, hija mia, te llevaré: me acompañan tres criados, y no creo que los bandidos se atrevan, aun dado caso de que volvamos á encontrarlos.

—Yo me iria con mucho gusto, dijo Alejandra: ¿qué le parece á usted, Doña Tula?

—Eso es cuenta de usted, hija: con nosotros nada le faltará, pero si usted cree mejor volver á su casa y buscar á su padre, no seré yo quien se lo desapruebe.

—Entonces no perdamos tiempo, dijo el finjido padre: voy á prepararlo todo, y cuando acabe la maroma, nos iremos: ¿dónde están ustedes posados? porque supongo que la señora será tambien de la compañía.

—En las Casas consistoriales—contestó Tula.

—Pues iré allá para que montes: hasta luego.

—Hasta luégo—contestaron las dos mugeres.

D. Celso se escabulló entre el gentío. No cabia en sí de gozo; sin dificultad, sin zozobra, iba á conseguir lo que ya temia haber perdido para siempre: iba á tener á Alejandra en su poder, sola y sin defensa: aquella era mucha felicidad.

—¿Pero usted lo ha pensado bien?—preguntó Tula cuando D. Celso hubo desaparecido.

—Sí señora: este señor es el padre Bernal, que sirve en mi pueblo como de vicario del señor cura: allí le he conocido.....

—No sé por qué, pero á mí no me gusta la cara de ese hombre.....

—Es verdad que no tiene una cara simpática, pero creo que no tenemos que temer de él.



—Yo le aconsejo á usted que consulte con Rito y con Diego: al fin y al cabo ellos son hombres y tienen mas mundo que nosotras, y la quieren ya á usted mucho.

—Les consultarémos; pero ya verá usted como son de mi opinion.

La maroma acabó, y todos se dispersaron, y Rito y su yerno, despues de quitar el aparato del circo, se retiraron á su casa.

—¿Saben ustedes que tenemos una novedad?—les dijo Tula.

—¿Cuál, madre? preguntó Diego.

—Que se va Alejandra.

—¡Se va! exclamaron todos.

—Sí, contestó Tula.

—¿Y con quién? preguntó tristemente Anita.

—Con el vicario de mi pueblo, que encontré esta noche aquí, y que me ha prometido llevarme.

¡Qué lástima!—dijo Anita—y yo que le habia cobrado á usted tanto cariño; ¿pero es cosa decidida? ¿tiene usted suficiente confianza en ese señor? si no, no se esponga usted mas: nosotros somos pobres, pero nada le faltará á usted.

—Eso mismo le dije yo—le interrumpió Tula—pero ella dice que va bien, y convenimos en que consultariamos á mi marido y á mi hijo,

—Yo, dijo Rito, no sé qué confianza mèrecerá ese señor vicario; pero supuesto que Alejandra se arriesga, creo que tendrá mucha seguridad y muchos deseos de saber de su padre.....

Se oyó el tropel de gente de á caballo que llegaba, y luego un golpe en la puerta.....

¿Quién va? preguntó Diego.

—Será el padre Bernal que viene por mí, dijo Alejandra.

—¡Tan pronto! exclamó Anita.

—Quiere aprovechar la luna y el fresco de la noche para caminar.

—Dios la saque á usted con bien—dijo Tula—pero este viaje no me gusta: ese hombre me repugna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No tema usted—contestó Alejandra.

Alejandra abrazó llorando á sus amigos, y acompañada de todos ellos, se dirijió á la puerta.

Habia un caballo dispuesto para la jóven: D. Celso venia acompañado de dos criados.

Alejandra iba á montar; pero en el momento de poner el pié en el estribo, una tropa de paisanos armados, mandada por el alcalde, se presentó en el lugar de la escena.

Todo el mundo quedó sorprendido.

—¿Usted es el padre Bernal?—dijo el alcalde dirijiéndose á D. Celso.

—Yo soy—dijo D. Celso poniéndose densamente pálido.

—Pues me ha llegado una cordillera para prender á su merced.

—¿A mí? ¿y por qué? balbutió D. Celso.

—Porque su merced dispuso en San Luis el robo de una muchacha; mató al padre y se ha venido prófugo.

Alejandra dió un grito y se refugió en los brazos de Anita y Diego; se adelantó como para cubrir con su cuerpo el grupo de las mugeres.

—Maldita sea mi suerte—exclamó D. Celso; y atropellando al alcalde, salió á escape de aquel lugar, entre los gritos de los curiosos y los tiros que al azar le disparaba aquella improvisada patrulla.

---

## X.

### La leva.

APENAS repuesto de su sorpresa el alcalde, dió á correr tras el fugitivo, y los que le acompañaban hicieron lo mismo.

Anita y Tula condujeron á Alejandra, que aun no volvia en sí de su asombro, y Rito y Diego cerraron la puerta de la casa.

—De buena se ha escapado usted, dijo Tula: con razon no me hacia ninguna gracia el hombre.

—Me horrorizo de pensar qué habria sido de usted, dijo Anita.

—Pero el alcalde llegó tan á tiempo, dijo el payaso, que ya no tenemos ni que temer: vaya, serénese usted y vamos á comer alguna cosa, porque nosotros traemos hambre: ¿es verdad, Diego?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No tema usted—contestó Alejandra.

Alejandra abrazó llorando á sus amigos, y acompañada de todos ellos, se dirijió á la puerta.

Habia un caballo dispuesto para la jóven: D. Celso venia acompañado de dos criados.

Alejandra iba á montar; pero en el momento de poner el pié en el estribo, una tropa de paisanos armados, mandada por el alcalde, se presentó en el lugar de la escena.

Todo el mundo quedó sorprendido.

—¿Usted es el padre Bernal?—dijo el alcalde dirijiéndose á D. Celso.

—Yo soy—dijo D. Celso poniéndose densamente pálido.

—Pues me ha llegado una cordillera para prender á su merced.

—¿A mí? ¿y por qué? balbutió D. Celso.

—Porque su merced dispuso en San Luis el robo de una muchacha; mató al padre y se ha venido prófugo.

Alejandra dió un grito y se refugió en los brazos de Anita y Diego; se adelantó como para cubrir con su cuerpo el grupo de las mugeres.

—Maldita sea mi suerte—exclamó D. Celso; y atropellando al alcalde, salió á escape de aquel lugar, entre los gritos de los curiosos y los tiros que al azar le disparaba aquella improvisada patrulla.

---

## X.

### La leva.

APENAS repuesto de su sorpresa el alcalde, dió á correr tras el fugitivo, y los que le acompañaban hicieron lo mismo.

Anita y Tula condujeron á Alejandra, que aun no volvia en sí de su asombro, y Rito y Diego cerraron la puerta de la casa.

—De buena se ha escapado usted, dijo Tula: con razon no me hacia ninguna gracia el hombre.

—Me horrorizo de pensar qué habria sido de usted, dijo Anita.

—Pero el alcalde llegó tan á tiempo, dijo el payaso, que ya no tenemos ni que temer: vaya, serénese usted y vamos á comer alguna cosa, porque nosotros traemos hambre: ¿es verdad, Diego?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Como que la funcion estuvo larga, y en Tierra Caliente el trabajo es mas penoso; á poco ya se fatiga uno.

A cenar, niñas, dijo el payaso, que ya lo hemos ganado.

No es posible explicar la extrañeza que causaba á la huérfana la vista de aquel hombre tan ridículamente pintado y vestido de una manera tan rara, que tenia por oficio divertir al público á costa de su persona y de su dignidad de hombre, y que era en el seno de su familia no solo un padre respetable, sino un hombre de corazon.

El payaso conservaba entre la harina y el bermellon que cubrian su cara, las huellas de las lágrimas que habia derramado al despedirse de Alejandra. Era lo sublime del ridículo; Alejandra habia sentido cólera al ver á la multitud reirse y burlar al pobre payaso, y habria llorado en la maroma, si hubiera comprendido el esfuerzo del hombre de corazon, que para buscar un pan se convierte en el ludibrio de una turba ignorante.

Cenaron todos ya mas tranquilos: Alejandra se habia salvado de un peligro imminente, y los maromeros tenian fondos para continuar su viaje al otro dia.

—Tenemos, dijo gravemente Rito, doce pesos que nos han dado por la funcion, y seis reales de galas que yo he recojido. Hagamos nuestra division: nos debian tocar seis pesos tres reales á cada familia, pero ahora tenemos una personita mas, y cada uno debe darle algo, pues la tomamos ya como nuestra hija.

Alejandra conoció que se hablaba de ella, y sintió que los ojos se le llenaban con las lágrimas de la gratitud.

—¡Oh! de ninguna manera, dijo: yo no puedo ni debo tener parte en las ganáncias de ustedes; ¿en qué les ayudo? ¿de qué les sirvo? de estorbo y nada mas, tal vez de comprometerlos alguna vez: no, no; bastante favor me han hecho para que quiera yo serles gravosa.



—¿De qué nos sirve usted? de mucho, dijo Anita, de compañía, que estamos muy contentos con usted.

—Y ademas, es nuestro gusto, dijo Tula.

—¿No es usted la hermana de mi Anita? dijo Diego.

—Y mi hija, agregó el payaso.

—Gracias, gracias, exclamó conmovida Alejandra: teniendo ustedes dinero, ¿para qué lo necesito yo?

—¡Vaya! para muchas cosas, dijo Diego.

—Para cigarros.

—Si no sé fumar.

—Pues no le hace, insistió Tula.

—Daremos un peso cada familia, agregó Rito, y así irá ahorrando para un vestidito que estrenará al llegar á México.

—Sí, sí, dijeron todos.

—No, replicó Alejandra; yo les suplico que me den nada mas que los seis reales de las galas, que será lo único que reciba por no parecerles ingrata.

—Es muy poco, hija, dijo el payaso

—Con eso estoy contenta; denme ustedes gusto.

—Sea como quieras: y le entregó aquellos seis reales, que Alejandra recibió casi temblando de ternura.

Aquel era el dinero santo de la virtud, ese dinero que se dá con la sonrisa de la bienaventuranza y se recibe con el llanto de la gratitud, sonrisa y llanto que son el perfume de las almas buenas; episodios de una tierra cubierta de sangre, que deben contemplar los ángeles, y que son una hoja mas en ese laurel que ciñe la reina de las virtudes, la caridad.

Bendito sea el dinero, que puede llegar á servir de expresion de la caridad: unas cuantas monedas empleadas así, santifican todas las riquezas de la tierra, como siete justos bastaban para salvar del fuego las ciudades malditas.

La caridad es la estela luminosa que dejó Jesucristo á su paso por los mares tempestuosos de la humanidad.

Es el signo de las almas predestinadas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es la aurora del dia de luz que debe brillar en el mundo, cuando la sociedad sea la madre y no la enemiga del hombre.

Es el vínculo y la palabra de reconocimiento para los soldados de la verdadera democracia.

El ciprés de las tumbas de los mártires verdaderos del Evangelio.

Pero aun no llega el reinado de la caridad.

Se anhela, se presiente, se adivina, pero aun no llega.

La doctrina y el corazon luchan siempre y siempre ganando terreno.

El egoismo les sale siempre al paso, como aquella hidra de Lerna á la cual le nacia una cabeza cada vez que otra se le cortaba.

Pero el egoismo será vencido, y las doctrinas del Evangelio, que son las doctrinas de la caridad, brillarán.

Y entonces, el hombre, libre, emancipado de todas las tiranías, podrá decir á Cristo, como los antiguos inquisidores:

*Exurje, Domine, et judica causam tuam.*

Preséntate Señor, y juzga tu causa.....

.....

.....

Despues de ocho dias de camino, Alejandra y sus protectores estaban cerca de Cuernavaca.

Ya se descubria á lo léjos la ciudad, y entre los naranjos y los plataneros se alzaban sus torres y se percibian sus tejados.

Allí esperaban gozar unos dias de descanso nuestros viajeros, antes de emprender su viaje á México.

Pero por el mismo camino que ellos llevaban, una pequeña nube de polvo comenzó á levantarse.

Por allí se sentia ya el aliento de fuego de la guerra, y aunque aquellos distritos estaban realmente en paz, el eco de los cañones de Zitácuaro llegaba sin ser oido, apesar de la distancia, como el presagio de la tormenta.

—Esa es tropa, dijo algo contrariado Rito.



—Tropa es, y viene para acá, agregó Diego. En tiempo de guerra, el encuentro con la fuerza armada envuelve siempre un peligro, aun para los hombres mas indiferentes.

—¡Dios nos saque con bien! exclamó Tula.

Alejandra no habia visto nunca soldados uniformados: en su país, la tropa se forma de paisanos, armados con un fusil y provistos de una cartuchera; pero su traje no cambia en manera alguna.

Alejandra casi deseaba la llegada de la fuerza para conocer soldados.

Muy pronto se realizó su deseo, y se encontraron nuestros viajeros con un piquete como de cien infantes, vestidos de azul y conducidos por un capitan.

Al principio comenzó á desfilar la columna, sin que el gefe ni los soldados paráran la atencion en la caravana que por su parte seguia avanzando lo mas aprisa que podia.

Pero á poco otro capitan se quedó mirando á Diego y les mandó hacer alto.

—Ziguenza—gritó.

—Mande usted, mi capitan, dijo un sargento separandose de las filas y cuadrandose delante del oficial.

—Deténgame usted á estos hombres mientras hablo con el capitan Martinez.

—Está bien, mi capitan.

Y el sargento, descansando su arma, se paró con desenfado delante de nuestros asombrados viajeros.

El capitan picó su caballo y alcanzó al gefe de la columna.

—¿Le parece á usted, compañero, que tome á esos hombres que van ahí?

—Creo que son viejos—contestó el otro.

—No: ¡qué viejos! Están buenos, y los burros nos servirán para dos soldados que traigo enfermos.

—Como usted quiera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El oficial se dirijia entonces hácia donde habian quedado los maromeros con el sargento, cuando oyó que el gefe de la columna le gritaba.

—Capitan Márquez, capitan Márquez.

—¿Qué decia usted?—contestó volviendo.

—Me pareció que traian dos caballos: ¿qué va usted á hacer con ellos?

—Uno será para la muger del sargento Ziguenza, que se lo habia prometido. Si usted quiere el otro.....

—Sí, mándemele usted para mi asistente.....

—Está bien, contestó Márquez, y salió al galope.

Temblando esperaban los viajeros la vuelta del capitan: el indiferente silencio del sargento los espantaba mas que una amenaza.

—Ziguenza—dijo el capitan Márquez llegando—esas dos altas para la cuarta.

—¿Y los caballos?

—Escoje uno para tu muger, y lleva el otro al capitan Martinez.

—¿Y los burros?

—Para los dos enfermos de la compañía.

—¿Y qué hacemos de esto? dijo mostrando el equipaje.

—Que lo recojan sus dueños.

—Vamos, buenos mozos, dijo Ziguenza, terciando su fusil: á las filas: van ustedes á servir al Emperador en su batallon de policía; ya verán la viva miel.

Nada será capaz de pintar el asombro y el dolor de aquellas tres pobres mugeres, ni la desesperacion de aquellos dos hombres.

Las mugeres lloraron, gritaron, se arrodillaron delante del oficial y del sargento; pero nada valió, aquellos hombres tenian el corazon de roca.

Cuatro soldados más, llamados por el sargento, se apoderaron de Rito y de Diego; y en un momento, con un cuchillo, les re-



cortaron las anchas alas de los sombreros, dándoles la figura de una ridícula cachucha.

Los caballos fueron entregados á las personas á quienes estaban destinados; los burros desaparecieron, y los bultos del equipaje fueron abandonados sobre el camino.

Las mugeres lloraban que era una compasion.

Rito y Diego conducidos por los soldados, se habian incorporado en las filas.

—Sacarémos de los equipajes lo mas necesario y lo que podamos llevar, para seguir á estos pobrecitos, dijo Tula sollozando.

Y sin hablar mas, las tres mugeres se pusieron á trabajar haciendo tres lios de ropa, de los que cada una tomó el suyo.

Anita lloraba y besaba á su hijo: para ella era doble el trabajo y mas negro el porvenir.

No pensaba en lo que ella tendria que padecer.

Todas las madres comprenderán que pensaba en su hijo, y nada mas que en su hijo.

La columna seguia su marcha, y las tres mugeres, siempre llorando, se pusieron á caminar trás ella.

Casi todo el pobre equipaje quedó en el camino abandonado, perdido.

El fruto de tanto trabajo, de tanto peligro, de tanta economía.

La esperanza del porvenir de dos familias: unos trapos viejos, unos cuantos arambeles, unas lentejuelas y algunos cascabeles.

¿Qué valor representaban en el mundo?

Casi nada.

Y sin embargo, para aquellas pobres gentes era todo: representaban un tesoro, una mina.

Porque representaban la industria, el trabajo, el patrimonio.

Es decir, el presente y el porvenir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XI.

### De la Zeca á la Meca.

ASI dice el vulgo, de una persona que anda de aquí para allá, y así diremos nosotros de nuestros lectores, á quienes hacemos caminar y retroceder, ir y venir; pero esto, ademas de que es "cosa guisada" en las novelas, suponemos fundadamente que ni los cansa ni los espone á los riesgos del camino; cuando mas, los fastidiará; pero ¿qué hemos de hacer? paciencia y barajar.

Llegamos otra vez á la costa, y estamos en San Luis, en la casa cural, y en la recámara del herido.

Se habia hecho la primera curacion, y el práctico ó aficionado habia solemnemente declarado que se comprometia á levantar á D. Plácido, Dios mediante, y con tal que éste no hiciese alguna locura; la cual, atendidas su edad y práctica en heridas, no era posible que hiciera.



La ventana del cuarto estaba casi cerrada: una débil luz iluminaba el aposento, se escuchaba la tranquila respiracion del herido que dormitaba: la señora Joaquina estaba sentada en una silla al lado de la cama; en el otro extremo de la pieza el cura en un viejo sillon de baqueta, hablaba inclinándose y en voz muy baja con la "Guacha, que en un petate estaba sentada en el suelo y á sus piés.

—Bien, hija, decia el cura, cuéntame todo; yo te prometo tener paciencia, y ahora no tengo que hacer, y puedes hablarme cuanto quieras.

—Yo le contaré á usted todo, señor cura, pero no se vaya usted á enfadar porque la historia es larga.

—No tengas cuidado, no me enfadaré: ¡qué! ¿no ves como escucho esas largas confesiones generales que duran tres y cuatro horas, por espacio de varios dias? Comienza, hija mia, y no temas.

—Pues bueno, comenzaré; pero tendré que valerme para que nada se me olvide, de algunos apuntes que estaba yo haciendo para entregárselos á usted cuando estuviera yo en peligro de muerte.

La "Guacha" sacó del seno un bulto de papeles envuelto en un pedazo de trapo viejo; y unas veces hablando, y leyendo otras, hizo al cura esta relacion.

—"Nací en México: mi padre era un empleado del gobierno que ganaba un sueldo muy módico, y pasaba la vida con mucha economía.

No necesito deciros nada de mis primeros años, porque durante mi infancia nada pasó digno de referirse.

Nuestra vida era tranquila y casi monótona: ocupábamos una vivienda en una casa de vecindad de la calle del Aguila, en donde vivian tambien unas señoras que tenian una amiga de niñas: allí aprendí á leer y á escribir; de tal manera, que no salia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo á la calle sino á misa los domingos á la iglesia de Santo Domingo, y algunas tardes al teatro con mi padre.

Teniamos tan pocas relaciones, que una visita era un acontecimiento grave en mi casa.

Por las noches mi padre leía en voz alta, mi madre escuchaba cosiendo alguna pieza de ropa, y yo dormitaba sentada en una silla y recostada en su regazo.

Así pasó mi niñez hasta que llegué á cumplir quince años.

Mi padre tenia una edad desproporcionada con respecto de la de mi madre; de modo que al cumplir yo quince años, mi madre tenia treinta, y sesenta y uno mi padre.

Ella era hermosa y tan bien conservada, que algunos nos tenian en la calle por hermanas.

Mi padre estaba robusto, y gozaba de una salud admirable.

Un dia, al volver de misa, observé que me seguia un hombre elegantemente vestido, y que habia estado en la iglesia cerca de mí. Creí que seria una casualidad: entré á mi casa, y no volví á pensar mas en él en todo el resto de la semana.

Llegó el domingo, y al entrar á la iglesia el mismo hombre volvió á presentarse á mi vista.

Le puse entonces un poco mas de cuidado.

No era jóven, pero tampoco viejo, y en su figura se revelaba la honradez.

Pasó la misa, durante la cual no dejó de mirarme: volvimos á la casa, y nos vino siguiendo como en el domingo anterior.

Despues de esto, todos los dias de fiesta sucedió lo mismo.

Yo comenzé á pensar mas en él.

No estaba enamorada, pero sí preocupada: aquel hombre no me causaba lo que se llama una ilusion; mas para mí era ya simpático, como un conocido, tal vez como un amigo.

Una noche, mi padre leía como de costumbre, y mi madre y yo escuchábamos: llamaron al porton, y la criada anunció que un señor buscaba á mi padre.



Cerró mi padre el libro, la puerta se abrió, y el hombre de la iglesia penetró en la sala.

No sé por qué, pero me causó esto tal espanto, que no pude ni mòverme para contestar á su saludo: me creía culpable de un gran crímen, por no haber contado todo á mi madre: temia yo que mi padre conociese algo, y como conocia su carácter irritable, esperaba entonces un terrible drama de familia.

Mi padre le ofreció asiento, y nos hizo señas de que nos retiráramos.

Así lo hicimos, pero á poco tiempo mi padre llegó á la recámara en donde nosotras habiamos entrado, y nos hizo salir.

—Matilde, me dijo, el señor viene á pedirme tu mano.

Yo quedé como si un rayo hubiera caido á mis piés.

Le he dicho, continuó mi padre, que yo nunca contrariaré tu voluntad; que tú eres libre para escojer el esposo que te convenga, y que tú serás la que resuelvas en este caso.

Yo no hablaba palabra.

—Señorita, dijo entonces aquel hombre, he dicho á su padre de usted, que aun no cuento con el cariño de usted, que tal vez haya conocido el mio; pero que he querido, pues mis intenciones son leales, dar antes este paso. Me llamo Felipe Mondragon, soy rico, comerciante, tengo treinta y dos años, sin padres ni parientes, y la quiero á usted mucho: usted me conviene para esposa, y será mi mayor felicidad el poderla llevar al altar.

La actitud benévola de mi padre me dió aliento.

—Señor, le contesté, usted no me antipatiza, pero yo necesito pensar: si usted quiere, pida permiso á mis padres para visitarnos, yo le trataré y le conoceré, y prometo dar á usted una respuesta.

—¿Pero cuándo?

—Dentro de quince dias.

—Es demasiado.

—Dentro de ocho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues bien, si usted me permite—dijo dirijiéndose á mi padre—visitar su casa.....

—Sí señor, puede usted venir cuando guste.

—¿Y á qué hora no seré molesto?

—A ninguna lo será usted, contestó mi padre; pero mi familia puede recibirle á las dos de la tarde.

Yo conocí que mi padre, por delicadeza y por dejarnos mas libertad, habia escojido una hora en que él tenia siempre, por la oficina, necesidad de estar fuera de casa.

—Gracias, señor, contestó Mondragon: usaré del permiso que usted me concede; y sea cual fuere el éxito que obtenga en mis pretensiones, me será grato que usted vea en mí siempre un amigo leal.

—Lo mismo digo á usted, contestó mi padre.

Mondragon se despidió, mi padre le acompañó hasta la escalera, y volvió despues á donde habia yo quedado con mi madre,sin haber despegado nuestros lábios.

—Conque ¿qué te parece, hija mia? me dijo.

—Yo haré lo que ustedes quieran, contesté yo.

—No, Matilde, me dijo mi madre; tú eres la que debes resolver; es tu porvenir el que va á decidirse, y yo no te daré mi opinion hasta no haber oido la tuya; pero es necesario que trates á ese señor, y que lo pienses; hasta entonces no hablarémos de esto.

—Muy bien dicho, muy bien dicho, exclamó mi padre; entonces hablarémos; por ahora solo te advierto que no tienes necesidad de casarte; tienes á tus padres y nada te falta: si fuera tu gusto lo harias, pero si no, no te corre prisa; aun eres muy jóven.

Era la hora de retirarnos: me despedí de mi padre, y me fuí á acostar.

El asunto era grave, y no pude conciliar el sueño.



Mondragon fué á visitarnos todos los dias. Conocí que era un hombre honrado, que me queria, que mis padres estaban contentos, y á los dos meses estábamos casados.

Mi marido era bastante rico, y muy bien recibido en la buena sociedad de México.

Tenia coche, palco, lujo; asistia á bailes, á tertulias, á teatros, á paseos; en fin, vivia yo dichosa, y Mondragon era cada dia mejor conmigo.

Mi padre y mi madre me visitaban diariamente, y yo tambien á ellos; pero su método de vida no se alteró en nada.

En aquellos dias vino de Querétaro un sobrino lejano de mi padre, que era huérfano: se habia educado en el convento de la Cruz con los padres de la Comunidad, y se habia separado de ellos, segun decia, por buscar en México un destino para poder subsistir.

Era un jóven de veintitres años, robusto, pero con un aspecto de humildad y de dulzura, que causaba hasta respeto.

Se llamaba D. Celso Valdespino.

Mi padre se compadeció de él, le hizo ir á vivir en su casa y le consiguió un destino de escribiente.

D. Celso hacia una vida ejemplar, no visitaba á nadie, no salia de su casa, y era ya para mi padre como un hijo.

Mi madre tenia con él siempre un poco de mas desvío.

Así pasaron tres años, y yo habia tenido un niño y una niña en mi matrimonio.

Una mañana mi marido habia salido, y estaba yo sola en mi casa, cuando mi madre se presentó un poco mas temprano que de costumbre. Habia una sombra de dolor en su rostro y parecia que habia llorado mucho.

Una hija conoce estas cosas en el momento.

—¡Ay, Madre!—la dije espantada—¿qué tiene usted? Usted está enferma.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Silencio—me dijo—poniendome la mano en la boca—silencio, hija mia.

—Madre, me causa usted miedo. ¿Qué tiene usted? Por Dios, dígamelo usted.

—Mi madre me miró con los ojos extraviados: yo temblé; creí que iba á volverse loca.

Tomó mi mano, me la estrechó nerviosamente; y luego, acercándose casi hasta tocar mi rostro, sopló casi en mis oidos estas palabras:

—Estoy perdida.

Me estremecí: no sé qué de horroroso entreveia en sus palabras.

—¡Perdida! ¿y por qué? la dije.

—Porque.....no, no tendré valor para decírtelo; y se cubrió el rostro.

—Yo la abracé y besé su frente: ella lloraba y ahogaba sus sollozos.

Dígame usted qué tiene, en nombre del cielo, madre mia. Si no á mí, ¿á quién podrá usted decírselo? Se lo pido á usted de rodillas, llorando.

—Me volvió á mirar: y luego de repente exclamó: cierra esa puerta.

Cerré la puerta y volví á su lado.

Entonces ella se acercó á mí; y como haciendo un supremo esfuerzo, me dijo muy quedo:

—Estoy perdida.....ese D. Celso es un infame.

No necesité mas para comprender lo que pasaba.

Mi madre, como agobiada por el esfuerzo de la revelacion, cayó en mis brazos sin sentido.

No quise llamar á nadie: esperé que volviera de su desmayo; y sin preguntarle nada absolutamente, comencé á consolarla.



—Madre, la dije, es preciso á toda costa evitar que mi padre sospeche algo: el dolor le haria morir. Dentro de dos ó tres meses pretestaré un viaje á una de las haciendas de mi marido, por los llanos de Apam: llevaré á usted en mi compañía, estarémos allí el tiempo necesario, y ni mi padre ni Mondragon sabrán nada.

Mi madre accedió á todo.

Yo comprendia cuán terrible debia ser su situacion, cuando se habia decidido á confiar á su hija el secreto de su falta, y esta consideracion me hacia pedazos el alma.

Pasaron tres meses, y fácilmente persuadí á mi marido, con el pretesto de la salud de los niños, á que me llevára á una hacienda. Mi madre fué conmigo, con el objeto de hacerme compañía, porque Mondragon tenia que regresar á México por sus negocios.

Seis meses estuvimos en la hacienda, al cabo de los cuales volvimos á la capital.

Durante este tiempo, mi madre dió á luz una hermosa niña, que dejamos encomendada á una buena ranchera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XII.

### La víbora en el seno.

Al llegar á México, mi padre se espantó de la palidez de mi pobre madre: le dijimos que habia estado muy enferma, y quedó convencido.

Me parecia un iniquidad engañar á mi padre; pero ¿qué habia de hacer?

Era necesario, indispensable, que D. Celso no siguiera viviendo bajo el mismo techo que mi madre: yo lo conocia y ella tambien. Apesar de todo, mi madre le amaba, le amaba con delirio: jamas me lo habia confesado, pero yo lo habia descubierto en sus palabras, en su turbacion, en frases que habia escuchado, sin querer, durante su sueño.

No podia ya dudarlo: le amaba mi madre: se habia casado sin amar á mi padre: no habia estado enamorada jamas; y aquel hombre que habia entrado en nuestra familia como una maldicion, era su primer amor; y este primer amor, en la edad madura, debia ser una pasion terrible, y lo fué.



Despedir yo á D. Celso de la casa, era imposible; avisar á mi padre tambien. Mi madre, volviendo á su lado, habia vuelto á caer en aquella fascinacion, y el peligro de que acababa de salvarse, se repetiria, y entonces cualquiera ayuda que yo la prestára, seria una complicidad culpable en aquellos amores que yo maldecia.

Me ocurrió un medio.

Hice á mi marido que le diera á D. Celso una colocacion en el almacen, con un buen sueldo, pero con la obligacion de vivir en nuestra casa: D. Celso admitió.

De esta manera logré sacarle de la casa de mi padre, y traerle adonde por consideracion á mí, no podria mi madre verle. Ella lo comprendió: conocí que me lo agradecia y la creí salvada.

D. Celso entró al servicio de mi marido: se le destinó una pieza en nuestra casa, y por consideracion á mi padre, de quien aparecia como el protejido, comia en la mesa con nosotros.

En poco tiempo, con su exactitud, su dedicacion al trabajo y sus maneras respetuosas, ganó completamente el cariño y la confianza de Mondragon.

Tambien yo, por mi parte, comenzaba ya á no verle con tanta repugnancia; y á encontrar disculpable su conducta. La hermosura de mi madre, la ocasion de encontrarse siempre reunidos, y casi siempre solos; en fin, su juventud y la fuerza de una pasion que no habia podido dominar, le hacian ya á mis ojos menos culpable y mas bien digno de lástima.

Yo nunca habia tenido una pasion.

¡Debian ser tan terribles las pasiones!

Las relaciones con mi madre se habian cortado. Muy raras veces se veían, y casi siempre delante de mí: comprendia yo que evitaban las ocasiones de hablarse á solas: tenian el propósito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin duda de apagar aquel fuego mal extinguido, y yo procuraba ayudarlos en aquella honrada determinacion.

Sin embargo, alguna vez observé que la vieja criada de mi casa venia como á escusas y hablaba con D. Celso; traía y llevaba cartas ó recados: eran los restos de aquel amor, y habria sido mucho exijir el haber querido extinguirlo de un golpe, y por eso no me alarmé.

Un asunto importante de minas llevó por aquellos dias á mi marido á Guanajuato, y dejó sus negocios y su familia encomendados á D. Celso.

Al otro dia de su salida, en la tarde, D. Celso entró á mi recámara: jamas habia entrado allí, y extrañé su visita.

—Buenas tardes—Matilde—me dijo.

—Buenas tardes, le contesté con sequedad: ¿qué queria usted?

—Venia á hablar con usted de un negocio que nos interesa.

—Bien, le dije—hable usted.

—Matilde, estoy cansado, fastidiado de los amores de su mamá de usted.

Dí un salto como si hubiera pisado una víbora. Aquel cinismó me espantó, aquella era una falta de respeto infame.

—¡D. Celso!—dije irritada.

—No, no hay que alarmarse, contestó friamente—escúcheme usted hasta el fin.

—No quiero, salga usted de aquí.

—¡Oh! eso no es tan fácil: tenemos que hablar.

—Salga usted, se lo mando.

—¡Hola! usted se enfurece: no tenga usted prisa, yo saldré, pero será cuando usted esté mas mansa que un cordero.

La sangre me ahogaba. El se paró, cerró con llave las puertas, y luego se sentó á mi lado: yo le miraba, asombrada de su audacia.

—Matilde—me dijo con una voz cavernosa—yo te amo.



—Creí morirme de espanto y de indignacion. Quise levantarme, salir, pero él me detuvo violentamente.

—D. Celso, contesté, ¿y se atreve usted á decírmelo? Es usted un infame.

—Te amo, y es fuerza que seas mia. Mira—continuó con creciente excitacion y oprimiendo mi mano hasta causarme dolor—mira, por poseer tu amor, porque seas mia, soy capaz de todo: ¿lo oyes? ¡de todo! Dime, ¿me amarás? ¿serás mia?

—Nunca, mónstruo, nunca: sal de aquí, te abomino, te detesto.—Y hacia yo esfuerzos por levantarme.

—Pues óyeme, óyeme bien: ¿ves estos papeles? Son las cartas de tu madre en que me dice que me ama, en que me recuerda nuestros dias de placer, nuestros juramentos; en que me habla de *nuestra hija*, ¿lo entiendes? de nuestra hija, de esa hija cuyo nacimiento conoces tú y en que has ayudado á engañar á tu mismo padre.

—¿Y bien? pregunté, comprendiendo casi lo que me iba á decir.

—Que todas estas cartas las enviaré á tu padre, si tu no consientes en ser mia; que tu padre morirá del dolor y de la vergüenza, y que tú deshonrarás á tu familia.

—Pero mi madre comprenderá que no podia yo hacer otra cosa.....

—Te engañas, porque yo tengo en mi poder una carta tuya que le escribiste á tu padre, enviandole un relox para que regalase á su esposa. Mira—dice así:—"Querido padre. Envio á usted eso para que pueda dar una grata sorpresa á mi madre. MATILDE." Se te olvidó la fecha, bueno: pues esta carta irá con las otras al autor de tus dias; verás que divertido: creerán todos que has denunciado á tu misma madre, á la que yo tendré cuidado de escribir hoy mismo, previniendole que tu, despechada, furiosa, porque tienes amores conmigo, has descubier-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to que nuestras relaciones no habian cesado, como yo te prometí, robado sus cartas y se las mandas á su marido.

—Pero esto es espantoso.

—Ademas, tendré cuidado de escribir á tu esposo, pidiendole perdon por haber condescendido contigo, entrando á esta casa adonde me trajiste, engañandole, para vivir á mi lado con mas libertad, y contandole lo de las cartas de tu madre, como prueba de todo; y al otro dia me largo fuera de México, y buenas noches.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esto es horroroso, horroroso, decia yo llorando.

—Conque, tortolita amorosa, ¿te decides á ser mia? Mira qué cuadro: tu padre muere del dolor; tu marido te lanza ignominiosamente de su casa; tu madre te maldice: ¿qué te parece?

—¡Oh D. Celso! dije cayendo de rodillas á sus piés: usted no hará eso, ¿no es verdad? usted no lo hará; eso seria infame. ¡Por Dios! ¿usted no tuvo una madre? ¿no la tiene aun? Por ella, por su memoria, por lo que mas ame en el mundo, no hará usted eso.

Y besaba sus manos y abrazaba sus rodillas, y lloraba y me revolcaba en el suelo.

—Si usted me ama, no querrá hacerme desgraciada. Matar á mi padre, deshonrar á mi marido y á mi madre.....nó..... usted no lo hará, ¿es verdad?

—Matilde, no creas que me mueva tu llanto, como no me movieron tus amenazas. ¿No te dije que pronto estarias mansa como un cordero? Matilde, ¿consientes en ser mia?

—D. Celso, D. Celso, ¿no teme usted que un rayo caiga sobre su cabeza?.....¿No teme usted á Dios?.....¿No teme usted á una muger desesperada?.....¡Oh! jamas, jamas.

—Pues oye: aun quiero ser generoso contigo, y te doy de plazo seis horas: A las diez de la noche todo el mundo duerme en esta casa: vendré aquí á tu recámara: si la puerta se abre,



nada tendrás ya que temer; pero si insistes en no acceder á mi amor, si te niegas á ser mia, si esta puerta está cerrada esta noche á las diez para mí, mañana México tiene por alimento de conversacion, uno de los mayores escándalos del siglo, y yo iré muy lejos de la capital: conque hasta la noche.

—¡Ah! dijo: por si algun mal pensamiento surje en tu cerebro, te advierto, que voy á depositar en este momento todas las cartas de que te he hablado; y si algo me sucediere, serán remitidas á sus títulos. Hasta la noche.

D. Celso salió, y yo quedé como anonadada.....

.....

Al dia siguiente, cuando llamaron para el almuerzo, D. Celso subió radiante de alegría; yo, pálida y demudada, no me atreví á alzar los ojos para mirarle.

Las cartas no fueron á su destino.

La víbora habia mordido por segunda vez el seno de su bienhechor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIII.

### Hasta el abismo.

DON Celso siguió abusando de la posicion en que me habia colocado la desgracia, y pronto conocí que iba á ser madre.

Era un nuevo eslabon en la infernal cadena que me unia con aquel hombre.

La ausencia de mi marido se prolongaba: hacia seis meses que habia salido de México, y yo no sabia que hacer: apenas podia ya ocultar mi estado, y no tenia con quien comunicarme sino con D. Celso.

A mi madre jamás le habria dicho nada: su pasion por aquel hombre era cada dia mas vehemente, y conocí que habia llegado á tener celos de mí, pero celos horribles, celos de madre á hija en una pasion tan criminal.

Llegó por fin una carta de mi marido, en que me anunciaba que llegaria al dia siguiente.

Mandé llamar á D. Celso que estaba en el almacen.

—Mire usted, le dije.



—Tu marido viene mañana, me contestó: ya lo sabia: me lo escribe á mí tambien: ¿y qué?

—¡Cómo! ¿y qué? ¿Pues qué hacemos? ¿usted no vé el estado en que estoy?

—Ya lo veo, y no sé cómo vas á componerte con él.

—¿Cómo voy á componerme? Es decir que usted me abandona, ¡Qué! ¿no comprende usted que está tan expuesto como yo, ó mas?

—¿Yo expuesto, hija mia? te engañas: si no hay otro remedio, mañana tomaré la dilijencia de Veracruz, y cuando él llegue aquí, estaré en Puebla: la caja de tu marido me ha provisto de recursos suficientes.

Si yo no hubiera estado tan preocupada con mi situacion, estas palabras me habrian horrorizado; eran el colmo del cinismo.

—¿Pero usted, despues de haberme hundido en el abismo, me abandona?

—No, si quieres seguir un plan que te propondré.....

—¿Cuál, cuál?

—Esperarémos á tu marido.

—Pero ¿y no conocerá mi estado?

—No: te finjes enferma, guardas cama uno ó dos dias, y al tercero te sales una noche con mucha precaucion: hoy mismo te llevaré á enseñar una casita que he tomado para este caso, en la plazuela de Loreto.

—¿Pero cómo? ¡abandonar á mis hijos.....á mi marido..... dar ese escándalo!

—¿Tus hijos? nadie se opone á que los lleves.....Por lo demas, si á tí te ocurre otro medio, dímelo, te ayudaré.

—¡Oh! ninguno. ¡Dios mio! ninguno: estoy perdida.

—Porque matar á Mondragon.... .

—¡Matarle!.....dije espantada.

—No matarle verdaderamente, pero que muera pronto. Ya sabes que hay muchos medios: tendria siempre el inconvenien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te de ese niño que vá á nacer pronto, y que atraeria sobre tí las sospechas.....

—No, no, no: primero huiré, seguiré á usted.....

—Entonces es cosa convenida: ponte un abrigo, y vamos á ver la casita.

Me puse un abrigo, me cubrí el rostro con un velo, y salí con D. Celso.

En la retirada y casi desierta plazuela de Loreto, habia tomado D. Celso una casita sola: estaba amueblada pobremente, y una vieja servia de portera.

—Aquí, me dijo, no tendrás lujo, ni coche, ni nada de eso; pero podrás estar tranquila y cuidar de *nuestro hijo*.

Esta palabra me causó calosfrio.

Volvimos á mi casa, escribí á mi marido que estaba enferma y me metí en la cama.

Al otro dia llegó Mondragon.

Me halló en un estado tal de postracion, que quiso hacer venir un médico: yo lo impedí, asegurandole que estaba mejor, y que muy pronto me veria buena.

Sus cuidados, sus atenciones, su pena, me hacian sufrir horriblemente.

Pasaron así tres dias, y comencé á restablecerme aparentemente.

D. Celso entró á verme una tarde, y me dijo:

—Esta noche hay un gran concierto en el teatro: tu marido gusta mucho de la música; oblígale á que vaya, y aprovecharémos su ausencia: es la ocasion.....

—Mondragon, dije á mi marido, que llegó á poco rato, dicen que esta noche hay un concierto en el teatro.

—Sí, y es una lástima, mi vida, que no puedas ir; dicen que estará soberbio.

—Pero tú irás, ¿es verdad?

—¿Cómo habia de ir sin tí? Estando tú enferma.....



—¿Por qué no? ¿Crees que soy egoista? No; vé, hijo, vé; trabajas mucho, y es fuerza que te diviertas.

—No, Matilde, no podria dejarte.

—Pues yo estaria mortificada de que te priváras por mi causa de una diversion que tanto te gusta. Anda, y me contarás todo lo que veas; y para mí será tanto placer oirlo de tu boca, como si lo hubiera presenciado.

—Ya que tanto te empeñas, iré por darte gusto, y para contarte despues.

—Pero pones mucho cuidado de quiénes están, cómo van vestidas las señoras; en fin, de todo; ya sabes cómo somos las mugeres para que nos cuenten.

Mondragon me besó la frente, y se fué á vestir.

Yo caí en mi almohada, sofocando mis sollozos.

A las ocho y cuarto de la noche salió mi marido, y yo escuché el ruido del coche hasta que se perdió á lo lejos.

Una hora despues llamaron á mi puerta: era D. Celso. Habia llegado el momento supremo.

Me vestí precipitadamente, y me puse un abrigo oscuro.

D. Celso me miraba con una risa satánica.

Dormian mis hijos: el mayor tenia cerca de tres años y la niña dos.

Los envolví en unos mantos.

—¿Tambien esos ván? me dijo D. Celso.

Volví el rostro furiosa.

—Tambien, contesté.

—Que vayan.

Cargué á la niña; y al ir á tomar al otro, D. Celso me detuvo.

—Llevaré á éste; y le levantó.

Salimos al corredor: el corazon me latia con una violencia espantosa. Nadie nos vió; D. Celso me llevó por el almacen, y salimos á la calle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El viento frio de la noche azotó mi frente; sentí que iba á desmayarme, y vacilé.

—Cuidado con la niña, me dijo D. Celso.

Estreché á mi hija contra mi corazon, y recobré el ánimo.

A corta distancia encontramos un coche con los faroles apagados: D. Celso abrió la portezuela: la vieja de la plazuela nos esperaba adentro.

—Tenga usted á ese niño, la dijo.

La vieja, sin hablar, recibió á mi hijo.

—Ahora entra tú, agregó ofreciendome la mano.

Apesar de lo terrible de aquel lance, sentí subírseme la sangre al rostro, de vergüenza: era la primera vez que D. Celso me hablaba con tanta familiaridad delante de personas extrañas. El último paso que me separaba del abismo, estaba salvado.

D. Celso cerró la portezuela, y dijo al cochero:—Plazuela de Loreto; ya sabes.

El coche echó á andar, y yo sentí que rompia para siempre todos los lazos que me unian á la sociedad.

Llegamos á la casa, abrió la vieja, se despidió al cochero, y entré en mi nueva habitacion.

Una cama estaba destinada en un cuarto para mis hijos. Los acostamos. Aquellos angelitos no habian despertado; no sabian ni podian comprender el abismo á que los habia arrojado su misma madre.

Yo me retiré á la recámara que me indicó la vieja; me arrojé en la cama, pero ya no contuve mi llanto, ni mis sollozos; nadie podia oirme; era quizá el único consuelo que me quedaba.

Lloré, grité como una loca, como una muger desesperada: la vieja, respetando mi dolor, se retiró á descansar, y yo, sin dormir un solo instante, ví despuntar la luz entre las puertas de un balcon.

## XIV.

### La casa del crímen.

EL dia le pasé en la mayor desesperacion: mis hijos lloraban extrañando á su casa, á su padre, y yo no me atrevia ni á salir de mi cuarto; allí me hice servir la comida. La vieja me obedecia y callaba.

Cerca de la oracion llegó D. Celso, y yo corrí á su encuentro, por el deseo de saber lo que habia pasado en casa de mi marido, durante mi ausencia.

—Por fin, le dije, ha venido usted: ¡Ah qué noche! ¡qué dia he pasado!

—Ya me tienes aquí, aunque será por poco tiempo.

—¿Qué hay por allá? No me atreví ya á decir por mi casa.

—Nada, un escándalo terrible. Mondragon llegó anoche muy tarde, te creyó dormida, y no entró á tu recámara. Hoy en la mañana esperó hasta las diez, pero viendo que no se abria la puerta, que ninguno de los niños salia, entró á tu habitacion. Ya puedes suponer su espanto: llamó á todos los criados, nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El viento frio de la noche azotó mi frente; sentí que iba á desmayarme, y vacilé.

—Cuidado con la niña, me dijo D. Celso.

Estreché á mi hija contra mi corazon, y recobré el ánimo.

A corta distancia encontramos un coche con los faroles apagados: D. Celso abrió la portezuela: la vieja de la plazuela nos esperaba adentro.

—Tenga usted á ese niño, la dijo.

La vieja, sin hablar, recibió á mi hijo.

—Ahora entra tú, agregó ofreciendome la mano.

Apesar de lo terrible de aquel lance, sentí subírseme la sangre al rostro, de vergüenza: era la primera vez que D. Celso me hablaba con tanta familiaridad delante de personas extrañas. El último paso que me separaba del abismo, estaba salvado.

D. Celso cerró la portezuela, y dijo al cochero:—Plazuela de Loreto; ya sabes.

El coche echó á andar, y yo sentí que rompia para siempre todos los lazos que me unian á la sociedad.

Llegamos á la casa, abrió la vieja, se despidió al cochero, y entré en mi nueva habitacion.

Una cama estaba destinada en un cuarto para mis hijos. Los acostamos. Aquellos angelitos no habian despertado; no sabian ni podian comprender el abismo á que los habia arrojado su misma madre.

Yo me retiré á la recámara que me indicó la vieja; me arrojé en la cama, pero ya no contuve mi llanto, ni mis sollozos; nadie podia oirme; era quizá el único consuelo que me quedaba.

Lloré, grité como una loca, como una muger desesperada: la vieja, respetando mi dolor, se retiró á descansar, y yo, sin dormir un solo instante, ví despuntar la luz entre las puertas de un balcon.

## XIV.

### La casa del crímen.

EL dia le pasé en la mayor desesperacion: mis hijos lloraban extrañando á su casa, á su padre, y yo no me atrevia ni á salir de mi cuarto; allí me hice servir la comida. La vieja me obedecia y callaba.

Cerca de la oracion llegó D. Celso, y yo corrí á su encuentro, por el deseo de saber lo que habia pasado en casa de mi marido, durante mi ausencia.

—Por fin, le dije, ha venido usted: ¡Ah qué noche! ¡qué dia he pasado!

—Ya me tienes aquí, aunque será por poco tiempo.

—¿Qué hay por allá? No me atreví ya á decir por mi casa.

—Nada, un escándalo terrible. Mondragon llegó anoche muy tarde, te creyó dormida, y no entró á tu recámara. Hoy en la mañana esperó hasta las diez, pero viendo que no se abria la puerta, que ninguno de los niños salia, entró á tu habitacion. Ya puedes suponer su espanto: llamó á todos los criados, nos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preguntó á todos, lloró, se enfureció, regañó; en fin, estaba como loco. Mandó llamar á tus padres que estaban tan ignorantes como él de lo que habia pasado. Ha puesto en movimiento á toda la policia, con el objeto de averiguar tu paradero y el de sus hijos; pero nada conseguirá.

—¿Usted cree que no conseguirá nada?

—Sí lo creo, porque como de mí nada absolutamente sospecha, yo he sido encargado de dar parte al gobernador y datos á la policia, y por supuesto que los he desorientado completamente, y no te encontrarán.

—¡Dios lo quiera! yo lo que deseo es que me olviden, que me tengan por muerta, que no vuelvan á saber de mí jamás. Seria mi mayor suplicio encontrarme alguna vez delante de Mondragon.

—Pero no debemos descuidar por eso las precauciones. Es necesario por ahora que te separes de los niños.

—¿De mis hijos? ¡Oh! ¡imposible!

—¿Imposible? Y si llegas á verte en la necesidad de huir de noche, por un camino largo, extraviado, ¿no serán para tí un gran estorbo esas criaturas?.....

—Preferiría caer en manos de la policia, á separarme de mis hijos.

—Sin contar con que ademas del bochorno de ser presentada á tu marido y á la sociedad, te separarian inmediatamente de ellos, y para siempre; al paso que ahora solo será por algunos dias, y mientras se cansa la policía y las cosas se calman. Vas tal vez á tener que mudar de habitacion muchas veces, y repentinamente á cambiar de nombre, á ocultarte en casas ajenas: ¿que harás con esos niños?

—Tiene usted razon, pero es un sacrificio inmenso.

—Será por pocos dias, yo te lo aseguro. Pilar la vieja, que te cuida, los llevará á la casa de una amiga suya que vive por



el barrio de Nonoalco; y dentro de quince dias á lo mas, volverás á tenerlos á tu lado.

Estaba yo de tal modo atemorizada y habia llegado á tener D. Celso tal dominio sobre mí, que cedí á sus razones, y consentí en separarme de mis hijos.

Aquella noche la vieja llevó dos mugeres que se apoderaron de los niños, y enmedio de mi llanto y de mi desesperacion, los arrancaron de mis brazos. Los besé por última vez; no debia yo volverlos á ver nunca.

Quedé sola, enteramente sola sobre la tierra, y sujeta enteramente á la voluntad de hierro de aquel hombre, que me habia arrastrado hasta aquel abismo sin fondo.....

.....

Pasaron cinco ó seis meses, yo dí á luz á un niño, que felizmente murió al nacer.

Lloré su pérdida, como una nueva esperanza deshecha; pero la idea del porvenir que á él y á mí nos esperaba, templó mi dolor.

D. Celso me contaba cuando venia á verme, todo lo que ocurria por la casa de Mondragon.

La policía habia desesperado de encontrarme, y mi marido, en la mayor postracion, se habia retirado del comercio, cerrando su almacen.

En México se habló mucho del lance por ocho dias, y luego ya nadie se ocupó mas de él.

D. Celso quedó sin destino, y se hizo corredor.

Su aire humilde, su afectada seriedad, su asídua asistencia á los templos y á las procesiones, le hicieron el favorito de los ricos de la Capital; y muy pronto su crédito habia subido como la espuma.

Entonces fué á vivir conmigo en la casa de la plazuela de Loreto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante el dia, frecuentaban nuestra casa abogados y negociantes.

Yo nunca salia de una pieza interior y en ella comia siempre sola; y nadie me veia, ni yo veia tampoco á nadie.

No teniamos mas criados que la vieja Pilar, y en el dia la casa era un modelo de sosiego y de honradez.

Pero en la noche la escena cambiaba terriblemente: D. Celso se entregaba á toda clase de prostituciones y excesos: mugeres de mala vida, hombres de aspecto extraño y patibulario, viejas que comerciaban con la honra de las jóvenes, esta era la sociedad que frecuentaba D. Celso.

Yo no tenia voluntad propia, y veia, ó mas bien, adivinaba todo aquello, sin atreverme á decir una palabra.

D. Celso me trataba de una manera brutal, y con tanto desprecio, que llegó á obligarme á ir á abrir la puerta á aquellas mugeres ó hacerles compañía mientras él hablaba con otras.

Yo estaba atada con aquel hombre por una cadena inflexible. Me habia causado tanto mal, le habia yo llegado á aborrecer tanto, que llegó el caso en que se desarrolló en mi corazon un sentimiento terrible, desconocido, inexplicable.

Cuando estaba á mi lado, cuando se acercaba á mí, cuando me acariciaba, sentia yo hácia él un ódio profundo, reconcentrado, sangriento; pero cuando se alejaba, cuando alguna de aquellas mugeres llegaba á verle, cuando oía yo sus alegres carcajadas, enmedio de sus orgías nocturnas, entonces el veneno de los celos abrasaba mi corazon; entonces sentia yo que le adoraba; me parecia grande, hermoso en sus excesos, en sus desórdenes, en sus crímenes.

Y en esta alternativa, entre el amor mas ardiente y el ódio mas profundo, entre el desden mas frio y los mas devoradores celos, pasaba yo mi vida, sin pensar siquiera en separarme de aquel hombre, sin acordarme ya del mundo ni de mis hijos, ni



de nada, encenegada en aquella sentina del vicio, viviendo en la vida de mi verdugo.

Una noche habia estado D. Celso impaciente, violento, como quien espera á álguien que tarda demasiado: se habia negado la entrada á todo el mundo y me habia hecho preparar una cena para dos personas, con una extraordinaria abundancia de vinos y de licores.

El tiempo se iba pasando, y D. Celso daba cada vez mayores muestras de impaciencia.

Por fin la vieja Pilar subió y dijo á D. Celso:

—Ya está ahí.

—Que suba luego luego. Retírate á tu cuarto, me dijo, y no salgas para nada. Obedecí, pero con la firme intencion de espiarlos, para saber quién era aquel esperado personaje.

Quedéme oculta detrás de la puerta, y ví entrar á una muger enteramente cubierta con un velo: D. Celso la llevaba de la mano. La encubierta llegó frente á la luz, se arrancó el velo y se arrojó en los brazos de D. Celso.

El corazon se me oprimió: quise gritar y me desmayé..... Era mi madre .....

.....

Cuando volví en mí, habia formado una resolucion irrevocable.

D. Celso y mi madre estaban aun cenando, y yo escuchaba sus voces alegres y el chocar de sus copas.

Yo me habia precipitado en aquel abismo por ella, y ella venia á arrebatarme hasta en el fondo mismo de aquel abismo, el único vínculo que me unia al mundo, mi último amparo. Tal vez no sabia que estuviera yo allí, pero yo estaba conforme con mi suerte, mientras creí salvarla; cuando la ví en aquella casa, comprendí que yo no debia permanecer mas en ella.

Mi sacrificio habia sido estéril.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Me vestí un trage oscuro, me envolví con un manto semejante al que habia yo visto á mi madre, y bajé resuelta la escalera.

Mi cuerpo y el de mi madre eran semejantes, y la vieja me abrió el zaguan tomandome por la persona que habia entrado, y me encontré en la calle.

La noche estaba oscura y lluviosa, la plazuela desierta.

Comencé á caminar á la ventura, atravesé la plazuela sin detenerme y llegué á la calle de Chavarría. ¿Adónde iba? no lo sabia, pero marchaba siempre, y siempre alejándome de aquella casa maldita.

Serian las diez de la noche.

Las casas de comercio estaban cerradas: comencé á tener miedo y frio.

Llegué al callejon de Santa Clara, y de una fondita de mal aspecto salia un hombre que, á la luz que se desprendia de la puerta, me pareció extranjero.

El me vió tambien y le llamé la atencion: se acercó y me habló: era un inglés ó un americano, segun el acento de su pronunciacion; me propuso que le acompañára y no vacilé en aceptar; no tenia donde quedarme aquella noche, y ademas, ¿qué podia contenerme? ¿no era yo ya para el mundo un cadáver y para la religion una alma perdida?

Me dió el brazo, me apoyé en él, y caminamos hasta su casa.

Entramos en ella: tomó asiento en un sillon y yo en otro.

Pocos momentos despues llamaron á la puerta.

—¿Quién? preguntó en español.

—Abre, Ralph, dijo una voz con acento tambien extranjero.

—Otro dia, Henry—otro dia, estoy acostado.

—Abre—insistió el de afuera.

—No—dijo resueltamente Ralph.

—Abriré yo—contestó el otro—y dos terribles golpes hicieron ceder la puerta, que se abrió, presentandose un americano en completo estado de embriaguez.



Ralph se lanzó sobre él como tigre, y se trabó entre ambos un reñido combate á puñetazos.

El escándalo era terrible: caían las mesas, las sillas, y al ruido acudieron los vecinos de la casa, entre ellos varios paisanos de los que reñian, y una gran multitud invadió el cuarto.

Los amigos lograron restablecer la calma, la gente salió; pero quedó aplazado para el dia siguiente un duelo á pistola.

Yo me habia refugiado en un rincon, y desde allí, temblando, presencié todo: si hubiera tenido adonde ir, me habria salido en el momento, pero no tenia.

Ralph y yo quedamos solos. Entonces sacó de un armario, unas botellas de cognac, y comenzó á tomar hasta que cayó en su cama sin conocimiento.

Yo no me atreví á acostarme, y sentada en un sillon pasé todo el resto de la noche.

Ya no lloraba: mi corazon se habia endurecido, y solo atendia ya á las necesidades materiales.

Tambien yo dormí en el sillon.

A la mañana siguiente los padrinos de Ralph vinieron á buscarle.

El quiso que yo asistiese al duelo, y condescendí con aquella excentricidad. Los padrinos no se opusieron, y montamos todos en un coche

Al llegar al lugar de la cita, cerca de Tacubaya, encontramos á los otros que ya nos esperaban.

Sin hablar palabra, se saludaron ceremoniosamente: se midió el terreno; se colocó á los dos adversarios y se entregó á cada uno sus armas cargadas.

Veinticinco pasos y avanzando, tirar á discrecion, estas eran las condiciones.

Se dió la señal, y comenzaron á avanzar el uno sobre el otro con una sangre fria admirable. El contrario de Ralph hizo fuego, pero no debió tocar á su contrario, porque seguian avan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zando; volvió á hacer fuego por segunda vez, y sucedió lo mismo.

Estaba desarmado, porque cada uno tenia solo dos pistolas, de un solo tiro cada una.

Ralph no habia disparado las suyas, y podia caminar hasta tener á su enemigo á boca de jarro.

Era una cosa terrible ver á un hombre inerme caminar tan sereno á la muerte, y á otro tan impasible acercarse á él para matarle con mas seguridad.

Los testigos estaban pálidos, y yo creia que me iba á dar un accidente.

Entonces uno de los testigos de Henry se dirijió á Ralph, y le dijo con voz firme:

—Ralph, ¿cuánto valen los dos tiros de tus pistolas? Los compro.

Ralph se detuvo y reflexionó un momento: tres mil pesos—contestó despues.

—¿Estás conforme en darlos? preguntó el padrino á Henry.

—Me parece mucho—si no rebaja, que tire.

—Creo que olvidas, dijo el padrino, el negocio de los algodones que te propuse: haz tu cuenta.

Henry llevó su mano á la frente y comenzó á contar entre dientes.

Dos, tres.....cuatro mil quinientos, cinco mil.—Luego sacó su cartera, y con puño firme hizo algunos apuntes.

Entretanto Ralph impasible, estaba, sin cambiar de postura, mirandole y con las pistolas preparadas.

—Bien, dijo al fin Henry: me conviene; dando tres, aun me quedan dos mil.

—Aceptado, dijo el padrino á Ralph. Ralph disparó al aire las pistolas y estrechó la mano de Henry.

Volvimos á montar en los coches y regresamos á México.



Al otro dia Ralph salió para Puebla y me llevó en su compañía presentandome como su esposa.

Habia ya perdido por completo la vergüenza y el respeto á la sociedad.

Desde entonces mi vida no fué sino una cadena de escándalos no interrumpida, hasta que enferma y despreciada de todo el mundo, mendigando de puerta en puerta, llegué á este pueblo, en donde Dios sin duda, condolido de mí, me deparó un abrigo para reposar y una mano caritativa para alimentarme."

La "Guacha," fatigada, inclinó la cabeza, y dos lágrimas rodaron por su mejilla.

El buen cura lloraba tambien: puso su mano sobre la cabeza de la pobre muger, y le dijo con una voz conmovida.

—Matilde, ten esperanza y fé en Aquel que nos ha enseñado que á todo pecador alcanza su misericordia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO CUARTO.

## PENAS.

### I.

### La voz de la historia.

CASI dos meses habian pasado desde la prision de Nicolás Romero, y el viento del infortunio seguia azotando las banderas de la República.

Oaxaca habia caido en poder del enemigo; Porfirio Diaz estaba prisionero.

El desaliento cundia entre los partidarios de la República; casi se habia perdido toda esperanza.

La caida de Oaxaca ha sido el último canto de la epopeya republicana, decia en México la *Sombra*, periódico que pasaba por el órgano del partido de la Independencia.

Pero la fé batió sus álas, y en el Sur de Michoacan encontró sus templos y sus altares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La situacion del ejército republicano era angustiosa. El general Echeagaray, derrotado en Zapotlán, habia disuelto sus fuerzas, habia entregado el armamento al enemigo, y se retiraba para México.

Cárlos Salazar expedicionaba por los pueblos de las fronteras de Jalisco y Michoacan.

Pueblita descansaba con una pequeña brigada en el pueblo de Churumuco, en la orilla del rio de las Balsas; y el resto del ejército republicano, reducido á doscientos infantes y otros tantos ginetes, se escalonaba entre Huetamo y Tusantla.

Todo esto vendria á formar un total de dos mil quinientos hombres.

¡Pero en qué situacion!

Faltos de parque, desnudos, con todo el armamento descompuesto por la accion del clima y por el mucho uso; sin maestranzas, sin depósitos, sin artillería; no recibiendo mas sueldo que un pedazo de carne y algunas tortillas de maiz con que se hacia contribuir á los pueblos, los soldados republicanos, haciendo la guerra sin descanso y sin elementos, en un clima tan mortífero, eran mas bien mártires resignados al sacrificio, que guerreros alentados por la esperanza del triunfo.

Casi todos aquellos hombres estaban pálidos y enfermizos, casi todos los dias de los pobres cuarteles se sacaban cadáveres de soldados espantosamente flacos, que morian de miseria.

En las marchas pudiera seguirse su camino, por los cadáveres de hombres y de animales que morian de hambre, de sed ó de fatiga.

Pero en aquellos países desiertos, cuando aquella columna en marcha caminaba así para dar un asalto ó evitar una sorpresa, y la muerte arrebataba algun soldado, algun oficial ó algun gefe, no se podia darle sepultura, porque ni habia tiempo ni instrumentos con que cavar una fosa; no se podia tampoco dejar abandonado el cadáver á que sirviese de pasto al lobo ó al puerco-espin, y los compañeros, con las lágrimas en los ojos, amarraban aquel cuerpo con sus propios harapos, al brazo de algun árbol, y le cubrian con ramas secas, para evitar que las aves carnívoras vinieran á saciarse en sus restos.



Y la columna seguia caminando. Estos eran los últimos honores, éste el mausoléo de aquellos mártires desconocidos, cuyo nombre no pasará á la posteridad, cuya suerte ignoran tal vez sus mismas familias, y cuyos huesos, blanqueados por las tempestades de la selva, yacen entre la hojarasca seca de los desiertos bosques del Sur de Michoacan.

Los franceses y las fuerzas del imperio lo invadian todo, y todos los pueblos que forman la entrada de la Tierra Caliente, desde el Estado de México hasta el de Jalisco, estaban ocupados por fuertes guarniciones; de manera que los restos del ejército republicano estaban cercados por todas partes y reducidos al departamento de Huetamo, pobre y esquilmado, como centro de operaciones.

Cuando una columna salia de allí con objeto de procurar recursos ú hostilizar al enemigo, puede decirse que se arrojaba enmedio de un océano de peligros: apenas se sabia su aproximacion, apenas atravesaba las fronteras del enemigo, cuando todas las guarniciones imperiales ó francesas se ponian en movimiento: las guardias civiles levantadas y sostenidas por los hacendados ricos, enemigos todos de la Libertad y de la República, salian de su natural apatía.

Los correos y los esploradores se cruzaban en todas direcciones, ya mandados por las autoridades y los gefes militares, ya enviados por oficiosos partidarios del imperio; y ricos hubo entonces que invirtieron gruesas sumas en procurarse noticias de los bandidos, como ellos llamaban á los republicanos, con objeto de dar oportunos avisos á los franceses: y muchos de éstos, sin embargo, los hemos visto tambien figurar al lado del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gobierno republicano, pocos dias despues del triunfo de la Independencia.

Comenzaba entonces una especie de batida de fieras sobre aquella pequeña columna de mexicanos, que unas veces volvia llena de orgullo á su cuartel general, burlando el encarnizamiento de sus enemigos, y otras se dispersaba, dejando á sus gefes en los cadalsos que se levantaban por los invasores, en el mismo lugar en que eran tomados prisioneros.

En aquella campaña no habia distinciones entre el dia y la noche, no habia hora destinada para el descanso, no habia hora destinada para la comida. Se hacia alto cuando se conseguia un pequeño triunfo, cuando se lograba, ya por la buena direccion de un guia, ya por la astucia de un gefe, ganar algunas horas de ventaja al enemigo. Entonces el soldado podia dormir un momento, pero sin soltar el arma de las manos, sin descargar las pocas mulas que llevaba la columna, sin desembridar siquiera los caballos.

Sonaba el clarin, y la tropa, que no habia perdido ni su formacion en columna de viaje, volvia á emprender la marcha.

Siempre el enemigo al alcance, siempre tiroteando á la retaguardia, siempre nuevas columnas, procurando salir por los flancos.

¡Ay del soldado ó del oficial que, rendido por el hambre, por la fatiga, ó por el sueño, se desviára de la columna! ¡Ay del que se estraviára entre las sombras de la noche! Era casi seguro que caía entre las manos de los enemigos; era seguro que en ese mismo lugar encontraria su muerte; y colgado del cuello en una viga ó en la rama de un árbol, podian contemplarle los viajeros dos horas despues de haber sido hecho prisionero.

Así, compactos, sin separarse, sin descansar, como si fueran un solo hombre, y como si este hombre fuera de hierro, aquella pequeña columna expedicionaria avanzaba, retrocedia,



atacaba, se defendia, se ocultaba, volvia á aparecer; y siempre en actividad, y siempre llena de fé, y siempre poniendo en alarma, vencedora ó vencida, á fuerzas superiores á ella.

Esta actividad y esta audacia fueron sin duda la causa de la salvacion de aquellos restos del Ejército Republicano.

México agonizaba; pero como los gladiadores romanos, habria caido á la hora de su muerte en una postura tan noble y en una actitud tan digna, como la de una estátua griega.

Pero no murió; porque los hombres que sostenian el pabellon de la Independencía, habian dicho como aquel semi-dios de Homero: "Me salvaré apesar de los dioses."

Apenas los republicanos, de los cañones de los órganos de alguna iglesia, de los tubos de cañeria de las haciendas de caña, de las letras de alguna imprenta, ó de la montera de un alambique de aguardiente, lograban reunir alguna cantidad de plomo, y fabricar cinco ó seis cajas de parque, obteniendo la pólvora á costa de mil sacrificios, y buscando el salitre para elaborarla en las cavernas de las montañas, cuando inmediatamente se disponian y se efectuaba una expedicion.

Las armas, el enemigo las tenia; de allí era preciso quitarlas; era el único medio de obtener el armamento, y se obtenia. No hay un ejemplo solo de que el Ejército Republicano, que hizo la guerra en el Sur de Michoacan, apesar del largo tiempo que estuvo en campaña, del gran número de combates que sostuvo y del alto número de fuerzas en que llegó á verse, no hay un ejemplo solo de que haya llegado á invertir una partida de trescientos pesos siquiera en compra de armamento.

Parece fabuloso, y sin embargo nada es mas cierto.

Y una division quedaba destruida en una batalla; y un mes despues el mismo gefe entraba al combate con otra nueva division que habia brotado como la yerba de nuestros prados, despues que un incendio pasa sus lenguas de fuego sobre aquella tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y la nueva division se desvanecia, tal vez como el humo, al primer combate; pero el desaliento no arraigaba en los corazones, y nuevos soldados venian á agruparse en derredor de la bandera; y nuevas luchas, y nuevos sacrificios, volvian á enriquecer la historia de México, y á convencer á Napoleon, y á Maximiliano, y á la Francia, y al mundo, de que un pueblo que así luchaba por su Independencia, era un pueblo invencible, era un pueblo digno de ser libre.

## II.

## Murillo.

SE preparaba en Huetamo una de aquellas expediciones.

Los soldados salian de sus cuarteles á formar en la plaza; los oficiales atravesaban al galope las calles de la poblacion, buscando ya los bagajes, ya las dispersas prendas de su reducido equipaje, ya algunos de sus subordinados que tardaban en presentarse en el lugar de reunion.

Las mugeres que siempre acompañan á los soldados en traje de campaña, hacian sus últimos preparativos: cubiertas con sus anchos sombreros de petate, con sus enaguas formadas de cien piezas de distintos géneros y colores, cargadas con todo su movilario, llevando en el hombro un perico y seguidas de uno ó dos perros, entraban y salian á las tiendas, hablaban con los soldados, sostenian disputas y diálogos acalorados con las mugeres del pueblo, reñian á los muchachos; en fin, introducian en la plaza ese exceso de movimiento que se llama desórden.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tristes y cabizbajos los caballos de los oficiales, esperaban el momento en que debia volver á comenzar su martirio. Flacos, enjaezados con viejas sillas, muchas de las cuales tenian los estribos sostenidos por viejos mecates, algunos sin freno y cargados ya con inmensos maletones que no contenian mas que ropas casi fuera del uso, aquellos animales parecian una protesta semiviva contra la expedicion, y formaban con su taciturna gravedad el contraste mas gracioso con la animacion y el entusiasmo de sus amos.

—¿Adónde vamos por fin, mi teniente?—decia un sargento.

—A Zitácuaro—contestaba el otro.

—A Zitácuaro—repetia el sargento á su compañía, con una fisonomía en donde brillaba el gozo.

—A Zitácuaro—exclamaban alegremente los soldados, "haciendo cantar," como ellos dicen, su fusil—ahora verán lo que es canela.

No parecia sino que se trataba de un paseo militar, y que se iba á poner un ejército en marcha, provisto de todos los elementos de guerra necesarios; y no eran mas que doscientos infantes y cien ginetes; pero allí estaba la fé, y la fé vale mas que un ejército.

Con soldados así, un gefe puede emprender cualquier movimiento: podrá quedar vencido, pero nunca deshonrado.

Serian las seis de la mañana: se habia dado ya el segundo toque de marcha, y todo estaba listo.

En una humilde fondita se desayunaba al parecer con mucho apetito, un jóven, que segun las apariencias, acababa de llegar, porque su blusa y su sombrero estaban llenos de polvo y tenia aun las espuelas puestas.

Otros dos hombres le miraban comer con cierta satisfaccion, casi con ternura, como un padre que contempla á un hijo despues de una ausencia larga.

—Pues señor—decia el jóven—he sido afortunado: llego



creyendo descansar unos dias, y me encuentro con que ustedes están de viaje.

—¿Y estás muy cansado, Murillo?—preguntó otro, que era nada menos que Carrillo, á quien conocimos en Zitácuaro.

—Vaya si lo estoy—contestó Murillo—á las tres de la mañana estaba ya á caballo, y anoche á las diez aun no llegaba al paraje.

—¿Pues por qué no pides permiso para quedarte dos ó tres dias en Huetamo?—dijo Carrillo.

—Porque ustedes van á pelear, y yo no me quedo aquí: lo que haré será acostarme á dormir dentro de un rato, y á la tardecita me pongo en marcha y los alcanzo: estoy que me caigo de sueño.

—Puede que no se logre su proyecto—dijo entrando á este tiempo un oficial trigueño, grueso, de abultados lábios, vestido de lienzo y sin mas armas que un revólver en la cintura.

—Mi coronel Robredo—dijo Murillo parandose á abrazar al recien llegado—¿qué hace usted?

—Poca cosa, dijo Robredo—como ahora no tengo soldados, sirvo al general de secretario.

—¡Cuánto me alegro!—contestó Murillo, volviendo á abrazarle.

Robredo era todo un buen patriota: valiente, fiel, constante y lleno de inteligencia, de honradez y de abnegacion, era uno de los gefes mas queridos en el Ejército del Centro.

—Traigo una órden para usted—dijo Robredo.

—¿Qué órden? preguntó Murillo.

—Ya sabe usted que sale la fuerza dentro de un momento para Zitácuaro.

—Sí.

—Pues dispone el general que salga usted en este momento para Tusantla, para que manden allí exploradores, á fin de que á nuestra llegada se tengan noticias positivas de la fuerza ene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miga, su número, sus posiciones, los gefes que mandan en Zitácuaro; en fin, todos los datos necesarios para poder formar el plan de ataque á la plaza. Nosotros harémos cinco dias de camino; es fuerza que usted llegue allí mañana al medio dia: aquí está su pasaporte. Para todo se pondrá usted de acuerdo con el coronel Alzati.

—Bueno—dijo Murillo sonriendo, bueno: ¡bonito descanso voy á tener!—¿Y de recursos no hay nada?

—Un peso.

—Para los tiempos que corren mucho es, y me sobra: son cuarenta y tantas leguas.

—Pues váyase, y no perdamos el tiempo,

Murillo, sin replicar, abrazó á sus compañeros; y como si estuviera muy descansado ya, montó en su caballo, y media hora despues trotaba por el camino que conduce á Zitácuaro, y la fuerza republicana comenzaba á desfilar en la plaza.

Murillo silbaba y cantaba algunas veces para espantar el sueño; pero el sueño es un enemigo terrible: ataca con tanta dulzura, acomete con tanto sigilo, sin alarmar, sin causar ninguna especie de disgusto, que es enemigo que vence con facilidad. Solo los que han tenido que resistirle, solo los que han tenido que caminar llevando consigo este enemigo tan poderoso que, para ser vencido, necesita ser vencedor, los que han pasado esas eternas noches de lucha á la cabecera de un enfermo, pueden comprender lo que es el sueño; solo esos pueden comprender que no hay medio ni arbitrio para sacudirle; que nos puede rendir lo mismo enmedio de un salon de baile, que en un puesto avanzado en los momentos de una accion.

Algunas veces nuestro oficial se dormia sobre su cabalgadura, y caminaba así hasta que un movimiento brusco del animal le despertaba espantado; y unas veces habia perdido el camino y otras le habia atravesado por un mal paso, y otras se encontraba enredado entre las ramas y los bejucos; despertaba con



el firme propósito de no dejarse dormir, sacudia la cabeza, se quitaba el sombrero y volvia á caminar; pero siempre lo mismo.

Maldito sueño, decia: va á parar en que me caigo ó en que una rama me hace pedazos la cara.

De repente volvió á dormirse: el caballo encontró algun obstáculo, se detuvo y se puso tambien á dormir; y el ginete y el animal descansaban, como si el uno estuviera en un mullido lecho y el otro en la mejor cuadra de una ciudad.

La continua fatiga, las constantes desveladas y los muchos trabajos que pasaban los soldados en aquellos tiempos, hacian que estas escenas se repitieran constantemente: los dragones se dormian sobre sus caballos; algunas veces caian, y otras veces el animal, á su arbitrio, llevaba aquellos hombres dormidos, trastornando las formaciones, hasta que despertaban llenos de asombro enmedio de un cuerpo que no era el suyo, entre la infantería, ó lado á lado del mismo general y enmedio del Estado Mayor.

Pero nadie los reconvenia, y por el contrario, los gefes con una solicitud paternal, andaban entre las filas despertando á los soldados, con objeto de evitarles una caida.

En esos largos y estrechos desfiladeros de la Sierra, aconteció muchas veces detenerse una columna despues de dos ó tres noches de camino y de vigilia, y resultar, que aquella detencion era provenida de que el oficial y los soldados de la vanguardia, deteniendose un momento para apartar algun obstáculo, se habian quedado dormidos, y el resto de la columna habia hecho lo mismo.

¡Cuántos se reirán de esto, tomandolo por una exajeracion! ¡y cuántos que lo presenciaron sentirán brotar el llanto á sus ojos, al recuerdo de aquellos dias aciagos y de aquellos pobres soldados mártires!

Murillo y su animal seguian durmiendo: de repente el caballo hizo un movimiento; Murillo abrió los ojos, y vió pasar á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su lado unas mugeres; eran mugeres de la tropa; alzó la cabeza, y ya cerca, muy cerca, entre una nube de polvo, se acercó la columna que habia salido de Huetamo.

—¡Jesus! exclamó espantado: me he dormido como si no tuviera que hacer; si el general me viera, estaba yo perdido; pero este maldito caballo que se paró, tiene la culpa.....

Unas alegres carcajadas le hicieron volver la cara, y al otro lado del camino vió un grupo de oficiales, entre los cuales estaba Carrillo, y los cuales reian alegremente.

—¿Hán visto ustedes? dijo Murillo, mortificado de que le hubieran sorprendido en el camino.

—Sí que hemos visto, que hace como diez minutos que te estamos observando.

—Pues si como son ustedes ha sido el tio el que me encuentra, á estas horas voy preso entre la infantería; pero ahí viene, y me voy antes de que me vea: y diciendo esto salió al galope.

—¿Es Murillo ese que vá ahí? dijo el gefe llegando pocos momentos despues.

—No señor, es un explorador, contestaron gravemente los oficiales.

Y no se habló mas del negocio.

## III.

### La caridad en las selvas.

ESTAMOS en el rancho de Margarita, al pié de las torres de Cucha.

Jorge, restablecido, convaleciente ya, estaba sentado á la sombra de una ziranda. Meditaba tal vez en Alejandra, tal vez en Murillo, su hermano de armas.

El interior del rancho presentaba un aspecto triste y desgarrador.

Una muger sentada en el suelo tenia en su regazo á un niño de dos años, que luchaba en la agonía con esas terribles calenturas de la tierra caliente, extraordinariamente pálido y flaco, con los ojos brillantes y fijos, y una respiracion desigual y jadeante; el niño lanzaba de cuando en cuando un débil gemido; la madre le miraba, le estrechaba contra su seno como queriendo darle la vida con su vida, y las lágrimas de la pobre muger caian como diamantes desprendidos de un collar, sobre el rostro abrasado de la criatura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su lado unas mugeres; eran mugeres de la tropa; alzó la cabeza, y ya cerca, muy cerca, entre una nube de polvo, se acercó la columna que habia salido de Huetamo.

—¡Jesus! exclamó espantado: me he dormido como si no tuviera que hacer; si el general me viera, estaba yo perdido; pero este maldito caballo que se paró, tiene la culpa.....

Unas alegres carcajadas le hicieron volver la cara, y al otro lado del camino vió un grupo de oficiales, entre los cuales estaba Carrillo, y los cuales reian alegremente.

—¿Hán visto ustedes? dijo Murillo, mortificado de que le hubieran sorprendido en el camino.

—Sí que hemos visto, que hace como diez minutos que te estamos observando.

—Pues si como son ustedes ha sido el tio el que me encuentra, á estas horas voy preso entre la infantería; pero ahí viene, y me voy antes de que me vea: y diciendo esto salió al galope.

—¿Es Murillo ese que vá ahí? dijo el gefe llegando pocos momentos despues.

—No señor, es un explorador, contestaron gravemente los oficiales.

Y no se habló mas del negocio.

## III.

### La caridad en las selvas.

ESTAMOS en el rancho de Margarita, al pié de las torres de Cucha.

Jorge, restablecido, convaleciente ya, estaba sentado á la sombra de una ziranda. Meditaba tal vez en Alejandra, tal vez en Murillo, su hermano de armas.

El interior del rancho presentaba un aspecto triste y desgarrador.

Una muger sentada en el suelo tenia en su regazo á un niño de dos años, que luchaba en la agonía con esas terribles calenturas de la tierra caliente, extraordinariamente pálido y flaco, con los ojos brillantes y fijos, y una respiracion desigual y jadeante; el niño lanzaba de cuando en cuando un débil gemido; la madre le miraba, le estrechaba contra su seno como queriendo darle la vida con su vida, y las lágrimas de la pobre muger caian como diamantes desprendidos de un collar, sobre el rostro abrasado de la criatura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A poca distancia, un hombre ya viejo, vestido de chaqueta y pantalon oscuro, estaba sentado en una silla, sombrío y silencioso, apoyando su rostro entre las manos, inmóvil como la estátua del dolor.

Una niña de cinco años, pobremente vestida, jugaba indiferentemente en el cuarto.

Aquellos cuatro séres constituian una familia de chinacos, es decir, de gente que no transijia con la intervencion.

Era un pobre empleado, con su muger y sus dos hijos, que huyendo de la intervencion y enmedio de la mas espantosa miseria, habia llegado hasta allí, buscando un refugio.

El niño exhaló un gemido.

—Vazquez, dijo la pobre madre, nuestro hijo se muere.

El hombre se levantó penosamente, y se arrodilló al lado de su muger: descubrió la cara del niño, y le miró con ansiedad.

La muerte se dibujaba ya sobre el rostro de aquel inocente: Vazquez le tomó una manita y la llevó á sus lábios: el infeliz lloraba.

—Hijo mio, hijito de mi alma, decia la madre llorando; mi vida, angel mio, no te mueras, óyeme, mira, mira como lloro; no te mueras, amor mio, alza tu cabecita, mírame, óyeme.

Y le besaba, y alzaba su cabeza, y le movia: la pobre muger, loca, delirando, queria espantar la muerte como espantaba el sueño de los ojos de su hijo, en otros dias mas tranquilos.

Pero aquel niño agonizaba, y la vida se desprendia por momentos.

De repente la niña que jugaba, lanzó un grito.

—¡Jesus! dijo Margarita entrando á este tiempo: á esta niña la ha picado un alacrán.

Vazquez se levantó como impulsado por un resorte, y tomó entre sus brazos á su hija, pálida y convulsa.

La madre, llevando al niño moribundo entre sus brazos, llegó allí tambien.



—Pronto, Margarita, pronto por Dios, decia la infeliz: ¿qué le harémos? Estos piquetes son de muerte, yo sé que los niños se mueren.

Margarita salió corriendo.

—Hijita, ¿qué sientes? decia Vazquez acariciandola. ¿Qué te duele?

—Papá, contestó la niña balbutiendo las palabras: se me duerme la lengua.....tengo unos cabellos en la garganta.....y me suben hormigas por el cuerpo.....

—Margarita, ¡por Dios! mi hija se muere.

—Aquí estoy, dijo Margarita entrando; que tome esto, es agua con álcali.

Vazquez llevó el vaso á los lábios de la niña, que se estremecia de repente como tocada por una máquina eléctrica.

—Toma, hija, toma, con esto sanarás.

La niña no contestaba. Vazquez quiso hacerle tomar la medicina, pero sus dientes estaban de tal manera unidos, que era imposible separarlos, y de su hermosa boca se desprendia una baba espesa, fria, glutinosa y trasparente.

La madre sintió estremecerse entre sus brazos al niño á quien por un momento habia olvidado; descubrió su rostro, y.....habia espirado.

Aquella desgraciada lanzó un grito, miró á la niña que se retorcia entre los brazos de su padre, en espantosas convulsiones; y despues de fijar en aquel cuerpo sus ojos desencajados, volvió en derredor el rostro casi sereno, y lanzó una estridente carcajada, cayendo sin conocimiento en los brazos de Margarita .....

.....

Seis horas despues, la niña moria víctima del veneno del alacrán, la madre estaba completamente loca, y el viejo infeliz lloraba sobre los cadáveres de sus dos hijos, alumbrados por un pequeño cabo de vela de cera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué cuadro para los que apellidaban bandidos y sin corazon á aquellas pobres gentes!

¡Qué sacrificios mas dolorosos y mas santos para el altar de la patria!

Eran las cuatro de la tarde.

Jorge, silencioso, contemplaba el dolor mudo y sombrío del desgraciado Vazquez, que en un momento se habia quedado solo en el mundo.

La pobre loca reia estúpidamente, y Margarita á su lado lloraba.

El llanto es la única limosna que pueden dar los pobres á los que son mas desgraciados que ellos.

Se escucharon unos gritos, luego un tiro, y una muger llegó casi ahogandose de fatiga al ranchito.

Margarita, que la vió venir, salió á su encuentro.

—¿Qué hay? le preguntó.

—Señora, los enemigos, los enemigos.

—¿Pero por dónde?

—Aquí no mas vienen subiendo: se han entretenido tomando unos caballos, y Cármen, el negro, les ha hecho fuego; vienen furiosos.

Entre los árboles se divisaban los uniformes azules de la caballeria imperial.

—El enemigo—gritó Margarita—Jorge, Vazquez, el enemigo.

Vazquez, absorto en su dolor, nada escuchaba.

Jorge se paró y le tocó el hombro.

—El enemigo—le dijo—vámonos.

—¿Y esto?—contestó Vazquez, mostrando los cadáveres de sus hijitos—¿Y mi esposa?—Que me maten, ¡soy tan desgraciado!

—¿Y usted cree que le abandonaré? Me quedo: que nos maten á los dos.

Vazquez le miró fijamente.



Váyase usted—le dijo—déjeme: yo nada tengo que perder.

—No me iré—replicó Jorge sentándose á su lado—si usted no se vá.

—Vamos pronto, que vienen cerca—gritó desde afuera Margarita—vamos: yo me llevo á esta señora.

—Pues vamos—dijo de repente Vazquez:—y tomó en sus brazos el cadáver del niño. Jorge hizo lo mismo con el de la niña; y siguiendo á Margarita, que casi á fuerza se llevaba á la pobre madre, se perdieron en el bosque.

Pocos momentos despues los alcanzó el negro Cármen: traia en un hombro su escopeta y en el otro un mosqueton y una cartuchera.

—D. Jorge, mire usted este mosquete y esta cartuchera: se lo quité á uno de esos que vienen: le dí un balazo, y el caballo vino á tirarle junto á mí. ¿Quiere usted armas? y vamos á ver si les hacemos algo.

—Mira cómo voy—contestó Jorge—mostrando el cadáver de la niña que llevaba.

—¡Alabo! y ¡qué malo está eso! ¡pobrecita!.....

—¡Un alacrán!.....

—Jorge—dijo Vazquez—llevaré á mi pobre hija tambien, para que pueda usted ir con Cármen.

—Eso no—replicó Margarita—llevaré la niña yo, que para algo he de servir.

Margarita recibió el cadáver, y Jorge tomó el mosqueton y la cartuchera.

En este momento una columna de humo se alzó sobre los árboles.

—Nos queman nuestra casa—exclamó tristemente Margarita.

—¡Infames!—rujió Vazquez.

—Pronto, pronto, Cármen, vamos—gritó Jorge.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vamos, D. Jorge: no mas sígame usted, y yo le llevaré á donde podamos hacerles algo.

Los dos hombres se precipitaron en direccion del rancho.

Un cuarto de hora despues se escuchó un tiroteo nutrido.

—Se baten—exclamó Vazquez.

—Que Dios los acompañe—dijo Margarita—y sus lábios murmuraban una oracion. La loca reia.

## IV.

### En el campo enemigo.

—Parece—decia el capitan Márquez á varios oficiales que se calentaban al sol en la plaza de Zitácuaro—que los chinacos no volverán á asomar por aquí las narices.

—Asi lo creo, y que perdieron para siempre á su Zitácuaro, contestaba otro.

—Ese Capilla, explorador, que se nos presentó por Cuernavaca—dijo Márquez—regresó hoy de la expedicion que hizo la caballeria, y dice que fueron hasta cerca de los picos de Cucha, y que no hay enemigo.

—Pero trajeron algunos heridos, y dicen tambien que hubo algunas bajas de muertos.

—Bien; pero no fué el enemigo: los soldados se divertian en quemar un rancho que les dijeron que era de una vieja chinaca, y seguramente sus hijos, ó sus parientes, hicieron fuego de entre las peñas, pero se les ahuyentó á poca costa, y eso es todo.

—Pues entonces podemos estár tranquilos y seguros.

—Como en un baul.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En fin Señores, vuelvo dentro de un momento—dijo Márquez retirandose—hasta luego.

—Hasta luego, capitan—contestaron los otros.

—Este capitan—dijo uno de los oficiales, cuando Márquez se hubo alejado—ha perdido la cabeza: está furiosamente apasionado de la chica, sobrina ó hermana del maromero que tomamos de leva cerca de Cuernavaca.

—¿Cuál maromero?

—Diego, el que ahora es sargento de la cuarta.

—El marido de la china.

—Ah, sí, ese tan sério.

—Sí, ese; pero ¡qué buen sargento! escribe y documenta como el mejor.

—¿Con que de esa muchacha que anda siempre con la china y con otra vieja gorda?.....

—De la misma; pero ella no le hace formal.

—Como á nadie.

—Pero es que Márquez ha hecho poderíos: le ha ofrecido dinero, ropa, alhajas; nada: y segun me contó la muger de mi asistente, le ha ofrecido hasta casarse con ella.

Los oficiales se soltaron riendo.

—No, no rian ustedes: es cierto, y ya verán en lo que pára todo esto. Márquez es terco, y por bien ó por mal, se sale con la suya; seguro que ahora la vá á ver, y si no, mírenlo, ya entra en la casa, desde aquí se vé.

En efecto, el capitan Márquez habia entrado en una de aquellas casas abandonadas de la poblacion.

—Pues ahora se aprovecha, porque la muchacha debe estar sola, dijo un oficial: acabo de encontrar á la vieja y á la chinita, que iban rumbo á la Parroquia.

—Entonces el capitan no se duerme.

—Pero calle—exclamó uno—¿no es el sargento Diego el que se dirije hácia ahí?



—El mismo.

—Buena se va á armar, porque el tal sargento es alzado como un demonio, y lleva su bayoneta.

—Pero qué, ¿será capaz?.....

—Toma, y bien; ademas, Márquez no lleva armas.

—¿No lleva?

—No.

—Pues vamos todos; no vaya á haber un lance, y perdemos un buen compañero y un buen sargento.

Los oficiales se dirijieron apresuradamente á la casa donde habian entrado primero Márquez y despues Diego.....

.....

.....

Alejandra, jadeante, con la cabeza erguida, los ojos chispeantes, los dientes apretados, y extraordinariamente dilatados los poros de la nariz, que es la señal de la suprema indignacion entre las mugeres de su raza, estaba apoyada contra una de las paredes de la habitacion; y enfrente, á poca distancia de ella, el capitan Márquez, con una fisonomía inyectada de sangre hasta lo blanco de los ojos, con la cabeza descubierta y el pelo en desórden, parecia querer lanzarse sobre la muchacha; pero la mirada y el ademan altivo de ésta, le contenian.

—Señor capitan—dijo Alejandra—si usted se atreve á tocarme, le mataré, ó me mataré yo misma.

—Alejandra, no me precipites: te amo mas que á mi vida; puedo hacerte feliz, puedo sacarte del estado en que te encuentras: te haré mi muger, me casaré contigo.....

—Retírese usted, retírese usted—repetia Alejandra—si no se vá, doy voces, pido auxilio.....

—Será inútil; sosiégate. Ni Tula, ni Anita, están ahí: las casas contiguas están desiertas; estás sola; ¿lo oyes? sola.....

—Dios me protejerá.

—¡Oh! lo que es ahora no te me escapas: hablas de matarme, y no tienes ni un alfiler.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Veremos—no se acerque usted—no me toque.

—Por última vez: ¿quieres ser mia por tu voluntad?

—Nunca.

—Pues lo serás por fuerza, mal que te pese.

Márquez dió un paso y asió el brazo de Alejandra, que lanzó un grito. Una especie de rujido contestó, y el oficial sintió dos manos de hierro que le tomaban por los hombros, que le arrancaban de aquel lugar, que le arrojaban lejos de allí, rodando entre el polvo.

Se levantó rabioso y buscó su pistola; pero no la llevaba. Enfrente de él, pálido, pero sereno, estaba Diego sirviendo como de muralla á la pobre Alejandra, que temblaba como una gota de rocío en una hoja que mueve el aire.

—¡Miserable! dijo el capitan, ¿te has atrevido á poner las manos en tu superior? puede costarte la vida.

—Como mi superior se atrevió á poner sus manos en una muchacha de mi familia, lo que tambien puede costarle la vida.

—¿Me amenazas?

—No, mi capitan; le advierto á usted.

—Pues mira el caso que hago de tus advertencias, osado, infame.

Y Márquez, con un movimiento rápido, se lanzó sobre Diego, le arrebató la bayoneta que llevaba en el cinturon, y quiso traspasarle con ella; pero el sargento era lijero y fuerte: huyó el cuerpo y asentó un terrible puñetazo al pecho del oficial, que fué á caer de espaldas, arrojando lejos de sí el arma, de la que Diego se apoderó inmediatamente.

En este momento llegaban á la casa los demas oficiales.

Márquez estaba casi privado de sentido.

—Date preso, le dijo un capitan.

—Me doy, contestó Diego.

—Entrega esa arma, dijo otro acercandose.

Diego comprendió que si dejaba la bayoneta, eran capaces de matarle.



—No hay necesidad, contestó: voy á presentarme preso á mi cuartel, de órden de mi capitan, y allí la entregaré.

Los oficiales vacilaron.

—Mi capitan, dijo Diego, dirijiendose al que le habia intimado prision: usted sabe que no soy capaz de faltar.....

—Lo conozco, dijo el capitan: es de fiar: vé á presentarte preso.

Diego salió entre los oficiales, tocandose marcialmente el schacó.

Márquez fué conducido á su alojamiento por sus compañeros, uno de los cuales decia sentenciosamente:

—Era muy natural que este sargento hiciera una de estas cosas: si siempre le he visto mucho de chinaco.

Cuando Tula y Anita llegaron, Alejandra bañada en lágrimas, les contó lo ocurrido.

Una hora despues Diego estaba preso, con centinela de vista, y un capitan, viejo y avinagrado, comenzaba el sumario, "por faltas graves á la subordinacion y disciplina militar"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

### En comision.

MURILLO caminó como sabian caminar los chinacos: de dia y de noche, combatiendo el sueño y el hambre.

Cerca del oscurecer, el primer dia de su salida de Huetamo, quiso dar agua á su atareado caballo.

Estaba en una cañada profunda y sembrada de árboles: el bosque era tan espeso, que solo la angosta vereda que él llevaba, era practicable, y atravesandola un arroyo trasparente y manso que dibujaba al través de sus aguas cristalinas las piedrecillas de mil colores que formaban su lecho, parecia destinado á calmar la sed de los viajeros.

Murillo, con esa calma que adquieren los hombres acostumbrados á viajar mucho á caballo, se apeó, aflojó la silla y la colocó bien en su lugar: esto es lo que ellos llaman "alegrar;" despues quitó el freno al caballo y le acercó al arroyo.

El animal bebia tranquilo, mientras Murillo, formando una especie de taza con una hoja de esas plantas que crecen á las



orillas de los arroyos, y que llaman "lampazo ó caramicua," tomaba tambien agua.

Repentinamente el caballo cesó de beber, alzó pausadamente la cabeza, dejando escurrir el agua que tenia en la boca, echó hácia adelante las orejas, y comenzó á olfatear haciendo un ruido semejante al de un fuelle.

—Vamos, faceto, ¿qué te pasa? dijo Murillo: vamos.

Pero el animal estaba cada momento mas alarmado; hasta que dando un resoplido, arrancó de las manos de su amo el lazo que le contenia, y echó á correr por la vereda.

Murillo oyó crujir los matorrales, y descubrió la cabeza de un leopardo que le miraba fijamente.

La situacion era comprometida. Para caminar con mas descanso, habia colgado el revólver con el cuchillo, de la cabeza de la silla, y el caballo se los habia llevado.

El leopardo seguia mirando sin moverse.

Murillo se agachó, levantó dos piedras, y le lanzó la primera.

Preocupado con el peligro, faltó á Murillo el tino, y la piedra pasó sin tocar á la fiera.

Lanzó la segunda, que cayó cerca de ella; y entonces, moviendo las orejas, y como quien no tiene ganas de emprender cuestîon, el leopardo se metió entre la maleza; y el ruido que se alejaba, indicó al oficial que estaba libre de aquella visita.

Se echó á buscar su caballo: el animal no podia haber seguido mas camino que el de la vereda: el bosque por ambos lados era impenetrable: ¿pero podria llegar á alcanzarlo? Esta era la dificultad.

Habia caminado ya un gran trecho llevando en la mano el freno, cuando allá á lo lejos escuchó un grito agudo y prolongado, que repitieron los ecos de la cañada.

El corazon del oficial palpitó de gozo.

Era un grito conocido, el grito de un amigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En aquellas regiones, en donde es tan fácil perderse, y tan difícil volverse á encontrar los compañeros de viaje ó los que buscan á alguno que vá en marcha; allí donde los árboles, los bejucos y la maleza, ayudados de las sinuosidades del terreno, impiden á dos hombres el verse, aunque estén á pocos pasos de distancia, en donde los caminos son accidentes tan pasajeros en la tierra, que la grama que crece en la primavera basta para hacerlos desaparecer, los hombres necesitan tener un grito como los animales, para llamarse y reconocerse.

Pero como todos los hombres tienen una fisonomía diferente, así allí cada uno tiene su grito particular, que lanza á los aires, y que llevado por los ecos, hace exclamar á los que lo escuchan:

—Ese es fulano.

Y no es tan fácil gritar así; y uno de nuestros elegantes de la ciudad, lo mismo que uno de nuestros mas célebres cantantes, ó uno de los rancheros del bajío ó de tierra adentro, se encontrarian allí con que sus pulmones no podrian arrojar un grito que se oyera ni á doscientos pasos, cuando aquellos se escuchan á distancias fabulosas.

Murillo llevó las manos á la boca, y formando con ella una bocina, contestó al grito, y siguió caminando.

A poco escuchó otro grito mas cerca, y contestó tambien.

Poco á poco los gritos fueron siendo mas cerca, hasta que en un recodo descubrió un hombre que venia con una mula, y traia tambien el caballo fugitivo.

—Mi coronel Alzati, exclamó Murillo.

—Amigo Murillo, contestó el otro inclinandose de la mula para abrazarle: aquí está el caballo, y monte usted.

El oficial puso al caballo el freno que traia en la mano, y montó.

—¿A dónde vá usted, mi coronel?

—A Huetamo, á ver al general.



—Pues no vaya usted, porque viene en marcha para acá con la fuerza; piensa atacar á Zitácuaro, y vengo en comision para que de acuerdo con usted, mande exploradores y disponga lo necesario.

—Entonces me vuelvo á Tusantla con usted; pero lo único que siento, es que mi mula ya no puede: de aquí allá está muy lejos.

—Pues mi caballo tampoco: ha caminado cinco dias, y está mal comido.

—Nos harémos de otros: por este monte hay caballada mansa de los ranchos.

—¿Pero cómo alcanzarlos en éstos que traemos tan cansados?

—Pierda usted cuidado, que ya mañana vamos muy bien montados. Esta noche no podemos seguir adelante: oigo ladrar un perro; cerca debe estar algun rancho: mañana madrugaremos.

Alzati, siempre alegre y siempre fuerte en los trabajos, echó á andar seguido de Murillo y cantando una de esas monótonas canciones de aquellos rumbos.

Yo me llamo Juan García,
Por sobrenombre Becerra,
Y llevo por deresera
El cerro de Apasindan:
Soy alegre, soy galan,
Sé cargar mi larga cuera,
Mi botita rodillera,
Mi calzon blanco de fuera;
Mi china se me enojó
Porque le bordé la anquera.

Alzati era un hombre tan popular como útil en el Ejército del Centro: bajo de cuerpo, delgado, buen ginete, conocedor del terreno como nadie, Alzati era una presea en la guerra de mon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taña. Le bastaba haber pasado una sola vez por un camino, para no olvidarle jamas; nadie como él seguia un rastro, ni podia decir, inclinandose un poco sobre su caballo, con mas seguridad: "por aquí pasó uno á caballo ó en una mula, al paso, al trote ó al galope."

Infatigable y valiente, no tenia precio para las comisiones dificiles ó peligrosas.

Y Alzati no es un personaje de novela: ha muerto pocos dias despues del triunfo de la República.

Los dos viajeros llegaron hasta un rancho: se miraba dentro la luz del fogon; y como era natural, los perros salieron á recibirlos ladrando como unos rabiosos.

—Buenas noches, señora—dijo Alzati.

—Buenas noches—contestaron un hombre y una muger que estaban sentados cerca de la lumbre, cubriendo sus ojos con la mano abierta, para que el resplandor de la hoguera no les impidiese ver á los que llegaban, en la oscuridad.

—¿No nos dá usted licencia para quedarnos aquí esta noche?

—Pasen ustedes, señores.

Los de afuera se apearon, y comenzaron á desensillar sin ceremonias.

Asi se entiende por allí la hospitalidad. Amarraron los caballos con largas reatas, despues de darles agua, y entraron al rancho.

Poco habia que comer, pero de eso poco comieron.

Se tendieron despues en el suelo, y comenzaban á dormirse, cuando los perros empezaron á ladrar y vinieron á refugiarse á la casa: los caballos hicieron ruido.

—¿Qué sucede? dijo Murillo incorporandose.

—No tengan ustedes cuidado, dijo la muger; es el tigre que anda pujando: ya vá el hombre á espantarle.

El hombre salió con un gran palo, seguido de los perros, que se pusieron á ladrar, y volvió á entrar á poco rato.



—¿Qué hubo?

—Ya se fué.

Los perros siguieron ladrando, pero un cuarto de hora despues, todo el mundo dormia; la lumbre del fogon iba espirando.

A media noche los viajeros se levantaron, ensillaron los caballos, y volvieron á emprender su viaje tiritando de frio.

En la tierra caliente en el invierno, á la madrugada, hace un frio horrible.

—¿Vamos á buscar la caballada? dijo Alzati. El hombre de la casa me dijo que duerme en un potrero aquí cerca, arroyo arriba.

—Vamos.

Siguieron algun tiempo el arroyo, hasta llegar á una meseta. Allí entre la oscuridad y á la escasa luz de las estrellas, se advertian unos bultos negros, eran los caballos: cada uno de los dos sacó su reata.

Apenas sintieron los caballos la presencia de los hombres, huyeron como despavoridos; hubiera sido imposible alcanzar uno.

—¿Ya lo vé usted? dijo Murillo, ni esperanza.

—Calma, calma, usted no conoce las costumbres de los animales: estése usted aquí sin moverse.

Murillo obedeció, y Alzati se perdió entre las sombras.

Seis minutos despues los caballos, en fuerza de carrera, volvieron al mismo lugar.

Murillo no se movia por no espantarlos.

El coronel llegó á poco.

—¿Qué hace usted? ¿por qué no toma uno?

—Por no espantarlos otra vez.

—¡Qué! ya no se espantan, mire usted. En efecto, llegó y lazó uno, sin que los demas se asustáran: Murillo hizo lo mismo.

—Los caballos mansos cuando duermen en el campo, dijo Alzati, al ver al hombre se espantan y corren, y van á pararse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á otro lugar cerca; si allí se les asusta, vuelven al primero, y entonces puede uno llegar á ellos con confianza, que no se irán.

—Bueno es saberlo, contestó Murillo.

Los dos ensillaron sus nuevas cabalgaduras, y dejando allí las que llevaban, echaron á trotar alegremente.

## VI.

### El Campamento Republicano.

Los pocos vecinos de la pequeña aldea de Tusantla andaban como agitados é inquietos.

Era que las fuerzas republicanas estaban á cinco leguas, entre el monte, al pié de los picos de Cucha, en el arroyo de los Pintos.

Era necesario que los imperiales no lo supieran, y estaban por el rumbo opuesto á cinco leguas, en la hacienda de la Florida.

Cualquiera indiscrecion podria descubrir ó indicar la presencia de los republicanos, y eran perdidos: el enemigo tenia triple número de hombres, mejor equipados y armados.

Pero el secreto se conservó.

El arroyo de los Pintos se desliza en el interior del bosque: allí no habia habitaciones ni ranchos, ni nada en que tuviera parte el hombre: Dios y la naturaleza.

Allí estaba la pequeña fuerza de los liberales.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La marcha habia sido penosa: muchos soldados habian muerto de hambre y de fatiga; otros, sedientos, se habian arrojado á beber agua fatigados, y habian quedado sin vida al tomar los primeros tragos.

Pero esto era cuestion de cada dia.

Allí se acampó, y allí era preciso permanecer ocultos algunos dias, acechando un momento oportuno para dar una sorpresa á Zitácuaro.

Murillo habia ido disfrazado hasta cerca de la ciudad, con objeto de dar avisos.

La infantería estaba incapaz de caminar, y menos de pelear, y fué preciso enviarla al pueblo de Casácuaro con parte de la caballería.

No quedaron, pues, allí mas que cien dragones de Jalisco, y con esto era necerario emprender y triunfar, para poder así levantar la moral de la tropa, que de dia en dia se iba perdiendo.

Triste situacion.

Alli no habia mas alimento que carne asada, sin pan, sin tortillas, hasta sin sal.

Y sin embargo, todos estaban contentos: era que el fanatismo patriótico, si se puede llamar así al santo amor exajerado de la patria, ardia en el corazon de aquellos pobres soldados.

Cerca del campamento, á la sombra de un árbol, se veian cuatro personas sentadas silenciosamente.

Dos hombres y dos mugeres, algunos trastos de barro y unas piedras cubiertas de ceniza, indicaban que aquellas gentes vivian bajo aquel árbol.

Un oficial se acercó á ellos, y al ver á uno de aquellos hombres, exclamó.

¡Jorge, tú aquí!

—Yo, Carrillito—dijo Jorge sin levantarse—estaba muy aliviado de mi herida, el enemigo llegó al rancho donde me curaba; lo incendió, lo arrasó todo, y hemos tenido que vivir bajo este árbol: la inflamacion vino como un rayo, y apenas puedo moverme.



—¡Pobre Jorge!—dijo Carrillo estrechando su mano,—y luego agregó dirijiéndose á las otras personas: Buenas tardes.

—Buenas tardes—contestaron Margarita y Vazquez; pues el lector supondrá que son ellos.

—A mí no me pican los alacranes—dijo la loca—y se puso á reir.

—No haga usted caso, dijo Vazquez: mi pobre muger tiene trastornado el juicio desde la muerte de mis hijos.

—¿Murieron? preguntó Carrillo que los habia conocido en Zitácuaro.

—Allí los enterré para poderlos mirar desde aquí, dijo Vazquez; y señaló á Carrillo dos pequeños promontorios de tierra regados con flores del monte, entre las cuales estaban plantadas dos cruces hechas con ramas.

—Ahi guardó Vazquez á mis hijitos, para sacarlos cuando vayamos á Toluca, y tengan su ropita nueva, dijo tiernamente la loca: ¡pobres angelitos! mios, tendrán frio.....

No habia uno allí que no llorára oyendo á la pobre madre.

En breves palabras, Carrillo quedó instruido de todo lo acontecido en la familia de Vazquez, y á su turno él le contó el objeto de la expedicion.

En aquellos lugares, entre aquellas gentes identificadas por sus desgracias, por sus intereses y por su patriotismo, la reserva era excusada: jamas ni la indiscrecion ni la mala fé hicieron traicion á los soldados de la República.

—Si usted que conoce tanto estos terrenos y que puede caminar sin infundir sospechas, quisiera ayudarnos.....dijo Carrillo á Margarita.

—En todo, contestó Margarita con entusiasmo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Se atreveria usted á ir á Zitácuaro con pretesto de vender alguna cosa, para darnos noticias mas seguras, ya que Murillo se ha avanzado hasta la hacienda de la Encarnacion?

—Yo iria con gusto; pero esta pobre señora.....

—¡Ah! por eso no tenga usted pena, dijo Vazquez con resignacion: mi pobre muger tiene una demencia tan tranquila...

—Pero dejarlos á ustedes.....

—Vaya usted, Margarita; es un servicio que hace usted á la patria; es un nuevo sufrimiento que yo le ofrezco. Los que combaten con las armas en las manos, dán á la República su sangre; y nosotros, los que no somos soldados, nuestras lágrimas y nuestras penas.

—¡Oh! exclamó Jorge, si todos hubieran hecho lo mismo.

—¿Vamos á ver al general? dijo Carrillo.

—Vamos, contestó Margarita.

Esa misma noche salió Margarita para Zitácuaro.

Un correo de Murillo llegó anunciando que el enemigo no habia sentido el movimiento, y que el coronel Ugalde, con cincuenta caballos, estaba oculto tambien por la Barranca honda, al Oriente de la plaza.

Se dió la órden para salir al dia siguiente á la madrugada, caminar todo el dia, caer en la noche sobre un destacamento de caballería que estaba en la hacienda de la Florida, y amanecer en Zitácuaro.

El movimiento era expuesto: los imperiales tenian triple número de fuerza que los republicanos, tenian infantería que éstos no llevaban, y estaban en posesiones.

Iba á haber un gran triunfo, ó tal vez una vergonzosa derrota.

Todos y cada uno pensaron en esto, y obedecieron, sin embargo, contentos.

Al asomar la luz del dia siguiente, la columna iba ya en marcha para Zitácuaro.

## VII.

### La ejecucion.

MARGARITA entró á Zitácuaro vendiendo unas botellas de vino de peron, que habia comprado en la hacienda de la Encarnacion.

Entró á todos los cuarteles y á las casas de los gefes.

En todas partes no se hablaba mas que de la ejecucion del sargento Diego Alva, que debia ser fusilado á las nueve de la mañana del dia siguiente, por haber tratado de asesinar á un capitan.

Los soldados murmuraban, porque el oficial habia faltado á la casa del sargento.

Los gefes y los oficiales decian que era preciso hacer un ejemplar; y con objeto de que lo presenciara toda la guarnicion, se habia de reconcentrar aquella misma noche, el destacamento que estaba en la Florida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Margarita estaba contenta; todo parecia prepararse á medida del deseo, para el asalto que al dia siguiente iban á intentar los republicanos.

—Es tarde ya, pensó Margarita; buscaré aquí donde quedarme observando en la noche, y á la madrugada saldré al encuentro del general, llevandole noticias frescas.

Se encaminó á una casa en donde vió luz. Llamó, le contestaron y pasó.

Tres mugeres arrodilladas lloraban y rezaban delante de una Dolorosa alumbrada por dos velas de sebo.

Un soldado viejo estaba sentado en un rincon, cubierta la cara con su capote.

—¿Qué queria usted?—dijo la mayor de las tres mugeres.

Margarita, ante aquel cuadro, no sabia qué contestar.

—¿Qué mandaba usted?—volvió á preguntar la muger.

—Señora, dijo Margarita tímidamente—soy de la hacienda de Laureles, se me ha hecho tarde, y venia con intenciones de pedir posada.....pero creo que ustedes no me la podrán dar.....

—En efecto, estamos muy aflijidos: ¿por qué no busca usted otra casa?

—No conozco á nadie—contestó Margarita.

Una idea habia brotado en su cerebro: aquella debia ser la familia del que iban á fusilar. Alli, como en ninguna parte, podia tener noticias de lo que pasaba y estar segura: era preciso quedarse alli.

—Señora—dijo—déme usted amparo esta noche: será una buena obra que Dios le tendrá en cuenta, y quizá les quite ese pesar que las atormenta.

La desgracia hace preocupados á los que la sufren, y en todo ven un anuncio del cielo: todo es para ellos un agüero.

El desgraciado siempre es supersticioso.

Es que entonces la lucha entre el temor y la esperanza, entre la fé y la desesperacion, es espantosa.



Y el temor y la esperanza, y la fé y la desesperacion, sienten en todo un auxiliar ó un enemigo.

Se teme el mal, porque se padece, porque el dia de la desgracia alumbra, y se considera eterno.

Se espera el bien, porque se padece, porque el dia de la desgracia alumbra, y el mal no puede ser eterno.

Lucha de sentimientos que nadie comprende, que nadie explica.

El que sufre, porque no reflexiona; y el que reflexiona, porque no sufre.

Anita oyó las últimas palabras de aquella muger que pedia asilo, como una profecía, como una esperanza, ó como una amenaza.

—Madre, dijo, que éntre esa señora; que se quede aquí: tal vez una buena obra.....

No pudo continuar, los sollozos la ahogaban.

Margarita entró silenciosamente: las tres mugeres siguieron rezando.

Tula volvió una vez la cabeza para ver lo que hacia.

Margarita, arrodillada, rezaba y lloraba tambien.

Entonces sintió un gran consuelo: ¡es tan dulce que álguien llore con nosotros!

Tula, conmovida, se levantó y salió, volviendo á poco, trayendo á Margarita una pobre cena.

—Cene usted, señora.

—No señora: ¿quién piensa en eso, viendo el estado que ustedes guardan?

—Es usted una buena muger, dijo Tula abrazandola.

—Señora, ¿el sargento que ván á fusilar mañana, es pariente de usted?

—Es marido de mi hija, contestó Tula: vea usted á mi marido cómo está.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El pobre payaso, con su uniforme militar y la cara cubierta con el capote, no se movia.

—¿Y no hay esperanza?

—Ninguna: hemos rogado, hemos llorado: casi todo el dia hemos pasado de rodillas delante de los gefes,...y nada.....

—¿Pero por qué es tanto rigor?.....

—Porque dicen que Diego es chinaco.

—¡Cómo! ¿pues no se presentó voluntariamente?

—No señora, le cojieron de leva como á mi marido: ¡oh! y nosotros todos con razon no quisimos nunca al imperio; el corazon nos avisaba.

—¿Pero por qué no se fué con los liberales?

—No hubo nunca ocasion.....

—Tula, dijo el soldado Rito, no seas imprudente.

—¡Imprudente!.....¿y ahora qué perdemos? que nos maten á todos.....

En este momento tocaban á silencio en los cuarteles.

Ese toque grave y melancólico conmueve aun enmedio de la paz, entristece aun enmedio de una diversion.

Es el toque del sueño y del silencio: es decir, de la imágen de la muerte.

Alejandra estaba profundamente silenciosa.

Anita lanzó un gemido.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué pronto se vá la noche! ¿Qué sentirá mi pobre Diego, qué dolor traspasará su alma al pensar que ya no vuelve á ver á su hijo? Hijo mio, exclamó precipitandose á una camita en donde dormia el niño: hijo mio, esta es la última noche que tienes padre; mañana ya serás huérfano.....pero tú no entiendes, no sabes lo que pasa, ángel mio: mañana.....mañana.....

No se atrevió á decir "fusilan á tu padre."

Hay cosas que es peor decirlas, pensarlas, que sufrirlas.



Margarita no pudo contenerse; el corazon la ahogaba, el llanto anudaba su garganta.

—Señora, señora, consuélese usted, dijo al fin con entereza: creo que no sucederá esa desgracia; lo espero.

—¿Pero usted qué sabe? dijo espantada Anita.

—Oigan ustedes lo que voy á contarles: es muy grave, quizá me costaria la vida si se supiera; pero el dolor de ustedes es superior á mi resolucion. ¿Estamos solos?

—Solos, contestó Tula; puede usted hablar.

Todos rodearon á aquella muger; hasta Rito dejó su actitud triste y se acercó á ella.

—¿A qué hora debe ser la ejecucion? preguntó.

—A las nueve.

—Pues bien, no será, porque á la madrugada los liberales deben atacar á Zitácuaro: lo sé, porque vine á explorar.

Como una cortina que se descorre, dejando ver la luz del sol en un recinto sombrío; como una flor que se abre de repente, así cambió la faz de aquella escena.

Rito y las tres mugeres se arrodillaron delante de Margarita, como si ella les trajera la salvacion, y entonces comenzaron á llorar de placer.

Las pisadas de un hombre que se acercaba, resonaron en el silencio que envolvia la ciudad.

Tula atrancó rápidamente la puerta, en el mismo momento en que álguien empujaba para entrar.

—¿Quién es? preguntó Tula con entereza.

—Abra usted: soy el capitan Márquez, contestó una voz.

—Abrir, ¿y para qué? Por desgracia ha entrado usted aquí algunas veces. ¡Cuantos males nos ha causado! pero ahora ni nunca volverá usted á entrar.....

—Abran, que tal vez les tenga cuenta lo que vengo á proponerles.

—¿Abrimos? preguntó Tula vacilando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rito por toda respuesta señaló á Margarita.

—Nunca,contestó Tula.—Señor capitan, ya que nos ha causado usted tantos males, siquiera no venga á insultarnos.

—¿Abren?

—No.

—Ya les pesará.

—No hay tiempo que perder, dijo Margarita cuando el eco de los pasos se perdió completamente: habia yo pensado quedarme aqui esta noche, pero en este momento me marcho. Voy á encontrar á la fuerza que debe estar cerca, y á decirles que se apresuren, que se trata de salvar á un hombre, y verá usted como lo hacen.....

—Yo acompaño á usted, dijo Rito.

—Muy bien, exclamo Tula; disfrazate.

En un momento se despojó Rito del uniforme, se puso un sombrero, se ciñó su bayoneta, y se envolvió en su zarape.

—¿Vamos? dijo.

—Vamos, contestó Margarita: yo conozco las veredas, y nada nos sucederá.

Los dos se escurrieron para la calle, y las tres mugeres volvieron á arrodillarse delante de la Dolorosa.

La noche pasaba, y entonces ya parecía eterna para aquellas mugeres.

Empezó á amanecer, y empezó para ellas el verdadero tormento.

Cada ruido que escuchaban, cada hombre que pasaba por la calle, cada soldado que cruzaba frente á la casa, todo les parecia un anuncio; pero nada.

El sol comenzaba á nacer: ya principiaban á formar los cuerpos en los cuarteles para salir á la ejecucion; ya sonaban los toques.....y nada: ni alarma ni movimiento.....

Empezaron á figurarse que aquella muger las habia engañado, que las habia burlado, que los liberales habian mudado de plan, habian diferido el ataque, habian tenido miedo.....



Comenzaron á culparse de no haber abierto al capitan Márquez.

¿Qué sucederia? No se atrevian á salir, no tenian valor de estar en la casa.

Por fin, la tropa comenzó á salir á la plaza: toda esperanza se habia deshecho; el cuadro estaba ya formado.

Las tres mugeres se abrazaron formando un grupo: era el momento, iban á sacar al reo.

En este instante un ginete á toda rienda penetró en la ciudad gritando: "El enemigo, el enemigo."—La alarma fué espantosa, la confusion aumentó el desórden.

El gefe que mandaba la caballería, formó su cuerpo y se dirijió al encuentro del enemigo.

La infantería se dispuso para pelear. Pero era inútil: el coronel Ugalde, á la cabeza de cincuenta ginetes, se precipitó como un torrente, como un huracan, sobre la caballería imperial, y la dispersó.

La infantería formó en batalla; pero á poco se desbandó tambien.

Y como para quitarles toda esperanza, por el lado opuesto al que trajo Ugalde, los cien dragones de Jalisco, que venian desde Huetamo, se lanzaron al camino para completar la derrota.

Los pueblos que rodean á Zitácuaro, se levantaron como un solo hombre, y formaron instantáneamente como un anillo de hombres, para evitar la fuga de los imperiales vencidos.

Toda la guarnicion cayó prisionera; solo el gefe, que se llamaba el comandante Rivero, con tres ó cuatro oficiales, logró salvarse.

El triunfo habia sido espléndido, y Diego salia de la prision en los brazos de su familia.

Se habia salvado de la muerte: comenzaba á vivir de nuevo desde aquel dia de gloria para Zitácuaro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII.

### Despues del triunfo.

Habia en Zitácuaro una grande animacion.

De todas partes habian ido casi instántaneamente tantas personas, que una inmensa muchedumbre invadia la plaza y las calles, pasando casi indiferente al lado de los cadáveres que habian quedado como la huella del combate.

Los vencidos se habian dispersado buscando la salvacion en la fuga; pero todos, unos en pos de otros, iban cayendo en manos de los indígenas de los pueblos vecinos, que exploraban sin descanso los alrededores, y que durante todo el dia estuvieron entregando prisioneros en Zitácuaro.

La derrota habia sido tan completa, que exceptuando los muertos, las listas de revista de los imperiales podian servir para llamar á los prisioneros.

En los primeros momentos de la accion, Capilla se presentó en las filas republicanas, abandonando su bandera; y á la hora



del triunfo, era naturalmente el que con mas ahinco pedia la muerte y el suplicio para los oficiales prisioneros; pero el desprecio fué lo único que alcanzó.

Diego, rodeado de Tula, de Alejandra, de Anita y del viejo Rito, teniendo á su hijito en los brazos, hablaba con entusiasmo de todo lo que habia ocurrido.

Las mugeres le contemplaban con arrobamiento.

—Lo que mas me atormentaba, decia, no era que yo iba á morir, sino que Anita y este pobre niño se quedaban sin amparo, y que despues de todo, Alejandra se quedaba á merced de ese infame capitan Márquez.....

—¿Y qué habrá sido de él?—dijo Anita.

—Le han de haber matado—contestó Rito.

—Dios le haya perdonado—dijo Tula.

—Dios lo haga—añadió Diego, porque quizá si le encontrára, no podria contenerme, y haria una mala accion.

—¿Pero qué ruido es ese?

En efecto, se oia en la calle un gran rumor: gritos, carreras, golpes.

Diego corrió á la puerta y los demas le siguieron.

Cuatro hombres armados de garrotes conducian prisioneros á dos oficiales, y el sargento Capilla, completamente borracho, los habia detenido, insultando á los prisioneros en union de otros dos ó tres que le acompañaban.

—Ahora sí, traidores, hasta que la pagaron; ahora sí los fusilarán, y si no, yo mismo los despacharé, afrancesados.

—Capilla—dijo uno de los oficiales—hace dos horas que estaba usted con nosotros.

—Calle usted, traidor: estaba, pero ya no estoy.

—Pero Señor, esto es infame—exclamó Diego queriendo lanzarse sobre Capilla—este hombre que esta mañana servia al Imperio, ahora insulta á los prisioneros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Deténte, Diego—dijo Anita—todavía tienes el uniforme de policía, y van á desconocerte, y mas defendiendo así á.....

Habia hablado tan alto Anita, que los prisioneros volvieron el rostro, y Diego y todos los que le acompañaban, exclamaron á un tiempo:

—¡El capitan Márquez!

Márquez se inmutó al reconocer á Diego y á su familia, de una manera espantosa, y se quedó parado.

Entonces uno de los que le conducian, le empujó á tiempo que Capilla daba un paso adelante; los dos chocaron, y el sombrero de Capilla cayó al suelo; el sargento levantó la mano, y descargó sobre la cara del prisionero un bofeton.

La afrenta y el dolor le cegaron, y quiso lanzarse sobre Capilla; pero éste retrocedió dos pasos, y sacando la espada antes que nadie pudiera impedírselo, le hendió el cráneo de un machetazo.

Márquez abrió los brazos, azotó el viento con las manos, y cayó boca abajo.

Esto fué como una señal, porque los otros que acompañaban á Capilla, se apoderaron del otro oficial, y Capilla le atravesó con su espada.

Se formó un tumulto; Diego quiso ocurrir á la defensa de aquellos hombres, pero las mugeres y Rito le abrazaron, metiendole dentro de la casa y cerrando la puerta.

Capilla se complacia en repetir sus golpes sobre aquellos desgraciados, de lo cual como muchas veces sucede, todos estaban horrorizados, pero nadie se atrevia á decirle nada, hasta que hendiendo la multitud, se presentó un oficial.

Era Jorge, que herido y débil, no habia querido quedarse lejos de las fuerzas, y habia venido á tomar parte en el combate.

Uno que corria, le refirió lo ocurrido con Capilla y los prisioneros, y venia creyendo evitar el mal.



La cólera y la indignacion se reflejaban en su rostro.

—¡Infame! gritó, ¿qué significa eso?

—¿Y á usted qué le importa? contestó Capilla.

—¿Porqué has asesinado á esos hombres?

—Por traidores, y por esò le vá á pasar á usted lo mismo; y se arrojó sobre Jorge con la espada levantada.

Jorge le vió venir con serenidad, tendió su pistola é hizo fuego.

El asesino dió un grito, y cayó rodando sobre la sangre de sus víctimas.

—¡Que viva! gritaron todos.

—Y ahora esos otros dos, dijo señalando á los compañeros de Capilla, que vayan presos: el general sabrá lo que hace con ellos.

Jorge se perdió entre la multitud, y no quedaron allí mas que algunos curiosos, y los que estaban encargados de recojer los cadáveres.

—Te buscaba, dijo Murillo deteniendo á Jorge.

—¿Qué quieres?

—En este momento salimos.

—¿Todos?

—No, tú y yo.

—¿Y para dónde?

—Para México: llevo cartas é instrucciones del general, para trabajar en la ciudad, con el fin de salvar al coronel Romero.

—¿Pero yo qué?.....

—El general dispone que te vayas conmigo para que te cures en México, porque aquí ni hay médicos, ni medicinas, ni nada; y ademas, ya dicen que viene sobre nosotros una columna francesa; y como este es negocio de nunca acabar, ahora que triufamos, es cuando la persecucion vá á ser mas terrible..... Con que á ensillar. Debemos salir luego, antes que la noti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia de lo que ha pasado aquí llegue á Toluca, y se establezca la vigilancia en los caminos.

—Siquiera me despediré de Margarita: la debo mucho.....

—Es inútil: marcha tambien mañana para México: se ha comprometido á sacarnos de allí cápsules que voy á comprar; pero como por ahora no corre el riesgo que nosotros, no necesita precipitar su marcha.

—Pues vámonos.

El caballo de Jorge estaba listo: se quitó la blusa, dejó sus armas, y trasformado en un ranchero, salió de Zitácuaro, siguiendo á Murillo.

Alejandra estaba casualmente parada en la ventana de su casa, cuando los dos viajeros pasaron al galope y sin ver á Alejandra: conoció á Jorge; la emocion le impidió por el momento hacer ninguna demostracion, pero despues se puso á gritar:

—Jorge, Jorge.....

Apenas entre el ruido de los caballos Jorge oyó los gritos y quiso detenerse.

—¿Qué es eso? dijo Murillo.

—Oí que me gritaban.....

—Deja, si vas á hacer caso.....

—Pero es que me pareció voz de muger.

—¿Y qué, conoces á alguna?

—No.

—Seria un muchacho.

—Puede ser.

Y siguieron al galope el camino.

—¿Qué te pasa?—dijo Anita llegando á la ventana.

—Ay, Anita, que he visto á Jorge.

—¡Cuánto me alegro! ¿te habló?

—No me ha visto, aunque le grité.

—Bien; pero si está aquí, pronto le encontraremos.



Alejandra no cabia en sí de gozo; esa misma tarde esperaba abrazar á Jorge.

Al otro dia por la mañana, Alejandra, Anita y Tula, salian para Tacámbaro, siguiendo á Diego que se habia dado de alta en un escuadron de las fuerzas republicanas.

Margarita, que habia estado bajo el mismo techo que su hija, y á su lado, sin conocerla, se despedia de ellas en la plaza de Zitácuaro, prefiriendo en sus caricias á Anita, con quien la unia el vínculo de un gran beneficio.

Para Alejandra tuvo solo un saludo de simple conocida.

Solo en las novelas antiguas la sangre hablaba y descubria secretos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

### Algo de historia.

EL triunfo de Zitácuaro habia sido brillante; pero en aquellos dias un triunfo era casi una ilusion: ningun resultado definitivo se obtenia, y solo se aventajaba levantar el ánimo de los soldados, hacerse de algunos elementos de guerra y dar señales de vida, para que el Imperio no se creyese ya completamente establecido. Estos combates, estériles generalmente en sus resultados, eran la protesta de la nacion contra el proyecto de esclavizarla; eran la honra de México, que no sucumbia sin combatir; eran la prueba de su desgracia, pero no de su degradacion.

Cuando un pueblo que lucha por su Independencia, no se acobarda ni cede, viendo sus ejércitos derrotados, sus principales caudillos muertos ó prisioneros, sus elementos de guerra destruidos; cuando la pérdida de sus grandes ciudades no le



desalienta, y sigue luchando, y encuentra gefes, y caudillos, y generales, en todos los que siguen con lealtad y constancia sus banderas, entonces este pueblo saldrá victorioso, aunque esté oprimido y vencido; será libre, aunque esté esclavizado; llegará á sentarse en el Tabor, aunque sangrado y adolorido, sienta prolongarse por muchos dias su Calvario.

Las naciones, como Jesucristo, tienen su Tabor y su Calvario.

Solo que el Hombre Dios pasó primero por la transfiguracion y despues por la Cruz, y en las naciones casi siempre es lo contrario.

Porque las naciones se componen de hombres.

Y es necesario el espíritu de un Dios para soportar un Calvario despues de pisar el Tabor.

La fortuna habia tenido una sonrisa para México. Casi en los mismos dias en que pasaban los acontecimientos que hemos referido, el general Salazar volvia de su expedicion por el Sur de Jalisco, y llegaba al pueblo de los Reyes, al Oeste de Michoacan: allí una columna mixta de imperiales y franceses le sorprende en los momentos en que su caballeria estaba á mas de tres leguas de distancia; los asaltantes llegan hasta la plaza: Cárlos Salazar, enmedio de sus soldados, con su elevada talla, su voz de trueno, y su energía casi salvaje, se arroja sobre el enemigo, le arrolla, le vence, coje prisionero al gefe, y consigue, aunque por pocos dias, verse libre de toda persecucion.

El general Pueblita atraviesa rápidamente las líneas enemigas, y se arroja sobre la guarnicion de Quiroga, ciudad que dista diez leguas de Morelia: un dia se resisten los defensores de la plaza; pero en la noche salen de allí furtivamente, y Pueblita entra vencedor.

Pero todos comprendian la necesidad de reunirse y buscar una organizacion y un plan general de operaciones, para de es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta manera poder obrar todos en acuerdo, siguiendo las inspiraciones de una sola cabeza, de una sola inteligencia: y es admirable como todos los gefes, como por una inspiracion, concibieron el mismo pensamiento, y resolvieron, sin ponerse de acuerdo, sin haber mediado entre ellos ni una carta, ni un simple recado, dirijirse á Tacámbaro, como lugar de reunion.

Los franceses que guarnecian esta plaza, la desocuparon al tener noticia de los movimientos de las fuerzas republicanas, y ocho dias despues de la toma de Zitácuaro, todos los gefes y todas las fuerzas que componian el ejército republicano, estaban en Tacámbaro recibiendo una organizacion y un plan de campaña, que apesar de las diversas peripecias y de los grandes golpes que tuvo que sufrir el ejército, debió subsistir con pocas diferencias, hasta el completo triunfo de la República.

Providenciales ciertamente fueron estos hechos que dieron vigor y esperanza á un ejército que estaba á punto de sucumbir.

# LIBRO QUINTO.

## EN MEXICO.

### I.

### México.

Allí está México.....Dejad que hable mi corazon.

¡México! El ensueño, la ilusion, la esperanza de los pobres chinacos, que sin pan y sin abrigo, vagaban en los bosques, perseguidos y despreciados, delirando con la idea de plantar su estandarte sobre los palacios de Moctezuma y de Cortés.

Alli está México.

¡Cuánto hechizo encierra ese nombre para el proscrito, que antes que sentir en su frente la sombra del pabellon invasor, prefiere comer el amargo pan de la miseria, y ser extranjero donde debe serlo!

Alli está México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta manera poder obrar todos en acuerdo, siguiendo las inspiraciones de una sola cabeza, de una sola inteligencia: y es admirable como todos los gefes, como por una inspiracion, concibieron el mismo pensamiento, y resolvieron, sin ponerse de acuerdo, sin haber mediado entre ellos ni una carta, ni un simple recado, dirijirse á Tacámbaro, como lugar de reunion.

Los franceses que guarnecian esta plaza, la desocuparon al tener noticia de los movimientos de las fuerzas republicanas, y ocho dias despues de la toma de Zitácuaro, todos los gefes y todas las fuerzas que componian el ejército republicano, estaban en Tacámbaro recibiendo una organizacion y un plan de campaña, que apesar de las diversas peripecias y de los grandes golpes que tuvo que sufrir el ejército, debió subsistir con pocas diferencias, hasta el completo triunfo de la República.

Providenciales ciertamente fueron estos hechos que dieron vigor y esperanza á un ejército que estaba á punto de sucumbir.

# LIBRO QUINTO.

## EN MEXICO.

### I.

### México.

Allí está México.....Dejad que hable mi corazon.

¡México! El ensueño, la ilusion, la esperanza de los pobres chinacos, que sin pan y sin abrigo, vagaban en los bosques, perseguidos y despreciados, delirando con la idea de plantar su estandarte sobre los palacios de Moctezuma y de Cortés.

Alli está México.

¡Cuánto hechizo encierra ese nombre para el proscrito, que antes que sentir en su frente la sombra del pabellon invasor, prefiere comer el amargo pan de la miseria, y ser extranjero donde debe serlo!

Alli está México.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alli están esos séres queridos que lloran en la soledad la dura ausencia del hijo, del padre, del esposo; de allí salen entre el misterio y el peligro, esas cartas, frágiles hojas de papel, que llevan á los soldados del pueblo, palabras de consuelo para el dolor, frases de entusiasmo para el combate, alientos de constancia para el sufrimiento.

Pliegos que abre el soldado, trémulo por la emocion, entre el temor y la esperanza; cartas en que adivina cada dia menos firme el pulso del anciano padre que vacila como un tronco carcomido sin el arrimo de su hijo, y mas segura la mano del niño que crece como un rosal abandonado sin la bienhechora sombra del padre.

Alli está México.

En medio de sus sombrías arboledas, se asoman sus casas, y sus Iglesias, y sus palacios, blancos y brillantes, como una bandada de cisnes que se mira en el cristal de un lago, á la sombra de las juncias y las espadañas.

Azules sus aguas como su cielo, el alma duda si es el cielo el que se retrata en el lago, ó es el lago el que se refleja en el espacio.

México, hermosa sultana, tres veces cautiva y tres veces libre, ha sentido hasta el fondo de su corazon, el lúgubre sonido del asta-bandera de sus enemigos al clavarse en su suelo; y cantando al son de sus cadenas, ha vuelto sus ojos velados por el llanto, para buscar entre las selvas esa chispa, que convertida en un incendio, alumbrára la última noche de su martirio, extinguiendose ante la blanca aurora de la paz y de la libertad.

El humo de los cañones nubla el horizonte; los gritos del combate llegan entre los gemidos del viento; los patíbulos proyectan en las calles y las plazas sus sombras fatídicas á la rojiza luz del sol de la esclavitud, que se opaca entre los vapores de la sangre.



Pero México esperó, porque México ha nacido al calor de una águila y enmedio de una roca aislada entre las aguas, y se ha estendido de dia en dia, sembrando gigantes edificios, en donde antes apenas podria sostenerse la flotante linfa.

Y México esperó y venció, y la mancha que el aliento de los invasores arrojó sobre el paves brillante de sus armas, se disipó lijera al impulso del viento agitado por las álas del águila triunfante.

México es el pais de los buenos corazones: los grandes malvados son aquí un fruto que solo se conoce en las novelas ó en las leyendas.

El tipo de D. Celso, tal como le hemos descrito, tiene quizá un colorido que parecerá exagerado, y que solo podrá pasar como un personaje de novela.

La familia, y sobre todo la muger, son en México modelos verdaderamente evangélicos y tiernos.

Cada hogar es un idilio.

Un crímen cualquiera, por poco notables que sean los accidentes que le caractericen, conmueve á esta sociedad.

Apenas el poeta, registrando mil anales domésticos, encontraria materia para escribir un drama.

Meditandolo bien, se siente orgullo en pertenecer á un pueblo en que la caridad no es una planta exótica, y en que la igualdad, la libertad y la fraternidad, apesar de nuestras constantes luchas, no son una quimera.

Nuestras guerras han sido la operacion dolorosa y sangrienta del cirujano que corta el miembro gangrenado por amor al enfermo, y no la herida del asesino que busca el exterminio de su víctima.

Europa nos condena sin comprendernos.

América nos comprende sin condenarnos.

Dios, la historia y el porvenir, nos darán el triunfo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

### La familia Murillo.

DON Bartolo del Murillo era un español, viejo, rico y honrado, que vivia tranquilamente en México desde el año del Señor de 1825, y ocupaba una magnífica habitacion en la calle de Cadena.

La familia de D. Bartolo se componia de su muger Doña Guadalupe, mexicana, criada con las costumbres de los tiempos coloniales, que no abandonaba nunca; de su hijo mayor Eduardo Murillo, á quien hemos visto pasando trabajos por Zitácuaro; y de una preciosa muchacha llamada Elena, que era la joya y la adoracion de la familia.

La casa de Murillo presentaba, pues, por razon de los personajes, una graciosa mezcla de tipos, de costumbres y de gustos, que se hacia notar desde el trage de los criados hasta las alhajas de las señoras.

Todo aquello en que Eduardo ó su hermanita habian podido influir, tenia el carácter de la moderna civilizacion, y todo lo



que era á gusto de los honrados viejos, llevaba el sello de las modas de los dichosos tiempos de Apodaca y O'Donojú.

La damita de honor, permítasenos dar este nombre á la criada de confianza de Elena, tenia chaqueta zuava, y castaña y botines, y casi casi se advertia cola en su vestido.

El ama de llaves de la Señora Doña Guadalupe, usaba armador y enaguas negras redondas y altas, y babuchas, y molote, y peinetas de carey, y delantal azul con bolsas, y llevaba á la cintura, como distintivo de su oficio, un gran manojo de llaves.

El lacayo, que se colocó por influjo de Eduardo, se abria raya en el pelo, y traia chaleco, y corbata, y sombrero bordado con toquilla, y zapatos que rechinaban al andar, y hasta anillo: y el cochero, antiguo criado de D. Bartolo, ni usaba corbata, ni chaleco, ni se abria raya en el pelo, y usaba pantalon azul de piel de tusa, chaqueta de bayeton del mismo color, y sombrero forrado de hule verde, con la falda angosta y la copa alta, salvo en los dias en que los "niños," como él decia á los hijos de su patron, le obligaban, mal de su grado, á plantarse la librea.

Los muebles de la casa iban tambien asi asi.

Si por un lado se veía un elegante reclinatorio con un cojin de terciopelo, que servia á Elena para rezar, por otro se presentaba un baldoquin de damasco encarnado, con un cuadro de la vírgen de Guadalupe, y en el suelo, delante de él, un petatito de Puebla, en donde la madre se arodillaba para hacer oracion.

Los viejos muebles de la sala fueron arrinconados, pero no proscritos; y como la moda es tan caprichosa, las restauraciones se pusieron á la órden del dia, y aquellos muebles se vengaron del abandono, volviendo á presentarse en escena mas orgullosos que antes.

Asi vá el mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre nosotros, ni en moda, ni en política, puede nadie decir de nadie, ni de nada, que ha terminado definitivamente su carrera.

Pero entremos á ver á la familia.

En una asistencia pequeña, alumbrada por una bujia de esperma, y amueblada con sillones y sillas de caoba tapizadas de cerda negra, conversaban tranquilamente D. Bartolo y Doña Guadalupe, mientras Elena dormitaba en un sillon.

Son ya las diez, decia D. Bartolo: me parece que puedes decir que nos sirvan la cena, para que nos vayamos á la cama.

—Otro dia que se ha pasado sin que tengamos noticia de Eduardo; estoy con mucho sobresalto.

—Dios le cuidará.....

—Algunas veces me pesa de haberle dejado ir.....

—No era posible detenerle: su obligacion como mexicano le llama alli, y debe cumplir con sus deberes.

—Con razon nunca me ha gustado que se meta en política.....

—Esto no es meterse en política, señora: yo no le habria nunca aconsejado que tomara las armas, porque al fin soy su padre, y siempre habria querido verle á mi lado; pero me siento orgulloso al ver que ha comprendido su obligacion: yo en mi país y en su caso, habria hecho lo mismo. Dios no permitirá que le suceda una desgracia; pero si asi no fuese, me quedaria el consuelo de que habia cumplido con su obligacion. Con que no llores, y despierta á Elenita y pide la cena.

Dos fuertes golpes dados en el aldabon de bronce, sonaron en el zaguan.

—Tocan—dijo D. Bartolo.

—¿Visitas á esta hora?—dijo Elena despertando.

Se oyó el ruido de la cadena del zaguan, que se desprendia; rechinaron los goznes, sonó la puerta al volverse á cerrar, y los pasos de dos hombres se escucharon en el patio.



Doña Guadalupe alzó la cortinilla del balcon para ver quiénes eran.

Dos hombres pasaban bajo la luz del farol, y uno de ellos alzó la cara.

—¡Mi hijo!—gritó Doña Guadalupe, lanzandose al corredor.

—¡Eduardo!—gritó Elena siguiendola.

¡Dios mio, Dios mio!—dijo el viejo—que no venga indultado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III.

### El hogar paterno.

La Señora Murillo cayó casi desmayada de emocion en los brazos de su hijo: besos, lágrimas, suspiros y ni una palabra. D. Bartolo y Elena por un lado, y Jorge por otro, contemplaban tambien llorando aquella escena.

Por fin el hijo se desprendió de la madre para caer en los brazos de su padre y de la hermana; y asi enlazados, los tres penetraron á la asistencia seguidos de Doña Guadalupe y de Jorge, en quien apenas habian reparado.

Todos los criados, atraidos por la novedad, se agrupaban en las puertas, y el ama de llaves, mas atrevida, vino á abrazar á Eduardo llorando tambien, y todos los demas la imitaron.

Para todos en la casa, el niño, como le decian á Eduardo, volvia de un viaje á los Estados-Unidos: solo la familia estaba en el secreto.



—Padre—dijo Eduardo cuando todos los criados salieron—le presento á usted á mi amigo Jorge: él ha sido para mí un hermano, un compañero inseparable: mamá, véale usted; háblale, Elena: él las conoce á ustedes, porque siempre le hablaba yo de ustedes, ¡es tan bueno!

D. Bartolo estrechó cariñosamente la mano de Jorge; Doña Guadalupe hizo lo mismo, y Elena alargó tímidamente la suya.

—Viene muy enfermo—agregó Murillo.

¡Cómo! ¿Pues qué tiene usted? preguntó precipitadamente Doña Guadalupe.

—Es cualquier cosa—respondió Jorge, desplegando sus lábios por la primera vez.

—Sí, cualquier cosa—dijo Murillo—no le crea usted, mamá: tiene un sablazo en la cabeza, que casi le dividió el cráneo.

—¡Jesus!—exclamó Elena palideciendo.

—¡Ave Maria!—dijo Doña Guadalupe. ¿Pero cómo no nos avisaste luego, Eduardo?—Siéntese usted, señor: ahora mismo enviarémos por un médico.

—No tenga usted cuidado, señora—contestó Jorge—le he recibido hace mucho tiempo, y casi estoy sano.

—Como que yo le hice la primera curacion—dijo Eduardo.

—Asi saldria ella—agregó D. Bartolo.

—Pero nosotros tenemos hambre: ¿es verdad, Jorge?

Jorge no contestó.

—Hija, que pongan la cena—dijo D. Bartolo.

—Ya está; vamos.

—Pues vamos.

Y Eduardo, como un niño, se dirijió al comedor, colgado casi del cuello de Doña Guadalupe.

—Vamos, señor—dijo á Jorge D. Bartolo.

—Cuando usted lo disponga.

Y los dos, precedidos por Elena, siguieron á la madre y al hijo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La cena fué quizá de las mas alegres de aquella familia.

Los criados servian con una diligencia inusitada.

Jorge comenzaba á tener confianza, y tomaba parte activa en la conversacion.

Entretanto el ama de llaves iba de aquí para allá, preparando las camas de los huéspedes.

Terminó, y fué á dar parte en voz baja á Doña Guadalupe.

—Señora, he puesto dos camas en la recámara de allá arriba.

—¿Hay aguamanil y todo lo necesario?

—Sí señora.

—Pues ponga usted ya la luz, porque deben venir cansados y querrán acostarse.

—Jorge en mi misma pieza—dijo Eduardo adivinando de lo que se trataba.

—Asi está—contestó la madre.

Apesar de todo, la sobremesa se prolongó demasiado, ya hablando de negocios de familia, ya de los conocidos de la casa, ya de la herida de Jorge.

Llegó el momento de separarse, y se convino en que debia ir un médico al dia siguiente, para comenzar la curacion, y que se diria que los dos jóvenes, regresando de los Estados-Unidos por el rumbo de Acapulco, habian sido asaltados por unos ladrones que habian herido á Jorge.

Ademas, temprano los sastres se pondrian en campaña para vestir á los recien llegados.

Eduardo besó la mano de su padre, y la frente de su mamá y de su hermana, y se retiró á su habitacion conduciendo á Jorge.

En esta noche Murillo no olvidó que era el enfermero de su amigo: le ayudó á desnudarse, y luego que le vió ya acostado, se sentó en la orilla de la cama.



—¡Qué diferencia entre esta noche y las que hemos pasado y volverémos á pasar en la campaña!—dijo Murillo.

—Parece un sueño—contestó Jorge—Increible se me figura que hace tan poco tiempo hayamos estado tan lejos de aqui y en una situacion tan espantosa.

—¿Te acuerdas de la noche de la cañada de Papasindan?

—¿Y de nuestro camino hasta los picos de Cucha?

—¿Y del negro Cármen que nos salvó?

—¿Y de la buena Margarita?

—Parece imposible que estemos aquí, enmedio del Imperio, recordando esas cosas.....

Dos golpes se oyeron en la puerta.

—Adentro—dijo Eduardo.

—¿Aun no se duerme aquí?.....dijo D. Bartolo entrando.

—No señor, contestaron los dos jóvenes.

—Recordábamos, padre, nuestros trabajos.....

—A propósito de eso vengo—interrumpió D. Bartolo algo embarazado—Quiero preguntarte si vienes ya á vivir á tu casa tranquilamente.

Murillo se puso encendido de vergüenza.

—Padre mio—contestó humildemente—¿usted puede creer que un hijo suyo abandone sus banderas?.....

No pudo concluir: los brazos del honrado viejo estrechaban su cuello.

—Bien, bien—decia enternecido—ya me lo esperaba yo, ya me lo esperaba..... fui un tonto al pensar.....

—Padre, vengo á una comision importante: el general.....

—Nada me digas, guarda tu secreto: son cosas del servicio, y tú eres ya un hombre, un soldado. No queria yo saber mas: hasta mañana, hasta mañana: que Dios te haga feliz.

Y el viejo salió precipitadamente, ocultando una lágrima que rodaba por su rostro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Qué bueno es mi padre!—dijo Eduardo—metiendose en la cama.....¡Oh! ¡y qué noche vamos á pasar tan tranquila! Sin alarmas, sin gefe de dia.....¡Pobres de nuestros compañeros! ¿Qué estarán haciendo? Hasta mañana, Jorge.

—Hasta mañana.

Un momento despues los dos dormian soñando en sus amigos.

Por supuesto, que muy entrado ya el dia siguiente, todavia se prolongaba aquel sueño.

Pero á las doce los dos amigos bajaron al comedor completamente trasformados: no eran ya los chinacos que conocimos de blusa encarnada y pantaloneras grises.

Elegantes trages habian sustituido á sus pobres ropas de camino, y cada uno de ellos era un guapo mozo.

Jorge habia sufrido su primera curacion de mano de un médico, y no llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo: su pelo rizado y sedoso cubria la herida, y su rostro pálido hacia resaltar sus negros y brillantes ojos, y su atusado bigote habia tomado una elegante curva: aquella fisonomía era lo que verdaderamente se llama interesante.

La familia de Eduardo, que le habia visto en la noche, y con el trage de campaña, esperaba al verle salir, sentir esa especie de disgusto que nos causa contemplar á un buen amigo, á un hombre honrado, con un trage que le hace ridículo; pero al llegar al comedor en donde estaban los dos jóvenes, casi le desconocieron.

Jorge habia hecho sus estudios en un colegio de los Estados-Unidos, y tenia esas maneras corteses y despejadas, tan naturales en los hombres que han viajado por diversos países.

A Elena le pareció tan bien, que no pudo quitarle la vista en toda la comida; y casi se arrepintió de no haberle hecho caso la víspera.

—Es un hombre de sociedad tu amigo—dijo á Eduardo.

—Vaya si lo es; y tan instruido como valiente.



—¿Es mexicano?

—Mexicano; pero anda como yo en campaña, sin ser soldado: solo por amor á la patria.

Jorge no advirtió que Elena le miraba, ni que hablaba de él: estaba distraido.

—¡Qué simpáticó! pensó Elena; y luego dijo á su hermano: tu amigo parece triste.

—Sí: está enamorado.

—No pensaré mas en él, pensó Elena; y ya no le vió.

Jorge tampoco observó que ya no le miraba.

Acabó la comida, y los dos amigos salieron á la calle.

Elena los vió por el balcon.

—Está enamorado, se dijo: ya no pensaré en él.

Y sin embargo, pensaba.

La pobre niña comenzaba á enfermar.

La desgracia, el valor y el talento, son tres cualidades que cautivan á una muger de corazon.

Elena era una muger de corazon.

Jorge tenia talento y valor, y era desgraciado.

¡Pobre Elena!

Jorge soñaba aun en Alejandra.

¡Pobre Alejandra!

Elena pensaba ya en Jorge.

¡Qué alma de mugeres tan semejante, qué suerte tan diversa!

La una envuelta en seda y encajes, tenia, á su pesar, á Jorge como una esperanza.

La otra, pobre, caminando á pié por el Sur de Michoacan, llevaba por único consuelo, el pensamiento de Jorge como un recuerdo.

¿Jorge podria llamarse un hombre afortunado?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las fuerzas iguales y contrarias se destruyen.

Lo mismo puede decirse en amores.

Cualquiera de estos dos amores podia hacer la felicidad de Jorge.

Los dos labrarian su desgracia.

## IV.

### Don Juan de Caralmuro.

MURILLO y Jorge se dirijieron audazmente y con ese valor que dan la juventud y la conciencia de una buena causa, por las calles principales, hasta llegar á la primera de San Francisco.

Algunas veces encontraban soldados y oficiales franceses ó imperialistas, y al principio sentian una extraña mezcla de indignacion y temor, pero nada podian alli contra ellos, y esto templaba su cólera; y ellos estaban tan cambiados que no podian ser reconocidos, y esto disipaba su temor.

Llegaron por fin á la calle de San Francisco, y Murillo entró resueltamente en una hermosa casa, que casi tenia la apariencia de un palacio.

Una elegantísima berlina con dos magníficos caballos prietos, ricamente enjaezados, estaba al pié de la escalera; varios laca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yos con severas libreas azules, cruzaban por el patio, y al derredor de él, atados en las argollas que pendian de las paredes, se veian soberbios caballos de tiro y de silla.

Eduardo se dirijió al viejo portero, que sentado al sol en una especie de silla sin respaldo, leia un periódico con el auxilio de unos lentes redondos, montados en hoja-de-lata, y que cabalgaban sobre sus narices, comprimiendolas hasta volver gangoso al individuo.

—¿Vive aquí el Sr. D. Juan de Caralmuro?

—Sí señor, dijo el portero sin dignarse apartar la vista de su periódico.

—¿Estará en casa?

—Suba usted.

Esta no es una respuesta, pero asi dicen los porteros, para evitar el que á su contestacion afirmativa, siga la pregunta que ellos suponen casi segura: ¿podré hablarle?

Los porteros de las casas opulentas economizan palabras y cumplidos.

Son como los buldogs, capaces de desconocer á su mismo amo, si le ven con un traje distinto.

Eduardo y Jorge conocian que aquel permiso del portero era el todo.

Hay en todas las plazas fuertes un punto del que se dice: "tomado tal punto, está tomada la plaza."

En las casas de los grandes, ó en los ministerios, tomado el portero, está tomada la casa; el portero da el exequatur.

Los dos amigos comenzaron á subir lentamente la escalera, y el viejo portero, sin dejar por supuesto su lectura, alargó con negligencia la mano, y tiró del cordon de una campanilla, que produjo un lijero repique: aquel repique anunciaba las visitas, y marcaba el "hasta aquí" de la responsabilidad porteril.

Un criado salió al corredor, y se acercó sin hablar.



—¿El Sr. Caralmuro? dijo Murillo.

—Pasen ustedes á la sala, voy á avisarle.

—Eduardo Murillo, dijo Eduardo; y siguió por el corredor y entró en la sala con su amigo.

Todo en aquella casa anunciaba no solo la opulencia, sino el gusto y la elegancia: magníficos muebles, ricas alfombras, colgaduras y tapices de seda; mármoles, bronces, espejos, pinturas; candelabros y adornos caprichosos y de esquisito trabajo; todo esto combinado de la manera mas artística y graciosa.

Y sin embargo, se notaba que en aquella casa faltaba la vida: no se escuchaba mas ruido que el de los caballos que piafaban en el patio, y el que hacian abajo los criados hablando ó silbando alguna cancion popular.

—Aqui no debe haber señoras, dijo Jorge.

—En efecto, contestó Murillo: Caralmuro no tiene familia, y le sirven solo criados varones. ¿Pero en qué lo conoces?

—¡Vaya! en mil cosas: en primer lugar nota que habiendo aquí tanto lujo, no hay un piano; tampoco hemos visto en el corredor pájaros de ninguna especie; las macetas míralas tan severamente arregladas, que denuncian la mano de un jardinero, y no la direccion de una señora: ademas, nota en el mármol de las mesas y en el dorado de esos marcos, polvo; y las señoras no se llevan con el polvo, mientras los hombres, por muy delicados que sean en el aseo de sus casas, hacen de esto poco aprecio.

—Tienes razon.

Una de las puertas se abrió sin hacer el menor ruido, y el dueño de la casa se presentó: los dos amigos se pusieron en pié, y Eduardo se adelantó á saludarle.

D. Juan de Caralmuro era un hombre como de cincuenta años de edad, aunque sus cabellos estaban casi blancos, trigueño, con una hermosa y despejada frente, completamente rasurado: tenia una blanquísima dentadura que mostraba amenudo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su benévola sonrisa, y alumbraban su rostro dos ojos grandes, negros y penetrantes.

—¡Eduardito! dijo abrazando cariñosamente á Murillo: ¡cuánto gusto tengo de verle! ¿Cómo ha ido de trabajos? ¿cómo ha encontrado usted á su padre y á la familia?

—Muy bien, señor, muchas gracias, contestó Eduardo: tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo Jorge Ruiz.

—Servidor de usted, dijo Jorge.

—Mucho gusto tengo en conocerle, contestó Caralmuro estrechando la mano de Jorge; ya los esperaba yo.

—¿Nos esperaba usted? exclamó Murillo.

—Sí, anoche recibí un papelito del general, en que me anunciaba á ustedes y me avisaba la toma de Zitácuaro.

—¿Pero cómo tan pronto, si nosotros no hemos perdido ni un dia? ¿por qué conducto?.....

—Deje usted, que esos son secretos de su general, dijo graciosamente Caralmuro: ya sé cual es el objeto de ustedes al venir á México, y hablarémos algo hoy, porque un amigo me espera en el comedor.

—Entonces volverémos á otra hora, dijo Murillo.

—No hay necesidad: aprovecharémos el tiempo: en primer lugar, tengo órden de proporcionar á D. Jorge lo que necesite para su curacion, y él podrá decirme.....

—Señor, interrumpió Murillo, Jorge viene conmigo, y en mi casa tendrá cuanto necesite: nosotros conocemos la escasez de fondos de nuestro ejército, y no le gravarémos, porque no es necesario.

—Dice muy bien Eduardo, señor, y yo tendria remordimiento si tomara algo para mí cuando nuestros soldados están tan infelices.

—Muy bien, jóvenes, muy bien: con patriotas como ustedes, es preciso que triunfe una causa tan santa..... Vamos á otra cosa: he mandado buscar ya los cápsules, y dentro de dos



ó tres semanas podremos remitir con la señora que viene para llevarlos, una gran cantidad. ¿Usted ha de ver á esa señora?

—Tan pronto como llegue.

—Bien; usted me tendrá al tanto: ahora á lo que importa mas: ¿ha pensado usted algo respecto de Romero?

—No señor, acabo de llegar, y no sé qué habrá.

—Su causa vá muy mal; hay gran empeño por fusilarle de parte de los franceses, y tanto, que creo que por ese lado toda esperanza está perdida: no nos queda mas recurso que trabajar con Maximiliano para obtener el indulto, en el caso mas que probable de que salga sentenciado á muerte; pero para esto es necesario conseguir certificados é informes que le favorezcan, sobre todo, respecto al ataque de Metepec.

—Señor, si hay hombres honrados que no teman decir la verdad, tendremos esos informes, porque todo el mundo ha visto siempre al coronel procurando dar garantías, contener á la tropa, y atenuar, en cuanto ha sido posible, los males de la guerra.

—Bueno; pues enviarémos á buscar estos informes: esta tarde me traerá usted una lista de las personas de quienes podemos valernos en Toluca, Tenango, Ixtlahuaca y Metepec.

—Está muy bien.

—Ahora vamos por el comedor á que tomen ustedes una taza de café, en compañía de uno de mis mejores amigos.

Caralmuro se levantó y condujo á Jorge y á Murillo hasta el comedor, atravesando varias piezas, en las que se notaba el mismo lujo y la misma elegancia que en la que ya habian visto.

Un hombre de la misma edad casi que Caralmuro, esperaba en el comedor, fumando un magnífico puro habano. Delante de él, encima de la mesa, un gracioso servicio de café, cuyas piezas tenian formas caprichosas, fantásticas verdaderamente, esperaba á los convidados.

Al entrar Jorge y Murillo, el hombre se puso en pié.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—El Sr. D. Felipe Mondragon, dijo Caralmuro, presentandole: D. Jorge Ruiz, D. Eduardo Murillo.

Los tres se estrecharon ceremoniosamente las manos, y se sentaron al derredor de la mesa.

Una hora despues, todavia tomaban café y platicaban como si todos fueran antiguos conocidos.

## V.

### Los certificados.

Sonó la campanilla del portero, y un criado entró anunciando á D. Celso Valdespino.

—Que pase á la sala, dijo Caralmuro.—Señores, dentro de un instante estaré con ustedes: este sugeto que me busca, me trae noticias que me importan demasiado: supongo que ustedes tendrán la bondad de esperarme.

—Vaya usted con confianza, dijo Murillo.

Caralmuro salió del comedor, y se dirijió á donde le esperaba Valdespino.

D. Celso, á quien ya conocemos demasiado, estaba severamente vestido de negro, y jugaba distraidamente con una gruesa caña con empuñadura de oro, que le servia de baston.

Al ver á Caralmuro, se arrojó en sus brazos, y los dos se estrecharon con efusion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Amigo D. Celso, ¡cuánto gusto tengo en verle!

—Sr. D. Juan, ya me tiene usted aquí, y lo que es mas, con brillantes noticias.

—Cuénteme usted, cuénteme usted, que estoy impaciente, y usted comprenderá que tengo motivo para ello.

¡Oh! sí señor, y tanto que usted vé que no he vacilado para servirle, en emprender mi peregrinacion á la costa, de donde afortunadamente he vuelto con salud.

—Gracias.

—Pues señor, para no tener á usted por mucho tiempo en la incertidumbre, voy á referirle en compendio cuanto he podido averiguar, sin ocultarle nada, aun cuando haya cosas que lastimen su corazon.

—Hable usted, hable usted.

—Llegué á Acapulco, y comencé á preguntar por todas partes á los mas ancianos de la poblacion, por el paradero de Margarita y de su hija, pero nada, nada. Ya comenzaba á desesperarme porque los meses se pasaban sin obtener la menor noticia, cuando un dia una vieja pordiosera que me pidió limosna, y á la que preguntè tambien siguiendo siempre el propósito de tomar informes de todo el mundo, me indicó que Margarita, poco tiempo despues de la muerte ó desaparicion de su marido, se habia ido á vivir al pueblo de San Luis, en donde tenia unos parientes ó conocidos.

Como era natural, me dirijí inmediatamente á S. Luis, en donde pude saber que al poco tiempo de su llegada á aquel pueblo, Margarita habia muerto, y la niña de cuatro años de edad, habia sido recojida por una familia de México que casualmente estaba alli, y que por esos dias regresó para esta capital. Aquí tiene usted un certificado con la firma del padre cura del pueblo, D. Antonio Ruiz, de la partida de entierro de Margarita, que consta en los libros del Cuadrante de la Parroquia.



—¡Pobre Margarita!—dijo Caralmuro—y cubriendo su rostro con ambas manos, quedó sumerjido en una profunda melancolía.

—Este otro documento, continuó D. Celso sin darse por entendido del dolor de Caralmuro, es la relacion de su enfermedad y de la salida de la niña para México con la familia de que le he hablado á usted, y está firmado por un honrado herrero del puéblo, antiguo vecino, que se llama D. Ladislao Pamplona.

—¿Es decir que la niña se ha perdido, y tal vez para siempre?

—¡Ah! no señor, contestó D. Celso, sonriendo con aire de satisfaccion—de ninguna manera: he seguido su huella, y vive, y está aqui en México.

—¿En México, D. Celso? ¡En México! ¡Oh! vamos, vamos á verla: los caballos están enganchados.....

—Paciencia, Señor D. Juan, paciencia, que no se ganó Zamora en una hora: usted la verá, y lo que es mas, muy pronto la tendrá usted á su lado; pero antes es necesario ver á la persona que la tiene, y no podrá ser hasta mañana en la noche que yo vendré por usted.

—Oh, gracias; gracias: ¡cuánto le debo á usted!.....

—Ya lo sé, ya lo sé; y comprendo el inmenso deseo que usted debe tener de volverla á ver; pero mañana en la noche la conocerá usted, y muy pronto podrá traerla á su casa. Por ahora me retiro: le dejo á usted esos certificados, y nos veremos mañana en la noche á las ocho; con que adios, Señor D. Juan.

—Señor D. Celso, ¿se vá usted, y nada me dice de los gastos de su viaje, &c.?

—Será mas tarde; hasta mañana.

—Pues cuando usted guste; hasta mañana.

D. Celso bajó la escalera, radiante de satisfaccion, y Caralmuro volvió al lado de sus visitas, pálido y con los ojos encarnados y llorosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Qué hubo?—pregunto Mondragon, como quien conoce el negocio de que se ha tratado—¿qué tales noticias?

—Muy malas y muy buenas.

—Mas vale asi.

—Señores, dijo, dirijiendose Caralmuro á Jorge y á Murillo, que se habian levantado y tomaban sus sombreros para retirarse—dispensen ustedes esta pregunta, que tal vez sea indiscreta: ¿en sus expediciones, alguno de ustedes no ha tenido ocasion de pasar por un pueblo que está cerca de Acapulco, y que se llama S. Luis?

—No, indicó Murillo con la cabeza.

—Yo sí, dijo alegremente Jorge.

—¿Y conoce usted alli al cura Don..... Don.....dijo Caralmuro buscando la firma en el documento.

—¿Antonio Ruiz?

—Sí; eso es, dijo precipitadamente Caralmuro, eso es, Antonio Ruiz.

—Tanto le conozco, agregó Jorge, que le miro como á mi padre: él me ha educado, y me ha dado hasta su mismo apellido, apesar de que no somos ni aun parientes.....

—¿Y será usted capaz de decirme si esta firma.....

—Oh, es la suya, dijo Jorge besando la firma en un arrebato de ternura.

—Es el certificado de una partida del Cuadrante—dijo Caralmuro, para satisfacer la curiosidad que adivinaba en el semblante de Jorge.

—¿Hace poco que llegó?—preguntó el jóven.

—Me parece que ayer: de manera que usted debe estar tranquilo por su salud; ademas, yo me informaré.....

—Mil gracias: será para mí un gran favor; pero no mas que no entienda nadie que yo quiero saberlo, porque tal vez sea esto motivo para que descubran nuestra venida á México.....



—Pierda usted cuidado: yo me encargo de ello, y pasado mañana espero á ustedes.

—Muy bien.

Los dos amigos se despidieron; y apenas habian salido de la habitacion, Caralmuro tomó la mano de Mondragon, y sacudiendola convulsivamente, le dijo con una voz trémula de emocion:

—Margarita ha muerto, pero mi hija vive, vive: está en México, y mañana mismo debo estrecharla contra mi corazon.

Mondragon alzó los ojos al cielo.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó oprimiendo la mano de Caralmuro entre las suyas, él aun puede ser feliz; pero yo ni una esperanza siquiera sobre la tierra.

Una lágrima corrió por sus megillas hasta perderse en su tupida barba.

Y el padre de Alejandra y el marido de la "Guacha" se abrazaron llorando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VI.

### Los planes de D. Celso.

DON Celso vivia en la calle de Montealegre, y para allá se dirijió al salir de la habitacion de Caralmuro.

La casa del santo varon era exactamente una casa de principios del siglo.

La puerta de la calle estaba siempre cerrada, y solo se abria un postigo que daba entrada á un patio triste y oscuro; las paredes pintadas, figuraban grandes tableros azules y amarillos, deslavados por el tiempo y por la lluvia; el piso enlosado, brotaba yerba en sus junturas, y un tronco viejo de higuera, con un cerco de mampostería casi destruido, constituia su único adorno.

En el descanso de la escalera habia un inmenso cuadro con la imágen de la vírgen de Guadalupe mexicana, y en él aparecian colgados, con listones de colores y como piezas justificativas de milagrosas curaciones, brazos, piernas, ojos y cabezas de plata.



La sala tenia por muebles un largo camapé, forrado de damasco amarillo; algunas sillas de tule pintadas de negro, con manzanitas y flores doradas, una mesa redonda en el centro, y cuatro rinconeras semejantes á las sillas; un petate angosto de los que se llaman de Puebla, blanco, con cuadros color de café, rodeaba toda la estancia; por delante del camapé y de las sillas y en las cuatro mesas de los rincones, habia ridículas esculturas de santos, adornadas con flores de liston, y cubiertas con capelos ordinarios de vidrio. Por supuesto que no faltaban cuadros de santos en las paredes, ni una lamparilla ardiendo delante de la Santísima Trinidad, ni un braserito para encender los cigarros sobre una mesa, ni un platito de loza de china con una baraja y unos granos de maiz para jugar al tresillo ó la malilla.

La servidumbre se componia de la vieja Pilar, á quien vimos en el rapto de Alejandra y á quien conocimos en la historia de la "Guacha," y que era, como si dijéramos, el ministro universal; de una cocinera y de un zapatero viejo, que servia de portero, y algunas veces de criado, sin mas recompensa que el camaranchon que se formaba debajo de la escalera, por habitacion y una pobre *vela de á tlaco* todas las noches para alumbrarse.

D. Celso tenia reputacion de muy caritativo, y todas las mañanas, los sábados, mas de treinta mendigos entre los que habia hombres, mugeres y niños, se presentaban y se reunian frente á su casa, cubiertos de harapos, sucios, y casi repugnantes: permanecian allí dos, tres y hasta cuatro horas, impidiendo el paso á los transeuntes, y causando unas veces asco y otras lástima, pero llamando siempre la atencion sobre sí, hasta que se les daba "*su caridad*" que consistia en una torta de pan de menos valor de un centavo, y que repartia ostento-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

samente Pilar, no sin reñirlos de paso porque estaban arruinando á su señor; y toda aquella munificencia casi nunca ascendia á tres reales.

Cuando D. Celso llegó á su casa, Pilar estaba en conversacion con una muger ya anciana tambien.

—Buenas tardes, dijo D. Celso.

—Buenas tardes, señor, contestó Pilar: aquí está la señora que fuí á buscar.

—Muy bien; ¿es usted.....?

—Sí señor.

—Pues pase usted á la sala.—Pilar, vé á abrir.....

—Está abierta.....

D. Celso se sentó en el camapé, y la recien venida á su lado.

—Supongo, señora, le dijo D. Celso, que Pilar habrá dicho á usted cuál es mi deseo.

—Sí señor, contestó la vieja, y estoy conforme en ayudarle á usted. Yo, como usted sabe, tengo una niña que no es hija mia, y que debe tener muy cerca de diez y seis años; digo que esos debe tener, porque hace cerca de doce que me la dieron muy pequeñita, y desde entonces se ha criado á mi lado.

—¿Cómo se llama?

—Leonor la llamo yo.

—¿Y es bonita?

—Señor, ¿qué le puedo decir á usted si la veo como hija?

—Vamos, señora, la verdad, que se trata de negocio: ¿qué señas tiene? veamos.

—Pues señor, es alta, blanca, de pelo negro algo quebrado, ojos negros muy grandes, la nariz ni aguileña ni roma, la boca muy fresca, muy bonitos dientes; no es gorda pero no es delgadada.....garbosa como una reina.....

—Bueno, me hago el cargo.....¿y está bien educada?.....

—¡Ah! sí señor: sabe leer, escribir, contar las cuatro reglas,



sabe tejer de gancho y con agujas, cose muy bien en blanco, hace unas marcas muy bonitas.....

—Y de educacion social, esto es, de trato de gentes, ¿qué tal?

—Algo, no mucho; como yo tengo pocas visitas, y no vamos á bailes, ni á diversiones.....

—¿Y no tiene novio?

—Ni tiene ni ha tenido, porque la he cuidado como á las niñas de mis ojos; nadie la vé, y ella casi á nadie conoce.

—Todo está muy bueno, me conviene: ahora vamos al negocio; voy á proponerle á usted mi plan: se trata de que esa niña tenga una colocacion muy brillante en la sociedad, y por consiguiente usted tambien como su madre adoptiva: van ustedes á ser muy ricas.

La vieja abrió los ojos desmesuradamente.

D. Celso continuó:

—Pilar me ha dicho que usted es una muger de confianza y de secreto, y por ella conozco á usted y sé su nombre.

—Salvadora Gomez, para servir á usted.

—Ya lo sé, ya lo sé, vamos adelante; en primer lugar es necesario decir á esa muchacha, que ha encontrado usted á su padre; ¿sabe ella que es huérfana?

—Sí señor.

—Pues bien, que ha encontrado usted á su padre, que es un señor muy rico, y que irá á verla mañana en la noche, y prepararla para que le reciba bien, contarle que nació en Acapulco, que se llama Alejandra, y que su madre, que se llamaba Margarita, murió en el pueblo de San Luis, en la costa, donde estaba usted casualmente con su familia, y en donde la recojió usted y se la trajo para México, hará doce años. Esto mismo debe usted sostener al padre á quien debo llevar mañana á la casa de usted.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero si yo no conozco la costa, ni he estado nunca en ese San Luis, ni nada: puede cojerme en mentira.....

—No hay cuidado: mañana muy temprano viene usted acá en donde la estará esperando un herrero de S. Luis con su mujer, que se han venido conmigo: ellos le contarán á usted cosas de por allá que puede usted repetir, y creerán todos que ha estado por la costa, y si algo se le pasa, usted puede decir: "ya no me acuerdo: hace ya tanto tiempo..... estuve allí pocos dias," y..... otras mil cosas.

—Vaya, así puede que pase.....y luego.....

—Luego yo iré diciendo á usted lo que ha de hacer; lo que importa es que nada haga sin avisarme ó consultarme: cuando no pueda usted personalmente, por medio de Pilar.

—Muy bien.

—¿Y cuándo podré ver á Leonor?

—Cuando usted quiera.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—A las ocho estaré en su casa de usted: ¿qué calle es?

—En la calle de la Merced, en la casa del Pueblo: no mas pregunta usted á la casera por Doña Salvadora, la de la velacion, que asi me dicen, porque siempre he tenido á mi cargo la velacion en la iglesia de Loreto, y le llevarán á usted á mi cuarto.

—Vaya una casualidad; estamos de buenas: alli mismo vive con su familia el herrero de quien le hablé á usted.

—Ah, entonces ya caigo: serán dos viejos que están siempre muy abrigados, y se pasan el dia en el sol.....

—Los mismos.

—Que tienen dos hijos y un huérfano que le dicen Cacomixtle.....

—Los mismos.

—Pues entonces la cosa es mejor, y no necesito venir aqui para que me cuenten: en la casa será mas fácil.

—Sí: esta noche que vaya, lo arreglaré.



—Muy bien. Pues me retiro, porque comienza á pardear la tarde y voy á llegar noche á mi casa: con que le espero á usted á las ocho.

—Allá estaré.

—Bueno; hasta luego.

—Hasta luego, señora.

La vieja salió de la sala, y al pasar frente á una de las piezas, gritó:

—Hasta mañana, Pilarito.

—Hasta mañana, Doña Salvadorita, contestó Pilar; y corrió á llevar el chocolate á D. Celso, que habia quedado solo.

D. Celso se estuvo escribiendo hasta que oyó sonar en el relox de la catedral las siete y media.

Entonces llamó á Pilar, le pidió su capa y su montera; se puso ambas cosas, y echandose cuatro ó cinco onzas en el bolsillo, salió á la calle, encargando mucho al portero que cuidara bien de la casa, que no abriera á nadie, y que no se fuera á dormir cuando él volviese.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

### Una azucena entre cardos.

MEXICO sentia la mano de hierro de los franceses.

Durante el dia, el movimiento de las tropas, la afluencia de gentes que tenian necesidad de ir á sus negocios, el concurso de indiferentistas de ambos sexos que atraian á los paseos y á las plazas las músicas que con este objeto colocaban allí los conquistadores, comunicaba á la ciudad una especie de alegria facticia, que hubiera muy bien podido tomarse por indicio de bienestar, de tranquilidad y de contento.

Durante el dia, la ciudad, como una muger víctima de secretos pesares, ocultaba como ella su dolor, y tenia sonrisas para la sociedad y para su tirano.

La ciudad tenia para el sol su careta de seda y su trage de gala.

Entonces los franceses se creian no solo temidos sino amados; soñaban entonces con la perpetuidad de su poder y con la eterna posesion de su conquista.



Soñaban á la luz del sol, porque el sol es tan bello, y sobre todo en México, que si no disipa, ahoga los remordimientos.

Pero llegaba la noche.

La noche es la conciencia del malvado, porque le trae, entre sus sombras y sus misterios, la claridad y la verdad de sus crímenes, y en su silencio los gritos de sus víctimas.

La noche es el descanso del que sufre; bajo su negro manto pueden correr tranquilas sus lágrimas, pueden ahogarse sus sollozos.....

México reia á la luz del sol con sus verdugos y con sus malos hijos, pero lloraba en la noche con sus leales y con las sombras de sus mártires.

Apenas oscurecia, las calles comenzaban á quedarse desiertas; y á las ocho de la noche, apenas en un silencio pavoroso se escuchaban las pisadas de uno que otro vecino que se retiraba temblando de encontrar al gendarme francés que se paseaba por la calle con su fusil, deteniendo y examinando á todos, y mandando presos al vivac á cuantos en su doble posicion de gendarme y de conquistador, consideraba sospechosos.

A veces, por los balcones de alguna elegante casa, se veia salir un rio de luz, y se escuchaba una música melodiosa que ejecutaba alegres danzas. Allí habia un baile, y aquella luz y aquella música que se derramaban sobre una calle pavorosa y triste, eran la ironía mas sangrienta.

Aquellas parejas bailaban alegremente toda la noche, y salian del sarao tranquilas y satisfechas, casi siempre á la misma hora que salian para la plazuela de Mixcalco, todos los dias sin escepcion, multitud de hombres condenados á sufrir la última pena, por el horrendo crímen de amar la Independencia de su país. Iban á morir por haber querido dar una patria libre á los hijos de aquellos mismos que bailaban cuando ellos caminaban al suplicio. Y los últimos acordes de la música y el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ruido de las descargas de la ejecucion, se confundian en un solo eco.

México de dia era la Mesalina de los franceses.

México de noche era la madre de los republicanos proscritos y perseguidos.

Vamos á nuestra historia.

D. Celso llegó hasta la casa que le indicó Doña Salvadora, y se dirijió á un cuarto que tenia sobre la puerta un gran letrero que decia: "Casera."

—Señora, buenas noches.

—Buenas noches, contestó una muger: ¿qué mandaba usted?

—Señora, ¿no me hace usted el favor de que me enseñen dónde vive Doña Salvadora la de las velaciones?

—Sí señor, ya ván.—Tio Nicho, enséñele al señor dónde vive Doña Salvadorita.

—Vamos, señor, dijo saliendo del cuarto de la casera un aguador viejito y pequeño de cuerpo; por aquí.

D. Celso le siguió atravesando por delante de muchos cuartos y viviendas.

En unos habia hombres y mugeres trabajando, en otros grupos que conversaban, que jugaban, que tocaban vihuelas y cantaban, en otros rezaban, lloraban, comian.

Aquella era una Babel: al lado de un cuarto en que estaba tendido un muerto, tres muchachas perdidas reian y retozaban con dos hombres; y mas adelante un viejo artesano encorvado por el trabajo, acababa una obra de zapateria, á la vacilante luz de un mechero de aceite que espiraba.

Subieron una escalerita en el segundo patio, y el aguador indicó á D. Celso, con la mano, una puerta en el fondo de un corredor escasamente alumbrado.

D. Celso le dió una moneda, y se dirijió á aquella puerta, que se abrió antes de que él llamara.



La cabeza de Doña Salvadora destacó su silueta en el claro de la habitacion alumbrada por dentro.

Sonaba en este momento la plegaria de las ocho.

—Eso es, así me gusta, puntualito, dijo la vieja: pase usted señor D. Celso; buenas noches.

—Buenas noches, dijo D. Celso entrando.

—Sientese usted.

—¿Y Leonor?

—Voy á llamarla: se estaba vistiendo para recibir á usted; ya le dije.....La vieja guiñó el ojo.

—¿Y qué dice?

—Muy contenta, todo lo ha creido, voy á llamarla.

—Vaya usted.

La vieja se entró á la pieza interior, y D. Celso pudo ver la salita muy pobre pero muy aseada: en las rinconeras habia unos vasos con amapolas y otras flores, y en una de ellas habia un libro; D. Celso vió el título: "Los Miserables."

D. Celso movió la cabeza como diciendo: ¿qué tal? ¿qué le parece á usted?

—Señor D. Celso, aquí tiene usted á Leonor, dijo Doña Salvadora presentandose en el aposento.

D. Celso volvió la cara al oir la voz de la vieja, y casi quedó deslumbrado de la belleza de Leonor.

Aquello era mas de lo que él se prometia; era mas de lo que podia haberse imaginado.

Leonor era tal como la habia descrito Doña Salvadora, y sin embargo no hubiera podido nadie formarse una completa idea de su hermosura.

Un cútis blanco y trasparente dejaba percibir enmedio de un fondo suavemente rosado, los purísimos trazos de azuladas venas; los ojos grandes y negros tenian esa especie de somnolencia melancólica que distingue á la muger de las razas meridionales; sus lábios un poco gruesos y su boca un tanto gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de, hubiera parecido defectuosa á un maestro de pintura, y adorable, encantadora, á un poeta y á un hombre de gusto.

—Señorita, á los piés de usted, dijo D. Celso tan cortado como un estudiante que se encuentra por primera vez con la señora de sus pensamientos.

—Buenas noches, contestó Leonor haciendo oir el timbre de voz mas melodioso que habia llegado á herir los oidos de Valdespino.

—El Sr. D. Celso, dijo Doña Salvadora dirijiendose á Leonor, viene á hacerte una visita en nombre de tu padre, á quien tendremos el gusto de ver aquí mañana.

—¡Mi padre! dijo Leonor: ¡qué extraño se me hace oir esta palabra!

—Sí, su padre de usted, señorita, que la llora perdida hace tantos años.

—Pero yo deseara comprender este misterio. ¿Por qué me separaron de su lado? ¿por qué no estaba él al lado de mi madre á la hora de su muerte? En fin, necesito que se descorra este velo que oculta la historia de mi vida.....

—Esos son secretos de su padre de usted, señorita, que mañana mismo él tendrá el placer de aclararlos; yo no soy mas que un enviado suyo.

—Pero ¿por qué no ha venido él mismo esta noche?

—Era preciso prepararte, hija mia, dijo Doña Salvadora, porque tal vez la sorpresa te hubiera hecho mal.

—O tal vez, añadió D. Celso, usted no le hubiera reconocido inmediatamente, y todas las explicaciones que ahora se han hecho ya á usted, hubieran tenido que hacersele delante de su padre, y usted comprenderá que su posicion seria cruel y embarazosa.

—¡Oh! exclamó Leonor, ¡qué deseos tengo de conocerle!

—Y quedará usted tan contenta de ello, como él satisfecho de la hija que el cielo le devuelve.



—¿Es muy bueno mi padre? dijo Leonor acentuando tiernamente esta palabra.

—Tan bueno, tan rico y tan considerado, como usted lo merece.

—Traigále usted, señor, traigale usted.

—Mañana á las ocho de la noche, dijo D. Celso levantandose: mañana.

—¿Se vá usted?

—Señorita, tengo que hacer.

—¿Tan pronto nos deja?

—Mañana volveré, y trayendole á usted á su padre tierno y amoroso.

—Dios lo haga.

—Lo hará. Hasta mañana.

—Buenas noches.

Y D. Celso estrechó la mano de Leonor, blanca y suave como un copo de algodon.

—Le alumbraré á usted hasta la escalera, dijo Doña Salvadora tomando una palmatoria con una luz.—No salgas, niña, que hace frio; quedate.

Leonor cerró la puerta y se sentó en una silla.

Pensaba, pensaba, porque apesar del deseo de conocer á su padre, no se sentia emocionada, y esto le parecia un delito: se acusaba de ser una hija desnaturalizada, pero todo aquello era tan extraño, tan misterioso, habia tanta frialdad, tan poca efusion en los personajes que habian intervenido en los preparativos de aquel reconocimiento, que ella no se sentia bien.

—Dios me guiará—dijo entre sí—quizá sea verdaderamente mi padre, y quizá no tenga el alma como estas gentes..... pero si quisieran burlarse de mí, sacrificarme, explotar mi horfandad.... Dios me guiará.

Mañana temprano, habia dicho D. Celso á Doña Salvadora al despedirse—vendrá aquí el herrero; y como para contar á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leonor algo de su niñez y de su país natal, hablará de todo eso, procure usted aprender bien la leccion.

—Está corriente.

—Voy á verle ¿Dónde vive?

—Aquí, en el cuarto núm. 13; pero ya se habrá acostado.

—Las gentes de Tierra Caliente se acuestan muy tarde.—Hasta mañana: y le deslizó dos onzas de oro al despedirse.

—Buenas noches, y mil gracias—dijo la vieja guardando su dinero.

D. Celso llamó en el cuarto núm. 13.

—Adentro—contestó una voz conocida.

D. Celso, empujando la puerta, penetró en la habitacion: los muchachos dormian, y solo Cacomixtle estaba en un rincon despierto,

—Señor D. Celso—dijeron Lalo y Ramona levantandose: ¿qué milagro?

—Lalo, te necesito: es preciso que mañana temprano vayas con Ramona á visitar á la Señora Doña Salvadora, que vive allá arriba, en el fondo del corredor: allí hay una muchacha muy bonita, y á quien vas á platicarle de tu tierra, que es tambien la suya.

—¡Qué! ¿es de la costa?

—No; pero es fuerza hacerle creer que es de allá; ya sabes que es Alejandra, que vino acá muy niña.

—Ah, ya caigo: ¿ésta es la que hemos de hacerle tragar por hija al otro?

—Cabal.

—Pues iré con Ramona, y usted verá.

—Está bien; adios: toma—y le alargó la mano con dos duros.

—Gracias.



D. Celso salió. Lalo cerró trás él la puerta, y abriendo su mano, mostró silenciosamente á Ramona las dos monedas blancas y brillantes.

—¡Qué hombres mas malos! pensó el Cacomixtle: ya tienen entre manos "obrita." ¡Qué falta me hace el señor cura, aunque el pobrecito se dejó dormir.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII.

### La Corte Marcial.

NICOLAS Romero y sus desgraciados compañeros habian sido conducidos á México para ser juzgados por la Córte Marcial.

¿Quién no ha oido hablar de las Córtes Marciales francesas? Tribunales espantosos y sanguinarios, si es que puede darse el nombre de tribunales á esa reunion de hombres destinados á dirijir y organizar asesinatos.

En las Córtes Marciales no habia defensa posible: casi siempre la simple denuncia bastaba para fundar una sentencia de muerte, que se ejecutaba sin dilacion: ninguna garantía, ninguna esperanza, ninguna salvacion para el acusado.

Los vocales de esas juntas, ávidos de sangre, atropellaban las fórmulas mas comunes y aceptadas en los juicios, y su solo objeto, su única mision, era procurar diariamente ocupacion á



los verdugos que, como el tigre que acecha su presa, esperaban todas las noches la lista de los que al dia siguiente debian dejar de existir.

La Inquisicion tenia mas aparato para el suplicio, quizá mas crueldad en los tratamientos que hacia sufrir á sus víctimas; pero mas deseo de sangre y mas constancia en el asesinato, no.

Las Córtes Marciales, en poco mas de tres años que duraron establecidas en México, hicieron morir por lo menos triple número de individuos que la Inquisicion en casi tres siglos.

Solo la famosa ley de 3 de Octubre, publicada por el Imperio, excedió en crueldad á las Córtes Marciales.

México estaba sobrecojido de espanto: la espada de Damocles pendia en cada hogar sobre la cabeza de cada miembro de la familia.

Todo el mundo esperaba un sangriento término en el juicio de Nicolás Romero y de sus oficiales, y nadie, á excepcion de algunos hombres de corazon de hiena, estaba contento.

Le hacian á Romero cargos que, por ridículos, formaban un espantoso contraste con el valor que les daba la Córte Marcial.

Se le reprochaba como un crímen haber hecho requisicion de caballos para montar á sus soldados, sin recordar que Bonaparte, el primer cónsul, habia hecho en Paris lo mismo para reorganizar las caballerías del Ejército del Rhin.

Se le presentaba como prueba de las calumnias de que era víctima, una carta de su general, en que le aconsejaba el mayor órden y moralidad en la tropa, como si un consejo ó un mandato en este sentido, probára otra cosa, que la nimia escrupulosidad que tenian los gefes republicanos para guardar y cuidar de las garantías sociales.

El fiscal ó relator Lafontaine emplazaba orgullosamente á todos los gefes republicanos para el banquillo de la Córte Mar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cial, y pedia siempre con mas ó menos entusiasmo, la muerte para Romero y sus oficiales.

Vana fué la defensa, vanos é inútiles los esfuerzos de todos los hombres de bien.

La Córte recibió mil informes favorables á Romero.

Los testigos todos declararon su buen comportamiento, y solo dos soldados franceses, que debian la vida á la generosidad del coronel republicano, declararon en su contra.

¡Pero no! Aun hubo otro, otro que por vergüenza de México es mexicano; otro que mostró en sus declaraciones una especie de rabia encarnizada, acusando á Nicolás de haberle robado hacia algunos años, su caballo, y que apesar de los empeños y de los ruegos de varias personas, no quiso callar ni retirar su declaracion, que fué en la que casi se apoyó la sentencia de muerte: este hombre se llama Manuel Echávarri.

La familia Murillo estaba en aquella estancia misma en que la conocimos; pero esta vez Elena no dormia, aunque tambien eran mas de las diez de la noche. La jóven estaba inquieta, y cada vez que oia tocar el zaguan, se levantaba á ver por el balcon que daba al patio, quien llegaba.

—Esta ansiedad es mortal—dijo Doña Guadalupe.

—Horrible—contestó D. Bartolo.

—¿Qué habrá sucedido?

—Yo tengo esperanza—decia D. Bartolo—de que no le condenen á muerte: se han presentado buenos informes, y todos los testigos han declarado bien.

—Sí; pero ese Echávarri ha declarado: de manera que eso solo será bastante para que el pobre de Romero vaya al cadalso.

—Pero qué, ¿no le hablaron? ¿no le suplicaron?

—Sí, pero todo fué en vano.

—Dios se lo perdone.

—Dios se lo perdone, repitió D. Bartolo.



En esté momento sonó el zaguan.

—Ahí están, dijo Elena.

—¿Qué habrá sucedido? dijo Doña Guadalupe.

Se oian los pasos de Jorge y de Eduardo que iban subiendo la escalera; el silencio en la estancia era completo; D. Bartolo, su muger y su hija no se atrevian ni á hablar; casi contaban los pasos que se venian acercando poco á poco: por fin empujaron la vidriera.

—Abre, dijo á Elena Doña Guadalupe.

Elena abrió: los dos jóvenes entraron sombríos y silenciosos.

—¿Qué hay? dijo con ansiedad Doña Guadalupe.

—Todo se ha perdido, contestó Jorge.

—No hay ya esperanza; están sentenciados á muerte, agregó Eduardo.

—Ese hombre muere, porque los franceses le tienen miedo, dijo el viejo D. Bartolo.

Todos volvieron á quedar en silencio.

Eduardo besó la frente de Doña Guadalupe, y se sentó.

Jorge estrechó la mano del viejo, y se sentó tambien.

Elena no se atrevia ni aun á mirarlos.

La muchacha sentia crecer cada dia su simpatía por Jorge, y enmedio de su candor y su inocencia, no dejaba de dirijirle de cuando en cuando miradas incendiarias.

Estaba en su derecho, y esto en ella era casi tan justo como la defensa de la propia conservacion, irreprochable y de derecho natural.

Pero aquella noche habia de por medio un negocio tan grave, que Elena tuvo vergüenza de pensar siquiera en otra cosa.

—¿Y no habrá esperanza en el indulto? preguntó Doña Guadalupe.

—Creo que no, madre, contestó Eduardo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero el emperador se lo ha prometido al Lic. D. Pedro Escudero y Echanove, diciendole que le avise violentamente si sale condenado Romero.

—Ojalá, dijo Jorge: pero temo mucho que nada consigan, porque cada dia me convenzo mas de que no es Maximiliano el que manda, sino los franceses.

—En fin, harémos otro esfuerzo—dijo D. Bartolo—aunque ustedes ya saben que yo tengo pocas relaciones, y sobre todo con las gentes que figuran; pero harémos, harémos lo que se pueda. ¿Crees que aun habrá tiempo, Eduardo?

—Yo creo que sí, padre: casi á las diez se ha concluido la audiencia, y supongo que no será mañana la ejecucion.

—Bueno, contestó D. Bartolo, pero por sí ó por nó, siempre lo mas prudente será comenzar á trabajar esta noche. Mira, dí que pongan el coche, y tú Guadalupe dame mi capa y mi sombrero.

—¿Vas á salir?—dijo Doña Guadalupe.

—Voy á ver á Caralmuro, á ver si podemos hacer algo en favor de Romero.

Eduardo salió á mandar poner el carruaje, y Doña Guadalupe entró por el sombrero y la capa de su marido.

En la mayor parte de las familias de México se observa que aun cuando están en el mayor grado de prosperidad, las mugeres tienen costumbre de servir y cuidar personalmente á sus maridos, sobre todo en estas pequeñeces. Hermosa y santa costumbre, que hace siempre del hogar, el hogar, y de la familia, la familia; que no permite á las riquezas ser el sepulcro de esas benditas obligaciones de la esposa, y que conserva en toda su pureza y en todo su vigor, esas delicadas atenciones del hombre con la compañera de su vida.

Entre nosotros la esposa, la muger, es la mitad de nosotros mismos, y no se considera solo, como en otras partes, respecto al marido, como el sócio industrial para ganar el sustento ó



padecer entre los pobres y el sócio capitalista para negociar ó derrochar entre los ricos.

—Aqui está la capa—dijo Doña Guadalupe: ¿te vas sin cenar?

—Sí

—Tome usted algo, papá, dijo Elena.

—No, hija: en la casa de Caralmuro tomaré algo si me dá hambre; al fin es hombre solo, y yo tengo con él bastante confianza: lo que importa es no perder el tiempo; ea, á ver mi capa.

D. Bartolo se puso su sombrero, y luego se volvió de espaldas para que Doña Guadalupe le pusiera la capa.

—Muy bien.

—Ya está el coche, dijo Eduardo entrando.

—Pues vamos. Ya vuelvo, Guadalupe.

—¿Acompañamos á usted? dijo Jorge.

—No: es mejor que se queden con la familia, porque tal vez vuelva yo tarde, y no estaria tranquilo si todos los hombres nos fuésemos.

D. Bartolo bajó la escalera, y poco despues se oyó el ruido sordo del coche, rodando en el patio, y luego el ruido mas sonoro que hacia en la calle, y que se fué perdiendo rápidamente en direccion al centro de la ciudad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

### Una gota de acíbar en una copa de miel.

DABAN las once de la noche en el relox del palacio imperial, cuando el carruaje de D. Bartolo se detenia en la puerta de la casa de Caralmuro.

—Ya estará D. Juan durmiendo el segundo sueño, pensó Murillo: si no fuera porque la cosa urge y es tan importante, no llamaba; los porteros estarán durmiendo ya; vá á ser necesario alborotar la casa.

D. Bartolo llamó con dos golpes furiosos, y cuando esperaba que tardarian mucho en abrirle, y que seria necesario volver á llamar, vió que la puerta se abria inmediatamente.

—¿Está aun despierto Caralmuro? preguntó.

—Sí señor, suba su merced, contestó un lacayito que habia abierto el zaguan.

—Bueno, pensó D. Bartolo; esto me quita algo la mortificacion.



Y comenzó á subir la escalera, tosiendo de cuando en cuando como todos los viejos.

Al llegar al corredor, observó mucha luz en la sala, y oyó voces de señoras que hablaban y reian en ella.

—¡Calle! dijo deteniendose: ¿qué es esto? ¿si habré equivocado la casa? Pero no; si el lacayo me dijo que Caralmuro estaba aun levantado: ¿Se habrá casado este hombre?

—¿Qué mandaba usted? dijo una criada que salió al corredor.

—¿Criadas? dijo entre sí D. Bartolo: si aquí no habia mas que hombres.

—¿Buscaba usted al señor? insistió la criada viendo que no respondia.

—Sí, al señor D. Juan de Caralmuro, contestó D. Bartolo, esperando con esta contestacion sacar algo en limpio.

—Pues pase usted á la sala, allí está con la niña, dijo la criada, y volvió á entrarse á las piezas.

—¿Con la niña? pues ahora sí que no lo entiendo: pero vamos á ver: y se dirijió resueltamente á la sala.

En un sofá, Caralmuro y Mondragon conversaban alegremente con Leonor y Doña Salvadora, que estaban con ese aire de confianza que tiene una muger en su casa, sentadas en dos sillones al lado del sofá.

Leonor estaba encantadora: sus mejilas coloreadas por el placer y sus ojos brillantes por la satisfaccion, la hacian mas bella que nunca: una elegante bata de muselina vaporosa y trasparente, habia sustituido á su pobre vestido de percal blanco con listas cafés; y sin mas alhajas que unos sencillos pendientes de coral y un fino bejuquito de oro en el cuello, estaba verdaderamente ideal.

Caralmuro la contemplaba con delicia, y la muchacha le hablaba con esa gracia y esa ligereza que son el ámbar que exhala el alma vírgen de una muger á los diez y seis años.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vamos, hijita, decia Caralmuro: ¿de nada te acuerdas? ¿ni del mar, ni de las palmas, ni de nada?

—De nada, papasito, contestaba la muchacha tomandole una mano: no recuerdo mas mar que el que hay pintado en un cuadro de Robinson en mi casa de la Merced, ni mas palmas que las del domingo de ramos.

Caralmuro reia.

—Salió tan niñita de la costa, decia la vieja Salvadora, que es imposible: si yo, como le digo á usted, apenas recuerdo, pues ella.....

—Buenas noches, dijo en la puerta D. Bartolo.

—¡Oh amigo D. Bartolo! dijo Caralmuro: cuánto bueno por esta casa. Pase usted, pase usted, que no podia llegar en mejor ocasion: estoy de enhorabuena, soy verdaderamente feliz en esta noche: voy á presentarle á mi hija, á mi Alejandra, á quien yo creia ya perdida para siempre: mírela usted, mírela usted. Alejandra, te presento á mi buen amigo el Sr. D. Bartolo de Murillo, un hombre muy honrado, padre de una muchacha muy bonita y de un jóven muy simpático. ¿Es verdad, D. Bartolo, que es muy bonita mi hija? ¿Es verdad que no me ciega el amor de padre? Diga usted, usted que tiene tan buen gusto.

—En efecto, esta señorita es muy hermosa, contestó D. Bartolo, atarantado con aquel diluvio de palabras, con aquella locuacidad tan extraña en el carácter reposado de Caralmuro.

Un gran dolor ó un gran placer cambian el carácter de un hombre, vuelven tonto al mas hábil y al mas avisado: y D. Bartolo comprendió que allí pasaba una cosa muy extraordinaria, porque jamas recordaba haber visto de esa manera á su amigo; y así es que despues de saludar á Mondragon y á Doña Salvadora, se determinó á esperar la explicacion de aquel enigma, y la opurtunidad para hablar de su negocio. Conocia que no habia llegado en buena hora, pero tambien sabia que no habia otra.



—¡Oh! pues oiga usted, continuó Caralmuro: hace catorce años por lo menos, que perdí á mi hijita, y hasta hoy me la vuelve Dios, pero ¡qué hermosa y qué buena! porque ahí donde usted la vé, tiene un corazon de angel. ¡Oh! usted sabe lo que se quiere á una hija; figúrese usted lo que sentiria si se perdiera su Elena.....

—¡Eh! dijo D. Bartolo, que ante esta idea olvidó hasta el negocio que llevaba.

—Que se perdiera su Elenita y que la llorára usted por muerta trece ó catorce años, y sin saber de ella.....

—¡Jesus! ¡Dios me libre!

—¿Y qué sentiria usted el dia que volviera á encontrarla?

—¡Ah! ya lo creo.

—Pero soy un loco, dijo de repente Caralmuro; usted debe tener algo importante que decirme, donde ha salido de su casa á esta hora; pero estoy tan contento, soy tan feliz, que de todo me olvido hoy.

—Sí, en efecto, tengo algo que decir á usted, contestó D. Bartolo.

—Pues pase usted por acá—dijo Caralmuro levantandose y dirijiendose á un gabinete inmediato.

—Vamos, con permiso de las señoritas.

—¿Qué tiene usted, amigo?—preguntó Caralmuro, luego que se hubieron sentado.

—Señor D. Juan, malas noticias: Nicolás Romero ha sido sentenciado á muerte.

—¡Cómo.....!

—Como usted lo oye: á las diez, poco mas ó menos, se ha pronunciado la sentencia.

—Pero eso es inícuo, infame; eso no tiene nombre.

—Será lo que usted quiera; pero asi ha pasado.

—¿Y cuándo debe ejecutarse la sentencia?

—No se sabe; pero creo que no debemos perder tiempo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tiene usted razon, no debemos perder tiempo, y los momentos son preciosos: el Emperador ha prometido el indulto y es necesario obtenerlo esta misma noche. Voy á decir que enganchen.....

—No hay necesidad: mi carruaje está á la puerta y puede usted disponer.

—Muy bien: pase usted á la sala mientras vuelvo: voy á ver á Escudero.

Caralmuro besó la frente de Leonor, ésta le besó la mano, y sin mas despedida, salió de la sala y bajó las escaleras.

Leonor y las visitas quedaron en silencio, y se oyó en la calle, distintamente, la voz de Caralmuro, que decia al cochero: calle de Medinas núm 5, y el carruaje echó á andar.

—Si logro salvar á Romero, decia Caralmuro, arrellanandose cómodamente en un rincon del carruaje, es este el dia mas feliz de mi vida. Encontrar á mi hija, y librar de la muerte á un buen patriota.

Media hora despues el coche volvia de la calle de Medinas, y Caralmuro pensaba:

—¡Qué desgracia en un dia tan feliz para mí! Una gota de acíbar en una copa de miel.

## X.

### Un Calvario.

La familia Murillo esperaba la vuelta de D. Bartolo, y era ya mas de media noche.....

A cada ruido de coche que se oia por la calle, decia Elena: ahi viene, y se asomaba al balcon. Jorge y Eduardo estaban anonadados: les parecia imposible que se atrevieran á fusilar á Romero; tan valiente, tan generoso, tan desinteresado, tan patriota.

Por fin se oyó venir un carruaje que se detuvo frente á la casa, y se escuchó ese silbidillo que sirve á los cocheros en la noche para anunciar su llegada y que se les abra sin necesidad de llamar al zaguan.

La puerta se abrió, y el coche penetró en el patio, que comenzaba á estar oscuras.

D. Bartolo llegó al lado de la familia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tiene usted razon, no debemos perder tiempo, y los momentos son preciosos: el Emperador ha prometido el indulto y es necesario obtenerlo esta misma noche. Voy á decir que enganchen.....

—No hay necesidad: mi carruaje está á la puerta y puede usted disponer.

—Muy bien: pase usted á la sala mientras vuelvo: voy á ver á Escudero.

Caralmuro besó la frente de Leonor, ésta le besó la mano, y sin mas despedida, salió de la sala y bajó las escaleras.

Leonor y las visitas quedaron en silencio, y se oyó en la calle, distintamente, la voz de Caralmuro, que decia al cochero: calle de Medinas núm 5, y el carruaje echó á andar.

—Si logro salvar á Romero, decia Caralmuro, arrellanandose cómodamente en un rincon del carruaje, es este el dia mas feliz de mi vida. Encontrar á mi hija, y librar de la muerte á un buen patriota.

Media hora despues el coche volvia de la calle de Medinas, y Caralmuro pensaba:

—¡Qué desgracia en un dia tan feliz para mí! Una gota de acíbar en una copa de miel.

## X.

### Un Calvario.

La familia Murillo esperaba la vuelta de D. Bartolo, y era ya mas de media noche.....

A cada ruido de coche que se oia por la calle, decia Elena: ahi viene, y se asomaba al balcon. Jorge y Eduardo estaban anonadados: les parecia imposible que se atrevieran á fusilar á Romero; tan valiente, tan generoso, tan desinteresado, tan patriota.

Por fin se oyó venir un carruaje que se detuvo frente á la casa, y se escuchó ese silbidillo que sirve á los cocheros en la noche para anunciar su llegada y que se les abra sin necesidad de llamar al zaguan.

La puerta se abrió, y el coche penetró en el patio, que comenzaba á estar oscuras.

D. Bartolo llegó al lado de la familia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No hay esperanza, dijo, para ahorrarles la pena de preguntar.

Todos callaron.

—¿Quiéres cenar!—preguntó un cuarto de hora despues Doña Guadalupe.

—No, contestó D. Bartolo.

—Ni yo, ni yo, dijeron todos unos despues de otros.

—Pues vamos á nuestras habitaciones. Y cada uno se retiró silenciosamente,

Es inútil decir que nadie pudo conciliar el sueño.....

Serian las cuatro de la mañana, y Jorge se incorporó en el lecho.

—¿Qué tienes?—preguntó Eduardo.

—No he podido dormir un solo instante.

—Ni yo: he contado las horas unas tras otras.

—¿Vas á vestirte?

—Sí, me es imposible estar en la cama mas tiempo, y quizá me atreva á salir para ver por última vez al coronel.

—Pero eso seria horrible.

—Mas horrible seria no volverle á ver siquiera por última vez, ¿Qué dirémos á los compañeros y al general, cuando nos pregunten si acompañamos al coronel en el último trance?

—Dices bien; vamos.

Se vistieron y procuraron salir sin hacer ruido.

Al pasar cerca de la recámara de Doña Guadalupe, vieron luz por dentro y se acercaron: la madre y la hija rezaban.

—Buenos dias, madre, dijo besandola Eduardo.

—¿Adónde vas?—preguntó la madre.

—Por ahi, contestó Eduardo algo embarazado.

—Elena, decia Jorge por otro lado, usted ha llorado mucho.

—Jorge, contestó Elena, el que vá á morir es un hombre, es un patriota, es..... su coronel de usted.



¡Cuánto queria decir con esto! Jorge lo comprendió, se sintió tentado de hacerla una declaracion amorosa, de esas que por estar ya casi preparadas, se explican y se entienden con una frase, con una palabra, con una seña; pero se contuvo, ¡Qué iba á hacer! Comprometido con Alejandra solemnemente y amandola tanto, ¿cómo podia decir amores á la hija de una familia que le habia recibido en su seno y á la hermana del hombre que tenia como á un hermano? Y apesar de todo, Jorge empezaba ya á amar á Elena, sin perder por eso su pasion por Alejandra.

Lo que prueba que se puede amar á dos mujeres á la vez.

(Y perdonen nuestros lectores; pero escribimos novela con todos los visos de verdad.)

—Vámos, Jorge, dijo Murillo.

Jorge le siguió, sintiendo aun fijas en su frente las miradas dulces de Elena.

—Vamos, pensó; pues no estoy haciendo el papel del casto José.

—¿Adónde será mejor dirijirnos? preguntó Eduardo.

—Creo que á la plazuela de Mixcalco.

—Pues vamos.

De la calle de Cadena á la plazuela de Mixcalco, donde tenian lugar las ejecuciones, habia una muy larga distancia, que podian haber atravesado en carruaje, pero que prefirieron cruzar á pié para no llamar la atencion: ¿qué era para ellos, hombres tan avezados á la fatiga, una media legua de camino?

Cuando llegaron á Mixcalco, estaba alli mucha gente esperando la llegada de los sentenciados, y fué preciso á los dos amigos abrirse paso casi á fuerza, hasta llegar al cuadro.

En los primeros dias de su dominacion en México, los franceses elijieron por teatro de sus ejecuciones la plazuela de Santo Domingo, que está casi en el centro de la poblacion, y que tiene por límites al Sur, edificios particulares, al Norte la anti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gua Iglesia de los Domínicos, que dá su nombre á la plazuela, por el Oriente el edificio de la Aduana, y por el Poniente una portaleria que sirve de asilo á esos escribientes y poetas pobres, que se llaman en México vulgarmente "Evangelistas," y que sentados en un pequeño taburete, delante de un miserable pupitre, ganan escasamente su vida, escribiendo y redactando versos y cartas de todas clases, para los criados domésticos, para los aguadores y para los amantes pobres que no saben escribir; escritores que son la primera grada de esa inmensa escalera, en cuyo último peldaño se disputan un lugar Milton y Shakspeare, Cervantes y Quintana, Víctor Hugo y Lamartine, el Dante y el Petrarca.

Aquella plazuela está verdaderamente empapada en sangre. Alli han sido sacrificadas tantas nobles víctimas, que si un laurel ó una palma brotára en memoria de cada mártir, ese lugar seria el bosque mas impenetrable de la tierra.

Pero hay modas hasta en el asesinato, y Santo Domingo cayó de la gracia de los civilizadores de México, y la plazuela de Mixcalco pasó á la categoria de favorita de los franceses.

Mixcalco está al Oriente de la ciudad, cerca de la garita de San Lázaro.

En otro tiempo habia sido el lugar de la ejecucion de los criminales; por eso tal vez causaba cierto pavor á los habitantes de la ciudad, y por eso casi siempre estaba desierta.

Absurdas consejas corrian sobre aquella plazuela: quien contaba que un hombre ahorcado, alli, por haberse robado unos vasos sagrados, paseaba de noche envuelto en un sudario; quien referia que la cabeza de un reo muerto impenitente, aparecia en las altas horas tambien de la noche, pidiendo "confesion;" quien decia haber oido un grito agudísimo y desgarrador que lanzaba una mujer vestida de blanco y con el pelo suelto, y que era nada menos que una madre infanticida, muerta alli mismo por manos de la justicia.



Sea por esto, ó lo que es mas probable, por la escasez de agua de aquel barrio, las casas que forman la plazuela, se fueron quedando vacias y arruinando; de modo, que en la época en que los franceses ocuparon la capital, solo vivian por alli pobres carboneros, que durante el dia salian á expender su mercancia.

En aquel lugar triste y apartado, debia tener su desenlace ese drama que hemos visto comenzar en Papazindan.

Se oyó un rumor en la multitud; el movimiento uniforme y simultáneo de las armas de los franceses, produjo con la naciente luz del sol, un relámpago siniestro que cruzó por encima del agrupado pueblo; y Nicolás Romero, sereno y animoso, casi indiferente, penetró en el cuadro en union de otros dos oficiales que iban á sufrir su misma suerte.

Infinitas precauciones habia tomado la plaza para llevar á efecto la sentencia: la popularidad de Romero y la notoria injusticia del procedimiento, hacian temer una sublevacion popular. Se habia adelantado la hora: la guarnicion estaba sobre las armas, la artillería lista, las patrullas y la gendarmería en movimiento, y sobre todo, la policía secreta, esa víbora que brota como la yerba venenosa de los pantanos, del seno de los gobiernos impopulares, en una actividad espantosa.

Romero fumaba desdeñosamente un puro. Los dos oficiales que le acompañaban y que tambien debian morir, eran: un subteniente que habia sido el mariscal de un escuadron de la brigada de Romero, y el comandante Higinio Alvarez, gefe de los exploradores de la misma brigada. Romero iba envuelto en la misma capa que usaba en campaña, y Alvarez en un zarape tricolor, que imitaba la bandera de la República.

¿Para qué referir la ejecucion? Los tres murieron con tanta sangre fria y con tan orgulloso desden, como si no fueran á morir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sargento francés dió á Romero el golpe de gracia; y sin embargo, como si aquella alma de gigante no hubiera podido desprenderse del cuerpo, al conducir el cadáver de Romero á su última morada, hizo un movimiento tan fuerte, que rompió el miserable ataud en que le conducian sus verdugos.

El pueblo se dispersó sombrío y cabizbajo.

—¡Oh! dijo Jorge; es necesario marcharnos cuanto antes, libertar á la patria, ó morir como el coronel.

—Mañana mismo, exclamó Murillo.

A las diez de la mañana de ese dia, la tierra habia bebido ya la sangre de aquellos mártires, el sol habia secado otra parte, y los vientos habian borrado con su polvo los últimos rastros.

Los carboneros, indiferentes, hacian su comercio como la víspera, sin ocuparse apenas de lo que acababa de pasar allí.

## XI.

### Otra faz de Don Celso.

ENTRE las personas que volvian de la ejecucion, caminaba un hombre que por su traje parecia recien venido de la Tierra Caliente.

A poca distancia, y sin perderle de vista, le seguian otros dos, uno de ellos con el mismo aspecto y su compañero de levita y sombrero negro, con apariencias de un hombre acomodado.

—¿Estás seguro de no equivocarte? decia á su compañero el hombre de la levita negra.

—No señor, no me he equivocado: D. Roque es, como yo hijo de mi madre.

—Verémos, dijo el otro.

—Lo verá usted.

Un coche que pasaba, hizo detener al hombre que era objeto de aquella disputa, y los de atras pudieron acercarse á él sin ser vistos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En efecto, es él.

—¿Vé usted, Sr. D. Celso, como yo tenia razon?

—Sí tenias, pero ahora es fuerza que no se nos escape.

—¿Y cómo hacer?

—Mira, ¿conoces á los gendarmes?

—Sí señor.

—Pues te vas detras de D. Roque; y tan pronto como encuentres alguno, le pides auxilio para prenderle, y que le conduzcan á la "plaza francesa."

—¿Pero si él me conoce?

—¿Qué importa? ¿Tú crees que tendrá tiempo de contar el cuento? Ya sabes, tio Lalo, que yo nunca te comprometo: con que anda, y mientras, voy á que te preparen alojamiento.

D. Celso subió en un coche del sitio, y tio Lalo siguió las pisadas de D. Roque, que tan tranquilo como inocente, se iba deteniendo á cada paso, ya para contemplar una guerra pintada en el fondo de una pulquería, ya para comprar un muñeco de barro en una velería, ya para extasiarse delante de un almacen de modas ó de una mercería.

D. Celso llegó á la Diputacion, y se dirijió directamente, sin vacilar ni preguntar á nadie, y como hombre que conoce bien el terreno, hasta el despacho del Prefecto Político.

Los empleados y la gente de policía le saludaban como á un conocido de confianza. El ordenanza abrió la puerta, y D. Celso penetró en el despacho.

El Prefecto firmaba: el secretario, de pié á su lado, leia el extracto de las comunicaciones que se iban despachando, y un empleado, con un diligente servilismo, recojia los pliegos firmados, les echaba arenilla para que no se borrasen, y los colocaba uno sobre otro cuidadosamente.

El Prefecto no tenia ni el trabajo de quitar el pliego de encima para escribir en el que seguia; el empleado era un proteo en esto de evitarle molestias.



D. Celso entró sin hablar por no interrumpir el trabajo, y se paró junto á la mesa; el secretario le estrechó silenciosamente la mano, y siguió leyendo.

"Orden á los periodistas para que no se hable de lo que ocurre por Zitácuaro."

El prefecto firmó, y al mojar la pluma, alzó la cabeza casualmente.

—¡Hola! señor Valdespino, dijo sin dejar de escribir: ¿qué hay de nuevo?

—Nada, señor, venia yo á hablar con usted.

—Sientese por ahí.

"Segunda advertencia al periódico llamado la *Orquesta*," dijo el secretario.

Era el último pliego.

—¿No hay mas? preguntó el Prefecto.

—No señor.

—Muy bien: que salga luego luego el despacho.

—Vamos, señor Valdespino; ¿qué nos dice usted de bueno? venga usted por acá.

D. Celso se sentó humildemente al lado del Prefecto.

—Pues señor, en la ejecucion de Romero no hubo novedad.

—¿Ya terminó eso?

—Sí señor.

—Vaya, bendito sea Dios; enemigo menos.

—Andaba por allí un hombre que ha sido de los soldados de Romero, y á quien conocí en mi último viaje á la costa: le llaman Roque el sacristan, porque fué sacristan de la iglesia del pueblo de San Luis: es hombre malo, ladron famoso, enemigo del imperio, y temible; porque ademas de ser astuto y valeroso, tiene un gran prestigio en la Tierra Caliente.

—¡Hola! ¿eh? ¿y qué hace aquí?

—No sé; pero no ha de haber venido á nada bueno: él estaba hablando con varios hombres del pueblo, y creo que solo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las precauciones tomadas, pudieron impedir que hubiera hecho una intentona en favor de su antiguo coronel.

—¿Pero dónde está? ¿usted no averiguó dónde vive?

—No señor.

—¡Qué lástima.

—Pero he enviado tras él á un hombre que le conoce de cara y mañas, tan bien como yo, y á esta hora el tal Roque debe estar preso.

—Es usted una alhaja, señor Valdespino, dijo el Prefecto, golpeando una pierna de D. Celso suavemente: yo le prometo á usted que S. M. no olvidará sus servicios, y sabrá premiarlos dignamente.

—Señor, no lo hago con ese interés.

El ordenanza abrió la puerta y entregó un pliego al prefecto, que lo abrió y lo leyó.

—¡Magnífico! dijo: me dan parte de haber sido aprehendido Roque Marin (alias) el sacristan, á pedimento de D. Ladislao Pamplona. ¿Es el mismo?

—El mismo.

El prefecto agitó la campanilla.

—Que venga el señor secretario, dijo al ordenanza.

El secretario se presentó.

—Hagame usted el favor, dijo el prefecto, de que con insercion de este oficio se remita al reo de que se trata, á disposicion de la Córte Marcial, agregando que tanto el aprehensor como el señor Valdespino, pueden dar antecedentes de su conducta.

—Pues ya no le quito á usted el tiempo, y me retiro—dijo D. Celso.

—Un momento, Señor Valdespino; hágame usted un favor.

—Mándeme usted, señor.

—El coronel Van-der-Smisen, gefe de la Legion belga, y que hace la guerra en Michoacan, desea un hombre inteligente y de toda confianza, conocedor del terreno, &c., &c., para que



le sirva de explorador, pero no explorador comun, una cosionsa selecta.

—Tengo uno.

—¿No le digo á usted? si usted es una alhaja.

—¿Y cuándo podemos contar con él? porque mañana ó pasado sale un convoy para Morelia, y seria bueno que siquiera le alcanzara por Toluca. Estará muy bien pagado.

—Puede usted contar con él hoy mismo.

—Y ¿cómo se llama?

—Ladislao Pamplona, el mismo que prendió á Roque.

—Magnífico: esta tarde á las cuatro le espero.

—Yo mismo le traeré; hasta la tarde, señor.

—Hasta la tarde, Señor Valdespino.

D. Celso salió, diciendo entre sí: el tio Lalo tendrá un buen empleo, y lo mejor es que le ahorcarán los chinacos en un descuido; asi como asi, me alegro, me sirve: pero sabe de mí mas de lo que me conviene.

—He aqui, pensaba el Prefecto, cuando salió D. Celso, un hombre honrado y de provecho: merece una cruz, y yo se la conseguiré.

El padre Antonio, la Señora Joaquina y D. Roque, habian llegado la víspera á México, con motivo de la próxima ereccion del obispado de Chilapa, al cual pertenecia San Luis.

Como la gente de los pueblos cuando viene á México, habian procurado traerse á todos los conocidos, y solo pudieron arrastrar á D. Plácido convaleciente y á la "Guacha."

En todo el dia pareció D. Roque, que habia salido temprano á ver la ejecucion de Romero. El cura y su hermana comenzaron á apurarse en la noche. México para los que vienen asi, es una especie de Babilonia llena de precipicios.

El cura salió á buscarle; pero no conocia á nadie, ni nadie conocia á Roque.

El pobre cura no debia volver á ver á su honrado sacristan; las cosas iban muy ligeras en la Córte Marcial.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El dia siguiente al de la ejecucion de Romero, y en el mismo lugar, con las declaraciones de D. Celso y del tio Lalo, D. Roque, juzgado por la Córte Marcial, sufria la última pena, y su cadáver era arrojado en la fosa comun, cuando el padre Antonio decia alegremente á la Señora Joaquina:

—¡Qué contento se va á poner Roque ahora que vuelva, cuando le enseñe estos pantalones de pana negra que le he comprado!

## XII.

### Una gota de miel en una copa de acíbar.

SEÑOR D. Bartolomé de Murillo: Querido y buen amigo: He respetado los nueve dias del duelo que suponen habrán tenido usted y Eduardo, por la catástrofe de Nicolás: hoy reclamo algo para mí. Espero á usted, á Eduardo y á Jorge, á comer conmigo esta noche á las siete. Suyo

JUAN DE CARALMURO."

—Eduardo—decia D. Bartolo, despues de leer en voz alta este billete—supongo que tú y Jorge no tendreis inconveniente...

—Ninguno—contestaron los dos jóvenes.

—Entonces á las seis y media aquí; pero sin falta, militarmente; aunque sea dicho en confianza y aqui "inter nos," tengo la pícara idea de que ustedes conocen poco de eso que se llama Ordenanza.

—No señor—dijo Jorge.

—Ya verémos, ya verémos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El dia siguiente al de la ejecucion de Romero, y en el mismo lugar, con las declaraciones de D. Celso y del tio Lalo, D. Roque, juzgado por la Córte Marcial, sufria la última pena, y su cadáver era arrojado en la fosa comun, cuando el padre Antonio decia alegremente á la Señora Joaquina:

—¡Qué contento se va á poner Roque ahora que vuelva, cuando le enseñe estos pantalones de pana negra que le he comprado!

## XII.

### Una gota de miel en una copa de acíbar.

SEÑOR D. Bartolomé de Murillo: Querido y buen amigo: He respetado los nueve dias del duelo que suponen habrán tenido usted y Eduardo, por la catástrofe de Nicolás: hoy reclamo algo para mí. Espero á usted, á Eduardo y á Jorge, á comer conmigo esta noche á las siete. Suyo

JUAN DE CARALMURO."

—Eduardo—decia D. Bartolo, despues de leer en voz alta este billete—supongo que tú y Jorge no tendreis inconveniente...

—Ninguno—contestaron los dos jóvenes.

—Entonces á las seis y media aquí; pero sin falta, militarmente; aunque sea dicho en confianza y aqui "inter nos," tengo la pícara idea de que ustedes conocen poco de eso que se llama Ordenanza.

—No señor—dijo Jorge.

—Ya verémos, ya verémos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Bartolo se equivocó, porque á las seis y media en punto los dos muchachos estaban listos, y á las siete aquella trinidad se hacia anunciar en la casa de Caralmuro.

No habia mas convidados fuera de ellos, que Mondragon, el constante compañero de Caralmuro: siempre amable, pero siempre melancólico.

Leonor hacia los honores de la mesa; Doña Salvadora no se presentaba en estas reuniones. Si no hubiera contado ella que Leonor no era su hija, de seguro que siempre se habria conocido: ella la habia educado; ella habia sido el único modelo vivo que la muchacha habia tenido siempre á la vista; y sin embargo, Leonor era tan amable, tenia para la sociedad un tacto tan exquisito, que parecia que habia sido siempre una gran señora.

Esa delicadeza, ese tacto, que un hombre de educacion no conseguiria tener en diez años de observacion y estudio, una muger puede adquirirlo en un mes; puede, si se quiere, adivinarlo, inventarlo, sin mas ayuda que unos cuantos libros, que á nosotros no nos servirian ni de pasatiempo; ayudada y guiada de esa exquisita sensibilidad y de esa maravillosa intencion que Dios ha concedido á las mugeres en cambio de las dotes viriles que les ha negado.

Las mugeres son como esas aves que cantan ó enmudecen anunciando la calma ó la tormenta, cuando el hombre y los otros animales mas fuertes que ellas ni aun presienten el lejano cambio de la atmósfera.

Eduardo no conocia, como era natural, á Leonor, y Leonor no conocia á Eduardo: allí fueron presentados el uno al otro. ¿Habia algo de violento en que simpatizaran? ¿Era creible que dos jóvenes libres, interesantes, y sobre todo, de distinto sexo, y que no estaban enamorados, era creible que dejaran de enamorarse?



Leonor "hizo tilin" á Eduardo, como dicen los españoles.

Eduardo no le parecio á Leonor tercio de paja, como decimos los mexicanos.

Las pasiones y los amores no nacen, como cuentan los novelistas, en el momento de conocerse, ó antes, como aseguran los mas exagerados; pero la verdad es que la primera impresion decide casi siempre del porvenir; y si los amantes tienen que rondar á la dama y dar mil pruebas de constancia antes de obtener el "sí" feliz, esto no depende de que la dama no haya formado desde el principio la firme resolucion de corresponderle, si no de que hay, en el inédito código de amor femenil, la terminante disposicion de que para estos casos se inventó el refran de "no se ganó Zamora en una hora;" y esto se lleva á efecto por honor del sexo, aunque allá en el fondo, mas de cuatro reniegan de esa tiranía y de ese respeto á la legalidad.

Aunque "por casualidad," las miradas de Leonor y de Eduardo se encontraron muchas veces durante la comida, y hubo algunas preferencias casuales tambien en el giro de la conversacion, como por ejemplo, escuchar ella cuando él hablaba, con gran atencion, y distraerse cuando otro tenia la palabra, contestar él á las preguntas de ella siempre, aunque fueran hechas en general.

Solo Jorge notó estos pormenores, que al fin era hombre y jóven, y aunque estaba enamorado, no por eso dejó de decir, como lo hubiera hecho cualquiera en su edad y en sus circunstancias, delante de una muchacha tan bonita: "veamos por dónde sopla aquí el viento:" notó lo que pasaba, y se puso á comer tranquilamente: "no tenia vela en aquel entierro," como reza el antiguo refran.

Se tomaba el café, la conversacion era acalorada y franca, los diálogos se animaban, y las miradas aquellas eran mas frecuentes y mas fijas.

—Señores, dijo D. Juan, voy á dar á ustedes una prueba de confianza y de cariño.

—Véamos, contestó D. Bartolo.

—Supongo, y con justicia, que ustedes, como mis verdaderos amigos, tendrán, si nó empeño, sí deseo de saber cómo me separé de mi hija, á quien felizmente he vuelto á ver.

—Por supuesto, exclamó Eduardo con entusiasmo, y lanzando á Leonor una mirada mas incendiaria que esas camisas embreadas de que nos cuentan los artilleros de principios del siglo.

—Y yo tambien, dijo Leonor contestando aquella mirada con otra que hablaba tanto en tan cortos instantes, que hubiera avergonzado á la taquigrafía y al telégrafo.

—Pues señores, aunque corta, es casi una novela, y si me prometen no enfadarse.....

—No señor, contestaron todos.

—Pues al grano.

Todos se acomodaron perfectamente, disponiendose para escuchar; se llenaron de nuevo las tazas de café, y los que fumaban encendieron sus tabacos.

Eduardo dirijió una miradilla que le fué bien contestada, y se colocó de manera que pudiera, sin llamar la atencion, estar contemplando á Leonor durante el relato de Caralmuro, que él rogaba á Dios que fuera largo, muy largo.

En ese momento olvidó sus penas, sus compromisos, el porvenir que le aguardaba en el campo republicano, todo, todo: sentia enmedio de tantos dolores, un placer puro, inmenso, desconocido.

Era la gota de miel que caia en la copa de acíbar.

Era nada para aquel pasado, aquel presente y aquel porvenir, tan sombríos y amenazadores.

Era mucho para aquel corazon ardiente, juvenil y entusiasta.

Los criados se retiraron, y Caralmuro comenzó su relacion.



"Hace catorce años era yo tan pobre, que necesitaba ganar el pan con mi trabajo corporal; y tan ignorante, que leia *Cárlos usted*, donde decia Cárlos V.

"Escribia *Ogtubre* con *g*, y contaba con los dedos en la venta de tres melones á dos reales cada uno.

Al oir esta franca relacion, los convidados de Caralmuro se miraron entre sí con esa mirada que indica la ternura y el respeto que inspira siempre una confesion de esta clase en boca de un hombre de honradez, y que se encuentra en una posicion elevada.

"Vivia yo en Acapulco con mi muger y mi hijita, muy tranquilo y muy feliz.

"Un accidente inexplicable, y que no es del caso referir, me hizo separarme violentamente de mi familia, y tomar el rumbo de la Tierra Caliente de Michoacan.

"Práctico en aquellos terrenos, y cortando la Sierra, como decimos por allá nosotros, llegué hasta un pueblo que está á la orilla del rio de las Balsas, y que se llama Coyuca.

"Sin conocer á nadie, pero fiado en la Providencia, me entré resueltamente en la poblacion, hasta llegar á la iglesia, que estaba abierta, y me senté en la puerta á refrescarme en la sombra que el edificio proyectaba en el cementerio.

"¿Qué hacia? Yo no sé si rezaba pensando ó pensaba rezando, pero yo pensaba y rezaba al mismo tiempo.

"Oí ruido, y ví pararse en la puerta de la iglesia á un hombre, que conocí inmediatamente que era el cura. Buscaba por todas partes con la vista, y esperó un largo rato; por fin se dirijió á mí, y me dijo:

—"Oye, tú: porque en los pueblos, los curas tienen el derecho de hablar de tú á todos los pobres.

—"Mande usted, señor cura, contesté levantandome con el sombrero en la mano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—"Ayudame á cerrar la iglesia; despues saldrás por el curato.

"Me entré al templo, puse mi sombrero en el suelo, y cerré aquellas puertas tan llenas de cerrojos y trancas, como si fueran las de algun palacio encantado, y que sin embargo, no guardaban mas que unas cuantas imágenes, unos ornamentos viejos, un cáliz, un copon, y una custodia de plata, y algunos candeleros, atriles y ciriales de madera dorada.

"Al estar cerrando me dijo el cura:

—" Tu eres forastero, ¿es verdad?

—"Sí señor, soy de Acapulco.

—"¿Y qué andas haciendo?

—"Señor, vengo á buscar mi vida.

—"¿Tienes familia?

—"Aquí, no señor.

—"¿Pues quieres quedarte de sacristan conmigo? que ahora no tengo.

—"¿Pues cómo no?

—"Pues mira; te daré casa, comida, y doce reales cada mes. Tus obligaciones son: tener listas todas las cosas de la iglesia; no barrer, porque eso lo harán los semaneros, ni ayudar las misas, porque eso es obligacion del maestro de la escuela; pero tocar el alba, las doce, las tres y las ocho; yo te diré á qué horas. ¿Te conviene?

—"Sí señor.

—"Me sirves la mesa, vas por agua para el gasto de la casa, rajas leña para la cocina de humo, matas cada cuatro dias el corderito que se ha de comer en el curato, barres el corredor del curato y el cuadrante; ¿lo entiendes?

—"Sí señor.

—"Y cuando salga yo á dar misas ó á confesiones, me acompañas á pié, á llevarme la bolsa con la sotana, y cuidar mi caballo en donde lleguemos, y esto es todo: ¿te conviene?



—"Sí señor.

"Al señor cura todavia le parecia poco el trabajo; pero en fin, nos arreglamos, y yo quedé de sacristan en toda forma.

"Como por alli no hay ladrones, de nadie se desconfia; asi es, que no hubo necesidad de fianzas ni de conocimientos, y comencé al momento á ejercer mi nuevo empleo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIII.

### Un clavo de oro en la rueda de la fortuna.

TRES años pasé, continuó D. Juan, al lado de aquel buen cura, que ademas de ser honrado, era un hombre de conocimientos poco comunes, inteligente en las ciencias naturales, y dividia su tiempo entre el ejercicio de su misnisterio y el estudio.

"Al principio solo le acompañaba yo en sus escursiones científicas como un criado; pero poco á poco, y viendo mi aficion, comenzó á considerarme como un discípulo, y despues como un colaborador.

"Yo me dediqué á la lectura y al estudio, y pronto conocí que habia aprendido mas de lo que esperaba.

"Un dia convidaron al cura á una fiesta que se celebraba en el pueblo de Pungarabato, que estaba á pocas leguas de la orilla opuesta del rio, le acompañé como de costumbre, y pasamos la noche en aquel pueblo.

"La mañana siguiente quiso el cura que regresasemos á la parroquia, y muy temprano nos pusimos en marcha; á las diez del dia llegamos á la márgen derecha del rio.



"Durante la noche habia caido una tormenta en la Sierra, y el rio venia extraordinariamente crecido.

"Era un espectáculo imponente; yo me habia criado en la orilla del mar, y sin embargo, aquella mole inmensa de aguas turbias y cenagosas, arrastrando entre sus ondas árboles seculares arrancados de raiz, casas enteras, toros, caballos, borregos, cerdos, gallinas; alzando de cuando en cuando oscuros penachos de espuma, chocando, retrocediendo, avanzando, arremolinandose, y sin ruido, sin estrépito, como si se deslizara en un acueducto de mármol bruñido, como si solo se estuviera soñando, como si no existiera realmente, me sobrecogió, me asombró.

"Creí que nadie se atreveria á pasar al otro lado, pero me engañé: pocos momentos despues de llegar, se presentaron dos hombres enteramente desnudos, ofreciendo su balsa para cruzar el rio.

"La balsa es un tejido de mimbres ó de carrizos, que tendrá vara y media en cuadro, y que se mantiene flotando sobre las aguas, merced á una multitud de calabazos secos y vacíos, que llaman bules ó balsas, que se le adhieren con cuerdas delgadas á la parte inferior: es imposible arrojarse al agua en mas frágil embarcacion; una tabla seria mas segura.

"No tiene bordes, es un trozo de estera que flota; el peso solo de un hombre la sumerje, hasta hacer brotar el agua entre sus mas unidas piezas; y durante la navegacion, las ondas pasan sobre ella, empapando siempre á los viajeros: los nadadores la impulsan y la dirijen.

"El cura estaba muy acostumbrado á pasar en la balsa, y sin embargo, ese dia preguntó:

—"¿Qué tal va el rio?

—"No está peor, contestó el balsero.

—"¿No nos llevará?

—"Cuándo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"El cura entró primero y se sentó, porque solo sentado se puede estar en la balsa: yo le seguí y me acomodé á su lado. Uno de los hombres comenzó á entrar al rio estirandonos, y otro por detrás impulsando suavemente. Mientras iban haciendo pié en el fondo, caminamos perfectamente; pero faltó tierra, y comenzaron á nadar: el movimiento era horrible, impulsos y sacudidas violentas que nos hacian vacilar; choques contra las maderas flotantes, que nos ponian en imminente riesgo; olas que pasaban sobre nosotros cubriendonos completamente. Yo estaba mareado; aquel movimiento del agua me desvanecia, apesar de estar acostumbrado al mar.

"Caminamos mucho tiempo, y yo observaba que las dos orillas estaban siempre á la misma distancia de nosotros, apesar de que nuestro movimiento se iba haciendo cada vez mas acelerado: alcé la cara á ver al cura, estaba pálido y rezaba en voz baja.

"Entonces comprendí lo que pasaba: los balseros no tenian fuerzas para atravesar, y la corriente nos arrebataba; el hombre que impulsaba la balsa, se quedó muy lejos sin poder alcanzarnos; el otro luchaba con el agua como un desesperado: era nuestra única esperanza, quizá podia salvarnos. Un madero que flotaba, chocó en su cabeza, el hombre soltó la balsa, se hundió y el torrente nos arrebató en el momento.

"Casi me es imposible describir lo que sentí y lo que sucedió entonces: la corriente nos arrastraba como una pluma; el movimiento y la velocidad eran espantosos; los árboles de la orilla parecian correr en direccion opuesta; pero pasaban tan rápidos, tan vagos, que semejaban una carrera infernal de fantasmas; las montañas perdian sus formas á nuestra vista, y el aire que ibamos rompiendo, nos hacia oir ruido y voces desconocidas y extrañas, y todo se envolvia en una especie de nube.

"No sé qué tiempo anduvimos asi; á mí me pareció muy largo y muy corto; de repente sentí crujir la balsa, y me encontré



envuelto en una masa de agua, al través de la cual descubria la luz; sentí un peso inmenso sobre todo mi cuerpo, y un rumor sordo y atronador; perdí el conocimiento. Habiamos caido en una pequeña catarata.....

"Abri los ojos y me encontré en la márgen derecha, enredado entre ramas, yerbas y troncos que el rio habia depositado alli en una presa natural formada por una vieja palma caida al pié de una ziranda colosal. El agua se habia retirado, y yo estaba salvado.

"Me levanté casi maquinalmente, busqué por todas partes á mi protector, ó al menos su cadáver, y nada: las ondas le habian llevado hasta el Océano, ó durante mi desmayo habia servido de pasto á los caimanes.

"Por algun tiempo permanecí en la orilla mirando el agua, sin saber qué partido tomar, ni adónde dirijirme: estaba yo en un lugar completamente desconocido para mí; habiamos caminado, arrastrados por la corriente, mucho tiempo y con una velocidad increible, que yo calculaba en mas de veinte leguas por hora; habian pasado á nuestro lado pueblos y rancherias; pero ni las habia visto nunca, porque nunca habia yo bajado el rio, ni me hubiera sido fácil reconocerlos, en la disposicion de ánimo que yo llevaba.

"Entonces me senté en el tronco de la palmera derribada por el torrente, y apoyé en mis manos la cabeza; estaba yo desnudo, porque es una propiedad de los rios desnudar en poco tiempo á los que arrebata.

"Meditaba mirando el suelo, y me pareció que entre las yerbas brillaba algo; me acerqué, y era una moneda de oro."

D. Bartolo y los demas que escuchaban la relacion, se miraron entre sí como asombrados.

"Me agaché á tomarla, y ya supondreis cuál seria mi asombro al encontrar cerca de ella otra y otra, y otra, y muchas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Comencé á cabar con las manos, y luego con una rama, y ahondando siempre, y siempre encontrando dinero.

"Habia alli una cantidad muy grande, muy grande, mas de lo que yo habia imaginado tener nunca, mas de lo que yo, hombre pobre y humilde, habia pensado que podia ver reunido nunca en el mundo.

"Yo pensé durante mi tarea, que aquel dinero debia haber sido enterrado alli, durante la guerra de Independencia, porque todos aquellos lugares están sembrados de tradiciones mas ó menos fantásticas, acerca de tesoros ocultos por los insurgentes, y casi no hay un solo individuo por alli, que no tenga una de estas historias que llaman *relaciones*.

"Yo estaba lelo; era una dicha superior á mi razon, y si el viento de la tarde, evaporando el agua que empapaba mis cabellos, no hubiera refrescado mi cabeza, creo que me habria vuelto loco con los acontecimientas de aquel dia.

"Aquel tesoro era mi porvenir y mi felicidad: yo no podia volver á Acapulco, pero podia radicarme en cualquiera otra parte, enviar en busca de mi muger y de mi hijita, y traerlas á mi lado, ya no á padecer, sino para verlas muy felices.

"Pero por el momento no veia yo modo de trasportar mi tesoro, ni lugar adonde llevarle; le acababa de adquirir, y ya tenia la zozobra de perderle; entonces determiné volverle á esconder, para venir en su busca cuando me fuera posible.

"Volví á enterrarlo en el mismo lugar, y como ya sabia yo que el rio lo habia descubierto una vez, para impedirlo la segunda, que hubiera sido mas fácil por estar la tierra recien removida, emprendi colocar sobre aquel lugar una gran piedra que estaba cerca.

"Debia tener aquella piedra muchos años de estar en aquel lugar, porque estaba profundamente adherida: alli seguramente habia crecido, porque, digan lo que quieran los sábios y los naturalistas, nosotros los que hemos vivido muchos años en los



bosques, y que conocemos las piedras y los árboles de nuestras montañas, como á unos amigos viejos, podemos asegurar que las piedras crecen hasta convertirse de jigas en grandes peñas, ó disminuyen hasta tornarse en arenas.

"A costa de mil esfuerzos llevé aquel peñasco, valiendome del auxilio de una palanca improvisada, y le coloqué en el lugar de mi tesoro; le acuñé con otras piedras pequeñas, y me puse á pensar los medios de salir de aquella situacion.

"Tomé todas las señales del lugar en que dejaba mi dinero: habia una vieja ziranda, á la derecha una palma en pié y á la izquierda una palma derribada por el torrente; no habia temor de olvidar ni de equivocar el sitio.

"Entonces me puse á caminar poco á poco, por la orilla, en contra de la corriente, no sin volver continuamente la cara para descubrir la palma y la ziranda. Caminé asi algun tiempo, hasta que ví venir por el rio, que estaba ya tranquilo, una canoa con cuatro hombres; les hice seña y se acercaron adonde yo estaba.

—"Amigos—les dije—¿no me hacen el favor de llevarme?

—"Vaya—contestó uno de los hombres enfadado—que nos haya llamado para eso, amigo; yo creí que era otra cosa: busque quien le pase, que nosotros vamos ocupados; vamos á ver si encontramos una balsa que se llevó el agua esta mañana con el señor cura de Coyuca y otro cristiano.

—"Pero oigame—le dije, viendo que volvia á remar para alejarse—si yo soy el que veniâ con el señor cura.

—"¿De veras? ¿á ver?—contestó saltando en tierra.

"Contéle cuanto habia pasado, y me recibieron en la pequeña canoa, que era un tronco enorme de parota, ahuecado por medio del fuego.

—"Siempre iremos mas adelante, á ver si sabemos algo del señor cura.

—"Oh, sí—contesté yo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Pasamos otra vez al lado de la palma y de la ziranda: el corazon me latia; se me figuraba que iban á descubrir lo que yo habia ocultado alli.

"Abordamos cerca de una rancheria; se quedó alli la canoa, y pié á tierra nos volvimos por la márgen izquierda, llegando en la noche al pueblo de Ziráندaro.

"La gente de aquel pueblo tan pequeño y tan retirado, puede servir de modelo por su caridad, su franqueza y su honradez: jamás un desvalido quedará allí sin amparo, y jamás un viajero dejará de recibir una hospitalidad tan generosa y desinteresada como la de los tiempos bíblicos.

"Todos se empeñaron en socorrerme: me dieron ropa, me alimentaron y me señalaron una buena casa por alojamiento, en donde una familia prodigó á mi desgracia las mas dulces atenciones.

"¡Bendito sea ese pueblo noble y hospitalario! Si los votos de la gratitud llegan al cielo, Zirándaro debe tener un porvenir de felicidad."

---

## XIV.

### El cerro de Barrabas.

Á poco tiempo de estár en Zirándaro, hice relaciones con un mozo soltero, sin familia, emprendedor, audaz, gran cazador de tigres, y nadador célebre en los contornos.

"Se contaban de él cosas maravillosas. Amaba á una muger, y ésta le manifestó deseos de conocer un tigre vivo: Torralva, que así se apellidaba, no contestó nada; al dia siguiente tomó su escopeta, y seguido de sus perros se internó en el bosque; nadie supo lo que pasó, pero el domingo siguiente, todo el pueblo, espantado, pudo ver frente á la casa de la novia de Torralva, dentro de una formidable jaula de madera, con toscas ruedas y tirada por dos borricos, un hermoso tigre que venia sin la mas leve herida.

"Torralva salia algunas mañanas á cazar patos á la orilla del rio: una vez, una muger que lavaba, dejó acercar mucho al agua á su hijo; el niño resbaló y cayó al rio; y cuando la ma-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Pasamos otra vez al lado de la palma y de la ziranda: el corazon me latia; se me figuraba que iban á descubrir lo que yo habia ocultado alli.

"Abordamos cerca de una rancheria; se quedó alli la canoa, y pié á tierra nos volvimos por la márgen izquierda, llegando en la noche al pueblo de Ziráندaro.

"La gente de aquel pueblo tan pequeño y tan retirado, puede servir de modelo por su caridad, su franqueza y su honradez: jamás un desvalido quedará allí sin amparo, y jamás un viajero dejará de recibir una hospitalidad tan generosa y desinteresada como la de los tiempos bíblicos.

"Todos se empeñaron en socorrerme: me dieron ropa, me alimentaron y me señalaron una buena casa por alojamiento, en donde una familia prodigó á mi desgracia las mas dulces atenciones.

"¡Bendito sea ese pueblo noble y hospitalario! Si los votos de la gratitud llegan al cielo, Zirándaro debe tener un porvenir de felicidad."

---

## XIV.

### El cerro de Barrabas.

Á poco tiempo de estár en Zirándaro, hice relaciones con un mozo soltero, sin familia, emprendedor, audaz, gran cazador de tigres, y nadador célebre en los contornos.

"Se contaban de él cosas maravillosas. Amaba á una muger, y ésta le manifestó deseos de conocer un tigre vivo: Torralva, que así se apellidaba, no contestó nada; al dia siguiente tomó su escopeta, y seguido de sus perros se internó en el bosque; nadie supo lo que pasó, pero el domingo siguiente, todo el pueblo, espantado, pudo ver frente á la casa de la novia de Torralva, dentro de una formidable jaula de madera, con toscas ruedas y tirada por dos borricos, un hermoso tigre que venia sin la mas leve herida.

"Torralva salia algunas mañanas á cazar patos á la orilla del rio: una vez, una muger que lavaba, dejó acercar mucho al agua á su hijo; el niño resbaló y cayó al rio; y cuando la ma-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre ocurrió, un caiman le arrebató con sus enormes mandíbulas. Torralva tiró la escopeta y se arrojó al agua con su puñal; no era ya posible salvar á la criatura, porque el mónstruo la habia devorado, pero era preciso matar al caiman, porque si estos animales llegan alguna vez á probar la carne del hombre, despues se vuelven terribles y peligrosos, porque ya no gustan de otro alimento, y atacan las canoas, y salen hasta las orillas de los pueblos y de las rancherias á comerse á los muchachos y á las mugeres.

Torralva nadaba como un pez, y trabó con el caiman un combate horroroso: el mónstruo se defendia sumerjiendose, dando colazos espantosos, sonando los dientes de una manera que hacia estremecer, y lanzando gritos aterradores, semejantes á los de un toro que huele la sangre del matadero: Torralva procurando estar siempre debajo del animal y esquivar un golpe, le abrió el vientre con su puñal, y el caiman, herido, salió como hacen todos ellos á morir en la ribera.

"Con este hombre llegué á tener una estrecha amistad.

"Yo no olvidaba mi tesoro: y un dia, para ver si álguien tenia noticia de él, hice recaer la conversacion sobre "dinero enterrado," como se dice allí.

—"Yo conozco un lugar en donde hay mucho dinero enterrado, díjome Torralva, y un dia hemos de ir á ver si sacamos algo.

—"¿En dónde? pregunté sobresaltado.

—"Mire usted, me dijo mostrandome hacia el Sur: ¿vé usted ese cerro tan alto y tan aislado? pues ese se llama el cerro de Barrabás: alli durante mucho tiempo tuvo su campo el general Guerrero; y teniendo que abandonarle, y no pudiendo llevarse una gran cantidad de dinero, lo arrojaron en unas grietas muy profundas que hay allí.

—"¿Pero será verdad?



—"Oiga usted; cuando el sol está derecho, por esas grietas se vé brillar el dinero en el fondo.

—"¿Y cómo no lo han sacado ya?

—"Eso yo no sé; será porque los mexicanos somos así: pregunte usted tambien ¿por qué no volvió el general Guerrero á buscar las minas de diamantes que todos estamos seguros de que encontró, y que sabia dónde estaban?

"Yo no supe qué contestar.

—"Pero ahora no se quedará así: mañana mismo convido á dos amigos y nosotros dos, y vamos los cuatro á ver qué sacamos: no se necesita mas que unas reatas largas.

—"¿Está lejos?

—"No; en un dia vamos y en otro volvemos: eso sí, andando récio.

—"Muy bien, irémos.

"Estaba yo de fortuna, y nada me parecia imposible.

"Amaneció el dia siguiente, llegaron los dos amigos, y nos pusimos en camino llevando nuestro itacate, que consistia en carne seca, tortillas gordas hechas con manteca, y esa harina de maiz preparada con dulce, que se llama "pinole"

"Todo el dia caminamos, y al caer de la tarde llegamos á la cima del monte.

—"Aquí dormimos, dijo Torralva, y mañana emprendemos la obra.

"Encendimos fogatas para librarnos de las fieras y de las víboras, cenamos alegremente, y nos dormimos tranquilos, fiados en la vigilancia de los sagaces perros de Torralva, que se pusieron como centinelas avanzados cerca de la lumbre.

"Antes que el sol saliera, estabamos en pié, y nuestro guia nos condujo á la grieta deseada.

"Enmedio de aquel cerro habia una especie de barranca profundísima, pero estrecha, estrecha casi hasta no permitir en algunos puntos la entrada á un hombre, y cortada perpendi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cularmente á pico, como si el cerro se hubiera dividido, como puede dividirse una esfera de cristal.

"Todos se comprometian á entrar; echamos suertes, y le tocó á Torralva: se ató la cuerda en la cintura, hizo la señal de la cruz sobre su rostro, y comenzó á bajar.

"Se deslizaba rápidamente apoyandose en las paredes de la grieta, y nosotros sosteniamos las reatas por precaucion. Así siguió bajando: apenas le distinguiamos, tan estrecha y oscura era la entrada á aquel precipicio.

"De repente sentimos un brusco movimiento, y luego nada.

—"Torralva, Torralva—gritamos espantados—¿ha sucedido algo?

—Nada—contestó él desde abajo—me iba á caer; pero me he quedado atorado, y no puedo ni subir ni bajar mas.

"Habia entrado en un lugar mas estrecho, como una cuña, y no podia moverse: por las oscilaciones de la cuerda, conocimos que hacia grandes esfuerzos.

—"¿Tiramos la cuerda?—le grité.

—"Sí,—contestó.

"Y nos pusimos á tirar como desesperados.

—"Te vamos á lastimar—gritó uno de sus amigos.

—"No importa: estiren, que si no, me quedo aqui.

—"Volvimos á tirar entonces con mas fuerza, y la cuerda se reventó.

"La cosa se iba poniendo séria; volvimos á anudar otra reata y bajamos la punta á Torralva.

—"Amárrate esa punta—grité.

"Y sentí que la tiraban del fondo.

—"¿Ya?—pregunté.

—"Ya—contestó Torralva.

"Volvió á suceder lo mismo, y en vano se repitió la operacion.

"Estábamos espantados: ¿qué hacer?



"Aquel hombre no podia salir de alli, y humanamente no era posible auxiliarle; no le podiamos tampoco abandonar.

"La situacion de Torralva, así como incrustado vivo en una peña y á una profundidad tan grande, adonde no podia llegarle socorro alguno, era espantosa.

"Se determinó que fuese uno al pueblo á pedir socorro, pero en esto se perdian dos dias; aquello era horrible.

"Comenzamos á descolgarle algo de comer en una servilleta, pero él lo rehusó, y nada quiso tomar; pasamos así el dia y la noche hablandole para consolarlo, pero él nos contestaba:

—"Si ustedes vieran de qué manera estoy, no guardarian esperanza.

"A la mañana siguiente, nos gritó pidiendonos su escopeta para matarse, y se la negamos.

"Le ofrecimos alimento, y se negó tambien á tomarlo.

—"No conseguiré si no prolongar mi agonía: ¿puedo yo vivir aquí?

"Llegaron en la tarde los del pueblo, con reatas, escaleras, luces, pero todo fué inútil; nadie pudo llegar á donde él estaba, y todos los esfuerzos para sacarle fueron vanos.

—"¡Ah qué corazones tienen! gritó: si ven que es imposible sacarme, ¿por qué me niegan mi escopeta? para verme morir desesperado.

"Aquello nos partió el corazon; uno de sus amigos amarró la escopeta en una reata, y le gritó:

—"Ahí vá la escopeta; pégate bien en la frente, no vayas á quedar herido.

—"Gracias, contestó Torralva, y se escuchó la detonacion.

"Todo habia terminado.

"Los perros de aquel desgraciado aullaban dolorosamente agitandose en el borde de la grieta y mirando al fondo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Todos dimos la vuelta al pueblo, cabizbajos y sin hablar una palabra; á los perros fué imposible quitarlos de allí: pocos dias despues, algunos curiosos fueron á ver el lugar de la desgracia, y aquellos fieles animales andaban en el cerro: acostumbrados á la caza, no les faltaba alimento, y al fin llegaron á ser tan completamente montaraces, que como unas fieras infundian miedo é impedian la entrada en aquellos lugares.

---

## XV.

### El incendio.

PASABAN los dias, y yo necesitaba salir de aquella situacion, sacar mi dinero para poder emplearlo, y sobre todo, para estar tranquilo.

"Con pretesto de pasear y de cazar á los caimanes que salen todos los dias á dormir á la orilla del rio á la hora en que es mas fuerte el calor del sol, me hacia pasar del otro lado y llegaba hasta el lugar de mi tesoro, determinado á sacar algun dinero para comprar mulas y sacos en que trasportarlo; pero siempre en el momento de emprender la operacion, me parecia que álguien me miraba, que me habian seguido, y lo dejaba para otro dia.

"Por fin me decidí, y pretestando un viaje de pocos dias, atravesé el rio, en la tarde me embosqué cerca de la ziranda misteriosa, y ya muy avanzada la noche cavé la tierra por un lado de la roca, saqué un poco de dinero, volví á cubrir y me dirijí á Huetamo, adonde llegué amaneciendo: compré allí seis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mulas aparejadas, y en la tarde salí calculando el tiempo para llegar á media noche al rio.

"Todo salió como lo habia meditado; eché el dinero en unos sacos, cargué las mulas, las "mancorné" como se dice por allá, unas con otras para que no se estraviara alguna, y eché á caminar buscando el rumbo de México, adonde no habia yo venido nunca, pero adonde era preciso llegar.

"El dinero estaba colocado de tal modo en los aparejos, que parecia que nada iba en las mulas.

"Tres dias llevaba yo de camimo, y tomando guías en los ranchos iba perfectamente.

"Al cuarto dia por la mañana habia caminado ya cinco leguas, y estaba en un bosque de espinos y de chaparros: la yerba y la maleza estaban completamente secas con los ardores del sol, y eran tan espesas que podian ocultar á un hombre.

"Iba yo absorto en mis meditaciones, cuando sentí pasar como una sombra sobre mi cabeza; era humo.

—"Muchacho, dije al guía: ¿hay por aquí algun rancho?

—"No.

—"¿Pues y este humo?

—"Será de alguna roza.

"Llaman por allí roza, el terreno en que para sembrar se desmonta y se quema la maleza.

"Seguiamos caminando, pero el humo se iba haciendo mas denso.

—"Se está quemando el monte, dijo el guía.

—"¿Pues qué hacemos?

—"Nos irémos yendo mas aprisa: no nos vaya á alcanzar.

"Trotamos, pero el viento nos seguia, y con él las llamas que avanzaban con una velocidad increible.

"Galopando atravesamos una barranquilla.

—"Aquí no pasa la lumbre, dijo el muchacho.



"En efecto, á poco llegó á la orilla, y se detuvo: yo estaba ya tranquilo.

—"Ahora sí pasa, gritó de repente el guía.

—"¿Y por qué? pregunté yo.

—"Mire usted á los cuervos y á los zopilotes que ya están ahí.

—"¿Pero eso qué importa?

—"Mírelos usted.

"Entonces ví lo que no hubiera creido: los cuervos y los zopilotes llegaban al lugar del incendio, tomaban brasas ardiendo en el pico y las pasaban del otro lado; las arrojaban entre la yerba seca, y agitando las álas, soplaban el fuego, hasta que brotando la llama, el incendio se propagaba. Comprendí entonces porqué duran tanto aquellos incendios en la Tierra Caliente.

—"¿Y por qué harán eso?—pregunté al guia.

—"Porque asi salen los animales de la yerba, como los conejos, las víboras, las higuanas, y ellos tienen que comer sin trabajo.

"En efecto, de aquel mar de fuego salian, espantados, multitud de animales de todas clases: los toros y las vacas bufando furiosos; los venados, los lobos, los coyotes, las víboras, las higuanas, todos revueltos, en confusion: sin atacarse, sin mirarse siquiera; el humo formaba una densa nube, y una inmensa cantidad de aves de rapiña se cernian sobre el lugar de la catástrofe.

—"Ahora sí nos alcanza el fuego—dije al guia.

—"Puede que sí—contestó.

—"¿Qué hacemos?

—"¿Tiene usted lumbre?

—Sí, tengo unos cerillos.

—Pues deme usted unos.

"Le dí la cajita, él encendió dos ó tres cerillos juntos, y co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menzó á incendiar tambien en derredor nuestro la yerba en varios puntos.

—"Pero ¿qué haces bárbaro?—le dije.

—"Ya verá usted.

"Las llamas se alzaron amenazadoras en nuestro derredor; pero luego, buscando alimento, se inclinaron y comenzaron á correr en todas direcciones, como un círculo que se ensancha rápidamente, como esas olas que forma la superficie de un lago al caer en ella una piedra.

"Pocos minutos despues nos encontramos enmedio de un terreno seguro del fuego, porque todo el combustible habia desaparecido, y á lo lejos, las llamas que iban y las que venian avanzando, se encontraban, se estrechaban, se retorcian como dos serpientes que luchan y se estinguían.

"Permanecimos alli un poco para dejar enfriar el piso de la vereda, y despues continuamos nuestro camino.

"A los diez dias de viaje, llegué á México, tomé un cuarto bajo en un meson, enterré mi dinero en mi mismo cuarto debajo del viejo entarimado, y vendí mis mulas.

"Con el precio de ellas determiné mantenerme para ir poco á poco entrando en negocios; la suerte siguió siendome favorable, y de uno en otro contrato y de una en otra relacion, empleando prudentemente mi dinero, al cabo de pocos años llegué á la situacion en que ustedes me ven.

"Por supuesto que no descuidé mandar en busca de mi muger y de mi hija: varias veces fueron por mi cuenta á la costa, y nunca pude tener mas noticias si no que habian desaparecido de Acapulco.

"Por fin mis negocios me hicieron contraer relaciones con el Sr. D. Felipe Mondragon; tuvimos una amistad íntima, y conociendo parte de mis desgracias, me aconsejó que me valiese de un amigo nuestro, D. Celso Valdespino, el cual generosamente se ofreció á ir en busca de mi familia.



"Algunos meses ha pasado por la costa, escribiendome á veces cartas que me llenaban de esperanza, y á veces noticias que me causaban el mas profundo desconsuelo.

"Volvió por último á México; y con los buenos datos que adquirió y ayudado de sus rectas intenciones y de su clara inteligencia, encontró á esa hija que tantos años lloré perdida.

"Esta es señores mi historia: en cuanto á D. Celso, aunque esta clase de servicios con nada se pagan, hoy para mostrarle mi gratitud, le he enviado los títulos de propiedad de una casa en la calle de Mesones, que puede producirle una renta de trescientos pesos cada mes."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO SEXTO.

## FUEGO, SANGRE Y EXTERMINIO.

### I.

### El 11 de Abril.

—Creo que nuestras tropas se han retirado de Tacámbaro, y que nos lo vamos á encontrar solo.

—O tal vez esté ocupado por el enemigo: en Tusantla nos dijo uno que los belgas se dirijian para este punto.

—Es preciso tener muchas precauciones, no vayamos á dar en la boca del lobo; yo conozco poco este terreno.

—Pero quien lengua tiene á Roma vá.

Este diálogo lo sostenian dos hombres que bajaban tranquilamente por la cuesta del Toro, que dista poco menos de dos leguas de Tacámbaro, por el camino de Zitácuaro.

A fuer de hombres francos, y para no hacer de ello un misterio, al lector debemos confesarle que eran no mas que Jorge y Murillo que regresaban de México buscando su Cuartel general.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mira, dijo Jorge: por allí veo á un hombre á caballo, y ese puede darnos razon.

—Es soldado, porque distingo el mosquete.

—¿Será de los nuestros?

—Quién sabe; por sí ó por no, lo mejor será ir rodeando esta loma, y salirle de repente.

—Nos emboscarémos detras de esos encinos, á ver si viene solo.

—Pero pronto, que puede vernos.

Los dos se ocultaron tras un grupo de encinos, y amartillaron sus pistolas.

El hombre seguia acercandose confiadamente, y segun su trage debia ser un chinaco; pero no era seguro que lo fuese, porque tambien el imperio tenia soldados de blusa y sombrero ancho.

El caballo subia poco á poco la cuesta, deteniendose de cuando en cuando á tomar resuello; el ginete le dejaba hacer, no tenia prisa, y se divertia en cantar.

Los chinacos son cantadores como zenzontles, en el camino, en el campamento, en todas partes; y cuidado que tomen una cancion á su cargo, que todo el dia y toda la noche se oirá por todos lados.

Entonces su cancion se llamaba la "Churumbela."

—Viene cantando, dijo Jorge.

—La Churumbela, contestó Murillo.

—Entonces es nuestro.

—Oiremos.

El hombre cantaba:

"Dicen que vienen los belgas
Bajando por el Parral;
Que vengan ó que no vengan,
Por nosotros es igual.



Churumbela de mi vida,
Churumbela de mi amor,
A la guerra van los hombres,
¡Válgame Dios! ¡qué dolor!"

—Gallo, exclamó Murillo.

—Gallo, mi asistente, repitió Jorge.

Y salieron de su emboscada.

—¿Quién vive? gritó Gallo con una voz estentórea, templando las riendas y sacando rápidamenie el mosquete.

—República, contestaron los otros.

—¿Qué regimiento?

—Zitácuaro.

Gallo se acercó sin bajar el mosquete, apesar de ver á los otros con ademanes tan pacíficos.

—Gallo—dijo Jorge.

—¡Mi capitan!—exclamó el soldado con una alegría que nadie en el mundo hubiera supuesto fingida—Señor Murillo ¡qué gusto! ¡ah, cómo los han extrañado! Yo estoy en un cuerpo; pero ahora me vuelvo con mi capitan.

Y abrazaba á los dos oficiales, una y otra vez, y los veia y volvia á abrazarlos.

—¿Qué hay por acá de nuevo? preguntó Murillo.

—Que los belgas están en Tacámbaro.

—¿Y los nuestros?

—En Turicato: aqui cerca está la escolta del general en gefe, y toda la infanteria anda por Zinapécuaro.

—¿Tú adónde vas?

—Yo vine á explorar, y voy á ese cerro, desde donde se divisa muy bien, á pasar alli la noche, y mañana temprano á Turicato.

—Entonces esta noche nos quedamos aqui contigo, y mañana nos vamos á ver al general en gefe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues vamos, dijo Gallo, y echó á andar por delante.

Siguiendo á Gallo, que atravesaba el monte sin llevar camino señalado en la tierra, llegaron los oficiales á un cerro elevado, que desprendiendose de la cordillera, se avanzaba dominando á los que le rodeaban, como un observatorio.

Gallo se apeó y comenzó á desensillar los caballos de Jorge y de Murillo, que le habian imitado.

—Pero hombre, dijo Jorge, ¿qué es cosa de desensillar?

—Sí señor; ahora verá usted.

Tan cerca del enemigo.

—Si no sacan ni las narices: mire usted, aqui podemos verlo todo y dormir seguros; no hay mas subida que la que hemos traido, y desde aqui se descubriria una fuerza desde que saliera de la plaza; vea usted, todavia hay buena luz: Tacámbaro está entre dos cerros elevados; pero ese del camino de Morelia domina completamente.

—¿Y lo tienen ocupado?

—No señor; tienen poca caballeria: serán ochenta dragones imperiales y cuatrocientos infantes belgas; tienen un cañon de montaña frente á la Parroquia; esta noche duerman tranquilos, yo respondo.

—¿No tienes algo que comer por ahí?

—Tortillas.....queso.....carne.....aqui no estamos como en Zitácuaro.....tengo un trago de mescal, puros.....

Y conforme nombraba algo, lo iba sacando, como comprobante, de dos alforjas que colgaban á los dos lados del arzon de la silla.

Los oficiales traian tambien algo de provisiones, y comieron alegremente.

La noche cerró y comenzó el frio. En una hondonada y fuera de la vista de la ciudad, se encendió una hoguera, y los dos jóvenes se acomodaron para dormir, fiados en la vigilancia del asistente. La edad y el cansancio lo exijian, y estaban cayendose de sueño.



—¿Vamos á dormir? dijo Jorge.

—Sí, pero creo que voy á soñar á D. Leonardo Márquez.

—¿A Márquez? ¿y por qué?

—¿No te acuerdas que mañana estamos á 11 de Abril, aniversario de los célebres asesinatos de Tacubaya?

—En efecto, mañana es el aniversario de un dia bien triste; y sin embargo, no sé por qué, pero el corazon me anuncia algo de bueno, y lo espero; ¡es tan noble siempre el corazon.....!

—¡Ojala! contestó Jorge distraido.

La noche habia cerrado completamente, y soplaba un viento terrible; los árboles se agitaban doblandose algunas veces como dominados, y enderezandose luego como para luchar de nuevo, produciendo un rumor semejante al de un mar agitado.

De cuando en cuando una ráfaga mas violenta que las otras arrancaba de raiz algunos arbustos, ó deshacia algunos montones de maleza y hojas secas, de esos que se forman sin saberse como en los bosques; y arrastrados estos despojos, cruzaban entre los troncos de los árboles, como reptiles que huyen en bandadas.

Al pié de la roca en que fijaron su asilo Jorge y Murillo, se perdia la vista en una densa oscuridad, entre la que brillaba vacilante la luz de alguna casa, y el mismo rumor de los árboles y del viento subia remedando siempre el ruido del mar.

—¡Cómo me recuerda ese rumor del viento el ruido del Océano! dijo Jorge.

—¿Te gusta mucho el mar?

—Me encanta, sobre todo de noche. Algunas veces, cuando vivia tranquilo en mi casa, me embarcaba á media noche en una lancha ligera, con dos vogas que remaban sin hacer ruido, y me llevaban mar adentro, mar adentro, hasta perder el ruido que hacen las aguas contra las rocas, hasta que los tumbos no interrumpian aquel silencio divino: entonces, sentado en la po-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pa, sin ver nada, sin oir nada, sin sentir mas que el movimiento de las aguas, entonces pensaba..... pensaba.....

—¿Y en qué pensabas?

—¡Caramba!..... ¡en Dios!.....

Los dos callaron; y como si la respuesta de Jorge hubiera sido la señal del silencio y el punto de la meditacion, no se volvieron ya á dirijir la palabra; y arrullados por el rumor de la arboleda y pensando quizá en Dios, se durmieron. Murillo soñó que volvia á ver á Leonor; Jorge, que Alejandra y Elena lloraban, y que él no se atrevia á consolar á ninguna por temor de la otra.

El que duerme en un monte sin mas toldo que el firmamento, despierta siempre antes que llegue la luz, porque la aurora tiene allí por mensajeros, no á los blandos céfiros perfumados de que hablan los poetas que nunca han visto la rosada aurora, sino un vientecillo penetrante y frio que se cuela hasta la médula de los huesos, y ante el cual huye Morfeo á toda rienda y sin ninguna consideracion.

Los oficiales durmieron hasta que llegó lo que se llama la madrugada, y con ella el viento y con él el frio.

—Vamos; arriba, Murillo, dijo Jorge.

—Vamos, contestó Eduardo sentandose.

La hoguera ardia aun, y junto á ella estaba el asistente, tan despabilado como si fuera medio dia.

—Mi capitan, dijo con una sonrisa de franqueza y de satisfaccion que daba gusto: ¿se desayunan?

—¿Qué tienes por ahí? preguntó Jorge.

—Pues lo de anoche.

Calentáronse las tortillas; y estaban desayunandose alegremente, cuando por el lado de Tacámbaro, un relámpago brilló entre la bruma de la mañana, y se oyó luego el estampido de un cañon.

## II.

### El asalto.

—¡Fuego! gritó Murillo: ese fué cañonazo.

—Otro, dijo Jorge.

—¿Será salva? preguntó Gallo.

—No, qué salva; ataque á la plaza: miren los fogonazos de la fusileria. Ensilla pronto.

En un momento los caballos estuvieron listos; entretanto el fuego se hacia cada vez mas activo en la plaza; la mañana aclaraba, los fogonazos se distinguian menos, pero eran ya perceptibles las columnas de los republicanos que bajaban por el camino de Morelia, y la reserva, que inmóvil y amenazadora coronaba el cerro que domina la ciudad por el lado del Norte.

—Guíanos, dijo Jorge á Gallo.

El asistente, sin contestar, salió al trote, seguido por los dos jóvenes, y en menos de media hora estaban ya en el lugar del combate.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La lucha era encarnizada: los belgas, reducidos al centro de la poblacion, se defendian como unos héroes, y las tropas del general Régules atacaban como unos valientes.

Jorge se puso á la cabeza de un grupo de infantes que avanzaban por una de las calles que conducen á la plaza; el oficial que los mandaba, habia caido herido, y Jorge le reemplazó.

Dentro de una casa se defendia obstinadamente el enemigo. Los infantes republicanos ganaban terreno poco á poco, caminando tan pegados á las paredes como si se embarrasen en ellas; Jorge enmedio de la calle los arengaba y animaba; pero la tropa estaba ya vacilando, cuando apareció un refuerzo que á paso de carga entraba á la calle enmedio de una lluvia de proyectiles. Un gefe venia á la cabeza con un revólver en la mano.

—Robredo, dijo Jorge.

—Jorge—contestó Robredo llegando á su lado y estrechandole la mano: adentro.

—Adentro, adentro, muchachos: ¡Viva el coronel Robredo!

—¡Viva! gritó la tropa; y se lanzaron los soldados furiosos sobre el enemigo.

Una descarga cerrada contestó á sus gritos, y Robredo cayó atravesado de dos balazos; un soldado le arrebató en sus brazos y le sacó del combate, y un cuarto de hora despues, Luis Robredo no existia.

—A vengar al coronel, gritó Jorge.

La tropa contestó con un rugido de rabia; las puertas de la casa cayeron, el fuego se apoderó de los techos, y entre el humo y las llamas se escuchaban las descargas de la fusilería y el estampido de los cañonazos del combate que se empeñaba en la plaza mayor de la ciudad.

Los ayudantes pasaban á escape comunicando órdenes: los cuerpos de caballería al trote largo, cruzaban las calles bajo el fuego mortífero que hacian los belgas desde las alturas, y el ruido acompasado de los guaraches de la infantería, aumentaba el horror de la escena.



No hay casi nunca en nuestros combates esos gritos lastimeros de los heridos, de que hablan todos los que describen batallas; nuestros soldados caen y mueren sin quejas, y sin lamentos, y sin escándalos; caen y mueren como deben caer y morir los valientes, silenciosos y resignados.

Jorge avanzó seguido de su tropa enmedio de las llamas; los que defendian aquel punto, cayeron prisioneros, y era ya preciso salir, porque todas aquellas casas ardian.

—Mi capitan, dijo un soldado, ahí dentro se está quemando una muger.

—¿Cómo?

—Grita mucho.

—¿Por dónde?

—Por allí.

Y el soldado mostró á Jorge por donde habia oido los gritos.

—Sargento, dijo Jorge, cuide usted á esos prisioneros; y apretandose el sombrero, se lanzó en la direccion que le indicó el soldado.

Atravesó algunas piezas que estaban ardiendo, y llegó hasta una especie de patio cercado por altas paredes, y en donde pudo distinguir, enmedio del humo, á una muger arrodillada. Se acercó á ella; casi estaba sofocada: la tomó en sus brazos, y echó á correr buscando la salida. El humo que penetraba en sus ojos, le producia en ellos un ardor tan grande, que le era casi imposible abrirlos, y esto hacia su situacion mas difícil; pero casi á ciegas continuaba avanzando: una lengua de fuego llegó hasta él como buscandole, sintió en su espalda el calor, y oyó ese ruido particular que se escucha cuando se queman nuestros cabellos.

Casi le faltaba el aliento, cuando se encontró ya en la calle y en los brazos de los soldados.

—Agua, que me ahogo—dijo.

—Aire mejor, y luego será el agua—dijo Murillo llegando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á su lado. A ver dos soldados que metan á esa muger desmayada á esa casa; recomiéndela usted, sargento.

—Jorge, ¿estás mejor?

—Sí; pero aun no puedo abrir los ojos: me arden y me lloran tanto con el humo.....

—Pronto pasará..... pero calla, que estás chusco con todo el pelo quemado.....

Un ayudante llegó en este momento.

—Que se reconcentre toda esta tropa á la plaza, porque el enemigo está reducido á la Iglesia.

Jorge y su amigo recojieron toda la fuerza que pudieron, y llegaron á la plaza.

Los belgas seguian defendiendose en la Iglesia; pero la Iglesia y las casas de los alrededores ardian. La plaza estaba llena de cadáveres: el coronel Villada estaba herido; Régules habia tenido dos caballos muertos, y multitud de oficiales estaban ya fuera de combate.

Por fin, las fuerzas independientes se lanzaron sobre la Iglesia, y la guarnicion de la plaza se rindió á discresion.

El 11 de Abril de 1865 debia ser en lo de adelante un dia de gloria para Michoacan.

—Por poco me muero asado—decia Jorge á su amigo, algunas horas despues del triunfo.

—Pero salvaste de las llamas una buena moza.

—¿De veras era bonita?

—Vaya—¿Pues no la viste?

—No: ¿qué habia de ver, si el humo me cegaba?

—¿Quieres conocerla? vamos.

—¿Dónde está?

—No sé; pero este sargento nos dirá, que á él se la recomendé.—Sargento, ¿dónde se quedó la muchacha que sacó esta mañana el capitan, de la quemazon?



—Mi capitan, no le podré dar á usted las señas; pero yo le llevaré.

—Pues vamos.

—Por aquí, dijo el sargento, entrandose por un callejon y llevandolos hasta una casita aislada que estaba cerca de la orilla.

—Aqui es.

—Bueno; vete á tu cuerpo.

Una viejilla estaba parada en la puerta.

—Señora—dijo Murillo—¿me hace usted el favor de decirme si está aqui una señora que trajeron privada esta mañana dos soldados?

—Sí señor.

—¿Me hace usted el favor entonces de decirle que el oficial que la salvó, tiene deseos de saludarla?

—Pasen ustedes, dijo la anciana.

Entraron á una pieza que tenia el pavimento de tierra suelta, y las paredes de adobes, sin pintura y sin argamasa de ninguna especie, oscura y triste. Una banca, dos taburetes y una mesa de madera sin pintar, constituían todo el menaje propio de la casa; pero habia por todas partes bultos de ropa y muebles en desórden, que indicaban que alli se habia depositado gran parte de todo lo que los vecinos habian logrado salvar del incendio: todo aquello entristecia.

—Aqui está, dijo, entrando la dueña de la casa, seguida de una jóven.

Los dos oficiales se acercaron: Jorge un poco atrás y Murillo por delante y como presentandole.

—¡Alejandra!—exclamó Jorge, palideciendo de emocion.

—¡Jorge!—gritó Alejandra, arrojandose en sus brazos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡*Tableau!*—dijo Murillo socarronamente cruzando los brazos y queriendo finjir que no se conmovia—estamos en pleno drama.

La vieja, como quien dice, esto no va conmigo, se habia vuelto á parar á la puerta de la calle, mientras por la interior asomaban multitud de cabezas y de caras que mostraban á legua la curiosidad.

## III.

### Sin novedad.

MARGARITA llegó á México, y allí recibió de manos de Murillo los capsules que debia conducir al campo republicano.

La vigilancia de la policia francesa era increible: nada salia por las garitas sin un escrupuloso registro, y desgraciado de aquel á quien se le llegaba á encontrar algo que infundiera sospechas á los gendarmes: la Córte Marcial daba muy pronto cuenta de su persona.

Margarita determinó jugar el todo por el todo: compró unos burros viejos á unos carboneros, y en los aparejos repartió la carga; dos muchachos de confianza que la habian acompañado desde Zitácuaro, se disfrazaron de carboneros, llenandose la ropa, las manos y la cara, de ese polvo menudo que llaman cisco las mugeres, y se lanzaron resueltamente á las calles, arreando sus burros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡*Tableau!*—dijo Murillo socarronamente cruzando los brazos y queriendo finjir que no se conmovia—estamos en pleno drama.

La vieja, como quien dice, esto no va conmigo, se habia vuelto á parar á la puerta de la calle, mientras por la interior asomaban multitud de cabezas y de caras que mostraban á legua la curiosidad.

## III.

### Sin novedad.

MARGARITA llegó á México, y allí recibió de manos de Murillo los capsules que debia conducir al campo republicano.

La vigilancia de la policia francesa era increible: nada salia por las garitas sin un escrupuloso registro, y desgraciado de aquel á quien se le llegaba á encontrar algo que infundiera sospechas á los gendarmes: la Córte Marcial daba muy pronto cuenta de su persona.

Margarita determinó jugar el todo por el todo: compró unos burros viejos á unos carboneros, y en los aparejos repartió la carga; dos muchachos de confianza que la habian acompañado desde Zitácuaro, se disfrazaron de carboneros, llenandose la ropa, las manos y la cara, de ese polvo menudo que llaman cisco las mugeres, y se lanzaron resueltamente á las calles, arreando sus burros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mientras no salian del centro de la ciudad, habia muy poco que temer, nadie paraba en ellos la atencion; mas conforme se iban acercando á la garita, la duda, el temor y la zozobra, iban siendo mayores, y aquellos muchachos se habrian desalentado, á no haberlos animado Margarita.

Las mugeres, en lo general, son tímidas; pero cuando llegan á decidirse, ningun hombre puede igualarlas en resolucion.

Adan tuvo al alcance de su mano la célebre manzana, y solo Eva tuvo valor para cortarla. Un hombre no se atreveria á casarse si las obligaciones en el matrimonio estuviesen invertidas. Hay monjas, porque las monjas son mujeres: los hombres no tendrian valor ni resolucion para hacer y cumplir esos votos.

Llegaron por fin á la garita: unos soldados tomaban perezosamente el sol, sentados sobre unas piedras, y unos oficiales platicaban bajo un portal con unas mujeres, y compraban dulces que les ofrecia un vendedor en un cajoncito cubierto con una servilleta blanca como nieve; frente á la oficina de la garita, habia mulas, burros y carretones, que sufrian el doble y escrupuloso registro de la Aduana y de la policia: los conductores, sentados tambien en las piedras, en los postes, ó en los mismos carretones, esperaban con una paciencia, que si no era verdadera, al menos estaba perfectamente imitada, que les dieran el superior permiso para continuar su camino.

Todo esto se hace, por supuesto, "para evitar contrabandos y protejer asi al comercio, impidiendo el desequilibrio en la balanza mercantil, con fraude y perjuicio del erario, que es la gran fuente y el centro de la circulacion." Dios se lo perdone á los economistas y á los legisladores.

Nuestros conocidos se escurrian bonitamente por aquel gentio, deslizandose, ya entre los sencillos carretones de leña, ya en los pesados carros que venian del Interior con lana, ya entre las gordas y soberbias mulas que llegaban de Morelia, con azúcar y piloncillos, y ya entre los pobres borricos que del rumbo de Santa Fé traian carbon, tablas y tejamanil.



Pero uno de los soldados logró verlos, cuando ya casi estaban en salvo.

—Ahí se van pasando unos burros de carbon, gritó por una ventanita que daba al camino y correspondia por dentro al despacho del alcabalero.

Margarita sintió que se le hundia el mundo á sus piés; los muchachos habrian corrido, si se hubieran sentido con fuerzas para ello: un empleado de pantalon color de huevo, chaqueta de alpaca gris y sombrerito de fieltro, salió de la oficina, buscando como un toro en el redondel, adónde debia dirijir el golpe, y á pocos pasos vió á Margarita con sus muchachos y sus burros, que se habian detenido al escuchar la denuncia del soldado.

—Hola! pícaros, ¿con que se queria estafar el peaje?

—No señor—dijo temblando uno de los muchachos.

—¿Pues para qué se pasaban?

—Si no nos pasábamos: lo que sucedió fué que por allí no podiamos acercarnos.

—Bueno, bueno: debian ser dos reales por cuatro burros; pero ahora por la multa, serán diez.

—Pero señor.....

—No hay pero, bribon: diez reales, ó les embargo los burros.

Margarita comprendió que dar luego la multa seria hacer entrar en sospechas al garitero, y prefirió finjir.

—Señor, somos muy pobres..... no nos ibamos á ir..... siquiera cuatro reales no mas.

—Qué pobres, ¡pobres! y con cuatro burros y un caballo. Ustedes siempre tienen dinero, y siempre se lloran pobres; donde lloran está el muerto. A ver, á ver los diez reales, que tengo que hacer.

—Señor, por vida de usted, por vida de los niños.

—Si yo no tengo niños.

—Por vida de su mamá.

—Vamos..... yo no tengo madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—"Ni madre tiene," dijo maliciosamente un soldado que escuchaba el diálogo; y todos los otros soldados soltaron una carcajada, porque entre los soldados no tener ni madre, es como estar destituido de todo lo bueno en el mundo; es como ser un perdido. El garitero volvió con enfado la cabeza para ver quien habia dicho el chiste; pero el soldado no le hizo caso.

—¿No dan los diez reales? Pues que metan los burros á la Aduana, dijo tomando por el ronzal á uno.

—Sí señor, sí señor—contestó espantada Margarita: entrégalos, dijo á uno de los muchachos.

El muchacho se desató una de las puntas de su faja, y en ella estaba envuelto y anudado cuidadosamente un poco de dinero; serian tres pesos: tomó diez reales, y los entregó al empleado.

—¿Qué tal?—dijo éste—¿no decian que estaban tan pobres? Ustedes son llevados por mal, y el que se vuelve miel, se lo comen. Váyanse: ahora fueron diez reales, pero otro dia pierden sus burros; con que largo de aquí.

La caravana volvió á emprender su marcha.

Caminaron todo el dia, hicieron parada en un rancho, y muy temprano salieron. A cosa de las nueve pasaron por un pueblito: era domingo, el pueblo estaba en animacion, daban la segunda llamada para la misa. En los pueblos se llama á misa tres veces, y en cada vez dura la llamada un cuarto de hora.

Al frente de algunas casas, en la calle, habia grandes hogueras en donde se calentaba agua en respetables calderos de cobre. Allí la escena era curiosa: muchachos, mugeres, hombres y perros, formaban un círculo en derredor del caldero; el dueño de la casa, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, y lleno de sangre, con un enorme cuchillo en la mano, entraba y salia, atizando el fuego,sin hacer caso de nadie; y suspendido por los piés, de un morillo que se apoyaba contra una de las paredes, derramaba la última gota de su sangre, el inocente mártir de aquella funcion, un gordo y bien cuidado cerdo.



Los cerdos se matan en los pueblos los domingos, y en ese dia se alborotan los gastrónomos rústicos, porque hay chicharron, y carnitas, y longaniza; y los muchachos consentidos del dueño de la matanza, tienen facultad de echar un pedazo de pan á freirse en aquel inmenso lago de manteca.

Los escuderos de Margarita eran antojadizos, y en premio de su fidelidad, fué preciso consentirles que se detuviesen á comprar algo de todo aquello, para que siguieran mas contentos.

A los ocho dias de camino descubrieron el cerro del Cazique, y Zitácuaro apareció á los ojos de la ansiosa Margarita, como el faro de salvacion.

Habia cumplido su encargo, y estaba salvada.

Llegaba, como dicen los soldados..... "sin novedad."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IV.

### Lo que pasó en Zitacuaro.

MARGARITA habia faltado tres meses de Zitácuaro, y cuando volvió á verlo se horrorizó.

En donde antes se levantaba la ciudad alegre y bulliciosa, quedaba solo un monton de ruinas ennegrecidas por el humo, y entre las cuales brotaba ya la calabacilla silvestre y la malva: alguno que otro vecino cruzaba por aquel campo de desolacion, y una que otra familia vivia entre aquellos escombros, en chozas improvisadas de madera y de ramas.

Los pueblos que formaban los alrededores, tan laboriosos y tan patriotas, habian desaparecido tambien, y en toda la extension que alcanzaba la vista, no se descubria ni un rebaño de ovejas, ni una yunta, ni siquiera un caballo paciendo sobre la yerba. Soledad, tristeza y desolacion.

¿Qué habia pasado?

Hé aquí lo que Margarita pudo averiguar:



La legion belga, en union de una pequeña brigada de imperialistas, llegó á Zitácuaro, que fué desocupado por la corta guarnicion republicana que la custodiaba; los belgas entraron sin resistencia, y estaban seguros, apesar de las escaramuzas que no faltaban casi en todas las noches. El grueso del ejército republicano expedicionaba entonces por Tacámbaro.

Pero una idea infernal nació en el cerebro del gefe belga. Determinó evacuar la plaza, incendiando la ciudad y los pueblos vecinos.

Algunos acusan á Carlota, la archiduquesa, de haber mandado la órden para que se llevara á efecto una providencia tan infame; otros suponen que fué un pensamiento de Van-der-Smisen: lo cierto del caso es que se puso fuego á Zitácuaro.

Algunos comerciantes que no habian podido sacar sus efectos, recibieron órden de llevarlos á la mitad de la plaza mayor para salvarlos del incendio, porque los necesitaban los belgas, y la quemazon se practicó como un trabajo organizado.

La oficialidad se espantó de aquello, se horrorizó de tanta barbárie, y se reunió en la casa de uno de los capitanes con objeto de declarar demente al coronel y destituirle del mando, avisando inmediatamente á Maximiliano: los soldados estaban á punto de sublevarse, y nadie sintió tranquila su conciencia despues de aquel rasgo de ferocidad.

Las llamas envolvieron á la ciudad; el humo en densas y negras nubes ocultaba el firmamento; los árboles crujian y se desgajaban; anchas grietas se abrian en las paredes que resistian al impulso del voraz elemento; y el ruido de los derrumbamientos y el polvo que se confundia con el humo, hacian de aquel espectáculo un cuadro digno del infierno.

Desde los peñascos de la loma de la Palma, desde las mesetas del cerro de Camémbaro, desde los encinales que cubren la falda del Cazique, los pobres vecinos de Zitácuaro vieron á su ciudad como una hechicera de los tiempos de la edad media,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agitarse entre las llamas, estremecerse, consumirse, desaparecer..... y luego..... un manto de ceniza como un sudario, tenderse sobre el antiguo recinto de la ciudad heróica.

La furia de los invasores no estaba saciada.

Salieron expediciones á los pueblos de los alrededores, como á una partida de caza, y todo lo incendiaron, casas, trojes, semillas, sementeras: allí se mataba todo lo que se movia y que no podia ser arrebatado por ellos, ya fuese un hombre, ó un niño, ó una muger, ya un perro, un cerdo ó una gallina. Las cenizas marcaron el lugar de las habitaciones, los cadáveres el lugar de las calles.

Entonces aquella columna se retiró de Zitácuaro, pero como nos dice la Historia Sagrada de los viajes de los Patriarcas, llevando sus camellos, y sus bueyes, y sus corderos y sus ovejas.

La columna llevaba á su retaguardia un número increible de animales que habian pillado en aquellos desgraciados contornos: mulas, caballos, toros, vacas, ovejas, borricos, y sin cuidado, y sin vigilancia. Aquello era el botin de una ciudad, de un pais entero, en el que hubiera entrado á saco el ejército de Atila.

Los soldados vendian en el camino un buey por cuatro reales; cambiaban una oveja por una tortilla, por una cajetilla de cigarros, por un vaso de aguardiente. Solo viendolo, podia creerse en aquel vandalismo, en aquel espantoso desórden.

Si nuestra imparcialidad no fuere suficiente garantia de la verdad de los hechos que referimos, todo el Estado de Michoacan abonará nuestras palabras, que algun dia recojerá la historia para grabarlas en sus páginas de bronce.

¡Y cuán lejos estaban, y aun están quizá, los que han vivido en México, de creer que se cometian semejantes atrocidades! Tal vez muchos habrian abandonado al Imperio.



Margarita no pudo contener las lágrimas, y pasó sin detenerse al lado de Zitácuaro.

Tenia que caminar lo menos seis dias para llegar á Tacámbaro; pero estaba en un pais amigo, y libre de la persecucion de los imperiales y franceses.

Por fin llegó á Tacámbaro, y Jorge fué la primera persona conocida que encontró.

—¿Con que ha habido por acá un gran triunfo? preguntó Margarita.

—Sí—contestó Jorge—hemos derrotado á los belgas.

—Estará usted muy contento.....

—¡Oh! mucho, mucho, porque esta accion me ha hecho el hombre mas feliz de la tierra.

—¡Cómo!

—Es una historia muy bonita, que yo le contaré á usted: pero vaya usted primero á entregar cuentas de su comision, y aquí la espero: yo la puedo llevar á una casa en donde se aloje, porque quiero probarle siempre mi gratitud por tanto esmero con que me cuidó en su rancho: entonces sabrá usted lo que me ha pasado.

Margarita se dirijió á la casa del general en gefe.

Arteaga, sentado en un sillon, leia en voz alta un periódico á varios gefes que estaban á su derredor sentados ó en pié.

Arteaga aun era jóven, muy grueso, con un cútis tan fresco y un color tan limpio como el de una doncella, grandes y brillantes ojos; carecia enteramente de barba, y un escaso bigote sombreaba su pequeña boca; vestia un medio uniforme de paño gris con botones dorados, y tenia en la mano una cachucha azul bordada de oro.

Arteaga era hombre muy popular y muy alegre: recibió á Margarita, escuchó la relacion de su viaje y las noticias que traia de México, y mandó á un ayudante que recibiera los capsules.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Margarita se retiró contenta y satisfecha: el general le habia ofrecido pagarle su comision, y ella lo rehusó desdeñosamente. Jorge la esperaba en la puerta.

—Ahora sí, ya estoy libre de cuidados—dijo Margarita—ahora me dirá usted dónde puedo alojarme y me contará su historia.

—Vamos, la llevaré á usted, y en el camino le contaré lo que me ha pasado: en primer lugar, he encontrado á mi novia.

—¿A su novia?

—A mi novia.

—Es decir, alguna muchacha de aqui, que usted habrá enamorado desde que llegó.....

—No, mi misma novia, á mi costeña, á mi Alejandra.....

—¿Alejandra se llama?—preguntó Margarita algo conmovida.

—Sí, Alejandra: ¡qué! ¿no le habia yo contado á usted.....?

—Nunca.....

—Pues sí, Alejandra: una muchachita muy buena, muy virtuosa, muy bonita, de Acapulco, hija de un viejo D. Plácido.....

—¿Dónde está? ¿dónde está?—exclamó Margarita pálida y trémula.

—Por Dios, Margarita, ¿qué tiene usted? ¿qué le ha dado.....?

—¿Dónde está esa muchacha? lléveme usted, por Dios, luego, lléveme usted..... ha de ser ella; sí ha de ser..... seguro: D. Plácido no tenia hija..... Alejandra..... vamos, Jorge, lléveme usted.

—Cálmese usted, contestaba Jorge, espantado á su vez de aquella exaltacion—vamos allá, vamos allá.

Y Margarita casi corria, y era ya ella la que guiaba.

—No por ahí—decia Jorge—por acá, por acá, en esa puerta.

Margarita se lanzó dentro de la casa. Anita, Tula y Alejandra, estaban sentadas frente á una ventana.

—¿Cuál es?—preguntó temblando Margarita, sin reconocer



á aquellas mugeres, á quienes en una noche de tribulacion se presentó como un ángel de consuelo.

—Esta—dijo Jorge—tomando la mano de Alejandra.....

—¡Hija mia!—gritó la pobre muger—¿no me conoces? yo soy Margarita, soy tu madre: hija mia, soy tu madre; y la estrechó contra su pecho, con un ardor incapaz de describirse.

Alejandra nada comprendia, pero lloraba: Anita y Tula conocieron á Margarita y lloraban tambien.

Jorge estaba á punto de gritar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V.

### Los dos amores.

ANITA y Tula obligaron á Margarita á sentarse. Para las madres, sus hijos siempre están en la infancia, siempre son niños en su ternura y para sus caricias.

Margarita sentó á Alejandra en su regazo, y la arrullaba como si estuviera en la lactancia, la besaba, la estrechaba contra su seno, y lloraba y no podia hablar.

Alejandra lloraba tambien, y se sentia volver á su primera edad.

¡Santo, divino amor de madre! ¿quién no se descubre con respeto ante una madre, sea la que fuere? ¿qué madre en el mundo no despierta en el alma la idea de la nuestra?

Enmedio de las tempestades que agitan nuestra vida, enmedio de esas borrascas que se levantan en nuestro corazon, cuando la gloria, la fortuna y los placeres nos rodean, cuando el



infortunio, la miseria y el crímen mismo tocan á nuestra puerta y se sientan en nuestro lecho, ¿hay dardo que penetre hasta el santuario en que guardamos ese amor? ¿hay uno solo de los miasmas de la tierra que pueda corromper aquel puro y único firme aroma del corazon?

Habladle al soldado endurecido en la campaña y acostumbrado á ver el combate y el exterminio, habladle de su anciana madre, que sentada cerca del hogar, con sus lentes y su cabeza amarrada, lee con vacilante y trémula voz un cuento de hadas á sus nietecitos; recordadle eso, y vereis á aquel hombre que se rie enmedio de la matanza, llorar como un niño, y lo que es mas, no se avergüenza de esas lágrimas que gotean por las puntas de sus bigotes.

Jamas una madre puede estar en caricatura; y el peor artista y el escritor mas detestable, están seguros de enternecer, pintando á una madre.

Jorge pensaba en esto, y lloraba tambien.

Quizá se nos tache porque hacemos llorar á nuestros personajes siendo soldados; pero el que tal diga, no conoce á los mexicanos ni á los chinacos. Nuestros jóvenes lloran en el teatro con un rasgo generoso ó con una escena tierna de familia; pero son capaces, si es necesario, de arrojarse sobre un parapeto á la cabeza de una columna, ó batirse con revólver á diez pasos, antes de que el viento haya secado aquellas mismas lágrimas.

En cuanto á los chinacos, basta decir que tienen por refran: "Que las barbas no estorban para llorar, sino para huir."

—Hija mia, dijo por fin Margarita: ¿ya te habian hablado de mí? ¿ya sabias que tenias una madre?

—Sí, madre mia; D. Plácido me habia contado todo, todo, y yo no perdia la esperanza de hallar algun dia á usted y á mi padre.

—¿A tu padre, hija mia? ¿sabes tú algo de él?

—Sí, madre, quizá lo que usted ignora todavia

—Cuéntame, cuéntame.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Usted no sabe por qué desapareció mi padre de nuestro lado?

—No, mi vida.

—Pues oígame usted; voy á contárselo todo, tal como me lo ha referido D. Plácido, á quien he tenido hasta hace poco por mi verdadero padre.

Y Alejandra, interrumpida solo por los besos, las caricias y las lágrimas de su madre, refirió delante de Jorge, de Tula y de Anita, cuanto le habia contado D. Plácido, y cuanto ella habia pasado desde la salida de su casa. Al referir su encuentro con los maromeros, Margarita tomó una de las manos de Tula, y la llevó á sus lábios; pero al llegar á los recuerdos de los aciagos dias de Zitácuaro, Anita fué la que besó á Margarita en la cabeza.

Aquellas mugeres se habian ido acercando y formaban un grupo hechicero. Margarita, con la belleza severa de la matrona, tenia en su regazo á Alejandra, encantadora niña de diez y seis años, con toda la hermosura de la muger del trópico; en el suelo, á sus piés, la vieja Tula, con los rasgos mas característicos de la bondad pintados en su rostro, y de pié, apoyando su mano en el hombro de Margarita; Ana, con ese encanto provocativo de las "chinas mexicanas," de pelo negro, ojos brillantes y boca de angel, porque no puede decirse otra cosa.

Alejandra habia vuelto á ver á Jorge, y encontraba á su madre. Sola, sin arrimo, sin amparo y hasta sin esperanzas, habia llegado á Tacámbaro, y allí se miraba de repente enmedio de los séres mas queridos de su alma, su novio y Margarita.

Eran dos amores que alhagaban su corazon, dos amores grandes, profundos, ardientes, pero que no se excluían, que no luchaban, que no combatian entre sí; por el contrario, que se animaban, que eran el uno el complemento del otro.

Alejandra amaba á Jorge como ama la muger en su primer amor, porque casi todas las mugeres pueden decir cuál ha sido



su primer amor, y casi ningun hombre podrá hacerlo; y es que casi siempre las mugeres comienzan en la primavera de su vida por una pasion, y los hombres por un capricho, por un pasatiempo: el corazon de la muger se forma casi de repente; de repente pasa de niña á jóven, como la flor que en una noche, de capullo se convierte en rosa.

Jorge amaba á Alejandra con esa ternura y esa pureza que hacen de la muger amada una especie de religion, conservando el respeto que la circunda de una atmósfera misteriosa y poética.

—Señora, dijo Jorge á Margarita cuando la relacion de Alejandra terminó: aqui hay un misterio que yo no puedo comprender, pero que tal vez ayudandome usted, podriamos aclarar.

—¿Y cuál? preguntó Margarita.

—Esa persona que tanto nos ayuda en México, que nos ha proporcionado los cápsules que usted trajo, y á quien no quiso usted ir á ver por temor de comprometerla, es un hombre cuya historia tiene con la de ustedes tantos puntos de contacto, que no sé ni cómo explicarlo.

—¿Pero cuáles? díganos usted.

—Señora, es de Acapulco; se ausentó de allí hace cosa de catorce años, dejando á su muger y á su hija en el abandono; y su hija se llamaba Alejandra.

—¡Ah! entonces es él, es Juan, exclamó Margarita.

—Sí, en efecto, D. Juan se llama, pero aquí está el enigma, ha encontrado él á su hija, á su Alejandra, que asi se llama; la ha reconocido públicamente..... la ha presentado en la sociedad y á sus amigos; yo la he visto tambien.

—¡Pero Dios mio! ¿cómo puede ser esto? Dígame usted, Jorge, ¿ese D. Juan no es un hombre mas bien alto de cuerpo que chaparro?

—Sí.

—¿Con el pelo rizado?

—Sí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Con los dientes un poco azules?

—Sí, sí.

—¿Con una pequeña cicatriz entre las dos cejas?

—El mismo, el mismo.

—Entonces es Juan, es mi marido: ¿pero usted dice que es muy rico?

—Sí señora.

—Y Juan era muy pobre.

—Tambien eso me ha contado, pero me refirió al mismo tiempo cómo se hizo rico, encontrando un dinero enterrado en la orilla del rio de las Balsas, un poco mas abajo del pueblo de Zirándaro.

—Eso es, eso es—exclamó Alejandra, como recordando algo repentinamente.

—¡Cómo, hija mia!—dijo Margarita—¿sabias tu eso?

—No, madre mia, pero el marido de la tia Ursula, el viejo Andrés de quien hablé á usted, que era asistente de D. Plácido, enterró allí ese dinero; y al morir encargó á la tia Ursula que me digera el secreto para reparar el mal que nos habia causado..... "rio abajo, en la márgen derecha, una ziranda entre dos palmas"

—Cierto, cierto—dijo Jorge asombrado—las mismas señas: de allí ha sacado la fortuna D. Juan.

—¡Bendito sea Dios!—exclamo Alejandra—que mi padre ha vivido tranquilo con ese dinero.....

—Pero, ¿quién es esa otra Alejandra que pasa por hija suya? Le habran engañado. ¿Será alguna aventurera?

—No señora: si hay engaño, esa jóven es tambien una víctima, porque la pureza y la virtud brillan mas en su rostro que la hermosura; pero yo le prometo á usted que este misterio se aclarará.

—Jorge, si usted nos quiere, si tiene corazon, ayúdenos, protéjanos; que Alejandra encuentre á su padre y yo á mi marido.



—Margarita—dijo Jorge solemnemente y tomandole una mano—Alejandra le dirá á usted que era la prometida por mi corazon para ser mi esposa: usted que me conoce bien, creo que no se opondrá; ahora figúrese usted si me interesará su felicidad.

—¿Es verdad? ¿le amas?—dijo Margarita.

Alejandra en vez de contestar, ocultó su rostro ruborizada en el seno de su buena Madre.

Margarita estrechó la mano de Jorge, y se sonrió dulcemente.

Era tambien muger, y sabia que para las mugeres es preferible el martirio á la confesion en los amorosos secretos del alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VI.

## El barillero.

¿PARA qué pintar las escenas de amor que tuvieron lugar por aquellos dias entre Jorge y Alejandra? Dos amantes siempre tienen lo mismo que decirse, sobre todo, cuando sin obstáculos y llenos de fé en el porvenir, se entregan al placer de repetirse mil y mil veces que se adoran, lo cual tendrá para ellos mucho encanto, pero poquísimo atractivo para los lectores, que ya parece que los vemos sonreirse, diciendo: "eso ya me ha pasado, y no necesito que me lo cuenten."

Margarita determinó quedarse con su hija en Tacámbaro, mientras le era posible emprender un viaje á México; pero sentia una especie de celos de que otra ocupase el lugar de su hija; le parecia que si tardaba en desengañar á su marido, ya despues no seria tiempo, y se acordó en familia que Jorge escribiera á D. Juan participandole lo ocurrido, sin embargo de que en este medio se tuvo muy poca confianza, porque las comunicaciones con México eran dificiles y poco seguras.



Murillo habia salido con una partida de caballeria, el dia siguiente á la toma de Tacámbaro, y nada sabia de estos acontecimientos, lo mismo que Diego y Rito, nuestros antiguos conocidos los maromeros.

Un correo llevó á Tacámbaro la noticia de que una fuerte columna, compuesta de franceses, belgas é imperiales, se movia de Morelia, á las órdenes del coronel De Potier, sobre las fuerzas republicanas, y se decidió evacuar la plaza y retirarse rumbo á la Tierra Caliente.

Las tropas republicanas salieron con direccion á Puruarán. Margarita se quedó en Tacámbaro con objeto de observar al enemigo y remitir constantes avisos.

La columna se desprendia ya de la ciudad, y caminaba poco á poco por aquellos senderos escabrosos. Jorge, pensativo, iba á la retaguardia, vigilando que los soldados no se quedasen atrás, que los conductores no abandonasen alguna mula, y que no se cometiese algun desórden por alguno de tantos hombres que acompañan sin destinos y sin empleo, á las tropas en su marcha.

Murillo, con su piquete de caballeria, vino á incorporarse á la columna: la tropa entró en su colocacion, y él, bajo la sombra de un árbol, la vió desfilar toda, buscando á Jorge, hasta que logró verle.

Los que comprendan la clase de guerra que se hacia entonces, tendrán idea del placer que sentian dos amigos al volverse á encontrar despues de algunos dias de ausencia: alli los amigos se querian como hermanos, y los compañeros como amigos. ¡Estrechan tanto los corazones sus vínculos en el infortunio!

Los dos amigos se encontraron y se abrazaron.

—Murillo, grandes cosas tengo que contarte.

—¡Cómo! ¿qué ha habido?

—Admírate, hijo, admírate.

—Pero ¿qué hay?

—Admírate primero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya me admiro; aunque se me figura que vas á salir con un "domingo siete."

—¿Con un domingo siete? Ya verás, ya verás: sábete que la verdadera Alejandra, hija de D. Juan de Caralmuro, es ni mas ni menos, que Alejandra la mia, y que es hija tambien de nuestra buena Margarita.

—¡Jesus, hombre! ¡qué me cuentas!

—Lo que oyes, hijo mio—y Jorge refirió á Murillo cuanto habia sabido, averiguado ó inventado, en todo el tejido de la historia de Margarita, de D. Juan y de Alejandra.

Murillo lo escuchaba estupefacto.

—Pero, en fin, le dijo, cuando hubo concluido: todo eso estará muy bueno, ¿y quién es entonces esa hermosa muchacha que ha reconocido por hija suya D. Juan?

—No lo imagino: debe haber en eso una trama infernal.

—¿Y tú crees capaz á esa muchacha, que parece un ángel, de semejante infamia? porque si tal fuera, te aseguro que seria cosa de no volverse nunca á fiar del exterior de nadie; seria para mí la decepcion mas espantosa.

—Consuélate, Murillo: esa niña ha de estar tan inocente de lo que pasa, como el mismo D. Juan: me has confesado que estabas enamorado de ella, y creo que tu pasion no disminuirá porque sea ó deje de ser la hija de D. Juan, ó porque sea ó no sea rica.

—No, antes mejor: siendo pobre estará mas á mi alcance y podré hacerla mas dichosa, que acostumbrada á ese lujo asiático de la casa de Caralmuro.

—Bien pensado. Ahora lo que importa es desengañar á Caralmuro, contarle lo que hay: yo le he escrito, pero temo que ó no le llegue mi carta, ó se ria de mí; escribe tú á tu padre.....

—¡Jorge! ¡Jorge! ¿y me crees capaz de denunciar como una aventurera, como la usurpadora de un nombre y una fortuna, á una muger que es ahora mi única ilusion, mi único pensamiento.....?



—Tienes razon, Murillo, he sido un cándido en proponerte semejante cosa: no te incomodes, no hablemos mas de eso; pero creo que no te ofenderás, si trabajo yo por devolver á mi pobre Alejandra su nombre y su familia.....

—¡Qué tonteria! ¿por qué me habia de enojar? Estás en tu derecho, y aun hay mas: estás en obligacion de hacerlo. Alejandra y Margarita son muy buenas personas, y lo merecen todo; en cuanto á la otra Alejandra, yo veré cómo la salvo de la vergüenza y de la miseria.

Los dos oficiales siguieron caminando en silencio por algun tiempo.

Desde la salida de las tropas de Tacámbaro, uno de esos hombres que venden objetos corrientes de mercería, por los pueblos, llevando una especie de papelera con su tapa de cristales, por todo depósito y por todo mostrador, y que por alli se llaman "barilleros," se había ido pegado á la retaguardia.

Era un viejo con todo el aspecto del hombre de bien, y le acompañaban una vieja y un muchacho.

La vieja llevaba algunas botellas de aguardiente, que vendia á precio muy alto entre los soldados; y el muchacho, cigarros y puros, con los que comerciaba con la oficialidad.

Durante el camino, no perdian de vista á Jorge y á Murillo. La columna hizo alto para dar descanso á los soldados, y todos buscaron una sombra donde guarecerse de los ardientes rayos del sol.

Nuestros dos amigos se sentaron bajo una ziranda, y en la misma sombra se guareció tambien el barillero con su familia.

Cada uno comia lo que se habia podido proporcionar.

—Mira, dijo Murillo: ¡qué casualidad! una ziranda entre dos palmas, como las señas del tesoro de la tia Ursula.

—¡Ah! eso es aquí que abundan las palmas y las zirandas: pero las señas nada tenian de vagas; la buena vieja no era tonta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El barillero y su muger no perdian una palabra de la conversacion.

—Si al mas tonto, continuó Jorge, le dicen: "rio abajo, márgen derecha, á un cuarto de legua del balseadero de Zirándaro, entre dos palmas una ziranda," de seguro que dá con el tesoro.

—Lo hubiera yo tenido por una conseja de la tia Ursula, si ella me lo hubiera contado.

—¿Pero ahora lo dudarás?

—Antes dudaria del sol que nos alumbra.

Los clarines llamaron "atencion," se dieron los toques respectivos, y se pusieron en marcha.

El barillero y su muger no habian perdido ni una sílaba de la conversacion de los oficiales.

—¿Combinas lo que has oido con lo que yo te referí que habia oido que contaba la tia Ursula á Alejandra? dijo la vieja.

—Claro, contestó el hombre: el tesoro debe existir, y aquí estamos cerca.

—Le irémos á buscar.

—Muy bien pensado: por ahora tengo sed.—Cacomixtle, dame agua.

Era la honrada familia del tio Lalo, desempeñando la honrosa comision de espías.

## VII.

### Veneno.

Los acontecimientos que vamos á referir en este capítulo, son tan extraordinarios, que á no ser tan verdaderos, no nos permitiriamos ni darles entrada en una novela: porque siendo una ficcion, seria faltar al respeto á nuestro lectores, el presentarles este cuadro. Pero mas de tres mil testigos pueden jurar la verdad de este episodio, que no comprendemos, porque pasó casi inapercibido.

Los franceses y belgas habian ocupado á Tacámbaro, y la columna republicana tomó el camino de la hacienda de Puruarán, donde pernoctó: alli quedó el general Arteaga, á quien sus heridas antiguas no le permitian caminar mas, con doscientos ginetes, y el resto de la fuerza se dirijió rumbo á Uruapan, pasando cerca de Ario, lugar ocupado por el enemigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El barillero y su muger no perdian una palabra de la conversacion.

—Si al mas tonto, continuó Jorge, le dicen: "rio abajo, márgen derecha, á un cuarto de legua del balseadero de Zirándaro, entre dos palmas una ziranda," de seguro que dá con el tesoro.

—Lo hubiera yo tenido por una conseja de la tia Ursula, si ella me lo hubiera contado.

—¿Pero ahora lo dudarás?

—Antes dudaria del sol que nos alumbra.

Los clarines llamaron "atencion," se dieron los toques respectivos, y se pusieron en marcha.

El barillero y su muger no habian perdido ni una sílaba de la conversacion de los oficiales.

—¿Combinas lo que has oido con lo que yo te referí que habia oido que contaba la tia Ursula á Alejandra? dijo la vieja.

—Claro, contestó el hombre: el tesoro debe existir, y aquí estamos cerca.

—Le irémos á buscar.

—Muy bien pensado: por ahora tengo sed.—Cacomixtle, dame agua.

Era la honrada familia del tio Lalo, desempeñando la honrosa comision de espías.

## VII.

### Veneno.

Los acontecimientos que vamos á referir en este capítulo, son tan extraordinarios, que á no ser tan verdaderos, no nos permitiriamos ni darles entrada en una novela: porque siendo una ficcion, seria faltar al respeto á nuestro lectores, el presentarles este cuadro. Pero mas de tres mil testigos pueden jurar la verdad de este episodio, que no comprendemos, porque pasó casi inapercibido.

Los franceses y belgas habian ocupado á Tacámbaro, y la columna republicana tomó el camino de la hacienda de Puruarán, donde pernoctó: alli quedó el general Arteaga, á quien sus heridas antiguas no le permitian caminar mas, con doscientos ginetes, y el resto de la fuerza se dirijió rumbo á Uruapan, pasando cerca de Ario, lugar ocupado por el enemigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El primer dia de camino, la tropa tuvo que pasar en la Sierra, por un lugar que llaman la cuesta del Tigre. Era el medio dia: los soldados iban fatigados, sedientos y sin comer, y uno de ellos descubrió entre los encinos un arbusto semejante á una mimosa, con un racimo de uvas pequeñas y rojas.

Sabido es que los soldados comen cuanto ven con figura de fruta, y aquel cortó la frutilla y la devoró con ansia.

Un oficial que iba cerca, lo advirtió.

—¿Qué comes?—le dijo.

—Esta frutilla, mi capitan—¿quiere usted?

—¿Cómo se llama?

—No la conozco, pero está sabrosa.

—Quizá será veneno.

—No, mi capitan.

El oficial volvió la cara buscando á álguien que conociese la fruta, porque los arbustos se iban haciendo mas y mas abundantes, y todos comenzaban ya á comer.

Tio Lalo, Ramona y Cacomixtle iban cerca, y el oficial los llamó.

—Oye—dijo á Lalo—¿conoces esa frutilla?

—Sí señor: nosotros la llamamos petatillo.

—¿Se puede comer? ¿no es veneno?

—No señor: por mi tierra hay mucha, y hacen atole de él las mugeres; pueden comer cuanta quieran, que no hace mal.

Muchos oyeron la relacion del tio Lalo; y la noticia de que aquella frutilla era inocente, voló de boca en boca, y hasta los mas tímidos se pusieron á comer sin escrúpulo.

—¿Qué has hecho?—dijo Ramona á su marido—¡si esa fruta es veneno!

—Mejor; ya lo sabia yo: déjalos que revienten todos: lo que importa es alejarnos, no comience á hacer efecto, y me echen la culpa. Vámonos: anda, Cacomixtle.



Y se pusieron á caminar, ganando terreno, porque los soldados estaban entretenidos en la cosecha del petatillo, abundantísimo por alli.

—Jorge, dijo Murillo, no comas esa yerba.

—¡Dios me libre! me causa aversion.

Pero todos comian, apesar de las amonestaciones de Murillo y Jorge.

Se siguió el camino, y habian ya pasado dos horas, cuando un soldado lanzó un grito extraño, tiró el fusil y cayó á tierra enmedio de espantosas convulsiones. Nadie se acordaba de la frutilla; nadie atribuyó aquello sino á algun mal crónico, á epilépsia que sin duda padeceria aquel hombre.

A las cinco de la tarde, la infantería hizo alto en una pequeña ranchería que se llama Urapita, y la caballería en una pobre fundicion de fierro que se llama las Escobillas.

Eran dos mil infantes y ochocientos ginetes: las mugeres, los criados, los vivanderos, &c., podrian componer otras cuatrocientas personas: formaba aquel grupo, pues, un total de tres mil doscientas personas cuando menos.

Todos habian comido el fruto del petatillo á la misma hora, y á la misma hora, con corta diferencia, debia hacer efecto el veneno. La tropa acababa de hacer alto, y se iba á pasar lista.

Un dragon lanzó un grito y cayó del caballo, y casi al mismo tiempo, otro, y otro, y veinte, y ciento, y todos.

Los hombres caian como granizo: por todas partes lanzando aquellos gritos estridentes, horrorosos, que hacian estremecer: se retorcian y se revolcaban por el suelo haciendo gestos espantosos, con los ojos torcidos, mordiendose y destrozandose la lengua, y arrojando la sangre de aquellas heridas, revuelta con una espuma blanca y fétida.

Un sudor frio y biscoso cubria sus rostros azulados, y hacia pegarse en ellos el polvo del campo, dando con esto un aspecto mas sombrío á todos aquellos infelices.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pasaba un acceso, entraba un momento el reposo, y de repente otro ataque mas terrible que el anterior venia á causar nuevos dolores y nuevos tormentos á los enfermos.

Ninguna medicina, ningun auxilio era allí posible; treinta ó cuarenta personas habian quedado en pié, y con ellas nada se podia hacer, siendo los atacados mas de tres mil.

No habia centinelas, ni guardias, ni nada; no se desembridaron los caballos, y aquellos animales, acosados por el hambre y la sed, comenzaron á buscar alimento y agua, arrastrando unos la lanza que se atoraba en la cuja, rompiendo otros la montura entre los árboles, haciendo otros dispararse los mosquetones al echarse en tierra con y las armas, que nadie habia podido quitarles.

Aquello era espantoso: cualquiera descripcion es fria y descolorida, comparada con aquel cuadro de luto y desolacion; cualquiera idea que pueda formarse es débil y dista mucho de aquella escena sombría.

La noche tendia ya su manto, y negras y tempestuosas nubes se iban levantando por el Oriente.

La maleza del bosque dió paso á un hombre que se adelantó cautelosamente enmedio de los envenenados, que se agitaban como reptiles moribundos.

Era el tio Lalo.

—Bien, dijo, surtió efecto; es una fortuna: en dos horas de camino estoy en Ario, y á las doce de la noche ya está aquí nuestra tropa, lanceando á estos perros que no harán mas resistencia que si fueran cerdos: y desapareció por donde habia venido.

—Murillo, dijo Jorge, esto es horrendo; me parece que soy víctima de una pesadilla.

—¡Qué noche, Dios mio! contestó Murillo: esos gritos, y esos gestos, y esas bocas llenas de espuma sangrienta, todo me aterra, me espanta: creo que voy á volverme loco.



—Y la tempestad que está encima, y no hay ni con que cubrir á uno solo de esos desgraciados.....

—No es eso solo; si el enemigo lo sabe, con cincuenta hombres nos derrota, nos aprende á todos.....

—¿Pero habrá quien tenga corazon de avisarle?

—Creo que no; seria necesario tener corazon de hiena.

—¿Han muerto muchos?

—No sé: yo he visto espirar á varios.....

—Ya está ahí la tempestad.

En efecto, los rayos se hacian mas frecuentes y caian mas cerca, y el agua se desprendió de las nubes; en un instante quedaron empapados aquellos infelices enfermos.....

Tio Lalo y su familia caminaban lo mas aprisa que les permitia la oscuridad de la noche, con objeto de llegar á Ario y dar parte de lo que acontecia en el campo republicano; pero por mas que hacia, el camino era escabroso y la tempestad ennegrecia mas y mas el cielo, hasta que comenzó á llover.

Entonces, maldiciendo á su suerte, y á los republicanos, y á la lluvia, y hasta al cielo mismo, tuvo que detenerse á su pesar.

Los torrentes crecieron con la lluvia, los senderos del bosque quedaron intransitables, y el tio Lalo reservó para la madrugada la buena noticia que llevaba á los imperiales.

Asi es que mientras los independientes se quejaban de la tormenta, la tormenta los salvaba de caer en manos del enemigo, que los hubiera encontrado inermes.

Toda la noche lucharon los enfermos entre la vida y la muerte; muchos sucumbieron, pero fueron muchos los que salvaron; y cuando el sol del dia siguiente alumbró, los muertos estaban depositados en una galera de la fundicion, y los que habian escapado, pálidos y vacilantes, formaban en sus cuerpos respectivos en el llano sembrado de flores, donde se levanta la rancheria de Urapita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando los imperiales vinieron al lugar de la catástrofe, solo encontraron cadáveres, y unos muy pocos enfermos, que quedaban incapaces de caminar, y á los que determinaron desde luego fusilar en Ario.

El tio Lalo, satisfecho de su obra, pero temeroso de los republicanos, se decidió á emprender un viaje en busca del tesoro; y seguido de su Ramona y de Cacomixtle, tomó el camino de Huetamo.

## VIII.

### El perro del balsero.

DEJEMOS á las tropas de la República seguir su marcha, y acompañemos al tio Lalo y á su Ramona, que viajan en busca del tesoro de la tia Ursula.

El camino era tan seguro como penoso, despoblado, pero en cambio, tan tranquilo, que podia hacerse noche y descansar en cualquiera parte libre de zozobras: seis dias de fatiga, y llegaron al rio de las Balsas.

—¿Estás segura de las señas? dijo el herrero.

—Segura, contestó Ramona: "rio abajo como un cuarto de legua del balseadero, al pié de una ziranda que está entre dos palmas."

—Bueno: mañana la emprendemos; hoy descansamos aquí en las casitas del embarcadero, y nos procuramos algunos instrumentos para hacer la escavacion; pedirémos posada en la casa del balsero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La casa del balsero era un jacalito con un "toro" pequeño, bajo el cual estaban moliendo maiz para hacer tortillas, dos mugeres. Las mugeres muelen por allí paradas, no arrodilladas como en la tierra fria; el metate está colocado sobre unos horcones de madera que le ponen á la altura de una mesa.

Tio Lalo encontró hospitalidad, cenó con su familia un enorme pescado acabado de sacar del rio, y pasó el resto de la noche platicando con su muger ó soñando en su tesoro.

Muy temprano iban ya en marcha buscando la ziranda.

—Es fortuna, decia tio Lalo, haber sabido esto.

—Y mas, contestaba la muger, ganarles la mano y llegar antes que ellos.

—¿Pero será una cosa segura? todavia me parece que no hay nada.

—Eso de que no hay nada, no puede ser; tu has oido la conversacion que tenian Jorge y su amigo.

—¡Qué casualidad que no nos hayan conocido!

—No se han fijado, y tú has variado de rostro con haberte dejado crecer toda la barba.

—Ya lo creo..... Pero mira, aquí hay una ziranda y una palma.

—Pero no dos palmas.

—Es verdad, pero puede haber caido la otra.

—Tambien es cierto; pero marcarémos este lugar, y vamos mas adelante á ver si hay algo mas parecido á lo que sabemos.

Y siguieron caminando. Habian andado mas de dos leguas, cuando el herrero dijo:

—Mas adelante no puede ser, porque esto es doble de un cuarto de legua: nada hemos encontrado; y si en algun lugar está, es allá donde yo te dije.

—Pues volvámonos.

Volvieron siempre examinando la ribera, hasta llegar al árbol que habia llamado la atencion de Lalo: no habia que vacilar, allí debia ser.



—Descansarémos un poco, dijo Ramona; comerémos algo de lo que viene en el itacate que trae Cacomixtle, y comenzarémos á trabajar.

Cacomixtle acercó las alforjas, y sacaron carne, tortillas, huevos cocidos, y una botella de mescal.

El herrero comió con muchas ganas, tomó un gran trago de mescal, y se puso en la lengua algunos granos de sal.

Esta es una costumbre de la gente de por allá; toman mescal y luego un poco de sal, que dicen que hace buen efecto; y verdaderamente les quita el mal sabor que aquel vino puede dejarles.

—Ahora, manos á la obra. A ver, Ramona, dame esa tarecua.

La tarecua es una especie de pala de hierro, con la figura de medio corazon, y que tiene un mango largo de madera muy fuerte.

—Esta piedra parece que se puso aquí como señal: vamos á ver.

Y el herrero comenzó su trabajo con tal entusiasmo, con tanta exaltacion, como si de veras fuese á encontrar algo.

Habia cavado ya dos horas: el sudor empapaba su rostro, el trabajo adelantaba rápidamente porque todo aquel terreno era muy blando, pero no daba resultado alguno.

Lalo estaba cansado, y Cacomixtle tuvo que reemplazarle; pero Cacomixtle era muy jóven, y tambien se rindió á la fatiga, y Ramona tomó la tarecua: no era ya una sola escavacion la que se habia hecho, eran varias mas ó menos profundas, pero aquel lugar se iba convirtiendo en un harnero.

Lalo volvia á la carga, y Cacomixtle, y Ramona, y se relevaban, y se reemplazaban, y volvian á cansarse y á reposar, y de cuando en cuando la botella de mescal venia á restaurar sus fuerzas y á alentar su ánimo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La noche llegó, y tio Lalo tuvo que desengañarse de que no existia tal tesoro, ó si existia no era en aquel lugar, lo cual era la verdad, porque como nuestros lectores saben, hacia ya mucho tiempo que estaba en poder de D. Juan.

Lalo se retiró con todo el mal humor de que era capaz, y quiso pasar aquella noche en el mismo lugar que la anterior.

Cuando una vez se ha recibido por allí hospitalidad en una casa, se contrae una especie de obligacion con el dueño de ella, de ir siempre que se pasa por allí, á vivir en la misma casa.

La familia llegó, y comenzó la cena, pero tan silenciosamente como si volvieran todos de un entierro.

Cerca del tio Lalo estaba echado un perrito pequeño. Cuando uno está incomodado, todo le disgusta: Lalo tiró al perrito un pedazo de tortilla, y el animal no lo comió.

—¡Vaya! dijo el herrerro, pues éste querrá marquesotes: ¿es de la casa este perrito, señora?

—No señor, es de un balsero; pero hoy se vino á meter aquí, y se ha estado ahí muy triste todo el dia..

—¿Entonces le podemos correr?

—Como usted quiera.

Lalo se paró, y acercandose al perro quiso darle un puntapié, pero el animal no estaba para sufrir seguramente, y tio Lalo lanzó un juramento; el perrillo le hincó toda su dentadura en la pierna, y echó á huir.

Las mugeres, espantadas, rodearon á Lalo, pero él estaba muy enojado para dejarse curar.

—No quiero nada, dijo, no es nada: mañana ya estaré bueno, y ni me acordaré de esto.

A la mañana siguiente caminaba ya muy tranquilo de vuelta para Morelia.

La dueña de la casa en que habia pernoctado tio Lalo, cosia sentada en la puerta de su cocinita; un muchachon alto y delgado, pálido como toda la gente de por allí, pasaba por enfrente.



—Adios, señora.

—Adios, Encarnacion: ¿qué dicen de nuevo?

—Nada, señora: ¿se acuerda usted de mi perrito..... el turco?

—Sí, vaya; pues si ayer todo el dia se estuvo metido aquí.

—¿Aquí se estuvo? con razon no le hallaba.

—Por mas señas que mordió anoche á un forastero que se fué esta mañana.

—¡Ave María Purísima! ¿le mordió.....?

—Sí, ¿pero qué?

—¡Cómo! si desde ayer tenia el mal, y por eso acabo de matarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

### El rancho de la Laja.

Dos meses habian pasado de los acontecimientos referidos en nuestro último capítulo, y en este tiempo la suerte no habia sido adversa á las tropas de México.

La pequeña ciudad de Uruapan, que se estiende en el extremo de una gran llanura, como un tapete de flores y de cristal, habia presenciado uno de los combates mas reñidos.

Uruapan es un paraiso: rios trasparentes, flores perfumadas, frutas exquisitas, mugeres hermosas, y todo esto en abundancia: allí no tendreis sino inclinaros para cortar una violeta; no tendreis mas que abrir los ojos para encontrar, no una, sino muchas mugeres bellas y provocativas.

¿Qué mas puede decirse de una ciudad?

Los republicanos la atacaron y los imperiales la defendieron: el combate no fué largo, pero sí sangriento: veinticuatro horas



duró el fuego sin cesar un minuto; y á las veinticuatro horas los liberales eran dueños de la plaza, y toda la guarnicion, incluso su gefe, estaba prisionera. Pero la ciudad ardia: durante el asalto unos y otros incendiaban las casas para arrojar á sus enemigos, y el fuego cundia por toda la plaza.

El coronel Lemus que mandaba las fuerzas imperiales, fué pasado por las armas de órden del general Arteaga: todos acusaban á Lemus de ser el que habia dispuesto el asesinato de D. Melchor Ocampo.

Los demas prisioneros fueron respetados.

La columna republicana, despues de este triunfo, se retiró para la Tierra Caliente, porque entonces todas las fuerzas francesas, belgas é imperiales, se pusieron en movimiento para destruirla, y habria necesitado cuádruple número de hombres y de elementos para poder resistir.

Aquella peregrinacion fué un via-crucis: atravesando por desiertos bosques, faltos de toda clase de mantenimientos, los soldados y los oficiales morian de hambre: durante el dia, un sol de fuego calcinaba aquellas frentes que guardaban como un tesoro la santa idea de la Independencia; durante la noche, una lluvia constante y tempestuosa dejaba yertos aquellos demacrados cuerpos, que solo conservaban vida y sangre para ofrecerla en holocausto ante el altar de la Patria.

Enmedio de aquellas sierras tambien hay llanuras; ¡pero qué llanuras, Dios mio! inmensas, tristes, formando un horizonte como el de los mares: ni un árbol que dibuje su sombra sobre el suelo abrasado, ni un arroyo, ni un venero, nada, nada.

Arbustos que apenas se distinguen enmedio de una yerba siempre seca, esto es todo; aquel cielo con un azul sereno y tan puro, tan igual siempre, que entristece, que desespera: casi nunca cruza una nube por aquel cielo, como casi nunca cruza una ave sobre aquella desierta llanura: estos son los Llanos de Antunes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

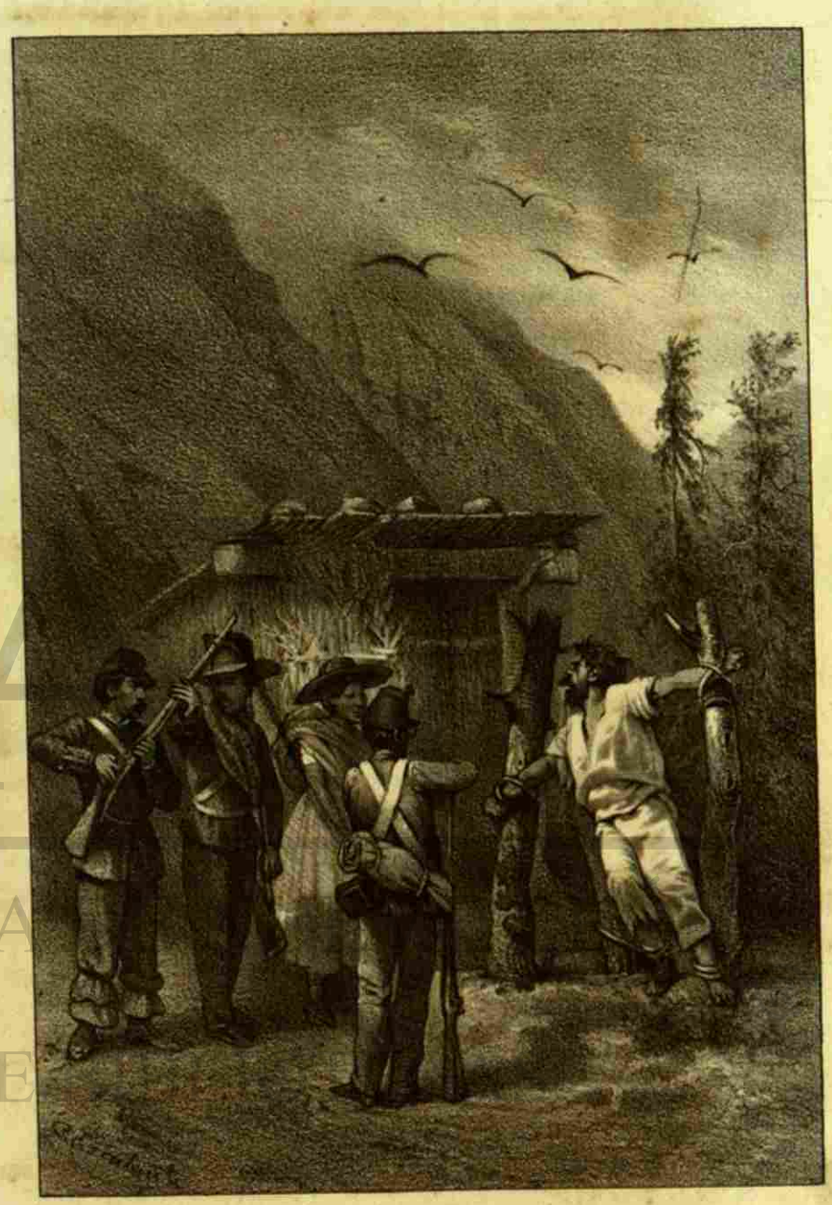
Para atravesarlos es necesario conocerlos perfectamente, ó llevar un buen guía; de otra manera, un viajero se estraviaria allí con tanta facilidad, como enmedio del mar sin tener una brújula, ó como en una noche enmedio de un bosque, tomando un rumbo cualquiera sin conocer el camino; un hombre ó un animal moririan de sed antes que llegar á encontrar el agua ó á salir de aquel llano.

Los vaqueros y los hombres de la tierra, encuentran continuamente por allí cadáveres de hombres, de animales y hasta de familias enteras que se estravian en aquel espantoso desierto, y en donde viven como en los bosques, los tigres, los lobos, los venados y las serpientes.

Y se eslabonan estas llanuras como inmensos escalones: los Llanos de Antunes, el Plan de Urecho, el Llano de las Balsas, en diferentes niveles, con diversas faces, pero todas tristes, sombrías, enmedio de ese torrente de luz y de fuego que las baña, oprimiendo el corazon en vez de ensancharle con sus dilatados y extensos horizontes, con su atmósfera trasparente y limpia.

¡Cuántos soldados quedaron allí insepultos, víctimas de la sed! Aquello era horroroso: los hombres comenzaban de repente á caminar muy aprisa, á pronunciar palabras incoherentes, y caian; toda su sangre refluía á su rostro y á su garganta; brillaban sus ojos por algunos momentos de una manera fatídica; una espuma apenas perceptible, manchaba sus lábios secos y tostados, y luego la muerte; y morian tantos, que no era posible enterrarlos; y los caballos y las mulas de la artillería, y hasta los perros que acompañaban á los soldados, sufrían aquella horrible muerte.

Desde el pueblito de Sin-agua, hasta mas de ocho leguas que se prolonga el Llano de las Balsas por el Oriente, los cadáveres de los hombres y de las béstias, muertos por la sed, podian indicar el camino de la columna.



Muerte del tio Lalo.

Ocho dias llevaban las fuerzas de marcha, y estaban cerca de San Antonio de las Huertas, que es una hacienda situada al Sur-Este de Tacámbaro, y que servia de retirada á las tropas liberales.

En un ranchito que estaba sobre el camino que llevaban, en una fresca y pintoresca cañada, los soldados comenzaron á detenerse delante de una casa; los oficiales llegaban para separarlos de allí, y se quedaban tambien.

—¿Cómo se llama aquí?—dijo Jorge, que como debemos suponer, siempre caminaba con Murillo.

—La Laja.

—¿Y que habrá allí que todos se detienen?

—¿Vamos á ver?

—Vamos.

Los dos picaron sus caballos, y llegaron á la casita adonde se dirijian todos con curiosidad.

Lo que habia allí, era una cosa espantosa.

Delante del jacal y á la sombra de una enramada, un hombre ya viejo, muy robusto, con la ropa hecha pedazos, casi desnudo, mostrando en todo su cuerpo horribles contusiones y sangrientas mordidas; con el pelo en espantoso desórden, los ojos fuera casi de sus órbitas y la boca cubierta de espuma, se agitaba como un loco, atado á tres horcones de árbol clavados en la tierra: unas mugeres le contemplaban desde la puerta de la casa, y los soldados formaban en su derredor un círculo.

Aquel hombre rujia como un perro enojado, ahullaba como un perro herido, y algunas veces producia sonidos y voces muy semejantes á un ladrido.

Algunas veces inclinaba la cabeza sobre el pecho, y quedaba como en calma; pero de repente se agitaba con tanta fuerza, que parecia que iba á romper aquellas ligaduras que se habian introducido ya en las carnes de sus brazos, de sus piernas y de su cintura: entonces parecia buscar algo que morder; sonaba los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dientes como un lobo hambriento, y procuraba, haciendo increibles esfuerzos, alcanzarse uno de sus mismos hombros para arrancarse los pedazos. Los soldados de adelante, impulsados por los de atrás, estrechaban el círculo; pero á cada movimiento del hombre, toda aquella masa retrocedia aterrada.

—¿Qué es esto? ¿qué tiene ese hombre? dijo Murillo.

—Señor—contestó un soldado—tiene la rábia.

—¿Pero no le curan?

—Si eso no tiene remedio, mi capitan.

—Mas valia darle un balazo—exclamó un sargento, embrazando su fusil.

—Valia mas; pero siempre es deber una muerte—dijo otro: yo no me meteré.

El rabioso, indiferente á todo, se agitaba, se retorcia, ahullaba, pero de una manera infernal.

—¿Dónde le mordió el perro?—preguntó Jorge á las mugeres de la casa.

—En Huetamo, ó cerca de alli.

—¡Qué! ¿no es de aquí?

—No señor; venia de paso con una muger y un muchacho: aqui le empezó á dar el mal; los hombres del rancho le amarraron ahí hace tres dias, porque queria morder.

—¿Y la muger..... y el muchacho?

—Creo que no eran de su casa, porque tan luego como le vieron amarrar, se fueron.

—Y este hombre ¿cómo se llama?

—El muchacho le decia tio Lalo.

—¡Pobre! debe padecer mucho.

—Sí señor, mucho; pero ya no tarda en morirse, ya no hace tantos esfuerzos; véalo usted. En aquel momento la muger de un soldado se habia atrevido á acercar á los lábios del rabioso una vasija con agua.



El rabioso se agitó espantosamente: rechinó los dientes, y levantando muy poco á poco la cabeza convulsivamente, produjo un ronquido: la espuma inundó su boca, se estremeció violentamente y quedó muerto.

Tres dias de lucha, de agonia, de los mas espantosos sufrimientos; en fin, tres dias de hidrofobia.

El dedo de Dios sobre la frente del culpable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# X.

## Histórico.

NUESTRO relato tiene que salvar algunos meses, porque aun cuando sean sus personajes fantásticos y de novela, no por eso les ha de estar aconteciendo algo notable todos los dias, ni se han de aglomerar los sucesos, como en la comedia clásica, para conseguir aquellas tan imponentes unidades de tiempo, de accion y de lugar.

En cambio, tendrán nuestros lectores algo de historia; poco, pero lo bastante para que en este "entreacto," llamémosle así, no carezcan de la noticia de los acontecimientos mas notables de la guerra de Independencia en el Sur de Michoacan, que van estando encadenados con nuestro romance.

La retirada de las tropas republicanas en Uruapan, despues de la toma de aquella ciudad, fué el principio de una série de desgracias, que puede decirse que no terminaron sino con la última y mayor, que fué la muerte de Arteaga y de Salazar.



El general Pueblita, con una division, habia llegado á San Juan de las Colchas, y se dirijia á Uruapan, al llamado del general Arteaga, cuando supo éste que una columna francesa avanzaba por el rumbo de Paracho.

Arteaga dispuso la evacuacion de Uruapan, y avisó á Pueblita violentamente.

Pueblita, sin embargo, dejó su tropa en San Juan, y con una escolta llegó á Uruapan, cuando ya Arteaga habia salido.

En vano los vecinos de la ciudad avisaron á Pueblita la aproximacion del enemigo; en vano le exhortaban á salirse: él desoyó todas las advertencias, y se puso á comer tranquilamente.

El enemigo se precipitó por las calles de la ciudad; la escolta fué batida y dispersada, y el general, buscando la salvacion en una casa vecina, fué herido de un balazo, y murió en el acto.

Entretanto, la columna que conducia Arteaga, caminaba enmedio de las mas horribles privaciones, buscando por la Tierra Caliente la salida de Huetamo.

Habia necesidad de caminar de dia y de noche, siempre enmedio de furiosos aguaceros, ó bajo un sol abrasador: la estacion no podia ser mas desfavorable; era el mes de Junio.

Una columna francesa venia por Uruapan á la retaguardia; otra salia por un flanco, dirijiéndose por Ario y el Tejamanil, á cortar el camino de la Huacana, y otra, compuesta de belgas é imperiales, tomaba la vanguardia por Tacámbaro y Turicato.

Era precisa una grande actividad, y el Ejército Republicano logró atravesar por Turicato, cuando las fuerzas belgas estaban en la hacienda de la Loma, á pocas leguas de distancia, burlando las combinaciones del enemigo.

Los republicanos hicieron alto en la hacienda de San Antonio de las Huertas, durante algunos dias, y en este tiempo el enemigo evacuó á Tacámbaro.

La escasez de recursos obligó á Arteaga á ocupar aquella plaza, apesar de los constantes avisos que se tenian de que so-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre ella se proyectaba una expedicion, y que la salida de los belgas de allí, no habia sido sino una estratagema, un anzuelo para sacar á los patriotas de la Tierra Caliente.

Pero la situacion era espantosa: podia preverse con seguridad, ó una gran derrota, ó una sublevacion.

Las miserias, los trabajos, los grandes sufrimientos, habian exacerbado el ánimo de algunos gefes y oficiales, que creian encontrar el orígen del mal, no en la situacion misma, sino en el poco acierto de las disposiciones del general en gefe: se atrevian ya á censurarle, murmurando públicamente, alentados por personas que debieran haberlos calmado y reprimido.

Arteaga lo sabia y lo comprendia todo, y su limpio corazon se indignaba con aquellos rumores y con aquellas infames maquinaciones.

En este estado de cosas, un extraordinario llegó anunciando que el enemigo se aproximaba: aun habia tiempo de retirarse, porque la tropa no estaba en estado de combatir, fatigada aun, y enferma con su larga peregrinacion; pero Arteaga conoció que éste habria sido el pretesto que buscaban los descontentos para promover una sublevacion, despues de la cual, la anarquía era lo único posible.

Determinó dar una batalla, y tomó posesiones en "Cerro Hueco," distante media legua al Sur de Tacámbaro.

Quizá sea ésta la accion mas desgraciada del Ejército Liberal.

Por las razones que hemos indicado, ó bien porque aquel era un dia fatal, las columnas enemigas se lanzaron á paso de carga sobre las fuerzas republicanas, y en menos de media hora todo estaba concluido; la infanteria belga era dueña de la posesion, haciendo un gran número de prisioneros, y entre ellos muchos gefes, y la caballeria imperial perseguia con encarnizamiento á los fugitivos.



El imperio celebró este triunfo como definitivo de Michoacan; y en efecto, con excepcion de algunas pequeñas partidas, todas las fuerzas del Ejército del Centro habian perecido en este encuentro fatal.

Pero vivian los gefes, y con ellos la fé.

La accion del Cerro Hueco tuvo lugar el 16 de Julio de 1865, y el 1º de Octubre del mismo año, pasaba revista en Uruapan la primera division del Ejército, con mil quinientos infantes y dos mil ginetes. Tan cierto es que el patriotismo hace milagros.

La alegría y la esperanza habian vuelto ya á renacer; la mas cordial y franca union reinaba entre los gefes, y todo parecia anunciar una nueva era.

Se habia pasado en Uruapan la revista, y llegó entonces la noticia de que el gefe imperialista Mendez venia de Morelia con una fuerte division mixta de belgas é imperiales.

Los gefes republicanos conferenciaron, y Arteaga y Salazar opinaron en contra del proyecto de dar una batalla en las llanuras inmediatas á la ciudad, que les propuso otro de los generales.

Se dió como razon el mal éxito de la batalla de Cerro Hueco, sin considerar que las circunstancias eran diversas.

Por fin se adoptó el siguiente plan. Arteaga y Salazar con la mayor parte de la fuerza se dirijirian para Tancitaro y Santa Ana Amatlán, y la otra parte de la division haria su marcha por el flanco del enemigo, para caer, sin que se sintiera su movimiento, sobre Morelia.

El objeto de la combinacion era que de Morelia recibiera Mendez el parte de que la ciudad estaba amagada, en cuyo caso, lo natural era que volviese para protejerla; entonces la fuerza que habia amagado Morelia, le saldria al encuentro, y Arteaga y Salazar le atacarian por la retaguardia.

Dios dispuso las cosas de otro modo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La columna que debia amagar á Morelia, hizo su movimiento con tal rapidez y con tanto sigilo, gracias á los grandes conocimientos que de aquellos terrenos tenia el coronel Eugenio Ronda, gefe de la caballeria, que muchos belgas de la guarnicion fueron sorprendidos y hechos prisioneros en las garitas y en las calles, introduciendose la confusion y la alarma en la ciudad.

Pero desgraciadamente Arteaga y Salazar fueron sorprendidos en Santa Ana Amatlán por Mendez, que habia seguido en su persecucion, teniendo lugar esta desgracia cuando no era posible que el gefe imperialista tuviese noticia del ataque de Morelia.

Casi toda la fuerza cayó prisionera; y Mendez, despues de pasados ocho dias de la sorpresa, y cuando ya todos los que habian caido en su poder creian segura su vida, hizo fusilar en Uruapan, fundandose en la sangrienta ley del 3 de Octubre, á los generales Arteaga y Salazar, á los coroneles Villa Gomez y Diaz, y al presbítero Perez, que acompañaba al coronel Diaz.

Horrible asesinato, que los periódicos mismos del imperio no se atrevian ni á publicar, pero que valió á Mendez la banda de general que le envió el ministerio de "la ley de 3 de Octubre."

# LIBRO SETIMO.

## LAS TRES HUERFANAS.

### I.

### Ines.

INES era una dama jóven que hacia furor en uno de los teatros de tercer órden de la ciudad de México.

Jamás una rubia mas encantadora habia pisado las tablas del escenario, y jámas el público habia aplaudido con mas entusiasmo á una actriz.

Ines habia llegado á México con una compañía de la legua, que venia de Tlaxcala; no era casada, y solo la acompañaba una viejecilla, á quien ella tenia por madre, y se llamaba Doña Feliciana.

La compañía, tan compacta en los pueblos, se deshizo al llegar á la capital, como un terron de azúcar que cae en una fuen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La columna que debia amagar á Morelia, hizo su movimiento con tal rapidez y con tanto sigilo, gracias á los grandes conocimientos que de aquellos terrenos tenia el coronel Eugenio Ronda, gefe de la caballeria, que muchos belgas de la guarnicion fueron sorprendidos y hechos prisioneros en las garitas y en las calles, introduciendose la confusion y la alarma en la ciudad.

Pero desgraciadamente Arteaga y Salazar fueron sorprendidos en Santa Ana Amatlán por Mendez, que habia seguido en su persecucion, teniendo lugar esta desgracia cuando no era posible que el gefe imperialista tuviese noticia del ataque de Morelia.

Casi toda la fuerza cayó prisionera; y Mendez, despues de pasados ocho dias de la sorpresa, y cuando ya todos los que habian caido en su poder creian segura su vida, hizo fusilar en Uruapan, fundandose en la sangrienta ley del 3 de Octubre, á los generales Arteaga y Salazar, á los coroneles Villa Gomez y Diaz, y al presbítero Perez, que acompañaba al coronel Diaz.

Horrible asesinato, que los periódicos mismos del imperio no se atrevian ni á publicar, pero que valió á Mendez la banda de general que le envió el ministerio de "la ley de 3 de Octubre."

# LIBRO SETIMO.

## LAS TRES HUERFANAS.

### I.

### Ines.

INES era una dama jóven que hacia furor en uno de los teatros de tercer órden de la ciudad de México.

Jamás una rubia mas encantadora habia pisado las tablas del escenario, y jámas el público habia aplaudido con mas entusiasmo á una actriz.

Ines habia llegado á México con una compañía de la legua, que venia de Tlaxcala; no era casada, y solo la acompañaba una viejecilla, á quien ella tenia por madre, y se llamaba Doña Feliciana.

La compañía, tan compacta en los pueblos, se deshizo al llegar á la capital, como un terron de azúcar que cae en una fuen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, y sus individuos se confundieron entre la multitud. Ines buscó trabajo, y se contrató de parte de por medio, con un modesto sueldo.

El teatro aquel estaba de caida; solo daba funciones los domingos y dias de fiesta, y siempre dramas patibularios: la Abadía de Castro, la Huérfana de Bruselas, el Campanero de San Pablo: Inés hacia las criadas y los acompañamientos.

Poco á poco la fueron conociendo, y poco á poco el público masculino aumentó por ver aquella nueva perlita del teatro; y de los elegantes del barrio pasó la noticia á los leones del centro, y el teatro comenzó á prosperar, y el empresario á comprender por dónde venia la bonanza y el partido que podia sacar de Inés: la consideró con un buen ajuste; y algunos meses despues de su llegada, Ines era dama favorita del público, y la niña mimada de sus compañeros y de la empresa.

La verdad es que ella tambien tenia génio y talento.

Era uno de los últimos domingos de Febrero de 1867: el teatro estaba lleno, y aun se solicitaban billetes en el expendio. Se iba á representar el famoso "Trovador" de García Gutierrez. Ines hacia el papel de Leonor, y esto explicaba la afluencia del público, y la inusitada novedad de verse en las puertas de aquel teatro tan poco frecuentado, elegantes carruajes.

El público es caprichoso como un niño ó como una muger: en aquel teatro habia muy poco que llamára la atencion, y sin embargo, estaba de moda los domingos por la tarde.

Mucho polvo, mal alumbrado, asientos incómodos, enormes ventilas en el techo, por donde entraba un aire molesto y la luz del sol, haciendo un desagradable contraste con las mezquinas lámparas del salon; escaleras y tránsitos que parecian de minas; dulceros que circulaban por el patio y los palcos con el sombrero puesto y ofreciendo en alta voz sus mercancías; orquesta poco menos que de aficionados; y por último, una compañía que no podia ser peor.



En el telon de boca, sobre un fondo encarnado, con adornos amarillos, se leía:

"Con falso brillo y con diversos nombres,
Lecciones de moral doy á los hombres."

Dieron las cuatro, y sonó la obertura: un muchacho súcio y naraposo, salió arrastrandose por debajo del telon, y atizó los quinqués de la embocadura, y volvió á meterse por el mismo lugar.

Los concurrentes iban entrando y tomando sus lugares, sin reconocerse al principio, deslumbrados por la inmensa diferencia de luz entre la calle y el salon del espectáculo.

—¡Hola! señor D. Celso; ¿usted tambien por aquí? Buenas tardes, dijo un hombre que estaba ya sentado, á otro que se acomodaba junto á él.

—Buenas tardes: ¿qué quiere usted? venimos á pasar el rato; me han hablado tanto de la dama de aquí.....

—¡Ah! ¿usted no la conoce?

—No señor.

—Verá usted: es muy bonita; una güerita preciosa, y lo hace bien.

—Eso me han dicho, y segun veo, tiene muchos apasionados.

—Muchos.

—¿Y es casada ó soltera?

—Casada no es, la persiguen que es temeridad; pero la verdad, lo merece.

—Vamos, no diga usted eso, que usted es un hombre juicioso.

—¡Ay, Señor D. Celso! hablemos con franqueza: á mí me gusta como un dulce, y seria yo capaz de no sé qué..... pero usted la verá: yo sé que usted es un hombre de gusto, y me dirá su opinion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tres golpes dados en las tablas del escenario, se oyeron en este momento, como el toque de prevencion: todos se quitaron los sombreros, se acomodaron en sus respectivos lugares; sonó el silvato del apuntador, y se levantó el telon.

Todos los actores eran recibidos con una glacial indiferencia, y lo merecian. Manrique era un jayan, con una voz que parecia un bramido, con unos modales mas bruscos que un carretero, y con una declamacion de cura que predica: vestia un trage á la Luis XV. El de Luna tenia una trusa de panilla azul, con acuchillados amarillos. No habia dos comparsas que representáran la misma época, y entre ellos, algunos se permitian sacar turbantes y cimitarra.

Ines se presentó, y un nutrido y prolongado aplauso fué la señal de su salida.

—De veras es hermosa—dijo D. Celso á su vecino.

—¿No le decia yo á usted?

—Pero es una cosa notable.....

—Vaya.

—¿Usted la trata?

—Mucho; llevamos muy buena amistad: ¿quiere usted que le presente?

—Si usted fuera tan amable.....

—Con mucho gusto: mire usted, en el acto en que la bruja le cuenta su historia á Manrique, Leonor no tiene que salir, y aprovechamos la oportunidad de que está en su cuarto, para ir á verla: ¿le parece á usted?

—Muy bien, acepto.

—Ya verá usted qué amable.

D. Celso estaba impaciente porque se acabara el acto: aquel hombre de pasiones infernales, habia concebido un capricho por Ines, y contaba, para satisfacerle, con su voluntad de hierro, su astucia de demonio y su riqueza.



Una actriz pobre, sin porvenir, y tan jóven, podia muy bien, ó ser una niña sin experiencia, á quien se podia engañar, ó una alma corrompida que se podia comprar.

Mil ideas cruzaban por el cerebro de aquel hombre, acostumbrado á jugar con el corazon de las mugeres y á burlarse de la virtud.

Por fin llegó el momento; y pasando con mil trabajos por aquellas termópilas, pisando á unos, estrujando á otros, machucando un sombrero, tirando un baston é incomodando á todo el mundo, D. Celso y su conductor llegaron hasta la puerta del foro.

Cuando en los teatros hay una muger bonita que está de moda, y que tiene muchos apasionados, los cuidadores de esta entrada se vuelven como los porteros de los Ministerios: orgullosos y déspotas.

Los dos gavilanes viejos tocaron, y despues de un ligero altercado, lograron penetrar al Santa Sanctorum.

Nunca D. Celso habia estado en un foro, y todo le llamaba la atencion.

Los viejos lienzos pintados con colores chillones y mal combinados; las puertas y las rejas de madera y de trapo, arrumbadas en el tránsito; los fragmentos de antiguas decoraciones, todo le parecia extraño.

Veia entre los bastidores muchachas y viejas sentadas en sillas desvencijadas, sosteniendo sabrosas pláticas con galanes que permanecian de pié enfrente de ellas; y entre todos, cruzar la diligente chusma de los maquinistas, llevando grandes bastidores que representaban murallas y conventos.

—Este es otro mundo—dijo á D. Celso su compañero, como quien instruye á un novicio.

—En efecto—contestó Valdespino con hipocresía.

—Aqui es el cuarto de Inesita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habian llegado al término de su viaje: la puerta estaba abierta.

Era una estancia sumamente pequeña: en el fondo habia una mesita de todo el ancho del cuarto, cubierta con un pedazo de indiana de colores, que llegaba hasta el suelo; encima un espejo pequeño, dos candeleros de porcelana con velas de esperma encendidas, y una inexplicable confusion de botes, frascos, cajas, rizos, horquillas, flores, cepillos, peines, cintas y pelucas. De las paredes pendian trages de distintos colores: mantos, velos, enaguas, crinolinas, sombreros y gorros.

Grandes canastos de mimbre obstruian el paso, y á los dos lados habia como seis sillas.

El cuarto estaba lleno de gente: apasionados y adoradores que iban á felicitar á Ines, y á perder su tiempo, para obtener en cambio de mil adulaciones, una sonrisa ó un apreton de mano, que nada significaba.

Ines estaba frente al espejo, y una vieja le arreglaba la toca de su vestido de monja.

—¿Está bien, mamá?—decia Ines.

—Sí, contestó la vieja.

—Porque ese Manrique me deshizo hasta el peinado.

—Pero usted ha obtenido hoy un triunfo, que debe enorgullecerla—decia un jóven.

—Espléndido—agregaba otro.

—Todo ha salido brillante—decia un tercero.

—Mas abajo la toca—decia Ines á la madre, sin hacer caso de las adulaciones.

—Buenas noches, Inesita—dijo el amigo de D. Celso.

—Buenas noches—contestó la muchacha—pasen ustedes.

—Inesita, me tomo la libertad de presentar á usted á D Celso Valdespino, mi amigo.

—Servidor de usted, señorita.

Ines tendió la mano á D. Celso.

—Soy servidora de usted.



D. Celso pasó sin sentirlo, y sin saber de qué hablaba, cosa de una hora en el cuarto de Ines. Otro acto habia ya comenzado.

—Señorita, prevenida—dijo el segundo apunte en la puerta del cuarto.

—Con permiso de usted—dijo Ines á D. Celso, disponiendose á salir—nos vemos—ya usted sabe dónde está su casa: tercera del Relox.....

—Tendré el gusto de pasar por allá.

Ines desapareció entre bastidores.

D. Celso salió pensativo, y no volvió en sí durante el resto de la comedia.

Por fuerza tiene que ser mia esta muger, decia, tocando el zaguan de su casa. ¿Cómo? ya lo verémos; pero mia ha de ser.

Y aquella noche dió mil vueltas en la cama, y no logró pegar los ojos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

### Una escena de amor.

Dos magníficos caballos alazanes piafaban impacientes, enganchados á un elegante y sencillo cupé, que estaba esperando en la puerta de una casa de pobrísima apariencia, en la tercera calle del Relox.

El carruaje abonaba el gusto y la elegancia de su dueño, y no mostraba en el escudo de la portezuela, mas que estas dos sencillas iniciales *P. S.*, artísticamente enlazadas.

Los transeuntes miraban el carruaje, veían la casa, y decian interiormente: "Será algun médico el dueño:" porque no suponian visita de tal categoría á tal casa.

Los vecinos mejor informados, sabian que el coche aquel, ú otro tan elegante, estaba allí todos los dias, porque en él iba sin faltar nunca, el jóven D. Pablo Serrallonga, novio de la hermosa Inesita, la actriz, como decimos nosotros, ó la cómica, como ellos la llamaban.



Nosotros, mas adelantados en noticias, vamos á entrar en la casa, y á escuchar lo que pasa allí.

En una salita pequeña, que tenia un balcon á la calle, sencilla pero graciosamente amueblada, Ines y Feliciana recibian la visita de Pablo.

Ines era mas bella en su casa que en las tablas su rostro sin los afeites de la escena, y su cuerpo libre de los extraños trages de la comedia, tenian mas atractivo, mas encanto.

La vieja Feliciana tenia el aire de una muger del campó; apesar de su trage de lana oscuro y de su peinado que pugnaba por ser de moda, las dos trenzas de la ranchera se traslucian á despecho de su "castaña," y se adivinaba el ceñidor debajo del corpiño de su vestido.

Pablo era lo que puede llamarse un verdadero elegante, "un leon." Sin amaneramiento en su trage, sin esa abundancia de cadenas, de botones, de fistoles y de dijes, que anuncian al calavera de mal gusto; sin esos colores chillantes que tanto agradan á los que sin elementos tienen pretensiones de lujosos y de figurines, habia en todo el aire de Pablo, aquel despejo, aquella naturalidad y aquella sencillez que caracterizan al hombre de sociedad, al hombre que está dominando su posicion, y no dominado por ella.

Ines y Feliciana estaban sentadas en el sofá; y Pablo, indolentemente reclinado en el respaldo de un sillon, jugaba con una cañita con puño de oro, que le servia de baston.

—Usted no puede estar contenta con esa vida de teatro, decia Pablo á Ines.

—Contenta, no, Pablo, porque es una vida tan azarosa, que no se cuenta en ella un momento de tranquilidad; siempre pendiente del humor del público, siempre temblando de que un mal queriente levante contra nosotros una tempestad: por lo demas, ¿qué quiere usted que le diga? apesar de todo, se gana la vida honradamente y sin perjudicar á nadie.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Es verdad; pero usted, Ines, debe estar mas tranquila, porque creo que usted no tendrá nunca enemigos: tan buena, tan humilde.

—¡Cómo se engaña usted, Pablo! Las mugeres que trabajamos en el teatro, somos como las flores de los paseos, que todo el mundo cree que tiene derecho á que sean suyas. En vano se procura una actriz el respeto de los hombres; en vano intenta retraerse en su vestidor y no ser cómica sino á la hora de la escena; todos se sienten con valor para dirijirle una declaracion; y todos cuentan con la esperanza de ser correspondidos, porque para la gente que no nos conoce, una actriz es una muger que no tiene ni corazon, ni moralidad, ni religion.

—Es verdad, es verdad, dijo Feliciana.

—Ines, usted exajera: tal vez en los primeros dias en que una actriz se presenta al público, tendrá qne sufrir esas contrariedades; pero despues, cuando esté conocida, cuando su virtud quede fuera de duda.....

—¡Ay, Pablo! ¡qué poco conoce usted ese mundo! Cada hombre que llega y que nos presentan, es un combate que se tiene que sostener, porque cada uno, aun cuando haya visto desairar á doscientos, piensa que para él está reservada aquella fortuna, porque no comprenden que haya una "cómica virtuosa;" y si nada consiguen, todos esos son enemigos, y si al fin llegan todos á desengañarse de que ninguno es el preferido, antes que confesar honrada á aquella muger, dicen por lo bajo: "esa debe tener algun amante oculto:" y una señora no querrá andar en la calle con nosotras; y si un hombre nos habla y nos visita, nunca su muger, ni su novia, ni su familia, ni la sociedad, dirán que es un amigo, sino un querido, ó un pretendiente; y solo ante Dios, para quien no hay mas nobleza ni mas aristocracia que la pureza del alma, solo ante él podemos decir que valemos tanto como una reina.

Pablo no contestó, y quedó meditabundo.



—Señora—dijo una criada en la puerta interior.

—¿Me necesitas?—dijo Feliciana.

—Sí señora.

Feliciana se levantó y salió de la sala. Los dos jóvenes quedaron en silencio; Pablo distraido y fija en el suelo la mirada; Ines contemplandole cariñosamente. Pasaron asi algunos instantes, y la jóven estrechó la mano de Pablo: el jóven volvió el rostro.

—¿En qué piensas, bien mio?—dijo Ines dulcemente.

—¿En qué pienso, alma de mi alma? Pienso en tí, en tí nada mas; en que eres tan buena, tan virtuosa, tan espiritual.....

—Pablo, ¿me quieres mucho?

—Angel mio, mucho mas que á mi vida, mas de lo que puede imaginar que podia nunca llegar á querer á nadie: alma de mi alma, tú eres para mí la esperanza única de felicidad; tu amor es mi encanto: te amo con tanta ternura, con tanto respeto..... tu amor es para mí una religion, una idolatría.

—Oyeme, Pablo mio: yo tambien te amo como ninguna muger puede amarte sobre la tierra; no sé pensar sino en tí, y por tí: cuando salgo á la escena, cuando repito alguno de esos entusiastas versos de amor, cuando algun aplauso corona mis esfuerzos, solo es por tí, y para tí mi pensamiento..... Eres tan bueno, tan diferente de todos los hombres; te veo tan alto, tan digno, que me fastidian esos nécios que me persiguen, porque no me dejan sola para pensar en tí.

—Ines, Ines, eres un ángel: jamás te olvidaré; jamás dejaré de amarte, de adorarte: sin tí no comprendo la vida; sin tu amor no concibo la felicidad, porque si tú dejáras de amarme, moriria.

—Luz de mis ojos, ¿yo dejarte de amar? No, Pablo mio: te amo con un desinterés tan grande, que tú no puedes ni comprender. ¿Crees, amor de mis amores, que yo no conozco que tú, jóven, rico, elegante, tan bien recibido en la sociedad, no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pensarias nunca en dar tu mano y tu nombre á mí, á una pobre huérfana, á una cómica de la legua.....?

—No Ines, no; por Dios. no me digas eso.....

—Sí, Pablo: jamás he acariciado la idea de ser tu esposa, aunque jamás tampoco consentiria en ser tu querida: ser tu esposa es una felicidad superior á mis aspiraciones; ser tu querida..... primero me moriria de dolor..... Oyeme, ángel mio: tú sabes que yo no conozco á mis padres: desde que nací me entregaron á Feliciana, casada entonces con un pobre escribiente de una hacienda; murió su marido, yo crecí, no teniamos recursos, y viviamos en San Martin Texmelucan, del producto de nuestras costuras y haciendo dulces. Se hizo en el pueblo una pastorela, y me confiaron el papel de Arminda; estudié con entasiasmo, y me aplaudieron, y en lo sucesivo, en todas las pastorelas, en todas las comedias de aficionados, la primera persona con quien contaban era conmigo: así le cobré amor á la carrera del teatro. Por San Martin pasan constantemente cómicos de la legua: una compañía paró en un meson cerca de nuestra casa; la dama se enfermó, y supieron que yo era aficionada, y me convidaron para dar una funcion; acepté, y el director tuvo una soberbia entrada. Entonces me propuso contratarme: ¿qué querias que hiciese? Estábamos pobres; las costuras y los dulces producian muy poco: me contraté y salimos de San Martin: esta es mi pobre historia. ¿Crees que una muger tan humilde en sus antecedentes, tuviera la pretension de llegar á ser tu esposa ante Dios y ante el mundo.

—¿Y nunca has averiguado quiénes son tus padres?

—Nunca, Pablo mio, nunca: si ellos me abandonaron, ó no me amaban, ó era yo para ellos un estorbo.....

—¿Pero Feliciana nunca te ha dicho.....?

—Aqui viene: ella podrá contarte mejor que yo. Mamá, ¿quieres decirle á Pablo eso que me has contado de cuando me entregaron contigo?



—¡Qué dice usted, D. Pablo, qué niña tan caprichosa! ¿usted quiere creer que nunca ha querido que busque yo á sus padres, cuando seria para mí tan fácil como ir al Coliseo?

—Mamá, no digas Coliseo; teatro, teatro.

—Hija, algo se me ha de quedar de nuestra tierra: vaya, déjame, y vamos á ver.

—¿Con que decia usted?

—Pues sí, D. Pablo: cuando viviamos en los Llanos de Apam, un dia me mandó llamar la señora Doña Matildita, muger del Sr. D. Felipe Mondragon, y me dijo: "Sé que usted es muger de bien, y su marido muy honrado; voy á pedirle á usted un favor. Como la queriamos todos mucho á esa buena señorita, le dije: "con mucho gusto, señorita, en lo que usted quiera:" me dijo, pues voy á entregarle una niña, que usted la crie como su hija; me dijo, "pero este es un secreto muy grande, que solo usted y su marido han de saber, me dijo, pero por Dios que me cuide usted mucho á esa niña." Como no teniamos hijos y ya era mi marido muy mayor, le dije: voy á consultar con mi esposo, á ver qué dice: le dije: fuí á mi Procopio, le gustó tener á la niña, y la señorita me la entregó, y mil pesos que nos duraron mucho tiempo.

—¿Pero la niña no seria de la señora de Mondragon? preguntó Pablo.

—No, porque estaba acabadita de nacer, y la señora andaba como si tal cosa.

—¿Y qué otra familia habia en la hacienda?

—Nadie mas.

—Pues es necesario averiguar, aunque Ines no quiera.

—¿Usted lo quiere así, Pablo? preguntó tímidamente Ines.

—Sí, Ines, se interesa en ello la felicidad de usted.

—Pues haga usted lo que le parezca.

—Entonces, lo que hacemos, dijo Pablo, es que voy yo á averiguar en dónde existe ese señor Mondragon, y Doña Feli-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciana vá luego á la casa con algun pretesto, á hablar con su señora, ¿que importa? ella está en el secreto, y quizá el motivo que hubo para ocultar el nacimiento de usted, no exista, y usted recobre á sus padres.

—Haga usted lo que quiera, dijo Ines.

—Pues quedamos en eso: ¿es verdad, señora?

—Sí señor, dijo Feliciana.

Pablo tomó su sombrero.

—¿Se vá usted? dijo Ines.

—Son las siete, Ines, y tengo que hacer: esta misma noche averiguo dónde vive D. Felipe Mondragon.

—Adios, Ines; adios, señora.

Pablo estrechó la mano de Ines, y bajó las escaleras mas contento que un pájaro al salir el sol.

—A casa, dijo al lacayo que cerraba la portezuela.

—¡Oh, si encuentro á los padres de Ines, ¡qué feliz voy á ser! Pero de todos modos, ella será mi esposa, diga y piense la sociedad lo que quiera; ¡es un ángel!

## III.

### Un proyecto de matrimonio.

DESDE que la "Guacha" refirió su historia al cura de San Luis, no hemos tenido ocasion de volver á entrar en la casa de D. Felipe Mondragon, pero los acontecimientos nos conducen allá, y es preciso volver á visitarle.

La habitacion de D. Felipe respiraba todo el aire de tristeza y abandono que era consiguiente á la disposicion de ánimo de su dueño.

Los muebles, poco mas ó menos, erán todos los mismos que habia cuando Matilde y sus hijos embellecian aquel recinto: Mondragon no habia permitido que en nada se hiciera innovacion de ninguna clase, y como habian cesado las visitas y el movimiento, todo se conservaba en el mismo estado.

Los muebles iban pareciendo ya de forma muy antigua; las cortinas, los tapices y las alfombras iban perdiendo sus colores, y todavia sobre algunas mesas se advertian, ya un devociona-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciana vá luego á la casa con algun pretesto, á hablar con su señora, ¿que importa? ella está en el secreto, y quizá el motivo que hubo para ocultar el nacimiento de usted, no exista, y usted recobre á sus padres.

—Haga usted lo que quiera, dijo Ines.

—Pues quedamos en eso: ¿es verdad, señora?

—Sí señor, dijo Feliciana.

Pablo tomó su sombrero.

—¿Se vá usted? dijo Ines.

—Son las siete, Ines, y tengo que hacer: esta misma noche averiguo dónde vive D. Felipe Mondragon.

—Adios, Ines; adios, señora.

Pablo estrechó la mano de Ines, y bajó las escaleras mas contento que un pájaro al salir el sol.

—A casa, dijo al lacayo que cerraba la portezuela.

—¡Oh, si encuentro á los padres de Ines, ¡qué feliz voy á ser! Pero de todos modos, ella será mi esposa, diga y piense la sociedad lo que quiera; ¡es un ángel!

## III.

### Un proyecto de matrimonio.

DESDE que la "Guacha" refirió su historia al cura de San Luis, no hemos tenido ocasion de volver á entrar en la casa de D. Felipe Mondragon, pero los acontecimientos nos conducen allá, y es preciso volver á visitarle.

La habitacion de D. Felipe respiraba todo el aire de tristeza y abandono que era consiguiente á la disposicion de ánimo de su dueño.

Los muebles, poco mas ó menos, erán todos los mismos que habia cuando Matilde y sus hijos embellecian aquel recinto: Mondragon no habia permitido que en nada se hiciera innovacion de ninguna clase, y como habian cesado las visitas y el movimiento, todo se conservaba en el mismo estado.

Los muebles iban pareciendo ya de forma muy antigua; las cortinas, los tapices y las alfombras iban perdiendo sus colores, y todavia sobre algunas mesas se advertian, ya un devociona-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio que usaba Matilde, ya el juguete de un niño, ya un pañuelo de la señora, ó el sombrerito de la chiquilla.

Todo causaba una tristeza mortal: aquella casa daba la idea de un relox parado hace muchos años, que marca el instante en que dejó de andar, como el único recuerdo de que tuvo un movimiento.

Los criados apenas se atrevian á entrar en aquellas habitaciones, y Mondragon que habia querido conservar aquellos recuerdos, pasaba por allí como no queriendo hacer ruido, por no turbar el reposo de alguno, y evitando tambien el mirar aquellos objetos.

Contradicciones inexplicables, pero muy comunes en el corazon de los hombres.

El padre de Matilde murió poco tiempo despues de la desaparicion de su hija y de sus nietecitos, á quienes amaba entrañablemente; la madre se habia ido á vivir al lado de Mondragon, y era la única persona que le asistia. Toda aquella familia, ó mejor dicho, aquellas dos familias se habian reducido á dos personas, Mondragon y Doña Estefanía, la madre de Matilde.

D. Celso los visitaba, pero Doña Estefanía le miraba, si no con aversion, al menos con indiferencia.

D. Celso concibió el proyecto de estrechar la amistad que reinaba entre Mondragon y D. Juan de Caralmuro, por medio del matrimonio de Mondragon con la hija de Caralmuro.

Este proyecto era muy difícil de realizarse, porque Mondragon no tenia noticia de Matilde, y ésta podia vivir aun, y ademas, porque él tenia mas de cincuenta años, y la hija de D. Juan no llegaba á diez y ocho: pero para hombres como D. Celso, no hay imposibles tratandose de maldades.

Habló á Caralmuro, comunicó su proyecto á Mondragon, atacó por todos lados á Leonor, para comprometerla, para obligarla, fraguó una informacion de la muerte de Matilde, levantada en Veracruz; y tanto y tanto se movió, que el negocio comenzó á tomar proporciones considerables.



Mondragon y Caralmuro habian tenido algunas conferencias sobre las ventajas de aquel enlace: la vieja Salvadora, vendida en cuerpo y alma á Valdespino, auxiliaba sus proyectos, y la pobre Leonor, sin tener adonde volver los ojos, estaba resignada al sacrificio: Mondragon era para ella un hombre simpático y respetable, como amigo, pero no le causaba esa ilusion que ella adivinaba como el amor; Doña Salvadora le habia dicho que esas eran solo cosas de las novelas, y la pobre niña, aunque comprendia que eso no era verdad, callaba.

Murillo estaba siempre en su memoria; pero ¿sabia ella, si él pensaba tambien en ella, y si volveria á verle algun dia? Leonor comprendió que alimentar aquella ilusion y aquella esperanza, aun cuando no se lo habia dicho Doña Salvadora, era verdaderamente cosa de novela.

Comenzaban á hacerse los preparativos, y D. Celso iba todos los dias á la casa de Mondragon.

Largas horas pasaban los dos paseandose por la sala, con las manos en los bolsillos, y echando planes.

—Crea usted, amigo D. Celso—decia Mondragon—que he llegado á alborotarme con esta boda.

—Con razon, Señor D. Felipe: esa criatura es una margarita preciosa; tan virtuosa, tan bella, tan señorita.

—Oigame usted: no es precisamente el deseo de que sea mi esposa lo que me preocupa: ¡usted me comprende! No: es que quiero ya tener familia, que haya álguien que se interese por mí, que goce ó que sufra conmigo; ¡hace tantos años que vivo como en un desierto!

—Tiene usted razon; pero ya su vida vá á cambiar.

—Así lo espero: mi edad, como usted vé, no es para tener esas fogosas pasiones de la juventud; pero quiero unir mi suerte á la de esa muchacha, porque la quiero; porque es la hija

de un amigo mio, y porque ha sufrido mucho en su vida. Yo no tengo herederos: mi espíritu, tan agitado, envejece á mi cuerpo antes de tiempo; muy pronto dejaré la tierra, y seré muy feliz teniendo ya á esa niña á mi lado, que al cerrar mis ojos, se encuentre dueña de mi caudal.

—Esas ideas nobles son muy dignas de usted; pero no pensemos en la muerte, sino en la boda: ¿tiene usted intencion de que se celebre muy pronto?

—En el mes que viene.

De manera que los preparativos irán muy avanzados.

—Mucho: mire usted, tome su sombrero, y vamos á ver unos muebles que me están acabando de hacer.

D. Celso tomó su sombrero, y los dos salieron de la casa.

En la puerta de la escalera, una muger pálida, enferma, haraposa, estaba como esperando algo: al ver á las dos personas que se acercaban, aquella muger comenzó á temblar convulsivamente.

—¡Pobre muger!—dijo Mondragon—tal vez esa convulsion será de debilidad; verémos que le dén alguna cosa—Doña Estefanía, Doña Estefanía.

Las convulsiones de la muger se hicieron mas fuertes.

—Pero Señor—dijo D. Celso—los porteros no deben dejar que cualquier mendigo suba asi: éstos luego son ladrones ó espías de ladrones.

Quizá la mendiga hubiera contestado á D. Celso, si no se presenta en este momento Doña Estefanía.

La madre de la "Guacha" vestia de negro: habia envejecido tanto, que no conservaba ya en su rostro ni uno de aquellos hermosos rasgos que encendieron los torpes amores de D. Celso.

—Señora, ¿me hace el usted favor de que le dén de comer á esta pobrecita?—dijo Mondragon.



—Sí—contestó Doña Estefanía—pasa hija.

La pobre muger, al oir que la llamaba "hija" Doña Estefanía, lanzó un sollozo.

—Los pobres son muy agradecidos, D. Celso—decia Mondragon, bajando la oscalera.

—No lo crea usted: eso mismo me figuraba yo antes—contestó D. Celso.

Y salieron á la calle.

La mendiga siguió á Doña Estefanía como vacilando, deteniendose á cada paso, mirando todo y limpiandose á escusas su llanto á cada momento.

Era el supremo instante en que todos los rayos del dolor y todos los martirios de la desesperacion se reunian en un solo punto para destrozar el corazon de aquella muger.

Arrastrada por una irresistible fatalidad, habia salido de aquella casa, jóven y hermosa, adorada de su marido, y con dos hijos que formaban su delicia; y volvia miserable, hambrienta, deshonrada, sin atreverse á decir su nombre; sin atreverse á levantar el rostro: su madre, su marido y su verdugo, la veian cara á cara, y no la podian reconocer.

Ella lo habia perdido todo por salvar la honra de su madre; y despues de tan costoso sacrificio, encontraba viviendo tranquilos á los únicos responsables de su desgracia: á Doña Estefanía y á D. Celso.

Se necesitaba tener el corazon mas religioso para no blasfemar de la Providencia: la "Guacha" le tuvo; pero no pasó de alli su abnegacion, y el ódio mas profundo contra D. Celso hirvió en su pecho.

Dirijió sus miradas por el interior de las piezas, y reconoció su cama, que se descubria por una puerta del corredor; su costurero, todo, todo, hasta sus macetas y las jaulas de sus pájaros favoritos; solo que ni los pájaros ni las plantas existian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué raudal inmenso de dolorosos recuerdos brotó en su alma! ¡Qué sentimientos por tanto tiempo casi apagados, se encendieron en el seno de aquella muger desgraciada! Quiso gritar, pero ya no pudo; sintió que le faltaba el corazon, vaciló, se apoyó un momento en el barandal del corredor, y luego cayó desmayada.

## IV.

### En el jubileo.

El padre Antonio, nuestro antiguo conocido, tuvo que regresar á su curato de San Luis, sin haber logrado averiguar el paradero de su pobre Roque. D. Plácido y la "Guacha" determinaron quedarse en México.

D. Plácido encargó de todos sus negocios en la costa, al buen cura, y vivia en la capital con lo que éste le enviaba, atendiendo á su salud, extraordinariamente quebrantada de resultas de las heridas, y con la firme resolucion de no volver jamas á la Costa.

La "Guacha," como una expiacion de sus faltas, quiso pasar su vida en la miseria y manteniendose con el amargo pan de la mendicidad, sin aceptar los sinceros ofrecimientos del cura, que queria volverla á llevar consigo.

D. Plácido, como todos los hombres que han sufrido grandes desgracias, se volvió tan extraordinariamente religioso, que no faltaba á funcion alguna de Iglesia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay en esa vida ascética y contemplativa un goce de espíritu, una especie de voluptuosidad, que solo son capaces de comprender los que la han sentido. Cuando el alma se entrega toda á esa idea ardiente y arrobadora de la Divinidad; cuando enmedio de un templo se aisla del mundo, y comienzan á sensentirse embargados los sentidos por las graves y melancólicas notas de un órgano, por el aroma del incienso que flota en blancas nubes frente al Tabernáculo, por el brillo del cristal y de la argenteria, y por ese resplandor fantástico que esparcen los cirios, mezclando su luz con la luz del sol que se desliza como tímida en el santuario, al través de los densos cortinajes de las ventanas; cuando el espíritu se reconcentra en el espíritu y la materia se siente volver á la materia, entonces el alma parece desprenderse de la tierra, flotar en otro espacio, entre otro ambiente; se adivina á Dios, se comprende la fé; y si en aquel éxtasis se pudiera pensar en el cuerpo y en la tierra y en la materia, el hombre moriria; porque el espíritu, al sentirse libre, al encontrarse en el espacio de los espíritus, haria un supremo impulso y se separaria para siempre de la materia.

¿Por qué el cristianismo quiere aparecer anatematizando las teorías de los espiritualistas? ¿Por qué los espiritualistas no ponen las teorías cristianas respecto del alma, como la piedra angular de su sistema?

La religion cristiana, explicada por el clero, pinta la muerte como el dolor de los dolores, como la suprema angustia, como el terrible trance. El espiritualismo la considera como el dulce descanso de la agitada vida; no como un castigo del cielo á la humanidad, sino como el grato consuelo de las penas, sin esas ideas asquerosas y horribles, sin ese esqueleto cuyos huesos crujen al andar, cuyas desiertas órbitas miran sin ver, cuyas manos repugnantes esgrimen la segur sobre todas las cabezas, sin distincion. No, esta no es la muerte que envia la Divinidad á sus criaturas: dulce amiga, se acerca á nuestro lecho, blanda



como el sueño que se comienza en la tierra para despertar en el cielo, amorosa y deseada como una libertadora que rompe estos vínculos de carne y de miseria que nos atan al mundo, y á la ignorancia, y á la preocupacion, y á la tiranía; y con su diestra nos abre la puerta de ese mundo de luz, de ciencia, de libertad, de amor, en que el espíritu del justo y del que tuvo caridad sobre la tierra, cruza resplandeciente y puro, y el del hipócrita y del egoista tiene que mostrar eternamente su vergüenza, y eternas las manchas negras de su conciencia.

D. Plácido se habia entregado de lleno al ascetismo.

"Entraba el jubileo," como dicen las gentes de iglesia, en Jesus María.

El templo estaba sorprendente: el altar mayor era una especie de risco, erizado de oro, y de plata, y de cristal, y de flores, y de plantas y de arbustos; pero todo escojido, todo raro, todo exquisito, todo maravilloso. No se comprendia alli la forma, se admiraba el conjunto: destellos, colores, sombras, luces, visos, como fantásticas formaciones de un Kalcieoscopio, cambiaba y aparecian al menor movimiento de la cabeza; aquello fascinaba, deslumbraba, hacia cerrar los ojos.

El aroma de las flores y del incienso, en densas nubes, subia como acariciando las pesadas columnas del templo, hasta perderse en las altas bóvedas, y las armonías de la música se apagaban de cuando en cuando para dar paso á los murmullos de la oracion, que brotaba de los lábios de la muchedumbre arrodillada frente al altar.

D. Plácido rezaba tambien cerca de una de las puertas del templo.

Un carruaje se detuvo alli, y una jóven hermosísima, acompañada de un hombre de bastante edad, penetraron en el templo.

D. Plácido fijó su vista en la jóven, y luego en el hombre, y sintió una especie de vértigo: aquello era una aparicion, era la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

evocacion de una sombra; era el alma, que tomando forma, viene á la tierra en fuerza de mágicos conjuros.

Los dos recien venidos eran D. Juan de Caralmuro y su hija.

D. Juan pasó rozando casi á D. Plácido; pero ni él ni su hija pudieron penetrar mas adentro, y tuvieron que hincarse tan cerca de D. Plácido, que éste podia oir sus conversaciones.

D. Plácido se estregaba los ojos; jamás habia visto semejanza mas completa: el hombre que tenia delante y el desgraciado padre de Alejandra debian ser uno mismo, ó él soñaba.

De repente D. Juan se inclinó para hablar á su hija, y D. Plácido oyó claramente, no habia duda, que aquel hombre decia á la jóven:

—"Alejandra—no estés mucho tiempo de rodillas, hija mia, que estás muy débil."

El devocionario se le cayó de las manos á D. Plácido: entonces sí creyó que soñaba ó que estaba loco. D. Juan volvió la cara; pero era precisamente el momento en que D. Plácido, mortificado, se inclinaba á recojer el libro.

D. Plácido quiso contenerse, rezar, ó pensar siquiera en otra cosa; pero era imposible: aquella semejanza, aquel nombre tan conocido y tan amado para él, dado á una muger desconocida, todo, todo le causaba una terrible confusion.

Por fin se resolvió. Poco á poco fué acercandose hasta quedar cerca de D. Juan, y con una voz que él pudiera oir, dijo, como hablando consigo mismo:

—Juan de Jarras.

D. Juan volvió como tocado por una máquina eléctrica; miró fijamente á D. Plácido, se levantó pálido, hizo una seña á Leonor de que le siguiese; y tomando á D. Plácido de la mano, salieron los tres de la Iglesia, y sin hablar una palabra, montaron en el carruage, que salió á todo el trote de los caballos.

## V.

### El amor y el interes.

—Ahora que no tengo qué hacer, voy un momento á la casa del señor Mondragon, decia Feliciana á Ines, poniendose un pañuelon para salir á la calle.

—Está bien, mamá, supuesto que tú y Pablo se han empeñado en eso; pero por Dios que no vayas á hacer una imprudencia.

—No tengas cuidado, que yo estaré muy prudente.

—No vayas á hablar de tu negocio, mas que á la señora de Mondragon.

—Sí, á Doña Matilde, que ya debe estar muy grande.

—Y no la hables delante de nadie, y mucho menos del señor.

—Por supuesto.

—Bueno; pues anda, y no tardes, que me quedo sola.

—No tardaré, hija; hasta luego.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

evocacion de una sombra; era el alma, que tomando forma, viene á la tierra en fuerza de mágicos conjuros.

Los dos recien venidos eran D. Juan de Caralmuro y su hija.

D. Juan pasó rozando casi á D. Plácido; pero ni él ni su hija pudieron penetrar mas adentro, y tuvieron que hincarse tan cerca de D. Plácido, que éste podia oir sus conversaciones.

D. Plácido se estregaba los ojos; jamás habia visto semejanza mas completa: el hombre que tenia delante y el desgraciado padre de Alejandra debian ser uno mismo, ó él soñaba.

De repente D. Juan se inclinó para hablar á su hija, y D. Plácido oyó claramente, no habia duda, que aquel hombre decia á la jóven:

—"Alejandra—no estés mucho tiempo de rodillas, hija mia, que estás muy débil."

El devocionario se le cayó de las manos á D. Plácido: entonces sí creyó que soñaba ó que estaba loco. D. Juan volvió la cara; pero era precisamente el momento en que D. Plácido, mortificado, se inclinaba á recojer el libro.

D. Plácido quiso contenerse, rezar, ó pensar siquiera en otra cosa; pero era imposible: aquella semejanza, aquel nombre tan conocido y tan amado para él, dado á una muger desconocida, todo, todo le causaba una terrible confusion.

Por fin se resolvió. Poco á poco fué acercandose hasta quedar cerca de D. Juan, y con una voz que él pudiera oir, dijo, como hablando consigo mismo:

—Juan de Jarras.

D. Juan volvió como tocado por una máquina eléctrica; miró fijamente á D. Plácido, se levantó pálido, hizo una seña á Leonor de que le siguiese; y tomando á D. Plácido de la mano, salieron los tres de la Iglesia, y sin hablar una palabra, montaron en el carruage, que salió á todo el trote de los caballos.

## V.

### El amor y el interes.

—Ahora que no tengo qué hacer, voy un momento á la casa del señor Mondragon, decia Feliciana á Ines, poniendose un pañuelon para salir á la calle.

—Está bien, mamá, supuesto que tú y Pablo se han empeñado en eso; pero por Dios que no vayas á hacer una imprudencia.

—No tengas cuidado, que yo estaré muy prudente.

—No vayas á hablar de tu negocio, mas que á la señora de Mondragon.

—Sí, á Doña Matilde, que ya debe estar muy grande.

—Y no la hables delante de nadie, y mucho menos del señor.

—Por supuesto.

—Bueno; pues anda, y no tardes, que me quedo sola.

—No tardaré, hija; hasta luego.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Salió Feliciana: Ines se quedó sola; y por aprovechar el tiempo, se puso á estudiar un papel nuevo que habia recibido, en una comedia que debia estrenarse dentro de pocos dias.

Media hora permaneció completamente entregada al estudio, cuando oyó llamar en la puerta del corredor.

—Adentro, dijo negligentemente y sin apartar la vista del papel: D. Celso entró á la pieza.

Desde la tarde aquella en que D. Celso conoció á Ines, no habia dejado de perseguirla; se habia hecho llevar á su casa, y de una en otra visita, y frecuentando mas y mas la amistad, se convirtió en lo que se llama una persona de confianza: allí, como en todas partes, pasaba D. Celso la plaza de un hombre de bien, honrado á toda prueba, y caritativo como un San Vicente de Paul; siempre dando á Ines buenos consejos sobre la vida real ó sobre la carrera de las tablas; siempre pendiente de lo que podia faltar; siempre adivinando hasta sus menores caprichos.

D. Celso creía que en las mugeres, la costumbre del continuo trato llega á engendrar el amor, ó á destruir al menos, la repugnancia de un enlace desproporcionado por la edad. Sentia por aquella muchacha una pasion tan profunda y tan ardiente, como no la habia experimentado nunca; no habia sacrificio que no se considerara capaz de hacer por ella; estaba decidido, si de otro modo no podia conseguir su amor, á casarse con ella.

Aquel dia le pareció á propósito para declararse. Ines estaba sola, y mas hermosa que nunca; se sentó á su lado, y comenzó á empeñar la conversacion.

—Siempre estudiando, niña.

—Siempre, D. Celso, esta es mi vida: estudiar muchos dias lo que tengo que decir una sola noche.

—¿Pero esa vida no le fastidia, no le cansa?

—Aunque me canse, ¿qué he de hacer? no tengo otro modo de vivir.

—Usted tan hermosa.....



Ines miró con tal intencion á D. Celso, que éste se ruborizó.

—No sé por qué, una muger bonita y honrada no ha de poder ser pobre, le contestó.

—Ines, usted es jóven, bella, virtuosa; usted podria hacer la felicidad del hombre que la llamara su esposa.

Ines suspiró pensando en Pablo.

—Señor D. Celso, no se casa uno cuando quiere, sino cuando puede.

—Es que hay como usted, mugeres que cuando quieren pueden.

—¿Lo cree usted asi?

—Por supuesto: yo conozco una persona, que seria el mas feliz de los mortales el dia que pudiera llamar á usted suya, delante de Dios y de todo el mundo.

Cuando se tiene una idea fija, todo cuanto se oye se aplica á esa idea, se piensa que tiene relacion con ella: Ines lo menos que se figuró, fué que D. Celso se declaraba, y creyó la pobre niña que el hombre de quien le queria hablar D. Celso, era Pablo: sus ojos brillaron de alegría, y una sonrisa se dibujó en sus delgados lábios.

Valdespino creyó que Ines habia comprendido la alusion y que la recibia con gusto.

—Sí, Ines, continuó: yo conozco á ese hombre que anhela ser su esposo; no es un jóven, pero es un hombre de buena edad; es rico, bastante rico: usted podrá satisfacer hasta sus menores caprichos, y se retiraria usted de esa carrera que no le produce mas que penas.

—Pero ¿dónde está ese hombre? ¿por qué no se decide á casarse conmigo?—dijo Ines, pensando todavia que se trataba de Pablo.

—Ines, ese hombre aun no se atreve á declararse, porque su respeto por usted es tan grande como su amor: sus intenciones son santas; pero teme un desaire, porque usted es muy delica-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da, y siempre dice que no es digna de dar su mano á un hombre rico y bien colocado.

—Pero de esa manera jamás llegarémos á entendernos.

—Bien, Ines: entonces usted le autoriza para que se atreva á presentarse pidiendo á usted su mano?

—Sí

—Pues Ines, ese hombre, ese afortunado, que no espera mas que su consentimiento para llevarla al altar, soy yo; yo, que amo á usted, que soy libre, que soy rico, que puedo hacerla feliz.

—¡Ah!—exclamó Ines.

—No se espante usted, Ines: es verdad que no soy jóven, que mi figura no podrá haberla prevenido en mi favor; pero he querido que usted me tratára mucho, antes de hacerle la confesion de mi amor: usted me conoce, sabe que soy un hombre honrado, de buen carácter; piénselo usted Ines, porque creo que le conviene.....

—Pero si yo..... no.....

—Ines, usted habrá conocido su posicion: hoy tiene usted una bonanza, porque está de moda; mañana tal vez no tendrá usted ni quien la quiera contratar. El público es muy caprichoso; usted está sola en el mundo; mañana sucumbe usted á una pasion, que solo tendrá por consecuencia la deshonra y la vergüenza; la carrera que sigue usted es tan peligrosa, como ninguna otra; los hombres son astutos: usted está en la flor de su edad y de su inocencia. Créame usted, Ines, las mugeres no cobran experiencia, sino á costa de su honra y de su tranquilidad, y cuando logran tenerla, es cuando ya para nada les sirve.

—Pero Señor D. Celso, cuanto usted dice es la verdad; y sin embargo, yo, que le quiero á usted tanto como amigo, no le puedo querer como esposo.

—Lo comprendo en estos momentos, Ines, porque solo vé usted mi figura, porque está usted enamorada de Pablo: ese jóven tan elegante y tan simpático, pero que no la puede hacer feliz, ¿qué espera usted de él, por mas que usted le ame, y que él ame á usted? ¿Usted cree, Ines, que su familia, que él mismo, tan bien relacionado en la alta sociedad, la reciban para presentarla como su muger, ante esa misma sociedad tan llena de preocupaciones? Hable usted la verdad, ¿lo cree?



—No señor.

¿Se decidirá usted á ser hoy su querida, para que mañana la abandone deshonrada y sola?

—Nunca, nunca.

—Entonces ¿qué espera usted? Sacrificar sin provecho su juventud, consumiendose en ese amor imposible; y el dia que él, cansado de ese papel que representa y que no es el suyo, desaparezca, encontrarse usted sin mas porvenir que la miseria ó la prostitucion.

—¡Oh, no me diga usted eso, por Dios!

—Sí, hija mia, debo decírselo á usted por su bien, porque yo la amo sin interes; porque ofrezco á usted el porvenir y la felicidad. Pablo ama á usted, y le dice mil cosas que le llegan al corazon; ¿pero usted está segura de que no dirá lo mismo á otras muchas?

—Sí, si estoy.

—No sea usted niña. Pablo es un hombre que frecuenta las casas mas elegantes y mas aristócratas de México: alli, en donde hay tantas mugeres, tantas jóvenes hermosas cubiertas de seda, de crespon, de pedrería: esas jóvenes, tan orgullosas con sus riquezas y con su hermosura, que se creerian ofendidas con solo que les propusieran ir al teatro en que usted representa: ¿usted cree que esas mugeres serán indiferentes á los ojos de Pablo?

Ines lloraba; D. Celso continuó.

—Pablo es lo que se llama en la sociedad y entre las muchachas, "un buen partido:" las mas bellas se sentirian dichosas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si él las pretendiera. ¿Cree usted que teniendole á su alcance, le dejen de atacar con ese insinuante disimulo que saben, cuando quieren, emplear las mugeres todas? Y Pablo se dejará querer: los amantes de Teruel no son ya de estos tiempos; y aunque me sea doloroso el decirselo á usted, quizá, quizá, Pablo se avergonzaria delante de esas muchachas del gran tono, si llegasen á sospechar siquiera que habia puesto los ojos en usted.

A Ines la ahogaban los sollozos.

—Yo, continuó D. Celso, soy rico: á mi lado nada tendrá usted que envidiar; nadie podria oponerse á nuestro enlace; y una vez que usted llevára mi nombre, usted se presentaria en la sociedad, vengandose con su lujo y su hermosura, de esas mismas mugeres que ahora se reirian con el mas alto desprecio de usted, si supieran que se habia atrevido á amar á Pablo; porque usted, para ese hombre, puede ser cuando mas el juguete que le sirva para satisfacer un capricho, pero un capricho del que se avergonzará ante esas mugeres aristócratas que él enamora en las horas del dia, que son muchas, y en que no está aquí.

—Basta, basta, D. Celso—dijo Ines dejando caer su cabeza sobre el papel que tenia en la mesa.

—Ines, no se aflija usted: lo que yo le digo es la verdad; pero usted es libre; si usted lo reflexiona, y acepta mi mano, aqui estoy, y prometo hacerla rica y feliz; pero si usted consiente en seguir haciendo ante el mundo y ante usted misma, el papel ridículo que ahora representa, y se empeña en destruir su porvenir, yo respetaré su voluntad. Por ahora la dejo: consulte usted con Doña Feliciana, con el mismo Pablo, si usted quiere, y mañana volveré por la resolucion de usted.

Salió D. Celso, y la jóven quedó anegada en llanto, sin levantar siquiera la cabeza.

Pocos momentos despues se abrió de nuevo la puerta, y Pablo se presentó.



—¡Angel mio!—dijo Ines arrojandose en sus brazos.

—Ines, alma mia, ¿qué es esto, qué tienes, qué te pasa, por qué lloras? Dime.

—¡Ay, Pablo mio, soy muy desgraciada!

—¡Desgraciada! ¿por qué?

—No, no puedo decírtelo.

—¿No puedes? ¿y por qué, vida mia? ¿Es acaso alguna cosa que me ofenda? ¿es alguna desgracia que yo no pueda remediar? Dímelo. Jamás has tenido secretos para mí; esto debe pesarte mucho, mucho: ¿por qué lloras tanto?

—Pablo, Pablo, mucho he llorado y lloraré toda mi vida.

—Pero dime, luz de mis ojos, dime, ¿qué te apena?

—¿Qué? Que es necesario que todo termine entre nosotros.

—¡Que termine! ¿y por qué?

—¿Crees, Pablo, que podemos seguir así? ¿No miras el porvenir que me espera? ¿no comprendes lo que yo padezco cuando pienso que tú no puedes ser mio, que tú serás de otra muger, tal vez sin poderlo evitar.....?

—Pero esas ideas no son tuyas, Ines: álguien ha venido á destrozar tu corazou con algun fin diabólico: ¿quién te ha dicho que tú no puedes ser mi muger, que yo no puedo ser tuyo?

—Yo que lo comprendo.....

Feliciana entró de la calle en este momento, y sin comprender lo que pasaba, se dirijió á Pablo.

—Buenas tardes, D. Pablo: ¿á que no sabe usted de dónde vengo?

—¿De dónde? dijo Pablo distraido.

—De la casa de Mondragon.

—¿Y qué ha sacado usted en limpio?

—Nada, como quien dice: que la señora Doña Matilde murió hace muchos años; pero su mamá, que tambien estuvo entonces en la hacienda, vive, pero no la ví; pero en la casa de Mondragon me pasó una cosa célebre: yo que pregunto por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las señoras, y una limosnera que estaba en la escalera, dice: ¿usted se llama Doña Feliciana, dice, que vivia por los Llanos? dígole, yo soy; dice, pues tengo que confiarle á usted un secreto; dígole, bueno, ¿y cuándo? dice: esta tarde á la oracion, frente á la puerta de Santa Catarina; dígole yo, bueno, y dice: no falte usted: y no mas, y me vine.

—¿Por supuesto irá usted?

—Dentro de un rato, que son ya las cinco y cuarto.

## VI.

### La Madre y la Hija.

EL sol de la libertad comenzaba ya á levantarse magestuoso y brillante en el cielo de la República: los últimos batallones franceses habian salido de Veracruz; unas en pos de otras, se colgaban en la moharra de la bandera de México, las coronas de la victoria, y el Imperio, agonizante, hacia el supremo esfuerzo al encerrarse el archiduque Maximiliano dentro de las trincheras de Querétaro.

La nacion se levantaba en masa, y los ejércitos republicanos no eran ya aquellos puñados de hombres desnudos, hambrientos, inermes casi, que hemos visto en los años anteriores: brillantes divisiones perfectamente armadas y provistas de todo lo necesario, se habian levantado por todas partes y por todos los caminos, como inmensas serpientes erizadas de bayonetas; las columnas de los liberales se dirijian sobre México, ó sobre Querétaro, últimos refugios del espirante gobierno plantado por la intervencion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Encerrar como el episodio de una novela en dos ó tres capítulos, esa série de gigantescos combates que tuvieron lugar en el sitio de Querétaro, seria como querer compendiar al Dante, al Petrarca, á Cervantes; seria una audacia y una profanacion. Tan cerca están esos acontencimientos que aun no se pueden abarcar con una mirada, y de cada combate seria preciso escribir una historia, so pena de verse desmentido.

El dia de la sentencia del pueblo en la causa de Maximiliano ha pasado ya; el dia de la sentencia de la historia aun no llega. Nosotros creemos que el juicio de la historia será conforme con el de México; pero actores en ese gran drama, nosotros mismos temeriamos faltar á la imparcialidad.

Paz á los muertos; pero tambien respeto á los vivos.

Si álguien extraña esos pormenores que otros se han atrevido á dar, y que nosotros poseemos mas exactos en las hojas de nuestro libro de recuerdos, reflexione que en todos aquellos episodios está mezclado un nombre, que solo nos será permitido dar á luz, sin faltar á la modestia republicana, el dia, quizá muy próximo, en que con el carácter de históricas, lleguemos á publicar nuestras memorias.

Casi todo el pais estaba en poder de los Independientes, y las familias de los chinacos volvian á vivir en las ciudades, esperando no mas que la rendicion de la capital, para volver á su vida pacífica y tranquila.

Margarita y Alejandra llegaron á Toluca, y desde allí esperaban pasar á México.

En vano Jorge escribió á Caralmuro y se valió de todos los medios posibles para hacerle llegar sus cartas; nunca obtuvo una respuesta: y burlado en sus esperanzas, determinó, de acuerdo con Margarita, esperar mejores tiempos.

Con las fuerzas que salieron de Toluca para el sitio de Querétaro, salieron tambien Jorge y Murillo; y Rito y Diego, nuestros buenos conocidos los maromeros, quedaron en la guarnicion de la plaza.



La vieja Tula y Anita formaban casi una familia con Alejandra y Margarita, y no podian dejar pasar un dia sin verse, y no podian conformarse con la idea de estar separadas alguna vez.

Un refran dice que la amistad vieja es como la plata vieja: este es uno de tantos refranes, que pasan, porque pasan en el mundo tantas cosas.

La amistad antigua es muy buena, pero no por eso deja de serlo la nueva: el buen amigo lo es desde el primer dia, como la plata es plata desde que sale de la mina; y el mal amigo lo será, aunque cultive nuestro trato por cuarenta años, como el cobre no será jamás oro, ni con el transcurso de todos los siglos.

Las fuerzas Republicanas, al ocupar á Toluca, no pusieron ningun préstamo al comercio ni á la agricultura; no hubo exacciones; no se usó del sistema de la leva para cubrir las bajas del ejército, ni se persiguió á persona alguna: pero Toluca, puede decirse, sin vacilar, que es el modelo de los pueblos agradecidos; y nosotros acostumbramos hablar siempre con la ruda franqueza de los soldados Republicanos.

Los pueblos, como los individuos, tienen vicios y virtudes, que dígase lo que se quiera, aqui sobre la haz de la tierra tienen, mas tarde ó mas temprano, su premio ó su castigo.

Todo el mundo opinaba que la gran cuestion de vida ó de muerte para el imperio debia decidirse dentro de los muros de Querétaro, y se tenia por una cosa indudable que sucumbiendo allí Maximiliano, México sucumbiria tambien inmediatamente.

Todas las miradas se fijaban, pues, en Querétaro.

La noticia de la mas lijera escaramuza volaba de boca en boca por todos los ámbitos de la República: hasta las personas mas indiferentes en política ansiaban y sabian los menores detalles de los acontecimientos que allí tenian lugar; y un niño ó una muger, en México, podian haber dado noticia de los nom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres de los principales gefes que atacaban ó defendian la plaza.

Sucumbiendo Querétaro, sucumbiria México, como ese reflejo que saliendo de un lago, desaparece tan pronto como se oculta el sol que alumbra el lago.

México no era mas que el reflejo de Querétaro.

No se esperaba sitio ni combate en México, y muchas familias, buscando su seguridad, comenzaron á dirijirse á la capital.

Margarita y Alejandra, agitadas por el deseo de llegar cuanto antes adonde pudiera descorrerse el velo que les ocultaba los misterios de su historia, aprovecharon la salida del primer conocido para dirijirse á México.

La diligencia que corria de México á Toluca, apesar de que las avanzadas del ejército republicano llegaban hasta Tacubaya, no se habia suspendido; y una mañana, Margarita y Alejandra tomaron sus respectivos asientos en el carruaje, y entre las lágrimas y los sollozos de Tula y de Anita, y los bruscos apretones de mano de Rito y de Diego, salieron de la capital del antiguo Estado de México.

Un viaje en diligencia es una cosa muy molesta, sobre todo, para mugeres de la clase de Margarita y de su hija, poco acostumbradas á viajar en aquella especie de comunidad.

Apenas se atrevian á dirijirse por lo bajo la palabra, por vergüenza á los otros pasajeros, y procuraban siempre mirar al campo por los lados del carruaje, por no encontrarse con los ojos vivarachos y atrevidos de alguno de los compañeros de viaje.

Generalmente en esta clase de carruajes, nunca falta alguno de esos hombres de mundo, algun tronera, algun viajero de profesion, que pocos minutos despues de partir el carruaje, se apodera de la conversacion, dice chistes, describe lejanas tierras, cuenta pavorosas leyendas de ladrones, ofrece puros á los compañeros, obsequia con vino á las señoras, y apura de cuando en cuando un pequeño frasco de coñac, que de un cordon verde está pendiente debajo de su brazo derecho.



Las diligencias se detienen generalmente al medio dia, para dar tiempo en algun parador, á que almuerzen los pasajeros; y por muy íntima conversacion que hayan traido durante el camino, en aquel momento todos bajan como si no se hubieran conocido nunca, y almuerzan separadamente, sin curarse de los demas.

Esta costumbre tan generalizada, no es ni puede ser verdaderamente una costumbre mexicana.

En este pais en que dos personas que se conocen por la primera vez, tienen la mayor satisfaccion en invitarse una á la otra á tomar algo; en que el mayor gusto de un hombre de cualquiera clase de la sociedad es pagar por sus conocidos el consumo que hayan podido hacer en una fonda ó en una taberna; en que nunca se ha dado el caso de que dos amigos ó dos simples conocidos que entren á tomar una copa juntos, pague cada uno la suya, sino que cada uno de ellos se empeñe en pagar las dos; en este pais en que hay esa galanteria, solo se puede explicar ese retraimiento y esa especie de egoismo que hay en los carruajes públicos, por la afluencia de extranjeros de diferentes paises que viajan constantemente en ellos.

Despues del almuerzo, la escena cambia dentro de las diligencias, y bien por la fuerza del calor del sol, ó bien por esa especie de sueño que produce la digestion, combinado con el movimiento del carruaje, casi todo el mundo duerme, sin turbarse la tranquilidad de aquel cuadro, mas que por uno que otro brinco ó sacudida violenta que produce alguna piedra, alguna zanja ó algun mal paso del camino. Entonces el calaveron, que casi siempre vá cerca de la portezuela, despierta frotandose un codo que chocó contra el carruaje; el viejo cura, sacandose el sombrero que se le hundió hasta los ojos; la elegante damita recojiendo el gorro, que desprendido, ha rodado hasta los piés de un ranchero, que robusto, gordo y enmarañado, ronca en uno de los rincones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todos se miran entre sí, sonrien, y vuelven á continuar la interrumpida siesta.

Rodaba la diligencia en que iban Alejandra y Margarita, por el patio del soberbio hotel de Iturbide de México.

Las puertas del hotel, por una costumbre que no sabemos á que atribuir, se cerraban inmediatamente, y los curiosos, y la policía, y los cargadores, y los cocheros de carruajes de alquiler, y los sirvientes del hotel, y los que esperaban á álguien, todos se agrupaban para ver descender á los pasajeros.

Alejandra y Margarita descendieron tímidas y ruborosas en medio de aquel gentío.

Todo pasajero sospechoso en aquel tiempo era conducido á presencia del Prefecto Político ó del Comandante Militar de la Plaza, para ser minuciosamente examinado; las dos pobres mugeres parecian no haber llamado la atencion de los sabuesos del gobierno, porque se dirijieron libremente, seguidas de los cargadores que llevaban su equipaje, hácia la puerta del hotel; pero un hombre oculto trás una de las columnas, habia conocido á Alejandra, y aquel hombre era D. Celso.

D. Celso, como hemos visto, pertenecia á la policía secreta del Imperio, mas que por interes, por ódio á los republicanos; y el Imperio contaba entre su policía secreta, á muchas de esas personas, que por su posicion social, estaban muy lejos de infundir sospechas, y de las que tenia las noticias mas exactas y las denuncias mas ciertas.

D. Celso hizo una seña á uno de los hombres que estaban allí como por casualidad, y el hombre se acercó.

—¿Ves esas dos mugeres que van ahí?—le dijo.

—Sí señor—contestó el otro.

—Pues bien: llama otro que te acompañe, y de órden de la Prefectura las metes dentro de un coche con su equipaje, y las llevas á la Diputacion: al alcaide, que queden las dos juntas en un separo, incomunicadas y su equipaje en la Alcaldía y depositado; que se tenga mucho cuidado con ellas, porque son espías del enemigo: voy yo inmediatamente á dar parte á la Comandancia Militar. Anda, y no se vayan á ir.



—Pierda usted cuidado, contestó el esbirro; y haciendo una seña á otro compañero, salieron á la calle en el momento en que Margarita y Alejandra montaban en un coche de alquiler, donde habian hecho meter su equipaje.

—Señora, dijo el que habia hablado con D. Celso—tengo órden de llevarlas á la cárcel.

Las dos mugeres se pusieron densamente pálidas.

—¿Por qué?—preguntó Margarita.

—Eso ni á usted ni á mí nos importa—dijo el hombre abriendo la portezuela y sentandose dentro del carruaje—esa es la órden, y la debo cumplir; y dirijiéndose al otro policía, le dijo: Súbete al pescante, y vámonos para la Diputacion.

Las dos mugeres no volvian en sí de su espanto. Algunos transeuntes habian observado lo que pasaba; pero estas eran cosas de todos los dias, y ya á nadie le llamaban la atencion.

—Esta vez no te me escaparás—decia entre sí D. Celso, mirando el carruaje que caminaba velozmente para la Diputacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

### ¿Pues quién soy yo.....?

—¿Con que esta muchacha no es Alejandra..... no es mi hija?—decia D. Juan á D. Plácido en la sala de su casa.

—No señor, no es su hija de usted, no es Alejandra, ya le he confesado á usted mi delito, ya sabe usted que no pesa sobre su conciencia la sangre de un hombre derramada por su mano; yo he criado á Alejandra, y no la he abandonado ni un instante, desde el momento en que Margarita la fió á mis cuidados: la he perdido en el momento en que creí perdida mi existencia, y cuando con el pecho atravesado por una bala, he caido en tierra incapaz de defenderla.

—¿Pero quién se atrevió á semejante atentado? ¿Usted no tenia enemigos? ¿Alejandra no tenia álguien que la persiguiese? ¿algun amante?

—No, D. Juan: no sé que Alejandra tuviera ningun amante; yo no tenia enemigos.

—¡Dios mio, Dios mio!—decia D. Juan oprimiendo su frente con ambas manos—ahora es mi situacion mas espantosa: ¿qué



será de mi hija? ¿qué diré á esta desgraciada Leonor, que cree que ha encontrado á su padre.....? ¿Por qué D. Celso me ha hecho creer que es Alejandra.....? ¡Esos certificados que ha traido de la Costa.....!

El pobre hombre se levantaba y se paseaba por la sala en la mayor ansiedad, y luego volvia á sentarse: D. Plácido le miraba con interes, y se creia culpable de todas aquellas desgracias, como resultados de su primer delito.

—D. Juan—dijo—yo me considero muy culpable de todas estas desgracias: debo ser un mónstruo á los ojos de usted; pero yo haré de mi parte cuanto sea posible para volver á encontrar á Alejandra; y créame usted, la encontraremos.

—Dios le oiga á usted, D. Plácido: yo, por mi parte nada le reprocho, y le perdono, pongo á Dios por testigo, todas esas culpas de que usted se acusa.

D. Plácido estrechó la mano de D. Juan, y sus ojos se arrasaron de llanto.

—Por ahora, dijo D. Juan, como tomando una resolucion repentina—lo primero que debo hacer, es poner al tanto de todo á Mondragon; ocultárselo seria tanto como engañarle: creo que en nada variarian sus intenciones respecto al matrimonio con Leonor; pero sin embargo, debe saberlo: ¿no le parece á usted, D. Plácido?

—Tal creo.

—No debe tardar: hace tiempo que debia estar aqui, y quizá se haya quedado por allá dentro hablando con Leonor.

Se acercó á uno de los cordones de la campana, y tiró de él con impaciencia.

D. Juan sabia que Doña Salvadora llamaba á aquella niña Leonor: él, desde que la reconoció por hija, la llamó Alejandra; pero desde que D. Plácido le declaró que no era su hija, ni una sola vez volvió á llamarla mas que Leonor.

Pocos momentos despues se presentó un criado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Ha venido el Señor Mondragon?—preguntó D. Juan.

—Ahí está.

—Dile que entre.

El criado salió, y poco despues Mondragon entraba en la sala.

—El Señor Mondragon—dijo D. Juan presentandole; y despues, tomando á D. Plácido de una mano, dijo á Mondragon:

—Amigo mio, aqui tiene usted al Señor D. Plácido, de quien ya tiene usted noticia en mi historia.

D. Plácido y Mondragon se estrecharon las manos afectuosamente.

D. Juan les indicó los asientos, y luego continuó:

—Señor D. Felipe, el señor me ha hecho revelaciones que son de la mayor importancia para mí, y..... para usted.

—¿Qué hay, pues?

—En primer lugar, que Leonor no es Alejandra, ni es mi hija.....

—¡Cómo!

—Efectivamente: Alejandra—dijo D. Plácido—ha sido criada y educada por mí, y hace poco tiempo me ha sido arrebatada; pero no es la persona que he visto hoy con D. Juan, y que pasa por su hija.

—Entonces ¿quién es esa jóven.....?

—No sé—dijo D. Plácido—amigo mio: tal vez usted y yo hemos sido víctimas de una superchería, que estuvo á punto de ser irremediable.

—Pero Leonor, tan buena, tan inocente, ¿será una aventurera sin pudor y sin corazon?

—No lo creo; pero es necesario salir de este abismo, saber la verdad, porque no creo que así pueda tener lugar ese proyectado enlace.

—No, D. Juan, debo hablarle á usted con toda franqueza: una muger que se presta á ocupar un lugar que no es el suyo,



que usurpa un nombre que no le corresponde, no puede nunca ser la esposa de un hombre honrado.

—¿Pero si ella es inocente, si es á su vez víctima como nosotros..... ?

En ese caso será mi muger, aunque sea la huérfana mas pobre y desvalida.

—Pero ¿cómo saberlo?

—Creo que debemos hablarla con franqueza, y su rostro dará la prueba de su inocencia ó de su delito.

—En efecto.

D. Juan salió, y volvió á entrar poco despues con Leonor de la mano.

Leonor se sentó inocentemente enmedio de todos.

—Hija mia—le dijo Caralmuro—¿recuerdas todo lo que hemos hablado respecto á tu nacimiento?

—Sí señor.

—¿De nada mas te acuerdas, ni sabes mas que lo que me has contado?

—De nada mas..... pero ¿á qué viene todo eso? ¿qué seriedad advierto en usted.....?

—Leonor, en este momento he descubierto que tú no eres Alejandra, que no eres mi hija.....

—¡Que no soy hija de usted! ¡Ah!..... ¡Dios mio! Pues entonces ¿para qué me lo hicieron creer? ¿para qué me trajeron aquí? ¿por qué me han engañado.....?

Y la pobre niña lloraba y ocultaba su rostro entre las manos.

Los tres hombres la miraban dolorosamente.

—Pero bien, hija mia—decia D. Juan—¿tú no tenias ni la menor sospecha de lo que pasaba?

—No, no: ¿por qué han jugado conmigo, Dios mio?

—¿Usted es hija de Doña Salvadora? ¿Quién es usted? preguntó D. Felipe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leonor levantó con dignidad la cabeza, sus ojos brillaban y su voz temblaba.

—Señor Mondragon, si yo fuera hija de Doña Salvadora, si yo supiera quién soy yo, ¿hubiera entrado en esta casa fingiendome la hija de D. Juan? ¡Me ha tomado usted por una miserable aventurera? Por mas que las apariencias me condenen, soy inocente de esta trama infernal que Dios cuidará de descubrir. El señor Caralmuro me dijo: "tú eres mi hija," y lo creí, y me trajo á su casa, y le ví como á mi padre. Hoy me dice: "tú no eres para mí mas que una extraña," y le creo, y saldré de esta casa que no es la mia, y buscaré en el mundo el asilo que me depare la caridad, lejos de esas gentes que se han burlado de mi inexperiencia.

—Pero la señora Salvadora por fuerza debia saber algo de todo esto, insistió Mondragon; debia.....

—¿Aun duda usted? exclamó Leonor: verémos.

Y furiosa se levantó de su asiento, y salió de la sala.

—¿Adónde vá? dijo Mondragon.

—No lo sé, contestó D. Juan.

Entonces, como para contestar á la pregunta de Mondragon, se abrió la puerta violentamente, y Leonor, con el rostro encendido y los ojos chispeantes, apareció casi arrastrando de una mano á Doña Salvadora, que la seguia pálida y temblorosa.

Leonor llegó casi hasta el centro de la sala, y empujando bruscamente á la vieja:

—Señora, le dijo, venga usted á explicar aqui á estos señores, pero inmediatamente, cómo he podido yo aparecer como hija de D. Juan; diga usted, diga usted, porque tal vez están creyendo que soy una infame, una aventurera, una ladrona; hable usted, señora, se lo exijo.....

Doña Salvadora habia quedado enmedio del grupo como petrificada; sentia todas aquellas miradas fijas sobre su conciencia, no se atrevia á decir la verdad, pero menos se atrevia á mentir.



—Hable usted, señora, dijo Mondragon con una voz que la hizo estremecer; y entonces ella como haciendo un esfuerzo supremo, contestó:

—Señor D. Juan, hemos engañado á usted. Leonor no es su hija, y nosotros nunca hemos creido tampoco que lo fuese: perdoneme usted.....

Leonor, como una fiera se arrojó sobre doña Salvadora, y la tomó de un brazo.

—¿Nosotros? ¿nosotros ha dicho usted? Estos señores van á creer que yo tambien, que yo tengo parte en ese infame complot: diga usted, yo ¿qué sabia.....?

—Señores, dijo Doña Salvadora solemnemente: Leonor ha sido tambien víctima del engaño, lo juro por la salvacion de mis padres.

—Gracias, gracias..... ¿lo ven ustedes? Y se puso á sollozar amargamente.

—Ahora,—dijo serenandose de pronto—ahora me voy de esta casa en donde no debo permanecer ni un solo instante ya, en donde no tengo derecho á estar.—Señora, le prohibo á usted que me siga, ni con la vista, ni con el pensamiento. Es usted una infame: si usted me ha criado, ha sido para comerciar conmigo, para explotarme; es usted una muger infame.

Doña Salvadora habia permanecido de rodillas y con el rostro inclinado; pero cuando Leonor dijo estas últimas palabras, la vieja se levantó como galvanizada. Leonor quiso salir de la pieza, y D. Juan se precipitó á la puerta, y la tomó de la cintura.

—¿Adónde vas, hija mia?

—No lo sé, pero debo irme; esta no es mi casa, usted no es mi padre, yo no conozco ya á esa muger.

—Leonor, dijo Doña Salvadora, tú no eres mi hija; pero si yo me he prestado á engañar á D. Juan, si me he hecho tan culpable á tus ojos, no ha sido mas que por asegurarte tu porvenir, por verte dichosa.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hija mia—exclamó D. Juan—si por la naturaleza no eres mi hija, yo te juro ante Dios, que lo eres por el corazon; yo seré tu padre y tu amparo mientras el cielo me conserve la vida, y despues de mi muerte tu porvenir quedará asegurado.

—Y yo, Leonor—dijo Mondragon—la tomaré á usted por esposa, delante de Dios y del mundo, sea usted quien fuere.

Leonor estrechó el cuello de D. Juan; y vencida por tantas emociones, quedó desmayada, exclamando con una especie de agonía:

—¿Pues quién soy yo, Dios mio? ¿Pues quién soy yo.....?

## VIII.

### Las dos resoluciones.

A PESAR de su curiosidad, Feliciana no asistió á la cita que le habia dado la "Guacha;" y el proyecto de descubrir á los padres de Ines, que abrazaba en un principio con tanto fervor, se le fué olvidando con ese eterno mañana tan comun por desgracia en México.—Mañana buscaré á esa muger, —decia Feliciana, y pasaba aquel dia y no la buscaba; mañana iré á la casa de Mondragon—y llegaba ese mañana, y siempre alguna cosa se ofrecia, y no llegaba á ir.

Entretanto, D. Celso menudeaba sus visitas, apuraba sus argumentos, multiplicaba sus promesas, encendiendose mas y mas cada dia en aquella pasion infernal, á medida que mas dificil se le presentaba el logro de sus deseos.

Pablo continuaba visitando la casa, pero sin dar una esperanza que calmara las inquietudes de Ines, sin indicar nada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tampoco que desvaneciese sus ilusiones. Ines comprendia que su porvenir estaba con D. Celso, pero su corazon era de Pablo.

El uno le ofrecia riquezas y nombre, el otro nada; y esto era tanto mas terrible para ella, cuanto que Pablo era libre y rico.

La pobre muchacha jamás se hubiera atrevido á olvidar á Pablo; y sin embargo, tampoco se atrevia á presentar delante de él, ni sus pobrezas, ni sus apuraciones, ni las exijencias terribles de su posicion. Hablar de intereses con aquel hombre, hubiera sido para ella el lance mas crítico de su vida.

Las almas vírgenes y privilegiadas pasan sobre los intereses de la tierra, sin mirarlos siquiera, como esos rayos de luz que cruzan sin perder su pureza por una atmósfera emponzoñada.

Cada dia Ines y Feliciana tenian que hacer frente á una nueva crísis pecuniaria.

Las pobres actrices que no tienen esos sueldos y esas ganancias fabulosas que cuentan las pocas notabilidades artísticas que de cuando en cuando aparecen sobre las tablas, como Lola Montes, la Rachel y otras, viven la vida del sufrimiento y de la privacion, siempre teniendo que presentarse con lujo en la escena, siempre consumiendo sus pocos ahorros, ya en el costoso trage de una reina, ya en los elegantes vestidos de una duquesa ó de una gran señora de los tiempos de Luis XIV ó de Felipe V.

Necesitan tener, aunque no sea sino por una noche, el esplendor de una emperatriz, con el miserable sueldo que no hubiera alcanzado á una de aquellas señoras, para dar la mas humilde de sus tertulias de confianza.

Las pobres alhajas de Ines, iban y venian á las casas de empeño; las telas de sus mas graciosos vestidos, merced á las consideraciones de algun dueño de cajon de ropa, se pagaban con pequeños abonos, compensandose mas que largamente con el recargo de precio, la dilacion del pago.

Muchas veces fué preciso á aquellas dos pobres mugeres, su-



primir algun platillo de su humilde mesa, para comprar con aquella economía, un tocado, un lazo, una corona de flores.

Ines cosia todo el dia, y continuamente daba nueva forma á sus vestidos rejuveneciendolos, y cambiando los adornos del uno al otro, y cambiando los encajes y las blondas, y los botones, y las flores. Los guantes sufrian esas lavadas que los hacian aparecer nuevos á los ojos del público, y la industria femenina, apuraba todos los recursos del ingénio y de la coqueteria, para agradar á una concurrencia, que no podia comprender aquellos sacrificios, aquellas penas, aquellos dolores; que no podia comprender cuantas noches habia pasado la pobre muchacha junto á una mezquina vela de sebo, para poder presentarse dignamente, y cuantas privaciones habia tenido que sufrir para reunir el importe del abanico, ó de la pulsera que necesitaba llevar con aquel traje.

Pablo mismo lo ignoraba, porque las mugeres sonrien con la dulzura de la felicidad delante del hombre á quien aman, aunque el aguijon de la desgracia atraviese su corazon, y el hombre pocas veces comprende estos ocultos y misteriosos sufrimientos.

Un hombre no descubrirá nunca esos dolores sobre la frente de una muger, pero una muger, y una muger que ama, percibirá en los ojos del hombre, la mas pequeña sombra de pesar que llegue á nublar su pensamiento.

Era uno de esos dias aciagos para Ines. D. Celso no habia ido, pero aun se conservaban frescas en la memoria de Ines sus expresiones de la vispera: estaba palpando sus predicciones.

La pobreza iba avanzando mas y mas cada dia en aquella casa: podia ella remediarlo todo con solo una indicacion hecha á Pablo, pero jamás se atrevereria á hacerlo.

Ines cosia un vestido y lloraba: era la gran lucha entre la cabeza y el corazon, entre el amor y el interés.

Se oyeron pasos: Ines limpió precipitadamente sus ojos, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pablo con el semblante mas risueño que nunca, se presentó en la sala.

—Buenas tardes, Ines—dijo tomando la mano de la muchacha y besandola apasionadamente.

Ines por toda contestacion pasó el brazo al rededor del cuello de Pablo, le atrajo con dulzura, y le besó uno en pos de otro los dos ojos.

—Ines mia—dijo Pablo, arrimando una silla cerca de la jóven—no vengo á permanecer á tu lado mas que un momento.

—¿Porqué?—preguntó Ines, tomando ese airecillo de enfado que muestran los niños, cuando les quitan un jugete que les agrada, y que sienta tan bien á una muchacha enamorada.

—Porque vengo á anunciar á usted—dijo Pablo afectando un aire graciosamente ceremonioso—mi última resolucion.

—¿Y cual es?

—La de casarme, por lo cual muy pronto tengo necesidad de dejar de ser el novio de usted.

—¿Cómo?—dijo Ines desconcertada.

—Como usted lo oye: mañana irremisiblemente deben comenzarse á practicar las diligencias, porque estoy resuelto á que mi enlace se verifique la semana que entra. No habia querido participarlo á usted ni á mis amigos, hasta tener dispuesta mi casa para recibir dignamente á la muger que debe llevar mi nombre.

Ines hubiera querido llorar: si hubiera estado sola, de seguro que habria gritado como una loca: aquello era mas de lo que podia soportar; pero la dignidad de la muger se sobrepuso á su dolor.

—¿Y no podremos saber?—dijo, pudiendo hablar apenas—el nombre de la señorita que debe ser su esposa?

—No hay inconveniente,—contestó Pablo, con la mas glacial indiferencia: eso no debe ser un secreto para nadie, y probablemente usted conocerá á mi muger: es una muchacha hermosa



como un sol, buena como un ángel, que me quiere como nadie puede quererme en el mundo..... Y que se llama Ines Martinez.

—¡Pablo!—gritó Inés, arrojandose bañada en llanto en los brazos de su amante.

—Inés, Inés mia, ¿quién podria ser mi esposa sobre la tierra, sino tu, tu que eres la única mujer á quien he amado verdaderamente en el mundo.....? Pero vamos, ya no llores, sosiégate, cálmate, ángel mio; te va á hacer mal, estás pálida, convulsa. ¿Quiéres que llame á álguien? ¿quieres que te traiga agua? Te va á hacer mal esa emocion: cálmate.....

—No, Pablo mio, el placer no mata; déjame llorar, déjame llorar en tus brazos, déjame desahogar..... ¡Dios mio! nunca creí llegar á ser tan feliz.....

Y la pobre muchacha lloraba y temblaba, como si estuviese enferma.

Feliciana entraba en aquellos momentos de la calle: venia de empeñar unos pendientes de Inés, y traia debajo del tápalo una caja de carton con flores y adornos, que habia comprado con aquel dinero.

—¿Qué sucede?—dijo mirando á Inés que lloraba en los brazos de Pablo.

—¡Bendito sea Dios que llegó vd. señora!—dijo el jóven—para que me ayude á calmar á esta loquita que se ha puesto á llorar como una Magdalena por una noticia que le he traido.

—Madre mia, lloro de placer, porque Pablo es muy bueno, porque es un ángel..... porque la semana que entra se casa conmigo.....

—¡Se casa contigo! ¡se casa usted con Inés!—dijo la buena vieja abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí señora, me caso; y el lúnes de la semana que entra, Inés será mi mujer..... digo, si vd. no se opone á ello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Yo? ¿Oponerme cuando Inés va á ser feliz, cuando usted la ama, cuando ella ama á usted, y llora por usted todo el dia, y habla de usted dormida y despierta, y á todas horas? De ninguna manera; de ninguna manera; y que se acabe el teatro, y las apuraciones, y el coser de noche, y los boletos de empeño, y el pedir prestado; y que Dios cargue con el apuntador, y con la empresa, y con los directores, y con el público, y con todas esas zarandajas.

Y la pobre Feliciana tiraba la caja con los adornos, y abrazaba á D. Pablo, y abrazaba á Inés, y la besaba.

—Que Dios te haga una santa, hija mia—decia la pobre vieja llorando.—Dios ha de bendecir á usted, D. Pablo, porque va usted á hacer feliz á una pobre muchacha, tan buena, tan humilde, tan resignada y tan bonita; ¿no es verdad, D. Pablo?

—Mamá, mamá, no diga usted esas cosas.

—Déjela usted—decia D. Pablo con esa sonrisa que solo tiene el que acaba de hacer una buena accion—Déjela usted, que está contenta, y tiene razon. Platiquen ustedes un poco, y cálmela usted, porque yo me voy en este momento: tengo aún muchas cosas que arreglar, y el lúnes debo estar viviendo ya en mi nueva casa con mi mujer. Con que adios, mujercita mia.

Y Pablo tomó la mano de Inés, y la levantó hasta cerca de sus labios.

—¿Me permite usted?—dijo con una sonrisa maliciosa á Feliciana.....

—Puesto que va á ser su mujer.....

Y Pablo dió, no uno, sino veinte besos en la mano de Inés.

—No tanto, no tanto—dijo Feliciana—que todavía.....

—No van á la vicaría, agregó Pablo riéndose.

Y salió de la casa radiante de felicidad. Al subir á su coche vió á D. Celso que entraba en la casa de Inés, escurriéndose como un zorro que entra á un gallinero.



—¡Qué mal efecto me hace este hombre!—dijo Pablo,—pero ahora ya ¿qué me importa?

D. Celso subió las escaleras, y encontró á Inés y á Feliciana tan alegres como unos gorriones que acaban de bañarse.

Despues de un rato de conversacion, Feliciana salió, dejando solos á D. Celso y á Inés.

D. Celso quiso aprovechar los momentos.

—Por fin, Inés, ¿qué ha pensado usted.?

—Señor D. Celso, Pablo ha tomado ya su resolucion.

—¿Y podremos saber cuál es?

—Sí señor, se casa conmigo.

—¿Pero es cosa séria?

—Tan séria que el lúnes se celebra nuestro matrimonio.

D. Celso se puso amarillo como la hoja de un árbol que se seca, y se mordió los lábios hasta herirse, pero de aquellas heridas debió brotar hiel.

—Pues si esa es su resolucion—contestó, mostrando la mas perfecta indiferencia—yo tambien formo la mia.

—¿Y cuál es esa resolucion, señor D. Celso?

—No volver á molestar á usted jamás con mis pretensiones, pero quedar siempre como su amigo, si usted me lo permite.

—Con mucho gusto—contestó Inés, tendiéndole la mano, que D. Celso estrechó convulsivamente.

—¡Pobre hombre!—pensó Inés,—es bueno, y me quiere de veras; siempre hay que agradecérselo; seremos muy buenos amigos.

Feliciana salió á este tiempo: D. Celso permaneció algunos momentos; y despues se despidió como si nada hubiera pasado.

Bajó las escaleras, y al llegar al zaguan, volvió el rostro hácia dentro y con los ojos chispeantes, y con una voz ronca y gutural.—Si él ha formado la resolucion,—dijo,—de que tú seas su esposa, yo he resuelto que tú mueras ántes que ser de otro hombre: veremos cómo se cumplen estas dos resoluciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IX.

## La Prision.

VALDESPINO era hombre de una actividad diabólica, y de unas pasiones terribles: insaciable en su sed de oro y de mujeres, todos los medios le parecian lícitos, si con ellos conseguia su objeto, y no habia resorte que no moviese para aumentar su capital, ó poseer de grado ó por fuerza una mujer, por la cual hubiera concebido un capricho.

Y un amor y un deseo ó una pasion, no le embargaban por completo: perseguia á la vez dos ó tres mujeres, y por cada una de ellas hubiera cometido mil crímenes, hubiera vendido su alma al diablo, si hubiera creido en el diablo; pero D. Celso no creia ni en el diablo, ni en Dios, ni en nada; en nada mas que en sus brutales apetitos.

Luego que vió á Alejandra, sintió renacer su apagada llama, sintió exaltados sus deseos; y la suerte parecia ayudarle de nuevo, cuando de nuevo le presentaba á su víctima.

Inmediatamente que vió el coche en que conducian á Margarita y á su hija, dirigirse para la Diputacion, emprendió el camino para la casa de Márquez.



Márquez era en aquellos momentos el árbitro de los destinos de México. Derrotado vergonzosamente por las fuerzas de Porfirio Diaz en S. Lorenzo, habia entrado á la capital cobardemente, y no soñaba mas que en obtener la garantía de la vida; pero perdonar á Márquez habria sido mas dificil para el partido republicano que jurar obediencia al archiduque sitiado en Querétaro.

Márquez en México es la encarnacion de todo lo infame, de todo lo repugnante. Su carrera está marcada con sangre, sus mismos correligionarios le detestan, porque ademas de que le miran como un mónstruo, tienen la conviccion de que traicionó á Maximiliano, y le abrió la tumba.

Y sin embargo, este hombre tan lleno de crímenes, era el Lugar-Teniente del archiduque. Siempre temblando, siempre soñando en asechanzas, en conspiraciones, en asesinatos, en envenenamientos, Márquez era el tirano cobarde y sangriento de que hablan todos los filósofos, y que pintan con tan negros colores todos los poetas.

D. Celso necesitaba poco para entenderse con este hombre: se presentó á él, se hizo conocer por sus importantes servicios en la policía, y obtuvo una órden amplísima para hacer de las dos pobres mujeres cuanto le pareciese,

En aquellos momentos, el ejército republicano de Oriente se presentaba amagando la plaza, y Márquez, animado por sus principales correligionarios, y con la firme persuasion de que no alcanzaria misericordia, se resolvia á defenderse á todo trance.

La ciudad tomó el aspecto de un campamento, se suspendieron las diversiones, se prohibieron las reuniones del pueblo, y México cayó bajo el dominio del sable.

D. Celso llegó á la Diputacion, y comenzó por un escrupuloso registro en los baules de Alejandra y de Margarita: algunas cartas y algunos papeles de Jorge y de Murillo, fueron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para él un precioso hallazgo: eran una arma terrible en sus manos, y de la que haria uso si la necesitaba.

Entonces mandó que condujeran á su presencia á la de mas edad de aquellas mujeres.

Margarita se separó llorando de su hija, y se presentó temblando ante D. Celso. Se referian tantas cosas terribles de la policía imperial, que un hombre se habria acobardado en aquella situacion.

Valdespino cerró las puertas, y quedó solo con Margarita.

—Vamos,—la dijo—es preciso que hable usted con sinceridad, porque de lo contrario, puede costarle caro: ¿cómo se llama usted?

—Margarita.

—¿De dónde es usted?

—De Acapulco, señor.

—Y esa otra mujer que la acompaña, ¿quién es? ¿cómo se llama? ¿á qué vienen ustedes á México?

Margarita creyó salvarse confesandolo todo.

—Señor, esa muchacha es hija mia, se llama Alejandra; pero hace mucho tiempo que estábamos separadas; hace poco nos hemos encontrado y reconocido, y venimos á México buscando á mi marido, al padre de mi hija, á quien hace muchos años que no hemos visto.

—Ola, ola,—dijo entre sí D. Celso—¡con que esta segun parece es la mujer y la otra la hija de Caralmuro! ¡Vaya una casualidad! Aquella que yo habia escogido en la costa para hacerla pasar por hija de D. Juan, resulta que es su hija verdadera. ¿Y Leonor? No, no me conviene que éstas encuentren lo que buscan, porque entónces D. Juan conoceria que yo le habia engañado, y ¿quién sabe adónde iriamos á parar? Por otra parte, la muchacha me gusta, y debo salirme con la mia: seria la primera que se me escapaba teniendola tan segura. Y que me gusta, vaya. Ya Caralmuro tiene una hija; que se conforme con ella. Y yo me guardaré esta, veremos.—Y luego dijo en voz alta:



—¿Usted sabe cómo se llama su marido?

—Sí señor, D. Juan de Caralmuro.

—Malo—pensó D. Celso.

—¿Y D. Juan sabe que ustedes le buscan?

—No señor, porque ha reconocido á otra jóven por hija suya; y aunque le hemos escrito, no hemos tenido razon alguna.

—Bueno—dijo entre sí Valdespino.—Pues señora, todos esos son enredos que usted ha fraguado para burlar á la policía; porque en sus baúles se han encontrado cartas y papeles de los bandidos, y pronto caerá sobre usted el castigo de la ley.

—Señor, por Dios, le juro á usted que todo es verdad.....

—¡Qué verdad!..... á ver el alcaide.

El alcaide se presentó.

—Esta mujer queda aquí, señor alcaide, incomunicada, mientras examino á su cómplice.

—Muy bien, señor.

D. Celso salió, y Margarita quedó temblando.

Alejandra estaba en un separo: era un cuarto pequeño, con una ventana alta, custodiada por fuertes rejas; no habia mas mueble que un petate en un rincon, en donde la muchacha estaba sentada llorando; se respiraba allí una atmósfera pesada y corrompida.

D. Celso entró, cerrando tras sí la puerta con llave: Alejandra alzó la cara, y al principio no le reconoció.

—Alejandra, ¿me conoces?

—¡Jesus! ¡Dios mio! ¡el padre Bernal!

—Sí, Alejandra, el padre Bernal; pero no es ese mi nombre, ni yo soy sacerdote: yo adopté ese disfraz para poder verte, para seguir libremente tus pasos, porque estoy enamorado de tí, desde el dia que te conocí.

—Pero usted ha sido muy malo conmigo; usted me ha querido robar, usted ha hecho matar á mi padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Perdóname, Alejandra; el amor, la pasion que me inspirabas, me hacian capaz de todo; pero tú conocerás por esto cuánto te adoro, y de todo lo que soy capaz por tí; ademas, ni D. Plácido ha muerto, ni era tu padre; tú lo sabes.....

—Sí, pero le he visto como á mi verdadero padre, porque á él debo la educacion.....

—No hablemos de eso; ya sabes que vive: hablemos de mi amor, de esta pasion que por tí me ciega: mira tu situacion, mira el peligro que corre Margarita.....

—¿Que corre peligro mi madre.....?

Sí, Alejandra: está denunciada como espía del enemigo: dicen que viene ahora en comision de los bandidos: ¿tú sabes lo que puede sucederle con esos papeles encontrados en su baul, hoy que las cosas están tan delicadas?

—¿Qué?

—Perder la vida.

—¡Dios mio, perder la vida!

—Nada menos: ¿has oido tú hablar del gefe que manda la plaza? ¿has oido mentar al general Márquez?

—Sí, sí; sé que es terrible.

—Y la mandará fusilar.

—¡Fusilar, fusilar, á mi madre! ¡qué! ¿tambien se fusilan aquí mugeres?—decia Alejandra con desesperacion.

—Tambien: cuando dán motivo ¿por qué no?

—¿Qué haré, Dios mio? ¿qué haré?

—¿Quieres salvarla?

—Sí, daria mi vida por la suya.

—No es necesario tanto; puedes salvarla con sola una palabra: ¿quieres ser mia? Dí que sí: sé mia, y tu madre se salvará.

—A ese precio nunca.

—Nunca: ¿es decir que por un capricho de muger dejarás asesinar á Margarita? Oyeme, y piénsalo bien: no te pido que seas mia para toda tu vida. Por una hora de tu amor, aquí mismo, sin que nadie, ni la misma Margarita lo llegue á saber, te prometo tu libertad y la suya; te prometo más, Alejandra: te volveré á tu padre rica y feliz; te reconocerá, y vivirás contenta á su lado.



—Nunca, nunca.

—Reflexiónalo, muger: si tú te niegas, mañana en la noche una patrulla vendrá por Margarita, y enmedio de la noche la conducirán á los fosos de la Ciudadela, y alli recibirá cinco balazos; y tú la verás á toda hora, y despierta, y durmiendo, desnuda, ensangrentada, pidiendote cuenta de su vida: ella hubiera dado por tí su vida, y tú la envias al suplicio por un capricho, por no quererme dar á mí, que tanto te amo, una hora solo de tu amor.

—¡Piedad, D. Celso, piedad! ¡Mi honra ó la vida de mi madre! Esto es mas que infernal.

—Decídete, ó voy á entregar á Margarita en manos del general Márquez.

—Siquiera déjeme usted pensar, por Dios, déme usted tiempo.

—Bien: para que veas que soy generoso, mañana vuelvo á la misma hora, y te daré tu libertad y la de Margarita, y te devolveré á tu padre; pero ¡ay de tí si te resistes! Margarita morirá, y tú ni conocerás á tu padre, ni saldrás jamás de la prision.

D. Celso salió sin esperar contestacion, cerrando la puerta del separo.

—Estas dos mugeres separadas é incomunicadas, porque son de riesgo. De mi casa vendrá la comida para ambas—dijo al alcaide.

—Siempre produce buen efecto este medio, decia D. Celso caminando para su casa: este arbitrio, sobre poco mas ó menos, me entregó á Matilde, y que era mas dificil que la costeña; tan seguro como llamarme yo Celso Valdespino, que mañana la mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma Alejandra me ruega, con todo lo que vá á cavilar esta noche. Mañana Alejandra, y pasado mañana, ó un poco mas tarde, Inesita: ésta sí que está renuente; pero ya caerá.

D. Celso entró en su casa: era la víspera del dia en que Ines le declaró que se casaba con Pablo.

## X.

### Cacomixtle.

Cuando Valdespino salió de la prision de Alejandra, serian las cinco de la tarde, y se dirijió á su casa de la calle de Montealegre.

La vieja Pilar platicaba cosiendo en el corredor y sentada en el suelo, con Ramona, la viuda del tio Lalo, que abandonó en tierra caliente á su marido atacado de hidrofobia, y acompañada de Cacomixtle se refugió en México en la casa de D. Celso.

Valdespino les dió amparo, no por caridad, sino porque aquella muger podia serle útil para sus proyectos, y ademas, estaba muy enterada de algunos secretos, que él creia mas seguros teniendola en su casa. Cacomixtle hacia algunos "mandados," y Ramona ayudaba á Pilar en los "que haceres" de la casa.

D. Celso entró, y Pilar se levantó inmediatamente para disponerle el chocolate.

—¿Qué tal van los ratoncillos? dijo Valdespino.

—Muy bien, contestó Pilar, ya no quedan mas de cuatro.

—Entonces será necesario ya darles libertad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para comprender este diálogo y tener una idea de todo lo infame que era D. Celso, es necesario seguirle.

Entró con Ramona y Pilar á una especie de despensa en el interior de la casa.

Allí sobre una mesa habia una gran ratonera de alambre de fierro, y dentro cuatro ratones vivos, y algunos miembros de otros esparcidos por toda aquella pequeña jaula.

D. Celso abrió la puertecilla, y los cuatro ratones huyeron precipitados. La explicacion era muy fácil. La casa de D. Celso, vieja y abandonada, se habia llenado de ratones; mil arbitrios se presentaban para desterrarlos, pero él adoptó el que era mas conforme con sus instintos. Hizo cojer doce ó catorce de aquellos pobres animales, y los encerró en una jaula, sin darles alimento de ninguna clase; á los pocos dias, el hambre comenzó para ellos á ser tan terrible, que comenzaron los pobres animalitos á devorarse unos á los otros, hasta que no quedaron mas de cuatro. Entonces D. Celso dió libertad á estos, porque segun sus reglas, estos, habiendo comido á sus compañeros, al encontrarse libres habrian tomado ya tal gusto á esa clase de alimento, que irian á devorar á los otros que encontrasen, y asi se ahuyentarian todos muy pronto.

Tan horrible receta solo podia brotar de aquel cerebro, y ella indicaba el color del corazon de Valdespino.

Pilar sirvió el chocolate en la sala que ya conocemos, y permaneció en pié cerca de la mesa, mientras su amo concluia.

—¿Sabes, Pilar, á quién he encontrado?

—¿A quién, señor?

—A Alejandra, aquella muchacha de la costa: ¿te acuerdas?

—¡Pues no! buen susto tuve cuando me mandó usted con Capilla para que la llevara yo; por poco nos prenden: si no hubiera sido por un soldado que habia servido con Capilla y que encontramos en el camino, la hacemos buena.



—Me acuerdo, pero ahora no se me escapará.

—¿Pues dónde está?

—Segura; ya es mia, está en la Diputacion.....

—¿Por qué no se la tiene usted aquí unos dias?

—Todavia no cae bien, todavia está esquiva, necesita domarse, pero ya vendrá; la traeré aquí unos ocho ó nueve dias, y luego tendré que plantarla en la calle, porque me parece que la comiquita siempre te viene á visitar tambien.

—¡Y qué linda es la güerita! ¡qué! ¿ya está borrachita?

—Y bien; se resiste algo y llora, pero poco á poco; no pasan quince dias sin que diga que sí; yo le he ofrecido casamiento y cuanto hay.....

—¿Pero usted cree que se consigue?

—¿Cómo no? Y la verdad, á esta sí la quiero de veras, más que á Matilde, y más que á Estefanía, y más que á Alejandra, y mas que á todas; y de seguro que tambien caerá.

D. Celso contaba sin el desengaño que al dia siguiente debia recibir con la noticia del casamiento de Ines.

—Oye, Pilar, es necesario que prepares dos comidas, y que el Cacomixtle se las lleve á la Diputacion, porque esa pobre Alejandra ha de haber comido estos dias los alimentos de los presos, y es fuerza que no se desmejore.

—¿Pero dos comidas?

—Sí, para ella y para la madre, que tambien la tengo allí; y desde mañana cuidas de que no les falte el desayuno ni nada.

D. Celso se limpió los lábios, y apuró con delicia un enorme vaso de agua.

En un momento Pilar y Ramona dispusieron las comidas, y Cacomixtle salió para la Diputacion, llevando dos canastos pequeños, cubiertos con blancas servilletas.

—Es preciso que todo vaya muy bien, decia Ramona, porque si Dios no lo remedia, ésta será aquí el ama á lo menos por ocho dias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cacomixtle pensaba en el camino: ¿qué nuevo enredo será este? Margarita.... Alejandra.... ¿Si será la hija de D. Plácido? ¿Pero qué habia de hacer aquí, y luego en la cárcel? Yo saldré de la duda; aquí llevo una tarjeta de D. Celso para el alcaide, y con ella entraré á ver á las dos mugeres, ó debo ser muy tonto.

Cacomixtle presentó su tarjeta al alcaide, que le dijo:

—Está muy bien, deja aquí las canastas, ahora se llevarán á los separos.

—Es que el señor D. Celso me dijo que yo mismo las entregara á esas mugeres.

—Pero si están incomunicadas.

—Sí, pero no para él, y yo soy de su casa; y si no quisiera que yo entrara ¿para qué me habia de haber dado esa tarjeta? Con solo mandar la comida era bastante.

—Tienes razon; pasa.

Cacomixtle entró á la prision de Margarita, pero aquella muger era desconocida para él, ó al menos no recordaba haberla visto.

Dejó la canasta, y salió diciendo entre sí:

—Creo que no hay nada de lo que pensaba; verémos la otra.

—Se abrió el separo de Alejandra, Cacomixtle entró, y se cerró tras él la puerta.

El muchacho conoció á la jóven inmediatamente, y ella le conoció luego: habian vivido tanto tiempo en el mismo pueblo, y en un pueblo tan pequeño, que por fuerza debian conocerse mucho.

—¡Alejandra!

—¡Cacomixtle!—porque nadie le decia de otro modo en su tierra.

—¿Usted presa?

—¿Y tú aquí? ¿qué andas haciendo?



—Le traigo á usted la comida: estoy en casa de D. Celso: ¿sabe usted? al que le deciamos el padre Bernal.

Alejandra hizo un movimiento tal de disgusto, que el muchacho no necesitaba ser tan inteligente como era, para conocerlo.

—Sí, estoy con D. Celso; pero no me tenga usted desconfianza; no le quiero nada, nada: yo bien sé lo pícaro que es, y lo malo; pero la tia Ramona vive con él, y á mí me tienen allí, porque les sirvo. El tio Lalo debe haberse muerto ya, cerca de Huetamo: le mordió un perro "del mal," D. Celso metió á los hijos del tio Lalo al Hospicio, para que él quedara libre y pudiera irse adonde le mandaban.

—Pero ese D. Celso, ¿qué dice? ¿qué quiere por fin de mí?

—Vamos—dijo Cacomixtle maliciosamente—ya usted lo sabe mejor que yo.

—Primero me moriré.....pero mi madre.....

—¿Ya tiene usted madre? porque en San Luis no tenia.

—Ya sabrás eso, Cacomixtle; por ahora, dime: ¿qué has sabido por allá? ¿qué dice D. Celso?

—No sé nada, porque no sabia yo que usted estaba aquí; pero ahora yo le vigilaré como le vigilaba en San Luis, de órden del señor cura, para cuidar á usted: ya, ya sabrá usted eso algun dia.

—¿Y solo has traido comida para mí?

—No, tambien para otra señora que está presa aqui cerca.

—Es mi madre.

—¿Se llama Margarita?

—La misma: ¿la has visto?

—Sí; pero no la hablé, no la conocia: ahora tengo que ir por los trastos.

—¿Le llevarás un recado?

—Lo que usted quiera; pero coma usted pronto, porque se hace tarde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Si no tengo hambre.

—Coma usted, que yo le ayudaré.

Alejandra probó algunos bocados, y Cacomixtle volvió á acomodar en la canasta los platos, y todo lo que habia llevado.

—Ya me voy: ¿qué le digo á la señora?

—Que estoy buena y que la extraño mucho.

—Muy bien.

—Ah, oye: ¿nos podrás traer mañana lápiz y papel para escribirnos? pero á las dos.

—Sí.

—Dios te lo pagará: no dejes de decirme todo lo que puedas averiguar.

—Pierda usted cuidado: esta noche en la cena platica D. Celso con Pilar, y no perderé una palabra; y mañana, cuando venga con el desayuno, le contaré á usted: ahora me voy; adios, adios, no vayan á maliciar.

Cacomixtle tocó la puerta, abrieron por fuera y salió.

Pasaba á recojer la canasta que habia dejado á Margarita: la pobre muger no habia tocado la comida.

—Doña Margarita, nada ha tomado usted—dijo el muchacho—y hace usted mal, porque se vá á enfermar, y le dá usted una pesadumbre á Alejandra.

—¿Conoces á mi hija?

—Bien; si somos del pueblo y nos queremos mucho: ahora vengo de darle de comer y le traigo á usted un recado de su parte.

—¿Qué dice la pobrecita?

—Que está buena y que la extraña á usted mucho.

—¿Nada mas?

—Nada mas; pero me encargó lápiz y papel para escribirle á usted.

—¿Y se lo traes?



—Por fuerza, y á usted tambien para que conteste; pero mucho secreto, porque si no, yo la pago.

—No tengas cuidado, hijo mio: ¿cómo te llamas?

—Me llamo Cacomixtle.

—¡Cacomixtle! ¿Pero tu nombre de bautismo?

—De ese ya ni yo me acuerdo: Cacomixtle, y no mas; hasta mañana á la hora del desayuno, y silencio.....

—Adios.

Cacomixtle salió de la Diputacion alegrísimo, y silvando un son de su tierra, que ningun muchacho de México conocia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XI.

### La cena y el desayuno.

CACOMIXTLE llegó de vuelta á la casa cerca del anochecer.

D. Celso no habia salido, y parecia dispuesto á no salir, porque habia dejado la levita, poniendose el chaqueton de dril blanco que le servia como de bata, y unas viejas chinelas de orillo.

—¿Ya estás de vuelta?—dijo al muchacho.

—Sí señor.

—¿Qué dicen esas mugeres?

—Nada: lloran mucho.

—¿Tú conociste á alguna?

—No señor, no me acuerdo de ellas.

—Bueno: anda, deja los trastos, y mañana temprano les llevas el desayuno, á las siete: ¿lo entiendes?

—Sí señor.

Cacomixtle entregó las dos canastas á Pilar.

—Nada comieron—dijo la vieja quitando las servilletas que las cubrian.



—Nada: si no mas lloran.

—Ya se alegrarán—dijo Ramona.

—Ahora tú toma tu merienda—dijo Pilar al muchacho; y le dió una taza de atole y un pedazo de pan del mismo que venia en las canastas.

Cacomixtle se sentó, haciendose estúpido, en la puerta de la cocina: las dos viejas platicaban preparando la cena.

—¡Ah! ¡qué guerra le ha dado esta Alejandra al señor!—decia Ramona.

—Pero ahora—contestaba la otra—ya la tiene segura: ella será brava; pero al amo no le gana.

—Como que el señor es terco.

—Y afortunado. ¡Ah! si usted viera qué gangas ha tenido... Pues ahí donde usted le vé, ha tenido unas muchachas como unas rosas, y copetonas: vaya, como yo le he visto tantas..... porque eso sí se lo agradezco, y Dios se lo ha de pagar, que tiene conmígo tanta confianza, que en todos sus empeños de mí se vale, y la verdad que paga muy bien.

—¡Oiga! ¡eh? ¿paga bien?

—Sí, no se amarra la bolsa para nada: consígale usted su gusto, y nada le niega; porque eso sí, la única caidita que yo le conozco, son las mugeres; y cuidado, que hace como quince ó veinte años que le sirvo.

—¿Tanto así, eh?

—¿Pues no? Y siempre le he visto muchachas muy chulas: la verdad, eso sí, le alabo el gusto. Si usted viera, me acuerdo como si fuera hoy, de una señorita rica y preciosa como una perla, que nos fuimos á sacar una noche, y era casada, y tenia dos niños. Al principio lloraba mucho, ¡pobrecita! Se llamaba Matilde: es la que mas le ha durado al amo.

—¿Y qué le sucedió?

—La buscamos una noche, y anda vete; creo que se fué porque le vió al amo otra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y qué dijo el señor? ¿se enojó?

—Bonito él par enojarse por eso. Me dijo: Pilar, se fué Matilde; me alegro, porque ya me habia cansado.

—¿Y los niños?

—Los repartí yo desde que llegó á casa la madre. El amo me dijo: A ver á quien das esos muchachos, que me estorban.

—¿Y se murieron?

—No; yo sé dónde están, pero el amo nunca me ha preguntado por ellos.—Cacomixtle, vé á poner la mesa para la cena, que es tarde, y el amo cena temprano cuando no sale.

Cacomixtle, edificado con la conversacion, comenzó á poner la mesa, pensando en la suerte que le esperaba á Alejandra.

Un mantel súcio, con manchas de chile, roto en algunas partes, platos y vasos muy ordinarios, y una botella con pulque.

Dieron las ocho, y D. Celso gritó:

—Pilar, la cena.

Pilar entró con el primer platillo, y se quedó segun su costumbre, parada junto á la mesa, dando conversacion á su amo.

Cacomixtle entraba y salia, procurando estar mas tiempo en el comedor que en la cocina, para enterarse de la conversacion y llevarle á Alejandra noticias al dia siguiente, como se lo habia prometido.

—¿Pero ya la muchacha está conforme con usted? decia Pilar.

—No está, pero estará mañana, que es lo mismo, contestó D. Celso.

—¿De su voluntad?

—¡Oh! no: eso para mi es lo mismo: si no quiere, ya encontré medio de obligarla.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente.—Cacomixtle, á otra cosa.

Cacomixtle conoció que tenia que salir en un momento muy



interesante; pero no habia remedio, quedarse era sospechoso, corrió á la cocina, y cuando volvió, Pilar decia:

—Eso es, ella por miedo de que fusilen á la madre, no se resiste.

—Cabal.

—Pero ¡qué! ¿la fusilarán?

—No seas tonta: ¿cómo la iban á fusilar? ni hay porqué; pero ella no lo sabe, y cuando salgan, ya todo pasó, y no me importa que lo sepa.

—¿Pero lo creerá ella?

—Ya lo creo, vaya.

—¿Y luego se las trae usted acá?

—Puede que no, porque mañana luego que salga yo de verla, me voy á saber la resolucion de Inesita, que creo que será buena, y esa sí me la traigo aquí por unos dias.

D. Celso acabó de cenar; se dirijió á la recámara seguido de Pilar que llevaba una vela ardiendo; Cacomixtle quitó la mesa, y una hora despues la casa estaba ya en silencio.

Al dia siguiente, daban las siete de la mañana, y Cacomixtle salia con los dos canastos como la víspera, y se dirijia para la Diputacion.

Entregó el desayuno á Margarita, y se pasó al cuarto en que estaba presa Alejandra.

—Buenos dias, Alejandra.

—Cacomixtle ¿cómo te va? ¿qué noticias me traes?

—Muy buenas: anoche, en la cena, estuvieron hablando D. Celso y Pilar.

—¿Quién es Pilar?

—La vieja que le cuida y que le ayuda en sus maldades, porque él es muy malo, muy malo.

—¡Ah! bien lo sé: ¿y qué decian?

—Segun pude entender, que la iban á amenazar á usted con fusilar á su madre, si no condescendia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Dios mio! ¡qué gente tan infame!—decia Alejandra llorando.

—Pero no tenga usted cuidado, porque son mentiras.

—¿Cómo han de ser mentiras, hijo? si ya me amenazó ayer; y dijo que hoy me habia yo de resolver.

—No, si no digo que sean mentiras que han de amenazar á usted, sino que son mentiras que fusilen á la señora, si usted no quiere á D. Celso.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Muy bien, porque Pilar preguntó, que si deveras fusilaban á su madre de usted, en caso de que no consiguiera nada, y D. Celso le dijo: tonta, si eso no es mas que espantarla. ¿Cómo habian de fusilar á esa muger? Ni hay porqué.

—¿Eso dijo?

—Eso.

—¿Es la verdad? ¿no me engañas? júramelo.

—La verdad, se lo júro á usted—Y el muchacho hizo con la mano la señal de la cruz, y la besó.

—¿Entonces qué haré?

—Resistase usted, pero no se dé por entendida, porque nos perdemos los dos.

—¿Y si le hace algo á mi madre? ¿y si deveras la fusilan?

—No tenga usted miedo: no le hacen nada; usted estese firme, y yo le diré lo que haya: por ahora desayúnese usted bien, ya que no hay cuidado.

—Alejandra se desayunó mas tranquila.

—A las doce viene D. Celso, dijo Cacomixtle.

—¡Qué miedo le tengo!

—Qué miedo, ni qué miedo: firme.

—¿Ya te vas?

—Sí, no me vayan á extrañar.

—¿Trajiste el lápiz y el papel?

—No he podido, hasta el medio dia que venga yo.



—No se te olvide.

—No, hasta luego.

El muchacho recojió las dos canastas y volvió á la casa.

A las once y media entraba D. Celso á ver á Alejandra.

—Buenos dias, hija: ¿cómo ha ido? ¿se ha dormido bien?

Alejandra no contestó.

—Bueno: estamos enojados: eso no durará ya mucho: ¿es verdad, vida mia?—y llevó su mano á la cara de Alejandra, para hacerle un cariño: la muchacha le rechazó bruscamente.

—Vamos, á tí es necesario tratarte mal, ¿Qué resuelves? Se ha cumplido el plazo: ó salgo de aquí feliz, ó tu madre sale al cadalso.

—Es usted un malvado.

—Malvado ó nó, tu no tienes mas remedio que ser mia, porque no te creo capaz de dejar morir á Doña Margarita que es jóven todavia y te quiere mucho la pobre. Ya creo que vas á decirme mil denuestos, pero que maldiciendome una y mil veces, vás á caer en mis brazos. Haces bien, resístete, enfurécete; asi estas mas encendida de color, mas bonita, gozaré mas. Esas resistencias nos agradan mas á los hombres de mundo y de buen gusto, porque nos exaltan mas; pero ya verás qué contenta te pones dentro de pocos dias: me vas á querer mucho; asi ha pasado con muchas: no soy tan malo; no es el leon como le pintan.

—Señor, salga usted de aqui, por última vez. Estoy resuelta á todo antes que á volver á ver á usted: le aborresco.

—¿Decididamente?

—Sí, y mil veces sí.

—Tu sabes lo que haces: me voy; ya verás los resultados: si te arrepientes, mándame llamar: ya dejo órden para que si me necesitas, me vayan á avisar.

D. Celso salió, y se dirijió al cuarto de Margarita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Señora,—le dijo secamente, si quiere usted escribir á su hija, tienen órden de darle á usted papel y tinta, avísele usted que hay órden de fusilar á usted por espia de los bandidos.

Margarita cayó como herida de un rayo.

Dos horas despues, Alejandra recibia una carta de su madre, despidiendose porque iba á morir.

Imposible seria describir la angustia de la pobre niña. ¿Para qué habia creido á Cacomixtle?

Cualquier sacrificio le parecia pequeño tratándose de salvar la vida de Margarita.

Tocó la puerta y dijo al carcelero.

—Hágame usted el favor de que busquen á D. Celso inmediatamente: que venga luego, luego.

—Sí señora: hay órden de buscarle, cuando usted le necesite.

D. Celso habia ido á casa de Ines, donde pasó la última escena que hemos visto y en la que Valdespino perdió la última esperanza, y el enviado de la cárcel no le encontró por eso en su casa.

A las dos se abrió el separo, y un carcelero entregó á Alejandra la canasta con la comida: Cacomixtle no habia ido.

Esta circunstancia hizo confirmar los temores de Alejandra: el muchacho la habia burlado cruelmente.

Alejandra temblaba: aquel sacrificio que le parecia tan cruel, le deseaba ahora: anhelaba caer en brazos de D. Celso, para salvar á Margarita. Daban las cuatro y Valdespino no podia tardar, y Alejandra esperaba á su verdugo, como si esperára á su amante: estaba resuelta.

## XII.

### Por qué Cacomixtle no llevó la comida.

CACOMIXTLE llegó á la hora de costumbre á la Diputacion, con las canastas de la comida.

Al subir las escaleras de la cárcel, vió en uno de los tramos á un general, bajo de cuerpo, de grandes bigotes, ojos claros y de movimientos rápidos como todos los hombres de génio violento, que hablaba en un gran grupo de oficiales que le escuchaban con el mayor respeto.

Cacomixtle se atrevió á preguntar quién era, y le dijeron que aquel hombre era el general O'Horán.

El muchacho tuvo una idea brillante, una verdadera inspiracion.

En un momento subió las escaleras, entregó las dos canastas en la alcaidia, encargando que las metiesen porque él tenia que hacer, y bajó á donde estaba todavía O'Horán hablando con los oficiales.

Por esto el carcelero llevó á Alejandra la comida, y por esto ella, que no vió al muchacho, pensó que la habia engañado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cacomixtle se dirijió resueltamente á O'Horán, atravesando el círculo de oficiales, que le miraban asombrados de su audacia.

—¿Qué quieres? le dijo un comandante.

—Quiero hablar al señor general.

—A ver ¿qué hay? dijo O'Horán.

—Señor, vengo á ver á usted, señor, porque mi hermana y mi madrecita están aqui presas, y usted puede dar la órden de que me las dejen libres.

—¿Y por qué me vienes á ver á mí?

—Porque me han dicho que usted es muy bueno, y porque me nació del corazon.

—A ver, señor capitan, dijo O'Horán á uno de sus ayudantes: pregunte usted en la alcaidia por qué están presas esas mugeres, y á disposicion de quién.

—¿Cómo se llaman? le dijo el oficial á Cacomixtle.

—Margarita y Alejandra.

—Anda con él, dijo O'Horán al muchacho.

—No señor, porque el alcaide es muy malo, y si no consigo nada, me vá á cojer entre ojos, y ya no me va á dejar ver á mi madrecita.

—¿Cómo no has de conseguir nada? dijo uno de los oficiales, por adular al general: ni sabes á qué sombra te has arrimado.

—Mi general, dijo el ayudante volviendo de la alcaidia, están á disposicion del señor general en gefe, y no se sabe por qué; nada mas que uno de los gefes de la policía secreta dijo que estaban reencargadas: llevan ya varios dias.

—¿Ya lo vé usted, señor? dijo el muchacho.

—¿Ya lo vés? dijo el general, nada puedo hacer yo.

—Con que usted quisiera, pero no quiere.

—Pero si es órden del general Márquez.

—¡Vaya! con una palabra de usted, todo estaba hecho, pero usted no quiere; ¡pobre de mi madrecita!—Y el muchacho se puso á llorar.—Si yo fuera general, no le haria yo á usted eso.



—¿Han visto ustedes qué muchacho tan audaz? Me gusta por eso.—Ven, yo te conseguiré la órden; el general debe estar en palacio.

O'Horán era hombre que tenia continuamente esta clase de rasgos: montó á caballo, y el Cacomixtle echó á andar tras él.

Márquez estaba en palacio; y el muchacho, conducido por O'Horán, entró á una antesala donde esperó tres horas largas.

D. Celso habia vuelto á su casa furioso por el mal resultado de su última entrevista con Ines; sus ilusiones se habian desvanecido como el humo, y solo pensaba ya en el modo de vengarse, no solo de Pablo, sino de Ines. Habia jurado verla muerta antes que en brazos de otro hombre, y D. Celso no era el que dejára de cumplir semejante juramento.

No quiso hablar con nadie; se encerró en la sala de su casa, dió órden de que á cuantos le buscasen, se les contestára que no estaba, y se puso á pasear á lo largo de la sala.

Cinco ó seis veces el que iba de la Diputacion con el recado de Alejandra, se volvió sin haberle podido hablar.

D. Celso no pensaba sino en el desaire que habia sufrido de Ines: de repente se acordó de Alejandra.

—¡Vaya! dijo, esa sí es seguro que caerá, y esto me distraerá algo: es tan bonita como la otra; y aunque no tengo por ella el mismo capricho, porque ya la veo segura, no por eso deja de ser un bocado de cardenal.—Pilar, Pilar.

—Señor.

—¿Me ha buscado álguien?

—Sí señor, uno que ha venido lo menos seis veces de la Diputacion: pero como usted.....

—¡Qué tontera! ¿y por qué no me han avisado?

—Como usted dijo que se contestára á todos que no estaba...

—Pero á este no.... ¡Ah, Ines, Ines! por tí perderé este otro negocio..... Quizá se arrepienta la muchacha por no aprovechar yo la oportunidad.—¿Y á qué hora vino la última vez?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hace muy poco.

—¿Y qué dijo?

—Le dejó á usted esta carta.

—¿Y por qué no me la dabas?

D. Celso abrió la carta; estaba escrita por Alejandra, y en estos términos:

"Señor D. Celso: Estoy resignada á todo: puede usted disponer de mí: venga usted á la hora que quiera, ó mande usted que vaya á donde lo disponga, pero salve usted á mi madre.—ALEJANDRA."

—Mi capa, gritó D. Celso guardando la carta: mi capa y mi sombrero: pronto, Pilar.

La vieja, mirandole tan alegre, llevó la capa y el sombrero sonriendose.

—¿Ya cayó Alejandra? preguntó.

—Sí: dispones todo lo necesario, buena cena, vino, todo, porque voy á traerla en un coche. A la oracion estarémos aquí. Por ahora olvido á la Inesita, pero ya nos verémos, ya nos verémos.—¡Ah! que vaya Cacomixtle á comprar velas de esperma.

—Cacomixtle no ha vuelto desde que llevó la comida.

—Se andará paseando; pero hoy no le regañen, porque hay indulto; estoy de enhorabuena.

D. Celso salió á la calle tropezandose por ir aprisa, y Pilar, ayudada de Ramona, comenzó á disponer una cena suntuosa.

—¿Qué le decia yo á usted? decia Pilar.

—La verdad, que el señor es afortunado, porque esa muchacha está como una plata; en nuestra tierra le decian la flor de la costa. ¡Ah! si mi Lalo viera esto, ¡qué contento se pondria!

Y Ramona lloraba hipócritamente.

Valdespino llegó jadeando á la Diputacion. Era ya cerca del anochecer, y comenzaban los guardas nocturnos á encender los faroles.



—Señor alcaide, ábrame usted el separo de esas mugeres.

—¿Qué mugeres, señor?

—Esas dos que trajeron el otro dia, y á las que he estado viniendo á ver: Margarita y Alejandra.

—Señor, ya no están aquí; han salido.

—¡Han salido! dijo asombrado D. Celso: ¿y á dónde han salido?

—¡En libertad!

—¿En libertad? ¿y de órden de quién?

—Del señor general Márquez. Mire usted la órden.

—Pero esto es increible. Usted las habrá dejado comunicar.

—Con nadie absolutamente.

—¿Y á qué hora han salido?

—Hará media hora. Yo creia que era cosa de usted, porque el mismo muchacho que venia con la comida, trajo la órden de libertad.

—¡Infame Cacomixtle! Ha jugado conmigo, pero él me la pagará.

Valdespino, burlado en sus esperanzas por segunda vez, volvió á su casa, teniendo vergüenza hasta de la misma Pilar.

Al llegar al corredor, vió la mesa dispuesta, las luces, todo esperando, y la vieja salió con zalameria á recibirle.

—Señor, todo está listo: ¿viene ya la muchacha?

—El infierno es lo que viene, cõntestó Valdespino entrando en su recámara.

—¿Qué habrá sucedido? dijo Pilar muy quedo á Ramona.

—Algo muy malo, porque el señor viene muy enojado.

—Nunca le he visto así: ¿qué harémos?

—Pregúntele usted.

—Yo no me arriesgo.

—Pues yo menos.

—Pero las velas se están gastando de valde. ¡Qué caramba! yo le pregunto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pilar entró muy poco á poco á la recámara, procurando no hacer ruido.

Valdespino se habia tirado sobre la cama, y ocultaba el rostro entre las almohadas; la capa y el sombrero estaban en el suelo.

Pilar tuvo miedo, pero estaba ya adentro y no podia retroceder.

—¿Señor?

—¿Qué cosa?

—¿Quito la mesa, ó cena usted?

—Haz lo que se te antoje, pero no me molestes.

Pilar iba ya á salir, cuando Valdespino la llamó.

—¡Ah! oye. Cacomixtle no ha venido ¿es verdad?

—No señor.

—Pues ese bribon es el que ha llevado la órden de libertad con la que se ha escapado Alejandra.

—¡Se ha escapado! ¿y cómo?

—No sé. No tengo gana de platicar: véte, y que nadie entre.

La vieja salió espantada, porque todavia al cerrar la puerta, oia el rechinido de los dientes de su amo.

Cacomixtle esperó en la antesala de Márquez hasta las cinco. A esa hora la puerta se abrió, y un ayudante de O'Horán, el mismo que habia subido en la Diputacion á ver al alcaide, salió trayendo un grau pliego con una cubierta amarilla.

—Toma—le dijo al muchacho—aqui está la órden: dice el general que la lleves tu mismo para que te entreguen á tu madre y á tu hermana.

Cacomixtle tomó el pliego, y salió corriendo. El alcaide leia un libro descansadamente; abrió el pliego, lo leyó, y sin decir nada, se dirijió á los separos.

Margarita oyó sonar la llave, y casi se desmayó; creia que iban por ella para fusilarla.

—Salga usted—dijo el alcaide.



—¿Adónde?—preguntó la pobre muger.

—En libertad.

Margarita no podia comprender lo que pasaba.

Cacomixtle se acercó á ella, y al abrazarla, la dijo:—Yo he conseguido la órden de libertad. Vámonos pronto, que importa; ya le contaré á usted despacio todo.

—¿Y Alejandra?

—Vamos por ella.

Alejandra, impaciente, esperaba á D. Celso: le habia mandada muchos recados, y mirando que no iba, se atrevió á escribirle la carta que hemos visto: cada momento que pasaba se le figuraba á la pobre niña que era el momento irreparable que decidia de la suerte de Margarita.

Sonó la llave, y se corrió el cerrojo: Alejandra creyó que era D. Celso, y el rubor encendia su rostro: tembló, y se cubrió la cara con ambas manos: oyó entonces los pasos de un hombre, y mas se confirmó en que era D. Celso: sintió dos brazos que la estrechaban y se estremeció de vergüenza y de horror.

—¡Alejandra, hija mia!—dijo Margarita.

—¡Madre!—dijo Alejandra, abrazandola.

—Vámonos: estamos libres las dos.

—¡Pero cómo!

—No lo sé.

—Vámonos pronto—dijo el Cacomixtle: no hay que perder tiempo.

—Pues vamos, contestaron las mugeres, dejandose llevar.

Salieron á la alcaidia.

—¿Y los equipajes? preguntó el Cacomixtle.

—De esos no habla la órden—contestó el alcaide.

—Pues que se queden.

—Llévate tus canastas.

—Volveré por ellas luego.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que Cacomixtle deseaba era verse en la calle: comprendia que aquello era casi un milagro, y por eso bajaba precipitadamente las escaleras, seguido de las dos mugeres, temblando de encontrar á D. Celso. No sabia adónde dirijirse; pero importaba alejarse de la Diputacion por un rumbo contrario al de D. Celso.

Siguió andando maquinalmente, y cuando sonó la oracion y se encontró por la plazuela de San Juan, se detuvo; volvió á mirar á las dos mugeres, y dijo lanzando un suspiro de satisfaccion:

—¡Nos hemos salvado!

## XIII.

### El consejo de familia.

LEONOR, afectada por las violentas emociones que habia sufrido, cayó en cama, presa de una ardiente calentura.

D. Juan comprendiendo la inocencia y la pureza de aquella alma, tenia por la joven un cariño verdaderamente paternal, y no se separó de la cabecera de la enferma durante diez dias, que duró aquella crisis.

Leonor comenzó á restablecerse, pero en todo el tiempo de la convalecencia, nadie quiso hablar de lo que habia pasado, apesar de que ella inició varias veces la conversacion.

D. Plácido fué á vivir á la casa de Caralmuro, y los dos pasaban largas horas hablando de Alejandra y proyectando los medios de encontrarla.

Si la ciudad no hubiera estado cercada de las fuerzas republicanas, Caralmuro habria enviado correos y comisionados por todas partes, en busca de su hija; hubiera tal vez salido él mismo: pero el sitio se estrechaba cada vez mas, al grado de que comenzaban á escasearle al pueblo los alimentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que Cacomixtle deseaba era verse en la calle: comprendia que aquello era casi un milagro, y por eso bajaba precipitadamente las escaleras, seguido de las dos mugeres, temblando de encontrar á D. Celso. No sabia adónde dirijirse; pero importaba alejarse de la Diputacion por un rumbo contrario al de D. Celso.

Siguió andando maquinalmente, y cuando sonó la oracion y se encontró por la plazuela de San Juan, se detuvo; volvió á mirar á las dos mugeres, y dijo lanzando un suspiro de satisfaccion:

—¡Nos hemos salvado!

## XIII.

### El consejo de familia.

LEONOR, afectada por las violentas emociones que habia sufrido, cayó en cama, presa de una ardiente calentura.

D. Juan comprendiendo la inocencia y la pureza de aquella alma, tenia por la joven un cariño verdaderamente paternal, y no se separó de la cabecera de la enferma durante diez dias, que duró aquella crisis.

Leonor comenzó á restablecerse, pero en todo el tiempo de la convalecencia, nadie quiso hablar de lo que habia pasado, apesar de que ella inició varias veces la conversacion.

D. Plácido fué á vivir á la casa de Caralmuro, y los dos pasaban largas horas hablando de Alejandra y proyectando los medios de encontrarla.

Si la ciudad no hubiera estado cercada de las fuerzas republicanas, Caralmuro habria enviado correos y comisionados por todas partes, en busca de su hija; hubiera tal vez salido él mismo: pero el sitio se estrechaba cada vez mas, al grado de que comenzaban á escasearle al pueblo los alimentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En tal situacion, hubiera sido locura emprender nada; y Caralmuro determinó aunque contra toda su voluntad, esperar á que pasaran de alguna manera, aquellos acontecimientos.

Entre tanto, Leonor estaba ya casi buena, é insistiendo cada dia mas en hacer una averiguacion respecto de su origen.

D. Juan conoció que tenia razon, y una mañana llamó á D. Plácido y á Leonor, y haciendo entrar á Doña Salvadora, se encerró con ellos en una pieza.

La vieja temblaba como si estuviera delante de la Córte Marcial.

Leonor, pálida y conmovida, apartaba los ojos de ella con un profundo desden.

—Siéntese usted—dijo D. Juan á Doña Salvadora, presentandole un sillon.

La vieja obedeció.

—Ahora—continuó D. Juan—es necesario que nos refiera usted con toda verdad cuanto sepa acerca del nacimiento de Leonor, y que conteste á todas nuestras preguntas, sin ocultarnos nada absolutamente, aun de aquello en que usted haya tenido parte en esa trama urdida para hacer pasar á Leono rpor hija mia: de lo contrario, tendré necesidad de dar un paso que no será muy del agrado de usted, porque irá á contestar esas preguntas delante de un juez de lo criminal.

—Señor, por Maria Santísima—dijo la vieja, queriendo arrodillarse—no me pierda usted: haré lo que me digan, lo confesaré todo.....

—¿Todo?

—Todo señor.

—¿Sin ocultarme nada absolutamente?

—Nada, señor, nada, se lo juro á usted.

—Bueno: pues comience usted. En primer lugar, dígame usted ¿quiénes son los padres de Leonor?

—No lo sé, señor, no lo sé.



—¡Cómo! ¿pues no me ha dicho usted que desde muy niña, estaba á su lado?

—Sí señor, pero yo la recibí sin saber quiénes eran sus padres.

—Pues cuénteme usted eso.

—Hace muchos años que tenemos amistad con una señora que se llama Pilar, y que servia de ama de llaves, y ahora está allí todavia sirviendo, en la casa de un señor D. Celso, que hoy vive en la calle de Montealegre.

—Le conozco: es el mismo que ha traido á ustedes aquí.

—Sí señor.

—Siga usted.

—Un dia nos fué á ver la señora Pilar, porque entonces éramos dos hermanas que nos manteniamos, como siempre, de cuidar las velaciones en las Iglesias; es decir, éramos encargadas de recojer las limosnas de los hermanos de la Vela Perpetua; y cuando alguna persona no podia ir á velar, nos pagaba porque una de nosotras velara en su lugar, y asi nos ibamos manteniendo. Pues como le iba yo diciendo á usted, un dia fué Doña Pilar á vernos á mi hermana y á mí, y nos dijo:—"Ahí tengo unos huerfanitos que yo quisiera que ustedes recibieran, porque ya en la casa en donde están, no los pueden tener: son un niño y una niña, pero muy bonitos." Doña Pilar—contestó mi hermana:—"si nosotras estamos muy pobres: apenas nos alcanza para nosotras."—"Miren ustedes"—dijo ella—"que Dios dá ciento por uno, y nadie pierde la caridad que hace por un huérfano: mañana tal vez aparezcan los padres de estos niños, que deben ser muy ricos; y ya ustedes verán cuanto les vá á decir este sacrificio que hoy hacen por Dios. Mañana ó pasado, la muchacha, que vá á ser muy bonita, puede tener alguna buena suerte con algun rico; con que ya verán entonces, si Dios les dá ó no, ciento por uno. No sean tontas. ¡Cuántos conozco yo que dieran lo que no tienen, porque les dieran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una muchacha tan bonita, como vá á ser esta! ¡Ay hijas! ustedes no saben todo el partido que se puede sacar de una muchacha bonita, teniendola una, asi como quien dice á su disposicion. Hoy todavia están ustedes fuertes, y pueden trabajar; mas adelante, ¿quién sabe? Cuando ya sean viejas, si esta muchacha se logra, entonces "no por tí, ventana, sino por tu dama;" en las palmas de las manos las traerán á ustedes, y nada les faltará. Con que decídanse.—Mi hermana me miró. Aquellas palabras me habian impresionado tanto que me parece que todavia las estoy oyendo—"Bueno"—dijo mi hermana—"Pero, y el hombrecito, ¿qué harémos con él?—"No les faltará á ustedes que tienen tantos conocimientos, una persona á quien dársele. Además les debo advertir, que el señor que tiene ahora á los niños, dá cien pesos á la persona que quiera recojerlos. Conque, ¿estamos convenidas?"—"Sí"—contestó mi hermana, que desde el principio habia llevado la voz.—Se fué Doña Pilar, y al otro dia fué por nosotras en un coche del sitio; nos llevó á la plazuela de Loreto, y nos hizo entrar en una casita: alli habia una señora muy bonita, que debia ser madre de los niños, porque lloraba muchísimo; pero no se resistió á entregarlos: cargamos con ellos, recibimos los cien pesos y nos volvimos á nuestra casa.

—Pero aquella casa, ¿de quién era?—preguntó D. Juan.

—No lo supimos entonces, ni lo hemos sabido hasta ahora—contestó Doña Salvadora.—Como nosotras nos habiamos convencido de que era un buen negocio tener á la niña, determinamos quedarnos con ella.—Doña Pilar nos dijo "que se llamaba Leonor;" que como usted vé, es el nombre que hasta ahora lleva. Mi hermana tenia mucha amistad con una señora Doña Joaquinita, que era hermana de un vicario que estaba en Tacubaya. El padre y su hermana eran muy buenos, y se hicieron cargo del niño, y no he vuelto á saber mas de él. Nosotras seguimos criando á Leonor, le cobramos cariño de hija, y ya usted vé.



—Está muy bien. Ahora digame usted: ¿cómo ha sido esto, de venir y presentarme á Leonor como á mi hija?

—Se lo voy á contar á usted todo; pero por Dios que no me vaya usted á hacer algo.

—No tenga usted cuidado: le he dado mi palabra de que si me dice la verdad, no tendrá que sentir, y se la cumpliré.

—Pues yo no habia vuelto á ver desde entonces á Doña Pilar. Un dia, hace poco, que me la encontré por Catedral.—¡Qué gusto—me dijo—que la he encontrado á usted! La deseaba yo como la salvacion.—Pues aquí me tiene para lo que guste mandarme.—Dígame usted: ¿todavia tiene usted aquella niña que yo le dí?—¡Qué! ¿ya parecieron sus padres? le pregunté yo.—No; pero ahora la necesitamos para hacer un buen negocio.—Todavia vive, y está muy grande y muy bonita.—¿No se ha casado?—No: es la doncella mas guapa que hay en México.—¿Puede usted verme esta tarde, porque le conviene mucho?—¿A qué hora?—A las cinco.—Allá iré.—Me dió las señas de su casa, y á las cinco ya estaba yo alli. Entonces me habló francamente, y me dijo que su amo necesitaba una muchacha bonita, doncella, como de diez y seis años, para presentarla á un señor muy rico, como su hija. Como ella me aseguró, que no llevaba malas intenciones con la muchacha, y que iban á labrar su felicidad y la mia, yo convine. Llegó despues el Señor D. Celso: nos arreglamos: fué al otro dia á mi casa; me dijo todo lo que habia de hacer, y ya está.

—Pero usted ¿ha estado alguna vez en la Costa? ¿sabe por allá?

—No señor, nunca.

—Pues entonces, ¿cómo sabia usted, ó cómo sabe tantas cosas de por allá?

—Porque D. Celso me llevó un hombre y una muger que son de la Costa, y que vinieron con él: es un herrero, que por allá le decian tio Lalo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Tio Lalo!—dijo levantandose violentamente D. Plácido. Digame usted: ¿la muger de ese hombre, se llama Ramona?

—Sí señor.

—¿Tiene un huérfano que le dicen Cacomixtle?

—Sí señor.

—¿Es un hombre alto, chato, con muchos hoyos de viruelas?

—El mismo, señor, el mismo.

—¡Ah, señor D. Juan! ¡qué rayo de luz ha sido éste! Es necesario buscar á ese hombre; pero buscarle sin perder un momento.

—Pero explíquese usted, explíquese usted—dijo D. Juan, admirado de la repentina exaltacion de D. Plácido.

—¿Que me explique? Pues la cosa es clara: ese hombre, ese infame, ese tio Lalo, ha sido el cómplice, el auxiliar mas poderoso que tuvo el malvado padre Bernal para robarse á Alejandra. Todo esto lo he sabido por el padre D. Antonio, por el cura de San Luis, que pretendió impedirlo.

—¿Pero quién es ese padre Bernal, y en dónde está?—preguntó D. Juan.

—Ya le he dicho á usted, que desapareció de la Costa llevandose seguramente á Alejandra; que no era sacerdote, y que su verdadero nombre era otro; y el padre Antonio no me lo quiso revelar, porque me dijo que era un secreto que no le pertenecia y que le habia sido confiado casi bajo el sigilo sacramental, sin permiso de decirlo mas que al mismo padre Bernal; y yo he visto al padre Antonio prohibir severamente que descubriera este secreto, que habia sorprendido por casualidad, á Roque, el sacristan de su parroquia.

—Pero es necesario descubrir á ese tio Lalo—dijo D. Juan: —¿Dónde vive?

—Señor—contestó Doña Salvadora—vivia en la misma casa que nosotros, en la calle de la Merced, en la casa del Pueblo.

—Esta misma tarde le buscaré.



—¿Y mi hermano?—dijo Leonor—hablando por la primera vez en aquella grave conferencia—¿cómo se llamaba? ¿á quién se le entregó usted?

—Mi hermana se le dió á la señora Doña Joaquinita, hermana del padre D. Antonio Ruiz, que era cura de Tacubaya: el niño se llama Jorge.

—Jorge, el padre Antonio, Doña Joaquinita... Los conozco, D. Juan, los conozco.

—¿Los conoce usted? ¿dónde están? ¿Dónde está mi hermano? Digame usted, por Dios.....

—Señorita, el padre Antonio y su hermana estaban en San Luis: el padre Antonio era el cura de allí; y en cuanto á Jorge, habia tomado las armas, y supimos que andaba con el coronel Nicolás Romero.

—¡Ah! dijo D. Juan, entonces ya le conozco; le conoces tú tambien, hija mia.

—¿Yo le conozco!—preguntó espantada Leonor.

—Sí: ¿te acuerdas de aquel jóven que acompañó á Eduardo Murillo y á su padre, cuando vinieron á comer aquí?

—Sí, sí me acuerdo.

—Pues bien, ese es.

—¡Ese es! ¿Pero cómo lo sabe usted?

—Muy bien; porque ahora recuerdo que cuando ese D. Celso volvió de la Costa, me trajo, entre unos certificados que servian de base á sus maquinaciones, uno firmado en el pueblo de San Luis, por el padre Antonio. Jorge estaba aquí casualmente. Entonces yo le pregunte si conocia la firma; y él me contestó que el padre Antonio Ruiz le habia recojido desde niño, y le habia educado. Y no hay duda, él es.

—¡Dios mio!—decia Leonor. Y yo he estado al lado de mi hermano, sin conocerle. ¿Porqué no me avisaria el corazon? Si él estuviera aqui, trabajaria, y muy pronto encontrariamos á nuestros padres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y no cabe la menor duda, continuó D. Juan, porque este Jorge de quien hablo, era oficial de Nicolás Romero.

—¿Y en dónde estará?—preguntó Leonor.

—No lo sé en este momento, porque él nunca me ha escrito; pero hay un modo muy sencillo de averiguarlo: yo le preguntaré á Murillo en dónde está su hijo, y allí debe estar Jorge.

Apesar de la excitacion en que estaba Leonor, sintió una especie de placer, considerando que iba á tener noticias de Murillo, por quien ella tenia tanta ilusion; pero despues se estremeció al pensar, que si como hija de Caralmuro podia llegar á tener alguna esperanza de ser la esposa de Eduardo, ¿quién sabe ahora, huérfana, sin nombre y salida de entre aquella gente tan miserable como la que la habia educado, si Eduardo se atreveria siquiera á pensar en ella?

—Por ahora—dijo Caralmuro—es necesario guardar el mas profundo secreto de todo lo que se ha descubierto aqui; porque ese D. Celso, que con tanta astucia me ha engañado, pudiera muy bien, por temor de verse descubierto, urdir alguna nueva trama, que nos impidiera seguir el hilo de las importantes revelaciones que hemos adquirido. Al mismo Mondragon es necesario ocultarselo: lleva con D. Celso una amistad intima y muy antigua, y tal vez con la mejor buena fé del mundo pudiera hacernos un perjuicio: yo meditaré el modo de arrancar una confesion de la vieja Pilar, para descubrir á los padres de Leonor; y buscarémos al tio Lalo y á ese padre Bernal, y los encontraremos, aunque sea debajo de la tierra. Y usted, Señora Salvadora, mucho cuidado con decir una sola palabra, porque si por conducto de usted, alguna cosa se llegára á saber, yo sabria castigarla de una manera terrible. ¿Lo entiende usted? terrible.

## XIV.

### Una confidencia imprudente.

DON Celso se habia tornado mas sombrío, desde aquel dia fatal en que Ines le habia anunciado su resolucion de casarse con Pablo, y que Alejandra se escapó de entre sus garras. Salia muy poco á la calle: sin embargo, no dejaba de ir á la casa de Ines, fingiendo á ella y á Pablo la amistad mas franca y desinteresada.

El matrimonio debia verificarse de un momento á otro, y D. Celso tomaba ya sus providencias. El deseo mas innoble de venganza devoraba su corazon, y estaba decidido á ver morir á Ines antes que permitir que fuese esposa de Pablo.

El sitio era cada dia mas estrecho, y comenzaba á haber por todas partes, gritos, tumultos y murmuraciones: las tropas se apoderaron de cuantos depósitos de semillas, grandes ó pequeños, llegaron á descubirse en la ciudad.

Los austriacos entraban á mano armada á cualquier habitacion, recojiendo cuanto encontraban, en clase de víveres, sin respetar ni los de las familias particulares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Celso, perteneciendo á la policía, no solo estaba garantizado de aquellas exacciones, sino que él mismo y bajo de cuerda, las aconsejaba algunas veces, sacando de alli todo lo que necesitaba para el uso de su casa. Así es que su despensa era indudablemente una de las mejor provistas.

Hacia varios dias que D. Celso y Mondragon no se habian encontrado, y por esto Valdespino no estaba al tanto de nada de lo que habia ocurrido con Leonor en la casa de Caralmuro.

Una tarde D. Celso sintió que le tocaban el hombro, al volver de la casa de Ines.

—Amigo D. Celso, le dijo Mondragon, porque él era quien le habia tocado:—¿qué ha sucedido con usted que no se deja ver?

—Estoy tan ocupado con esto de la escasez de víveres, que no me ha sido posible pasar á visitarle.

—¡Pero qué! le ha llegado á faltar á usted? .

—¡No á mí precisamente; pero tengo que buscar para otras muchas bocas!

—¿Ha sido usted nombrado proveedor?

—No: para los pobres, ya usted sabe.

—Usted siempre tan caritativo.

—No diga usted eso—dijo D. Celso, finjiéndo ruborizarse. —Vamos andando, y hablemos de otra cosa: supongo que estará muy próximo el casamiento de usted con Leonorcita.

—¡Ay, amigo! ¿pues no sabe usted todo lo que ha ocurrido por la casa de Caralmuro?

—No: ¿qué ha sucedido?

—Seguramente nada le ha dicho á usted D. Juan, por no mortificarle; pero se ha descubierto que la tal Doña Salvadora..... ¿la conoce usted? la que hacia de madre de Leonor.....

—Sí, sí la conozco.

—Pues que esa nos ha engañado á todos: á usted, á D. Juan, á mí, y hasta á la misma Leonor.

—¿Pero cómo?



—Muy fácilmente; porque ni Leonor es Alejandra, ni D. Juan es su padre, ni nada de todo lo que nos habia contado. Vamos, si yo creia que usted estaba enterado de todo.

—No; pero supongo que D. Juan ni un momento habrá sospechado de mí.

—¡Qué locura! Si hasta la misma Leonor que vivia con Doña Salvadora, ha resultado inocente de todo.

¿Y cómo se ha hecho ese descubrimiento?

—Por una casualidad, por una verdadera casualidad: D. Juan encontró en la Iglesia de Jesus María al mismo que habia criado á Alejandra, á la verdadera Alejandra, es decir, á su hija; un tal D. Plácido.

—¡D. Plácido!—dijo D. Celso estremeciendose y procurando ocultar su palidez.

—Uno de por allá de por la Costa. Y ese fué el que descubrió todo el enredo, y el que le dijo á D. Juan que ni aquella era su hija, ni habia tal cosa. Llamó el amigo Caralmuro á Doña Salvadora, y cantó de plano.

—Pero ¿qué dijo esa muger?

—Nada; que los habia engañado á todos. D. Juan ha querido seguir la averiguacion, porque está sumamente indignado, pero Leonor está tan enferma de resultas de las emociones de ese dia, que D. Juan ha resuelto suspender todo paso hasta que ella se restablezca.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—Si se confirma la inocencia de Leonor, casarme con ella, para hacer la felicidad de esa pobre niña; y si no, si resultare culpable, hacer todos los esfuerzos para que el castigo caiga sobre todos los culpables.

—Pues que Dios le saque á usted con bien; y aquí me quedo, porque tengo que entrar un momento á mi casa. No deje usted de contarme cuanto pase en este negocio: ya sabe usted lo que me ha interesado siempre su felicidad; y en cuanto yo pueda serle útil, con confianza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya lo sé, D. Celso.

Los dos se apretaron las manos, y se separaron.

Una nube negra comenzaba á anunciar una tempestad en la existencia de aquel hombre. Doña Salvadora podia decir, ó tal vez habia dicho ya á D. Juan, mas de lo que Mondragon le habia contado.

D. Juan no le habia ido á ver, no le habia llamado para pedirle informes: era mas que seguro que desconfiaba de él; era mas que seguro que habia avanzado ya tanto en sus pesquisas, que le consideraba ya, si no como el reo principal, sí al menos, como uno de los cómplices de aquella trama inventada para engañarle. Era, pues, preciso, impedir que Caralmuro diese algun paso, al menos mientras él estaba satisfecho de lo que pensaba.

Las circunstancias no podian ser mas á propósito.

La escasez de recursos en las cajas del ejército imperial que defendia la ciudad, era cada vez mas apremiante; se habian agotado por el general Márquez todos los medios lícitos de proporcionarse dinero. Como nadie creia en el triunfó de los sitiados, ni sus partidarios mismos se atrevian á hacer ninguna especie de desembolso para ayudarlos, teniendo, como tenian, la seguridad de no ser reintegrados.

En aquel estado de cosas, se determinó Márquez á usar de los remedios extremos. Los ricos eran sacados de sus casas, y conducidos á la presencia del general en gefe: allí se les notificaba la cantidad, siempre excesiva, con que habian sido cuotizados, y no se les permitia ni volver á su casa, ni salir de un cuarto, ni aun moverse de un lugar, mientras no se entregaba aquella cantidad.

Ni llantos, ni súplicas, ni ruegos, ni empeños de ninguna clase, valian entonces; y solo la entrega del dinero bastaba para sacar á un hombre de aquella situacion.



Pero aun habia mas: cuando algun rico, sabiendo los atentados que se cometian, procuraba ocultarse, entonces la policía se apoderaba del padre, de la muger ó de los hijos, haciendoles sufrir los mismos tratamientos; y llegó el caso de verse á un niño conducido á una trinchera, y expuesto allí al fuego de los sitiadores.

Caralmuro estaba reputado en México por un hombre rico, y D. Celso comprendió que por este lado debia dirijir el golpe.

No habia que perder un momento: y al separarse de Mondragon, se ocultó en un zaguan hasta que le vió desaparecer, y luego se dirijió en busca del general Márquez.

Una hora despues, dos empleados de la policía aparecian en la casa de Caralmuro, notificandole que inmediatamente, en compañía de ellos, se presentára en el Cuartel General.

D. Juan sabia lo que esto queria decir, y comprendia lo que se le esperaba. Se despidió de Leonor sin decirle el objeto de su salida; encargó su casa á D. Plácido confiandole lo que pasaba; y tomando su sombrero, siguió resignado á los agentes de policía.

D. Plácido quedó con la mayor inquitud. Las horas pasaban unas tras otras, y ni D. Juan volvia, ni habia la menor noticia suya. D. Plácido no se acostó en toda la noche.

Por fin, á las dos de la mañana oyó llamar fuertemente al zaguan, se asomó al balcon, y á la luz de los reverberos de la calle, vió á un soldado que golpeaba la puerta.

—¿Qué se ofrece? gritó D. Plácido desde el balcon.

—¿Aquí es la casa de D. Juan Caralmuro? preguntó el soldado desde abajo.

—Sí: ¿qué cosa queria?

—Que aquí traigo una carta de parte suya.

—Pues aguarde un poco, que voy á abrir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Plácido bajó la escalera, hizo abrir el zaguan, y recibió un pliego de manos del soldado.

—Me dijo de palabra, dijo el soldado, que mañana temprano le manden la contestacion, y que no le lleven ni comida, ni desayuno, ni nada, porque allá tiene todo.

—¿En dónde está? dijo D. Plácido.

—En Santiago Tlaltelolco.—¡Ah! se me olvidaba, y me dijo tambien que me dieran su capa, para llevarsela, porque allá hace mucho frio y no tiene con qué taparse.

—Está muy bien.

Un lacayo subió por una capa, se la entregó al soldado, se cerró el zaguan, y D. Plácido se dirijió á la sala para leer la carta de Caralmuro.

Era un simple recado, concebido en estos términos:

"Amigo D. Plácido. Se exijen por mi rescate, cuarenta mil pesos. Estoy seguro de no tener en caja mas que la mitad. Vea usted temprano al amigo Mondragon, á ver si se puede hacer el entero mañana mismo. Nada pude conseguir. Estoy satisfecho de que algun enemigo mio, que no imagino quién será, trata de arruinarme por este medio. Hombres mas ricos que yo han sido cuotizados con menor cantidad. Ademas, pesa sobre mí la acusacion de ser uno de los banqueros de los Republicanos. Adios.—CARALMURO."

Aunque D. Plácido, por su antiguo conocimiento con D. Juan, poseia toda su confianza, por el poco tiempo que llevaba de vivir á su lado, no podia saber ni quiénes eran sus enemigos, ni cuáles los recursos con que contaba para pagar la suma que se le exijia por su rescate. La carta no le decia mas, sino que contara con veinte mil pesos de la caja, y que se pusiera de acuerdo para el resto, con D. Felipe Mondragon; y



por muchos deseos que tuviese para activar el término del negocio, era necesario esperar que amaneciera.

D. Plácido se tiró vestido sobre su cama, pero no pudo conciliar el sueño; la noche se le hacia eterna; y á riesgo de pasar por imprudente, á las seis de la mañana entraba en la casa de Mondragon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XV.

### Hambre.

EL Cacomixtle se encontró en la mitad de una plazuela, en compañía de sus dos protejidas, sin saber qué hacer, sin dinero y sin rumbo adónde dirijirse.

Allí le fué preciso entonces deliberar con ellas.

—Estamos salvados, dijo el muchacho. Ahora lo que importa es saber ¿qué hacemos?

—¿Tú para dónde nos llevabas?—preguntó Margarita.

—¿Yo? para ninguna parte: si no tengo para donde llevarlas

—Pues entonces ¿para qué escojiste este rumbo?

—Porque es por donde creo que no nos puede encontrar D. Celso.

—¿Quién es D. Celso?

—Pregúnteselo usted á Alejandra.

—Madre, es nuestro perseguidor; el mismo que le he dicho á usted que en la Costa se llamaba el padre Bernal.

—No le conozco.



—Vaya si no le conoce usted—dijo el Cacomixtle—¿quién le fué á decir á usted que la iban á fusilar?

—¿Ese?

—Ni mas ni menos.

—Pero ¿tú le conocias, Alejandra? Cuéntame.....

—Ya se lo contará á usted otra vez. Por ahora no perdamos el tiempo: son cerca de las siete, y no es bueno á esta hora andar en la calle. Comienzan á encenderse las luces en las tiendas, y las mugeres deben retirarse. Vamos á ver adónde nos vamos.

—Pues á un meson, dijo Margarita.

—¡A un meson! ¿Pero tienen ustedes dinero?

—Yo solo tengo dos pesos, dijo Alejandra.

—Y yo otro, agregó Margarita. Cuanto traia se ha quedado en los baules.

—Es bastante: con tres pesos podemos pasar, sin salir á la calle, tres dias; y mientras, á ver qué piensan ustedes. Vamos á buscar un meson.

Cacomixtle y Margarita conocian algo á México: Alejandra era la primera vez que estaba en la capital, y de la casa de Diligencias habia ido á la Diputacion, y eso en coche; de manera, que se encontraba como mareada con la afluencia de la gente, con la multitud de luces, con los coches, con el ruido de la ciudad.

Porque en las ciudades grandes, mientras no llega el supremo momento de un asalto general, durante un sitio, mientras por una parte se combate, por la otra se baila y se pasea.

Las fuerzas imperiales y republicanas se cañoneaban por la garita de Belen; y en la Alameda, que dista un tiro de cañon de la línea que ocupaban los defensores de la plaza, las señoras paseaban y se divertian con la mayor sangre fria del mundo, apesar de que algunas granadas llegaron á reventar encima de la concurrencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alejandra estaba admirada de encontrar, por donde iba, hombres, y mugeres, y muchachos, que caminaban á sus negocios, sin cuidarse de las detonaciones de cañon que se escuchaban por todos los lados de la ciudad.

El Cacomixtle era el mas conocedor de México, entre los tres; y las mugeres le seguian con la mayor buena fé. Ciertamente que habia motivo para ello, porque la astucia y el cariño de aquel muchacho, las acababa de salvar de la Diputacion, y sobre todo, de las garras de D. Celso.

Llegaron á la calle de Mesones, y allí era en donde el Cacomixtle estaba seguro de encontrar posada, porque cuando llegó á México por la primera vez en compañía del tio Lalo y de la familia, allí habia ido á parar en un meson; y el Cacomixtle tenia buena memoria.

Habia ya dado la oracion, y estaba oscureciendo.

Al retirarse la luz del sol, y tender la noche sus alas, hay una superabundancia de vida y de movimiento, que es curioso observar.

Entonces reina en las calles una confusion y una especie de desórden, que no comienza sino á esa hora, y que concluye cuando mas una hora despues.

Los artesanos y las mugeres que salen de sus talleres y de sus trabajos; los hombres de negocios que se retiran á sus casas; los criados y las criadas que se apresuran á comprar las provisiones de la noche; los paseantes y los ociosos, que fastidiados ó cansados, vuelven de las calles y de las plazas; los que buscan en esas fondas ambulantes que se ponen en las esquinas, ó en esos cafés improvisados que se plantean en las puertas de algunas tiendas, un refrigerio para su estómago; todos van, vienen, se encuentran, se chocan, hablan, riñen, se detienen, entran y salen en las tiendas; y todos forman un inmenso rumor, una inexplicable confusion; y se agitan, y se mueven, y se cruzan entre la luz que muere y las tinieblas que nacen, como una cosa rara y desconocida.



A esa hora salen, sin saberse de dónde, porque solo á esa hora suelen encontrarse rostros y figuras monstruosas y deformes, mugeres con espantosas narices, hombres con barbas y cabellos increiblemente largos, muchachos sin figura humana en el rostro.

Entonces es el pedir limosna sin el menor escrúpulo ni vergüenza, mostrando mugeres, que parecen señoras principales, el descubierto seno sin camisa, como prueba de miseria, al entreabrirse de un tápalo de merino negro; hombres con la traza de caballeros, hacer gala de asquerosas llagas y de historias fabulosas de padecimientos.

En esa hora parece suspenderse el influjo del pudor: los hombres se atreven á dirijir palabras de amor y frases de equívoco sentido, sin avergonzarse, á las mugeres de todas clases, desde la señora hasta la ramera; y el que ostenta una casaca, y tal vez hasta una condecoracion, no titubea en andar al lado de una muger de reputacion equívoca, ó enteramente mala, quince ó veinte varas, para declararle, no su amor, sino su deseo, y obtener las señas de una habitacion y la hora de una cita.

Por eso la entrada de la noche, tan solemne, tan poética y tan dulce, en el campo ó en la montaña, es odiosa y repugnante enmedio de una capital populosa.

Margarita, su hija y el Cacomixtle, entraron al meson.

Los mesones en México, son las posadas de las gentes pobres que vienen del campo; y para estar concurridos y tener fama, necesitan no dejar el tipo mismo que tenian en los primeros años de nuestra emancipacion social, porque de lo contrario, se convierten en hotel, y los parroquianos se marchan á otra parte.

Los mesones, para ser verdaderamente tales, deben tener un gran patio cerrado por la parte de la calle, con morillos que entren y se corran en un gran tronco agujerado, que se llama aguja.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Debe haber en aquel patio, caballos y mulas que anden sueltos, y entre los cuales se miren entrar y salir hombres vestidos de cuero, con grandes sombreros y reatas en las manos.

Y por último, el administrador debe llamarse y tener sobre la puerta de su despacho, un gran letrero que diga "Huesped."

Si no hay todo esto, no es un verdadero meson; es un meson apócrifo, falso, vergonzante, afrancesado; no es el meson radical, tradicional; no es meson, será casi hotel.

El Cacomixtle se dirijió á ver al huesped, y le preguntó:

—¿Tiene usted un cuarto?

—Sí: ¿para cuándo?

—Luego, ahi está mi mamá.

—¿Cuántos son ustedes?

—Tres.

—¿Y béstias?

—No trajimos.

El huesped descolgó una llave, llamó á un criado y se la entregó.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Mi padrecito, que vendrá mañana, se llama Ladislao Pamplona.

El huesped apuntó.

—Vamos, dijo el criado encendiendo un súcio farol de hoja de lata, con todos los vidrios quebrados: ¿qué número, señor?

—Treinta y tres, dijo el huesped.

El criado echó á andar; Cacomixtle llamó á las dos mugeres, y todos le siguieron.

Subieron una escalera angosta, súcia y mal alumbrada, y llegaron por un corredor estrecho, hasta un cuarto que tenia encima un enorme número 33.

El criado abrió, puso una vela encendida encima de una mesa, y se salió sin hablar palabra.



En aquel cuarto no habia mas que una cama con un mal colchon, una mesa y una banca: en la pared el reglamento interior del establecimiento, sostenido por cuatro pequeños clavos, que para impedir que rompiesen el papel, tenia cada uno de ellos un pequeño disco de cuero negro.

El alquiler del cuarto era simplemente una peseta.

Alejandra y Margarita durmieron en la cama, y el Cacomixtle se acurrucó en uno de los rincones.

El cálculo del muchacho sobre el tiempo que podia durarles el dinero que tenian, hubiera sido esacto, si por razon del sitio los efectos no hubiesen sufrido tan grave alteracion en su precio; pero una torta de pan, que en tiempo ordinario se compraria por medio real, entonces apenas hubiera podido obtenerse por dos pesos: así es que en dos dias se consumieron los tres pesos que tenian las dos mugeres, y se encontraron sin tener recursos, y sin esperanzas de salir de aquella situacion.

El Cacomixtle no perdia la fé. Comenzó por llevar á vender los anillos y los pendientes de Margarita y de Alejandra; ayudaba á los viajeros que habia en el meson, á sacudir sus ropas, á limpiar sus caballos, á dar lustre á sus botas; conseguia algunas costuras para que trabajaran las dos mugeres, y sin embargo, esto no alcanzaba para mantenerse.

Margarita y Alejandra tenian hambre, mucha hambre; se sentian desfallecer de necesidad, y no se atrevian á salir: preferian la muerte, y la horrible muerte del hambre, antes que caer en manos de D. Celso.

Cacomixtle era el único que tenia valor para salir; y algunas veces, despues de esos combates que tenia que sostener el pueblo, ya entre sí, ya con las tropas austriacas é imperiales, el Cacomixtle volvia á la casa, desgarrado, golpeado, con un sombrero que no era el suyo, pero llevando un poco de maiz, un puñado de lenteja, una torta de pan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entonces Margarita y Alejandra devoraban en un momento aquellas provisiones, que el Cacomixtle no se atrevia á tocar por no disminuir la comida de sus protejidas, siempre con el pretesto de que ya estaba satisfecho; y la verdad era, que se estaba muriendo de necesidad, y que no habia comido en todo el dia mas que algun pedazo de tortilla dura que habia logrado robarse de alguna fonda ó arrancar á la caridad de algun soldado, porque el Cacomixtle iba á buscar sus provisiones hasta en los cuarteles mismos.

Margarita y Alejandra estaban ya pálidas y estenuadas; la situacion era espantosa y el Cacomixtle comenzaba ya á desesperar.

## XVI.

### Auxilio inesperado.

DON Plácido llegó á la casa de Mondragon, le mostró la carta de D. Juan, y los dos comenzaron á hacer las mas activas diligencias para reunir la cantidad exijida á Caralmuro.

Eran las doce del dia, y D. Plácido volvió á la casa de D. Juan sin haber conseguido nada.

Alli se encontró con una carta de Caralmuro, reservada, en que le decia que llevase al general Márquez diez mil pesos, como parte de su asignacion; que aunque con esto no conseguiria su libertad, se ampliaria su prision, y tal vez no habria necesidad de exhibir mas, porque la situacion de los sitiados era tan crítica, que no podia tardar el desenlace.

D. Plácido hizo poner el coche, metió en él los diez mil pesos, y se dirijió al Cuartel General; se hizo la entrega corres-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pondiente, y despues le permitieron hablar con D. Juan, cuya prision se amplió desde aquel momento.

D. Plácido y Caralmuro se encontraron en la prision de éste, libres de testigos, merced á la órden que habia para tenerle incomunicado.

—He traido la parte del dinero que usted me encargó, dijo D. Plácido, y se ha entregado ya en la comisaría.

Bien: eso será lo único que se pierda, porque he observado que las cosas andan tan mal para estos señores, que muy pronto tendrán, ó que intentar una salida para romper el sitio, ó que rendirse á discrecion.

—¿Tan perdidos así los cree usted?

—He podido escuchar algunas conversaciones que me lo han dado á entender. Fingen no creer en la toma de Querétaro, ni en la prision de Maximiliano; pero en la oficialidad y en la tropa están desmoralizados todos: los soldados hablan ya de la derrota, como de una cosa segura, y esto es el peor síntoma de la situacion. Esto no durará mucho tiempo.

—Pero entre tanto, ¿qué cree usted que debemos hacer?

—Usted tener cuidado de la casa y de Leonor, y yo aguardar aquí otro poco, hasta que una mañana de éstas al despertar, me encuentre con que estoy solo, ó con que están aquí ya los liberales.

—Quizá sea eso peligroso para usted.

—De ninguna manera: así estoy bien. Le suplico á usted que no olvide proseguir sus averiguaciones, hasta encontrar á ese tio Lalo.

—He ido á la "casa del Pueblo," y no dan razon ninguna de él.

—¿Ha preguntado usted en los mesones?

—No; pero esta tarde me dedicaré á eso.

—Creo que será muy oportuno, antes que la plaza caiga en



poder de los sitiadores, porque entonces la afluencia de gente será tal, que me pareceria casi imposible encontrar lo que buscamos.

—Creo lo mismo, y no me descuidaré. Me voy, y mañana estaré aquí para ver á usted: entre tanto, ¿no se ofrece nada para la calle?

—No, mil gracias; hasta mañana.

D. Plácido montó en el coche, y regresó á la casa.

En la tarde hizo enganchar de nuevo los caballos, y comenzó á visitar los mesones.

A cosa de las cinco entraba D. Plácido en el mismo meson en que hemos dejado á Margarita y Alejandra sumidas en la mayor miseria y desesperacion.

La llegada de un tren tan soberbio como el que llevaba D. Plácido, era un acontecimiento en aquella posada; y "el huésped" salió hasta la puerta de su despacho, con la pluma trás de la oreja, para saber á qué debia atribuir tan alto honor.

—Buenas tardes, le dijo D. Plácido: ¿usted es el huésped?

—Sí señor, contestó el otro, haciendole una profunda caravana.

—¿Tuviera usted la bondad de decirme si está alojado aquí un sugeto que se llama D. Ladislao Pamplona.

El huésped recordaba el nombre, y sabia que efectivamente se habia tomado un cuarto para aquel sugeto, porque nuestros lectores no habrán olvidado, que este fué el nombre que hizo inscribir el Cacomixtle; pero para hacerse el hombre interesante á presencia de un caballero que venia en carruaje, tan lujoso, fingió que no recordaba de pronto.

—No recuerdo precisamente, contestó; pero si usted gusta, veremos mi libro de asientos.

—Si usted me hace el favor.....

El huesped entró al despacho, seguido de D. Plácido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Me hace usted la gracia de sentarse—Y le ofreció una silla.—¿Decia usted que se llamaba ese señor?.....

—Ladislao Pamplona.

—Vamos á ver—Abrió un libro de cuentas, y como hablando consigo mismo, comenzó á decir, volviendo las hojas. "F.... H..... I..... J..... L..... esto es, Leocadio, Luis, Lúcas, Luciano, Lugarda, Librado, Luz, Ladislao."—Aquí esta Ladislao Pamplona. Núm. 33—Número treinta y tres

—¿Y estará aquí?

—No: él no ha venido; pero ahi están dos señoras, que supongo serán de su familia, y que vienen con un muchacho muy listo, que todos conocen por el Cacomixtle.

—Ellos son, dijo D. Plácido entre sí.—¿Me hiciera usted el favor de que me enseñáran el cuarto.....?

—Con mucho gusto.—El huésped sonó las manos—Juan, enséñale á este caballero dónde queda el número 33.

—Con permiso de usted, dijo D. Plácido.

—Usted mande.

D. Plácido subió la escalera, y el criado le dejó en la puerta del cuarto.

Margarita y su hija, acostadas en la cama, dormitaban.

D. Plácido llamó dos veces sin obtener respuesta.

La tercera vez llamó con mas fuerza.

—Adentro—contestó una voz.

Empujó la puerta; y apenas habia penetrado, Alejandra dió un grito, y se arrojó en sus brazos.

Margarita aun no le reconocia.

—¡Madre, madre! Es mi padre D. Plácido.

—¡Tu madre! dijo D. Plácido.

—¡D. Plácido! exclamó Margarita—Y corrió á abrazarle.

—¡Oh, qué felicidad! decia Alejandra.—¿Cómo está usted aquí? ¿cómo nos ha encontrado? ¿de dónde viene usted?



—Hija mia, buscando al tio Lalo, he llegado hasta aquí, y lo que menos esperaba, era encontrar á ustedes. ¿Qué ha sucedido? ¿Vives con el tio Lalo, hija mia?

—No padre: tio Lalo ha muerto yá; vivimos solas con el Cacomixtle. Es una historia muy larga; pero usted ¿dónde vive?

—Vivo con tu padre.

—¡Con mi padre!.....

—¡Con Juan!.....

—Sí, con tu padre, con D. Juan, que te busca por todas partes, y á quien habian engañado.....

—Ya sabiamos eso.....

—¿Ya lo sabian? Bueno; pero ahora lo sabe él tambien, y no anhela sino volver á verte.

—Pues iremos.

—Sí, esta misma noche; pero no luego, luego; porque no podemos salir á la calle: hemos empeñado para comer, hasta los rebozos.....

—¡Pobrecitas! Pues voy yo mismo á traerles ropa y lo necesario en este momento, y vuelvo por ustedes. Entre tanto, les dejaré el dinero que traigo, para que compren lo que quieran.

—Mil gracias, dijo Margarita avergonzada; pero me mortifica.

—¿Porqué? Si este dinero es de ustedes, porque es de D. Juan, del padre de Alejandra; y aun cuando fuera mio, ¿acaso ya no eres mi hija?

—¡Ah! ¡siempre! contestó Alejandra abrazandole.

—Pues voy, y vuelvo muy pronto.

—Sí, dijo Alejandra: con eso, mientras viene el pobre de Cacomixtle, que tan bien se ha portado con nosotras, para llevárnosle.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Se ha portado bien ese pilluelo?

—Sí, le debemos la vida—dijo Margarita.

—Y la honra, agregó Alejandra.

—No perdamos tiempo. Vuelvo, Margarita; vuelvo, hija mia.

D. Plácido besó la frente de Alejandra, y bajó precipitadamente diciendo:

—¡Qué dia! ¡qué dia! Es el mas feliz de mí vida.....

---

## XVII.

### A saco.

El pueblo de México no podia soportar por mas tiempo aquellas circunstancias, y apesar de su carácter dulce y de su natural generoso, comenzaron á levantarse en masa los barrios de la ciudad, pidiendo "pan."

Los primeros dias se le pudo engañar; pero despues no fué posible, y se recurrió á uno de los medios mas reprobados; se le hizo entender que en algunas casas particulares habia depósitos ocultos, y aquellas masas se lanzaban al allanamiento y al saqueo de la casa designada, capitaneados algunas veces por alguno de los generales que mandaban las fuerzas sitiadas, ó por algunos oficiales superiores.

En la época en que vá pasando ya nuestra historia, estas escenas de desórden eran muy frecuentes.

D. Plácido salió del meson, y se dirijió á la casa de D. Juan, con ánimo de llevar de allí ropa y todo lo necesario, para que Margarita y su hija pudieran salir á la calle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Se ha portado bien ese pilluelo?

—Sí, le debemos la vida—dijo Margarita.

—Y la honra, agregó Alejandra.

—No perdamos tiempo. Vuelvo, Margarita; vuelvo, hija mia.

D. Plácido besó la frente de Alejandra, y bajó precipitadamente diciendo:

—¡Qué dia! ¡qué dia! Es el mas feliz de mí vida.....

---

## XVII.

### A saco.

El pueblo de México no podia soportar por mas tiempo aquellas circunstancias, y apesar de su carácter dulce y de su natural generoso, comenzaron á levantarse en masa los barrios de la ciudad, pidiendo "pan."

Los primeros dias se le pudo engañar; pero despues no fué posible, y se recurrió á uno de los medios mas reprobados; se le hizo entender que en algunas casas particulares habia depósitos ocultos, y aquellas masas se lanzaban al allanamiento y al saqueo de la casa designada, capitaneados algunas veces por alguno de los generales que mandaban las fuerzas sitiadas, ó por algunos oficiales superiores.

En la época en que vá pasando ya nuestra historia, estas escenas de desórden eran muy frecuentes.

D. Plácido salió del meson, y se dirijió á la casa de D. Juan, con ánimo de llevar de allí ropa y todo lo necesario, para que Margarita y su hija pudieran salir á la calle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pensaba despues marchar á Santiago á dar la buena noticia á Caralmuro.

Distraido con estos pensamientos, no habia notado que el coche, al acercarse á la casa, habia comenzado á caminar mas despacio por la inmensa muchedumbre que llenaba la calle, hasta que por fin se detuvo, sin poder avanzar ni retroceder.

Entonces D. Plácido volvió en sí de su meditacion, y observó lo que pasaba.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Señor—dijo el lacayo que estaba ya á la portezuela—no se puede seguir adelante.

—¿Por qué?

—No sé; pero hay tanta gente en la calle, que solo á pié se podrá llegar á la casa.

—Es extraño: ¿qué será? Abre.

El lacayo abrió la puerta del carruaje, y D. Plácido descendió.

La muchedumbre llenaba la calle desde una acera hasta la otra: habia un verdadero tumulto; aquellas olas hacian una especie de flujo y reflujo, entre el cual de cuando en cuando se notaban movimientos extraordinarios, como de repulsion y atraccion.

Allí habia hombres y mugeres de lo mas bajo de los barrios, de la clase mas infeliz de la sociedad; alli estaban los trages desgarrados, incomprensibles, indescriptibles, incopiables; fisonomías patibularias y sombrías; figuras y rasgos que parecian no haber sido bañados nunca por la luz del sol; muchachos que parecian haber brotado entre las sombras y con la humedad de los sotános ó de los subterráneos; y se impulsaban unos á los otros, y se agrupaban y se estrechaban hasta formar como una mazorca humana, y hasta que un movimiento que venia del centro, los rechazaba y los desunia.

Solo en estos momentos era posible penetrar allí, porque pasada esta ondulacion, ni el viento habria podido cruzar entre aquellos cuerpos, que no formaban mas que uno solo.



D. Plácido sintió en el corazon una especie de presentimiento siniestro, y se lanzó con la cabeza agachada entre la multitud, para atravesarla.

A fuerza de luchar, rechazando al uno, apoyandose en otro, derribando al de mas allá, y siempre seguido de maldiciones, de injurias y de denuestos, con la ropa hecha pedazos, sudando y fatigado, llegó hasta frente á la casa, levantó la cara y lanzó un grito.

La casa habia sido allanada, y la multitud la invadia.

La gente entraba y salia como un cordon de hormigas, sacando siempre alguna cosa. Era que se apoderaban de todas las provisiones que habia en la despensa de la casa de Caralmuro.

D. Plácido entró sin vacilar en el fondo. Unos hombres, con el mayor órden, repartian al pueblo cuanto encontraban: se habia reglamentado el saqueo.

Ciego de cólera el viejo soldado de la independencia, se lanzó sobre aquellos que con tanta sangre fria ocupaban la propiedad agena.

—¿Y quién les ha dicho á ustedes que han de venir á mi casa á robar?

—Mire usted lo que dice—dijo uno de ellos—Nos está usted faltando sin darle motivo:

—Pues qué, ¿les parece poco venir á saquear una casa?

—Esto no es saqueo—dijo otro—Venimos aqui por órden del general....

—¿De qué general?

—Del general Márquez.

—¡Mentira! porque he ido yo esta mañana á verle, llevandole diez mil pesos, que aqui está el recibo; y no podia mandarme catear hoy—Ya verán ustedes con él.

Los hombres habian comenzado á espantarse, y abandonaban ya aun los restos de provisiones que tenian en la mano; las gentes del pueblo se detenian, esperando el resultado de aque-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lla escena. Todo anunciaba que la energia de D. Plácido iba á triunfar sobre la malevolencia de los agentes de policia, cuando otros dos agentes aparecieron en la escena.

—¡Qué caso le hacen ustedes á este hombre!—dijo uno—Ni esta es su casa, ni tiene que ver aqui.

—¿No es mi casa?—dijo con furor D. Plácido.

—No es su casa de usted, y usted no quiere mas que protejer á estos ricos que han escondido todas las provisiones para matar de hambre al pueblo y ayudar á los chinacos.

—¿Qué dice usted?—gritó D. Plácido.

—La verdad que usted no es mas que un entrometido, adulador de los ricos.....

No habia concluido aun el esbirro su frase, cuando ya D. Plácido le habia echado por tierra de un puñetazo. Entonces los otros se lanzaron sobre él, esgrimiendo los marrazos que traian ocultos debajo de sus zarapes.—D. Plácido retrocedió, y se apoderó de una silla.

El combate era desigual; pero los policías estaban acobardados, y D. Plácido ciego de furor.

La silla se hizo pedazos, pero otro policía vino al suelo; y el viejo hizo una arma de los fragmentos y cerró contra sus enemigos.

D. Plácido vió á poca distancia el marrazo de uno de los heridos, y se apoderó de él. Esta fué la señal de la fuga de los demas esbirros.

El público veia aquel combate como si asistiera á una corrida de toros, y la fuga de la policía fué acojida con una salva de silvidos estrepitosa.

D. Plácido, encarnizado, perseguia entre la multitud á sus enemigos, cuando un soberbio garrotazo aplicado en la cabeza, le hizo caer sin sentido.

Los fugitivos tuvieron el triunfo por suyo, y antes de volver en sí, ya D. Plácido estaba desarmado y atado.



A esta sazon, un gefe se presentó en la casa, é informado de lo que pasaba, hizo traer una fuerza, mandó retirar á la gente, y conducir en unas camillas á la Diputacion, á D. Plácido y á dos policías que habian resultado heridos.

Leonor y Salvadora, refugiadas en la pieza mas apartada, habian escuchado el rumor espantoso del tumulto, los gritos de la multitud y los golpes que daban para forzar las puertas de la casa; despues el silencio que reinó durante la riña de D. Plácido con la policía, los gritos y los silvidos; y por último, el murmullo del pueblo que se retiraba, y el ruido del zaguan al cerrarse.

Pasó algun tiempo: todo parecia haberse calmado; pero aun no se atrevian á salir de su encierro. Al fin oyeron llamar á la puerta.

—¿Qué hay? dijo Leonor.

—Señorita, que todos se han ido ya.

—¿Se fueron?

—Sí; pero ha sucedido una desgracia: se llevan al señor D. Plácido en una camilla, porque le han lastimado.

—¿Pero cómo? dijo Leonor saliendo.

La criada le contó cuanto habia ocurrido.

Leonor se quedaba enteramente sola; D. Juan preso, porque ella al fin habia llegado á saberlo, y D. Plácido herido y preso tambien. Tembló al pensar que estaba casi á disposicion de Doña Salvadora; y entonces le ocurrió como única esperanza, escribir lo acontecido á Mondragon, suplicandole fuese á acompañarla. Le puso una carta, y el lacayo salió violentamente á llevarla.

Doña Salvadora, atarantada con aquellos acontecimientos, en lo menos que pensaba era en abusar de su posicion; y que en obsequio de la verdad, aquella muger no era tan mala.

Cuando D. Plácido comenzó á reñir con los policías, D. Celso, mezclado entre la multitud, lo observaba; vió la derrota de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los suyos, y mandó aquel auxilio, que bien aleccionado, precipitó el lance.

Valdespino no abandonó la casa hasta que vió salir la camilla que llevaba á D. Plácido.

—Enemigo menos, decia metiendose las manos en los bolsillos; esto marcha bien.

De repente pasó á su lado un muchacho con un gran canasto de provisiones de las tomadas en la casa.

—¡Cacomixtle! exclamó D. Celso.

Cacomixtle volvió el rostro y lo conoció. Valdespino estendió la mano para cojerle; pero el chico desapareció entre la multitud, escurriendose como una anguila; y cuando D. Celso quiso perseguirle, no pudo ver siquiera el rumbo que habia tomado.

## XVIII.

### La llave de un secreto.

En la casa de Ines todo caminaba, como se dice vulgarmente, "á pedir de boca." Pablo, mas bueno y mas amoroso cada dia; Ines mas contenta, y Feliciana mas satisfecha.

Pablo era rico, y el sitio le encontró prevenido. Si no hubiera pensado mas que en él, quizá no se habria acordado de nada; pero pensaba en su Ines, y esto le volvió precavido.

En todas las casas que visitaba, veia el afan de las familias para reunir víveres, y el temor á las escaseces del sitio; y consideró que Ines era pobre, que no podia hacer acópio de nada; y comprendió lo que se le esperaba.—Por eso el dia menos pensado Feliciana vió entrar en su casa al criado de confianza de Pablo, seguido de cuatro cargadores, que llevaban grandes cajas con todo género de provisiones.

Así, pues, para ellas no habia necesidad, ni aun privacion: solo la carne podia escasear; pero pagandola un poco, ó un mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho mas cara, siempre se conseguia. Ademas, para tranquilizarlas enteramente, Pablo les aseguró que él por su parte tenia un repuesto mas que regular.

Ines no salia de la casa; Feliciana por el contrario, con esa curiosidad propia de la vejez, se estaba la mayor parte del dia en la calle "sabiendo noticias," que iba luego muy alegre á comunicar á Ines.

Pablo las acompañaba todos los dias á la hora de la comida, y volvia despues en las noches, riendo de todo corazon de las noticias de Feliciana, porque la pobre muger creia de buena fé las mas tremendas vulgaridades.

Un dia noticiaba la toma de Querétaro antes que tuviera efecto; otro, contaba que el Emperador estaba en Cuautitlan, cuando era ya prisionero; otro, que iba á haber guerra entre los liberales; otro que Juarez venia con cincuenta mil hombres armados de picos, palas y azadones, para arrasar á México, y el resultado de todo era que se enojaba porque Ines no se lo queria creer, y porque Pablo se reia.

—Nunca les vuelvo á dar una noticia—les decia; Y en la tarde, cuando venia con la contraria, comenzaba diciendo:

—La verdad, que ustedes tenian razon esta mañana.

En una de sus escursiones, Feliciana se encontró con la limosnera que habia conocido en casa de Mondragon.

—Doña Feliciana—le dijo aquella muger—me ha tenido usted esperandola todo el dia hasta las ocho de la noche.

—Si estaba enferma—contestó Feliciana, no atreviendose á confesar su falta de exactitud y de empeño.

—Pero han pasado muchos dias, y bien podia usted haberme buscado, como yo la he buscado á usted, hasta encontrarla. Usted no sabe cuánto importa lo que le tengo que decir.

—Como yo no sabia donde vivia usted.....

—¿Cuándo podemos hablar despacio, y en qué lugar?

—Ahora mismo, si importa mucho.



—Importa: y ademas, que me parece dificil encontrar otra oportunidad mejor: ¿adonde vamos?

—A mi casa, es lo mas seguro.

—¿No es mejor en otra parte?

—¿Pero donde?

—Nos entraremos á una Iglesia.

—Tiene usted razon: aquí está cerca San Lorenzo, y ahora debe haber poca gente.

—Pues vamos.

Las dos se dirijieron á la Iglesia de San Lorenzo. El templo estaba casi solo, y no se oia mas que el murmullo de uno que otro devoto que rezaba, y los pasos que resonaban en las bóvedas, de algun sacristan que atravesaba la Iglesia. El ambiente frio que corria por su nave, aumentaba el sentimiento natural de respeto que inspiraba aquel lugar.

Feliciana y la limosnera se arrodillaron en el rincon mas oscuro y solitario, y se persignaron devotamente.

—Con que digame usted—dijo Feliciana, sentándose sobre sus mismas piernas.

—Comenzaré, dijo la limosnera, por preguntar á usted si es Doña Feliciana Navas, muger ó viuda de D. Procopio Martinez, que vivian hace diez y siete años en los Llanos de Apam.

—La misma soy: viuda de D. Procopio Martinez, que de Dios goce.

—¿Recuerda usted que por aquel tiempo le entregaron á usted una niña recien nacida?

—Y bien me acuerdo, como que.....

—Y esa niña ¿vive?

—Sí vive.

—Y usted ¿á qué iba á la casa del Señor Mondragon?

—Y eso ¿para qué lo quiere usted saber?—dijo enojada Feliciana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No se incomode usted: respóndame, que nada pierde con eso, y tal vez pueda saber muchas cosas que ignora.

—Pues iba yo á buscar á la Señora Doña Matilde, muger del Señor Mondragon, que fué la que me entregó á mi la niña: si usted sabe la historia, debia saber esto tambien.

—Sí lo sé, porque entonces yo era la criada de confianza de la Señora Matilde.—¿Y qué le dijeron á usted en casa de Mondragon?

—Que la señora habia muerto; pero entonces me acordé que en aquel tiempo tambien estaba allí Doña Estefanía, madre de la señora, y ella podia decirme algo respecto al nacimiento de la niña, que era lo que queria.

—¿Y no ha llegado usted á hablar con Doña Estefanía?

—No he podido: se me han atravesado varias cosas que me lo han impedido.

—Pues nada hubiera usted conseguido, porque no llevaba usted la llave de este secreto.

—¿Y cuál es la llave?

—Ya se la voy á dar á usted.

Y la muger sacó del seno un gran papel, doblado cuidadosamente.

—Este papel—le dijo—es el certificado de la entrega de la niña, firmado por Doña Matilde: ella me le dió con órden de entregárselo á usted cuando la encontrara: usted verá en él que Doña Estefanía es la única que mediante lo que ahí dice, puede descubrirle á usted quiénes son los padres de esa niña. Pero para que yo se lo dé á usted, es preciso que me jure que vá á hacer lo que yo le diga.

—Lo prometo.

—¿Me lo jura usted!

—Se lo juro.

—Es muy sencillo: busca usted á Doña Estefanía, le dice usted su nombre, luego le enseña usted este papel; pero le prohibo á usted decirle cómo ha venido á dar á sus manos, y ademas le prohibo el que me busque en lo de adelante, el que se dé por mi conocida: en fin, el que usted hable á nadie de nada de lo que le ha pasado conmigo. Me lo ha jurado usted.



—Lo cumpliré: ¿y si Doña Estefanía me pregunta de dónde me viene este papel?

—Le dice usted que lo recibió con la niña.

—Y á ella, á Inés ¿qué le digo?

—¿Quién es Ines?

—La niña, que asi se llama.

—A ella, por ahora, nada; nada en lo absoluto. Doña Estefanía dirá á usted lo que debe hacer, pero mientras que ella no le dé á usted licencia de contarle ni de decirle nada á Ines usted nada le dice.

—Muy bien.

—Me ha jurado usted no hacer mas que lo que le he dicho.

—Y lo cumpliré.

—Pues adios, hasta la eternidad,—dijo la limosnera levantándose.

—Adios,—contestó Doña Feliciana emocionada con esa despedida.

La limosnera, que no era otra que la "Guacha," salió del templo, y Doña Feliciana abrió el pliego y lo leyó.

"Conste por el presente, que hoy 1º de Enero de 1851, entrego una niña de dos dias de nacida, á D. Procopio Martinez y á Doña Feliciana Navas su muger. Mi madre Doña Estefanía podrá si quiere algun dia decir quienes son los padres de esta criatura.—Matilde Frias de Mondragon.

—Pues yo buscaré á esa Señora, á ver si quiere decir quienes son esos padres,—dijo para si Feliciana,—Entre tanto, mucho secreto, que se lo he jurado á esa pobre muger; y en la Iglesia, para que mas valga.

Guardó el escrito cuidadosamente; y tomando agua bendita, se salió tan preocupada, que no pensó ya ni en buscar nuevas noticias de política para llevárselas á Ines.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XIX.

### La noticia del Cacomixtle.

EL Cacomixtle corria para el meson con todas sus fuerzas, no solo por escapar de D. Celso, sino por llegar pronto á llevar á las mugeres aquellas provisiones; y no cabia en sí, al pensar lo contentas que se iban á poner cuando él llegase, y les presentase todo aquello.

Margarita y Alejandra esperaban impacientes al Cacomixtle, para contarle sus buenas noticias y para llevarselo consigo, en cuanto D. Plácido volviera trayendo la ropa, y todo lo necesario para irse á la casa del padre de Alejandra.

Por fin, la puerta del cuarto se abrió por un violento impulso, y el Cacomixtle entró precipitadamente.

—Miren lo que les traigo—dijo levantando en lo alto sus provisiones.

—Albricias—dijo Alejandra, saliendole al encuentro.

—¿Pues qué ha habido?

—Muchas cosas: pero cuentame primero lo que te ha pasado,—dijo Margarita.



—Pero antes comeremos—contestó Cacomixtle—porque tengo yo muchisima necesidad, y traigo aqui jamon, sardinas, pan, queso, me parece que podemos comer muy bien.

Las dos mugeres tenian tambien mucha hambre: D. Plácido les habia dejado dinero, pero como Cacomixtle no habia vuelto, ellas no habian tenido una persona de confianza de quien valerse para que les fuera á buscar algo de comer; ademas aquel muchacho se habia portado tan bien, que las dos lo querian como de la familia.

—Será necesario—dijo Alejandra al Cacomixtle—que tu que eres el hombre de la casa, veas si quieres que se sirvan algunos vinos en la comida, y en ese caso dispongas que se compren, que para estos casos debe tenerse el dinero: y diciendo esto, arrojó sobre la mesa una onza de oro, que habia entre el dinero que les dió D. Plácido.

El Cacomixtle miró la onza, y luego clavó sus ojillos vivos y penetrantes, en el rostro tranquilo y alegre de Alejandra.

—Con que es decir—dijo—que estamos ricos: me alegro; pero ya que soy el hombre de la casa, como usted dice, quiero saber ¿de dónde nos ha venido ese dinero?

—Ya lo sabrás mas adelante; por ahora anda, compra un poco de vino para que no le vaya á hacer daño la comida á mi madre, despues de tantos dias de dieta.

Alejandra guardó la onza, y sacó un peso que entregó al admirado Cacomixtle.

—Anda—le dijo—anda, y despues sabrás lo que ha pasado aquí.

El muchacho salió, y mientras, las mugeres dispusieron la comida. Un cuarto de hora despues, rodeados de la mesa, comenzaron á comer tranquilamente.

—¿A que no adivinas, quién ha estado aquí?—preguntó Alejandra.

—¿Quién?—contestó el Cacomixtle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mi padre.

—¿Qué padre?

—D. Plácido.

—¡Jesús!..... exclamó el muchacho, dejando caer un pedazo de pan con jamon que llevaba ya cerca de la boca—¿Con que ha estado aquí?..... ¿pero como?..... ¿de dónde viene?.....¿no le mataron?.....

—Que le habian de matar... Está bueno y sano, y hay otra noticia mas grande: que ha encontrado á mi padre, á mi verdadero padre.

—¡Pues qué! ¿tiene usted dos padres?

—No, ó mas bien sí, uno que es el que me ha criado y el que tú conoces, y otro que es mi padre verdadero, el marido de mi madre que está aqui.

—¿Pero cuando me contará usted toda esa historia?

—Cuando estemos tranquilos, que será muy pronto, porque dentro de un rato ya volverán por nosotros, para llevarnos á casa de mi padre el verdadero, y nos vamos todos, mi madre y tu y yo, y ya no pasaremos trabajos, ni podrá hacernos nada D. Celso.

—Y digame usted—dijo Cacomixtle—¿esta señora Margarita, ha de ser la última madre de usted! ¿ó todavia tenemos que encontrar otra?

—No, esta es mi única madre, mi verdadera madre.

—Pues mire usted qué casualidad, en todo el camino he venido pensando en D. Plácido.

—¿Y porqué!—dijo Margarita.

—Va usted á ver—contestó Cacomixtle.—Se metió la plebe en la casa de un señor rico, que tenia muchas cosas de comer en su despensa: yo tambien fuí allí, como que de allá fué todo esto: ya estaban acabando de repartir, cuando entra un viejo que creo que era el dueño de la casa, le reconviene á la policía, y á poco la emprende á golpes con ellos: se armó una



del demonio, pero al cabo pudieron mas los de la policía, y le dieron un palo, que en camilla se lo han llevado para la cárcel; pero yó, ya habia sacado mis provisiones, no mas que al salir llevé el susto mas grande, porque me encontré de manos á boca, nada menos que con D. Celso; pero asi tan cerquita como estamos aquí nosotros.

—¿Y qué hiciste?

—Me escabullí, y le dejé echando agua.

—Pero todo eso, ¿qué tiene que ver con D. Plácido, para que te acordáras de él?—dijo Margarita.

—Ah! que no les habia yo dicho que el viejo aquel que se peleó con la policía y que se llevaron á la Diputacion, se parecia mucho á D. Plácido, solo que este iba de levita y muy elegante.

—¿Pero á qué hora fué eso? ¿Dónde fué eso?—preguntó sobresaltada Alejandra.

—Pues hace poco, cosa de las cinco y cuarto, en una casa de la calle de Plateros, de un señor que se llama.....segun decian allí, D. Juan.....Casuro ó Camuro.....

—Caralmuro—dijo Alejandra.

—Eso es—contestó Cacomixtle.

—¡Jesus!—exclamaron las dos mugeres levantandose.—La casa de mi padre. Pobre D. Plácido—¿qué le habrá sucedido?

—Dios mio, Dios mio, ¿qué será de nosotras?—Y las dos mugres lloraban.

Cacomixtle se habia quedado sentado, mirando aquella escena, pero empezando á comprender lo que pasaba.

—Pues señor—decia entre sí—bien lo hice, bien lo hice.

—Cacomixtle, ¿qué hacemos ahora? ¿qué hacemos?—preguntaba Alejandra, apretandose las manos.

—Pues á mí me parece que lo mejor será, que yo tome mi sombrero, y me vaya inmediatamente á la casa de ese D. Juan, que usted dice que es su padre, y le diga yo donde están uste-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des, y venga á llevarlas; y luego ya él sabrá lo que hace por D. Plácido.

—Pero no te creerá, no me conoce, porque me dejó muy niña; y como ya le han engañado otra vez con una muchacha diciendo que era yo.....

—Pero á mí sí me conocerá bien—dijo Margrita—Si llegasemos á vernos, no vacilará un instante en reconocerme.

—Bien dicho—exclamó Cacomixtle.—Y tomando su sombrero, echó á correr para la calle sin esperar nuevas razones.

Habia oscurecido. Cacomixtle caminaba sin detenerse en medio del gentio que andaba por las calles, procurandose pan por todos los ángulos de la ciudad. Se escuchaba el cañoneo de las fuerzas que se batian en estos últimos dias del sitio: cada noche y cada madrugada, se esperaba el asalto decisivo. El deseo de salir de aquella situacion angustiosa, hacia parecer imposible por mas tiempo su prolongacion.

Como llevadas por la electricidad se propagaban en México las noticias, ya del hombre que habia caido muerto de hambre frente á la Diputacion, ya de la mugur que habia amanecido sin vida frente á una casa, ya de la familia que se habia encontrado espirante dentro de una pobre habitacion, en uno de sus suburbios.

Las familias mas acomodadas comenzaban á alarmarse sériamente, y hasta en las mismas cárceles habia síntomas terribles de sublevacion entre los presos.

Todo el mundo comprendia que no podia durar aquello por mas tiempo; que no se podia prolongar mas la situacion; y sin embargo, se prolongaba.

La toma de Querétaro y la prision de Maximiliano eran una cosa fuera de toda duda, y que nadie vacilaba en creer, á pesar de que por órden del general en gefe de los imperialistas, se echaban á vuelo las campanas, y las músicas de los cuerpos recorrian las calles de la ciudad, para celebrar la llegada de un general que venia de Querétaro, anunciando que Maximiliano, triunfante, llegaba con su poderoso ejército, en auxilio de las tropas sitiadas en la Capital.



Cacomixtle llegó á la casa de Caralmuro, y con la audacia del que va investido de una mision elevada, llamó al zaguan, dando tres fuertes golpes.

No le abrieron, pero poco despues se abrió uno de los balcones y se asomó por él Doña Salvadora.

—¿Quién es? ¿quién es?—dijo sin poder distinguir al muchacho en la oscuridad de la calle.

—Vengo á buscar á D. Juan.

—No está aquí—contestó Doña Salvadora.

—¿A qué hora volverá?

—No ha de volver en toda la noche. ¿Qué le queria usted?

—Le traigo un recado, que importa mucho.

—Pues no está aquí, ni ha de volver.—¿Puede usted darmelo á mí?

—No señora, solo á él.

—Entonces vuelva usted mañana, porque no está aquí.

—¿Ni el señor D. Plácido ha vuelto?

—Tampoco.

El muchacho se quedó parado un largo rato, y despues se retiró muy poco á poco, y como meditando en lo que habia de hacer.

Asi llegó hasta el meson. Vacilaba en subir, por no dar aquella noticia á sus dos pobres protejidas; pero al fin se resolvió. Al cabo—dijo—yo no tengo la culpa, he hecho todo lo que he podido, no hay mas remedio que esperar á mañana: la fortuna que las señoras tienen dinero, y yo he traido provisiones; podemos aguardar con tranquilidad.

Margarita y su hija esperaban con impaciencia.

—¿Qué hay?—preguntaron las dos á un tiempo.

—Nada—contestó Cacomixtle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Cómo nada! ¡pues qué! ¿no fuiste?

—Sí, pero no me quisieron abrir en la casa.

—¿No te quisieron abrir?

—No: toqué, y salió una muger por un balcon, y ella fué la que me dijo que D. Juan no estaba en la casa, y que no habia de volver en toda la noche, y que D. Plácido no habia vuelto: yo no le quise decir nada á nadie allí, porque bastantes chascos nos hemos llevado para volvernos á esponer.

—¿Y qué hacemos?—dijo Margarita.

—Acostarnos esta noche, y mañana temprano veremos lo que se hace.

—¿Pero cómo.....?

—No hay que morirse de ansia. Si nada ha de suceder esta noche. En peores lances nos hemos encontrado, y Dios nos ha sacado con bien; conque acuéstense ustedes, y vamos á ver que sucede mañana, que al fin y al cabo, mañana será otro dia.

---

## XX.

### El Fósforo.

DON Celso se habia desenmascarado completamente. La excitacion creciente de sus pasiones le habia llevado á donde él mismo no lo hubiera creido.

En política tomaba ya descaradamente el partido de Márquez. En aquellos momentos de desesperacion para los sitiados, él se unia con ellos: acababa toda hipocresía, todo disimulo: él personalmente aprehendia á los que le parecian sospechosos, capitaneaba la plebe para asaltar las casas, conducia al cuartel general á los capitalistas ó á las personas de su familia para obligarles á dar dinero; y en fin, establecia los centinelas en las habitaciones de los ricos cuando se inventó sitiar las casas particulares para rendir por hambre á las personas que de otra manera no entregáran la suma que se les designaba.

Don Celso habia arrojado el guante á la sociedad, y jugaba el todo por el todo; y cuanto mas disimulada y engañosa habia sido al principio su conducta, tanto mas cínica y repugnante se presentaba despues.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por medio de la vieja Pilar supo que Caralmuro estaba al tanto de todas sus maldades, y esto le acabó de despechar: no habia ya reputacion que cuidar, no habia apariencias que salvar: era necesario pues luchar á brazo partido, y á pecho descubierto; hundir á sus enemigos, ó hundirse él para siempre.

Solo en una parte conservaba su carácter meloso y solapado, pero era para conseguir mejor sus fines: en la casa de Ines.

Alli era el D. Celso de siempre, el D. Celso de la casa de Mondragon, el honrado y leal amigo, dispuesto siempre á prestar un favor, ó á dar un buen consejo.

Como una serpiente se habia deslizado en aquella familia ganando su confianza, adquiriendo el cariño del mismo Pablo, corazon franco y generoso que no hubiera podido comprender, ni aun explicándoselo, la ponzoña que guardaba el alma del hipócrita Valdespino.

Don Celso ni buscaba ni esperaba el amor de Ines: lo que anhelaba era vengarse, y vengarse de una manera terrible.

Como la situacion de los imperiales era extrema, D. Celso comprendia la necesidad que tenia de seguir su suerte, y huir, ú ocultarse. El tiempo para poner en planta sus planes de venganza, era ya muy poco, y Valdespino no quiso ya detenerse.

Era una mañana de Junio, y D. Celso estaba en su casa, con el trage de confianza que conocen nuestros lectores; se ocupaba en envolver en vistosas cubiertas de papel de colores, unos dulces que iba colocando en órden sobre la mesa.

Todas aquellas envolturas eran blancas ó azules, y solo habia tres de color de rosa. D. Celso las tomó, y se quedó contemplándolas por un largo rato.

—Esto es, decia: aquí está mi venganza, mi venganza; pero así como yo la deseo, como yo la necesito; un veneno que no mate como el rayo; no, eso no seria nada: si al fin todos hemos de morir, el que nos proporcione una muerte rápida y sin dolores, nos hace un favor: no, el fósforo..... el fósforo..... no



mata así; el fósforo hace padecer los tormentos todos del infierno..... ¡Ah Ines, Ines! Tu sentirás con esto cuanto me has hecho sentir en el alma y en el cuerpo. Tú sentirás una sed, intensa, devoradora, insaciable; una sed que por sí sola equivale á mil muertes: tu sentirás dolores tan espantosos como los que yo he sufrido en mi corazon por tí; convulsiones y estremecimientos horribles, como los que agitan mi alma..... Y por último, (si tu supieras que lo sé yo, te moririas de vergüenza); por último, esa espantosa excitacion del cuerpo y del deseo que te acompañará hasta tus últimos momentos, sin remedio, sin esperanza, que te traerá la desesperacion, y todas las tentaciones del infierno en medio de tu agonía; y morirás pensando y anhelando en los placeres inmundos de la tierra, en vez de pensar en la eternidad y en el espíritu.

Y aquel demonio reia unas veces como un condenado, y otras rechinaba los dientes como atacado de hidrofobia.

Guardó los dulces en una cajita de carton, y se entró en su recámara á vestir.

Una hora despues llegaba á la casa de Ines, poniendo la cara mas amable del mundo.

Eran ya las doce, Ines y Feliciana comian, y Pablo como de costumbre las acompañaba.

Don Celso estuvo muy alegre; contó varias noticias; y al terminar la comida, Feliciana dijo que tenia que ir á un negocio muy importante, y salió á la calle.

—¿Qué dicen de hambre por ahí? preguntó Pablo á D. Celso.

—Cada dia es mayor la necesidad, y los pobres son los que pagan por todos: cada dia hay nuevas noticias de cadáveres encontrados en las calles.

—¿Nunca habia sufrido un sitio México? dijo Ines.

—Nunca, contestó D. Celso: yo no sé de otro, sino del que puso Cortés á Guatimotzin, el último emperador azteca.

—Y á propósito de emperador, ¿qué dicen de Maximiliano?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Corren voces muy diversas: los puros dicen que está prisionero y hasta que le han fusilado, Dios no lo permita. Pero los señores del gobierno aseguran que viene pronto.

—Eso es lo que menos creo, dijo Pablo. Y la conversacion se prolongó así tratándose de política lo menos por una hora.

—¿Cuándo se acabará este sitio? dijo Ines. ¡Qué ganas tengo de tomar leche y huevos frescos!

—Apropósito de eso, tengo aquí unos de esos dulces que les dicen yemitas y les convidaré algunos, porque en este tiempo que corre, esto es un regalo exquisito.

Don Celso sacó la caja de los dulces, y se hubiera podido observar que le temblaban las manos.

—Ni los he probado: ahora mismo me los acaba de regalar la madre Sor Brígida de Sta. Catalina. Vea usted, Inesita, este color de rosa está muy bonito: usted este otro igual al de su prometida. ¡Quién sabe de dónde los conseguiria la monjita!

Don Celso tomó un dulce de los envueltos en papel blanco, y se lo comió.

Los dulces eran tan pequeños que cabian perfectamente en la boca, y Pablo é Ines se tomaron tambien los suyos.

Ines hizo un pequeño gesto de desagrado.

—¿Le supo á usted mal? le preguntó D. Celso.

—No, no señor, contestó Ines.

—Entonces aquí les dejo los demas, y yo me retiro, que es tarde: hasta mañana.

—Hasta mañana.

Valdespino salió á la calle, pero iba excesivamente pálido y trémulo.

—¡Qué mal me supo el dulce que me dió el viejito, dijo Ines, cuando se retiró Valdespino: si no hubiera sido por no mortificarle, lo escupo.

—Y yo tambien: tenia un sabor como á fósforo.

—¡Quién sabe qué porquería le pondria la monja!



—Cualquier cosa, ya pasó.

Valdespino llegó á su casa, inquieto. Acababa de cometer un crímen espantoso: envenenar á aquellos dos jóvenes tan buenos, tan felices, tan llenos de esperanza y de porvenir.

Se sentó en la mesa y le sirvieron la comida, pero no la probó: apoyó los codos, y clavó la frente entre las manos, y así permaneció como media hora, hasta que la vieja Pilar le sacó de su meditacion.

—Señor, señor.

—¿Qué cosa? contestó sobresaltado, creyendo que le venian á avisar que Ines se moria.

—La señora Doña Estefanía busca á usted.

—¿Y qué quiere esa vieja?

—No me dijo.

—Pues pregúntele usted y dígale que estoy ocupado, que usted me traerá la razon.

Pilar salió y volvió á poco rato.

—Dice que tiene que hablar con usted.

—Pues dile que será mañana, otro dia. Estas mugeres creen que porque una vez les hace uno el amor, ya toda la vida ha de ser su amante.

Pilar volvió á entrar.

—¿Ya se fué?

—No señor: dice que precisa que usted la oiga.

—¡Qué molestar! Dile que se siente, que ya voy.

Don Celso tardó mucho, pero por fin salió á la sala.

—Buenas tardes, Doña Estefanía.

—Buenas tardes, Don Celso: dispense usted que le haya molestado, pero el negocio nos importa.

—¡Nos importa! ¿Y qué negocio?

—Señor Don Celso, ¿recuerda usted que en un tiempo no éramos tan extraños uno á otro?

—Ya salió aquello, dijo entre sí Valdespino.—Sí señora, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eso ya pasó hace tanto tiempo que no debemos ni acordarnos.

—No es por mí por quien vengo á hacerle ese recuerdo.

—¿Será por mí?

—Tampoco.

—¿Pues entonces.....?

—Señor D. Celso, burlando la fé de mi marido, tuve con usted relaciones de que me avergüenzo.

—Usted es dueña de avergonzarse de lo que quiera.

—De estas relaciones resultó una niña, hija de usted.....

—Es verdad, pero ya debe haberse muerto, porque jamás me ha hablado usted de ella.

—No señor, vive, y está en México....

—¿Y qué quiere? ¿dinero?

—No dinero, ella no quiere nada; pero es pobre; y aunque no la reconozcamos, es preciso protejerla, si á usted le parece.

—Por supuesto, si es mi hija, y yo no soy ningun tígre. ¿Cómo la habia de abandonar? ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¿usted la conoce?

—Yo la conozco: está de cómica, y se llama Ines Martinez.

—¡Ines! ¡Ines! ¡Maldicion! gritó D. Celso.—Y se lanzó á la calle como un loco, sin sombrero; y dejando á Doña Estefanía asombrada y sin comprender lo que pasaba.

—¡Algo horrible hay en esto! dijo ella.—Y salió tambien á la calle en seguimiento de D. Celso.

## XXI.

### Mexicaltzingo.

DESDE que el hambre habia comenzado á hacer estragos en la ciudad sitiada, los habitantes comenzaron á buscar la salvacion fuera del recinto fortificado, y en el campo, y en las poblaciones ocupadas por las fuerzas republicanas, dando con esto la mayor prueba de confianza á aquellos hombres á quienes los periódicos del imperio pintaban como unos foragidos sin corazon, sin moralidad, y sin sentimientos humanitarios.

Al principio, un temor muy natural hizo que los que se atrevian á salir, mirasen aquel acto como uno de los trances mas dificiles y comprometidos de la vida; pero la buena aceptacion que encontraban en las líneas de los sitiadores, y la seguridad completa con que hacian la travesía, dió ánimo á todos los demas; y luego no fué ya por necesidad, sino casi por moda, por lo que todo el mundo se apresuraba á salir.

Sin distincion de color político, ni de clases, ni de nacionali-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eso ya pasó hace tanto tiempo que no debemos ni acordarnos.

—No es por mí por quien vengo á hacerle ese recuerdo.

—¿Será por mí?

—Tampoco.

—¿Pues entonces.....?

—Señor D. Celso, burlando la fé de mi marido, tuve con usted relaciones de que me avergüenzo.

—Usted es dueña de avergonzarse de lo que quiera.

—De estas relaciones resultó una niña, hija de usted.....

—Es verdad, pero ya debe haberse muerto, porque jamás me ha hablado usted de ella.

—No señor, vive, y está en México....

—¿Y qué quiere? ¿dinero?

—No dinero, ella no quiere nada; pero es pobre; y aunque no la reconozcamos, es preciso protejerla, si á usted le parece.

—Por supuesto, si es mi hija, y yo no soy ningun tígre. ¿Cómo la habia de abandonar? ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¿usted la conoce?

—Yo la conozco: está de cómica, y se llama Ines Martinez.

—¡Ines! ¡Ines! ¡Maldicion! gritó D. Celso.—Y se lanzó á la calle como un loco, sin sombrero; y dejando á Doña Estefanía asombrada y sin comprender lo que pasaba.

—¡Algo horrible hay en esto! dijo ella.—Y salió tambien á la calle en seguimiento de D. Celso.

## XXI.

### Mexicaltzingo.

DESDE que el hambre habia comenzado á hacer estragos en la ciudad sitiada, los habitantes comenzaron á buscar la salvacion fuera del recinto fortificado, y en el campo, y en las poblaciones ocupadas por las fuerzas republicanas, dando con esto la mayor prueba de confianza á aquellos hombres á quienes los periódicos del imperio pintaban como unos foragidos sin corazon, sin moralidad, y sin sentimientos humanitarios.

Al principio, un temor muy natural hizo que los que se atrevian á salir, mirasen aquel acto como uno de los trances mas dificiles y comprometidos de la vida; pero la buena aceptacion que encontraban en las líneas de los sitiadores, y la seguridad completa con que hacian la travesía, dió ánimo á todos los demas; y luego no fué ya por necesidad, sino casi por moda, por lo que todo el mundo se apresuraba á salir.

Sin distincion de color político, ni de clases, ni de nacionali-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, los liberales permitian y protejian aquellas salidas, y solo los muy comprometidos con el agonizante imperio, se abstuvieron de abandonar la ciudad.

El punto escojido para salir de la capital, fué la garita de la Viga.

La facilidad de hacerse conducir en una canoa, y lo remoto del peligro en un punto en que no podia tener lugar un gran combate por lo accidentado del terreno, fué sin duda lo que dió oríjen á esta preferencia.

Desde el interior de México, salen las canoas por este canal que recibe las aguas de la laguna de Chalco.

Turbias y cenagosas estas aguas dentro la ciudad, van poco á poco apareciendo puras y cristalinas, á medida que se avanza en ellas, hasta llegar á divisarse el fondo de la laguna en los lugares mas profundos.

Pocos paisajes habrá mas pintorescos sobre la tierra, que los que se descubren navegando por el canal de la Viga.

Esmaltadas sus márgenes de flores, cubiertas las pequeñas heredades que riega, por verde y tupida grama, y sembrados por todas partes infinitos y garbosos sauces, la imaginacion no puede concebir nada de mas ameno que este cuadro, en cuyo fondo se destacan sobre un cielo encantador, el Popocatepetl y el Ixtlazihuatl, con sus sobervias cumbres coronadas de eternas nieves, en donde el sol reverbera ardiente durante el dia, y tiende al crepúsculo sus luces rojas, ó color de rosa.

Mil pájaros trinan al encenderse el dia y al asomar la noche; y entre aquella melancólica y dulce calma, llegan algunas veces como deslizandose sobre las aguas, los cantos monótonos y tristes de los remeros del canal, ó de los pastores de las vegas.

Pero esta calma y esta tranquilidad habian desaparecido en el sitio, y no eran solo ya la ligera chalupa cargada de flores y de verdura, y la pesada trajinera con maiz ó paja, las que



se miraban por allí: multitud de canoas de todos tamaños cruzaban el canal á todas horas, llevando y trayendo á los puestos avanzados de los liberales, tropa, oficiales, pertrechos, armamento, víveres; conduciendo á los ingenieros que practicaban sus reconocimientos, ó á los generales que visitaban su línea.

Las canoas que iban de México, presentaban el espectáculo mas agradable: hombres y mugeres de todas las clases de la sociedad, con diversos trajes, con multitud de baules, de cajas, de envoltorios, enarbolando banderillas blancas, como aviso de sus pacíficas intenciones; pero todos alegres, animados, platicadores, risueños, saludando á cuantos oficiales encontraban, refiriendo fantásticas noticias de lo que acontecia en la ciudad y mostrandose entre sí con una especie de alegria infantil, la fruta, la verdura, el pan, la carne, la leche; todo, todo aquello que miraban y de lo que habian estado privados por tanto tiempo.

Las señoras querian comprar de todo lo que veian: los hombres comian de todo lo que encontraban; y al llegar á Ixtacalco, todos se detenian y saltaban á tierra, y llevaban á las familias que habian quedado en las canoas, cuanto encontraban; y luego volvian á emprender su marcha para llegar á Mexicalzingo.

Mexizalcingo era el puerto en donde venia á terminar siempre la navegacion de aquellas flotas, y al lado del puente se efectuaba el desembarque.

La animacion era extremada: las gentes pobres cargaban sus pequeños equipajes y se deslizaban entre la multitud; las mugeres elegantes salian de las canoas en medio de los oficiales que se agrupaban por mirarlas, como esas heroinas de las novelas venecianas que saltaban á tierra en las gradas del mármol de sus palacios, abandonando sus gondolas de caoba y de sándalo, incrustadas de marfil y de concha.

Multitud de carruajes esperaban en Mexicalzingo á los viajeros, desde el humilde y modesto carreton de dos ruedas cu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bierto de petate, y tirado por dos mulas ruines y mal comidas, hasta las soberbias berlinas y las calesas elegantes.

Todos los pueblos de los alrededores de México estaban llenos de gente, y las familias tenian que dormir en las calles y en las plazas, en tiendas de campaña improvisadas; y de todos estos pueblos venian todos los dias á Mexicalcingo una gran multitud á esperar á sus amigos, y á sus parientes, ó al menos á recibir noticias suyas.

La familia Murillo determinó tambien abandonar á México, tanto porque se le comunicó aquella especie de contajio, cuanto por ver mas pronto á Eduardo que habia escrito á su padre que se encontraba en Mexicalzingo.

D. Bartolo y Doña Guadalupe iban contentos porque iban á ver á su hijo; pero Elena pensaba tal vez más que en su hermano, en Jorge, por quien habia llegado ya á tener un verdadero amor, á fuerza de pensar en él y de oirle mentar siempre en su casa.

No será necesario decir que la noche anterior al viaje, la muchacha no pudo pegar los ojos en toda la noche; se le figuraba que el dia tardaba mucho, que sus padres dormian mas de lo necesario, que los criados se detenian mucho en los preparativos; y temblaba al pensar que algun incidente podia impedir ó retardar el viaje.

Amaneció por fin; y al primer albor, Elena estaba ya en pié despertando á todos, animando á todos, pero tan alegre, tan festejosa, que los viejos tenian un verdadero placer en mirarla. Se habia vestido con tanta coqueteria, se habia peinado con tanto cuidado, como si se tratara de ir á un baile: la sombrilla mas elegante, el abrigo de mejor gusto, los guantes mas bonitos, los pendientes mas graciosos, todo lo habia escogido para este dia: la pobrecita queria parecer hermosa á los ojos de Jorge, á quien iba á encontrar, y esto por supuesto, sin atreverse á confesarselo á si misma, sin atreverse ni á pensarlo.



Llegó la hora de la partida, montaron en el coche, y Elena sintió que le brincaba el corazon.

Un dependiente de D. Bartolo tenia ya dispuesta la canoa, y la familia se embarcó. Elena procuraba que no se descubriera un bulto mal colocado, que las botas de su papá no aparecieran entre las prendas de equipaje, en fin que nada hubiera allí que pudiera parecer prosaico; porque una muger cuando está verdaderamente enamorada, tiene el tacto mas esquisito para evitar todo aquello que pueda desvanecer la ilusion de su amante, y cualquiera injuria es capaz una muger de perdonar primero que la imprudencia del que descubra ante el hombre que ella ama, el zapato que ha sido dado de baja en el servicio, ó la media herida que se abandona por inútil.

Las mugeres ódian todo lo que tiene siquiera un viso de ridículo, y antes le dará su amor una muger á un hombre á quien ha visto cometer un crimen, que á un desgraciado á quien ha contemplado en ridículo en cualqueir acto de su vida.

Desde que comenzaron á descubrirse las avanzadas republicanas, Elena no fué dueña de sí; se paraba en la canoa, se volvia á sentar, se componia el sombrero, se ajustaba los guantes, en fin, estaba en un constante movimiento.

Pasaron de Ixtacalco; y cerca ya de Mexicalzingo vieron venir una canoa pequeña que avanzaba á fuerza de remo y en donde venian dos oficiales.

Aquella canoa se aproximaba, y á Elena le dió un vuelco el corazon. Los dos oficiales eran su hermano y Jorge.

Las dos embarcaciones se juntaron, y los dos jóvenes pasaron á la que conducia á D. Bartolo. Las circuntancias autorizaban un abrazo, y Jorge abrazó á Elena.

Preciosa estaba la criatura con su gracioso sombrerito de paja, encendida por la emocion y por el calor y animada por la dicha de aquel encuentro.

—¿Adonde iban ustedes?—preguntó D. Bartolo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—A encontrarles—dijo Jorge.

—¿Ya sabias que veniamos?

—No, pero tuvimos un presentimiento—contestó Eduardo: —como salen tantas gentes, creí que ustedes vendrian.

Llegaron á Mexicalzingo: Eduardo dió el brazo á su madre, y Jorge á Elena. La jóven iba orgullosa: aquel hombre era uno de los mas constantes en la larga lucha de independencia sus compañeros le veian con respeto; y luego era un buen mozo; su sencillo uniforme le sentaba tan bien, lo llevaba con tanto garbo, que era preciso ser muy descontentadiza para no quererle.

Todo esto pensaba Elena—La familia tomó el alojamiento de Jorge y Murillo, que vivian en Mexicalzingo, asistidos por Tula y Anita, que estaban alojadas tambien allí, con Diego y con Rita.

Aquellas dos buenas mugeres se presentaron á la familia tan pronto como supieron que era la de Eduardo, y comenzaron á servirles en cuanto se les pudo ofrecer.

Jorge comprendió que llegaba para él, el momento del combate. Elena y Alejandra iban quizá muy pronto á encontrarse dentro de su corazon.

¿Quien venceria?

## XXII.

### Las dos rivales.

La familia Murillo pasaba sus dias muy tranquilos en Mexicalzingo: ya nadie creia en la posibilidad de una salida por parte de los sitiados, y la rendicion de la capital era un acontecimiento que se esperaba como seguro.

Eduardo y Jorge iban en los momentos que el servicio se los permitia, á visitar á D. Bartolo, y acompañaban á las señoras á dar algunos paseos por la poblacion.

Como era tan grande el número de personas que salian de México, se habian improvisado fondas y cantinas por todas partes, y los vendedores de frutas y de dulces que venian de los otros pueblos diariamente, aumentaban el bullicio.

Elena era feliz: veía á Jorge todos los dias, y por lo menos dos ocasiones en cada uno: tomaba su brazo en las escursiones que hacian por allí, y se sentaba á su lado en la canoa, cuando estos paseos se hacian por el canal; y en su candor esperaba de un momento á otro, una declaracion de Jorge; porque



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en esa edad las mugeres creen que para que existan amores y relaciones, es indispensable requisito la declaracion.

Jorge, por su parte, se sentia como atraido sin querer, por aquellos nacientes amores: estaba fastidiado léjos de Elena, ansiaba por volver á su lado, y se habia establecido entre ellos una especie de confianza que no era otra cosa que un amor tácito.

Cuando Jorge tardaba, Elena se tomaba ya la libertad de reconvenirle, y de hacerse enfadada; y él por su parte se mostraba sentido en cuanto le parecia notar algo de desdén.

Los dos se deslizaron por aquella pendiente dulce y engañosa.

Jorge tenia muchas veces remordimientos: la imágen de Alejandra iba como desvaneciendose en su corazon, para dar paso á la de Elena; y los recuerdos de su pasion por la costeña se levantaban en su alma como la voz de una reconvencion.

Jorge conocia que amaba á Alejandra, pero sentia que comenzaba á amar á Elena, y no se sentia con valor para abandonar á ninguna de ellas: veía algunas veces un precipicio abierto á sus plantas, y cerraba los ojos por no contemplarlo.

Una tarde, Jorge y Eduardo, vinieron de sus puestos á visitar á la familia, y como de costumbre les ofrecieron dar un paseo: la señoras aceptaron, y Jorge, dando el brazo á Elena dirijió á la comitiva por un rumbo opuesto al embarcadero.

La tarde era tranquila y apacible: la mayor tranquilidad reinaba en los dos campos beligerantes, y solo de cuando en cuando sonaba uno de esos cañonazos que se disparan para impedir un trabajo que se hace furtivamente.

Elena iba mas contenta que nunca: Jorge le referia algunos episodios de su vida de campaña, que la jóven escuchaba con admiracion, y que hacian resaltar aún el mérito que ya Jorge tenia á sus ojos.

—¡Ah! dijo Elena; ¡y cuántas muchachas se habrán quedado enamoradas de usted por esos rumbos!

—No, Elena, ninguna.



—¡Qué ninguna! Si todos ustedes los hombres son iguales; por todas partes tienen amores, y por todas partes dejan á las pobres mugeres abandonadas.

—¿Pero usted cree que yo.....?

—Todos, todos; pero la culpa es nuestra, que les conocemos, que comprendemos lo que pasa y lo que va á pasar; y sin embargo, les admitimos y les amamos: si no hubiera tantas mugeres tontas, no habria tantos hombres con fama de conquistadores.

—Tiene usted razon, Elena; pero no es cierto que todos seamos iguales: yo no me creo capaz de jugar con el corazon de una muger, ni de engañarla nunca.

—Eso dice usted, contestó Elena; y tal vez en este momento tiene usted en la memoria el nombre de alguna pobre muchacha á quien usted ha apasionado por esas tierras.

Elena decia todo esto sin intencion y sin comprender la verdad tan profunda que encerraban sus palabras: el nombre de Alejandra estaba escrito en la alma de Jorge con caracteres de fuego, y al escuchar á Elena se turbó: por la boca misma de su inocente rival, la pobre Alejandra le reprochaba su debilidad y su olvido.

—Mire usted, Elena, hemos llegado á la casa, y esa materia que tratamos es muy extensa: ¿cuándo podremos hablar mas largamente, para que usted vea que no soy lo que se figura?

Esto equivalia ya á una cita; así lo comprendió Elena, y aunque ruborizada, feliz porque habia llegado el momento que ella deseaba, contestó:

—Esta noche, despues de cenar, que todos estén platicando, le diré á usted cuándo y en dónde podemos hablar.

En este momento llegaban al alojamiento; y las señoras, desprendiéndose de los hombres, entraban á sus habitaciones, cuando Elena oyó una voz de muger que decia:

—¡Jorge!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Volvió el rostro, y vió á Jorge que se arrojaba en brazos de dos señoras, que estaban en el alojamiento de Tula y de Anita.

Eran Margarita y Alejandra. Elena no las conocia; pero Alejandra era demasiado bella para dejar de infundir zelos en un corazon enamorado por la primera vez. Se sintió desvanecida; aquel era un sentimiento desconocido para ella.

Su hermano abrazaba tambien á las recien venidas.

—Yo lo sabré todo, dijo Elena; y entró haciendo pedazos una sombrilla que llevaba en la mano.

Pocos momentos despues entró Eduardo: Jorge permanecia con Alejandra.

—¿Quiénes eran esas mugeres? preguntó Elena con profundo desdén.

—Esas se llaman, Margarita la mas grande, y Alejandra la jóven, que es su hija.

—¿Y son conocidas de ustedes hace mucho tiempo?

—Mucho: si la joven es la novia de Jorge, con quien se va á casar cuando ganemos.

Elena se iba poniendo lívida, y tuvo que sentarse: Afortunadamente para ella, la moribunda luz de la tarde no le permitió á Eduardo ver su turbacion.

—Pues con esa muchacha le han pasado á Jorge cosas de novela; por eso la quiero tanto: es muy espiritual esa Alejandra: luego que descanse, te la traeré para que la conozcas.

—No; mas vale que no.

—¿Por qué?

—Me disgusta; me parece que tiene traza de soldadera.

—Te equivocas, es una muchacha muy virtuosa y muy buena.

—Pero ¿qué quieres? á mí no me hace gracia.

—Como quieras: pero Jorge se va á sentir si sabe que no quieres recibirla.

—Que se sienta.



—Estás hoy inconocible. Yo me voy á ver á mamá: ¿dónde está?

—Por allá dentro.

Eduardo entró, y Elena se quedó repitiendo:

—¡Aventuras de novela!..... ¡muy espiritual!..... ¡muy virtuosa!..... ¡Qué bien lo decia yo esta tarde! ¿Para qué me habré dejado llevar de mi ilusion? ¡Soy muy desgraciada, muy desgraciada!

Y la pobre niña lloraba.

Jorge vino en la noche temblando como un reo. Conocia que algo debia de haber pasado, pero la indifereneia de Elena le tranquilizaba ó quizá no sabia ó no maliciaba nada. Quiso salir de dudas en aquellos momentos en que todos entretenidos platicaban, se acercó á ella.

—Conque ¿qué me dice usted de lo de esta tarde?

—¿De qué? preguntó Elena con extrañeza.

—De nuestra conversacion interrumpida.

—No me acuerdo.

—Yo sí, dijo Jorge, procurando mostrar indiferencia.

—Pues yo le aconsejo á usted que procure no acordarse mas de eso. Hay conversaciones que interrumpidas una vez, solo el poder de Dios puede anudarlas: fuera de eso nada.—Y Elena se paró con mucho desembarazo.

Jorge comprendió todo lo que aquello queria decir, y se retiró pensativo y cabizbajo á su alojamiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXIII.

### Por qué fué Alejandra á Mexicalzingo.

CACOMIXTLE volvió á la casa de Caralmuro en busca de él y de D. Plácido; pero la casa estaba sola y entregada al dominio de los criados. El muchacho procuró averiguar con el portero lo que pasaba, y solo sacó en limpio que D. Juan estaba preso y sin esperanza de salir, y que D. Plácido habia sido llevado al hospital, en calidad tambien de preso.

Por el pronto se habia perdido toda esperanza: regresó, pues, al meson en busca de sus protejidas, para deliberar con ellas el partido que debia tomarse.

Caminaba pensativo, cuando alcanzó á ver á D. Celso que traia el mismo camino; y el chico, para evitar el encuentro, no tuvo mas que meterse en una zapateria que estaba cerca.

—¿Qué hay? dijo el zapatero.



—¿Tendrá usted unos zapatones de á dos pesos que me vengan bien?

El zapatero sacó unos de la medida de los piés del Cacomixtle. A este tiempo D. Celso pasaba frente á la puerta, pero no volvió siquiera la cara.

—Están muy buenos estos zapatos, dijo el muchacho poniendolos sobre el mostrador y parandose en la puerta para ver á Valdespino: de veras están buenos; la lástima es que no tengo los dos pesos.

—¿Pues cuánto das por ellos?

—Nada; si no quiero comprar, solo era curiosidad.

Cuando el indignado mercader saltaba el mostrador para castigar la burla del muchacho, iba éste ya muy lejos.

Margarita y Alejandra le esperaban con ansia, pero el rostro del Cacomixtle les reveló lo que pasaba.

—¿Malas noticias? preguntó Margarita.

—Malas, contestó el Cacomixtle: D. Juan está preso, D. Plácido lo mismo, la casa está sola, no hay ni con quien tratar.

—¿Pues qué hacemos?

—En eso venia yo pensando; y lo peor es que ya van dos veces que me encuentro á ese malo de D. Celso, y esto no me ha gustado; porque un dia me coje: ¿y entonces qué harán ustedes?

—¡Qué situacion! decia Alejandra.

—Y el sitio sigue, dijo Cacomixtle, y ni con cien pesos se pasa el dia: ese dinero se les acaba en un decir Jesus, y quedamos como antes.

—¿Pero por qué está preso mi padre?

—¿Qué sé yo? ¿cómo me habia de decir el portero? Apenas me contestaba; lo único que pude averiguar fué que no habia esperanzas de que saliera, á lo menos mientras dure el sitio.

—¡Dios mio! ¿qué harémos? decia Alejandra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo creo, dijo el muchacho, que el único recurso que nos queda, es salirnos de México.

—¿Y cómo?

—Muy bien: la gente se está saliendo toda por la Viga, y dicen por ahi que no les hacen nada, ni hay riesgo. Con el dinero que tienen, podemos vivir algunos dias, hasta encontrar á nuestros conocidos: y en todo caso, allí nadie se muere de hambre; aunque sea de limosna, yo las mantendré, no hay cuidado.

Margarita atrajo al Cacomixtle, y le abrazó conmovida.

—Porque aquí, continuó, tenemos ademas de todo, el riesgo de que nos llegue á descubrir D. Celso; él es muy astuto, y yo ando por todas partes, y me vé en cualquier descuido, y dá con ustedes, y Dios sabe lo que resultará: con que creo que lo mejor es irnos.

—Pero entretanto, mi padre..... D. Plácido.....

—¡Que! al fin mientras dura el sitio, no han de poder hablarles: ya sabemos donde viven, y acabando esto entraremos luego, luego, y derechos á la casa: no se han de mudar tan pronto.

—Tienes razon—dijo Margarita—nos saldremos.

—Entonces mañana mismo á la madrugada: atravesamos las calles al amanecer, que asi será mas dificil dar con D. Celso, y al salir el sol, fuera. Ahora voy á ver con mucho cuidado lo que compro para comer ahora y á la noche, para no tener necesidad de salir á la calle, para mayor seguridad; y mañana á esta hora estarémos en puerto de salvacion.

—Pues anda—dijo Alejandra,—y entregó dos pesos al muchacho para la compra de provisiones.

En todo aquel dia no salió ya Cacomixtle de la casa: en el mismo meson compró dos rebozos y dos sombreros de petate para el viaje, y se acostó temprano para poder madrugar.

Amaneció; y pagado el gasto del meson, el muchacho y las dos mugeres se lanzaron á la calle; habia muy poca gente; soldados y oficiales eran lo único que encontraron, casi hasta llegar á la Viga.



En la garita habia ya bastante gente de todas clases, esperando el momento en que se permitia salir. Los soldados que cuidaban del punto conversaban en derredor de las hogueras que les habian servido en la noche y que no eran ya si no montones de carbon y ceniza de donde se escapaban tenues columnas de humo.

A medida que se aumentaba el concurso, crecia la impaciencia y comenzaban las murmuraciónes: por fin un ayudante llegó con la órden de permitir la salida, y aquella multitud se puso en movimiento.

Todos los que tenian oportunidad de hacerlo, entraban en las canoas para ir por el canal, y los que no podian ó por su pobreza ó por no encontrar ya lugar, caminaban á pié, por una angosta calzadita que iba por toda la márgen hasta llegar á Mexicalzingo.

El número de familias que iban á pié, era extraordinario, y todos llevaban por precaucion una bandera blanca en la mano, lo que daba á aquella marcha el caracter y la apariencia de un victor: algunos pobres enarbolaban un harapo de dudoso color que servia entonces, no solo como el anuncio de sus pacificas intenciones, sino como el padron de su miseria.

Causaba compasion verdaderamente ver á tantos desgraciados, cargando á sus hijitos, llevando á sus enfermos, y huyendo del hambre, pero todos pálidos y estenuados á un grado tal que hubo desgraciados que al llegar á Mexicalzingo, quedaron muertos al tomar el primer alimento.

Los soldados rasos del ejército republicano, se desprendian voluntariamente de su escaso haber y de su pobre rancho para socorrer á estas familias miserables. Y la gran casa cural de Mexicalzingo y la iglesia, eran un verdadero hospicio en donde multitud de infelices encontraban abrigo y recibian de los

gefes que mandaban aquella linea, el alimento para sus familias.

Al salir de la garita, observó Cacomixtle que muchos soldados imperialistas con sus oficiales, se mezclaban entre los grupos de la gente que salia, y ocultandose entre ella, se avanzaban sobre la línea de los republicanos. Conoció que se trataba, sino de una sorpresa en forma, sí al menos de una de aquellas travesuras tan comunes en los sitios, y asi se lo advirtió á Margarita y á Alejandra. Los pobres caminantes iban á pasar un riesgo mortal; pero ¿qué remedio? resignarse.

En efecto, comenzaban á descubrirse ya las avanzadas que estaban en el pueblo de Santa Anita; y los liberales acostumdos á aquella estratagema, observaron lo que pasaba, y se rompió el fuego.

Las pobres gentes pacíficas se tendieron en el suelo durante el tiroteo que seria como de media hora, y cuando los imperiales se retiraron, volvieron á emprender su marcha.

Margarita y su hija llegaron á Mexicalzingo al pardear la tarde; y cerca del puente en donde desembarcaban los que venian por el canal, vieron á dos mugeres que lavaban.

Alejandra las conoció primero, eran Tula y Anita: ellas por su parte, reconocieron á sus amigas; y despues de la escena de los abrazos, las condujeron á su alojamiento, que como hemos visto, era el mismo de la familia Murillo.

Anita informó á Alejandra que Jorge estaba allí, y que no tardaria en llegar á la casa, porque habia ido á pasear con la hermana de Murillo. Alejandra se puso á esperarle.

Hé aqui porqué, al volver Jorge con Elena, encontró á su novia quizá cuando él menos la esperaba.

Hé aqui porqué vinieron á reunirse bajo el mismo techo las dos deidades que se disputaban sin saberlo el culto de Jorge.

Pero las mugeres tienen en sus amores un espíritu de profecia; y asi como Elena comprendió en Alejandra una rival, asi



Alejandra, aunque sin decir nada á Jorge, sintió en el corazon el veneno de los zelos.

Los hombres necesitan, para conocer á sus rivales, mirarlos; las mugeres no, adivinan decididamente; y aunque no venga al caso, es preciso confesar que el hombre y la muger son razas distintas, y que para conocer el corazon de las mugeres, es fuerza haber sido alguna vez muger, y creer en la transmigracion de las almas, ó no meterse á tratar del sexo bello.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXIV.

### El nido materno.

MONDRAGON recibió la carta de Leonor en la que le anunciaba la nueva desgracia de D. Plácido; y la situacion en que debia encontrarse la jóven, le impresionó vivamente.

Apesar de todo lo que habia ocurrido, Mondragon conservaba un cariño y una ternura extraordinarias á su edad. El mismo se admiraba de aquellos sentimientos, y la inocencia de la jóven, con lo poco que habia sabido, le parecia fuera de duda: asi es que en cuanto recibió la carta, se dirijió á la casa de Caralmuro.

Reinaba alli la mayor afliccion: Leonor que se veia sin derechos ningunos en aquella casa, nada se atrevia á disponer. Quizá, pensaba ella, se podria creer que se aprovechaba de la ausencia de D. Plácido y de Caralmuro, para mandar.

—Señorita—le dijo Mondragon—he sabido por la carta de usted lo que ha pasado, y vengo á ver en que puedo serle útil.



—Es usted mi único amparo—contestó Leonor—¿Qué hago? Yo no puedo permanecer sola, porque despues de lo que usted sabe que se ha descubierto ¿qué confianza puedo tener en Doña Salvadora?

—Efectivamente, usted no puede estar tranquila faltando Caralmuro. En esta casa sola y á merced de los criados, cuando ya tal vez ellos tienen sospechas de que usted no es la hija de D. Juan, cuando menos, tiene usted el peligro de que no la obedezcan, ó de que alguno de ellos le falte al respeto.

—Quizá eso seria lo menos; pero ¿quién me garantiza de que las mismas personas que quisieron hacerme su instrumento para engañar al señor D. Juan, no pretendan arrebatarme de aqui si me ven sola, bien para tenerme siempre en su poder, ó bien para impedir que se descubra su crímen? La verdad es que yo tengo mucho miedo.

—Y tiene usted razon. ¿Quiere usted que yo me venga á vivia á esta casa, mientras dura la ausencia de Caralmuro?

—Muchas gracias, pero creo yo no tener aqui derecho alguno: si yo fuera la hija de D. Juan, admitiria la proposicion de usted porque nada de violento tendria que un amigo suyo viniera á acompañar á su hija en su aislamiento; pero desgraciadamente no lo soy y no sé si él veria con buenos ojos que usted se viniera á vivir aqui, no por usted á quien quiere como un hermano, ni por mi á quien mira casi como hija, sino por el antecedente de haberme usted pedido en matrimonio: estas son cosas muy delicadas para disponerlas en casa agena.

—Creo que piensa usted acertadamente.

—Si fuera posible que me recibieran, mientras, en un convento.....

—Es muy dificil en estos momentos; pero me parece que me ocurre un plan que salva todos esos inconvenientes.

—¿Cual és?

—Que usted se vaya á vivir á mi casa. Allá vive tambien

Doña Estefanía, la madre de mi primera muger: es una señora amable y virtuosa, que le hará á usted compañia; y aun hay más: si en algo se resiente la delicadeza de usted, yo me vendré á vivir aquí mientras usted viva en mi casa: usted queda bien acompañada; y la sociedad nada podrá decir de usted.

—Acepto, señor D. Felipe, acepto, porque estoy aqui sola tan acobardada y tan intranquila, que no podria vivir. Porsupuesto se irá conmigo Doña Salvadora.

—Si usted quiere.....

—Será bueno, porque aun no hay motivo para despedirla, y es necesario conservarla aún para descubrir muchas cosas importantes.

—¿Cuándo nos iremos?

—Cuando usted lo disponga.

—Pues ahora mismo: llame usted á Doña Solvadora. Creo que por esta noche, no necesitará usted llevar nada y mañana puede usted enviarla á ella para que le lleve lo que le haga falta.

—Me parece bien.

Leonor llamó á Doña Salvadora, se puso un abrigo, y salió á la calle, asida al brazo de Mondragon.

Cuando llegaron á la casa eran ya las ocho de la noche, y Doña Estefanía se admiró al ver llegar á Mondragon con una señora á esas horas; pero él la impuso de todo, y comenzó á preparar la habitacion de Leonor.

—En efecto—pensaba Doña Estefanía—esta muchacha se parece mucho á Matilde. Ya Mondragon me lo habia dicho, pero como todos los viudos que piensan volverse á casar, comienzan por encontrar parecidas á su primera muger á cuantas muchachas les gustan, yo me figuré que seria una cosa asi; pero se parece hasta en el cuerpo, en los ojos, en todo, en fin. Mientras esté aquí, dormirá en la cama de Matilde: ya si se casan, Mondragon sabrá lo que dispone.



Por una de esas casualidades, que no son raras como parece en la vida, Leonor entraba en la casa de su padre, no solo sin ser reconocida, sino como su futura muger, y dormia aquella noche en la misma cama en que habia nacido.

Todo lo preparó tan bien Doña Estefanía, que Leonor no tuvo que extrañar en la mudanza, y la vieja Salvadora se encontró igualmente con una habitacion lista y á su disposicion.

Mondragon insistió en irse á la casa de Caralmuro, pero Leonor no lo consintió, porque creia que era demasiada molestia para él, y ademas el respeto de Doña Estefanía bastaba para evitar cualquiera hablilla.

Por esto el Cacomixtle encontró sola la casa de D. Juan.

Al dia siguiente, Mondragon salió muy temprano con el objeto de ver al general Márquez y conseguir una órden de libertad siquiera para D. Plácido.

Leonor salió muy tarde de la recámara. Pasaban en su vida acontecimientos tan extraordinarios, que no habia podido dormir en la mayor parte de la noche.

Al salir de su recámara, fué cuando pudo notar el aire de tristeza que reinaba en aquella casa: las piezas todas, fuera de la que ella ocupaba en la noche, y una sala en donde Mondragon recibia á los amigos, estaban cerradas, y aun en la que ella habia dormido, se sentia una especie de olor á humedad, como el que hay en las habitaciones que están cerradas constantemente.

Doña Estefania la esperaba para desayunarse: Leonor apesar de su prudencia, no pudo dominar su curiosidad ni de dirijir á Doña Estefanía algunas preguntas.

—Señora—le dijo—se conoce que siempre tiene usted cerrada su casa.

—Siempre, señorita, siempre: como no somos mas que dos personas, Mondragon y yo, y nunca tenemos visitas, la casa como usted la vé, está asi hace mas de catorce años: solo se abre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para barrer, y para que se ventilen un poco las piezas, y luego vuelvo á cerrar; y asi será hasta que haya algun cambio que creo que será muy pronto; porque segun sé, Mondragon tendrá muy pronto la dicha de ser el esposo de usted.

—Probablemente.

—¿Cómo probablemente? ¡Pues qué! ¿no es una cosa resuelta? Como él ha mandado ya hacer el ajuar nuevo, y se dispone todo.....

—Sí, pero usted ve cuantas cosas acontecen diariamente, y mas en estos tiempos, que nada puede uno asegurar.

—En efecto; pero respecto á este matrimonio lo mas probable es que se verifique.....

—¿Cuántos años lleva de viudo el Señor Mondragon?

—Unos catorce.

—¿Y de qué murió su señora?

Doña Estefanía se sintió atacada por el flanco débil, y titubeó; pero respondió al fin:

—De pulmonia.

—¿Y no tuvo ningun niño?

—Sí, tuvo dos.

—¿Y viven?

—Se murieron.

—¡Pobrecitos! ¿y muy chiquillos?

—Sí señorita.

La cuestion se iba comprometiendo: y Doña Estefanía conocia á donde podia ir á parar, y no estaba al tanto de lo que convendria á Mondragon que se dijese en aquellas circunstancias: asi es que nesecitaba cortar á toda costa la conversacion.

Afortunadamente para casos semejantes todas las mugeres tienen siempre á mano el espediente de las lágrimas: el recuerdo de su hija y de sus nietecitos era muy natural que la hicieran llorar, y asi sucedió.

—Válgame Dios, señora—dijo Leonor conmovida tambien—



¡qué imprudente soy! Ya hice llorar á usted con esos recuerdos. Perdoneme usted, y no hablemos ya mas de eso: yo le prometo que no será esto entre nosotros motivo de conversacion. Divágguese usted, y cuénteme ¿qué tales trabajos ha pasado usted en el sitio?

—La verdad no muchos, por que yo me previne con tiempo, y aun tengo gran cantidad de víveres; pero despues de lo que les pasó á ustedes; tengo ya mucho miedo de que lo vayan á saber.

—No tenga usted cuidado: lo que pasó en nuestra casa, creo que fué obra de algun enemigo de D. Juan, porque no habia allí tantos víveres.

Una criada entró á avisar á Doña Estefania que la buscaba una persona: le contestó que la introdujese, y Feliciana se presentó.

Venia con las instrucciones de la "Guacha" á preguntar á Doña Estefanía por los padres de Ines.

—Tengo que hablar con usted un negocio muy reservado—dijo Feliciana.

—Pues vamos por allá dentro—contestó Doña Estefanía.—Dispénseme usted, señorita, que la deje sola un momento.

—Vaya usted—dijo Leonor—Y Doña Estefanía y Feliciana se entraron á una recámara.

—Una hora duró aquella conferencia que nosotros ya sabemos á qué se redujo. Feliciana salió, y poco despues Doña Estefanía se encaminaba á la casa de D. Celso, en donde hemos presenciado lo que pasó.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXV.

### Un retrato.

DOÑA Estefanía no volvió en toda la mañana, pero Mondragon llegó á cosa de las doce: habia conseguido la órden para que saliera en libertad Caralmuro, dando cinco mil pesos mas, de manera que el hombre venia alegrísimo.

Encontró á Leonor conversando con Doña Salvadora, y por supuesto que al comunicarles la noticia, tambien ellas se pusieron contentas.

—¿Y cuándo cree usted que saldrá libre D. Juan?—preguntó Leonor.

—Espero esta misma tarde, ó cuando menos mañana temprano, llevar yo mismo el dinero, y Caralmuro vendrá con migo.

—¡Ah qué gusto! Es decir que esta misma noche ó mañana á mas tardar, estaré en mi casa.

—Leonor, ¿tan mal le ha ido á usted en el alojamiento, que tanto desea usted salir de él?

—No, no lo digo por eso; al contrario, me ha ido perfectamente y no sé como mostrar á usted mi gratitud por tantos favores; pero ya supondrá usted, que aun cuando aquella no sea verdaderamente mi casa, he cobrado tanto cariño á D. Juan, que le miro ya casi como á mi padre: ademas, yo he venido á causar tantas molestias.....



—Ningunas, Leonor.....

—Sí, señor Mondragon, usted tiene cierto género de vida del que nunca sale, y ciertas costumbres que he venido yo á trastornar.

—¿Pero cuáles?

—Mire usted, por ejemplo: esas piezas inclusa la que ocupé anoche, jamás se abren, y las tiene usted siempre cerradas, con un respeto que he venido yo á interrumpir.....

—No Leonor: esas piezas, esos muebles, no se han tocado nunca, porque encierran para mí tal número de recuerdos, dulces unos, y amargos otros, que siempre he vacilado si debo conservar la casa como está ó darle nueva forma; pero ya estoy decidido á cambiar de vida, y esto me hará rejuvenecer, porque me hará olvidar.

—¿Usted ha sido muy desgraciado?

—Si Leonor, y sin merecerlo; pero lo mas terrible de mi situacion, es que la pérdida de mi familia está envuelta aún en un misterio profundo que he desesperado de descubrir.

—¿Cómo?

—Ya le contaré á usted mas adelante esa história tristísima; por ahora quiero que usted vea por dentro mi casa, que dentro de poco estará completamente variada: voy á abrirle á usted esas puertas para que pueda entrar; puede usted ir por el corredor.

Aunque el convite no era para Doña Salvadora, ella por su curiosidad, se creyó comprendida en él: asi es que cuando Leonor se dirijió á la puerta que le indicó Mondragon, Doña Salvadora siguió detras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leonor esperó largo rato que le abrieran: oia rechinar por dentro los balcones y las puertas, despues pasos; sonaron las cerraduras, y Mondragon bastante pálido apareció detras de las vidrieras corriendo los pasadores para que Leonor pudiese entrar.

Se respiraba en aquellas habitaciones un aire pesado, y era mas penetrante el olor á humedad que Leonor habia advertido en la recámara en que pasó la noche.

—Está usted muy pálido, Señor Mondragon, ¿se siente usted enfermo?—preguntó la jóven.

—No, Leonor; pero hace tanto tiempo que no entro á esta sala, que he sentido al penetrar en ella, una emocion muy fuerte; hay tantos recuerdos para mi.....

Leonor examinó los muebles, las colgaduras: todo indicaba allí la tristeza y el abandono. No era el uso lo que habia acabado con todo aquello, era solo el tiempo: aquellos sillones envejecidos sin uso, aquellas cortinas que caian á pedazos, sin que una mano las hubiese corrido, despertaban en su alma la misma idea dolorosa que si hubiera visto el cadáver momificado de un niño.

En la cabecera de la sala estaba colocado el retrato de una muger jóven y hermosa: era una magnifica pintura, y sin duda por la falta de luz se habia conservado tan fresca, como si fuera obra de la vispera.

Leonor preocupada de la hermosura de la muger que representaba, no advirtió que Mondragon procuraba no mirar el retrato: Doña Salvadora por su parte no quitaba los ojos del cuadro.

—Pues señor, mientras mas la veo, decia la vieja, mas se me figura que yo conozco á esta señora.

—¿Pero dónde..... dónde?

—¿Esta era su señora de usted? preguntó imprudentemente Leonor.



—Sí, contestó secamente D. Felipe.

—¿Y hace mucho que murió?

—Muchos años.

—No hay duda—dijo Doña Salvadora—yo conocí á esta señora, que era de México.

—Sí—contestó Mondragon.

—¿Pero señor, donde conocí á esta señora? Y debe ser una fisonomía que me impresionó mucho.

Y la vieja seguia mirando el retrato. Derepente y como herida de una idea súbita exclamó:

—¡Ah! ya me acordé, ya me acordé

—¿De qué? preguntó Leonor.

—De esta señora, que me entregó los niños en la plazuela de Loreto.

—¡Mi madre!

—¿Su madre?—dijo como fuera de sí,—Mondragon ¡su madre? —expliquese usted por Dios.

—Esta señora—dijo la vieja—¿no tenia dos niños?

—Sí—contestó Mondragon sintiendo como calosfrio en todo su cuerpo.

—¿Una niña y un niño?

—Sí, sí—decia Mondragon como devorando sus palabras.

—La niña Leonor, y el niño Jorge.

—Sí, sí, mis hijos, mis hijos.

—Aquí está Leonor, aquí está Leonor—gritó Salvadora.

—¿Leonor? ¿mi hija? ¿la hija de ésta muger?

—Sí, la misma, la misma.

Mondragon estaba emocionado, pero vacilaba; Leonor lo mismo: habian visto lo que habia pasado á Caralmuro, y temia un nuevo engaño.

La vieja Salvadora lo comprendió.

—Por Dios por el alma de mis padres—dijo arrodillandose

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y con una voz que salia del corazon—por mi salvacion, juro que esta niña es la hija de esa señora; que no les engaño; lo juro, lo juro. Leonor, ¿para qué habré mentido una vez.....?

Leonor y su padre, no habian podido resistir, y estaban abrazados, y llorando.

—Gracias, Dios mio—gritaba Salvadora—gracias, que me habeis permitido mirar esto, compensar con esto una mala accion. Señor abrácela usted, abrácela, es su hija, se lo juro mil veces, y que me trague la tierra si miento.

—¡Padre mio.....!

—¡Hija de mi alma.....!

—No, ahora no nos engañan: usted sí es mi padre, yo sí soy su hija: esta história, sin saber quien fuese mi madre, ya la conocia yo: ademas que ahora siento cosas en mi alma, que no sentí cuando D. Juan me reconoció por hija. ¿Es verdad que soy la hija de usted? ¿qué usted lo cree? ¿qué es verdad?

—Sí, hija mia, es verdad, es verdad, ¿ni cómo dudarlo si tu eres el retrato vivo de Matilde?

—¡Matilde! ¡Matilde! ese era el nombre de la Señora....

—Y Jorge, y mi hijo ¿qué será de él?

—Pronto le verá usted, padre mio.

—¿Tu le conoces.....?

—Sí, aunque solo de vista como usted.

—¿Como yo?

—Sí, Jorge, el huérfano del cura Ruiz, de la costa, el amigo de Eduardo Murillo, el que va á la casa de Caralmuro.

—El mismo, padre mio, el mismo.

—Pobrecito hijo mio, tan bueno..... ¿pero cómo lo supiste tú, hijita?

—Que le cuente á usted Doña Salvadora toda la história, y usted verá como lo he sabido.

—Bueno, cuénteme usted, Doña Salvadora, cuénteme usted—Y Mondragon se sentó en un sofá con su hija en las rodillas:—Doña Salvadora en un sillon, á su lado.



Y entonces punto por punto y sin necesidad de hacerse preguntar, refirió á Mondragon todo cuanto hemos oido contar en la casa de Caralmuro el dia del consejo de familia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXVI.

### Amor mio.

DON Celso corria sin sombrero las calles como un loco: Doña Estefanía caminaba detrás de él, siguiendole lo mas de cerca que le era posible.

Asi llegaron á la casa de Ines: la puerta estaba entornada: Valdespino la empujó con violencia y subió sin detenerse: Doña Estefanía entró tambien. Aquella brusca salida de D. Celso al descubrirle el nombre de su hija, la circunstancia de dirijirse á la casa, cuyas señas le habia dado Feliciana á Doña Estefanía, todo, todo era para ella un presagio de algo terrible y siniestro.

Don Celso se precipitó en la sala: dos hombres vestidos de negro estaban en los sillones, y en el sofá se percibia un bulto, como de otro hombre que estuviera acostado, pero que tenia la cara cubierta con un pañuelo blanco.

Al entrar Valdespino, los dos hombres se levantaron ceremoniosamente; pero él, sin hacerles caso, se dirijió al sofá y tomó el lienzo que cubria la cabeza del que estaba acostado.

—Ya espiró, dijo secamente uno de aquellos hombres.

—¡Pablo! gritó D. Celso descubriendo el rostro del cadáver;



y como un loco se dirijió á la puerta de la recámara, en donde se escuchaba una basca obstinada y nerviosa.

—No se puede entrar, dijo uno de los hombres deteniéndole.

—¿Quién dice? rugió D. Celso.

—Nosotros que somos los médicos, contestó con dignidad el otro hombre.

—¿Pero su padre? dijo con tono de súplica D. Celso.

Los médicos se miraron entre sí vacilando: D. Celso tomó esto como un permiso, y entró violentamente en la recámara, seguido de Doña Estefanía, que llegaba en aquel momento.

Ines estaba sentada en un sillon, con el pelo y el vestido en un completo desórden, y dejando descubrir su seno blanquísimo y terso, parecia un busto de mármol: sus mejillas estaban encendidas, y sus ojos brillaban de una manera que daba miedo: de cuando en cuando llevaba sus manos al vientre y lanzaba quejidos lastimeros, ó se agitaba en violentas convulsiones.

Al escuchar los pasos de D. Celso, levantó la cara, sonrió y quiso levantarse, pero las fuerzas la abandonaron y no pudo.

Don Celso se arrojó de rodillas delante del sillon, y los brazos de Ines se enlazaron en su cuello.

—¡Hija! dijo D. Celso.

—¡Amor mio! balbutió Ines, y estrechó á D. Celso convulsivamente entre sus brazos.

Valdespino besó la frente de su hija: un sudor frió la bañaba: creyó besar un cadáver; pero Ines acercó su rostro, y los lábios de la doncella buscaron la boca de D. Celso, y su beso buscó el beso de Valdespino, que retiró la cabeza horrorizado.

No era el ósculo santo de la hija al padre: en aquel beso habia toda la provocacion del infierno, todo el fuego de la pasion; era todo el ardor del deseo concentrado en los lábios: los ojos de Ines se extraviaban, y oprimia mas y mas el cuello de su padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo lo comprendió D. Celso; el veneno se manifestaba en los síntomas. Ines era una vírgen tocada por el dedo de un demonio.

Valdespino pugnaba por separarse de Ines; y no se atrevia ni á hablar; pero la jóven le tenia enlazado entre sus brazos de tal modo, que todos los esfuerzos que hiciera eran inútiles, á menos que no se decidiera á maltratarla para apartarse.

Ines hizo otro gran esfuerzo, atrajo la cabeza de D. Celso y volvió á unir sus lábios con los suyos; entonces sus brazos se desprendieron cayendo pausadamente sobre sus rodillas; su cabeza rebotó en el respaldo del sillon, y su cuerpo se doblegó. Estaba muerta.....

Valdespino quedó como herido de un rayo. Dios habia concedido á aquel miserable lo que él habia creido el supremo goce dos horas antes, y que en aquel momento era el colmo de su desesperacion, el último y mas ardiente beso del amor de Ines.

Nadie se atrevió á hablar: Estefanía y Feliciana se arrodillaron sollozando, y D. Celso, mudo y sombrío, apoyó la cabeza en las rodillas del cadáver.

Un cuarto de hora transcurrió asi, hasta que la puerta de la sala se abrió, y uno de los médicos dijo en voz alta.

—Señores, ya no tiene esto remedio. ¿Porqué no se salen ustedes un momento?

Las dos mugeres alzaron la cabeza, y obedecieron como unos niños, como si no hubieran tenido voluntad propia.

Don Celso pareció no haber oido.

—Caballero, caballero, dijo el médico, tocandole suavemente la espalda.

—¿Qué cosa? dijo Valdespino.

—Seria bueno que usted se saliera.

—Sí,—dijo sombriamente Valdespino,—yo no debo permanecer aqui ni un instante; soy un infame, un réprobo.



Y sin hablar mas, y sin hacer caso á nadie, salió á la calle, y se dirijió á su casa en un estado casi de completo idiotismo, y repitiendo como maquinalmente:

—¡Amor mio! ¡amor mio!

Ultimas palabras que habia escuchado de la boca de Ines.

Doña Estefanía se empeñaba en quedarse aquella noche en la casa con el cadáver de Ines, pero Feliciana la convenció de que se retirara. Aun en aquellos instantes temia á la sociedad en su dolor, y le queria ocultar como habia ocultado su amor de madre.

En otras circunstancias, este doble envenenamiento, hubiera conmovido á la sociedad, pero en aquellas pasó inapercibido con el caracter de casual. En esos momentos mismos la ciudad era un volcan en accion: grupos de mugeres y muchachos hambrientos corrian por las calles, y partidas de austriacos á caballo con las espadas desenvainadas, los perseguian por todas partes, en verdad, no para matarlos, sino solo para espantarlos, lo que no impedia que hubiera gran número de desgracias.

El cadáver de Pablo fué recojido en la tarde misma de la desgracia por sus parientes que se conformaron con la explicacion de la casualidad, como que esta casualidad los ponia en goce de una herencia que se alejaba de ellos con el casamiento de Pablo.

Eran las ocho de la noche, y en la recámara de Ines cuatro cirios alumbrabran el cadáver de la jóven, que con un trage negro y la cabeza cubierta con un paño del mismo color yacia sobre la cama, que habia sido colocada en medio de la pieza.

El silencio que alli reinaba, no se interrumpía mas que por ese chasquido de la cera de las velas, y por uno que otro suspiro que lanzaban de cuando en cuando dos mugeres que estaban de rodillas una á cada lado del cadáver.

Aquellas dos mugeres eran Feliciana y la "Guacha."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXVII.

### En el campo de batalla.

CADA momento era mas comprometida la situacion de Jorge. Alejandra, devorada ya por los celos, exijia con la imprudencia natural en las mugeres que estan en esa disposicion de ánimo, que su novio se apartase de la amistad de la familia Murillo.

Elena no le habia dicho nada absolutamente, pero aquel sentimiento reconcentrado varió su carácter de tal manera, que sus padres y sus hermanos mismos comenzaron á notar esa variacion.

Elena tenia una palidez alarmante: sus ojos mostraban las huellas del llanto, y un malestar que se descubria en su rostro, con solo mirarla, indicaban que aquella alma sostenia una lucha, que en aquel corazon habia una tempestad.

Jorge sin dar á entender lo que pasaba, no podia dejar de visitar á la familia, y la fatalidad habia hecho que Alejandra y Elena estuvieran en la misma casa.



Cada vez que Jorge entraba á las habitaciones de Murillo, Alejandra se sentia morir de celos, y cuando permanecia en las de Alejandra, Elena lloraba sin querer.

Las mugeres son observativas, estan siempre dotadas de un carácter suspicaz, y cualquier acontecimiento les sirve de base para un raciocinio en el que casi siempre aciertan con lo que suponen.

Alejandra vió á Elena triste, pálida, llorosa.—Jorge—pensó entonces—ha abandonado á esta muger, pero ella le ama, y él debe por lo menos haberle indicado tambien su amor; de lo contrario, ni ella tendria tanto sentimiento, ni estaria tan afectada. Quizá él ya no la ama, ó no la ha amado nunca, pero ella es hermosa, ser amado asi: lisonjea á un hombre; y esto es muy peligroso para mi; es fuerza cortar de raiz el mal.

Murillo observó el cambio que se operaba en su hermana Elena, y notó que ese cambio tenia principio en el dia de la venida de Alejandra. No necesitaba mucho para penetrar la causa de todo: Alejandra era la prometida de su amigo, era el obstáculo para la tranquilidad de Elena; porque desde el dia de su llegada comenzó á entristecerse: luego Elena estaba enamorada de Jorge, y esto, segun Eduardo, no podia haber sido sino porque Jorge habia enamorado á su hermana, y esto era una mala accion, y era preciso reconvenirle sériamente.

Nosotros no estamos conformes con esta lógica, pero era la de Eduardo, y es casi siempre la de todo hombre preocupado por un pensamiento que le afecta profundamente.

Eduardo buscó á Jorge, y no tardó en encontrarle apoyado en la baranda del puente, contemplando el desembarque de las familias que llegaban de México, y meditando en su situacion.

—Jorge, le dijo con una voz insegura, te necesito; vamos por aquí.

Y se dirijió á una de esas huertas que hay en todos esos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pueblos de las lagunas de México, que forman una especie de islas rodeadas de canales angostos por todos lados.

Al llegar á un gran grupo de sauces, se detuvo Murillo.

—Aquí estamos solos, dijo; podemos hablar.

—¿Pero qué tienes? preguntó Jorge con interes: ¿qué te pasa?

—Me pasa, contestó amarillo de cólera Eduardo, me pasa que eres un mal amigo, un desleal, un infame.

—Eduardo, tu me insultas sin razon.

—¿Sin razon? ¿qué mas razon, que has abusado de la amistad y de la confianza de mi familia y de la mia, que has engañado á Elena, que eres un miserable.

—¡Eduardo! óyeme, y no me insultes.

—No quiero oir nada; lo que quiero es que me digas si estás dispuesto á batirte conmigo.

—¡Yo batirme contigo! ¡con mi hermano! ¡nunca!

—Tienes miedo.

—Mira, Eduardo, lo que dices.

—Lo dicho: tienes miedo, miedo; y voy á contárselo á todos los compañeros, y á Elena, y hasta la misma Aalejandra.....

—Eduardo, no me precipites.....

—Pues bien, ¿te bates conmigo?.....

—Sí; pero oyeme: yo no puedo hacer armas contra ti; pero podemos salir los dos de nuestra línea, sobre el campo enemigo, en el momento en que se empeñe el primer combate, y Dios dirá quién de nosotros dos ha de morir, ¿te conformas?

—Bien; pero ahora mismo.

—Ahora mismo: vámonos para Santa Anita que es el punto mas avanzado.

Y ambos se dirijieron á la orilla del canal y poco despues una chalupa los llevaba por los puntos avanzados.

Al separarse del lugar en que habian tenido su conversacion, un hombre á quien ellos no habian visto que estaba acostado



entre la yerba, levantó la cabeza para ver el rumbo que tomaban.

Era Diego. Muy bien—dijo levantandose—bonito negocio han arreglado este par de locos; pero yo sabré como lo desbarato. Toda la fortuna ha sido que por buscar un lugar solo para dormir un rato, me vine aqui; si no, el demonio sabe lo que hubieran hecho estos amigos. Caramba, si estos son dejados de la mano de Dios.

Y caminaba apresuradamente.—Al llegar cerca del alojamiento, encontró á Rito que tomaba el sol sentado en una cureña, fumando un puro.

—¿Qué hay?—dijo Rito—¿porqué vienes tan agitado?

—Porque acabo de descubrir un secreto.

—¿Y ya me lo vas á contar?

—Sí, para que me ayude.

—Vamos á ver.

—En pocas palabras: el capitan Murillo está enojado con D. Jorge por que dice que le ha enamorado á su hermana, y se van para Santa Anita desafiados.

—Eso es grave, ¡pero cómo no lo estorbaste?

—Por que lo que quieren es salirse los dos de la trinchera, á ver á quien de los dos matan los mochos.

—¿Y qué has pensado?

—Una cosa: espéreme usted aquí mientras veo al genera que vive muy cerca y debe estar en su alojamiento.

—Bien.

Un cuarto de hora despues volvia Diego con el rostro alegre y expresivo.

—¿Qué sucedió? preguntó Rito.

—Que le conté todo al general, y me dió una órden para que conduzcan arrestados aquí á los dos; pero saqué la órden por escrito y duplicada para que usted se vaya con una, y yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con otra: ademas va tambien un ayudante á buscarles con la misma órden de palabra.

—Pues vamos nosotros luego.

—Vamos, porque oigo tiros en Santa Anita.

—Y yo tambien.

Eran las ocho de la mañana· De Mexicalzingo á Santa Anita se puede ir por tierra ó por agua este es el viaje mas descansado, pero mas cerca es por tierra.

Diego y Rito montaron en sus caballos, y se dirijieron al galope en busca de Eduardo y de Jorge.

A medida que se acercaban, se oia mas nutrido el fuego de fusileria y se escuchaban algunos cañonazos.

—La cosa se pone séria—decia Rito sin dejar de galopar.

—Quien sabe si ya esos habrán hecho una locura.

Cerca de Santa Anita era necesario dejar los caballos, y seguir á pie, porque los puentes de los canales habian sido destruidos y no quedaban mas que vigas muy angostas para pasar.

Los dos se bajaron de sus caballos, y se incorporaron con una compañía que á paso veloz se dirijia por el mismo lugar que ellos.

Veamos lo que pasaba en Santa Anita en estos momentos.

Al llegar Jorge y Eduardo allí, todo estaba tranquilo; pero un poco despues una fuerza enemiga salió de la garita de la Viga y se lanzó sobre la tropa que defendia el punto. Al principio fueron rechazados, pero nuevos refuerzos salidos de la plaza obligaron á los republicanos á replegarse, abandonando el puesto.

Los imperiales entraron al pueblo, y comenzaron á repicar en el momento en que una compañía, con la que venian Diego y Rito, llegaba en auxilio de los suyos.

Al apoderarse el enemigo de Santa Anita, Eduardo dijo á Jorge:



—Este es el momento.

—Y los dos de frente, sin retroceder, comenzaron á recibir el fuego del enemigo, disparando ellos de cuando en cuando sus pistolas para impedirles que se acercasen. Por fin los tiros de las pistolas se agotaron y los imperialistas lo comprendieron, y se vinieron sobre ellos como perros rabiosos: un soldado sujetó á Murillo, y otro levantó la culata del fusil sobre su cabeza: Murillo cerró los ojos esperando el golpe, pero no lo recibió: ágil como un tígre, Jorge arrebató el fusil al soldado y comenzó á defender á Murillo, que no habia podido hacerse de una arma: el partido era ventajoso; Jorge estaba cansado, y Murillo inerme como un niño.

El auxilio desembocó en este instante por la calle con bayoneta calada y á paso de carga. Los imperiales huyeron.

—¡Jorge, perdóname! dijo Eduardo abrazándole.

—De órden del general, dijo Rito llegando, los dos presos á Mexicalzingo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXVIII.

### Una abuela.

DURANTE todo el dia en que tuvo lugar el reconocimento de Leonor por su padre, que segun recordarán nuestros lectores, fué el mismo de la catástrofe de Ines, Doña Estefanía no apareció por la casa de Mondragon; y era esto tanto mas extraño, cuanto que hacia ya muchos años que no salia sino muy pocas veces á la calle, y entonces volvia á la casa, sin haberse hecho esperar jamás á las horas de la comida.

Pero aquel dia, las horas se pasaban, y Mondragon comenzaba á inquietarse: el deseo de darle la feliz noticia, y de presentarle á Leonor como á su nieta, redoblaban el deseo de Mondragon, que la esperaba con impaciencia.

Desde el instante en que Leonor fué reconocida, todas las puertas de la casa y de los roperos se abrieron para ella. Mondragon estaba encantado; y para mas confirmacion, en uno de los cajones de Matilde se encontró una caja con una lámina de daguerreotipo, que representaba á Jorge y á Leonor. Salvadora no hizo mas que verlos, y reconocerlos inmediatamente.



Mondragon estaba verdaderamente contento: el placer de haber encontrado á su hija y la esperanza de ver á Jorge, le hacian olvidar la historia misteriosa de la desaparicion de su muger.

—¡Cuánto deseo, hija mia, que pronto se acabe el sitio, para ver á mi Jorge!

—Y yo tambien: me acuerdo de él como si le tuviera delante.

—¡Malvados hombres estos! ¿Por qué no se rendirán? No más estan sacrificandonos á todos. ¿Y para qué, si no tienen ni esperanza de remedio?

—Creo que muy pronto estarán aqui los liberales. ¿Iremos á recibir á Jorge?

—Por supuesto, por supuesto. ¿Y tu estás muy contenta?

—¿Cómo no, padre mio? Ahora sí, porque ahora siento un no sé qué que me dice, que ahora sí no nos engañan, que es usted mi padre, que soy su hija, que Jorge es mi hermano.

—Pero seria bueno que Salvadora fuera á ver á esa vieja de la casa del malvado Valdespino, para averiguar algo mas.

—¿Pero si eso podia manchar la memoria de mi madre?

—Tienes razon: si tu madre vive, si no se presenta, debe ser porque su conciencia no se lo permite: si ha muerto, Dios la habrá ya juzgado.

En este momento un criado avisó que Doña Estefanía habia llegado, sin duda algo enferma, porque se habia metido á su recámara sin hablar con nadie.

—Pues si no es cosa de cuidado, dijo Mondragon, es fuerza que venga para que participe de nuestra alegría; yo mismo voy á traerla.

Mondragon se dirijió á la recámara de Doña Estefanía: estaba cerrada por dentro, observó por el agujero de la cerradura: la pobre señora, de rodillas delante de una Dolorosa, rezaba y lloraba.

Mondragon llamó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Quién? preguntó Doña Estefanía, procurando serenarse.

—Yo: ábrame usted.

No habia medio de rehusarse: Doña Estefanía limpió sus ojos, y abrió.

—Señora, dijo Mondragon, si no se tratara de un negocio tan importante, no la interumpiera yo.

—¿Pues qué hay?

—Hoy va usted á encontrar á una hija que lloraba perdida desde su niñez, y que yo he encontrado.

Doña Estefanía, impresionada con la historia de Ines, creyó que de ella se trataba: sintió que se le nublaba la vista, y si Mondragon no la hubiera sostenido, hubiera caido.

—Por Dios, señora, no se afecte usted de esa manera, que va á hacerle mal: cálmese usted, y vamos á ver á su hija luego.

—Es tarde ya, dijo Doña Estefanía pensando en que se trataba aún de Ines.

—¡Tarde! ¿y por qué?

—¡Oh! porque ha muerto, dijo sollozando la pobre muger.

—¡Muerto! ¡ha muerto! No lo crea usted: aqui está con nosotros: en la sala nos espera.....

—¿Pero quién? ¿de quién me habla usted?

—De Leonor, de mi hija, de la hija de Matilde, de su nieta de usted.....

—¿De mi nieta? ¿ha parecido? ¿en donde está?

—Aqui en la sala: no me cabe duda que es ella.

—¿Pero cómo? ¿cómo?

—Venga usted y la verá.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Doña Estefanía cayendo de rodillas: gracias, gracias, porque al lado de tanto dolor, has puesto tanto gozo.

—Venga usted, venga usted, decia Mondragon, tomandola de una mano y sin comprender el sentido de sus palabras: venga usted á verla; es el retrato de Matilde.



Doña Estefanía caminaba conducida por Mondragon. Leonor estaba en la sala, y como por recuerdo se habia puesto un abrigo que su padre le contó que era el que usaba de ordinario Matilde dentro de la casa; de manera que la semejanza era completa, y Doña Estefanía creyó estar viendo á su hija.

—¡Leonor! ¡tu abuela!

Leonor se paró, y Doña Estefanía la recibió en sus brazos. Aquella pobre vieja habia sufrido en el dia tantas y tan grandes emociones, que no pudo ya resistir, y se desmayó en los brazos de Leonor.

Mondragon acudió en su auxilio, y la colocaron en el sofá.

Cuando pasó aquella primera sensacion, quiso saberlo todo, quiso oir los mas minuciosos detalles de la boca de Doña Salvadora, y la sentó á su lado.

Doña Estefanía escuchó asombrada aquella relacion; y al oir hablar de la casa de la plazuela de Loreto, y de la vieja, y de la señora que lloraba cuando le arrancaron á sus hijos, entonces lo comprendió todo. Aquella casa era la misma adonde habia ido la última vez á ver á D. Celso; aquella Pilar era la confidenta de sus amores; aquella muger que lloraba y que sin embargo entregaba á sus hijos, era Matilde, su hija, y al mismo tiempo su rival. Entonces recordó que habia llegado á tener zelos de Matilde en su pasion por Valdespino, y un rayo de luz disipó las sombras que confundian su inteligencia: Valdespino era sin duda el seductor de Matilde, el que la habia obligado á abandonar la casa de su marido, y á seguirle en la plazuela de Loreto. Tal vez cuando ella habia ido alli, tambien alli estaba su hija..... Este pensamiento era capaz de hacer estallar su cerebro.

¡Pero de qué medios tan poderosos se habia valido D. Celso para obligar á Matilde á tan inmensos sacrificios? Esto era lo único que ella no podia alcanzar: si hubiera podido adivinar to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do lo que habia pasado entre Matilde y su seductor, la pobre Estefanía hubiera muerto de vergüenza y de remordimientos.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué sepultada Ines. unos cargadores la conducian á su postrer mansion en una humilde caja pintada de negro: ningun cortejo fúnebre; Feliciana y la "Guacha," á pié, tras el cuerpo; esto era todo.

Don Celso no habia vuelto por la casa.

Doña Estefanía pasó en la iglesia toda la mañana: á las doce volvió á la casa, y encontró alli á la "Guacha," que iba muy seguido á recibir limosna.

—Ahora sí hay familia nueva, dijo la Guacha á Doña Estefanía.

—Sí; Mondragon ha encontrado á una hija suya que se habia perdido desde niña.

—¡A Leonor! dijo la Guacha sin poderse contener y con el corazon de madre, olvidando el papel que representaba.

—¿Cómo sabe usted que se llama Leonor? dijo admirada Doña Estefanía.

—Por las criadas he oido este nombre en la cocina, contestó la Guacha dominandose y aparentando la mayor serenidad.

—Sí, dijo Doña Estefanía, á Leonor, mi nieta, la hija de mi pobre Matilde: aqui está; la hemos reconocido por una casualidad, por la muger que la sacó del lado de mi hija, que es la que la ha criado. ¡Oh! ¡y se parece tanto á mi pobre Matilde!...

—¡Qué ganas tengo yo de conocerla! ¿dónde podria verla?

—Es muy facil: siéntese usted aqui en la puerta de la cocina, y ya voy á traerla con cualquier pretesto: verá usted qué bonita, y mirandola á ella, es como si viera usted á mi hija.....

—Bueno, bueno; pues aqui me siento.

Y la pobre muger, desconocida de su madre, de su hija y de su marido, mendigando el pan en su propia casa, y sin esperanza de ser reconocida nunca, que se habia impuesto á si misma aquella miseria y aquel abandono, como una expiacion á su falta, se sentó temblando en el suelo, y clavó sus ávidas miradas en la puerta por donde habia de aparecer su hija.



Se oyó el roce de un vestido, la voz de Doña Estefanía que hablaba, y en el fondo de la puerta se destacó la figura bellísima de Leonor.

La Guacha sintió toda su sangre afluir al corazon: quiso levantarse, gritar, pero solo pudo agitar sus manos convulsivamente, y lanzar una especie de gemido sordo y gutural.

—Esa pobre viejita tiene algo, dijo Leonor llegando precipitadamente á ella.

La Guacha no tenia vida sino en los ojos, que clavaba obstinadamente en Leonor.

—Es su mal, dijo una criada.

—Pero que le hagan alguna medicina, agregó Leonor.

—Ya se le pasará, dijo la criada; ha de ser debilidad.

—Esto es muy extraño, pensó Doña Estefanía; aqui se encierra algun misterio.

—¡Leonor! gritó adentro Mondragon.

—¡Voy, padre! dijo Leonor: Mamá grande, que le den algo á esa pobrecita.

—Aquí me quedo, contestó Doña Estefanía.

Leonor se retiró, y su abuela permaneció al lado de la Guacha que comenzaba á volver en sí.

—Usted me oculta algo, le dijo: ¿quién es usted? ¿cómo se llama? ¿por qué se desmayó al ver á Leonor? Aquí hay un misterio que es preciso que me descubra.

—Mañana que estaré mas calmada, le contaré á usted todo: por ahora me voy.

—No, cuénteme usted.

—Ya le dije que hoy no, mañana.

Y la pobre muger, casi arrastrandose, salió de la casa:

—¡Hija mia! decia en su corazon: ¡qué feliz fuera yo pudiendo vivir á tu lado, aun cuando fuera como una criada; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es imposible, el corazon me venderia, y tu, para ser dichosa, necesitas no conocer la historia de tu desgraciada madre. No: no echaré en tu corazon vírgen y puro, ni una gota de la hiel que rebosa en el mio. Por tu felicidad, mi último sacrificio. Mi madre ha comenzado á sospechar: quizá no tenga yo valor para ocultar por mas tiempo quién soy. No, no volveré mas aqui. ¡Adios hija mia! ¡adios madre mia! ¡adios!.....

Y no tuvo valor ni para decir dentro de sí: "¡esposo mio!"

## XXIX.

### La noche del desórden.

Con la alegría, olvidó Mondragon á su amigo Caralmuro, y no pensó en ir á rescatarle hasta el dia siguiente al del reconocimiento; pero cuando lo recordó, era ya casi de noche, y lo dejó para la mañana próxima.

Aquella noche la guarnicion estaba mas inquieta que de costumbre: habia habido en la tarde un fuego horrible de cañon por todas partes, y los vecinos pacíficos temian un asalto, al paso que entre los militares se hablaba, aunque con reserva, de capitulacion y de garantías.

Se decia, como cosa cierta, que unos enviados de Márquez habian intentado entrar en arreglos con Porfirio Diaz, General en jefe del ejército sitiador, y que nada habian podido conseguir; y los subalternos murmuraban, asegurando que algunos jefes de alta graduacion habian desaparecido de sus puestos. La desmoralizacion era completa, y á medida que avanzaba la noche, comenzaron á presentarse síntomas alarmantes que auguraban la próxima disolucion del ejército.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Primero, las deserciones individuales, el abandono completo del servicio, la desaparicion de los oficiales, y luego la sublevacion, el desbandamiento, la derrota, el desórden mas absoluto.

A la madrugada todo habia terminado. Grupos de soldados atravesaban las calles disparando sus fusiles al viento, tirando los uniformes, y dejando en las puertas cerradas de las tiendas y de las casas, sus armas y sus fornituras.

La luz del nuevo dia alumbró las fortificaciones de la ciudad ocupadas por el éjercito Republicano, y el palacio coronado por un corto número de austriacos, que no tardaron mucho en rendirse á discrecion.

La ciudad se durmió imperial, y despertó Republicana.

A la mitad de aquella noche, Caralmuro que dormia tranquilo en su prision, oyó abrir la puerta, y vió penetrar por ella á un sargento, con su fusil al hombro y un farol en la mano.

Como todo se podia temer de aquellos hombres, Caralmuro creyó que iba á ser víctima de algun nuevo atropellamiento.

—¿Qué hay? preguntó incorporandose en la mesa que le servia de lecho.

—Pues nada, mi jefe, contestó el sargento, sino que ya estamos en la derrota.

—¿Cómo en la derrota? preguntó Caralmuro paseandose: ¿ha habido asalto?

—No; pero ya todos nos desbandamos; cada uno se va para donde quiere, y yo vine á ver á su merced á ver si se quiere ir tambien, y si quiere llevarme, porque yo soy de lejas tierras, y aqui no tengo casa; y como su merced me ha dado algunos medios.....

—Pero ¿es verdad lo que dices?

—Si yo los he visto irse todos, con estos ojos que se ha de comer la tierra: vaya, mi jefe, véngase, no entren los otros y la "molimos."

—¿Y nos dejarán salir?



—Sí, ya no hay nadie, vámonos.

Caralmuro tomó su sombrero y siguió á su guía: el cuartel estaba desierto, y solo de cuando en cuando distinguia al pasar por los patios, algunas hogueras que los soldados habian dejado ardiendo al retirarse.

No hay una cosa que entristezca mas en la vida militar, que esas fogatas solitarias que permanecen ardiendo en un campamento ó en una ciudad abandonada repentinamente. Parece como que aquel fuego siente su soledad, como que es algo de la vida de los soldados que queda triste y entregado á los furores del enemigo. Hay cierta especie de amor por el fuego que manos amigas encendieran; se piensa en los que rodeaban aquella hoguera, en lo que pensaban; en fin, se siente una cosa tan inexplicable, pero tan profundamente triste, que quizá conmueva mas al alma que un campo de batalla.

Al salir á la calle, Caralmuro vió atravesar por el fondo del cuartel un hombre embozado en una capa y seguido de dos que le alumbraban: Caralmuro reconoció á Márquez, que cruzaba por alli, como esas almas en pena de que nos hablan las fantásticas leyendas del pueblo, que vienen en las altas horas de la noche á visitar al teatro de sus crímenes.

El sargento tiró al foso el farol, que cayó sin apagarse, y comenzó á caminar seguido de Caralmuro, procurando tomar siempre las calles mas extraviadas. Por todos lados encontraban oficiales y soldados dispersos, á pié ó á caballo, que se iban perdiendo entre las sombras de las calles, y á cada bulto que aparecia y á cada rumor de pisadas, el sargento se detenia y armaba su fusil para defenderse; pero nadie les dijo nada; todos pensaban en sí, y no mas que en sí.

Llegando ya al centro de la ciudad, el sargento preguntó á Caralmuro:

—¿A dónde?

—A la calle de San Francisco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y volvieron á caminar. Cerca ya de su casa, Caralmuro se adelantó para llamar al zaguan, y advirtió que un hombre en camisa y en calzon blanco, sin sombrero, y cubierto solo con una frazada, llamaba tambien á la misma puerta.

Era uno solo; Caralmuro venia acompañado, y ademas el sargento traia su fusil; de manera que no habia por qué temer: se avanzó hasta cerca de aquel hombre, y le preguntó:

—¿Qué se ofrece?

El hombre dejó de llamar; y sin acobardarse por la pregunta, acercó curiosamente su rostro al de D. Juan, para reconocerle en la oscuridad de la noche.

—¡D. Juan!—exclamó tomandole entre sus brazos.

—¡D. Plácido!—contestó Caralmuro abrazandole á su vez—¿Cómo ha salido usted?

—¿Sabia usted que estaba preso?

—Sí, el amigo Mondragon me contó todo; pero entraremos, porque las calles están llenas de dispersos, y en estos momentos un encuentro cualquiera es peligroso.

Volvieron á llamar, y los criados que á traves de la puerta habian conocido las voces, abrieron luego. Todos ellos estaban en pié, como sucedia casi en toda la ciudad; mas nadie se atrevia á salir á la calle.

—Entra—dijo D. Juan al sargento—Ahora cierren bien, y no abran á nadie sin avisarme: que se acueste por ahí ese soldado: búsquenle ropa y escondan la que trae y el fusil.

Caralmuro y D. Plácido subieron alumbrados por un lacayo: los criados habian adivinado ya, por los acontecimientos, que D. Juan volveria pronto, porque todo estaba dispuesto para recibirle.

—¿Y cómo ha salido usted? preguntó D. Juan.

—Pues me abandonaron, se fué la guardia del hospital, y yo me salí tras ella, sin sombrero y sin ropa, y hasta sin zapatos. ¿Y usted?



—Lo mismo, se fué la tropa.

—¿Conque Mondragon le dijo á usted cuanto pasa?

—Sí: y usted sabia que Leonor se habia ido á la casa de Mondragon?

—Sí; y no me parece mal, por que al fin va á ser su esposa.

—Pero no le he visto ayer, ni hoy; y es raro.

—Quizá le habrá sucedido algo. Pero antes que se me olvide, que no se me olvidaria, le daré á usted una noticia, que con el triunfo de los nuestros, va á colmar á usted de felicidad.

—¿Cuál es?

—Encontré á Alejandra.

—¡A mi hija!

—Sí, y ademas á Margarita.

—¡A mi muger! ¡á mi Margarita! Pero ¿donde, donde?

—Aquí en México, en un meson.

—¿Cómo no las trajo usted aquí? ¿qué será de ellas?

—Oigame usted.

D. Plácido refirió lo mas brevemente que le fué posible para calmar la ansiedad de Caralmuro, el encuentro de Alejandra y el lance que le habia impedido traerlas.

—Pues vamos por ellas—dijo levantandose D. Juan.

—¡A estas horas, y en esta noche! ¿cómo ha de ser eso?

—¿Pero si les sucede algo? están muy espuestas.

—Más lo estarán si las sacamos á la calle, á estas horas, con tanto soldado disperso. Piénselo usted, D. Juan.

—Tiene usted razon: mañana en cuanto amanezca nos iremos; me mata la impaciencia. ¡Quién sabe las miserias que habrán pasado!

—Yo les dejé cuanto llevaba, y quizá les haya alcanzado: mañana iremos, no se impaciente usted.

—¿Y Alejandra y Margarita saben que vivo, y que las busco?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Todo lo saben, todo.

—Margarita estará muy acabada

—No, nada de eso: parece hermana de su hija: es una muger perfectamente conservada.

—¿Y se acuerdan de mi? ¿me querrán mucho?

—Vamos, ¡qué pregunta!

—Si estoy como loco, Dios mio, como los muchachos queriendo que amanezca antes que los otros dias.

—Poco debe faltar; son las tres.

—Dos horas es mucho.

—Un poco mas, porque hasta las seis no podemos salir.

—Dios mio, Dios mio, que venga el dia, que venga el dia.

Y D. Juan se paseaba ajitado, asomandose á cada momento al balcon, para buscar en el Oriente las luces de la mañana.

## XXX.

### Las dos viejas.

En otro corazon que no fuera el de Valdespino, el terrible drama de Ines hubiera producido una impresion tan profunda como duradera; pero aquella alma negra y corrompida sufrió el golpe como la conmocion que produce una máquina eléctrica en el cuerpo de un hombre: se siente por un momento, que todo el sistema nervioso se agita y se descompone, y casi en el mismo instante todo se acaba y queda solo un recuerdo que bastan dos horas cuando mas para hacerlo desaparecer.

Al dia siguiente al de la desgracia, Márquez envió á llamar á D. Celso, y la situacion política era tan grave, que en todo el dia le fué imposible volver á su casa.

A las ocho de la noche tocó el zaguan, y entró precipitadamente.

—Señor, le dijo Pilar, hemos estado todo el dia con mucho cuidado por usted.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Todo lo saben, todo.

—Margarita estará muy acabada

—No, nada de eso: parece hermana de su hija: es una muger perfectamente conservada.

—¿Y se acuerdan de mi? ¿me querrán mucho?

—Vamos, ¡qué pregunta!

—Si estoy como loco, Dios mio, como los muchachos queriendo que amanezca antes que los otros dias.

—Poco debe faltar; son las tres.

—Dos horas es mucho.

—Un poco mas, porque hasta las seis no podemos salir.

—Dios mio, Dios mio, que venga el dia, que venga el dia.

Y D. Juan se paseaba ajitado, asomandose á cada momento al balcon, para buscar en el Oriente las luces de la mañana.

## XXX.

### Las dos viejas.

En otro corazon que no fuera el de Valdespino, el terrible drama de Ines hubiera producido una impresion tan profunda como duradera; pero aquella alma negra y corrompida sufrió el golpe como la conmocion que produce una máquina eléctrica en el cuerpo de un hombre: se siente por un momento, que todo el sistema nervioso se agita y se descompone, y casi en el mismo instante todo se acaba y queda solo un recuerdo que bastan dos horas cuando mas para hacerlo desaparecer.

Al dia siguiente al de la desgracia, Márquez envió á llamar á D. Celso, y la situacion política era tan grave, que en todo el dia le fué imposible volver á su casa.

A las ocho de la noche tocó el zaguan, y entró precipitadamente.

—Señor, le dijo Pilar, hemos estado todo el dia con mucho cuidado por usted.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—He tenido grandes ocupaciones.

—Yo queria ya irle á buscar, agregó Ramona.

—Era inútil, tanto mas cuanto que me voy luego.

—¡Se va usted! exclamaron las dos viejas.

—Sí, pónme algo que cenar; pero que sea pronto.

Pilar y Ramona salieron á disponer la cena, y D. Celso se entró á su recámara. Abrió su ropero, y sacó de él un cinturon de cuero, de esos que los chinacos usan para llevar el dinero: tienen la figura de una víbora gruesa, y por la boca se pueden introducir las monedas hasta llenarle completamente; y luego con la misma hebilla que sirve para ceñírselo, queda cerrada aquella boca.

Don Celso tenia ya preparado el suyo, porque estaba literalmente henchido de monedas de oro: se lo ciñó, y luego puso en su bolsa una cartera que contenia muchas letras de cambio, y comenzó á quemar papeles y cartas que estaban ya apartadas. Como es de suponerse, Valdespino hacia sus preparativos para fugarse ó esconderse, por temor de la justicia del vencedor.

—¡Jesus! ¡cuánto humo! dijo Pilar entrando. Señor, ya está la cena.

Don Celso no contestó, y siguió quemando sus papeles hasta que todos quedaron convertidos en ceniza.

—Vamos, dijo cuando terminó.

Se sentó á la mesa, y comió tan precipitadamente, que en diez minutos habia concluido.

—¡Pilar! gritó.

—Señor, dijo la vieja.

—Ven acá: esta noche necesito irme, porque es seguro que mañana entrarán los puros, y si me llegan á coger, me fusilan.

La vieja comenzó á tener impulsos de llorar.

—Tengo que irme léjos, y quizá no vuelva á verte.

La vieja comenzó entonces á llorar y á limpiarse los ojos.



—He vendido todas mis cosas, y realizado todos mis fondos, para marcharme al extranjero á vivir tranquilamente.

Pilar sollozaba hasta quererse ahogar.

—Pero no te abandono; porque sabes que no soy ingrato.

Pilar comenzó á serenarse.

—Aqui te dejo este papel, por el cual, la persona á quien va dirijido, te entregará mil pesos: con ellos puedes vivir muy bien; poner un estanquillo, una sedería.

Pilar estaba enteramente consolada.

—Ademas, todos los muebles que hay aqui, son para tí; procura mudarlos mañana mismo, para que no vayan á embargarte los puros, y porque el nuevo dueño vendrá tambien mañana. No abandones á Ramona; aqui estan cien pesos en oro para ella. Ahora, adios.

—Adios, señor; que Dios le lleve á usted con bien, decia Pilar sollozando de nuevo y echando bendiciones á D. Celso, que bajaba la escalera. Adios.

Don Celso salió á la calle, y cuando Pilar entró del comedor, encontró ya á Ramona que la esperaba. Pilar hubiera de buena gana tomado para sí los cien pesos de su compañera, pero ella lo habia escuchado todo.

—Ahora sí estamos bien, dijo Ramona.

—Sí: ¡pobre señor! Tome usted su dinero.

—¡Dios se lo pague!

Pilar tomó una vela, y comenzó, como propietaria, á practicar el reconocimiento de su herencia, acompañada de Ramona, llevando cada una una vela encendida.

Todo lo abrian, todo lo registraban, desde la sala hasta la despensa, como si fuera la primera vez que se encontraban alli.

A la una de la mañana oyeron rumor en la calle, dejaron las velas y se asomaron al balcon. Era un gran grupo de dispersos, que pasaba corriendo con direccion á palacio.

Despues venian algunas mugeres llorando, preguntando á to-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos por los cuerpos en que servian sus maridos, y sin encontrar quien les diera razon. En aquella noche, todos se buscaban y nadie podia encontrarse: la confusion era espantosa; y las mugeres de los soldados corrian por las calles llorando, y llamando á gritos á sus maridos. Los asistentes, los conductores, los trenistas, dejaban abandonados en las plazas los carros, los caballos y las mulas; el pánico era tal, que no se les ocurria llevárselos.

Las dos viejas contemplaban, ó mejor dicho, adivinaban todo aquello que pasaba en la oscuridad, asomadas al balcon de la casa.

Oyeron pasos y voces debajo de ellas: un soldado caminaba de prisa, seguido por una muger que cargaba un gran bulto.

—Anda aprisa, decia el soldado.

—Ya me canso, contestaba la muger; este bulto pesa mucho.

—Pues tíralo.

—No: ¿cómo lo he de tirar?

—Pues si no lo tiras, te dejo, porque yo no quiero que me vayan á coger.

—No, no me dejes, lo tiraré.

—Ahí en esa puerta.

La puerta era la de la casa de las dos viejas: la muger se detuvo, se oyó sonar algo en el suelo, y luego, mujer y soldado continuaron su camino.

Cuando se perdió el eco de sus pisadas, Ramona dijo:

—¿Qué será lo que tiró?

—¿Vamos á ver?

—Vamos; porque esta noche estamos de fortuna; puede que sea dinero.

—Vamos.

Cerraron el balcon, y tomando una vela, bajaron al patio.

El viejo zapatero, que tenia á su cargo las llaves, estaba en



vela como toda la ciudad, pero aprovechaba el tiempo remendando unas viejísimas botas.

Pilar pidió la llave y se dirijieron al zaguan.

Primero aplicaron el oido, todo estaba en silencio; entonces comenzaron á abrir poco á poco. Pilar sacó la cabeza y miró á todas partes cautelosamente; nadie parecia, y la oscuridad mas completa envolvia todo: á lo léjos oyó las herraduras de un caballo, escuchó el ruido, se alejó, y volvió á reinar el silencio.

Cerca de la puerta habia un gran bulto. Entre las dos viejas lo metieron y volvieron á cerrar con llave.

—¡Cómo pesa! dijo Pilar.

—¡Con razon no podia ya la muger! contestó Ramona.

—¿Y lo subimos?

—Creo que no; mejor será registrarlo aqui para no subir cargando lo que no sirva.

—Dice usted bien, veremos; alúmbreme usted.

Ramona acercó la vela, y Pilar abrió el envoltorio.

—Una chaqueta de soldado, unos pantalones, una levita de oficial, unos libros, unas botas fuertes. Y estos paquetitos ¿qué serán?

—Abra usted uno.

—Arrime usted mas la luz.

Ramona acercó la luz. Cuando Pilar abria uno de los paquetes, una chispa cayendo del pávilo le incendió. Eran paradas de cartuchos, parque de fusil.

Un fogonazo inmenso envolvió las cabezas de las dos viejas inclinadas sobre la ropa, y sus gritos lastimeros y agudos hicieron salir precipitadamente de la cobacha al viejo zapatero.

La luz se habia apagado, y en medio de la oscuridad solo se oian los gritos de las dos mugeres, y se miraban ardiendo lentamente algunos pedazos de lienzo.

El zapatero sacó una vela, y al acercarse á las dos mugeres, quedó horrorizado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las dos tenian completamente quemado el pelo; y aquellas dos cabezas, aquellos dos rostros, eran una cosa informe, horrible, asquerosa.

No habia alli figuras humanas; eran dos masas de carne quemada, dos botijas sangrientas y negras, en donde apenas se adivinaba la boca como una pequeña endidura de donde salian quejas y una respiracion jadeante y desigual.

Solo por el trage podrian entonces haberse distinguido la una de la otra.

El zapatero no sabia qué hacer: llamó á las criadas de la casa, y ayudandolas él y su muger, lograron trasportar á aquellas dos infelices á sus respectivas habitaciones.

Hubiera sido un delirio pensar en un médico; y como ninguno de los presentes sabia el modo de curar aquello, se aplazó el remedio para la mañana siguiente.

## XXXI.

### Entre los sitiadores.

LAS noticias del estado que guardaba la plaza, llegaban continua y oportunamente al campo de los republicanos, y el general Diaz, con una prudencia notable en su edad, comprendió que la ciudad se rendiria muy pronto, sin necesidad de exponerla á los horrores de un asalto.

Se le hicieron proposiciones por parte de los sitiados, pero con esa lealtad heróica que distinguió á los caudillos de la segunda guerra de Independencia en México, Diaz no quiso traslimitar las facultades que habia recibido del Presidente, y se negó á entrar en convenios.

Hay una observacion curiosa que hacer, en la sangrienta y larga guerra que sostuvo México contra Francia. El Presidente Juarez, reconocido jefe legítimo de la Nacion, arrebatado por los acontecimientos, habia ido á establecer su gobierno á uno de los ángulos mas remotos del pais, y desde allí, sin tropa y rodeado apenas de una media centena de hombres constantes, dic-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba órdenes que, atravesando la Nacion, conducidas por un arriero, por un hombre desconocido y escritas en un cuarteron de papel, y muchas veces sin sello de ninguna clase, eran acatadas y obedecidas por caudillos populares que combatian á la cabeza de miles de hombres, y que cumplian sin vacilar, disposiciones que muchas veces venian á arrebatarles el mando, y á poner en conflicto un ejército ó una gran parte de la Nacion.

La salvacion de la Patria y el amor á la Independencia, produjeron entre aquellos hombres rasgos tan grandes de abnegacion y de lealtad, que el gobierno republicano no alcanzó ni á comprender, y que debian recogerse por la historia, antes que muchos laureles de sangrientos triunfos.

Los invasores, y una gran parte de personas influentes en la capital, mandaron comisionados, á un general primero, y luego al general Diaz, ofreciendoles todos los recursos y pertrechos que tenia en sus depósitos el ejército frances, las principales plazas que ocupaban, inclusa la capital, y la obediencia de una gran parte de los ejércitos imperiales, con la única condicion de que no reconocieran á Juarez, y de que ellos subiesen al poder ó proclamáran á cualquiera otra persona. A pesar de lo halagüeña y seductora de esta promesa, los dos generales, sin ponerse de acuerdo, y separados por mas de doscientas leguas, rechazaron los ofrecimientos, prefiriendo la prolongacion de la lucha á un triunfo fácil, que no estuviera conforme con sus ideas caballerosas.

La Providencia premió su lealtad, coronando de gloria sus banderas.

La línea de circunvalacion en el sitio de México, era tan extensa, que se habian establecido tres oficinas telegráficas para que pudiesen comunicarse entre sí los tres jefes de las líneas en que estaba dividida la de circunvalacion.

La Villa de Guadalupe era el cuartel general de la del Norte, que mandaba el general Corona; Tacubaya era el cuartel



general de la de Occidente, que mandaba el general Diaz, jefe tambien de todo el ejército sitiador; y Mexicalzingo era el centro de operaciones de las líneas de Oriente y Sur.

Durante la noche, los partes telegráficos cruzaban de uno á otro cuartel general. Todas las tropas estaban sobre las armas, y todo dispuesto para arrojarse sobre el enemigo, en caso de que impulsado por su desesperada situacion, pretendiese hacer una salida, buscando, no el triunfo, sino la salvacion en la fuga.

Las familias refugiadas en todos los pueblos de los alrededores, velaban tambien con una ansiedad mortal.

Nuestros dos amigos, Jorge y Murillo, al lado de su regimiento, esperaban en una de las calzadas el momento de dar la carga. Cuando se espera un combate próximo, mas que el temor, domina un sentimiento de impaciencia, que hace parecer eternas las horas, y quizá por eso, al romperse el fuego, no se sienten los hombres con esa impresion pavorosa, que es consiguiente al encontrarse frente á una muerte casi segura.

—Jorge, decia Murillo, he sido muy imprudente contigo, pero tu te has vengado pagandome con una generosidad, digna solo de tí.

—No hablemos de eso; porque si algun imprudente ha habido aqui, he sido yo, que estreché mi amistad con Elena, mas de lo que debiera, y comprendiendo todo el peligro que en eso habia.

—Tienes razon, no hay para que hablar mas: Elena está muy calmada, y todos podrán ser muy felices.

—¿Cómo podrán? Podremos debes decir mejor. Pues qué ¿no te acuerdas ya de Leonor, y no consideras que dentro de dos dias á lo mas estamos ya en México?

—No me hables ya mas de Leonor, á pesar de que, como sabes por Alejandra, Caralmuro conoce ya que no es su hija ella; que á lo que parece, no busca sino una posicion elevada. Ha logra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do seducir al viejo Mondragon, aquel amigo de Caralmuro, que vimos en su casa, y muy pronto van á casarse.

—¿Pero cómo sabes todo eso?

—Un amigo que salió esta mañana de México por las canoas, que es conocido de Mondragon, me lo ha contado todo.

—Puede que todavía tenga eso remedio.

—¿Qué remedio? si esa misma persona me ha contado que ha visto á Leonor, viviendo en la casa de Mondragon.

—Eso sí ya es grave. Entonces pensar en otra, que en México sobran muchachas bonitas, y cualquiera de ellas puede hacerte feliz: no hay que afligirse; el mundo es grande, tú joven, y nadie sabe lo que sucederá mañana.

—Tienes razon, soy un tonto.

La mañana comenzaba á aclarar, y todos los soldados comenzaron á moverse, porque en un campamento, aunque se pase la noche en vela, al despuntar la aurora, cuando suena ese toque que los soldados llaman de levante, y las músicas y las bandas de los cuerpos lanzan al viento las notas de esas alegres dianas con que se saluda al nuevo dia, todo el mundo parece despertar como de un profundo sueño, y los tristes pensamientos de la noche se van como perdidos en las últimas sombras que se disipan.

Un ayudante pasó galopando junto á Jorge.

—¿Qué hay de nuevo, compañero?

—Que ya se acabó todo.

Muchos oficiales se agruparon en derredor del ayudante.

—¿Cómo se acabó? preguntó Jorge.

—A la madrugada el enemigó abandonó todas las fortificaciones, los nuestros se apoderaron de ellas, y toda la ciudad está ya en nuestro poder. Oigan los repiques de la Catedral.

Los ecos sonoros y magestuosos de la campana mayor de la Catedral de México, llevados por las puras brisas de la mañana, llegaron á confirmar la verdad de las palabras del ayudante.



—Soldados: ¡triunfó la Independencia! ¡Viva México!

—¡Viva! repitieron todos.

Y los oficiales lloraban y se abrazaban, y los soldados gritaban, y lanzaban al aire sus gorras, y las dianas atronaban los campamentos.

Aquel supremo instante de felicidad compensaba cinco años de penalidades, de sufrimientos, de dolores; aquel era el momento sublime del TABOR; alli la patria bella, radiante, trasfigurada, contemplaba su triunfo. Aquel era el instante que todos y cada uno de los patriotas quisieran haber prolongado por una eternidad. .....

.....

Inmediatamente que la noticia del triunfo circuló por Mexicalzingo, todas las familias que habian salido de la ciudad, comenzaron á disponerse para volver á ella, y tres horas despues, multitud de canoas se deslizaban sobre las aguas de la laguna, conduciendo á México infinidad de personas, ansiosas por volver á ver á sus amigos y á sus intereses.

—¿Qué hacemos? preguntó Alejandra.

—Qué hemos de hacer, contestó Margarita; volvernos inmediatamente á México; no hay peligro ya de ninguna clase, y es necesario buscar á tu padre, antes que por estos acontecimientos, vaya á tener necesidad de salir de la capital. Cacomixtle sabe dónde vive, ¿es verdad?

—Sí, dijo Cacomixtle.

—Pues vamos, dijo Margarita.

—¿Y Jorge? preguntó Alejandra.

—Ha de estar tan ocupado con la entrada de las fuerzas, que ya aqui no le hemos de encontrar; quizá estará ya en México; tu no te apures, que él tendrá cuidado de buscarnos.

—Pues yo me voy, dijo Cacomixtle, á conseguir una canoa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que nos lleve, porque mas tarde será imposible; las espero en el puente.

El muchacho salió corriendo, y poco despues las dos mugeres salian de la casa, acompañadas de Tula y de Anita, que las iban á dejar hasta el embarcadero, y que esperaban verlas al otro dia en México.

El Cacomixtle tenia ya preparada una chalupa; los tres se colocaron en ella, y conducida por un remero moceton y robusto, en dos horas llegaron á desembarcar dentro de la ciudad en el Puente de Jamaica: serian las doce del dia. Cacomixtle se echó al hombro el pequeño equipage, y preguntó á Margarita:

—¿A dónde?

—A la casa de Juan, contestó resueltamente Margarita.

Y el Cacomixtle echó á andar, sirviendoles de guía.

A pesar de los repiques, no reinaba dentro de la ciudad la misma animacion ni el mismo alboroto que en los campamentos.

Pocas personas se atrevian á salir; todos los vecinos estaban sobrecogidos aún, por las terribles escenas que habian presenciado, y casi todo el ejército sitiador permaneció, aun en estos momentos, fuera de las garitas de la ciudad.

Margarita, Alejandra y el Cacomixtle llegaron hasta la puerta de la casa de Caralmuro; el zaguan estaba abierto, y el viejo portero, con sus gafas puestas, leia un boletin del ejército Republicano, con la mima fé con que pocos dias antes recorria las líneas de los periódicos imperialistas.

—¿El señor D. Juan? le preguntó Margarita.

—Salió, contestó el porteo.

Margarita volvió la cara á ver á Alejandra y al Cacomixtle.

—¿Y D. Plácido? preguntó el muchacho.

—Tambien salió, contestó el portero.

—¿Qué hacemos? dijo Alejandra.



—Los esperaremos, contestó Margarita; y luego, dirijiendose al viejo, preguntó: ¿tardará mucho?

—No, por que ya es hora de que coma.

Las dos mugeres y el muchacho se sentaron entonces humildemente á esperar la llegada de D. Juan, en una banquita de madera, de esas que hay en México en el zaguan de las casas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXXII.

### Un huesped y un portero.

EN la mañana del dia del triunfo de los republicanos, despues de la agitada noche en que D. Plácido y Caralmuro salieron de la prision, determinaron ambos salir en busca de Alejandra y Margarita.

Don Plácido conocia el meson en que ellas estaban, y allí fué, por consiguiente, adonde se dirijieron primero.

El huesped era el mismo, pero el meson habia sufrido una gran variacion en sus habitaciones: un cuerpo de caballería se alojaba allí en aquellos momentos, de órden de las nuevas autoridades.

Unas compañías habian entrado ya, y otras estaban todavía formadas en la calle; oficiales, soldados, asistentes, mugeres, todos entraban y salian, haciendo un ruido infernal, arrastrando las espadas, tirando del ronzal caballos y mulas, pisando



perros, hablando, gritando; aquello era una torre de Babel, era casi imposible penetrar allí.

Por fin, á fuerza de trabajos, Caralmuro y D. Plácido llegaron á la administracion: el huesped estaba atarantado verdaderamente; quién le pedia la llave de un cuarto, quién le preguntaba por pastura, quién se metia como "Pedro por su casa," hasta la mesa de la administracion, y se ponia á escribir descansadamente; el pobre hombre contestaba al uno, reconvenia al otro, detenia al de mas allá que se llevaba una escoba, ó que se salia con la pluma tras de la oreja.

Los momentos no eran de lo mas oportunos para averiguar, pero la cosa era de lo mas urgente para Caralmuro y D. Plácido, por la misma presencia de la tropa en el meson.

—Dispense usted, señor, dijo D. Plácido: ¿vive aún aqui la familia que estaba el otro dia, bajo el nombre de Ladislao Pamplona?

—¡Ladislao! dijo el huesped.....

—La llave del catorce, gritó un soldado.

—¿Para qué? dijo el huesped.

—Es el alojamiento de mi capitan Rojas.

—Con permiso de ustedes, voy á dar esta llave.

El huesped entró con el soldado y le entregó la llave. En el momento de salir llega un oficial.

—Amigo, ¿no nos puede abrir aquel cuarto grande que está cerca de los macheros?

—¿Cuál?

—Uno muy largo que dice: "Cal."

—Pero señor, si no les sirve de nada: allí se guarda la cal, y tengo ahora una poca de madera.

—Si no más es para guardar las sillas de la compañía.

—Está muy sucio.

—No le hace, deme la llave.

El huesped se armó de paciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Aqui está la llave; no mas que no me tiren la madera ni me la vayan á coger para la lumbre, porque es fina.

—No tenga cuidado.

—Conque decian ustedes que una familia.....

—Que vivia en el 33: dos señoras y un muchacho.

—¡Ah! sí: que le decian.....

—Amigo, dijo llegando otro oficial: ¿no pudiera darnos una caballeriza chica que está allá dentro?

—Señor, tengo alli mis animales.

—¿Qué le hace? al fin es por poco tiempo; y usted ha de tener por aqui alguna casa conocida adonde llevarlos; es para los caballos del coronel.

—¿Cuántos son los caballos?

—Dos del coronel, dos de los asistentes, y una mula.

—Mire usted, los dos del coronel caben con los mios, pero los demas no.

—Puede que quepan; vamos á ver.

—Vamos: con permiso de ustedes, señores.

El hombre tardó en volver como una media hora.

—Conque sí..... dos señoras y un muchacho que le decian el ardillo.

—El Cacomixtle, dijo D. Plácido.

—Eso es, el Cacomixtle; me acuerdo..... Oiga, oiga, soldado, ¿adónde se lleva esos costales? déjelos.

—Son para la pastura.

—No: déjelos ahí.

—Es órden del mayor.

—¿Adónde está el mayor?

—En su alojamiento: vamos á verle.

—Vamos: si él me responde, los llevará; si no, no.—Señores, con el permiso de ustedes, vuelvo.

—¿Será esto cosa de nunca acabar? dijo D. Juan.



—Así parece, contestó D. Plácido. ¡Pobre hombre! le van á volver loco.

—Y á nosotros tambien.

—Ahí viene.

El huesped llegó diciendo:

—Un momento, un momento: no mas le entrego á este soldado unos costales, y que me den el recibo.

Fué preciso esperar que entregase los costales y que le pusieran el recibo.

—Aqui estoy ya; pero señor, esas señoras se fueron hace ya muchos dias; ahora en el 33 está parte de la banda de este cuerpo.

—¿Y sabe usted adónde se fueron?

—El muchacho me dijo que se iban para Mexicalzingo.

—Señor, ¿no tiene usted un colchon que prestar para mi teniente, que está enfermo? dijo un asistente.

—Vamos á ver si hay: señores, con el permiso.

—Nos vamos nosotros: hasta luego, y gracias, dijo D. Plácido.

Los dos se dirijieron á la puerta del meson; la guardia estaba ya colocada.

—¡Atrás! dijo el centinela.

—¿Por qué? preguntó D. Juan.

—No hay órden. ¡Cabo cuarto!

—¿Qué ocurre? preguntó el cabo.

—Estos paisanos quieren salir.

El cabo miró al oficial de guardia.

—¡Salen! dijo el oficial.

—¡Salen! repitió el cabo.

El centinela terció su arma, y D. Plácido y Caralmuro se encontraron en la calle.

—Ahora sí estamos mal, dijo D. Juan· ¿dónde buscarlas?

—Vamos á la casa, y de alli iremos á caballo por el rumbo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Mexicalzingo, á ver si estan allí ó las vemos por el camino.

—Me parece muy bien.

.....

.....

Margarita y su hija seguian esperando en el zaguan: Cacomixtle se asomaba continuamente hasta la mitad de la calle.

—¿Tardarán mucho? preguntó Margarita al viejo portero.

—No sé, contestó secamente el viejo.

—¿No vendrán á comer?

—Ellos lo sabrán. Y el viejo, sin mas miramientos, se metió á su cuarto.

De repente se oyó el ruido de un carruaje, y el cupé de D. Juan entró hasta en medio del patio.

El portero salió de su cuarto, un lacayo abrió la portezuela, y D. Juan y su amigo bajaron del coche y se dirijieron á la escalera, sin ver al Cacomixtle ni á las dos mugeres que no se atrevian á hablar.

—Señor, dijo el portero á D. Juan, ahí estan dos señoras esperando á su merced: ¿les digo que no está aquí su merced?

—¿Qué quieren?

—No me han dicho.

—Diles que vengan.

D. Juan se detuvo al pié de la escalera, y D. Plácido que habia subido ya algunos escalones, volvió para ver á las señoras.

Margarita y Alejandra, conducidas por el portero y seguidas de Cacomixtle, se acercaron. D. Juan no las reconoció, pero D. Plácido inmediatamente bajó gritando:

—¡Alejandra, D. Juan! ¡Alejandra y Margarita!

—¡Margarita! ¡Alejandra! ¡Hija mia!

—Sí D. Juan, dijo D. Plácido; su hija, su esposa, que usted confió á mi cuidado y que Dios se las vuelve.

D. Juan estrechaba contra su pecho aquellas dos cabezas: D. Plácido, enternecido, contemplaba la escena; el portero estaba en babia.



Caralmuro comenzó á subir las escaleras abrazado de su hija y de su muger, y D. Plácido y el Cacomixtle, sin hablar una palabra, subian tambien trás ellos.

—Buena la hice, decia el portero; si me guardarán rencor: al mejor se le va la liebre, ya Dios dirá.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXXIII.

### Un castigo del cielo.

ALEJANDRA contó á su padre y á D. Plácido todas las persecuciones de que habia sido víctima: D. Celso apareció tal cual era, y la indignacion encendia mil veces el rostro de Caralmuro durante aquella relacion.

—Es necesario, dijo, castigar á ese monstruo: ni Dios ni los hombres honrados pueden tolerarle: yo sobre la tierra, en este momento, voy á hacerlo, y yo sabré hacerme justicia.

—¡Padre mio! exclamó Alejandra: ¿qué es lo que usted intenta?

—Castigar á un malvado. ¿Usted me acompañará, D. Plácido?

—Sí, iremos, y Dios nos iluminará en lo que hemos de hacer con él.

—¡Juan! dijo Margarita viendo que Caralmuro tomaba su sombrero.

—Es inútil toda reflexion; nada oiré. Vamos, D. Plácido.



—Vamos.

Era tan resuelto el aire que habia tomado Caralmuro, que su muger y su hija no se atrevieron á detenerle, y salió acompañado de D. Plácido.

Caminaban de prisa y muy distraidos, cuando al llegar cerca de la casa de D. Celso, Caralmuro oyó que le llamaban por su nombre; volvió el rostro, y vió un oficial que viniendo á caballo se apeaba, dejando el animal á su asistente, y corria hácia él para abrazarle.

Caralmuro iba tan preocupado, que al pronto no conoció al oficial, pero luego que se fijó en él, exclamó:

—¡Don Jorge!

—¡D. Juan! ¡Señor D. Plácido!

—Amigo, ¡cuánto gusto tengo! ¿A qué hora ha entrado usted!

—Acabo de llegar, y los ví; y no he podido resistir al deseo de hablarles: dispensen ustedes mi imprudencia, si los he detenido.

—¿No hay de qué, dijo Caralmuro; por el contrario, no podia usted haber llegado con mas oportunidad.

—¿Por qué, señor?

—Vamos á buscar y á castigar á un malvado, de quien usted habrá oido hablar.

—¿De quién se trata?

—De D. Celso.

—¡Infame! Alejandra en Mexicalzingo me ha contado todas sus maldades.

—¿Vió usted alli á mi hija?

—Sí. ¿Usted la ha encontrado ya?

—Está en mi casa.

—¿Pero cómo.....?

—Ya le contaremos á usted eso: vamos pronto, antes de que se escape ese bribon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Permítame usted un momento, dijo Jorge; me quitaré las espuelas para poder acompañarles.

Jorge se quitó las espuelas, se las entregó á su asistente, tomó su pistola, que colgaba de la cabeza de la silla, se la ciñó, y dijo:

—Cuando usted quiera, señor D. Juan.

Los tres entraron en la casa de D. Celso, y el asistente quedó en la calle teniendo el caballo.

El zaguan estaba abierto, y al entrar se notaban fragmentos de trapos y papel quemados y algunas balas; en el piso habia una mancha negra.

—Aqui han quemado parque, dijo Jorge.

—¿En qué lo conoce usted? preguntó D. Juan.

—Mire usted el rastro de la pólvora, y balas sueltas y ennegrecidas, y papel con que se envuelven las paradas, quemado tambien.

—Alguna nueva maldad de este hombre, tal vez.

Entraron al patio y no vieron á nadie; subieron la escalera, y tampoco.

La puerta de la sala estaba abierta, y los tres se dirijieron á ella.

—Nadie, dijo D. Juan.

—Nadie, repitieron los otros.

—¡Si se habrá fugado! dijo D. Plácido.

—Es muy capaz, contestó Jorge.

—¡Lo dicho! exclamó Caralmuro entrando á la recámara.

Todo estaba en el mayor desórden; los roperos, los cajones, las alacenas, todo abierto, todo vacío; era seguro que allí habia habido un saqueo, se habia perpetrado un robo.

El dueño nunca hubiera sacado de allí sus cosas de aquella manera.

Caralmuro y D. Plácido seguian registrando la casa, Jorge iba detrás.



Al salir de la recámara de D. Celso, Jorge vió un papel, lo levantó, y comenzó á leerlo.

Caralmuro oyó unos gemidos, abrió una puerta, y lanzó un grito de espanto.

En el mismo momento Jorge lanzó otro grito, y se puso pálido.

Don Plácido miró á los dos sin comprender la causa.

—¡Don Plácido! ¡D. Plácido! dijo Caralmuro, ¡mire usted qué cosa tan espantosa!

Don Plácido se adelantó para ver lo que le demostraba Caralmuro.

En una pieza completamente iluminada por el sol del medio dia, en dos camas colocadas una cerca de la otra, dos figuras, con el cuerpo y el trage de muger y la cabeza horriblemente descompuesta, se retorcian agitando los brazos, y lanzando gritos inarticulados que nada tenian que se pareciese á la voz humana.

—¿Pero qué es esto? decia D. Plácido, ¿qué es esto tan espantoso?

—Dos mugeres quemadas, á lo que parece, y abandonadas aqui sin auxilio de ninguna clase, sufriendo indudablemente dolores horribles, y sin una medicina, sin nada. ¡Jorge, Jorge!

Jorge se habia detenido pensativo, pero al oir que le llamaban, se acercó, y al contemplar aquel espectáculo, no pudo menos, á pesar de la preocupacion de su espíritu, de lanzar una exclamacion:

—¡Qué horror! señor Caralmuro. Pero estas mugeres ¿están solas?

—Quizá haya álguien por allá dentro.

—Voy á ver, dijo D. Plácido.

Salió, y poco despues entró diciendo:

—Nadie, nadie: la casa está sola y robada, á lo que parece.

En efecto, luego que los criados vieron el estado de Pilar y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Ramona, aprovechando el desórden que reinaba en la ciudad á consecuencia del desbandamiento de las tropas, se fueron todos llevándose cuanto encontraron, y dejando abandonadas á aquellas dos infelices.

El cielo castigaba los crímenes de aquellas mugeres, pero de un modo terrible.

—Es necesario dar parte de lo que aquí ocurre, dijo Caralmuro.

—Iré á avisar al jefe de la plaza, dijo D. Plácido.

—Vaya usted pronto, porque estas desgraciadas se mueren.

Don Plácido salió á dar parte de lo que habian visto, y Caralmuro se acercó á las camas de las enfermas.

Pilar no hablaba nada; tenia una respiracion jadeante y entrecortada, y de cuando en cuando lanzaba unos gemidos: habia recibido el fuego mas directamente.

Ramona estaba un poco menos mal, y Caralmuro creyó adivinar que decia.

—¡Agua!

—Esta muger quiere agua. D. Jorge, vea usted si hay, y tráigame una poca.

Jorge trajo un vaso con agua, pero fué imposible hacérsela beber, toda se derramó en la cama, y habia el riesgo de ahogarla si se insistia en que la tomara.

—Don Jorge, dijo Caralmuro, permanezca usted un momento aqui, mientras voy á ver á un médico amigo mio, que vive aqui cerca.

—Muy bien, señor.

Jorge tomó una silla y se sentó frente á las enfermas: luego que se vió solo, sacó de la bolsa un papel y comenzó á leer en voz alta:

"Señor D. Celso: Estoy resignada á todo: puede usted disponer de mí: venga usted á la hora que quiera, ó mande usted



que vaya adonde lo disponga; pero salve usted á mi madre.—*Alejandra.*"

Era la carta que Alejandra habia escrito á D. Celso desde su prision, y que se habia olvidado de quemar aquel malvado, ó quizá intencionalmente, para deshonrar á la pobre muchacha, la habia dejado alli.

Jorge la encontró, y al leerla y al reconocer la letra y la firma de su amada, habia lanzado el grito de espanto que llamó la atencion de D. Plácido.

—¡Dios mio! decia Jorge leyendo la carta, ¡qué funesto descubrimiento! ¡y en el dia que yo creia el mas feliz de mi vida! Y no hay duda: ¡es su letra.....! ¡es su firma.....! "Disponga usted de mí....." ¡Esto es espantoso! ¡ese infame se ha burlado de ella.....! ¡Alejandra deshonrada..... infamada..... Y me lo ocultaba..... y me engañaba..... y quizá se reia de mí..... Y por esa muger he dejado á Elena, á ese ángel de pureza.....! ¡Dios mio! Pero si Alejandra sucumbió por salvar á Margarita..... ¡Pobre Alejandra! ¡pobre niña, víctima de esa víbora.....! No: ella no es culpable.... ¡Yo buscaré á ese hombre, yo le arrancaré el corazon!

Jorge inclinó la cabeza y quedó como sumergido en un letargo, perque no sintió los pasos de una persona que llegaba, y no alzó el rostro hasta que no oyó el grito que lanzó el recien venido al ver á las dos mugeres.

—¡Cacomixtle! Dios te envía: oyeme, respondeme: ¿me dirás la verdad?

—¿Qué tiene usted con esa cara tan espantada?

—Respóndeme, ¿desde cuándo estás con Alejandra?

—Desde que las saqué de la diputacion.

—¿Pero eso cómo ha sido? no me ocultes nada.

—¿Para qué le he de ocultar á usted nada? Yo estaba con D. Celso, ya le conté á usted: me enviaba á llevar la comida y logré sacar la órden de libertad, y se acabó: ya usted sabia eso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Bien: ¿pero D. Celso no enamoraba á Alejandra?

—¡Vaya si la enamoraba! y le dijo que si no le queria, fusilaba á Doña Margarita: la pobre Alejandra lo creyó.....

—¿Y qué? ¿y qué?

—Que le escribió á D. Celso diciendole que la fuera á ver: eso me lo contó ella.

—Bien; ¿pero qué sucedió? ¿qué sucedió? ¡Acaba por Dios!

—Voy, que no soy escopeta: que el viejo recibió la carta, pero cuando fué, si llegó á ir, ya yo me habia sacado libres á las dos, y él se quedaria echando chispas. ¡Quién lo hubiera visto!

Y Cacomixtle lanzó una carcajada.

Jorge sintió que le volvia el alma al cuerpo: abrazó al Cacomixtle, le levantó, y hasta le besó; rompió la carta y pateó los pedazos, y se hubiera puesto á bailar si no lanzara un gemido una de las enfermas.

—¡Pero qué ha pasado aquí? preguntó Cacomixtle.

—No sé: así hemos encontrado las cosas: tu tal vez conoces quienes son estas mugeres.

—Por la ropa: bien, esta es Ramona, la mujer del tio Lalo; y esta Pilar, la criada de D. Celso.

—¿Pilar y Ramona? dijo D. Juan que llegaba en este momento con D. Plácido y con unos hombres que venian por las enfermas para llevarlas al hospital.

—Pilar y Ramona, dijo el Cacomixtle; venia yo á buscarlas para irle á avisar á usted que las castigáran de algun modo.

—Pues ya el cielo se encargó de eso, exclamó Caralmuro; y seguido de sus amigos salió del cuarto, dejando la casa en poder de la autoridad.

## XXXIV.

### En que esta historia va tocando á su fin.

Tan preocupados salieron Caralmuro y sus compañeros de la casa de D. Celso, que apenas se acordó el primero de ofrecer á Jorge la suya, ni decirle nada de lo que se habia descubierto respecto á su nacimiento.

Jorge montó á caballo y se dirijió al colegio de Minería, donde estaba el cuartel general: al pasar por la gran plaza de la Constitucion, conoció á Mondragon que caminaba á pié, llevando á Leonor del brazo.

Jorge, mal prevenido contra la jóven por lo que Murillo le habia contado en Mexicalzingo, hizo como que no les habia conocido, y se pasaba de frente sin detenerse ni saludarles; pero ellos inmediatamente le conocieron.

—¡Padre! ¡Jorge! Ahí va Jorge.

—Llamémosle, hija mia; pero nada le digamos aqui; hay mucha gente.

—Le llevaremos á nuestra casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Bien: ¿pero D. Celso no enamoraba á Alejandra?

—¡Vaya si la enamoraba! y le dijo que si no le queria, fusilaba á Doña Margarita: la pobre Alejandra lo creyó.....

—¿Y qué? ¿y qué?

—Que le escribió á D. Celso diciendole que la fuera á ver: eso me lo contó ella.

—Bien; ¿pero qué sucedió? ¿qué sucedió? ¡Acaba por Dios!

—Voy, que no soy escopeta: que el viejo recibió la carta, pero cuando fué, si llegó á ir, ya yo me habia sacado libres á las dos, y él se quedaria echando chispas. ¡Quién lo hubiera visto!

Y Cacomixtle lanzó una carcajada.

Jorge sintió que le volvia el alma al cuerpo: abrazó al Cacomixtle, le levantó, y hasta le besó; rompió la carta y pateó los pedazos, y se hubiera puesto á bailar si no lanzara un gemido una de las enfermas.

—¡Pero qué ha pasado aquí? preguntó Cacomixtle.

—No sé: así hemos encontrado las cosas: tu tal vez conoces quienes son estas mugeres.

—Por la ropa: bien, esta es Ramona, la mujer del tio Lalo; y esta Pilar, la criada de D. Celso.

—¿Pilar y Ramona? dijo D. Juan que llegaba en este momento con D. Plácido y con unos hombres que venian por las enfermas para llevarlas al hospital.

—Pilar y Ramona, dijo el Cacomixtle; venia yo á buscarlas para irle á avisar á usted que las castigáran de algun modo.

—Pues ya el cielo se encargó de eso, exclamó Caralmuro; y seguido de sus amigos salió del cuarto, dejando la casa en poder de la autoridad.

## XXXIV.

### En que esta historia va tocando á su fin.

Tan preocupados salieron Caralmuro y sus compañeros de la casa de D. Celso, que apenas se acordó el primero de ofrecer á Jorge la suya, ni decirle nada de lo que se habia descubierto respecto á su nacimiento.

Jorge montó á caballo y se dirijió al colegio de Minería, donde estaba el cuartel general: al pasar por la gran plaza de la Constitucion, conoció á Mondragon que caminaba á pié, llevando á Leonor del brazo.

Jorge, mal prevenido contra la jóven por lo que Murillo le habia contado en Mexicalzingo, hizo como que no les habia conocido, y se pasaba de frente sin detenerse ni saludarles; pero ellos inmediatamente le conocieron.

—¡Padre! ¡Jorge! Ahí va Jorge.

—Llamémosle, hija mia; pero nada le digamos aqui; hay mucha gente.

—Le llevaremos á nuestra casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En este momento Jorge pasaba cerca.

—¡Jorge! gritó Mondragon.

—¡Jorge! ¡Jorge! gritó Leonor.

El jóven tuvo que detenerse y saludar.

—Háganos usted el favor de apearse del caballo y venir con nosotros.

—En este momento tengo que ir al cuartel general, contestó Jorge; es negocio importante.

—No importa, dijo Leonor, venga usted con nosotros.

—Muy bien, señorita, contestó Jorge; y apeandose, fué á colocarse al lado de Mondragon.

—Vamos, dijo Leonor; y se tomó ligera del brazo de Jorge.

—¡Qué cosa tan extraña! pensaba Jorge. Esta muchacha me trata con una confianza como si fueramos amigos viejos: aqui pasa algo: es necesario estar sobre aviso, porque esta muchacha es peligrosa.

Llegaron á la casa, entraron á la sala, y al momento Leonor, sin poderse contener, se arrojó en los brazos de Jorge, diciendole:

—¡Hermano mio! ¡Hermano mio! ¿Me reconoces?

—¡Mi hermana! dijo Jorge asombrado.

—Tu hermana, hijo mio, tu hermana, decia Mondragon abrazandole tambien, y llorando.

—¡Yo hijo de usted! ¿Qué es esto?

—La verdad, hijo mio, la verdad: Dios me ha permitido encontrar á ustedes antes de morir.....

—¿Pero esta señorita no era hija de D. Juan, no se iba á casar con usted?.....

—¡Por Dios, Jorge, no me digas señorita! Leonor, tu hermana, tu hermana.

—Ya sabrás esas historias; por ahora no dudes, hijo mio, ten fé; esta es tu hermana, yo tu padre: D. Juan, D. Plácido, todos lo saben.....



—¡Pero señor!.....

—Ven, hijo mio, tienes motivos de dudar: acontecimientos de esta clase no pueden creerse asi no más; ven á ver á Doña Salvadora, y conocerás la historia de tu nacimiento.

Y Jorge, llevado de una mano por su padre y de otra por Leonor, entró adonde estaban Doña Salvadora y Doña Estefanía.

La pobre vieja tuvo que contar por la décima vez aquella historia, y Jorge no pudo negarse á la evidencia; y abrazó, llorando de ternura, á su padre y á su hermana.

—Solo me inquieta ya, hijos mios, dijo Mondragon, la suerte de Matilde: cualquiera que haya sido su conducta, es vuestra madre.....

—¿Pero cómo.....? dijo Jorge.

—Solo la vieja Pilar podrá darnos noticia de ella.

—Entonces pierda usted, padre, toda esperanza.

—¿Por qué?

—El cielo ha castigado á esa desgraciada; y hoy, yendo con D. Juan á buscar á D. Celso, hemos encontrado á Pilar y á otra vieja, que se llama Ramona, con las caras completamente quemadas, monstruosas, sin vista, sin oido, sin habla, abandonadas, casi moribundas.....

—¡Jesus, qué horror! dijo Leonor.

—¿Y D. Celso?

—Ha desaparecido.

—Dios le castigará.

Jorge no pensó ya en todo el dia en volver al cuartel, ni en salir de la casa, y apenas le alcanzaba el tiempo para contestar á D. Felipe y á Leonor, que le hablaban del cura Ruiz, de la señora Joaquina y de Alejandra.

En la tarde, un coche llegó á la casa de Mondragon, y bajaron de él Caralmuro, Alejandra y Margarita.

Jorge habia contado ya á su padre su amor á Alejandra y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su promesa de casarse con ella; Caralmuro por su parte habia sabido con gusto la pasion de su hija por Jorge, y la noticia fué para los dos padres, verdaderamente satisfactoria.

Mondragon, Jorge y Leonor, salieron á recibir á Caralmuro y á su familia.

Todos se conocian, al menos de nombre, y todas aquellas personas se amaban y se consideraban una sola familia.

Caralmuro y Mondragon no hicieron misterio de los amores de sus hijos.

—Vamos, amigo D. Felipe, dijo D. Juan: estaba de Dios que mi hija fuera esposa de un Mondragon; y sin que usted se ofenda, estoy mejor por el muchacho.

—¿Y tu tambien, es verdad? dijo Mondragon acariciando paternalmente la mejilla de Alejandra.

La muchacha se puso como una amapola.

—Pues es cosa hecha, D. Felipe, arreglaremos la boda, dijo Mondragon: quiero que sea como la de "Camacho."

—O mejor, contestó Mondragon alborozado como un muchacho.

—¿Y Murillo? preguntó de repente D. Juan: ¿cómo no le veo aqui con su amigo Jorge?

Mondragon, antes de contestar, miró á Leonor: entonces tocó su turno á Leonor de ponerse encendida.

—¡Pobre Murillo! pensó Jorge: ¡qué contento se va á poner! Y luego dijo en voz alta:

—Señor, si Murillo no está aqui, es por culpa mia, que buenos deseos tendria él de venir, si supiera lo que ha pasado; pero aun no le he dicho nada. Son las siete: voy por él.

—Vé, hijo mio; ese jóven ha sido tu hermano en la desgracia; que venga á participar de tu felicidad.

Jorge salió precipitadamente á la calle y se dirijió al cuartel: temia ir á la casa de Murillo por no encontrarse con Elena.

Murillo estaba en el cuartel, en una silla reclinada contra la



pared: el pobre muchacho pensaba en el desengaño que habia tenido, al saber que Leonor se casaba con Mondragon.

Jorge venia radiante de felicidad; Murillo le tendió tristemente la mano.

—¿Qué hay? dijo Murillo.

—Tu siempre tan triste, contestó Jorge procurando contenerse para gozar mas con la noticia que le traia.

—¿Qué quieres? esta es mi vida.

—¿En qué piensas?

—En esa muger, en Leonor.

—Olvídala, hombre, dijo Jorge sonriendo.

—¡Imposible, imposible!

—Consuélate: quizá de repente serás feliz.

—Tu que sabes lo que pasa, ¿crees podré serlo?

—Creo que sí.

—¿Cómo?

—¿Qué me darás por una noticia que te traigo?

—¿Qué quieres?

—Un abrazo.

—Sin noticia y sin nada te lo daré.

—Pues dámelo, dámelo; porque la noticia lo merece.

Murillo, abrigando una esperanza, abrazó tiernamente á su amigo.

—¿Amas mucho á Leonor? preguntó Jorge.

—Mas que á mi vida.

—¿Y te casarias con ella?

—¡Oh, seria para mi la suprema felicidad!

—¿Fuera su padre quién fuera?

—Sí, sí.

—Pues bien, Murillo, Leonor es mi hermana; es hija, como yo, de D. Felipe Mondragon.

—¡Jorge! no me engañes, no te burles de mí, gritó Murillo, pálido de emocion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Por mi honor te lo juro, ven á mi casa.

Murillo se arrojó al cuello de Jorge, y le oprimió con todas sus fuerzas.

—¡Loco, loco! ¡me ahogas, me ahogas!

—Sí, estoy muy contento.

—Bien; pero déjame: no te pedí mas que un abrazo y no tantos. ¿Tienes aqui que hacer?

—No; y aunque tuviera, ¿qué quieres?

—Vamos á mi casa, te esperan; allí está Caralmuro con su hija, que es mi Alejandra: ya sabes, nuestra buena amiga Margarita: ¡todos, todos muy contentos!

—Pues vamos, vamos.

Los dos llegaron á la casa, y Murillo fué recibido con verdadero placer por todos.

.....

.....

La boda de Jorge y de Alejandra quedó arreglada.

Murillo no quiso quedarse atrás, y como el terreno estaba bien preparado, antes de dos dias D. Bartolomé de Murillo pedia á Leonor en matrimonio para su hijo Eduardo, y Mondragon no pudo negarse: la muchacha estaba enamorada, y Eduardo era todo un buen chico.

Las dos bodas se fijaron para el mismo dia.

## XXXV.

### En casa del vicario.

A la derecha del camino que conduce de México á Morelia, y un poco mas adelante de Toluca, hay un pueblo pequeño que se llama Jocotitlan.

Este pueblo, situado á la falda de un elevado cerro, que lleva el mismo nombre, debe á ese mismo cerro, que se descubre desde larga distancia, el ser mas conocido que los otros que estan en sus inmediaciones: por lo demas, nada se ve alli que pueda llamar la atencion de los viajeros.

Una tarde, pocos dias despues de la rendicion de México, un hombre vestido de cuero, montado en un hermoso caballo alazan y seguido de un criado, llegaba á la puerta de la casa cural de aquel pueblo.

El hombre se apeó con desembarazo, y entró en el curato como en la casa de un amigo: el criado se puso á pasear frente á la puerta los caballos, que parecian venir muy fatigados.

Pocos momentos despues, casi arrastrandose, apoyada en un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tosco bordon, llegó á la misma puerta una muger que tenia todas las apariencias de ser una de esas limosneras que caminan por todos los pueblos, y se mantienen en sus viajes, cansando su pobre cuerpo por no cansar la caridad que les da el sustento.

La muger se sentó en el dintel de la puerta, y comenzó á dormitar.

Del interior de la casa salieron entonces, el viajero que habia llegado á caballo, y un clérigo grueso y viejo, que se deshacia en cumplimientos.

—Sí señor, decia el clérigo; el señor cura está ausente, pero yo hago sus veces, y puesto que usted es su amigo, tendré mucho gusto en serle á usted útil de todas maneras.

—Mil gracias: solo me detendré aqui esta noche, contestó el viajero: ya usted sabe cómo andan las cosas, y no quiero comprometer á usted, aunque sé que es de los nuestros.

La limosnera al oir la voz de aquel hombre, alzó la cabeza y le miró; sus ojos brillaron de una manera siniestra.

—¡Muchacho! gritó el vicario: mete esos caballos y que te den allá dentro la pastura: les echas de cenar, y luego subes á tomar algo. ¿Le parece á usted, señor?

—Sí, como usted lo disponga.

—Pues vamos á que tome usted su chocolatito.

El criado entró con los caballos, y luego el vicario y su acompañante se entraron tambien.

La limosnera les vió subir, y luego exclamó:

—¡Don Celso! ¡Infame! Dios me envía trás de tí como tu sombra. Por tí, por tus crímenes huyo de mi casa, de mi madre, de mi hija..... ¡De mi hija tan hermosa, tan simpática, tan buena....! Y sin pensarlo, y sin quererlo, cuando solo busco un pedazo de pan con que saciar mi hambre, te encuentro.... ¡Infame! ¡Estás maldito de Dios..... y yo tambien!

La muger se recostó en la puerta, y cediendo al cansancio y la debilidad, se quedó dormida.



Media hora permaneció así, hasta que los pasos de una persona que pasaba corriendo, la despertaron: era una criada del vicario: á poco salió un mozo corriendo tambien, y luego otro, y la primera muger volvió acompañada de otra, y se notaba un movimiento raro en la casa, como si pasara algo funesto, porque todos los que entraban y salian, estaban como espantados.

La "Guacha" deseaba saber lo que allí sucedia, desde que habia visto entrar á D. Celso: lo que pasaba en el curato, tenia para ella un interes muy grande, pero no se atrevia á preguntar.

Por fin uno que entraba, encontró con otro que salia.

—¿Qué ha sucedido aqui, Rosalío? dijo el que entraba.

—Señor, una desgracia muy grande: que esta tarde un señor vino á visitar al señor vicario, y al acabar de tomar su chocolate, se ha caido muerto.

La "Guacha" se enderezó violentamente.

—¡Muerto! dijo el que entraba.

—¡Muerto! Ya el señor vicario, y D. Policarpo el de la barbería, le reconocieron, y dicen que está bien muerto.

—¿Y qué va á hacer el señor vicario?

—Pues ya tendieron al señor con sus velas, y yo iba á llamar á usted para que hiciera el cajon.

—Ya me habian llamado, pero yo creia era para otra cosa.

—Pues suba usted, que le estan esperando.

El que iba á hacer el cajon, que era el carpintero del pueblo, subió á la habitacion del vicario.

En una salita pequeña, encima de una gran mesa, estaba tendido D. Celso, con las manos atadas por delante, como se acostumbra hacer por allí con todos los muertos, y los piés ligados entre sí con un lienzo.

Cuatro enormes cirios ardian á los lados del cadáver.

—¿Qué dice usted, maestro, qué desgracia? dijo el vicario viendo entrar al carpintero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Qué dice usted, señor! ¿Y cómo ha sido?

—Pues nada, tomando chocolate, de renpente cayó, y ya estaba muerto; pero tan rápidamente, que no alcanzó ni para apretarle la mano: no más le absolví *sub condicione*.

—¡Pobre señor!

—Para que usted vea, maestro, cuánto importa estar preparado: nadie sabe cuándo llegará su hora..... ¡Qué se va á hacer! *Requiescat in pace*. A ver, tómele usted medida para su cajon; pero que sea una cosa fuerte, porque no mas voy á depositarle mientras escribo á México, á ver si tiene familia....

El carpintero tomó medida.

—Señor vicario, la verdad es que no hay ahora buena madera.

—¿Cómo no ha de haber, con tantos montes?

—No hay, como haber Dios.

—No jure, maestro, que es pecado. ¿Pues qué no se conseguirán unas tablas buenas?

—Es dificil; porque los *naturales*, por la guerra, no han bajado en estos dias; pero haré un poder, y no tenga usted cuidado.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—Vela usted esta noche; ¿pues cómo he de tener el muerto en mi casa? Mañana le encajonamos, le digo su misa *de Requien*, y le deposito; por eso necesito muy temprano el cajon.

—Haré todos los *imposibles*, señor.

—Pues váyase pronto, y á trabajar: ¿cuánto me lleva por el cajon?

—Por ser para usted, señor, ahí serán cuatro pesos.

—¡Jesus, qué caro! tres.

—No señor, está cara la madera.

—Tres pesos cuatro reales.

—Tres con seis.



—Vamos, tres con seis.

—¿No me presta usted un peso?

—Siempre pidiendo adelantado: tenga usted, y no vaya á tomar pulque.

—Pierda usted cuidado.

El carpintero salió á trabajar, y veló toda la noche.

"La Guacha" consiguió licencia de quedarse alli en la noche, y hasta le dieron de cenar.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, el carpintero entraba al curato con una gran caja de muerto, hecha de madera blanca.

—A ver, maestro, qué tal ha quedado usted, decia el vicario.

—No quedará usted á disgusto: bien clavado, bien ensamblado, muy parejo.

—Sí, todo está bueno, pero aquí tiene un gran remiendo esta tabla.

—Es la verdad, pero ya le dije á usted, señor, que no se encuentra madera.

—Pero si este remiendo viene á quedar enfrente de la cara del difunto.

—Sí señor, se lo puse ahí porque es donde no hace fuerza para nada; vea usted, en otra parte el remiendo cargaba peso, y aqui frente á la cara, no.

—Vaya, tiene usted razon: aqui está su dinero; pero ayúdenos á meter á este pobre señor en su cajon.

—Con mucho gusto. ¿No le envolvemos en algo?

—Sí, en el zarape en que está tendido. Le envolveremos el cuerpo; la cara no, ¿para qué?

El carpintero envolvió fuertemente el cuerpo de D. Celso en su zarape, y luego le metieron en la caja.

—Maestro, está muy oprimido.

—Señor, es bueno asi, por si se lo llevan, porque no se vaya jugando el cuerpo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Siempre tiene usted disculpa.

—La verdad.

—Clávelo usted.

El carpintero clavó la tapa del ataud fuertemente, y remachó los clavos.

La verdad era que el ataud no podia ser peor; madera vieja y mal hecho, pero no habia otra cosa.

Cuatro hombres lo bajaron á la iglesia: el vicario, con ornamentos negros, le dijo una misa, y luego se depositó el cádaver en una pequeña bóveda que formaba debajo del altar mayor, y á la que se podia entrar por una pequeña puerta que carecia de llave.

Una vez depositado el cádaver, los fieles que habian asistido á la misa, salieron, el sacristan cerró las puertas, y la iglesia quedó sola y en el mas profundo silencio.

---

## XXXVI.

### El amor de otros tiempos.

CUANDO todo quedó ya en silencio dentro de la iglesia, del pié de uno de los altares se fué levantando la "Guacha," que habia permanecido alli, sin que el sacristan lo hubiera advertido.

Poco á poco se puso en pié; y sin vacilar, como si la fuerza de su alma hubiera comunicado vigor desconocido á sus miembros, se dirijió á la puerta de la bóveda en que estaba depositado el cuerpo de Valdespino: llegó, la puerta estaba abierta; y la "Guacha" penetró en aquel recinto.

Era aquella una pequeña y maciza bóveda de cantería, sin mas entrada que la puerta, y alumbrada por una pequeñísima claraboya, á una altura como de tres varas de la tierra.

Aquella bóveda servia como de almacen en la iglesia: habia alli vigas, cajones, mesas, esculturas viejas; en fin, una gran porcion de objetos mas ó menos servibles, pero todos de los dedicados al culto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Siempre tiene usted disculpa.

—La verdad.

—Clávelo usted.

El carpintero clavó la tapa del ataud fuertemente, y remachó los clavos.

La verdad era que el ataud no podia ser peor; madera vieja y mal hecho, pero no habia otra cosa.

Cuatro hombres lo bajaron á la iglesia: el vicario, con ornamentos negros, le dijo una misa, y luego se depositó el cádaver en una pequeña bóveda que formaba debajo del altar mayor, y á la que se podia entrar por una pequeña puerta que carecia de llave.

Una vez depositado el cádaver, los fieles que habian asistido á la misa, salieron, el sacristan cerró las puertas, y la iglesia quedó sola y en el mas profundo silencio.

---

## XXXVI.

### El amor de otros tiempos.

CUANDO todo quedó ya en silencio dentro de la iglesia, del pié de uno de los altares se fué levantando la "Guacha," que habia permanecido alli, sin que el sacristan lo hubiera advertido.

Poco á poco se puso en pié; y sin vacilar, como si la fuerza de su alma hubiera comunicado vigor desconocido á sus miembros, se dirijió á la puerta de la bóveda en que estaba depositado el cuerpo de Valdespino: llegó, la puerta estaba abierta; y la "Guacha" penetró en aquel recinto.

Era aquella una pequeña y maciza bóveda de cantería, sin mas entrada que la puerta, y alumbrada por una pequeñísima claraboya, á una altura como de tres varas de la tierra.

Aquella bóveda servia como de almacen en la iglesia: habia alli vigas, cajones, mesas, esculturas viejas; en fin, una gran porcion de objetos mas ó menos servibles, pero todos de los dedicados al culto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El ataud estaba colocado en el suelo, en medio de la bóveda. La "Guacha" se arrodilló cerca de él.

—Ya no eres nada.... dijo, ya no eres nada; pero has muerto como no merecias morir: tú, el verdugo de la inocencia, tú, que causastes mi desgracia, mi vergüenza; ¡oh! tu debias haber sentido por lo menos los tormentos que hiciste sentir á tu hija, á la pobre Ines: has muerto, y sin embargo.... no te perdono, no te perdono.

La "Guacha" quedó pensativa, y de repente se enderezó espantada; habia sentido ruido dentro del cajon; quiso huir, pero el terror se lo impidió.

Se oyó entonces como si el muerto golpease la tapa con la frente, y gritos ahogados.

—¡Socorro! ¡socorro!

—¡Está vivo! exclamó la "Guacha," ¡está vivo! Una alegría infernal brilló en sus ojos.

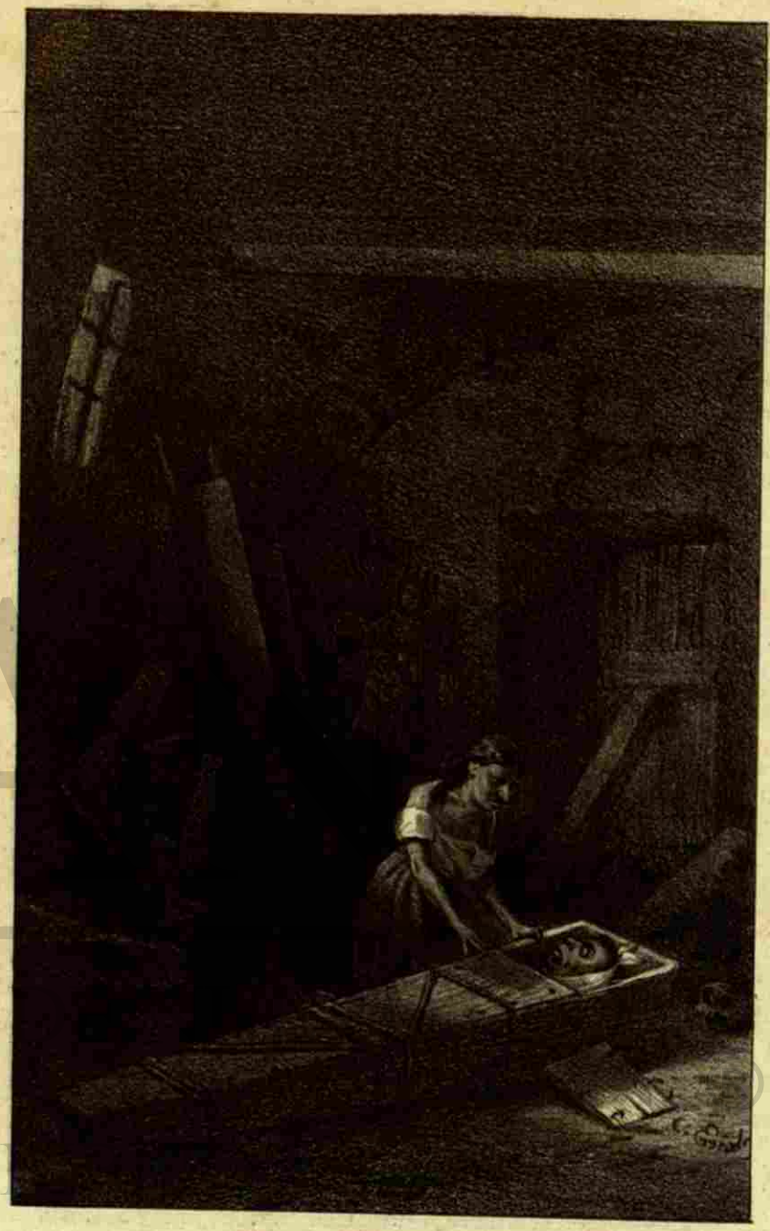
Don Celso golpeaba con tanta fuerza, que el remiendo de la caja comenzaba á ceder; la "Guacha" le ayudó, y un momento despues, la cara de D. Celso apareció en la tapa del ataud, pero no mas la cara: no tenia movimiento mas que en la cabeza: el resto del cuerpo estaba ligado y envuelto en un zarape, y la caja solo habia perdido la pieza que cubria una parte poco mayor que la cara de D. Celso.

—Gracias, gracias, dijo Valdespino, gracias, señora: creí morir no mas del horror de considerarme enterrado en vida: ahora que puedo respirar, hágame usted el favor de ir á dar parte al vicario, que me venga á sacar de aquí; pero pronto, yo le daré á usted una buena gala.

—Sí, eso será despues; pero antes tenemos que hablar de nuestras cosas, señor D. Celso.

—¿Qué, qué? ¿Usted me conoce?

—Mucho, señor Valdespino, mucho mas de lo que yo hubiera querido.



Muerte de D.n Celso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pues quién es usted?

—¿No me conoces?

—No, no.

—Mírame bien: soy tu amor, tu pasion: soy Matilde.

—¡Matilde! gritó espantado D. Celso.

—Matilde, la misma, ¿no me conoces? Mira mi rostro, mis ojos que eran tu encanto: mira esta boca, en donde estampastes tantos besos ardientes: mira este seno que fué tu delicia: ya no es lo que era, ¿es verdad?

—¡Matilde, Matilde!

—¿Te acuerdas de nuestros amores, de nuestras citas nocturnas en casa de Mondragon, amor mio? ¿Recuerdas nuestra casita de la plazuela de Loreto?

—Matilde, por Dios, ¿qué quieres de mí? ¿qué pretendes?

—Nada, nada; un dia mas de tu amor, de aquel amor que me juraste, de aquel amor por el que perdí cuanto tenia sobre la tierra, por el que he perdido hasta la salvacion de mi alma.

—¡Socorro, socorro! gritó D. Celso con los ojos saliendosele de las órbitas, y el pelo erizado por el terror.

—Espera, espera, ángel mio, dijo la "Guacha," voy á tomar mis precauciones, como tu las tomabas en otro tiempo, para impedir que nos sorprendan en esta última conferencia amorosa.

La "Guacha" se levantó: la puerta de la bóveda se abrió por dentro, y aquella muger, con una fuerza increible, colocó alli vigas y piedras, y mesas, y todo cuanto encontró, hasta formar una barricada; era imposible forzar aquella entrada. D. Celso la miraba con terror, no podia ni gritar, hacia esfuerzos inauditos; pero estaba de tal manera envuelto, que ni un solo dedo podia mover.

Valdespino se estremeció: la calma de aquella muger era horrible.

—Ya estamos solos, dijo la "Guacha" sentandose al lado del ataud; tan solos, que estamos en la tumba: el mundo no existe

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya para nosotros, ni nosotros para él: vengo á tu lado á morir contigo, ó á presenciar tu agonía.

Don Celso tuvo miedo, pero un miedo espantoso: aquella conciencia manchada, impura, sentia, no el arrepentimiento, sino el pavor. La "Guacha" se alzaba delante de él como un remordimiento: entonces, como todos los malvados, apeló á la humillacion y al llanto.

—Matilde, decia: yo he sido muy malo contigo, perdóname, perdóname; te lo pido por Dios, por tus padres, por tu hija...:

—¿Por mis padres? ¿por mi hija? ¡por Dios? Me das risa: ¿acaso no lo he perdido todo por tí? ¿No he sido una hija desnaturalizada, una esposa infiel, una madre sin corazon, y una muger desmoralizada y sin fé, por seguirte? ¿Lo olvidas, D. Celso? No: tu me obligaste á seguirte y te sigo, aqui me tienes, á tu lado, amorosa y tierna como en otro tiempo. Valdespino, dime ahora como entonces, que me amas, ángel mio.

Aquellas frases amorosas, y pronunciadas con una ironía tan sangrienta, aumentaban el horror de Valdespino.

—Pero Matilde, ¿qué quieres, qué intentas?

—¿Tu no lo comprendes, amor mio? Tu me arrancaste del mundo en otro tiempo para que fuera yo tuya, y no mas que tuya: yo, para pagarte tanto amor, te separo tambien del mundo para que seas mio, y no mas que mio.

—Entonces, sácame de esta tumba: yo te juro por Dios, que te llevaré conmigo, que nos iremos á vivir en donde nadie nos conozca, que te haré feliz, que nunca me separaré de tu lado. Todo, todo cuanto quieras haré; pero sácame de aqui, por Dios, por lo que amas mas sobre la tierra, sácame. ¡Oh! tu no comprendes lo espantoso de mi situacion, sepultado en vida. Matilde, por Dios, sácame, sácame de aqui.

—¡Qué tonto eres Valdespino! ¿Piensas que voy á creerte? ¿Piensas que tengo algun deseo de vivir á tu lado? ¿Crees que te amo? ¡Miserable! ¡infame! tu como una víbora ponzoñosa, mordiste el seno de tu protector, de mi padre, deshonraste sus canas: tú hiciste la desgracia y la vergüenza de mi madre: tú gozaste mi amor, valiendote del medio mas vil y reprobado; me hiciste abandonar á mi marido, me arrancaste á mis hijos, me arrojaste á la prostitucion y á la miseria. ¿Tú esperas clemencia de mí? Tú, el envenenador de tu hija, de la pobre Ines; tú, el perseguidor de Alejandra; tú, el asesino de Pablo y de D. Plácido? ¡Nunca! Te odio, te detesto: vengo á verte morir con la agonía mas espantosa, en medio de la desesperacion mas horrible: vengo á reir con tus gestos y con tus ansias, porque tú debes padecer mucho para morir: estás fuerte, y lucharás con la muerte, porque guardas la esperanza de que vengan á salvarte; y cuando te mire rabioso y espirante, entonces gritaré en tu oido todos tus crímenes, ó te diré frases de amor, de esas que te agradaba oir; y si quieres, bien mio, recibiré en mis labios tu último suspiro.



Y la "Guacha" lanzó una carcajada estridente y nerviosa, como la de un réprobo.

Valdespino cerró los ojos por no ver aquella figura odiosa. Matilde no era ya aquella muger humilde y resignada; sus ojos brillaban con un fuego infernal, su boca se plegaba con una sonrisa que helaba de espanto, y su respiracion agitada salia de entre sus labios secos, como un aire que sale de un fuelle.

—¿Cierras los ojos, amor mio? dijo: no me conviene: ¡ábrelos, ábrelos! que quiero verme en su luz.

Valdespino rechinaba los dientes; la rabia sustituia al terror, y la rabia tanto mayor, cuanto era mayor la impotencia.

—Abre tus ojitos, decia la "Guacha," procurando con sus manos descarnadas abrir los ojos de D. Celso.

—¡Déjame, muger maldita! ¡Vete, vete! Déjame morir aqui desesperado; pero no quiero verte, no quiero oirte: ¡déjame!

—No, Valdespino: si sabes que te he amado tanto, ¿cómo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

te he de dejar? Por ahora, abre los ojos, que quiero que me veas.

—¡No, nunca! prefiero no volver á mirar la luz.

—¿No, Valdespino?

—No: ¡déjame!

—Entonces yo te obligaré.

Don Celso no contestó. La "Guacha" sacó del pañuelo que tenia al derredor del cuello, un alfiler, y con una horrible sangre fria le clavó en uno de los ojos cerrados de D. Celso.

Entonces no fué un grito, fué un rugido lo que lanzó aquel hombre: todo el ataud se estremeció, y D. Celso buscó con los dientes la mano que le heria, pero era imposible alcanzarla.

La "Guacha" retiró el alfiler, y D. Celso abrió los ojos.

—¡Infame, infame! gritó Valdespino.

—No te enojes, amor mio, no te incomodes, que puede hacerte mal. Esto no ha sido mas que la prueba, y te advierto, que si te empeñas en cerrar tus ojitos y no verme, con este mismo alfiler te los picaré tanto, que muy pronto quedarán deshechos.

—¡Socorro, socorro.....! ahulló Valdespino.

—No grites, porque es inútil: resígnate, que aun tenemos que vivir así lo menos dos dias: tú, tal vez, más, porque siempre creo que moriré primero: tú tardarás algo mas.....

—¿Pero eres una fiera, un demonio, no tienes corazon?

—¡Y tú me hablas de corazon! tú, monstruo infame; tú, serpiente vil; ¡tú no eres mas que un miserable cobarde!

Don Celso, no sabiendo qué hacer, quiso escupir á Matilde, pero su saliva cayó otra vez sobre su mismo rostro.

Matilde volvió á lanzar otra carcajada.

—Tu mismo furor me venga. No tienes valor para morir resignado, que seria tu única esperanza: pues bien, muere desesperado, ¡traidor, asesino, sacrílego, seductor, infame!



La "Guacha" volvió á lanzar por tercera vez aquella carcajada estridente que hacia estremecer á D. Celso. Aquella naturaleza cansada, destruida, y que se sostenia solo por la fuerza del espíritu y como esperando no mas el momento de la disolucion, no pudo resistir aquella carcajada, aquel esfuerzo nervioso, violento, inusitado, y estalló, y su corazon cesó de latir.

Las constantes aflicciones, y los violentos combates de aquel espíritu, habian producido una aneurisma, que reventandose en aquel momento, produjo la muerte.

Y los ojos de Matilde quisieron saltarse de sus órbitas, sus manos se crisparon, y cayó repentinamente de cara.

Su rostro, por la postura en que estaba colocada, cayó precisamente sobre el rostro de D. Celso: entonces D. Celso, con la ligereza de un tígre que arrebata su presa, mordió los labios de Matilde, y apretó con todo el furor reconcentrado de la desesperacion y de la venganza.

Pero ni un quejido exhaló Matilde, ni hizo el menor movimiento: Valdespino seguia apretando, jadeante de rabia: la frente de la "Guacha" tocaba su frente, y los dos rostros estaban unidos.

Asi permaneció algun tiempo, hasta que le pareció que la frente de la "Guacha" se helaba, y que de su boca no salia ni un aliento: soltó su presa, abrió los ojos, y comprendió todo lo horroroso de su situacion: la "Guacha" habia espirado.

El rostro de aquel cadáver estaba sobre el suyo besandole, sofocandole: intentaba apartar su rostro, pero era imposible, no tenia movimiento alguno para los lados. Hizo un esfuerzo supremo para lanzar lejos de sí aquella cabeza impulsandola con la frente; la cara del cadáver se alzó un poco, y luego volvió á caer pesadameute sobre la suya.

Probó varias veces á apartarla, pero á medida que iba siendo mayor la rigidez del cadáver, el empeño era mas impotente.

Don Celso sentia ya el frio penetrante de la muerte en aquel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rostro que estaba unido al suyo, y respiraba en la abierta boca de aquel cadáver.....

.....

Tres dias despues, el vicario y el sacristan, que por temor de una fuerza liberal que se habia alojado en el pueblo no se habian atrevido á salir, bajaron á la iglesia.

El vicario determinó enterrar á D. Celso, supuesto que nadie reclamaba el cadáver.

Al llegar á la puerta de la bóveda se encontró cerrada por dentro: se atribuyó esto á alguna viga caida que impedia la entrada: á fuerza de trabajo la logró penetrar, y el espectáculo mas espantoso se presentó á su vista.

El cadáver de una muger estaba como besando el descubierto rostro de D. Celso.

Los dos en completo estado de descomposicion.

Nadie pudo explicar el caso; pero hubo necesidad de enterrar á los dos juntos, é inmediatamente, para evitar un escándalo y una averiguacion judicial.

Matilde y Valdespino durmieron el eterno sueño en el mismo lecho.

FIN.

# EPÍLOGO.

TRES meses despues de la toma de la capital, en una lujosa casa de campo de Tacubaya, se celebraron dos bodas: Alejandra daba su mano á Jorge: Leonor se unia con Murillo.

Los dos estaban retirados ya del servicio.

Elena, olvidando sus ilusiones por Jorge, comenzaba ya á amar á un jóven abogado.

Diego y Rito, separados tambien de la carrera de las armas, ganaban su vida, como dependientes, en una de las haciendas de Mondragon.

Doña Estefanía, siempre triste, pero tranquila, siguió viviendo al lado de Mondragon, y pasaba una pension á la pobre Feliciana.

El Cacomixtle, como hijo adoptivo de Caralmuro, se ha dedicado á las artes, y pocos dias despues del triunfo entró á la litografía de la calle de Santa Clara, en donde trabaja con tal empeño, y adelanta tan rápidamente en el trabajo, que hay esperanzas de verle, con el tiempo, convertido en un Constantino Escalante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# INDICE.


PÁGS.

INTRODUCCION.—*Dos palabras* por I. Altamirano..... 5

LIBRO PRIMERO.

**La Flor de la Costa.**

I.—Alejandra..... 7
II.—D. Plácido..... 12
III.—El delito de un veterano..... 15
IV.— „ „ „ „ (continúa)..... 19
V.— „ „ „ „ (concluye)..... 24
VI.—El tio Lalo..... 27
VII.—El testigo oculto..... 33
VIII.—La vuelta del explorador..... 37
IX.—El secreto de la tia Ursula..... 40
X.—El viaje y el encuentro..... 46

LIBRO SEGUNDO.

**El Nido de las Aguilas.**

I.—Zitácuaro..... 49
II.—El alojamiento..... 52
III.—Nicolás..... 56
IV.—La sorpresa..... 59
V.—La caza del Gallo..... 62
VI.—El herido..... 66
VII.—Misterios de los bosques..... 70
VIII.—Una antigua conocida..... 75



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO TERCERO.

**El Lobo y el Pastor.**


I.—El fandango. ..... 81
II.—El buen Pastor..... 85
III.—Malas noticias..... 89
IV.—Celso Valdespino..... 94
V.—La persecusion..... 98
VI.—El abandono..... 103
VII.—Corazones de Oro..... 108
VIII.—Nueva vida..... 114
IX.—Ya al caer. ..... 121
X.—La Leva..... 127
XI.—De la Zeca á la Meca..... 134
XII.—La víbora en el seno ..... 142
XIII.—Hasta el abismo..... 148
XIV.—La casa del crímen ..... 153


## LIBRO CUARTO.

**Penas.**


I.—La voz de la Historia..... 163
II.—Murillo. ..... 169
III.—La caridad en las selvas..... 175
IV.—En el campo enemigo..... 181
V.—En comision. ..... 186
VI.—El campamento republicano..... 194
VII.—La ejecucion. ..... 197
VIII.—Despues del triunfo. ..... 204
IX.—Algo de Historia..... 210


## LIBRO QUINTO.

**En Mexico.**


I.—México..... 213
II.—La familia Murillo..... 216
III.—El hogar paterno..... 220
VI.—D. Juan de Caralmuro..... 227
V.—Los certificados,..... 233
VI.—Los planes de D. Celso..... 238
VII.—Una azucena entre cardos..... 244
VIII.—La córte marcial..... 252
IX.—Una gota de acibar en una copa de miel..... 258
X.—Un Calvario..... 263
XI.—Otra faz de D. Celso..... 269
XII.—Una gota de miel en una copa de acibar..... 275
XIII.—Un clavo de oro en la rueda de la fortuna..... 282
XIV.—El Cerro de Barrabás ..... 289
XV.—El incendio..... 295


## LIBRO SEXTO.

**Fuego, sangre y exterminio.**


I.—El 11 de Abril..... 301
II.—El asalto..... 307
III.—Sin novedad..... 313
IV.—Lo que pasó en Zitácuaro..... 318
V.—Los dos amores..... 323
VI.—El Barillero..... 330
VII.—Veneno..... 335
VIII.—El perro del balsero..... 341
IX.—El Rancho de la Laja..... 346
X.—Histórico..... 352




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO SETIMO.

### Las tres huerfanas.


I.—Ines..... 357
II.—Una escena de amor..... 364
III.—Un proyecto de matrimonio..... 371
IV.—En el Jubileo..... 377
V.—El amor y el interes..... 381
VI.—La madre y la hija..... 389
VII.—¿Pues quién soy yó?..... 396
VIII.—Las dos resoluciones..... 403
IX.—La prision..... 410
X.—Cacomixtle..... 417
XI.—La cena y el desayuno..... 424
XII.—Por qué Cacomixtle no llevó la comida..... 431
XIII.—El consejo de familia..... 439
XIV.—Una confidencia imprudente..... 447
XV.—Hambre..... 454
XVI.—Auxilio inesperado..... 461
XVII.—A saco..... 467
XVIII.—La llave de un secreto..... 473
XIX.—La noticia de Cacomixtle..... 478
XX.—El fósforo..... 485
XXI.—Mexicalzingo..... 491
XXII.—Las dos rivales..... 497
XXIII.—Por qué fué Alejandra á Mexicalzingo..... 502
XXIV.—El nido materno..... 508
XXV.—Un retrato..... 514
XXVI.—¡¡¡Amor mio!!!..... 520
XXVII.—En el campo de batalla..... 524
XXVIII.—Una abuela..... 530
XXIX.—La noche del desórden..... 537
XXX.—Las dos viejas..... 543
XXXI.—Entre los sitiadores..... 549
XXXII.—Un huesped y un portero..... 556
XXXIII.—Un castigo del cielo..... 562
XXXIV.—En que esta historia va tocando á su fin..... 569
XXXV.—En casa del vicario..... 575
XXXVI.—El amor de otros tiempos..... 581
Epílogo..... 589



Imprenta Literaria, de la V. de Segura é hijos, segunda calle de Santo Domingo núm. 18.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLANTILLA

PARA LA

## COLOCACION DE LAS ESTAMPAS.


| | PAGS. |
|---|---|
| Retrato del autor, , , , , , , | 1 |
| La mordedura de la víbora, , , , | 44 |
| Muerte del tio Lalo, , , , , , | 349 |
| Muerte de D. Celso, , , , , , | 583 |


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# MONJA Y CASADA

# VIRGEN Y MARTIR.

(HISTORIA DE LOS TIEMPOS DE LA INQUISICION,)

POR EL

**General Riva Palacio.**

LA brillante acogida que ha tenido la novela titulada: "Calvario y Tabor," han decidido al Editor á dar al público la que hoy se anuncia, y es produccion del mismo autor.

"MONJA Y CASADA," es una novela histórica en que luce el profundo estudio que su autor ha hecho de los primitivos tiempos de la redificacion de México, despues de la Conquista.

El autor ha tenido la oportunidad de consultar detenidamente los archivos del sangriento tribunal de la Inquisicion, y de alli ha tomado el argumento de la interesante novela que anunciamos.

Los principales personajes que figuran en la obra, asi como los episodios mas notables que se representan en la ciudad, en el palacio de los vireyes, y en los oscuros subterráneos del Santo Oficio, son verdaderamente históricos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para que el público se forme una idea del estilo y curso que sigue la novela que anunciamos, acompañamos á este prospecto el primer capítulo de la obra, como una muestra.

## CONDICIONES.

De esta publicacion se darán una ó dos entregas semanarias, en cuarto, magníficamente impresas en buen papel, y costarán UN REAL en la capital, y REAL Y MEDIO en los Estados, francas de porte, pagandose en el acto de recibirlas.

Se reciben las suscriciones en México, en la librería de Rosa y Bouret, S. José el Real número 17; en la papelería de Delanoé, calle del Refugio; en la librería de D. José Aguilar y Ortiz, 1ª de Santo Domingo número 5, y en el despacho de la publicacion, 2ª de Santo Domingo número 10, Imprenta Literaria, adonde debe dirijirse toda reclamacion.

Toda la obra consta de 18 á 20 entregas.

La primera entrega saldrá el dia 10 del presente Julio.

En los Estados, los Señores corresponsales de la *Orquesta* y de *Calvario y Tabor*. Todo pedido foráneo se dirijirá al editor Manuel C. de Villegas.

Se garantiza la conclusion de la obra.

A los Señores suscritores de *Calvario y Tabor*, se les empastará la obra, en la encuadernacion del Sr. Mancera, calle de Cadena número 18, por el ínfimo precio de 4 reales, en holandesa.

# LIBRO PRIMERO.

## El convento de Santa Teresa la Antigua.

### I.

**De lo que pasaba en la muy noble y leal ciudad de México, en la noche del 3 de Julio del año del Señor de 1615.**

Hace dos siglos y medio, México no era ni la sombra de lo que habia sido en los tiempos de Moctezuma, ni de lo que debia ser en los dichosos años que alcanzamos.

Las calles estaban desiertas, y muchas de ellas convertidas en canales; los edificios públicos eran pocos y pobres, y apenas empezaban á proyectarse esos inmensos conventos de frailes y de monjas, que la mano de la Reforma ha convertido ya en habitaciones particulares.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se vivia entonces muy diferentemente de como hoy se vive. A las ocho de la noche, casi nadie andaba ya por las calles, y solo de vez en cuando se percibia el farolillo de un alcalde que iba de ronda, ó la luz con que un escudero ó un rodrigon alumbraban el camino de un oidor, de un intendente, ó de una dama que volvian de alguna visita. Los perros vagabundos se apoderaban de las calles desde la oracion de la noche, y atacaban como unas fieras á los transeuntes.

Los truanes y los ladrones tenian carta franca para pasear por la ciudad; la policía de seguridad estaba solo en las armas de los vecinos.

Era la media noche del 3 de Julio de 1615. Una menuda lluvia se desprendia sobre la ciudad, y producia un rumor ténue y acompasado; no se veia en todas las calles ni una luz, las puertas y las ventanas estaban cerradas, y parecia no vivir ninguno de los treinta y siete mil habitantes que componian entonces la poblacion.

De repente, en el silencio de la noche, se oyó el ruido de un gran cerrojo, y poco despues la puerta principal del palacio del arzobispo, se abrió dando paso á una extraña comitiva.

Era una especie de procesion fantástica de sombras negras, precedidas por un hombre embozado en una larga capa, con un ancho sombrero negro, sin plumas ni toquillas, y que llevaba en la mano izquierda un farol, y en la derecha un nudoso baston.

Seguíale una especie de cleriguillo, envuelto en un balandran negro, y con un sombrero semejante al de su conductor, y luego cuatro hombres que cargaban voluminosos envoltorios de indecisas formas.

Apenas salió el último de los cargadores, la puerta del palacio volvió á cerrarse, y de uno de los balcones se escuchó una voz que decia:

—¡Martin, Martin!

La comitiva se detuvo.

—Mucho cuidado; y sobre todo, mucho sigilo.

—Descuide su señoría ilustrísima, contestó el hombre del balandran; y luego, dirijiéndose á los demas, les dijo con tono imperativo: ¡Adelante!

Todos se pusieron en camino, llevando siempre de guía al del farol.

Llegaron hasta la esquina de la calle que hoy se llama cerrada de Santa Teresa, y alli siguieron por toda la calle, torcieron luego por la otra, que tambien lleva el nombre de Santa Teresa, y con direccion á la del Hospicio, que se llamaba entonces de las Atarazanas, y se detuvieron á pocos pasos frente á una casa de gran apariencia, á juzgar por el tamaño de la puerta.

El hombre del balandran dió tres golpes, pero tan lijeros, que parecia imposible que nadie los hubiera escuchado, y sin embargo, un momento despues, una voz de muger preguntó desde adentro:

—¿Quién va?

—Nuestra Madre Santa Teresa, contestó el del balandran.

—¿Qué quiere?

—Su casa.

Se oyó el ruido de la llave que entraba en la cerradura, y luego que volteaba rechinando sobre el enmohecido pasador; sonaron las trancas de madera, y gimiendo los goznes, se abrió toda la gran puerta de par en par, y la comitiva penetró en el portal de la casa á la luz del farol del guia, y de un candil de barro que tenia en la mano la muger que habia abierto.

Era una beata como de cincuenta años, vestia un hábito de San Francisco, de lana burda, y tenia cubierta la cabeza con una especie de toca de estameña negra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las palabras cambiadas al traves de la puerta, debian ser algunas señas convenidas, porque la beata dejó pasar á todos sin hacer pregunta alguna, y sin manifestar la menor admiracion, y luego cerró cuidadosamente el zaguan.

El hombre del farol penetró en la casa seguido de los cargadores; y el del balandran quedó esperando á que pasaran, para hablar con la beata.

—Señora Cleofas, ¿nadie ha sentido nada?

—No; todo el mundo duerme tranquilamente, hace mas de cuatro horas.

—Muy bien, su Ilustrísima desea que nadie sepa nada, y ya se sabe, cuando su Ilustrísima lo dispone, es necesario cumplir.

—Vaya usarcé sin cuidado, señor bachiller.

—Oigame vuesa merced, Señora Cleofas, que si dentro de un rato vienen á llamar con la misma contraseña que yo he traido, no se detenga en abrir, que debe ser sin duda su Señoria el señor Quesada, Oidor de esta Real Audiencia.

—Descuide usarcé, que no haré esperar al señor Oidor.

El bachiller, como le habia llamado la beata, se ajustó al cuerpo su balandran y se dirijió al interior de la casa.

Aunque la noche es oscura y lluviosa, nosotros no necesitamos de luz para ver, y procuraremos hacer una descripcion del edificio.

Era un inmenso patio enlosado, y entre las mal ajustadas losas, brotaba la yerba en grande abundancia; en el medio habia una gran fuente de azulejos, en derredor de la cual se veian como veinte piedras colocadas de manera que servian de lavadero de ropa á los vecinos, y de las ventanas y de grandes clavos asegurados en las paredes, se tendian mecates elevados del suelo por morillos delgados y sueltos, y que servian para secar al sol la ropa que se lavaba en aquellas piedras.

Debia haber allí un gran vecindario segun el número de puertas, de ventanas, y de escaleras que se descubrian por todas partes. Pero todo el mundo dormia profundamente, porque no se escuchaba rumor de ninguna especie, y solo en el fondo, al traves de las hendiduras de una puerta, se veia una luz dentro de una habitacion.

Hácia allí se dirijió el bachiller, y llegó, no sin haber tropezado muchas veces con los mecates que servian de tendedero.

Empujó sin ceremonia la puerta y entró en la habitacion.

El hombre del farol y sus compañeros se ocupaban afanosamente en poner un altar en el fondo de una gran sala.

El altar se levantaba como por encanto: sotabanco y gradas estaban ya en su lugar, y cubiertas con un riquísimo brocado. La imágen de Santa Teresa ocupaba el centro de la grada alta, y candeleros y blandones, y ramilletes de plata y oro, cubrian las demas.

—De prisa camina la obra, señor Justo.

—Sí, señor bachiller—contestó el que habia traido el farol, y que era un hombre como de sesenta años, pero robusto y fuerte.—Hace mas de cuarenta y cinco años que soy sacristan, y no será la práctica la que me falte, ya verá su merced.

—Antes de amanecer estará ya aquí su Ilustrísima el Señor Arzobispo, y es necesario que no falte nada.

El sacristan sin contestar, siguio trabajando; y el bachiller se arrebujó en el sitial que estaba destinado para el Arzobispo, y se puso á meditar.

Habia trascurrido así como media hora, cuando la puerta se abrió repentinamente, y un nuevo personaje se presentó en el salon.

El recien venido era un hombre en la fuerza de la edad viril; su rostro enjuto tenia las señales de una vejez próxima,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apresurada no por el vicio, sino por el estudio y la vigilia; un vigote negro y con las puntas levantadas, y una piocha larga y en figura de una coma, daban á su rostro un aire resuelto.

Vestía una ropilla negra de terciopelo con gregüescos y calzas del mismo color; un sombrero negro al estilo de Felipe II, y ferreruelo tambien negro, completaban su equipo, sin que le faltara una larga espada de ancha taza, y una daga de gancho, pendientes de un calabarte negro ceñido con una brillante hebilla de oro.

El bachiller se levantó precipitadamente y se dirijió á su encuentro.

El recien venido sacudió su sombrero y su ferreruelo, empapados con la lluvia de la noche.

—Dios os guarde—dijo.

—Señor Oidor, contestó el bachiller, supongo que no habrán hecho esperar á su señoria, porque yo advertí.....

—No, señor bachiller; la pobre beata velaba, como buena cristiana. ¿Y qué tal se adelanta? dijo el oidor dirijiéndose al altar, y haciendo al llegar una pequeña genuflexion.

—Admirablemente: creo que dentro de una hora, todo estará dispuesto.

—Muy bien; el golpe está perfectamente combinado, y Don Alonso de Rivera tendrá que mesarse mañana las barbas. ¿Nádie ha observado nada?

—No señor.

El oidor sacó de la abertura del pecho de su ropilla un enorme reloj de plata que traia pendiente del cuello por una gruesa cadena de oro.

—Es la una—dijo—me voy: y embozandose en su ferreruelo se dirijió á la puerta sin despedirse de nadie, pero haciendo con los ojos una ligera seña al bachiller.

Tomó este su sombrero, y como haciendo cumplidos, acompañó al oidor, y salieron ambos al patio, cuidando de cerrar la puerta.

Ni el sacristan, ni sus acompañantes pusieron atencion en lo que pasaba, y continuaron componiendo su altar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UA
DAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE BI